edicionesliterarias
villamercedesGRANDE

VIAJES

DE

S. FRANCISCA J.

CABRINI

FUNDADORA
DE LAS MISIONERAS
DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

El Taraquillo

Villa Mercedes
Grande

MUNICIPALIDAD DE VILLA MERCEDES
Ediciones Literarias Villa Mercedes Grande

Ciudad de Villa Mercedes
San Luis - Argentina

Villa Mercedes
Grande



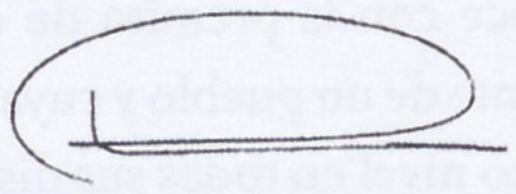
Nuestro Programa Cultural, comprende los enunciados generales del Proyecto Integral Villa Mercedes Grande. Desde éste, se asume que cada espacio cultural debe ser generador de ámbitos participativos de la sociedad, en conjunto con sus instituciones. El Programa Cultural sustenta su viabilidad, precisamente, en la participación ciudadana, tanto en su propuesta como en la integración a los diferentes proyectos presentados y que atienden a promover, desde la actividad cultural, una industria que multiplica sus recursos desde la creatividad y la elevación espiritual, ordenando, de manera natural, el comportamiento social de la comunidad donde se desarrolla su aplicación. Por esto es que el ***Proyecto Cultural Villa Mercedes Grande*** adquiere una dimensión de extraordinaria importancia.

La incorporación del sector privado, a la inversión cultural, como agente económico dinamizador de los recursos que ayuden a la movilidad social, positivizando un ordenamiento ciudadano virtuoso, es una innovadora propuesta estratégica. Esa sumatoria que, además, se condice con la premisa de que, la cultura es el bien intangible más importante de un pueblo y cuyas manifestaciones son, en Villa Mercedes, de un alto nivel en todas sus disciplinas.

Uno de los aspectos sobresalientes, del Proyecto Cultural, es el apoyo a los escritores de Villa Mercedes, creadores literarios que testimonian su tiempo a través de sus obras. Esto ha motivado la decisión de dar continuidad a las Ediciones del Sesquicentenario, veintiséis libros se publicaron en oportunidad de la celebración de los ciento cincuenta años de nuestra ciudad. Iniciando las nuevas publicaciones con ***Ediciones Literarias Villa Mercedes Grande***, esta Gestión, comprometida decididamente por el desarrollo cultural, permitirá concretar el sueño de muchos autores, asociaciones e instituciones, de alcanzar la publicación de sus obras. Estas manifestaciones, volcadas en distintos modos literarios, han de plasmar la historia, los personajes, la poética, la sociedad, la fantasía y la realidad, contenidos en las diferentes publicaciones. Libros que han de ser el testimonio donde se refleja el Patrimonio Cultural, la riqueza histórica, el alto valor identitario, componentes inocultables del noble espíritu del pueblo villamercedino.

En resumen, el alma de Villa Mercedes retratada con la pluma de sus escritores, será el testimonio fiel de una ciudad que no detiene su crecimiento, insertada en un mundo donde la tecnología no ha logrado vencer el excelso valor del libro.

Es así que, ***Ediciones Literarias Villa Mercedes Grande***, adquiere una relevancia inusitada como generador de la actividad literaria, posibilitando, a los escritores de la ciudad, ser auténticos protagonistas de la construcción integral del Villa Mercedes Grande, donde la Cultura es el paisaje más relevante que podemos ofrecer como pueblo.



C.P.N. Mario Raúl Merlo
Intendente de la Ciudad de Villa Mercedes

"VIAJES"

SANTA FRANCISCA JAVIER CABRINI

El Tabaquillo

Ciudad de Villa Mercedes
San Luis - Argentina

Villa Mercedes
Grande

Cabrini, Francisca Javier

Viajes : de Santa Francisca Javier Cabrini / Francisca Javier Cabrini ; dirigido por Flora Giovagnoli. - 1a edición especial - Villa Mercedes : El Tabaquillo, 2016.

360 p. ; 21 x 15 cm.

Edición para Ediciones Literarias Villa Mercedes Grande

ISBN 978-987-1834-79-2

1. Relatos Personales. I. Giovagnoli, Flora , dir. II. Título.

CDD A863

Para la presente edición:



Diseño y diagramación: Editorial «El Tabaquillo»
editorialeltabaquillo@yahoo.com.ar ~ www.eltabaquillo.com.ar

ISBN: 978-987-1834-79-2

Tirada: 100 Ejemplares

Impreso en la Argentina

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723

Prohibida la reproducción total o parcial de esta publicación (textos, imágenes, diseños), su manipulación informática y transmisión ya sea electrónica, por fotocopia u otros medios, sin autorización previa del Autor.

SOBRE ESTA EDICIÓN

Esta nueva edición del libro "Viajes" escrito por Santa Francisca Javier Cabrini, cuyos propósitos eran tener un nuevo instrumento para difundir el Amor que el Sagrado Corazón de Jesús tiene para con cada uno de nosotros; estrechar permanentemente los vínculos con cada una de sus religiosas e inclusive como válida oportunidad para usar en la pastoral vocacional, tuvo su primera edición en italiano en el año 1922 y luego fue traducido en inglés, francés, portugués y castellano.-

Ahora, con esta nueva edición, se nos brinda la oportunidad de reflexionar nuevamente a quién llamamos cordialmente "Madre Cabrini":

Ella asombró por su estilo de santidad, al saber integrar su profundo espíritu de contemplación con su extraordinario espíritu misionero y además, como todos los santos, responder a los retos de su tiempo, y en su casa, presentir claramente y hasta adelantarse con hechos y palabras en acertada visión del futuro.-

Estos rasgos de su rica personalidad le ha valido, que además de Santa el Papa Pio XII la proclame "Celestial Patrona ante Dios, de todos los Emigrantes" y el Papa Juan Pablo II la llame "Misionera de la Nueva Evangelización" y en otra oportunidad, "Mujer Constructora de la Paz".- Otras Instituciones no religiosas también reconocieron y reconocen su gran aporte a la humanidad, así en la revista "Femirama" la cuentan entre " Las Doce Mujeres que hicieron el Siglo XX"; otros la llaman "Heroína del Amor" y además otros merecidos títulos.-

Dando un salto desde las autoridades que le han dado honrosos nombramientos y releyendo estas centenarias y al mismo tiempo actuales Cartas de Viaje de Madre Cabrini no se puede a menos que compararlas con los escritos de muchísimos turistas que guardan sus recuerdos de viajes en memorias escritas o en cartas a familiares y amigos narrándoles lo vis-

to y sus emociones.- Así, Madre Cabrini, por una parte enamorada de la naturaleza, pinta más que describe los paisajes y lugares por donde viaja; la precisión de fechas, nombre de personas, lugares y de cuanto pueda interesar, vale como preciosa documentación; su capacidad de observación y su exquisita intuición le permiten describir las situaciones saciales y sus hechos con realismo y exactitud.- Es además la permanente Maestra que nos instruye con sus reflexiones, acompaña y alimenta el espíritu de sus hijas y de cuantos lean sus Cartas de Viaje o como ella dice, "sus conversaciones escritas Entre Una y Otra Ola"; pero además creo muy acertado considerarla una EMINENTE TURISTA llena de entusiasmo por cuanto ve, conoce y vive, que se deja impactar gozosamente en su permanente ir y venir del Viejo al Nuevo Mundo, como alguien dijere, "con la facilidad con que se va de la casa al jardín" – y estamos hablando del 1900.-

Sí, Madre Cabrini, vive todo lo concerniente a un turista y en forma agigantada, por eso creo sin lugar a dudas, que cabe en justicia llamarla también "PATRONA Y PROTECTORA DEL TURISMO RELIGIOSO".-

Hna. Flora Giovagnoli – M.S.C.

INTROITO

Era una mañana de diciembre de 1917.

Llego al Colegio Santa Rosa, de Buenos Aires, para celebrar la Santa Misa, a la hora temprana, señalada para el cumplimiento de mi deber.

Sale a mi paso, junto a la sacristía, la inolvidable Madre Virginia Zannoncelli, Superiora de la Casa, toda una matrona por su porte, piedad e inteligencia.

Sus ojos velados por las lágrimas anunciaban la tristeza de una noticia dolorosa, estampada en el telegrama, sostenido en su diestra.

Leo con interés. La Rvdma. Madre General y Fundadora de las Misioneras del Sagrado Corazón de Jesús, Sor Francisca Javier Cabrini acaba de partir hacia los brazos del Esposo Divino, desde las lejanas tierras de Estados Unidos.

Celebré la Misa por su alma; su fama de santidad hubiera exigido la blancura de los ornamentos sagrados. Los sollozos, refrenados por los actos de conformidad a la Voluntad de Dios, se escuchaban, de tiempo en tiempo, como música espontánea de corazones filiales, que habían sido recibidos en la amada Congregación por la extinta Fundadora.

Así pasó el primer sollozo; la primera Misa en sufragio; las primeras explosiones de las que se sintieron huérfanas de su presencia, nunca de su amor.

Es la mañana del 13 de noviembre de 1946.

Llego a la Santa Iglesia Catedral Metropolitana de Buenos Aires para cumplir un deber, impuesto por el afecto hacia el Instituto de esas buenas Misioneras.

La Madre Virginia Zannoncelli había volado hacia la eternidad para formar cortejo, junto a la gloria de su Madre y Fundadora, en la contemplación del Cordero sin mancha.

Las alegrías reflejadas en los rostros contagiaban las almas; luces, cantos, colgaduras, cuadros, cantaban el regocijo, que llegaba de la eterna Ciudad; el Pontífice supremo, Pío XII elevaba a la gloria de los altares a la Madre Francisca Javier Cabrini. En el mundo entero resonaba el nombre enaltecido de la intrépida Misionera, enamorada del Sagrado Corazón de Jesús.

Mientras el digno Pontífice oficiaba la Misa pontifical y se sentaba en el trono tres veces centenario de la sede episcopal de Buenos Aires, cúpome la honra de ascender al púlpito del primer templo porteño, para entonar las loas de la nueva bienaventurada.

Entonces se cumplió la palabra de la Sagrada Escritura: "Tristitia vertetur in gaudium"; aquella tristeza de la primera hora se trocó entonces en el gozo de todos los corazones; los de las Hijas, los de las alumnas, y ex alumnas, los de cuantos amaron y fueron devotos de la Santa Misionera. "Et gaudium vestrum nemo tollet"; gozo, que jamás será arrebatado del alma, porque, pronunciada la voz infalible del Papa – como anunció el profeta Daniel -, la Madre Cabrini con "su sabiduría brillará como los resplandores del firmamento", porque enseñó a muchos "la santidad, como las estrellas, por siempre, eternamente".

Desde esa mañana jubilosa, la Santa Madre Cabrini ilumina con su inteligencia y con su santidad a los católicos, incitándolos con dinamismo santo, a realizar y sublimar el apostolado católico de la hora grave y plena de inquietudes, que nos ha tocado en suerte vivir.

Con el recuerdo de su muerte en mi memoria; con el gozo de su canonización en mi alma, siendo actor en ambos instantes, en nuestra tierra, tuve el sentimiento de que, en nuestro ambiente, no fueran conocidos los "Viajes de la Madre Cabrini", tan sencillos, tan espirituales, tan hermosamente sublimes, y tomé por mí mismo, la resolución de ofrecer este obsequio a la Santa Madre y a sus fervorosas Hijas.

Así nació la idea de la presente traducción, llevada a cabo en resquicios de tiempo, dejados por la labor pastoral de mi extensa arquidiócesis.

No he querido sacrificar el estilo de la Santa Escritora; ni cambiar siquiera o modificar la expresión de su pensamiento, por lo cual he seguido con escrúpulo y literalmente las concepciones de Ella vertidas al papel, prefiriendo castigar el lenguaje de la traducción, en su pureza o agilidad, antes que la limpidez espontánea y fluida de la gran Escritora mística, que

es la Santa Madre, Francisca Javier Cabrini. Basten estas palabras para ofrecer la presente versión castellana, ya que la Introducción espléndida del .P. Octavio Turchi, de la Compañía de Jesús, en su completa exposición, no debe admitir compañía alguna.

Sea éste, mi humilde homenaje a la santidad de la M. Francisca Javier Cabrini y al fervor de sus Hijas, las Misioneras del Sagrado Corazón de Jesús.

Santa Fe, febrero de 1957.

NICOLÁS FASOLINO

Arzobispo de Santa Fe

INTRODUCCIÓN

Con la publicación de estas Relaciones de viajes de la Reverenda M. Cabrini, descriptos por ella misma, las Misioneras del S. Corazón se proponen no solamente satisfacer los deseos de las Hijas de la llorada Fundadora, sino también de cuantos tuvieron la suerte de conocerla. También yo me auguré de verlas reunidas un día, y publicadas, desde cuando leí los primeros fascículos, y quedé edificado y conmovido; y luego hice el elogio bien merecido, en la oración fúnebre dicha en los funerales solemnes, celebrados en Roma, con asistencia de Emin. Cardenales, Obispos, Prelados, Clero y pueblo. Ahora saludo jubiloso la publicación, porque de esa manera se continuará el apostolado, ejercitado por más de treinta años, por la reverenda Misionera. Defuncta adhuc loquitur: aun muerta, ella habla; aunque en verdad, ella no ha muerto, pues en estas sus cartas vive, discurre, obra, conmueve y convierte.

¿Quién no conoce cuánto bien produjo en las almas la lectura de las cartas de S. Francisco Javier, de quien la M. Cabrini tomó el nombre y a quien eligió por Patrono de su Instituto y compañero de sus Misiones? Las cartas del Apóstol de las Indias despertaron vocaciones, formaron nuevos misioneros, adiestraron para el martirio, educaron santos; se leían en las iglesias desde los púlpitos sagrados; se veneraban los autógrafos, como reliquias, no pudiéndose aún lograr reliquias del cuerpo, por hallarse todavía incorrupto. Se recogieron hasta 163, y quizá fueron las inspiradoras de las presentes Relaciones de la M. Cabrini.

Las cartas de Santa Teresa reunidas en dos volúmenes, son monumentos de su clarividencia en el trámite de los asuntos y son de grande bien por los consejos que da y por los consuelos que ofrece a las almas desoladas.

En la nueva edición de todas las Obras de San Francisco de Sales, de las cuales las Monjas de la Visitación de Annecy han publicado ya 20 volúmenes, la mitad de éstos son de Cartas, en las cuales el Santo Doctor derrama torrentes de dulzura y tesoros de sabiduría en la dirección de las almas.

Los espléndidos volúmenes de S. Canisio, el Apóstol de Alemania, contienen una completa apologética del catolicismo contra los asaltos de los luteranos.

¿Qué sabríamos nosotros, sin las Cartas de Santa Margarita María de Alacoque, de los íntimos coloquios con Jesucristo, y de la fiesta, de las prácticas reparadoras, de las promesas, de las luchas y de los triunfos de la devoción al S. Corazón de Jesús?

No desdice de ser añadida a tales colecciones, la reunión de esas cartas de nuestra Misionera, destinadas a promover las múltiples obras fundadas por ella.

Nosotros sabemos que sus hijas poseen y conservan celosamente otros escritos, salidos de la pluma de su amadísima Madre. Tienen las Reglas del Instituto, aprobadas por Roma; tienen las Reformas para los Retiros mensuales propuestos a ellas por su Fundadora; tienen nueve Series de Exhortaciones, esto es 90 Instrucciones prácticas, dirigidas a ellas por la sabia Educadora de almas religiosas; tienen las Cartas Circulares, enviadas a las Casas por la cuidadosa Superiora General; y el precioso libro de las luces y de los propósitos anotados, durante los ejercicios espirituales anuales, para uso de la Religiosa ejemplar. Y sin embargo no tememos afirmar, después de haber conocido tantos escritos de la llorada Madre, que estas Relaciones suyas nos dan a conocer, mejor que sus otros trabajos, los tesoros que se ocultaban en su elevada mente y en su hermoso corazón. En otros se admira la legisladora, se escucha el lenguaje de la Superiora, o también su alma ascética; pero aquí revive la Madre. Son cartas escritas todas de un tirón, límpidas, de corrida, sin tachadura, sobre los puentes de las naves, entre una ola y otra, como ella dice; son espontáneas, sin cuidado ni búsquedas de la forma, brotando de una abundante vena, sin pesadez, son cartas, a las cuales los diversos objetos que halla en sus viajes, les dan continuada novedad de cosas y de estilos, y en las cuales los episodios de los viajeros prestan la nota, ora triste u ora alegre.

No era necesaria una perfección. Bastaba decir al lector: Abre y lee y gusta del alimento de una santa escritora te ofrece en estas páginas; y su voz, como diría Dante, vital alimento te dejará cuando sea digerida. Pero, por la multiplicidad de los argumentos desarrollados en las cartas, a fin de que el lector no quede como agobiado por tan mole; y se aprecien según el mérito las perlas encerradas en esas conchillas, se ha creído justamente

oportuna la presente Introducción, para poner de relieve los puntos principales tratados en las largas cartas, que servirán de luminosos faros en los viajes de la infatigable misionera.

1. El primer grito que se escucha resonar en estas páginas es la voz de un apóstol, apasionado amante de las almas, a las que anhela conquistar para el divino Corazón. Son cartas que respiran llamas de celo. Parece escucharse a Javier, que en sus cartas va repitiendo: "¡Oh! Si pudiera recorrer las Universidades de Europa, en especial la de París (en donde había estudiado y enseñado); quisiera decirles a los que tienen más ciencia que caridad: ¡Cuántas almas se pierden aquí en las Indias por culpa de vosotros! Y quisiera escribir a los Profesores, para decirles los millares de paganos, que se pierden eternamente por falta de aptos operarios, y hacerles conocer, que aquí trabajan con más fervor los buscadores de oro y de diamantes, que los Misioneros para buscar las almas, que costaron a Jesucristo más que el oro y el diamante, costaron su sangre y su vida". Así la Madre Cabrini escribe larguísimas cartas a las Señoritas, alumnas en una de sus casas de Roma, y a todas las alumnas que allí se preparan para el magisterio superior, y haciendo eco a Javier, les dice que son innumerables las almas, también de pobres emigrantes italianos, que van a las Américas, miserablemente perdidas por la ignorancia religiosa, fuente de toda calamidad, como repitieron los Papas Benedicto XIV y Pío X. Veía ella a los Indios en Albuquerque sin la luz de la verdadera fe, y gemía y se consumía de dolor como el Apóstol. Y sin embargo ella hasta el año 1906 había llevado, de Europa a los Estados Unidos, más de cuatrocientas de sus Misioneras. Pero el amor es como el fuego, afirma el Espíritu Santo; no dice jamás basta, y siempre desea hacer nuevas conquistas, todo brotando de su fervor. Como la conversión de la China fue el voto más ardiente de Javier, así para la Madre Cabrini fue el deseo más vivo. Pero Javier muere en Sanchong, a las puertas de la China, sin poder entrar; y nuestra Misionera fue arrebatada por la muerte, antes que pudiera llevar un grupo de sus Hijas queridas. Pero nosotros esperamos que, como Javier en el Cielo obtuvo para sus hermanos la entrada y el apostolado fecundo en el vasto imperio chino, así la Madre Cabrini, ya más poderosa en el Paraíso, abrirá este nuevo campo al celo indómito de las Misioneras del S. Corazón.

También en los pobres negros del continente africano pensaba la Madre Cabrini, después que las Misiones del Cardenal Lavigerie demostraron que también África, una vez cristiana y fecunda en Santos Padres,

Doctores y Mártires, abría el corazón a las más alegres esperanzas de millares y millares de nuevos cristianos y de falanges selectas de héroes de la fe. También la mujer era llamada por Dios para ser útil auxiliar de los Misioneros africanos; y bien lo ha demostrado el Sodalicio Claveriano, fundado por la piadosa Condesa Ledóchoswka, que en pocos años ha enviado a aquellas Misiones libros religiosos, textos escolares, almanaques y narraciones, vestiduras sagradas y otros objetos, como asimismo algunos millones de liras recogidos en Europa y fuera con industrias admirables. Si la Madre Cabrini hubiera vivido algún año más, sus hijas hubieran corrido con avidez a engrosar las filas de las Colaboradoras de los Apóstoles en África.

Nos conmueven estas cartas, cuando en ellas se queja de que los Vapores no son bastantes veloces para satisfacer las llamas de su celo; cuando llora al encontrar pueblos aún incivilizados, viviendo en las tinieblas del error y apura con sus fervorosos votos el día de ir a trabajar allí, donde el Misionero aún no ha llegado; cuando se estremece al ver a los protestantes, que viajan para envenenar a las gentes, sin temor a los peligros, y solamente para ganar una abundante merced, que le abonan las Sociedades Bíblicas de Londres y de los Estados Unidos; y cuando siente y acicatea con elocuencia viril la pusilanimidad de tantos católicos. Se halla obligada a ver en el mar a los Ministros protestantes que reúnen en el salón de primera clase a muchos viajeros para una conferencia, para un meeting, y se glorían de buscar dinero para socorrer a las familias de los pobres marineros, víctimas de los infortunios. Envidia a los que saben idiomas, especialmente el inglés y el español. Se esforzaba por decir alguna palabra a fin de hacerse entender, pero la lengua no secundaba los movimientos de su corazón encendido; habría deseado hablarles de la hermosura de la religión católica y de la atracción del S. Corazón; y gemía secretamente, viajando una vez con 1.300 emigrantes de Italia y de Suiza, todos pobres, y amontonados en tercera clase, quienes en el nuevo mundo son llamados bárbaros; y se afligía profundamente, al pensar que no había quien hablara de Dios a esos infelices. Es sublime aquella exclamación de su pecho apostólico: "¡Oh si pudiera construirme una nave para surcar todos los mares! Quisiera llamarla "Cristófora", esto es portadora de Cristo a los Pueblos".

2. Al tomar en sus manos este no pequeño volumen, alguno preguntará: ¿Cómo ha podido escribir estas largas Relaciones una Misionera, que en 35 años ha atravesado 30 veces el Océano, y la temible Cordillera,

y recorrido la inmensa Pampa, que se extiende desde Mendoza hasta el Río de la Plata, y ha fundado con su propia labor centenares de casas de educación e institutos de beneficencia? Ella escribía durante los viajes de mar, sobre los puentes de las naves. Pero; ¡cuánta tranquilidad le era necesaria! ¡Qué dominio de sí misma debía tener! Vio bastantes borrascas en el mar; ¿y acaso no sentía las penosas consecuencias, durante muchos días después? Y sin embargo ella siempre enfermiza, cargaba con la solicitud de la vida de las Hijas, que sufrían en esos viajes, y del gobierno de tantas Comunidades el Instituto, al cual dirigió ella (ejemplo raro) desde el día que lo fundó hasta el de su muerte, con el beneplácito de la Santa Sede, que respondió al voto unánime de las Hijas confirmándola Superiora General durante su vida. Era un espectáculo digno de la admiración de los ángeles y de los hombres. En donde se hubieran abatido expertos viajeros y robustos capitanes de naves, esta mujer permanecía siempre tranquila y serena. Ella narra que, en uno de sus afortunados viajes, debió cambiar nueve naves en doce días, y no pudiendo avanzar en ellas, debió caminar por sobre una tabla durante cuatro horas, bajo el caer de la lluvia, sin una tienda en donde guarecerse. Ella veía a sus Hijas, compañeras de viaje que palidecían, temblaban, que daban su tributo al mar y alimento a los peces; y ella las asistía, las animaba, las alegraba con algún dicho gracioso.

Es una delicia leer la descripción que hace del miedo y de las náuseas de sus amadas compañeras, que sufrían de mareo. Cuando luego todas están confortadas, las recoge a su alrededor sobre el puente de la nave para hacer los actos cuotidianos, como si se estuviese en comunidad y en una capilla doméstica. Se hace la lectura espiritual, la meditación, varias veces el examen de conciencia, como se halla prescripto en las Reglas. Se rezan las plegarias de las novenas en preparación a las solemnidades de Jesús, de María Sma. Y de los Santos. Se cantan las letanías, el Ave Maris Stella, y las armonías de las piadosas Misioneras se confunden con las olas del Océano. Alguna vez más de mil viajeros admirados, tomaron parte. Si en la nave había un sacerdote, todas están contentas, pudiendo oír la Santa Misa, recibir la Santa Comunión, asistir a las funciones sagradas, y, por pedido de la M. Cabrini, el Sacerdote es invitado también a predicar un poco. Cómo se entristece, si en la nave no puede tener ni la Santa Comunión, ni la Misa. Si llega a un puerto y la nave se debe detener un poco, ella ocupa una barca, alguna vez con peligro, se hace llevar a tierra, busca en donde hay una iglesia y se siente feliz si puede asistir

al Santo Sacrificio y comulgar. Cuando desde la nave ve despuntar los campanarios, su pensamiento vuela al templo, al tabernáculo, e invita a sus queridas hijas a hacer la comunión espiritual.

¿De dónde recibía la piadosa Misionera tanta tranquilidad de espíritu? ¿Acaso no sentía las dificultades; no se daba cuenta de los peligros en tales excursiones? Sí, sentía y dábase cuenta. Por instinto ella tenía miedo del agua, desde cuando a los siete años de edad cayó en un torrente y era arrastrada por la corriente. Fue salvada casi por milagro, pero su complexión, ya frágil de por sí, sufrió daño. Si no hubiera sido por la palabra del Santo Padre, que le asignaba las misiones americanas, en pro de los pobres emigrados italianos, jamás se hubiera atrevido a darse a la mar. Pero la santa obediencia y la finalidad apostólica casi le trastocaron la naturaleza. Contemplaba impávida las ondas convulsionadas, las bendecía con la estatuita del Redentor. Todos la desaconsejaban de tentar el paso por la Cordillera de los Andes. Pero nada fue capaz de que perdiera ánimo su corazón indómito, ni las aterradoras alturas, ni los volcanes, ni la nieve de más de ocho metros de altura, ni la increíble extensión. Confiada en la Sma. Virgen, en Santa Rosa de Lima y en Santa Filomena, hizo la ardua travesía a caballo[1] para dirigirse a Buenos Aires, a fin de abrir allí escuelas para niñas de la sociedad, para jovencitas de la burguesía y un orfelinato. Como decía el Santo de su nombre, ella así repetía: "Yo solamente temo desconfiar, teniendo por protector a Dios". Desde su primer viaje a Nueva York, en 1889, ella escribía: "Mi segura navecilla es el Sagrado Corazón, mi Estrella del mar es María, mi protector es el taumaturgo Javier".

3. Son atrayentes todas las páginas de estas Relaciones, pero todo cede a la fragancia de su piedad. Sus cartas parecen otras tantas Elevaciones; y no las había aprendido a escribir en la escuela de los retóricos, sino en la unción del Espíritu Santo, en sus continuas comunicaciones con Dios. Para ella, ver en sus excursiones las bellezas de la naturaleza y del arte, especialmente en las iglesias de la ciudad, a donde llegaba, era lo mismo que elevarse, sobre las alas del amor, de las cosas visibles a las invisibles. En la inmensidad y profundidad de los Océanos contemplaba la majestad de Dios; en las tempestades el disgusto divino provocado por tantos delitos de los hombres; y pintaba las borrascas con el pincel del P. Bartoli, con colores tan oscuros que hacían estremecer al lector. El mar azul, encantador, diáfano, le figuraba el cielo de un alma poseída

(1) En realidad, a lomo de mula.

por Dios. Las operaciones de Jesús en las almas a Él unidas, las describe con tales particularidades de psicología mística, que bien parece hablara por experiencia propia. Si en este argumento es émula de Santa Teresa, al razonar con relación al Sagrado Corazón refleja los sentimientos de Santa Gertrudis. Acerca de las fiestas cristianas, que recorren en los días de sus viajes, hace consideraciones sublimes a la vez que prácticas, que yo jamás he leído otras semejantes en los libros. Llega Pentecostés y se eleva a cantar las glorias del Espíritu Santo. Es la querida fiesta del nombre de Jesús y entona himnos deliciosos, nada indignos de San Bernardo, y ruega a Jesús, sea de hecho Salvador de tantas almas que en las dos Américas, aún no gustan las bellezas de la religión católica. Cuando se inician los meses de Mayo y de Junio, lleva a sus Hijas a la Madre del amor hermoso y al Rey de los corazones. Los comentarios que hace sobre las palabras Pulchra ut luna; Una est Columba mea, aplicadas a María, son nuevos para nosotros y muy felices. Las Fiestas de la Inmaculada, de la Santa Niña, de su Presentación, Anunciación y Asunción gloriosa son ilustradas por ella con tales razonamientos, que no serían indignos ni en las Homilías de los Obispos por su elocuencia, ni en los Exégetas por la exactitud doctrinal de la interpretación. A ella cielo, tierra y mar, todo habla de Dios y de las obras de su sabiduría y bondad inefable. Razona muchas veces acerca de los goces del paraíso, y conmueve, transporta y en las diversas maneras como los describe, nos da como un saboreo de las alegrías de nuestra verdadera patria. Hace escuchar el cántico de las vírgenes en el paraíso, y enamora hacia la azucena consagrada a Dios con lenguaje aprendido en los libros de San Ambrosio sobre las vírgenes. Los nombres de Santa Inés, Santa Teresa, Santa Margarita María de Alacoque, Santa Rosa de Lima, Santa Mariana de Jesús, llamada la Azucena de Quito, aparecen frecuentemente en su pluma, porque respondían a los afectos virginales de su corazón.

Ella vive siempre en medio de sus amadísimas Hijas, y con sus cartas trata de formarlas en la perfección religiosa, exigida especialmente por el título glorioso, que llevan, de Misioneras del Sagrado Corazón. Muchas y muchas veces trata de la obediencia y recuerda los tres grados descriptos por San Ignacio de Loyola, en su magistral carta sobre esta virtud, y pone de relieve los triunfos que la religiosa obediente obtiene sobre los demonios. Inculca la humildad, base y medida de la santidad. Sobre la observancia de las reglas, la caridad fraterna, el espíritu de sacrificio, el celo de las almas, los ejercicios espirituales, los retiros mensuales, la necesidad

y omnipotencia de la plegaria, los beneficios y el amor de la vocación, la renovación de los votos, tiene páginas elocuentes y aptas para la reforma de la vida. Sus Hijas, que tenían para ella una especie de culto, poseen en sus preciosos escritos un rico patrimonio, y en sus ejemplos una escuela siempre abierta de santidad. Todas fueron recibidas por ella en el Instituto, todas por ella educadas en la imitación de las virtudes del Divino Corazón. Como San Francisco Javier, en sus trabajos apostólicos, recurría a las plegarias de sus Compañeros de Roma, Goa, Malaca, así la Madre Javier no cierra una carta, no termina una exhortación, sin encomendarse en las plegarias de sus Hijas. Las estimaba, confiaba en ellas, admiraba sus heroicos sacrificios. Ora nos las describe en actitud de treparse por las erguidas montañas para ir a instruir y consolar a los obreros italianos, ocupados en las minas de carbón; ora nos hace descansar con ellas a 300 metros de profundidad, en donde, encerradas en una especie de cajón, son, por una estrecha abertura, bajadas a largas galerías de muchos kilómetros, en donde catequizan a aquellos pobres mineros; y a donde no llega un rayo de sol, las heroínas, hacen resplandecer la luz de la verdad y llevan el calor de la caridad, nacida en el fuego del Sagrado Corazón. Las venera, como a otras tantas reinas (noble y justo pensamiento), porque las vírgenes son esposas del Rey de los reyes, y ellas tienen un pueblo sobre el cual ejercitan su dulce imperio, y a medida de la ganancia de almas, que hacen, dilatan su reino. Piensa en todas sus Hijas dispersas por tantas casas, aun cuando se halle lejos de muchas de ellas hasta cuatro y seis mil millas. Con las que se hallan cerca, se funde en una, forma con ellas un solo corazón y una sola alma en el Corazón de Jesús; conversa, canta, trabaja, juega con ellas. Si son quince en el viaje, desea que cada una represente un misterio del Rosario. Más que de Superiora hace de madre de ellas, las encanta, hace de ellas lo que quiere para darles en posesión a Jesucristo. De los fuertes nacen los fuertes.

4. Como nadie se escapa al calor del sol, así ningún grupo de personas es extraño a las maternales solicitudes de la gran Misionera. Se dice, con lenguaje angelical, lo que hizo por la educación de las niñas. Consagró a la tierna edad, corazón, tiempo y la misma vida; la muerte la tomó con un aneurisma en el hospital abierto por ella en Chicago, mientras estaba preparando el Regalo de la Navidad del Señor, para quinientos niños. Los pobres emigrados, especialmente los enfermos, fueron sus Benjamines, y para ellos fundó tres grandes hospitales en Nueva York, Chicago y Seattle, en donde millares y millares de italianos hallan refugio y salud. En estas sus *Relaciones* se encuentran sabios consejos para la solución del gran problema de la emigración. Se llena de compasión hacia los emi-

grados, explotados muchas veces por los mismos que se les presentan hipócritamente como sus protectores, cubriendo sus ganancias injustas con el manto de la filantropía y del amor de la patria. ¡Ay de tantos italianos, si no hubieran tenido a las Misioneras del Sagrado Corazón! ¿Quién los hubiera consolado en las cárceles, visitado en familias abandonadas, alimentando a sus huérfanos, defendiendo su causa aún ante la autoridad civil, obteniendo disminución de sus penas? Léase aquí la descripción de la triste condición de los trabajadores italianos, que viven en las minas, sepultados vivos, sin aire, sin familia, sin Dios.

La M. Cabrini tuvo el don de saberse hacer *toda a todos para llevar a todos a Dios.* Léanse aquí las dos largas cartas dirigidas a sus Alumnas del Convictorio de Roma, que se preparan para la enseñanza pública. Son cartas típicas, ordenadas, ricas en noticias atrayentes, escritas con lenguaje y estilo más cuidadoso. En ellas aparece la maestra conocedora de la historia natural, experta en el arte de la pedagogía. Son dos obras maestras en el género, en donde, en bella armonía, se halla concertada la sólida piedad con la sólida erudición. En ellas da como un ensayo de mineralogía y de botánica, al hablar de las regiones del Nuevo Méjico. Con vivos colores nos presenta las florestas petrificadas, nos suministra una colección de piedras preciosas, describe el *gran Cañón de Arizona,* de colosales dimensiones por las formas, al cual ninguno logró describir bien. Y de inmediato eleva las mentes a la grandeza infinita de Dios. Nos conduce, como experto guía, por el paraíso terrestre de California, que es país de los gigantes del reino vegetal. ¡Qué variedad de flores, exquisitez de frutos, salubridad de clima, a donde llevan tantos enfermos; cada colina, cada valle toma vida en su pluma! Albuquerque, Los Ángeles, Mount Lowe, ella todo lo visita con un ánimo, ante el cual, nuestros alpinistas quedan vencidos y superados. Al trazar el retrato de la isla de Santa Catalina, célebre en el Pacífico, la escritora une a la exactitud del naturalista culto, la elegancia de la lengua clásica. Se mueven, ante nosotros, los pájaros de diversos esplendorosos colores y los pájaros acuáticos; vemos ante nosotros con agradable ilusión los jardines acuáticos y los parques submarinos, y los peces de distintos colores, contemplados realmente en un barco con fondo de vidrio. Como de la California, así nos hace admirar con inspirados acentos las riquezas y los productos naturales del Colorado. Asociando luego lo útil con lo dulce, eleva de la tierra al cielo el entendimiento de las jóvenes, razonando con ellas acerca de la rehabilitación de la mujer por medio de María, a quien presenta con gracia,

ora como una nubecita iluminada por el sol, ora como el iris que anuncia la serenidad. Les da, sin esfuerzo alguno, una lección sobre la necesidad del catecismo, y habla de la cultura religiosa, como hablaría un Obispo. Demuestra la necesidad de un reglamento para la disciplina, para formar el carácter, y habla de ello con plena convicción, presentándolo como prenda de feliz éxito, sea para las personas privadas, como para las públicas instituciones; y podía aducir un ejemplo luminoso en el Hospital de Chicago, donde ella misma dictó e impuso el reglamento a los médicos y cirujanos y fue aprobado a la letra por celebridades del arte de curar. Cierra las dos cartas a sus queridas estudiantes, tranquilizándolas con motivo de los exámenes inminentes, tormento y espanto de la juventud, y les enseña el secreto de salir de ellos con éxito feliz.

No se crea que las instituciones de la Madre Cabrini adelantaran siempre viento en popa. Es verdad, empero, lo que bien aparece en estas Relaciones que, cuando la mujer fuerte hallaba dificultades en sus fundaciones, se sentía con más valentía, como Abraham el cual in spem contra spem creditit. Y la razón es sublime y se deriva de sus meditaciones evangélicas. "En lugar de acoquinarme, ella escribe, me sentía más animada, y me parecía gozar, porque mi obra comenzaba con la cruz, que es el sello divino de las buenas empresas". Siempre dependía de los Obispos locales; nada comenzaba, si primeramente no había recibido la aprobación. Léase lo que narra de la fundación de París.

Se transparenta en sus cartas su firme voluntad y su invicta audacia. Se lea la narración de la expulsión de sus Hijas de Nicaragua. Siempre igual en sí misma, se hallaba en continuo equilibrio, teniendo ante su espíritu el gran programa de San Ignacio: Ad majorem Dei gloriam et ad animarum salutem, que fue el programa del mismo Divino Redentor. Con este sublime ideal la vemos en estas Relaciones tratar con presidentes de repúblicas, con excelentísimos obispos, con capitanes de naves, con las administraciones públicas para la fundamentación de nuevas Casas.

El estilo es el hombre. Esto acaece especialmente cuando quien escribe es simple. Estas cartas reflejan fielmente la humildad, la fortaleza, la paciencia, la constancia perseverante en las empresas, el desprecio del mundo, la santa libertad de hijas de Dios, el candor del alma, el celo encendidísimo de la gloria del Sagrado Corazón para la salud de almas, del cual estaba lleno el corazón de la Madre Cabrini. Al leer estas relaciones, yo me siento mejor y doy gracias de ello al dador de todo bien. He apren-

dido aquí tres verdades saludables, para mi vida Apostólica. La piadosa escritora para obtener las gracias de Dios, quiere que se comience con agradecerle, como si ya se hubiesen obtenido; lo que también hacía el B. Pallotti. La bendición del Papa, recibida con fe, da ánimo y vigor y es presagio de buen éxito. El pueblo cristiano si ama la religión, tiene oculo cordis, según el hermoso dicho de San Agustín, para leer y gustar las bellezas de los misterios, sin comprenderlos. El consuelo que he probado en la lectura de estas queridas Relaciones, sea el duplicado augurio para cuantos las leerán.

Roma, 31 de julio de 1921. Fiesta de San Ignacio de Loyola

Octavio Turchi de la C. de J.

I

MI VIAJE A AMÉRICA, NARRADO A MIS AMADAS HIJAS

SEGUNDO VIAJE A NUEVA YORK[2]

A. M. G. SS. C. J.

Viernes, 18 de abril de 1890

Mis carísimas hijas:

El miércoles las dejé, figurándome que iba hasta Milán, y por lo tanto no muy lejos de ustedes, porque si me hubiera dejado dominar por el pensamiento de tener que alejarme mucho, me habría sentido oprimida y me habría faltado la respiración. En Milán, empero, al dejarlas a todas de verdad, traté de engañarme a mí misma para mostrarme valiente y verdadera misionera; sin embargo me sentía aplastada bajo un enorme peso, aliviado solamente por las hermosas promesas, que me ha hecho – cada una de ustedes – de trabajar para llegar a ser verdaderas Esposas de Cristo, dignas Misioneras de su Divino Corazón.[3]

Este pensamiento, hijas mías, ¡cuánto mitiga toda mi pena! Él hace que halle dulzura en todo sacrificio, en toda cruz, si la puedo hallar, y que inmensamente gozo. Si reflexionamos bien, no hay distancias entre

---

(2) "*Viajes de S. Francisca J. Cabrini*", San Pablo, Buenos Aires 1957. Capítulo I, pág. 21-34.

(3) La Santa Madre Cabrini eligió a las Religiosas, que debían acompañarla, en este segundo viaje a América del Norte, de entre las que se hallaban en Milán, en la Casa allí existente; según afirma Teodoro Maynard, en "Un mundo demasiado pequeño", pág. 166.
El número de las acompañantes era de siete, como dice "Una delle sue figlie" en la obra "La Madre Francesca Saverio Cabrini", pág. 115; a las cuales nombra en esta Carta, a saber: 1) Sor Agustina; 2) Sor Asunción; 3) Sor Bautistina; 4) Sor Bernardina; 5) Sor Electa; 6) Sor Ignacia; 7) Sor Juana.

nosotras: las Misioneras del Sagrado Corazón de Jesús han de participar de la amplitud de este Corazón Divino, que todo lo abraza, todo lo abarca, todo lo anima, todo lo une y todo lo concentra en sí mismo. Y justamente Él mismo, es quien nos sostiene en estas separaciones transitorias, quien nos hace fuertes con su misma fortaleza, quien nos comunica todas las gracias. Él es nuestro verdadero Tesoro; amémoslo con todo el corazón, sirvámoslo con fidelidad, hagámoslo conocer de todos, y animémonos todos a separarnos de las criaturas, de todas las cosas, de nosotras mismas, para llegar a poseer su perfecto amor, que es un anticipado paraíso. Sus afectos, oh hijas, concéntrenlos todos en este hermoso Corazón y serán siempre felices; en cambio si algún afecto particular las atara o a ustedes mismas o a las criaturas, siempre tendrán alguna molestia, alguna hora de tedio y de melancolía. Les ruego que se desliguen de esos lazos y tomen las alas para permanecer elevadas sobre la tierra.

Llegada a París – El viaje ha sido muy feliz; al atravesar aquellas cadenas de montañas, al admirar tantas bellezas creadas y plasmadas por un Dios, justamente para solaz de sus criaturas, nuestro ánimo se sentía elevado a sublime meditación. Luego era agradable notar la expresión suave, que tan variadas cosas producían en la mente y en el corazón de las Hermanas, que viajaban por vez primera.

Hacia las dos, después de media noche, mientras todos dormían, abrieron la portezuela, invitándonos a bajar, pero nosotras no estábamos dispuestas a obedecer, porque se nos había dicho que no debíamos cambiar de tren hasta llegar a París. Tres minutos más tarde volvieron a pedirnos, pero sin obtener nada, porque yo no entendía lo que decían, y Sor Ignacia, medio dormida, se limitaba a contestar: "Cerrad la puerta". El jefe de la estación, con varios changadores, vino a despertarnos; nos dijo que debíamos cambiar de vagón, porque el nuestro estaba roto; entonces finalmente comprendimos y bajamos con rapidez. En menos tiempo de lo que se dice, llevaron nuestras cosas a otro compartimiento, en donde estuvimos bien y cómodas hasta París. Mientras tanto nuestro pensamiento se elevó hacia nuestro amadísimo Esposo, y con todo el afecto del corazón, le agradecimos el habernos preservado de tan grande peligro; hicimos la Comunión espiritual y luego volvimos a descansar.

Llegamos a París con una hora de atraso, debido al incidente, y hallamos a la muy buena Señora Gabin, que nos aguardaba; nos llevó en

seguida a Nuestra Señora de las Victorias[4], en donde todas recibimos la santa Comunión, con mucha alegría de nuestras almas. Por vez primera veía ese Santuario y recibí una saludable impresión. Me pareció que la Santísima Virgen, nuestra amorosa Madre, me hubiera invitado allí a que, de manera particular, pusiera al Instituto y a cada una de ustedes bajo su protección, y por medio de Ella, en el Corazón de Jesús. Pueden pues imaginar mis súplicas, mis protestas en nombre también de todas ustedes. De ahora en adelante, les pido que todos los días recen tres *Avemarías* a Nuestra Señora de la Victorias y un *Gloria* al Corazón de Jesús Niño: verán cuántas gracias, hermosas todas ellas, descenderán sobre ustedes, para nuestra satisfacción, para el Instituto y para bien de las almas. Visitamos algo la ciudad de París, con la misma señora que nos guiaba y que nos llevó por las calles principales, a fin de que conociéramos por lo menos lo más importante. Poco después de mediodía, tomamos el tren hacia El Havre, a donde llegamos a las cinco de la tarde; así pues la noche del viernes al sábado la pasamos en el mar, descansando tranquilas. Los oficiales y los marineros nos festejaron al vernos llegar temprano y nos acomodaron muy bien.

Sábado 19 – Esta mañana fuimos a saludar al Capitán y al Comisario, quienes nos recibieron muy cortésmente y nos ofrecieron su ayuda ante cualquier necesidad. ¡Estas personas no nos conocen y son tan gentiles con nosotras! Esto lo hemos tomado como ocasión para conocer cada vez mejor, el amor grande que Jesús profesa a sus Esposas. ¡Oh! El Corazón de Jesús es tan grande y lleno de piedad, y por esto nos colma de beneficios y de favores inmerecidos por nosotras. Seámosle pues agradecidas, que el reconocimiento siempre nos conseguirá mayores gracias.

Esta mañana hemos subido a cubierta; hemos saludado al mar, imagen de la inmensidad de Dios, allí hemos rezado las plegarias las cuales, casi sin querer, brotaban fervorosas de nuestras almas. Hemos recitado al *Ave Maris Stella*, y también lo habríamos cantado, si no hubiéramos temido molestar a nuestros compañeros de viaje; pero la Santísima Virgen, al escuchar la melodía del afecto devoto y filial, más que la de la voz, ha bendecido nuestra partida. En efecto, a las nueve de la mañana, el buque

(4) La Iglesia de Nuestra Señora de las Victorias se halla sobre la calle des Petis-Pères, de hermosa arquitectura, meta de importantes peregrinaciones, y cuya edificación se debe a Luis XIII. Cercana a esta Iglesia está la plaza de las Victorias.

se apartaba de la ribera y en breve tiempo dejaba la orilla para lanzarse tranquilo y con calma en alta mar. Llueve un poquito, pero se nos dice que tendremos buen viaje; y nosotras no nos preocupamos de esto, ya que sabemos hallarnos en las manos de Dios, encerradas en el Corazón Santísimo de Jesús, y este pensamiento nos da seguridad y tranquilidad en todo suceso. Sor Bautistina apenas vio que el barco se movía, sintió que la cabeza le giraba y media hora más tarde le comenzó el mareo; las demás poco a poco siguieron su ejemplo, sólo yo permanecí sana y salva; quisiera que el barco no se moviera para poder ocuparme en algo, pero son proyectos que deberé dejar para la llegada a tierra. Y continúo sintiéndome siempre bien, a medida que mi respiración se hace más fácil y también esto parece ayudar a elevar el alma a Dios; y casi me hace desear seriamente lo que hace pocos días, les decía yo misma para causarnos risa, esto es que si el Corazón de Jesús me concediese los medios para construir un buque, fundaría la "Casa Cristóbal" (la que lleva a Cristo) y recorrería todos los mares con una Comunidad, pequeña o grande, para llevar el nombre de Cristo a todos los pueblos, que aún no lo conocen o lo han olvidado. Éstos serán pensamientos inútiles, y yo no permitiré que ocupen mi mente, pero solamente sirven para un poco de recreo.

A las diez y media llamaron para la colación; todas se revistieron de valor y fueron conmigo a la mesa, pero no pudieron resistir, y, una tras otra, se fueron. Sor Ignacia se hizo la fuerte y comió hasta la mitad del almuerzo, pero luego siguió a las demás. Quedé sola y continué hasta el final, y en verdad no recuerdo cuánto hacía ya que no lo había hecho con tanto gusto.

Domingo 20 de abril – Ayer todas las Hermanas asistieron a la comida y pudieron alimentarse un poco; luego todas subimos a cubierta para respirar un aire, que verdaderamente dilataba los pulmones y les daba nueva fuerza. A las siete y media nos retiramos a las cabinas y, después de habernos dado por un tiempo a la oración, hacia las nueve nos entregamos al descanso, durmiendo toda la noche; tanta era la placidez del mar. Solamente Sor María Asunción sintió una gran tormenta, que consistió en un poco de lluvia, que golpeó contra los vidrios de la ventanita. ¡Si hubierais visto a la pobre Sor María Asunción! ¡Parecía un alma llena de fastidios…! (¡Quién sabe si el mar dejará luego la presente bonanza!) Mas ríe gustosamente cuando se le pregunta, qué gran molestia le preocupa y qué se presenta en su mente.

Esta mañana el mar se hallaba aún muy tranquilo; yo nunca lo he visto de tal manera, parecía un lago; el buque corre veloz y ni siquiera se percibe el movimiento. Resplandece hermosamente el sol, el aire es bueno; aún en las cabinas no hay olor alguno, porque este vapor está bien construido y bien ventilado; parece que se viajara por tierra. Sin embargo no todas las Hermanas pudieron estar presentes en la colación, y aún pocas, como ayer, al final me dejaron sola. El Comisario, que se hallaba en una mesa cercana, ordenó que se sirviera algo especial a las sufrientes. ¡Pobrecitas! En cada movimiento creen ver tormenta grande. Sor Electa quisiera que detuvieran el buque por lo menos a la hora de las comidas; lo conté al Comisario para causarle gracia; ¡es tan bueno! Parece un San Francisco de Sales.

¡Cuántos hermosos pensamientos despierta la presente tranquilidad del mar! Manifiesta la felicidad de un alma, que vive en la tranquilidad de la gracia de Dios; en esa alma afortunada todo es calma, paz imperturbable y potencia para elevarse hasta la sublimidad de los misterios divinos. Manifiesta también el inmenso poder de Dios, quien gobierna ese infinito mar, que podría levantarse en remolinadas olas, mientras por el contrario se mantiene en calma y tranquilidad. Dios manda, él obedece. Si también en Religión, cada Hermana obedeciera, con perfecta sumisión a su cabeza, es decir a la Supervisora, sin tener jamás juicio propio, oh ¡de qué calma, de qué tranquilidad, y de qué dulzuras de Paraíso gozaríamos! ¡Ea! Hijas, sean ustedes así: obedezcan, sean muy humildes, no tengan juicio propio, sométanse con toda paz y simplicidad, y hallarán en sus Casas el verdadero paraíso anticipado, que ha de preceder al otro eterno, que las espera. Parece que Jesús resucitado hubiera dicho a este mar: "¡La paz sea contigo"!; y ofrece luego la imagen de una alma pura, sin ira, desligada de todo, unida tan solamente a su amado Esposo Divino, quien la hace descansar sobre su brazo izquierdo, mientras la acaricia con la diestra. ¡Ea!, Hijas mías, sean también desinteresadas, separadas de todo y de todos y también de sus deseos e inclinaciones, y entonces serán como un mar pacífico. Sí, llegarán a ser como un mar, porque el alma pura llega a ser capaz de cosas grandes y su mente puede expandirse en la infinitud de Dios; el alma terrena está llena de ligaduras, y se halla siempre restringida, pequeñita, capaz de poco, pusilánime, con frecuencia deprimida y jamás sabe lanzarse en la amplitud del servicio divino. No quisiera a ninguna alma de esta clase, entre mis hijas, y ni aún entre mis amigas; quisiera que todas tuvieran alas para volar y descansar en la beatífica paz

de una alma toda de Dios. Así también deseo ser yo; rueguen pues, hijas mías, rueguen por mí, que tengo muchos deseos, pero todos estériles. Si estos deseos fueran talentos, oh ¡estaría en mala situación, porque tendría la obligación de multiplicarlos, mientras los tengo enterrados y en nada sé hacerlos fructificar! Pero me consuela el pensamiento de que podemos humillarnos y de esa manera obtener el perdón de Dios. Sí, Hijas, humillémonos siempre ante Él, en todo instante de nuestra vida y seremos elevadas por el mismo Dios sobre todas las miserias, y admitidas a gustar de aquella paz y tranquilidad, cuya imagen me ofrece este mar, que estoy surcando.

Lunes 21 – Ya estamos; el columpio ha comenzado, puesto en movimiento por la Mano Omnipotente; quiérase o no, es necesario jugar. Ayer, alrededor de las cuatro de la tarde, el mar comenzó a ser verdadero mar; no podíamos estar de pie sin hallarnos bien apoyadas. Desde cinco horas antes Sor Electa rogaba al Señor a fin de que calmase el mar; ahora, después de contemplar ese espectáculo impresionante, no sabe ya qué decir y ha resuelto ponerse en cama, como las demás Hermanas. Yo me mantengo firme, estoy siempre en el puente; tan sólo a las seis de la tarde, después de haber comido, quise ir a visitar a las buenas Hermanas, y con su ejemplo me contagié del mareo. ¡Paciencia! Dos veces hube de resignarme a quedar en su compañía. Las hice reír tanto que Sor Electa decía que casi la curaba. Sor Asunción parece un alma llena de preocupaciones y de molestias; Sor Juanita ríe siempre, aún cuando participa del mareo; Sor Bernardina es una verdadera muerta, como asimismo Sor Bautistina. Sor Ignacia procura esforzarse en imitarme, pero luego corre a pagar su tributo o permanece en la cabina para no caerse. De tantos viajeros, hombres y mujeres, que se hallan en el barco, solamente seis o siete van al comedor. ¡Ay de uno si se deja abatir!; lo mejor de todo es permanecer en cubierta para tomar aire, y aun agua, si ocurre. Esta noche permanecí medio vestida porque, en verdad, amenazaba tormenta y a fin de estar pronta para salvarme yo y a todas; pero el buen Dios, que vela de continuo por sus Esposas, nos dejó en el gran columpio, empujado de todas partes; esta mañana me levanté temprano para ir al puente a admirar el estupendo espectáculo. ¡Cuán hermoso es el mar en su inmenso vaivén, cómo se espuma! ¡En verdad, es encantador! El viento, empero, es favorable, el buque corre veloz, pareciera que volara. ¡Si vieran estas grandes oleadas! Nadie puede permanecer en proa, ya que a cada momento las olas atraviesan el barco; en popa no se está mal; y desde ese sitio, echada a lo largo del

sillón, les escribo en la mejor manera. Una sola oleada podría sumergirnos a todos, pero Aquél que ha creado los mares y les ordena encresparse como montañas no permite que ahoguen a sus amadas creaturas, y mucho menos a sus amadísimas Esposas. Dios nos amaba antes de crear los mares, más aún, los creó para nuestra utilidad y deleite. El amor de Jesús es para nosotras un misterio muy consolador. Él nos eligió para Esposas suyas, y nosotras hemos respondido a su voz atraídas por su inmensa amabilidad. Procuremos, hijas, permanecer completamente sujetas a Él, conquistadas por su amor, corramos velozmente tras sus huellas. El buen Dios perpetuamente nos amó y prefirió: nosotras amémosle y sirvámosle con gozo en los pocos días de nuestra vida. ¡Ay! Nada nos moleste, nada nos parezca pesado por amor al Amado Jesús. Si aquí estuvieran todas conmigo, oh hijas, para atravesar el inmenso océano, exclamarían: ¡Oh, cuán grande y amable es Dios en sus obras! Pero, hijas, el océano de gracias, que el buen Jesús derrama sobre nosotras en cada instante de nuestra vida, es inmensamente superior al de la naturaleza; hasta los resplandores del firmamento se eclipsan ante las riquezas que Dios prodiga a su Amada Esposa. Veneremos, pues, y amemos nuestro magnífico estado, y con frecuencia examinémonos para quitar de nosotras todo defecto que desdiga de las Vírgenes de Cristo, a fin de que pronto nuestro amado Jesús nos introduzca en la celda de sus vinos y ordene en nosotras la caridad.

Martes 22 de abril – Pocas líneas hoy, porque me hallo muy abatida por cuanto hemos sufrido. Ayer al atardecer aumentó el movimiento, y el vapor en tal manera se doblaba sobre la proa que a cada instante creíamos zozobrar; por esta causa forzaron mucho la máquina, tanto que, hacia la medianoche, nos sentimos fuertemente sacudidas y el buque se detuvo instantáneamente; la máquina se había roto. Un silbido, una campanada, un toque de corneta llamaron a todos los marineros; se oía un gran ruido, pero no se sabía qué fuera; solamente nos dábamos cuenta de que el barco ya no se movía. Me levanté para estar pronta al salvataje, en el caso que fuere necesario. Vestida ya, fui al encuentro de todas las Hermanas; mas, bien, Sor Electa fue la primera que, completamente espantada, vino hacia mí para preguntarme si me había dado cuenta de algo; reí con alegría para hacerla reír y quitarle así el miedo. Todas se hallaban en su cabina sumamente alarmadas; en cambio, en la otra dormían plácidamente, y así también en otra más, como si nada hubiese acontecido. Pensé en dejarlas gozar de ese sueño profundo y entretanto fui a averiguar qué había pasado; me contestaron que quedarían detenidos hasta que se arreglara

la avería de la máquina; pero mientras tanto, el mar habíase tranquilizado, el buque se movía ligeramente. Estuvo parado desde la medianoche hasta las once de la mañana; cuando fuimos al comedor para la colación se reanudó el viaje, y ahora, con mar tranquila, navegamos hacia Nueva York como si nada hubiera acaecido. Mientras el buque estuvo detenido se levantaron las Hermanas, y por fin ahora las veo a todas a mi alrededor sobre cubierta. Sor Agustina, Sor Bautistina y Sor Asunción están aún como aturdidas; no tienen deseos de comer; pero es agradable verlas sonreír, siempre abandonadas a la amada y santa voluntad de Dios.

Debido a la pérdida del sueño me encuentro muy cansada; sin embargo, me muevo, como y estoy con ustedes y con ustedes me entretengo. Esta noche dormiré, siempre que el buen Dios no ordene distinto. Nos hemos alegrado con frecuencia a la vista de hermosísimos pájaros marinos blancos, que ora se lanzan hacia el aire y ora se sumergen en el agua; parecen la imagen de nuestros queridos Ángeles de la guarda o también la de tantas amadas virgencitas que vendrán a nuestro Instituto para llegar a ser buenas Misioneras; ésta es la primera vez que veo pájaros marinos.

Miércoles 23 de abril – Estamos en los bancos de Terranova y, como de costumbre, el buque se mueve aquí de manera tan extraordinaria que verdaderamente trastorna a uno; las Hermanas de nuevo se hallan todas enfermas, diré mejor medio muertas, con excepción de Sor Electa y de Sor Juanita, las que ya se han acostumbrado al mar y me hacen buena compañía. Sor Electa nos divierte con sus dificultades geográficas. No comprende cómo nuestro piloto sea tan ignorante en guiar siempre el buque en medio del océano, mientras los vapores que, de cuando en cuando, se ven en lontananza, navegan en la línea del horizonte y, por lo tanto, según ella cree, más cerca de la tierra y más seguros que nosotros. Y luego se admira de ver cómo el gran círculo esté siempre a la misma distancia... Hoy han preparado la lista de los pasajeros, que enviarán a la oficina de Nueva York apenas hayamos entrado en la bahía. Nuestros nombres, como los de las demás personas, fueron impresos en hermosísimo folleto y dado a cada viajero de primera clase. Sor Juanita fue bautizada de nuevo por Sor Juanona. Los puntos de la meditación los tenemos siempre a la vista en el mar, que despierta los más hermosos pensamientos y los más nobles sentimientos. El cielo está sereno, el horizonte se ha extendido mucho, imagen de la gracia de Dios, que nos rodea por todas partes; del amor de Dios, que cuando se apodera de un alma la hace capaz de una inmensidad de santas obras. ¡Oh, sí!, la gracia es un tesoro infinito de Dios,

y quienes la reciben y la emplean bien son participantes de la inmensidad de la amistad de Dios; además, es preciosa por los acontecimientos incalculables que de continuo produce en las almas; es, pues, verdad que el mar es una hermosa imagen suya. Procuremos, oh hijas, atraerla a nosotras con el perfecto desapego de todo y de todos y aún de los deseos demasiado fervientes que puedan perturbar la paz y la tranquilidad del alma, efectos de la gracia.

Jueves 24 de abril – Les escribo después de haber contemplado un espectáculo muy nuevo para mí y nuevo también para algunos de los mismos marineros. Hacia las once nos vimos rodeados por todas partes por enormes masas de hielo; al principio parecían cosa de nada, blancas palomas posadas sobre las aguas; luego, poco a poco, se agrandaron, tomaron proporciones enormes y, cuando estuvimos cerca, vimos que eran – más o menos – doce veces más grandes que nuestro barco. Entonces se disminuyó la marcha de la máquina y se tomaron diversas providencias para evitarlos, pero siempre los tuvimos a la escasa distancia de sesenta metros. Todavía se ven algunos en lontananza y hay temor para esta noche; quizá para entonces haya algún peligro, pero el buen Jesús hará como mejor le agrade. Un señor, que ya ha realizado veintiún viajes en este barco, jamás contempló espectáculo semejante; esto estaba reservado justamente para nosotras. Las masas semejaban grandes fortalezas recortadas. Hoy el mar está muy tranquilo, todas están bien, con excepción de Sor Agustina, que aún parece estar medio muerta. Un poco por una causa, otro poco por otra, se retrasa la llegada; según nuestros cálculos de hoy, no se habrá de llegar antes del martes, ¡imagínense!... Nosotras creíamos llegar a tiempo para celebrar la fiesta del Patrocinio de San José; en cambio, habremos de pasarla en el mar y sin recibir la Comunión. Comenzamos a sentir la austeridad de tan pesado ayuno. ¡Oh!, si pudiéramos llegar a tierra, buscaríamos pronto un Sacerdote que nos diera la Comunión, como hicimos el año pasado. Mientras tanto, nos sirve de preparación para una buena Comunión el espectáculo maravilloso que se nos presenta de continuo ante los ojos, obra toda de Aquél a quien deseamos con tantas ansias recibir en el pequeño santuario de nuestras almas.

Viernes 25 de abril – Hoy hemos tenido mucho calor, como en el mes de julio; el mar estaba muy hermoso, pero el movimiento del barco es tremendamente ondulatorio; las sillas no quedan en sus puestos; los camareros tienen el trabajo de atarlas para que cómodamente podamos gozar del aire libre. Sin embargo, todas se hallan bien, y esta mañana han

podido hacer honor al desayuno, con gran alegría mía. Hoy las señoras se han levantado tarde, y nosotras hemos podido recitar las plegarias y el Oficio del Sagrado Corazón en cubierta; luego hicimos un poco de meditación acerca de la hermosa lección de San Bernardo, cuando habla de la fuerza y del poder del amor de Dios en un alma y de cómo quien es presa de este amor ya no siente el peso de cruz alguna, sino solamente gran gusto y amor. ¡Oh, dichosa el alma que vive en el verdadero amor de Cristo! Hijas mías, deslíguense de todos y de todo y gustarán del Paraíso, del verdadero, sólido y celestial amor. Esta noche, antes de descansar, al pensar que quizá ustedes celebraban la Hora santa por nosotras, nos hemos unido a ustedes en espíritu y con ustedes hemos gustado del Paraíso de la unión santa de Dios. Cada día invocamos a la Estrella del mar con el *Ave Maris Stella*, y nuestra Madre amorosa ciertamente nos protege. Aún ayer debimos a nuestra querida y poderosa Madre el vernos salvas del encuentro de las enormes masas de hielo que amenazaban ser nuestra ruina. Nosotras estamos modestamente alegres; parece que a los señores les agrada nuestro regocijo y compiten, ora uno, ora otro, en entretenerse un poquito con nosotras y en favorecernos.

Sábado 26 de abril – Ayer hacia las tres, comenzó una cerrada niebla, durante la cual no se veía a la distancia de pocos metros. El mayor peligro en el mar es el de la niebla; y para acrecentar el temor se hicieron presentes todavía masas de hielo, que flotaban alrededor del barco. Entonces se detuvo la marcha de la máquina por temor de chocar con alguna masa grande, pero antes de la tarde la niebla se disipó y apareció el horizonte limpio, y entonces la noche fue tranquila. A causa de los hielos el buque hubo de desviarse mucho de la ruta acostumbrada; y mientras otras veces se viaja más al norte, hacia los bancos de Terranova, en esta ocasión hemos debido seguir mucho más al sud. Mientras tanto, hay tal calor que parece verano. Desde hace tres días me asemejo a Baco; tengo la frente roja, más bien casi cárdena, y ese rojo se extiende por todo el rostro. Al principio se creyó en una erisipela, y me habría disgustado un poco verme obligada a retirarme del aire, que es mi vida; el médico, en cambio, me dijo que este inesperado rubor era ocasionado por el aire y por el agua que con frecuencia recibo en el rostro al no querer evitar la lluvia prontamente, por no privarme del aire. En efecto, hoy comenzó a despellejarse la frente y la nariz; en una palabra, cambio de piel como las culebras. Quiera Dios que también cambie un poco de vida y me convierta. Esto sucederá, hijas queridas, si ruegan ustedes. La oración de las hijas por la conversión

de la propia Madre siempre es escuchada por el Corazón Sacratísimo de Jesús. Rueguen, rueguen, que mucho les interesa a ustedes, ya que si me convirtiera yo y me encarrilara por el buen camino, ciertamente obtendría muchas y hermosas gracias para el Instituto. Entre tanto, me alegro con ustedes, que han sido tan buenas, mientras entre tantos peligros, y en especial entre las enormes masas de hielo, no nos hemos hundido en el fondo del mar, prosigan siendo buenas, generosas en el sacrificio, humildes y llenas de mansedumbre en todas las ocasiones, en especial en los momentos en que se yergue el amor propio.

Ayer noche, un señor protestante vino a pedirme que fuera, junto con todas las Hermanas a un concierto: respondí que no podía aceptar la invitación, no conviniendo a las religiosas intervenir en diversiones mundanas; entonces él mismo se entretuvo con nosotras y nos obsequió seis billetes de lotería de medio dólar cada uno, encargándose él también de estar atento a la extracción. Mucho siento no saber inglés, ya que este señor es muy bueno; ama la sinceridad y podría hablarle de nuestra Santa Religión; paciencia, rogaré al Corazón de Jesús y a la Virgen para que lo salven. Es inglés y hace cinco años que vive en Nueva York; me prometió ir con su esposa a nuestro orfelinato; su esposa, en cambio, es católica. Dice este señor que hemos acometido una misión muy difícil y que ofrece pocas probabilidades de éxito, es decir, la misión de los italianos; mas al escuchar que justamente por eso mismo la hemos acometido y queremos trabajarla a toda costa, se ha acrecentado su estima hacia nosotras y se inclina a ayudarnos. Viaja también con nosotros un cierto don Pedro, milanés; al principio no se daba a conocer como italiano, pero, como todos competían en acercarse a nosotras y en favorecernos, se llegó él también para declararse amigo nuestro diciendo que era feliz de habernos conocido, y ahora goza al hablar en milanés todo lo posible. Él también se halla admirado de nuestro éxito en pocos meses, mientras dice que en quince años no ha obtenido más que disgustos y desengaños, como para llenar un volumen. El pobrecito no conoce a Jesús, ni la bondad de su Corazón; se basa solamente en sus talentos y, por lo tanto, sus días no pueden ser felices.

Domingo 27 de abril – Hoy es el hermoso día del Patrocinio de San José; si hubiera un Sacerdote en el barco, por lo menos podríamos haber escuchado una Misa; en cambio, ya es el segundo domingo que 1.300 personas la perdemos. Hay aquí 900 pobres inmigrantes de tercera clase, de los cuales 700 italianos, 200 suizos. ¡Pobrecitos! ¡Por lo menos pueden

llegar a pueblos en donde haya quien les distribuya el pan de la palabra de Dios! ¡Pero quién sabe a dónde irá a parar la mayor parte de ellos! Quizá se unan a otros pobres hermanos a quiénes se los llama bárbaros en el Nuevo Mundo justamente porque han olvidado los nobles principios de la Religión, que los ha educado. Para mayor desgracia, se encuentra entre ellos un republicano apasionado, quien con frecuencia los reúne a su alrededor y, como Belial, los azuza contra toda autoridad y orden, de manera que los jefes tiene el trabajo de vigilarlo y corregirlo. En pequeño, es una imagen de tantas naciones nuestras europeas, cuyos hijos, que han perdido la verdadera orientación llevados de pasiones desenfrenadas y de guerras internas, marchan apresuradamente hacia la ruina; justo castigo de Dios a aquellos pueblos que han pretendido olvidar que la religión católica es la predominante en la nación, la que constituía su principal nobleza y seguridad. Ea, roguemos, hijas, roguemos por tantos hermanos nuestros; su ceguera sea una buena lección para nosotras y nos enseñe a ser fieles en la observancia de nuestras Santas Reglas para consolar al afligido Corazón de Jesús y obtener de Él gran abundancia de bendiciones para nosotras y para el prójimo; nos aconseje permanecer bien abajo, más aún, aplicarnos a fin de llegar a ser verdaderamente humildes para lograr que el entendimiento sea iluminado y jamás entenebrecido. Dios resiste a los soberbios y los confunde; en cambio, se revela a los humildes, los acerca a Sí y los acaricia. Entre las Misioneras del Sagrado Corazón no haya nadie aferrada a su propio juicio que quiera sostener sus propias razones; que reciba mal las correcciones, de cualquier parte que vengan; que de mala voluntad se someta o a ésta o a aquélla: antes cada una tenga por deber propio, más aún, sienta la necesidad grande de estar sujeta a todas. La Religiosa que tenga tales sentimientos será la verdadera joya de nuestro Instituto, será la complacencia del Corazón Sacratísimo de Jesús y conseguirá que derrame sobre nosotras sus más grandes tesoros. ¿Son, pues, humildes ustedes todas, hijas mías? ¿Les agrada el último lugar? ¿Agradecen ser despreciadas, olvidadas, y que no se tenga cuenta de ustedes? La que tenga semejantes disposiciones, ¡oh!, ruegue por mí; ella es una piedra preciosa que me ha regalado mi amado Jesús; todo lo obtendré por su intermedio.

Ayer noche el comisario del barco me obsequió tres billetes de lotería y seis más otro señor, por lo cual ahora tenemos quince. Hoy tendrá lugar el sorteo; veremos qué nos toca en suerte.

Lunes 28 de abril – Hoy hacia las tres de la tarde veremos tierra, pero quizá no lleguemos al puerto sino a hora tardía y deberemos dormir aún en el mar. Nuestras pobres Hermanas estarán impacientes por vernos, como nosotras lo estamos por abrazarlas. Hemos tenido un buen retraso; pero ahora ya estamos y debemos agradecer al Corazón Sacratísimo de Jesús. Nosotros nos lamentábamos el día de la rotura de la máquina; en cambio, ahora sabemos que ese retraso fue una gracia grande, pues sin ese suceso habríamos encontrado de noche y con sumo peligro, las masas de hielo.

Ayer nos regalaron otros números; en una palabra, casi un centenar de liras en billetes de lotería; pero luego, al visitar la exposición, respondiendo a una invitación, no he encontrado cosa que valga, por lo cual aún ganando, poco me importa todo, pues son inútiles. Espero, sí, lograr una buena ganancia, esto es, convertir, con el auxilio del Corazón Sacratísimo de Jesús, al protestante, que fue el primero en obsequiarnos. Ayer tuvimos una discusión, y terminó con darme la razón. Ama mucho al Papa y le profesa profunda veneración, estima grandemente nuestra Santa Religión; tan solo no piensa en abrazarla porque ha visto sacerdotes sin verdadero espíritu; pero aún acerca de ese punto ha comprendido bien las razones que le he aducido. Hay que ver con cuánta paciencia escucha mis palabras y luego a la Hermana, que le dice en inglés lo que no me ha entendido, a pesar de ser tan inteligente que por la sola expresión comprende cuanto se le desea decir; y también con frecuencia me ruega le hable en inglés, en cualquier manera que sea, auxiliándome con alguna palabra francesa, afirmando que entonces todo lo entenderá. Sor Bernardina está haciendo una Novena para conseguirme la gracia de *to speak English* y me asegura que me obtendrá la gracia. ¿Qué dicen ustedes? Yo temo que antes llegará el día del juicio; sin embargo, confío en el buen Jesús; si Él desea que yo lleve alguna alma a su Corazón, me concederá también la gracia de hablar el idioma en los pueblos que visitaré. Una señora de Nueva York jamás se nos separa; es muy franca y llena de vida por lo cual siempre habla en plena reunión de las *Sisters* y convence a todas de la ventaja de nuestra pequeña misión.

Ahora las dejo con estas pocas noticias mal hilvanadas, como las he podido escribir entre una y otra ola. Ustedes acompáñenme siempre con la práctica de las más hermosas virtudes, y en especial de las que saben yo deseo de cada una. Jesús las bendiga, las encierre en su hermoso Co-

razón en donde se halla el Paraíso sobre la tierra, y robustezca cada vez más nuestro espíritu en la abnegación perfecta de ustedes mismas y en el desapego de todas las criaturas y de todos los placeres. Las Hermanas las saludan cariñosamente.

28 de abril de 1890

Aff.ma Madre en el SS.C. de J.

M. FRANCISCA JAVIER CABRINI

II

DE NUEVA YORK A EL HAVRE

A.M.G.SS.C.J.

Mis hijas muy amadas:

La paz esté con todas ustedes y las acompañe siempre y en todas partes.

17 de agosto de 1890 – La noche que perdí ayer me impidió hacer cosa alguna; empero hoy estoy mejor y puedo entretenerme un poquito con ustedes. Mis compañeras de viaje son juiciosas y están de acuerdo conmigo en no dejarse vencer por el mareo. Ana está siempre tranquila y quieta; Isabel siente frío y se ingenia para estar bien cubierta.[5] En verdad el tiempo es frío, como en las mañanas de abril, pero el aire es tan puro y agradable, que da placer tomarlo; es bueno para la salud e inspira sublimes pensamientos, como si una aura celestial nos circundara y elevara la mente a ese Dios, tan bueno, tan amado que ha creado tantas hermosas cosas para nosotros pobres criaturas, producto de su mano omnipotente. El mar continúa tranquilo y en una maravillosa quietud; parece reflejar el Paraíso y la semblanza de un alma hermoseada por la gracia, que le comunica paz, e íntima, inefable alegría. Algunos pajarillos llegan de cuando en cuando a alegrar nuestra vida; parecen golondrinas, pero no sé si en verdad son tales, o más bien pájaros del mar.

(5) Ana e Isabel, que acompañaban a la Madre Cabrini eran dos postulantes que llevaba la Santa Fundadora a Codogno, para que allí ingresaran en el Noviciado de la Congregación. Ya la misma Madre había llevado a otras dos postulantes, cuando partió de Italia en el primer viaje. De esta manera se iniciaba la Congregación de las Misioneras del Sagrado Corazón de Jesús, entre los católicos de los Estados Unidos.

Esta noche he dormido con tranquilidad, como si estuviera en mi pequeña celda y en sueños he comulgado, esa Comunión que es imposible recibir aquí y que hoy me dolía doblemente dejarla; porque ayer oí decir, con mucho sentimiento mío, que un Ministro protestante habría oficiado un servicio religioso. Gracias al cielo, estamos casi a mediodía y no se habla de servicio alguno. Bendito sea Dios, a quien demos gracias por haber escuchado nuestros deseos.

18 de agosto – Nada tengo que decirles, pues no hay novedad alguna en el mar. Hasta ahora siempre ha permanecido como una tabla lisa, y si no se alzaran los ojos, no se creería que el barco marcha con tal velocidad. Yo no estoy mal, pero tampoco estoy bien y no tengo voluntad para hacer cosa alguna; tan sólo puedo meditar libremente; ésta es una hermosa ventaja para mí, porque de esta manera paso el tiempo entreteniéndome con el dulce Esposo de nuestras almas. ¡Oh!, hijas mías, si todos conocieran las grandes y hermosas ventajas de la meditación, de estar en familiar coloquio con Jesús; si probaran estos goces, envidiarían ciertamente nuestra suerte feliz. En cambio ¡cuántos pobrecitos no conocen a Dios, y cuántos otros pobres desgraciados lo desconocen por seguir las pasiones propias, enceguecidos por el humo de los falsos bienes de la tierra! En ciertas ocasiones, al contemplar a estos pobres desgraciados, ¡cómo se valora la gracia grande que Dios nos ha concedido, llamándonos a su servicio, mejor dicho, a su amor! Amemos a Jesús, hijas, y amémoslo mucho. Jesús tiene muchas gracias para concedernos y espera que lo amemos para poder otorgarlas a nosotras. Una vez dijo una sierva suya que si hallara almas, que lo amaran cono San Francisco de Asís, estaría dispuesto a dar otras tantas gracias a ellas, cuantas concedió a aquel Santo, y aún mayores. Es, pues ciertamente verdadero, debemos confesarlo, que si las gracias no llegan a nosotras, es porque nosotras mismas las alejamos con nuestro poco amor. Por otra parte, el amor verdadero jamás llegará a nosotras, si nosotras no vencemos nuestro amor propio, el aferramiento a nosotras mismas y a nuestro juicio.

Esta mañana he debido hacer cumplimientos a un perro para agradar a una señora y hacerla un poco amiga mía y hablarle luego de nuestra santa religión. Ella es protestante; ya he podido decirle algunas palabras, pero está muy aferrada a su falsa religión.

19 de agosto – El mar continúa tranquilo como nunca; toda la gente repite constantemente que jamás ha visto una tranquilidad tan continua-

da. Si hubiera algo de movimiento, entonces tendría alguna novedad que contarles. El cumplimiento que ayer hiciera al perro ha sido provechoso; aquella señora ha gustado de acercarse a mí y platicar de religión, con buena voluntad. Naturalmente, trata de mantenerse en las suyas, pero ya duda si se puede o no perdonar los pecados en este mundo. Yo quisiera tener mayor instrucción para ser verdadera Misionera, pero lo que yo no haga, lo harán nuestras buenas Hermanas de Roma, en donde esta señora pasará el invierno e irá a visitarlas. A este fin me ha pedido la dirección. Yo quisiera convertir a todos los protestantes; es una misión que ansío de corazón, y ustedes, hijas mías, que están en un sitio, donde pueden trabajar mucho en esa misión, háganlo con gran entusiasmo y procuren acrecentar los racimos de la mística viña de Cristo. Usen mil industrias para convertir las almas, y estén seguras de que no les faltará ni el modo, ni la ciencia, si aman mucho a vuestro celestial Esposo, porque el amor de Jesús sugiere mil medios a favor de los intereses de Su gloria. ¡Oh! Cuán hermoso es el camino de aquella feliz Esposa, que puede decir: Jesús me ama, yo lo amo; Él es el único objeto de mis pensamientos; lo tengo estampado en mis manos, y en lo más recóndito de los afectos íntimos de mi corazón. Entonces como valientes, hijas mías, ofrezcamos a Jesús, trabajar mucho a favor de sus místicos miembros, las almas por Él redimidas con tantos padecimientos.

20 de agosto – El mar es un encanto, nadie parece creer lo que ve. Dicen los pasajeros que esto se debe a los merecimientos de las Hermanas; y puede ser, porque hay aquí siete Damas del Sagrado Corazón[6] que son muy buenas; van a París a la Casa Madre a fin de prepararse para la profesión, por lo cual pueden imaginar de qué sentimientos estén poseídas y qué hermosas almas sean ellas. Está fresco; nos rodea una atmósfera muy suave, que nos habla de la gran bondad y magnificencia de nuestro Dios, bueno e inmenso. Estando arriba, en la proa, se contempla el arco iris reflejándose continuo en el agua, ora más amplio, ora más pequeño. Con frecuencia yo voy allí, porque respiro aire más puro; esta mañana he visto peces maravillosos, de todos los colores, que alegremente nadan en las aguas del mar, justamente como nuestras almas deberían nadar siempre en la gracia de Dios.

(6) Son las Religiosas que nosotros conocemos en Buenos Aires con el nombre de "Religiosas del Sagrado Corazón"; quienes en esta ciudad tienen un Externado y un Internado, como más tarde la M. Cabrini haría con sus Hijas, fundando el Externado Santa Rosa y el Internado del mismo nombre.

Nuestra protestante no nos abandona, procura estar siempre cerca de nosotras; hoy le he obsequiado una crucecita, en la cual se ve a la Virgen; la agradeció mucho y me dijo: Puede suceder que me haga católica. ¡Oh! hijas, rueguen; ¡cómo me alegraría si, en verdad, ella entrara en el seno de la Santa Iglesia! Es una señora muy influyente y por tanto el bien se extendería a muchas otras almas. Rueguen; todo se obtiene con la oración.

21 de agosto – El tiempo continúa bueno. Ayer noche he visto una nueva maravilla, la fosforescencia del mar; aparecen como muchas luces de mil colores en el agua y alrededor del buque. ¡Qué tienen que ver los fuegos artificiales! Éstos son mucho mejores, hechos por la mano del Creador. Con sumo gozo nos quedamos hasta cerca de las once para contemplarlos, y esta mañana a las seis me hallaba en proa para hacer mi meditación rodeada del aire fresco, fortalecedor, que mucho me ayudó para hacer una de las más hermosas meditaciones acerca de la vida feliz y dichosa de aquellas almas, a las que Dios concede la gracia de la vocación religiosa, como ha hecho conmigo, no deteniéndose en mis deméritos, en mis infidelidades, y como ha hecho con ustedes, llamándolas al místico jardín de la misión de Su Divino Corazón. ¿Por ventura, qué ha visto en nosotras, oh hijas, el amable Jesús para concedernos gracia tan grande y tan preciosa, prefiriéndonos a tantas almas buenas, que nosotras mismas conocemos y que habrían correspondido mucho mejor que nosotras? Oh ¡animémonos y encendámonos en santo fervor, en el fiel y activo servicio de nuestro amado Jesús! Amémoslo mucho y tratemos de inflamar todos los corazones, que se hallan a nuestro alrededor. Ofrezcámonos como víctimas, por la conversión de tantos infieles y hacedores, que no conocen y no aman a nuestro Amado. Oh hijas ¡el Amor no es amado; el Amor no es amado! ¿Y cómo podremos permanecer frías, indiferentes y casi sin corazón? ¿Cómo nos perderemos en minucias? ¿Cómo pondremos límite a nuestro amor y a nuestro entusiasmo cuando se trata de los intereses de Jesús? Somos Misioneras, hijas, somos Misioneras del Divino Corazón, por lo cual si nosotras no ardemos en amor, en nada merecemos llevar este hermoso título, que tanto nos ennoblece, nos sublima, nos hace grandes y ser espectáculo ante los mismos ángeles del cielo.

21 de agosto – Por fin tenemos el mar un poco movido, pero muy poco, tan sólo lo necesario para romper la monotonía de los días pasados. Cada día hemos recorrido de 387 a 403 millas, por lo cual mañana por la noche seguramente hemos de llegar a El Havre, y así el domingo podre-

mos cumplir el santo precepto y comulgar en agradecimiento por el buen viaje, como también para lograr cada vez mejores gracias, que nos ayuden a servir mejor a nuestro buen Dios y a conseguirle un poco de gloria.

En este momento comprendo que estoy lejos de ustedes, mientras hasta ahora no me creía a mí misma. Comprendo que una gran valla nos divide y me duele no poder ya, ni después de un día, ni después de veinte, dirigirles la palabra personalmente, confortarlas, consolarlas y, si fuera necesario, corregirlas, que aún esto desean, en la avidez de mejorar y de hacerse cada vez más afectuosas con aquel dulce Jesús, que tanto nos ama y tanto ha hecho y padecido por nosotros.

Mas, fuera estas ideas; pues en el Corazón Adorable siempre las puedo encontrar, y con la misma viva realidad, como si las tuviese presentes. Vayan con frecuencia, hijas mías, a los pies de Jesús Sacramentado, miren ese Corazón divino; Él es nuestra fortaleza, nuestro camino, nuestra vida. Escúchenlo con fe y devoción grande; Él les dirá todo cuanto deseo de ustedes; les dirá cómo las anhelo puras, inmaculadas, muy humildes, caritativas, diligentes, fervorosas, desprendidas de todas las pequeñeces de la tierra, y también de ustedes mismas, de su juicio y amor propio. Les dirá cómo yo las quiero, llenas de celo y verdaderamente fervorosas para buscar la salud de las almas. Yo también las veré frecuentemente en ese Corazón; a Él encomendaré todas sus necesidades y se las enumeraré, cada una en particular. Conozco las necesidades de cada una y todas las tendré muy en el corazón, pueden estar seguras; ustedes en tanto rueguen mucho por mí, a fin de que me convierta y aprenda a servir un poco y bien a mi amado Jesús, que prodiga sus bendiciones a esta su indigna y miserable sierva.

Les recomiendo los Ejercicios espirituales; hagan que resulten de verdadero provecho para las almas. Apenas haya vuelto el Arzobispo, vayan a reverenciarlo por mí y a presentarle mis homenajes, diciéndole que siento mucho no haberlo podido ver antes de partir, y que me encomiende en sus plegarias.

22 de agosto – He aquí que hemos llegado al último día y el mar aún es tan hermoso, que causa maravilla verlo; sólo mece un poco con un vientecillo muy suave, que parece jugar con la nave. Las señoras se lamentan; yo en cambio gozo muchísimo. Ellas van a encerrarse en la cabina; yo, esta mañana, a las cinco, y aún un poco antes, estaba en al puente para respirar por completo ese aire refrescante y saludable. En la

meditación, me transporté en espíritu para, en medio de ustedes, asistir a la Misa y recibir la Santísima Comunión. ¡Dichosas ustedes, tienen todo esto; yo no, pero he gozado de vuestra felicidad! ¡Oh, si supiéramos valorar el provecho de la Santísima Comunión, cómo serían las nuestras mucho más fervorosas, bien hechas y cuántos méritos adquiriríamos! Pues en ellas, es el mismo Cristo, Esposo amadísimo de nuestras almas, quien opera en nosotros, quien agradece por nosotros, quién hace todo para nosotros, para su gloria. Tengan fe, hijas mías, fe grande y hagan todas sus obras de piedad con esa fe viva de los Santos, con la cual sabían agradar a Jesús y atraer sobre sí mismos y alrededor de ellos, santísimas y muy abundantes gracias.

23 de agosto – Estoy en El Havre, en el tren para París; por lo tanto las saludo y las dejo; agradezcan a Dios por el espléndido viaje. En París no me detendré más de dos días. Mientras tanto veré las cabezas para la Virgen Niña y se las enviaré. Rueguen mucho por mí; el buen Jesús las bendiga a todas y a cada una en particular. Vuestra.

En el tren de El Havre, 23 de agosto de 1890.

Aff.ma Madre en el SS.C.de J.

M. FRANCISCA JAVIER CABRINI

III

DE EL HAVRE A NUEVA YORK

París, 4 de septiembre de 1891.

Mis queridísimas Hijas:

La gracia de Jesús esté con todas nosotras y nos encierre en su hermoso Corazón.

Jamás he experimentado como esta vez la fuerza de la separación, mis amadas hijas, y al decirles: "Hasta vernos en el Cielo", en nombre de aquellas Hermanas suyas a quienes quizá no verán más, me pareció decirlo también por mí, aún cuando creyera, y creo aún ahora, que no moriré tan pronto. ¡Cuánta debilidad humana! ¿Qué espíritu de Misionera es éste?, ustedes me dirán. Es verdad, tienen razón; porque, por más que nos alejemos, siempre estaremos cerca, ya que siempre no es encontramos en el muy pequeño espacio de este mundo nuestro, que a nosotras, alguna vez, debido a nuestra pequeñez y cortedad de mente, nos parece tan grande. Hubiera sido necesaria, oh hijas, su venida con nosotras a Montmartre, ese gran monumento levantado a despecho de la incredulidad y de la francmasonería, en donde sobre un gran altar campea la estatua del Sagrado Corazón con los brazos extendidos, y que en ese día, con su gran bondad, parecía decirnos: "Yo las protejo con mis manos desde uno al otro mar"[7]. Sí, oh hijas, una pequeña lumbre de fe demuestra con eviden-

(7). La Iglesia Montmartre fue levantada por voto nacional, ratificado por Ley del 23 de julio de 1873, y está dedicada a honrar especialmente al Sagrado Corazón de Jesús, por lo cual es meta de peregrinaciones. Es de estilo romano-bizantino y ostenta una cúpula muy ligera que se eleva hasta dominar la ciudad de París; acumula verdaderos tesoros, de los cuales cabe destacar el mosaico grande del Coro, obra digna de los mejores siglos cristianos. En ella existe la Adoración perpetua al Santísimo Sacramento, de día y de noche.

cia la pequeñez del mundo con relación a Dios. Y entonces, ¿por qué lo tenemos tan en cuenta? Por nuestra falta de fe, por la poquedad de nuestro espíritu, nos dejamos dominar de todo cuanto nos rodea y de tantas pequeñeces y bajezas que generosamente debiéramos despreciar. ¡Cuánto ya habríamos ganado si por lo menos comenzáramos a despreciarnos a nosotras mismas! Pero aun queremos aferrarnos a algo, queremos que otros nos tengan en cuenta; he aquí por qué nunca nos resolvemos a desvincularnos de tantas miserias para elevarnos a esa atmósfera de pureza, donde el alma puede recibir la impresión de la luz del Espíritu Santo y comprender las cosas en su verdadero y justo sentido. ¡Oh hijas, si nos animara el espíritu de fe! Yo lo he suplicado a Jesús en la peregrinación a Montmartre; lo he suplicado para mí, lo he suplicado para ustedes, ¿quedan contentas?

Jesús ha bendecido extraordinariamente nuestro viaje; hasta ahora no he tenido trabajo alguno, ya que en Modane aguardaban unos caballeros, a quienes Gondrand telegráficamente les había encomendado nos ayudaran, y ellos se preocuparon de todo: bagajes, cambio de boletos, etc. Ninguno de nuestros bultos fue abierto; fueron sellados sin más; también nos dieron un compartimiento especial bien cómodo, en el cual llegamos a París, gozándonos durante la tarde en contemplar Saboya, pasando en revista espiritualmente los principales hechos de nuestro querido Patrono San Francisco de Sales, y tanto se enfervorizaron nuestras almas que algunas creían ver una reliquia en cada trocito de tierra, de montaña, de viejas plantas y hasta en la misma agua, que quizá atravesara el Santo alguna vez. Luego Sor Teresa, en su sencillez, no acababa de alabar a Dios porque concedió a sus hijos tan hermosa heredad. O quisiera que todas nuestras buenas Hermanas tuvieran la simplicidad de esta hija; porque no es aquella simplicidad tonta, maldita por el Espíritu Santo, sino la que procede del alma pura y fiel, que penetra en la bondad de Dios y en ella se alegra en sumo grado. Ésta es una perfección del alma que la hace capaz de ciencia y de sabiduría, de virtud y de gracia, de beatitud y de gloria, y de todos los dones naturales y sobrenaturales que Dios le quiera conceder. ¡Oh hijas mías, qué excelente es un alma pura, desligada de todo y de sí misma! Ella puede sumergirse en Dios y allí todo lo halla. Bien, pues, tratemos de llegar a ser puras, simples, sin pretensiones, elevadas sobre las cosas terrenas, y comenzará nuestra verdadera felicidad, que desde hace tiempo nos aguarda y será para nosotras, si la queremos.

El Havre, sábado 5 de septiembre – Por fin nos hallamos en el mar. Es hermoso, tranquilo; promete buen viaje. Aquí también ya se habían dado las disposiciones para nuestra llegada; y aun cuando arribamos casi a la medianoche, sin embargo hallamos personas que venían a recibirnos, carruajes grandes y pequeños, y hubo quien se encargó de los bagajes, todo en completo orden; ya estamos, pues, en compañía de San Luis y, por lo tanto, todas a disposición de su Marquesado, constituido esta vez por nosotras, a quienes Él desea favorecer[8]. En un cuarto de hora todo se arregló y nos hallamos acomodadas muy bien en las cabinas, todas juntas como en un conventito. Dormimos las pocas horas que nos quedaban de esa noche, y a las cinco y media nos levantamos para ir a Misa. No conocíamos las calles y nos hicimos acompañar por una persona de servicio hasta la Iglesia de San Francisco; y allí, en el altar del Sagrado Corazón, tuvimos Misa, Comunión, Bendición; luego nuevamente nos acompañaron hasta el buque, donde estaba preparada la colación, aun cuando todavía no nos correspondiera la comida. Llegó después el agente de la Compañía Transatlántica residente en El Havre a visitarnos, me presentó al comisario de la nave a fin de que nos permitiera tomar aire en el puente de primera clase. Faltaba una hora para la partida y todas querían escribir a sus Hermanas de Italia; pero fueron subyugadas por la belleza del mar y solamente yo pude escribir dos líneas, por lo menos, a quienes debía hacerlo por obligación de gratitud y a quienes me ayudaron también pecuniariamente para emprender este viaje, es decir, a nuestro Monseñor y padre, a fin de que les comunicara las primeras noticias nuestras, a nuestro Obispo de Lodi[8] y al Arzobispo de Milán; pero tan sólo dos líneas, escritas con tanta prisa que no sé si las habrán comprendido; por lo menos, habrán visto el buen corazón, y en esa manera yo he satisfecho el deber de gratitud que siento tan vivamente hacia todos los que miran con ojos benignos al pobre, al ínfimo Instituto nuestro, y lo favorecen para gloria de Jesús y de su Corazón Divino.

---

(8) En este pasaje se refiere la Madre Cabrini a los homenajes rendidos en Milán y en Codogno al angelical San Luis Gonzaga, en ocasión de la celebración centenaria de dicho Santo. Ella también tomó parte en la Peregrinación de los católicos de Lodi a Castiglione delle Stiviere, lugar del nacimiento de San Luis; y Ella confió al Joven Santo la obra emprendida a favor de la juventud en Italia y la que iba a iniciar a favor de la juventud también en América.

(8)El Obispo de Lodi, Mons. Juan Bautista Rota, presidió la ceremonia de la despedida de las Misioneras en la Capilla de Codogno, dirigiéndoles la palabra. La partida de Codogno tuvo lugar el 3 de septiembre.

Comienza a moverse la nave; nos hallamos todas sobre cubierta para contemplar el espectáculo de este hermoso puerto, el saludo de los amigos, el agitarse de los pañuelos y de los sombreros. Pronto nos hallamos conducidos a lo largo de la Mancha. Las Hermanas están todas contentas porque se sienten muy bien y en ese estado esperan hallarse durante todo el viaje.

Domingo 6 de septiembre – Las Hermanas se despertaron esta mañana todas enfermas; en verdad, algunas creían hallarse muy mal y que se morían. Sor Querubina ya no habla más; Sor Egidia se vio presa de una fuerte convulsión; las otras, todas mareadas; era una desolación; solamente yo estaba bien, y hube de ir por todas las cabinas, animando a unas, dando aliento a otras. Algunas creyeron en mis palabras y con esfuerzo se levantaron para comer, y en poco tiempo se hallaron mejor; otras, con la imaginación de la muerte al lado, se quedaron en la cama, aguardándola durante todo el día sin abrir siquiera la boca. Como no hallara otro remedio para Sor Egidia, ni aun el médico, usé uno de los que acostumbro, un fuerte reto, que fue tocar y sanar porque ya no se la vio más en convulsiones: esperemos que se conserve en salud. Mas, hube de sufrir yo también por el esfuerzo hecho y hube de mantenerme bien liviana en la comida y, a mi vez, tuve la debilidad de ceder al mareo; pero luego también yo me encontré mejor.

Al principio, al vernos tan bien acomodadas, creímos muy complacidas que podríamos hacer todos los actos de piedad; pero, en cambio, las Hermanas, pobrecitas, no se sintieron capaces ni siquiera de concebir un buen pensamiento. Sor Querubina, quien en verdad creía morirse, apenas tuvo aliento para decir tan sólo una vez: "Jesús mío, misericordia". Todas se han trocado en pequeñuelas, nada entienden. Si hoy tuviera que realizar los proyectos contando con los sujetos que tengo aquí, sería cosa de perder el valor; pero estoy segura de que mañana se hallarán mejor y podré llevarlas a todas a cubierta, donde se respira un aire más confortable y se contemplan cosas hermosísimas, delfines que nos siguen, pájaros de todas clases, peces voladores que antes jamás había visto, la fosforescencia de la noche, muchas maravillas de la naturaleza que alegran el alma y la elevan a la meditación de la infinita potencia, sabiduría y bondad de Dios, quien todo lo creó para nuestro amor y consuelo.

Hoy sólo me acompañaron en el puente Sor Ágape, la más franca de todas, y Sor María Josefina, que, obediente para comer, se halla bastante

bien y con alegría; estuvieron luego Sor Diomira y Sor María Jesuina; Sor Salesia, con mucha virtud, va constantemente de una a otra cabina para ahorrarme trabajo, pero también ella no está muy bien. Sor Estefanía, después de muchos esfuerzos, creyó estar vestida y llegó a cubierta con el hábito al revés; causaba lástima y por compasión la dejamos allí un poco, después la llevamos al lecho, en donde todavía se encuentra.

Lunes 7 de septiembre – Hoy todas están bastante bien, por lo menos han podido levantarse y tomar alguna cosa para alimentarse. El mar está siempre hermoso, tranquilo; si continúa así, seremos verdaderamente dichosas. El comisario nos trata con toda atención, ha ordenado a su servicio que se nos atienda bien en todo y, en verdad, nada nos hacen faltar.

Martes 8 de septiembre – Un viento impetuoso, que llevaba al barco ya hacia arriba, ya hacia abajo, nos anunciaba desde el alba que hoy habría de ser un gran día, el nacimiento de Aquélla que es Mediadora entre Dios y los hombres, nuestra amadísima Madre. Lástima que, viajando con nosotras cinco Sacerdotes, ni siquiera uno pudiera celebrar el Santo Sacrificio. En El Havre nos habíamos provisto de unas sesenta hostias, pero en vano; ¡paciencia! Por lo menos saboreamos espiritualmente las centellas del Amor Divino, que se hallan transfundidas en nosotras y nos sumergimos en la contemplación del gran bien, que hoy nos llega por medio del nacimiento de María.

María Santísima es una paloma mansísima de Dios; en el universal diluvio de corrupción, que espanta, causa dolor, abate y trata de hacernos perder toda esperanza, María, con su verde ramo de olivo, aparece en medio de nosotras. Adornada con su belleza inefable de inocencia original, nos infunde confianza grande diciéndonos suavemente al corazón que Ella misma se presentará ante la presencia de Dios y nos obtendrá misericordia y salud. ¡Oh paloma muy amada!, tus ojos me roban e hieren mi corazón; ellos me hablan un lenguaje paradisíaco, y me prometen que me alimentarás de tu belleza, para que yo también pueda agradar a Aquél que debe constituir toda mi complacencia, el amado Jesús, ¡Oh María!, tú eres la corona de todos los Santos. ¡Cuán grande participación has tenido en la salvación y perfección de cada elegido, que ahora reina en el Cielo y que un día vivió sobre la tierra como nosotros, sumergido en las mismas miserias nuestras, de las cuales nos lamentamos! ¡Cuántos cuidados maternales para cada alma; cuántas gracias concedidas; cuántas luces a

la mente; cuántos impulsos al corazón; cuántos favores prodigados!; cada alma ha constituido para tu corazón maternal una labor amable y muy activa; has sembrado en ella renuevos de virtud y de santas obras, con ella has trabajado asidua y seriamente. Oh María, tú tienes coronas de glorias para tus amadas hijas, para tus amadores, para tus elegidas; ¡oh! ¡cuán bello es amar a María, servir a María!¡cuán suave y amable pertenecer a María! Tú, oh María, eres toda nuestra y nosotras pertenecemos a Vos en absoluto.

¡Qué admirable ejemplo y modelo nuestro es María! Apenas tiene tres años, cuando ya deja padre, madre, patria, parientes, todo, y con ágil paso de cándida paloma huye del mundo y se guarece en el Templo, figura de nuestros Claustros. Cumple solemnemente en el Templo de Dios lo que, desde su nacimiento, la virgencita privilegiada había ofrecido a Dios; María se ve llena de toda gracia, nada teme, y sin embargo huye del mundo y se retira. Su profunda humildad es como un velo tupido, tras del cual trata de ocultar a sí misma sus dones. La tórtola solitaria busca el retiro y el silencio, porque desea unirse íntimamente a Aquél que es su única complacencia. Ciertamente María habrá exclamado: "¡Oh cuán bellos y amables son tus Tabernáculos, oh mi Dios y mi Todo! Mi alma se consume y languidece en amor por Ti; mi corazón y mi carne exultan en Ti, oh mi Dios y mi vida. Oh mi Dios, Tú eres mi heredad, Tú mi gloria, Tú el gozo y la corona mía".

¡Cuán pronto respondió María al divino llamamiento! ¿Y nosotras, cómo hemos correspondido al llamado de Dios? ¿Cómo correspondemos ahora? ¿Cuál es nuestra virtud, nuestra conducta? ¿Cuáles nuestros esfuerzos? ¿Cuál nuestra generosidad? María conoció su misión y la cumplió; ¿y nosotras, qué hacemos? Nosotras también hemos comprendido cuál es nuestra misión, y la obediencia de continuo nos señala el camino; pero, ¿lo seguimos con fidelidad? ¿O quizá nos dejamos llevar a otra parte por el amor propio, por la naturaleza debilitada, por el respeto humano, por el orgullo, por la tibieza? Oh hijas mías, no perdamos el tiempo, sigamos fielmente las pisadas de nuestra dulcísima Madre, venzámonos a nosotras mismas cueste lo que costare, venzámonos a nosotras mismas y tendremos paz en nuestras almas, alegría en nuestros corazones. Esforcémonos, oh hijas, venzámonos, y María nos alimentará con sus virtudes, y entonces ya no sentiremos la fatiga al marchar por nuestro camino. Humildad, hijas, humildad y gran caridad, abandono de todo, y más aun de nosotras mismas, nos acompañen siempre.

Miércoles 9 de septiembre – Ayer hacia las once de la mañana, se levantó un impetuoso viento, que azotaba el barco a uno y otro lado, como a la navecilla de Pedro. Algunas Hermanas, atemorizadas, me preguntaban si había tormenta; yo les respondía que el mar estaba relativamente tranquilo y que se necesitaba mucho más para hablar de borrasca; entonces se tranquilizaron. El tiempo continuó así durante todo el día, y antes de la noche las Hermanas se hallaban muy cansadas por el movimiento; entonces nos retiramos a un patiecito, sobre cubierta, apartado, cerca de nuestras cabinas; y allí, más bien que sentarse, se echaron todas casi sin quererlo; pero podía permitírsele, pues estábamos solas; y aun contra su voluntad, caían por sí mismas. Ya que estábamos solas, aproveché la ocasión para hacer un poco de lectura espiritual, que sirvió para entonar un poco el espíritu de todas, y así nos transcurrió toda la fiesta de nuestra querida Madre, sin un acto espiritual. El patiecito, donde nos hallábamos, estaba cerca de la cocina y del comedor, y desde un pasadizo nos veían y oían el Mayordomo y el Comisario, quienes se regocijaron mucho al vernos unidas en oración, esperando que hubiera buen tiempo. En el día de ayer también yo me hallaba mal, pero era nada en comparación con las demás, y pude permanecer casi siempre sobre cubierta, sentada y tomando aire; y como, a causa del movimiento, nadie hablaba, pude recogerme y unirme a ustedes espiritualmente y gustar de la hermosa fiesta de María Niña.

La oración en verdad es un gran consuelo y da fuerzas. Es la vida del alma, aún cuando sus efectos no nos sean siempre conocidos. De las muchas corrientes de aguas de gracia que brotan de la plegaria, algunas nos son conocidas, otras las desconocemos, mas no por esto cesan de enriquecer y embellecer nuestra alma. Toda la gloria de la hija del Rey se halla en el interior; de su preciosísima vestidura bordada con mil gracias, de su inmensa riqueza, vemos tan sólo algo de su franja. La plegaria coronada desplegará en el cielo toda su pompa y majestad. Oremos, pues, hijas; oremos con ilimitada confianza en todas nuestras necesidades, en todas las dificultades, y no nos cansemos, si en nuestra corta vida no vemos el efecto de nuestras peticiones. Tengan fe, en la seguridad de que ni siquiera una de nuestras súplicas será desoída. ¡Oh fe! ¡Cuán bella, grande y poderosa eres! La fe produce la esperanza y la oración justamente es la esperanza suplicante. *In Te, Domine, speravi, non confundar in aeternum.* Oh, esperanza del cielo, tanto nos obtienes, cuando a nosotros parece que nada nos logran nuestras plegarias y cuando parece que la esperanza que-

da desilusionada. No, jamás es desilusionada, porque todo está dispuesto por la sabiduría de Dios, quien todo lo ve; ¡Él sabe por qué! Esperen contra toda esperanza y jamás quedarán desilusionadas. Repitan con frecuencia: *In Te, Domine speravi, non confundar in aeternum,* y diciéndolo de corazón, extiendan las alas de la esperanza confiada, que alegra el espíritu y vivan en santa alegría ustedes, que son las predilectas Esposas de Jesucristo, las verdaderas amigas de su Divino Corazón, y persuádanse bien de que ni una sola de sus plegarias quedará sin ser escuchada; ya que si no pudiera escucharlas el Divino Corazón, ¿quién jamás podría escucharlas? Vuestro rostro alegre lleva también el gozo a cuantos las rodean.

Esta mañana el tiempo era todavía algo hermoso, pero todas sentían de sí grandes deseos de moverse, señal de buen tiempo. En efecto, a las nueve tuvimos una agradable serenidad, que alegró a todas. Las Hermanas me rodearon para preguntarme si ese tiempo duraría; les contesté que si nos humilláramos profundamente por todas las faltas cometidas por negligencia involuntaria, Jesús nos obsequiaría con mar sereno y tranquilo. Obedecieron, y ahora nos hallamos casi en la noche y el tiempo se mantiene hermosísimo; el barco marcha veloz y nos da esperanza de que el sábado llegaremos al puerto. ¡Oh, la obediencia cuán amada es por Jesús! Las almas obedientes son la delicia de su Corazón Divino; son el reino, el cielo, la gloria de Jesús, y con complacencia comunica a ellas sus luces, sus dones, sus gracias y con frecuencia las admite a la intimidad de sus secretos; hace resplandecer sobre ellas los rayos de su faz, y les concede completa alegría y gozo en su estado. Jesús realiza en la tierra sus designios sublimes y sus más grandes obras, por medio de las almas obedientes. Son más gratos a Jesucristo los actos de éstas sus amadas Esposas, que cien mil sacrificios de otras personas que viven a su capricho y siguen su propia voluntad. Jesús trata con gusto a las Religiosas obedientes; Él goza de estar entre ellas y las guía con su sabiduría, las conforta con su gracia exuberante y las colma de sus tesoros. ¡Oh feliz obediencia! Oh, hijas, amen esa virtud; sea ella vuestra predilecta. Si son obedientes, serán verdaderas Misioneras, ya que, bendecidas en manera pródiga por Jesús, podrán salvar un número grande de almas, que aguardan su acción. Ninguna de ustedes viva según su capricho, ninguna desee hacer en adelante su propia voluntad, ninguna tenga pensamientos contra la obediencia, sino que todas se sometan como otros tantos fieles corderitos. He aquí el secreto para lograr la paz, para conseguir grandes gracias y todas las bendiciones para el Instituto. Amen todas las virtudes, pero

sobre todas la humildad y la obediencia, porque justamente por medio de ellas dan a Dios lo que es vuestro. Sean obedientes, y su sacrificio será completo; sean obedientes, y serán las verdaderas Esposas de Cristo, gozarán de un anticipado Paraíso. No conserven ya nada de su voluntad, y no sufrirán más aquellos horribles cuartos de hora, que algunas veces las han hecho padecer y también hacer sufrir a sus Superioras. ¿Por qué sufrir para el diablo? ¿Para qué hacerse un Purgatorio ustedes mismas y hacer padecer a otros? ¿Para qué perder la paz y llevar la tristeza a todas partes por algunas ideas o caprichos propios? Sujétense al suavísimo yugo de la obediencia; amen la obediencia y llegarán a ser el verdadero cielo de Cristo. Cielo de paz para todas sus Hermanas.

Jueves 10 de septiembre – Ayer noche el tiempo amenazaba echarse a perder y las Hermanas me preguntaron si hoy tendríamos un hermoso día, como era de desear, porque cuando el tiempo es malo, no se sabe en dónde, ni cómo estar. Les contesté que si nos humilláramos profundamente por todos nuestros defectos, culpándonos de todas las negligencias que el mareo nos hacía cometer, el buen Dios nos bendeciría, dándonos tiempo favorable. De primera intención algunas dudaron en declararse culpables y hubieran preferido quejarse un poco de las molestias y sufrimientos que el mar les ocasionaba; pero, al considerar un instante la manifestación hecha antes de partir, según la cual habíamos afirmado que habríamos llamado bienaventurado aquel día, en que se nos hubiera dado padecer mucho por la santa y piadosa causa de la Misión, todas se sintieron impulsadas a humillarse profundamente, y el amado Jesús, se manifestó complaciente hacia sus ovejitas, concediéndoles tiempo sereno, muy tranquilo, del que ahora estamos gozando en cubierta en un buen lugar de primera clase, donde podemos estar todas unidas. En verdad se ve que la humildad hace milagros; todos esperábamos mal tiempo, en cambio está muy hermoso. Aprendamos, pues, oh hijas, a ser humildes, sabiendo muy bien que Jesucristo ama a los humildes mientras resiste a los soberbios y a los orgullosos, y a éstos los humilla hasta el polvo. Si en cambio nosotras nos levantamos por el orgullo, Dios se alejará de nosotras y nos hará caer en densas y profundas tinieblas. Si por otra parte somos humildes, Él, todo bondad, se acercará a nosotros y nos consolará, oirá nuestras plegarias y nos justificará. No, hijas, el buen Jesús no hace que las almas humildes lo aguarden mucho, va pronto hacia ellas, corre,

vuela, trata de satisfacer sus santos, humildes, pero también grandes y excelentes deseos. Más bien, sucede muchas veces que sintiéndose fuertemente atraído por el corazón humilde, concede benignas gracias que no le fueron solicitadas. Hijas mías, por favor, sean humildes, ya que Jesucristo, en los tesoros de su Divino Corazón guarda gracias grandes, preparadas para el Instituto y para cada una en particular; mas ¡ay! si llegara a hallar soberbias, orgullosas, llenas de sí mismas. Las gracias están suspendidas: o nosotras somos humildes con verdadera, simple y profunda humildad y las gracias vendrán sobre nosotras, o nosotras somos soberbias, llenas de nosotras mismas, aferradas a nuestro yo orgulloso y las gracias se alejarán. En vano suplicaremos; no seremos escuchadas, porque Dios se aleja de los soberbios, dejándolos morir en su soberbia y orgullosa pretensión.

Pero volvamos al mar. ¡Cuán hermoso es, majestuoso en su inmensidad! Está sereno, tranquilo, como un alma en paz con Dios y con el prójimo. El mar da idea de estar en gran paz, sin embargo trabaja de continuo sin descansar jamás; parece que un fuego ardentísimo, encendido bajo él, lo agitara de continuo. Las suaves ondas encrespadas reflejan maravillosamente los rayos del sol; a veces aparecen todo de plata, otras veces se visten de piedras preciosas, por los hermosos colores que toman. Quisiera que las Hermanas me sugirieran palabras apropiadas, con qué describir las bellezas que nos rodean, pero todas han perdido la brújula y nada conservan de sus conocimientos. Sor María Jesuina vive muy contenta y mantiene en alegría a las demás; en los padecimientos y en las dificultades recurre a Santa Reparata, la cual en verdad siempre la repara; el otro día se cortó los dedos hasta el hueso al partir un pan grande para regalar un trozo a una pobre Hermana alemana de otro Instituto, que con gran penuria viaja en tercera clase. Mas, como los males pronto se curan en el mar, así las heridas pronto se cicatrizan; pero, a pesar de la sangre que derramaba, estaba alegre. Sor María Josefina no puede soportar el oleaje fuerte, y cuando se encrespa el mar, se echa a lo largo todo lo posible, mas como siempre va comiendo desordenadamente, ahora un pan, luego una manzana, después cualquier otra cosa, así se conserva bien y va pasando la travesía tranquila. Ella hubiera deseado hacer una bella narración; pero viendo que se halla mejor tranquila, dice de cuando en cuando: El que desee saber cómo es el mar, venga y vea. Sor Ágape es el Capitán de mar; siempre está bien y corre de una a otra parte para

auxiliar y servir a todas. Es una verdadera providencia y prepara el ágape cristiano católico. Sor Teresa permaneció dos días en cama para no ver los padecimientos de las Hermanas; ayer creía que ya no regía su cabeza y se la tocó para darse cuenta de si aún la tenía. Hay un Profesor de la Universidad de Washington, Misionero Apostólico, quien con frecuencia viene a ver cómo estamos; la única queja que le damos es que habiendo cinco sacerdotes a bordo, ninguno celebre y nos dé a nuestro Amado en la Santa Comunión. Cada vez que subimos al puente, buscamos un sitio para estar a solas, pero después de pocos minutos nos hallamos rodeadas de señores de primera clase, quienes siempre se acercan a nosotras con sus sillas. Esta gente parece que es buena y ama la religión católica. El Capitán y los demás de la nave tienen toda suerte de gentilezas hacia nosotras, y muchas veces vienen a preguntarnos si estamos bastante cómodas. Todos quedan satisfechos al vernos alegres y contentas, aún entre las nauseas del mar. No tenemos otra cosa de bueno, sino la alegría que en verdad nos acompaña siempre.

Estamos en los bancos de Terranova; las Hermanas dijeron a Sor Teresa, que aquí se podían recoger coles, y ella prontamente se vistió y vino con el delantal para tomarlos y hacer un poco de minestra a la italiana, cansada ya del *bouillon* y del *potage* francés. Algunas de nuestras Hermanas jamás se hubieran preocupado de la comida, no hallando nada, que les pueda agradar. En cambio Sor Ágape y yo apetecemos todo y en verdad nos mortificamos poco. Pero todas alabamos a Dios, unas sufriendo, otras sosteniéndonos para sostener a las demás.

El día de hoy ha transcurrido por completo sereno y hermoso, las Hermanas están casi todas bien y algunas quisieran hacer la prueba de escribir algo; mas a pesar de que el mar está tranquilo, tanto que casi no nos damos cuenta del movimiento, sin embargo aun les molesta el ligero balanceo. Ciertamente el primer viaje de mar es un poco difícil. Cuando, después de tres o cuatro semanas, volvamos a viajar hacia América Central, entonces todo será más fácil.

¡Oh si viesen el mar en este momento! ¡Qué inmensa superficie lisa y plana de un azul encantador, de una tranquilidad, que no se hubiera pretendido esperar con el mal tiempo pasado! Nunca se vio lago tan sereno y plácido. Hoy todas meditábamos acerca de las cualidades del alma humilde y pacífica, de la verdadera hija predilecta de Dios; y el mar nos presenta una viva imagen. ¡Cuánta inmensidad, y por otra parte cuánta

quietud y tranquilidad! Un mar que podría ser atemorizador y turbulento, ¡cómo permanece en la adoración de nuestro Dios omnipotente!

Nuestras queridas Hermanas continúan humillándose, pues han probado por experiencia cuánto agradece y bendice el buen Dios la humildad. Con ella se consiguen inmensas gracias, porque la humildad verdaderamente tiene poder sobre el Corazón de Dios, y esta tranquilidad extraordinaria e inesperada del mar en verdad es una gracia grande. ¡Oh si verdaderamente tuviéramos a Dios en paz con nosotros, si no le ofendiéramos más, si ya no irritáramos su justicia con nuestras continuas infidelidades a la gracia! Confiemos en la ayuda de nuestro buen Dios porque por nosotras mismas nada podemos, ni siquiera sabríamos pronunciar meritoriamente Su Adorabilísimo Nombre. Confiemos pues en ser fieles con su auxilio santo y por los méritos de Jesucristo, con la ayuda de nuestra excelsa y dulcísima Madre. Ella nos nutra de su santa semejanza espiritual y nos haga, de esta manera, dignas de servir fielmente a nuestro Amadísimo Esposo Jesús, tan fiel en ayudarnos y en concedernos las gracias que necesitamos. Jesús nos ha prometido ayudarnos y nos ayuda, nosotras hemos prometido servirlo y no siempre lo hacemos con aquella perfección y aquel entusiasmo, con que deberíamos servirlo. Somos a veces negligentes y otras veces en nuestras obras no tenemos aquella verdadera rectitud de intención, sin la cual nos servimos a nosotras mismas, a nuestro amor propio, a las vanidades, a las criaturas, pero ciertamente no a nuestro buen Dios. ¡Oh! Resolvamos de una vez y con firmeza servir con toda fidelidad al amabilísimo, a nuestro fidelísimo Jesús.

Viernes 11 de septiembre – El tiempo continúa hermoso, sereno, el mar está tranquilo, hermoso como una bella tabla azul, el aire es leve, suave, reconfortante; todas las Hermanas se encuentran bien y, ante esta plácida calma, fue unánime la idea de hacer un poco de meditación, en unión espiritual con las Hermanas de Italia, que justamente a esta hora se hallan en cada casa en adoración ante el Santísimo Sacramento. Una de nosotras[9], muy ansiosa de hallarse por un instante junto al Tabernáculo, vio en sueños una gran procesión de Santos, que venían con Jesús para consolarla en sus grandes deseos. Mas, aún nos queda un poco de privación, y recién el domingo nos podremos reunir todas en nuestra capilla, en 43rd.

(9) Éste "una de nosotras" claramente se desprende que es la Madre Cabrini.

Street, en Nueva York[10], y allí satisfacer nuestras ansias, al recibir en la Santa Comunión a nuestro amado Jesús, quien es el verdadero Elegido entre miles, que consuela, confirma, vivifica y santifica arrancándonos de entre nuestras miserias con sus gracias infinitas, con su bondad ilimitada.

Ayer tarde un Ministro protestante reunió el mayor número de señores que le fue posible, en el salón de primera clase y tuvo con ellos un *meeting*, como dicen los Ingleses, es decir una conferencia, con el fin de recolectar dinero para las familias de los pobres marineros que fueron víctimas de desgracias. Yo no sé cómo marcha el asunto, pero en verdad causa lástima ver cómo tantas veces sean más celosos los secuaces del demonio, que los hijos de Cristo. Nosotros nos hemos hecho viles, cobardes, y muchas veces por un miramiento o por otra razón nos callamos con negligencia, nos dejamos vencer por el respeto humano, y dejamos de mostrarnos ante la virtud, y se calla; se ve conculcada la verdad y se calla; mas ¿por qué se calla? Porque somos viles. ¡Oh! Tenemos necesidad de renovar nuestra fe, de enfervorizar nuestros corazones en los sublimes principios de nuestra Santa Religión. Tenemos necesidad de revestirnos del Espíritu de Jesucristo, de animarnos con la caridad de su Divino Corazón para con gran entusiasmo manifestar la verdad. No temamos ofender a las personas, que se nos acercan, ni a ser importunos con ellos al hablar de las verdades de la fe. No; si supiéremos revestirnos de la caridad de Jesucristo, mansa, benigna, pero al mismo tiempo fuerte y enérgica, nadie sería ofendido por nosotros, antes bien sería conquistado.

Hijas, si hay verdadera caridad es justamente ésta, y es tal que ciertamente honrará al Corazón Santísimo de Jesús. A veces una persona habla no debidamente de nuestra Religión Santísima y alaba más bien el vicio que a la virtud, porque ha perdido la brújula de la verdad; pero si hubiera quien con generosa caridad y con la suavidad de Jesús, supiera insinuarse con dulzura, corregir ciertas ideas torcidas, poco a poco llegaría a conquistar ese corazón y a unirlo a aquel tronco seguro de verdad, del cual, sin darse cuenta, se había separado. Oh Hijas, si esto es necesario en todas partes, yo creo que hoy en especial es necesario para ciertas naciones, en otro tiempo profundamente religiosas, y que ahora por soberbia, por ambición o por un deseo de vana libertad, se han dejado arrastrar aun hasta donde nunca hubieran deseado llegar. He oído ya a varias personas, a bor-

(10) Es la dirección de la nueva sede, a donde la Madre Cabrini había trasladado el Asilo de los Santos Ángeles, en el segundo viaje a Estados Unidos en 1890.

do, que decían: Mas ¿por qué marchan estas Misioneras hacia América, cuando hoy en Europa son peores que los demás hombres, despreciadores de la Religión y sin fe? Estas expresiones me hirieron en lo más íntimo del alma; y sería necesario, que no fuera verdadera hija de la Iglesia y que no amara a la patria, para no sentirme herida con estas palabras, que tanto deshonran a naciones, que eran un día floreciente por sus verdaderos y profundos sentimientos religiosos.

¡Ea! Hijas, comencemos a humillarnos, a revestirnos de verdaderas y sólidas virtudes, a ser fervorosas, verdaderas amantes del Corazón de Jesús, reparándolo de tantas muestras de desconocimiento y suplicándole a favor de nosotras y de nuestros hermanos, quienes viven en tiempos tristes y privados de la fe. Aprendamos a ser humildes y a realizar sacrificios, pero reales sacrificios de valía, esto es, acompañados de la verdadera abnegación de nosotras mismas. Sacrifiquémonos, humillémonos por nuestros queridos hermanos, cuyo precio ha sido nada menos que la Sangre de Jesucristo; por estos hermanos que, por ignorancia grande, pierden la heredad de los hijos de Dios y quieren trocarse en infelices por toda la eternidad. Con todas nuestras fuerzas, procuremos arrancarlos del precipicio.

Sábado 12 de septiembre. – Por fin con la ayuda de sus fervorosas y continuas plegarias henos ya en el último día de nuestro viaje. Si viesen hoy el mar, ciertamente no creerían que sea el elemento traicionero que atemoriza algunas veces a quien teme las ondas bravas y los peces voladores. Ya no parece un mar, es liso, liso como un tranquilo lago, el sol se espeja en él como en agua quieta. Jamás he visto tanta bonanza, ni aun el año pasado cuando casi me hallaba harta de la tranquila calma del océano; es en verdad extraordinario: mirar el cielo y mirar el mar es contemplar la misma cosa. Dicen que tanta bonanza es presagio de tormenta, mas antes de que ésta se levante, ciertamente llegaremos al puerto y en esta manera las Hermanas con destino a Nicaragua, tendrán buen ánimo para iniciar sin temor el nuevo viaje. Como sus plegarias resultan bien poderosas para conseguirnos tan feliz travesía, yo me preocuparé en saber el día de la partida hacia Nicaragua, para darlo a conocer a ustedes, a fin de que vuelvan de nuevo a buenos sacrificios y a sus oraciones, para obtener que ese viaje también sea bendecido. Iremos hacia el calor, que en el mar yo no puedo sufrir; pero ¿qué podré temer auxiliada con sus oraciones? Nada

ciertamente. Por otra parte es verdad que por difícil que resulte el viaje, siempre será por esa pequeña esfera, que una Misionera debería recorrer por completo, por amor a su dilecto Jesús; por otras cuatro mil millas son bien poca cosa. Rueguen ustedes, y esto basta; en cuanto a lo demás yo me preocuparé, no preocupándome nada, sino abandonándome por entero al Corazón Adorable de Aquél, que es nuestro Bien, nuestro Todo, nuestro Gobernante, Conservador, Dueño, Amigo y Esposo. Rueguen, rueguen, Hijas, y hagan generosos sacrificios y después verán cuántas hermosas gracias les prodigará el buen Jesús.

Ahora nuestras Hermanas están bien, alegres y contentas[11]. El mar comienza a agradarles, y quizás por esto es que deben abandonarlo y pronto, ya que la Misionera a nada debe aferrarse, sino sólo al sacrificio de sí mismas y de toda inclinación. De cuando en cuando Sor Verónica ve grandes peces; hasta ha creído ver una tonina, una ballena y dos tiburones. Sor Alacoque sueña todas las noches y habla en voz alta de su Misión, de su escuela, de sus niños, que causa placer escucharla. Sor María Jesuina mantiene alegres a todas. Hace tan sólo dos días que habla Sor Querubina; antes debido a la sensación del mar había perdido la palabra y creía haberse quedado sin fuerzas, ahora en cambio está descontenta de que finalice el viaje. Sor Pía y Sor Clara han descansado demasiado en la cabina, mas ahora están avispadas en cubierta. Sor Diomira ha sufrido, pero siempre ha estado yendo de una a otra parte. Sor Pierina, Sor Angélica y algunas más tienen el rostro quemado por el aire, como yo, por haber gozado mucho en cubierta. Sor Salesia hizo de enfermera de todas y Sor Ágape, la que ayudaba a todas en todas sus necesidades. Sor María Josefina comenzó ayer a escribir la narración para enviarla a sus hermanos, quienes se la habían solicitado con instancia y yo se la enviaré a ustedes antes, cuya lectura les será grata, porque no me he detenido a hacer descripciones. Todas las Hermanas me piden les agradezca mil y mil veces sus oraciones y las atenciones que han usado para con ellas; todas sienten estar lejos personalmente, pero no con el corazón, el cual, como el de una verdadera hija, está ligado a la casa madre. Todas piensan en ustedes y se estimulan para grandes obras. El segundo día del viaje,

(11) El número de Religiosas que acompañaron a la Madre Cabrini, según "Una delle sue filglie" que escribió la Vida de la Santa Madre, fue de veintinueve, de las cuales catorce deberían llegar hasta la fundación de Nicaragua. En la carta de la Madre se citan solamente quince por sus nombres: 1. H. Ágape; 2. H. Alacoque; 3. H. Angélica; 4. Clara; 5. Diomira; 6. Egidia; 7. Estefanía; 8. H. María Jesuina; 9. H. María Josefina; 10. H. Pierina; 11. H. Pía; 12. H. Querubina; 13. H. Salesia; 14. H. Teresa; 15. H. Verónica.

al verlas a todas enfermas, y convertidas en otras tantas niñitas, estaba a punto de desalentarme en la creencia de haberme equivocado de lejos en la elección de las personas para las Misiones, bien difíciles, a que estamos destinadas, mas por suerte suspendí mi juicio; y hoy estoy completamente animada al verlas trocadas de nuevo en mujeres, serias, virtuosas y tan llenas de entusiasmo, que es un placer hallarse en su compañía. Además son muy humildes, desconfiadas de sí mismas y confiadas en Dios, por lo cual ciertamente serán bendecidas en todos sus trabajos y podrán mostrarse verdaderas hijas de la Iglesia con su sincera adhesión y con sus santas empresas para la gloria de Dios.

No sé si antes de desembarcar volveré a tomar el lápiz; pero, desde Manresa, con la esperanza de darles noticias consoladoras, tanto más que, fuera de los auxilios acostumbrados, tenemos a San Luis, en homenaje a cuyo centenario hemos emprendido todo. Este querido Santito, si fue siempre poderoso, especialmente lo es en este año, y como saben, nosotras lo hemos experimentado bastante. Todas las Hermanas las saludan afectuosamente y se unen a ustedes, a sus plegarias, a sus obras buenas y sacrificios en el Corazón Santísimo de Jesús y bajo el manto de nuestra Madre María.

En el Océano, 13 de setiembre de 1891.

Aff.ma Madre en el SS. C. de J.

M. Francisca Javier CabrinI

IV

DESDE NUEVA YORK A NICARAGUA

A. M. G. SS. C. J.

En el Océano, jueves, octubre 15 de 1891.

Mis queridísimas hijas:

Como ya saben por la última relación de viaje de Europa a América, llegamos a Nueva York el 13 de septiembre, donde nuestras Hermanas y muchas personas buenas de la ciudad, que se muestran benévolas y adictas, nos aguardaban con ansias indescriptibles. En el día siguiente a mi llegada, caía el aniversario de mi Profesión, día memorable y muy querido para mí y para todas mis buenas hijas, que hacen suya cualquier circunstancia mía. Todas lo festejamos grandemente, tuvimos dos Misas: el Padre Bandini dirigió una hermosa plática, apropiada a nuestra Misión, acerca de la solemnidad de la Exaltación de la Santa Cruz. Luego, hacia la tarde, debía darnos la Bendición el Excelentísimo Señor Arzobispo, como tan bondadosamente nos lo había prometido; pero, imposibilitado por sus múltiples ocupaciones, fue dada por el Rev. Mons. Dr. Brann, Rector de la parroquia, en donde se halla nuestra Casa de 43.rd Street, asistido por varios Padres, quienes vinieron a festejar nuestra llegada. Un día más tarde, vino a visitarnos Su Excelencia, con esa su bondad paternal, que tanto nos consuela. En los días siguientes visité las diversas Casas de la Misión. Primero fui a Manresa, acompañada por las veintinueve Hermanas, que conmigo vinieron desde Europa. Todas quedaron encantadas de la hermosura de aquella villa, la que por su posición, es una de las mejores sobre las riberas del Hudson. Además el orden y la tranquilidad de esa Casa la hacen aún más amable. La Iglesia anexa inspira mucha devoción y recogimiento y nos invitó a una de esas contemplaciones, que hacen sentir

muy viva la bondad del Divino Esposo Celestial y comprender completamente toda su voluntad, infundiendo alientos para seguirla con toda fidelidad. Cada vez que me hallo en Manresa, pienso que quizás ése sea el lugar destinado a mi retiro para prepararme al viaje de la eternidad, luego que haya trabajado bastante a favor del Instituto; pero puede ser ésta una agradable fantasía, un sentimiento pueril; mas, dejando a la Providencia todo pensamiento acerca de nuestro porvenir, trabajemos día a día en la viña del Señor, buscando la mayor gloria de Dios, en el perfecto desasimiento de todo y, lo que más interesa, de nosotros mismos, ya que muchas veces sin darnos cuenta somos enemigos de nuestras almas, turbándonos con muchas cosas, mientras *porro unum est necessarium.* La mayor parte de las hermanas estuvieron en Manresa algunos días para descansar del largo viaje y de los sufrimientos del mar; en cambio, yo apenas pude quedarme veintidós horas; de allí volví apurada a la ciudad para despachar los asuntos, logrando de tal manera terminar todo para el 10 de octubre, fecha ya señalada para seguir el viaje hacia Nicaragua.

El 21 de septiembre nos aguardaba una amable y conmovedora fiesta. Siete de nuestras postulantes americanas, que durante un año dieron excelentes pruebas de su buen espíritu, estaban preparadas para dejar el velo blanco y vestir el hábito del Instituto, y Su Excelencia, el muy amado Arzobispo Corrigan, volvió revestido de sus vestiduras solemnes para admitirlas a la santa Vestición. Celebró la ceremonia según nuestro ritual con decoro y devoción muy particular; pronunció un emocionante sermón, y su palabra paternal, suave, penetró en el corazón de cada una de las Religiosas. A ustedes, que muchas veces han tenido la suerte de asistir junto conmigo a ceremonias tan hermosas y siempre nuevas, no es necesario que les hable de la emoción general y que les diga cuán feliz y propio del paraíso hubo transcurrido ese día en la Comunidad. También el Excelentísimo Arzobispo, congratulándose más tarde, decía que estas ceremonias siempre conmueven, como si fuese la primera vez que se hicieran. Luego, en medio de tantos asuntos que resolver antes de la partida, se me esfumó el tiempo sin darme cuenta, y sin un día de descanso.

Llegó pronto el 10 de octubre, y todo estaba dispuesto para la continuación del viaje; había ya visto las cabinas y preparado los sitios para las Hermanas, que debían viajar. La víspera, el muy atento Arzobispo, que demuestra gran afecto hacia nuestro Instituto, volvió de nuevo a llenarnos de consuelo con su presencia, para confortarnos y animarnos a la nueva

misión que nos espera. Dijo un discurso de ésos que en verdad parten del corazón y penetran en el alma, después impartió la bendición con el Santísimo Sacramento, precedida por el *Ave Maris Stella* y por el *Tantum ergo*, que las Hermanas por partir cantaron con gran entusiasmo, seguida de una plegaria a la Virgen. A continuación Su Excelencia se entretuvo con nosotras familiarmente según su acostumbrada bondad, y sus palabras eran plenas de santidad y nos confortaron grandemente, al asegurarnos que rogaría todos los días durante nuestro viaje, para que la Virgen y los Ángeles nos acompañasen y con eso sería muy feliz. Su Santidad Monseñor Mac Donnell, nos prometió sus más fervorosas oraciones con el augurio de próspero viaje. En el mismo día y hasta muy entrada la noche, hubimos de recibir las visitas de muchas personas buenas y piadosas, que llegaban a darnos el adiós con innumerables augurios y algunas de ellas llegaron también a presentarnos el último saludo en el barco.

Pero mientras hablamos de tantas cosas agradables, llega rápidamente el momento de la partida: a las diez ya nos hallamos en el buque, cuyo nombre es *New-York*, de la línea *Pacific Mail.* El Agente ha sido muy bueno con nosotras, y nos ha dado cómodas cabinas, una para cada dos Hermanas y una separada para mí. Los lechos no son tan pequeños como los de la Transatlántica, sino largos y muy cómodos. Las cabinas tienen entrada hacia el salón, por lo cual una puede pasar del lecho al sofá sin peligro de caer, aun cuando el mar sea borrascoso, pues creemos casi con certeza que este viaje no será tan tranquilo y hermoso como el otro, por tratarse de una Misión nueva para la cual necesitamos gracias grandes; han de venir por lo tanto nuevos sacrificios para que nos hagamos dignas. Nos acompañaron las Hermanas y viarias personas buenas. Un distinguido y excelente irlandés nos presentó al Capitán y al Comisario, a los cuales nos recomendó calurosamente.

A la una de la tarde apuradamente se levantaron los puentes, el buque se deslizó muy despacio hacia fuera del puerto; entre tanto las Hermanas y los amigos agitaban los pañuelos, y nosotras también hicimos lo mismo por espacio de cerca de un cuarto de hora, hasta que la lejanía nos permitió ver a las Hermanas y a los demás tan sólo como un punto imperceptible. De aquí, que al internarnos en la bahía, perdimos de vista a todos, abandonadas a las movibles ondas por completo; hasta la noche se fue costeando y ha de haberse hecho lo mismo durante toda la noche, creo, cuando hacia las once se levantó una furiosa tempestad, que amena-

zó hundir el barco con todo cuanto llevaba. En un instante solamente se volvió de la derecha hacia la izquierda, con tal ímpetu que parecía querer zozobrar; las hermanas se mantuvieron en la cama a duras penas; yo me levanté con presteza, vistiéndome, para salvar a todas, o bien morir todas juntas. Nuestros bagajes rodaban en todas direcciones, convertidos en cuerpos ambulantes, sin que nadie los pudiera detener, ni consiguiera detenerse a sí mismo, a no ser que estuviera ligado o sentado en tierra. El mar se hinchaba de manera extraordinaria, se formaban montañas como por encanto y se veían valles profundos; la nave parecía ir a su ruina en esos instantáneos precipicios. Además el viento arreciaba sobre cubierta, amenazaba irrumpir en las cabinas, pero no lo permitió Dios, y se limitó a arruinar tan sólo la del médico, quien, pobrecito, al día siguiente, hubo de vestirse con los trajes de otros, porque los propios se habían empapado y destrozado. El Capitán, con apuro, llamó a todos los marineros y a todas las personas de servicio convertidas en marineros, y trabajó para librarnos de la completa ruina; y lo logró, tomando camino hacia el medio del Océano, y navegando al través durante todo un día. Mientras tanto se apaciguó el mar y entonces volvió sobre el camino hecho, para tomar la ruta propia, por lo cual en dos días avanzamos solamente cuarenta millas. Mas ¡Dios sea bendito! a pesar de que la tormenta ha sido de las más terribles, según el decir del mismo Capitán, nadie murió y nadie tampoco sufrió. En medio de tamaña tempestad, ninguna de las Hermanas se asustó, y todas permanecieron tranquilas en sus lechos, dispuestas con calma a morir, pero siempre bajo las cobijas. En cambio yo permanecí toda la noche en el salón, desde el cual podía hablar con las hermanas, que reposaban, y así animarnos mutuamente. Además estaba atenta a todos los trabajos, porque si hubiera habido necesitad de salvarse en alguna manera, habría obligado a todas a vestirse y ponerse a salvo. Entre tanto se rogaba a la Virgen del Rosario, en cuyo mes viajábamos; se encendió la vela de Loreto, muy eficaz contra la tempestad del mar, y nuestra Santísima Madre en verdad vino en socorro nuestro, librándonos del inminente peligro.

¡Oh, cuán buena es María! ¡Cuán amable y cariñosa! Toda la tierra está plena de su bondad; todos los siglos vieron las obras admirables y misericordiosas de sus benditas manos. Esta vez también nosotras hemos probado con evidencia cuánto nos protege, cuánto nos ama. Como una Madre compasiva hacia sus hijos, María tuvo compasión de nosotras, que la hemos invocado con real confianza en nuestro peligro. ¡Oh, qué alegría ser hijas de una tal Madre! ¡Siempre hemos rogado mucho a San Luis,

que enviase a los Ángeles del Cielo para librarnos del temido e inminente naufragio, y él, tan bondadoso con nosotras, que en este año todo lo emprendemos en homenaje a su Centenario, rápidamente nos envió su auxilio; y ahora gozamos de un mar muy tranquilo, quieto, y sin agitación; el otro día semejaba un alma agitada por los remordimientos o por la soberbia, que no halla jamás la paz con su Dios.

Hoy estamos a 15, día de Santa Teresa, y esta querida Santa que ha sufrido en todas maneras y ha hecho larga y dolorosa experiencia de las penas, nos concede un magnífico día; cielo sereno, vastísimo horizonte, mar en calma, aire balsámico, puro, leve; en una palabra, que hallándose sobre cubierta, parece que una se encuentra en las puertas del Paraíso; por lo cual llega hasta nosotras suavísimo aliento, como para hacernos participar en una manera de la grande y hermosa fiesta, que hoy Jesús hace a su amada Esposa Santa Teresa. No hay sacerdote alguno en el barco, por lo tanto ni una Misa siquiera. Pero hemos podido meditar y comulgar espiritualmente con fe. ¡Oh! Tenía buena razón aquella dichosa prisionera de alegrarse al pensar, que por lo menos había hospedado una vez a Jesús en su corazón; y al entrar en el místico tabernáculo de su alma, gozaba como si en ese mismo momento tuviera allí y vivo a su Amado. Nosotras, más dichosas que ella, lo hemos recibido tantas veces y hace cinco días tan sólo latió por nosotras y con nosotras en nuestro corazón: ha fortalecido nuestras almas, y se nos ha dado como en Viático; por lo cual no fue difícil hoy recogernos alrededor de Jesús, para que hiriera a nosotras con su amor santo, como un día había herido a la Serafina del Carmelo.

Hoy en el Cielo la voz de Santa Teresa, dulce, suave, se une a muy melodiosa voz de Jesús y rapta en éxtasis de amor a los bienaventurados celestiales. ¡Oh voces celestes, oh cánticos de júbilo, de inefable gozo, de amor perenne! El ímpetu del río alegra la santa Ciudad de Dios, la muchedumbre de las voces de las aguas espirituales, que brotan de Jesús y de Teresa, llegan en dulces efluvios hasta nosotras para alegrarnos, para enfervorizarnos, para animarnos; oh hijas, aprovechemos toda ayuda que nos viene de lo alto, ya que nuevas cruces nos aguardan; pero nosotras no nos espantaremos, antes bien gozaremos de estar apoyadas en nuestro Amado y con la Esposa de los Cánticos podremos decir: *Tenui eum, nec dimittam.*

Se dice que hoy nos encontraremos con un buque, que recibirá nuestras cartas, y yo preparé dos líneas para Italia y para Nueva York, así más

pronto quedarán desmentidos aquellos rumores que ciertamente os habrá hecho creer que hemos perecido en la tremenda borrasca. En verdad hemos estado en peligro, pero todas estábamos calmas, tranquilas y seguras, confiadas en Jesús y en la Misión, a la cual Él mismo nos va llevando en compañía de la Santísima Virgen y de San Luis, patrono de la nueva fundación. Se comprende que nos vamos acercando rápidamente a la zona tórrida, si ya no la hemos alcanzado. Hemos debido aligerarnos en los vestidos y aún se traspira, mas el aire es leve y reconfortante.

Ayer, día 15, creíamos encontrar un buque, que tomase las cartas, en cambio transcurrió toda la noche, sin que nada llegara. Esta mañana a las siete vimos una islita, después la isla de la Fortuna y una pequeña chalupa de nombre *Columbus* vino a tomar la correspondencia.

Después de haber pasado algunos días en pleno Océano, y más aún, después de habernos hallado en serios peligros, fue una alegría general ver tierra y la saludamos con verdadero gozo. El Capitán, siempre bueno y amable, hizo que nos colocáramos en el mejor sitio para ver bien todo. Mientras tanto nuestros ojos se.internaban en esa tierra para divisar algún campanario, y saludar a Jesús con redoblado entusiasmo, vivo en el Sacramento, al mismo tiempo que nuestras Hermanas se hallaban en la hora de Adoración, siendo viernes. ¡Oh dichosas ustedes, hijas muy queridas, que se hallan frente a frente al vivo centro de nuestra vida; dichosas ustedes que sienten sus latidos y su ardiente palabra que les infunde gran fuerza, poderosa necesidad de corresponder al amor de vuestro Amado! Den, pues, amor por tanto amor, con la real práctica de los santos propósitos, que han hecho, de ser generosas en sacrificarse para la gloria de Dios: vénzanse siempre a ustedes mismas humillándose con todas las fuerzas y amando con verdadero afecto las humillaciones: de ser obedientes hasta la muerte, procurando la perfección de la obediencia hasta ser muy delicadas en evitar aun las más pequeñas transgresiones de las órdenes de sus Superioras, que les hablan en nombre de Dios; de ser caritativas, sacrificando voluntariamente toda inclinación propia, con tal de hacer, que los demás se hallen bien, y más aun sus Hermanas; tratando de dar consuelo a sus Superioras con el perfecto renunciamiento de vuestra voluntad, que han dejado en la puerta de la Casa Religiosa, cuando con la Cruz al cuello han entrado diciendo: "¡Llevo la paz! ¡He venido para ofrecer el sacrificio al Señor!" Oh sí, hijas mías, lleven siempre la paz sacrificándose y jamás acontezca que sean ocasión de amarguras para sus Superioras, clavando espinas en sus corazones, con mala conducta, con ideas propias, que por

más que les parezcan hermosas, son siempre producto de un amor propio envenenado, y mucho más lo son, cuanto más se sienten apegadas a ellas.

Renuncien a ustedes mismas, y renuncien con plenitud, si quieren hallar la verdadera paz de sus almas y dejar gozar la paz, también a cuantos las rodean, y más aún si desean, como tienen obligación, cooperar a la salvación de las almas. Si se sacrifican de esta manera, llegarán a ser santas y después de haberse santificado ustedes, podrán ciertamente santificar a los demás. El que no es santo, jamás santificará a otro. El que sea santo, embalsamará el aire a su alrededor, y cuantos se le acerquen, sentirán el hálito de algo que santifica. Mas, mientras yo les escribo, se ha adelantado un poco más en el mar y otra isla aparece ante nosotros, llamada *Castel,* y entonces también nosotras, dichosas como ustedes, de nuevo saludamos a Jesús en el Sacramento, atrayéndolo luego hacia nosotras con una fervorosa Comunión Espiritual.

Esta mañana, 17 de octubre, a las cinco hemos entrado en el mar Caribe, después de haber pasado la isla Santo Domingo, que nosotras no hemos visto, por hallarnos aún descansando. Se afirma que este mar siempre está borrascoso pero el buen Dios, que desea mostrarnos que Él es el Dueño de la tierra como del Océano, y que todos los elementos dependen de su Dedo omnipotente, nos dio la borrasca, en donde tantos esperaban la calma, y ahora nos concede una gran calma, en donde todos aguardaban la tempestad.

Hoy es el día de una de nuestras poderosísimas patronas la Beata Margarita Alacoque, y ella, en los gozos inefables del Corazón divino, ha obtenido ciertamente para nosotras una gota de aquel celestial y sublime rocío, que disolviéndose en el mar, que estamos atravesando, lo ha trocado como en otro cielo; azul y claro, liso, hermoso, sobre el cual vuelan ligero algunos pájaros muy blancos, que parecen en verdad ánades, los cuales han bajado a decirnos en su mudo, pero elocuente lenguaje, la fiesta que se celebra allá arriba en el Cielo, en honor a la cándida Margarita, empurpurada por los ardientes rayos de caridad, que arde el Corazón de Jesús. ¡Qué trabajo de gracia sublime ha realizado el Corazón divino en el corazón de su Amada! Trataremos, oh hijas, de ser fieles también nosotras a las operaciones del amor santo en nuestras almas. ¡Nuestro espíritu sea puro, desinteresado, humilde, dócil, y entonces verán cuán hermosas y admirables son las operaciones del Espíritu Divino en nuestros corazones! Es un trabajo que arrebata en éxtasis de estupor hasta a las inteligen-

cias angelicales. Es un trabajo digno de la sabiduría y bondad infinitas de Dios: este Espíritu trabaja con nosotras, ruega con nosotras; nos instruye, nos anima, nos conforta con sus abundantes y perennes luces, con sus mociones e impulsos a hacer toda obra santa. Él está a nuestro alrededor con solicitud amorosa digna de su eterno e infinito amor hacia nosotras.

De aquí muy bien hemos de deducir que, si aún no somos santas, la culpa es totalmente de nosotras. ¡Oh! Sea el alma fiel a todas las incesantes operaciones del amor divino, sumergiéndonos en Dios con el perfecto despego de todo: y en poco tiempo no caminará, sino que volará por la recta senda de aquella perfección, que es inefable alegría del alma que arriba hasta allí. Busquemos la senda recta y segura de la perfección, animémonos a ir hacia el verdadero amor a Dios y al prójimo; antes el primero jamás sea separado del otro, y procuremos llevar hacia el Corazón de Jesús a cuantas personas tratemos, siendo esta justamente la finalidad de la vida de la Misionera, Esposa de Jesús. La Beata Margarita vio escritos con hermosísimos caracteres en el Santísimo Corazón de Jesús, los nombres de algunas personas, que procuraban hacerlo conocer, y el Divino Corazón manifestó a ella misma que nunca serían borrados. El fuego de su amor es grande y ansía dilatarse: por esto ama en manera especial y colma de celestiales gracias a la almas que procuran propagarlo; no faltan cruces a estas almas, pero es como si no las tuvieran, ya que el amor de Dios, cuando penetra en una alma, tiene esto de propio, que no sólo aligera toda pena, sino que hace llover en ella tanto rocío de paraíso que la alegra y la embriaga. ¿Quién de nosotras, oh hijas, no quisiera ser así? De otro modo seremos como las vírgenes necias, quienes, por querer vivir un poco negligentes, se hicieron indignas de ver al Esposo y de entrar con Él en el banquete nupcial. Sean pues nuestras lámparas ardientes, jamás nos cansemos, y apenas veamos que el aceite disminuye, corramos a la fuente de la vida con humildad profunda para renovarnos y tomar otra vez nuevo ánimo. Poco tiempo nos queda, oh hijas, trabajemos con rapidez, que la merced ya está pronta y será tal, cual nosotras nos la preparemos: Jesús está con nosotras, todo lo podemos; por nosotras solas caeremos, pero con Dios todo lo podremos. Ánimo. Hijas, no suceda jamás que alguna de nosotras desfallezca en mitad del camino, perdiéndose en la oscuridad de un poco de orgullo o de ese hijo de la soberbia, que es el envilecimiento. Rueguen pues mucho por mí, a fin de que, mientras procuro animarlas, no me haga indigna de la amada bondad y compañía de mi Amado, que es

nuestro tesoro sin par, en cuya comparación el mundo y todos sus bienes son nada, más bien fango y aflicción de espíritu.

Todas las Hermanas están bien, y juntas todas en cubierta, contemplando la obra de la Omnipotencia y de la Inmensidad de Dios, implorando bendiciones y gracias para las tierras que nos circundan. Ayer noche hemos pasado por Cuba.

Aún no les he dicho de una hermosa y fácil invención nuestra, para que el mar se mantuviera bueno, más aún, para que cada vez fuera más tranquilo y atrayente. Por la noche pido a las Hermanas hagan actos de humildad ante Dios, reconociendo nuestra miseria, lo que es fácil cuando vivimos en la verdad y no ilusionadas; y con esta clase de súplicas nosotras logramos ver cada día las aguas tersas, como una hermosísima tela azul, encrespadas ligeramente tan sólo algunas veces, resplandecientes con tan hermosos colores, que es un encanto, y en comparación de las cuales son nada hasta los diamantes, las gemas y toda piedra preciosa. Si además debemos confesar la verdad, en los días de tormenta nos habíamos olvidado justamente de tan poderosa súplica, como es la de las profundas y muy sinceras humillaciones.

¡Oh! la humildad, ¡cuán potente es cuán bella! Ella es una joya del cielo. ¡Ea! Oh hijas, sean humildes de mente y de pensamientos, como conviene a verdaderas religiosas, colocadas en la escuela de la perfección; tengan muy pobre opinión de ustedes y cada una ha de considerarse la última de todas y la única indigna de convivir con las Esposas de Cristo, con las amadas por el Sacratísimo Corazón de Jesús. Sean agradecidas a los beneficios de Jesucristo, que la gratitud es un sentimiento noble de las almas humildes; pero jamás imputen a méritos propios, los que son dones de Dios; y si a veces se ven más favorecidas con gracias y con bendiciones, que les sirva eso para que reconozcan siempre más su nada y se encierren en ella. Más se humillen, más se rebajen, y mucho más Jesús se acercará a ustedes; y, si estuvieren bajo los pies de todos, el Amado tomaría posesión de ustedes, entraría en su corazón y complacería siempre vuestra voluntad. Sean, pues, humildes siempre y con verdadero afecto, deseando ser tenidas en poca cosa, no advertidas, olvidadas, maltratadas, despreciadas, calumniadas; antes bien, en estos casos sepan permanecer siempre en calma, resignadas y contentas, como en un jardín de flores. Prefieran obedecer antes que mandar; cuando se las corrija, no se justifiquen, jamás digan: hablo, porque tengo razón"; en cambio guarden silen-

cio, porque debemos practicar la virtud, cuando tenemos razón y cuando no la tenemos, de otra manera podremos soñar con la perfección, pero jamás llegar a ella.

Con la humildad irán creciendo de gracia en gracia, de virtud en virtud, gozando de verse de esta manera en el seno del amor dulcísimo de nuestro amante Esposo Jesús, alegres y tranquilas con la suerte, que les deparen sus días. ¡Oh! entonces, hijas, la serenidad de los Ángeles brillará en vuestro semblante, no desconfiarán en las adversidades, ni se ensoberbecerán en la prosperidad, y vuestro único pensamiento será el de agradar a Jesús en todo; entonces serán como cándidas palomas, hermosas y amables a los ojos de Dios, vuestros acentos serán dulces y suaves al Corazón de Jesús, sus plegarias serán como incienso en la presencia del Altísimo, su vida será una lámpara ardiente en medio de la Comunidad, y en fin vuestra muerte será la de los justos, con una inmensa confianza en Aquél, que han imitado y que es vuestro Todo, el centro de todas sus aspiraciones.

Ahora, entonces, les diré cómo terminó el día de la Beata Alacoque, nuestra protectora. Hacia las 4 de la tarde, se oyó tocar la campana a rebato, luego se vio desordenado movimiento en la servidumbre, y correr a los marineros; era la señal del "fuego". En un abrir y cerrar de ojos todos se colocaron los salvavidas, fuere a los lados, fuere a las espaldas, prontos a echarnos al mar, si llegaba la catástrofe, y ciertamente no antes, porque como decía el Capitán, en estos mares frecuentemente se hallan tiburones. Algunos se prepararon a bajar pequeñas barcas; en una palabra fue un espectáculo muy hermoso, ya que una buena y simpática viejecita, que nos sirve primorosamente, poco antes nos había avisado de esta especie de maniobra para que cada uno se haga práctico, pronto, en el caso de que sucediere semejante desgracia. ¡Dios nos libre!

Como de costumbre, a las 6 más o menos, tuvo lugar el almuerzo y entonces se presentaron a nosotros varios señores acompañados de un coronel de Guatemala, y nos dijeron que media hora más tarde, todos se reunirían para obsequiar al Capitán con un pequeño acto musical, y que esperaban no le haríamos el desaire de quedarnos solas y mudas. Dudamos un poco, por no estar acostumbradas; pero pensando que era toda gente buena, que había tenido miramientos especiales hacia nosotros, y que, después de la Virgen del Rosario, debíamos nuestra salvación en la tormenta al valiente y bravo Capitán, cedimos, rogando al Coronel

que señalara nuestra participación en el comienzo del programa, pues, terminada nuestra actuación, nos retiraríamos. Aceptaron reconocidos; y media hora más tarde, en el salón contiguo a nuestras cabinas, donde el Capitán y otros nos aguardaban, se leyó un breve saludo, que fue recibido con agrado y con aplauso; después nos retiramos a cubierta, dejando que los demás hicieran la fiesta, la que por otra parte fue un acto en verdad de personas sensatas y serias. Mas el Capitán no quedó satisfecho; subió al puente en busca de nosotras, acompañado del Médico y de otros Señores para agradecernos nuestro pequeño agasajo, rogándonos al mismo tiempo le concediéramos escuchar algunas de las canciones, que en los días precedentes habíamos cantado en voz baja, sin darnos cuenta de que se nos escuchaba.

Todas juntas cantamos: "Gesú, Gesú mío ver conforto", luego "María che dolce affetti" y nuestras voces, armonizadas por el eco de las pacíficas ondas, se elevaban al Cielo, mientras el rostro de los oyentes se alegraba con un nuevo placer inocente, quizá jamás gustado por muchos; era Jesús, era la Virgen que pasaban con uno de sus celestiales rayos por sobre las almas, para las cuales nosotras secretamente pedimos el don precioso de la Fe Católica. El Capitán, no sabiendo cómo demostrarnos entonces su reconocimiento, nos invitó a subir al puente de comando; nos mostró las linternas de tres colores, blanco arriba, verde de una parte, roja de la otra, para evitar choques; nos hizo ver la brújula y otros instrumentos náuticos y también la sonda que sirve para medir la profundidad del mar; nos dijo que este mar Caribe tiene mil metros de profundidad y que cerca de Nicaragua se dice que el mar no tiene fondo, porque ninguno ha podido todavía sondarlo. Esperamos sin embargo que yo pueda volver a ustedes, sin tener que visitar ese abismo profundo. Vimos luego el lecho del Capitán, que consiste en una red llamada hamaca, con un colchoncito, suspendida del techo de la cabina; pero poco puede descansar en él, a no ser que el tiempo sea bueno, pues él es el responsable de la vida de muchas personas, a favor de las cuales tiene toda solicitud.

Ayer 19, a las siete de la mañana llegamos a Colón, puerto que todos dicen es muy malo y poco agradable por el aire que oprime a los pasajeros, a quienes regalaría también la fiebre amarilla, si se detuvieran mucho; pero a nosotros no debía sucedernos eso: el aire, que hacía cinco días venía refrescándonos, contra toda ley natural, resultó todavía más fresco a la llegada al puerto, y así pudimos, mientras gozábamos de la

brisa del mar, contemplar por vez primera el espectáculo maravilloso de una cantidad de palmeras, que rodeaban la bahía y la llenaban de encanto. El ferrocarril estaba cerca del barco, pero el Capitán no permitió que se bajara a tierra hasta el momento en que todo estuviese pronto para la partida, que fue a la una y media de la tarde. Así nada hubo que pensar, ni para hospedarnos, ni para comer. Llegada la hora, nos hizo llevar en tren con nuestros bagajes, ocupando seis puestos; pero nada hubo que pagar por recomendación del Comisario, quien nos favoreció mucho en este viaje de mar. Luego que estuvimos bien acompañadas en el tren, vino el Capitán, con otros varios oficiales a saludarnos por última vez; y, como un buen padre, nos recomendaba conservarnos "buenas"; que el viaje por el Pacífico sería feliz y tranquilo. El por "buenas" entendía que no nos mareáramos.

La servidumbre también vino casi toda a saludarnos; parecía que con nuestra partida se separaran de sus familias; y, si por una parte nos complacía, por otra parte se despertaba más vivo en el corazón el sentimiento de dejar a estas personas, que eran tan respetuosas y amables, y con las cuales hubiéramos podido realizar una buena Misión. Mas Jesús no nos deseaba allí; y nos resignamos; después de pocos minutos un silbido daba la señal de partida, una campana sonaba, y el tren ya se ponía en movimiento, llevándonos a través del istmo, al principio por una gran avenida de palmeras, luego en completo campo, donde el trabajo de la naturaleza es enorme en la vegetación. Palmeras grandiosas con enormes cocos, palmeras reales, bananas, árboles del pan, plantas de tamarindo, muy hermosas con sus ramas de hojas muy menudas, otros árboles llamados en español *"Asquiera"*[12], de cuya raíz se hace buena harina, y otros mil árboles frutales y frondosos que son una maravilla; en una palabra esta vez he visto en verdad novedades, mientras que antes tan sólo las había visto descriptas en los "*Anales de la Propagación de la Fe*". Creíamos casi hallarnos en las Indias Orientales o en la China, más aún porque el tren pasaba por pueblos y aldeas compuestas de casillas de madera o de paja, habitadas en su mayor parte por Chinos emigrados o por Negros. Los indígenas, hombres y mujeres, usan calzones, con la diferencia de que la mujer lleva encima una camisa un poco más larga que la del hombre; pero todos son muy modestos, mientras entre los Negros, generalmente las mujeres no observan demasiado las reglas de la modestia. Estos son países de verdadera Misión; más avanzo, y más me alegro de haber veni-

(12) No sabría decir a qué planta se refiere

do. En verdad se nos ha enviado a un pueblo incivilizado, pero yo espero que allí se pondrá la primera piedra de un gran edificio, del cual nos alejaremos poco a poco, para ir por todas partes a dar a conocer a Jesucristo y su santísima Ley por los diversos pueblos, a los cuales aún no ha llegado el Misionero; en efecto no se ven Iglesias, y si hallamos algunas nos dan la idea de pagodas o de Iglesias Protestantes. La contemplación de estas miserias espirituales ha enardecido mucho nuestros corazones; y ya que no podemos hacer otra cosa por el momento, rogamos mucho por estos pobres hermanos nuestros, que aún se hallan en medio de tamaña oscuridad. Cuando no sabemos hacer otra cosa tomamos nuestra querida y poderosa arma, el Rosario, y con él los encomendamos a todos a la excelsa Madre celestial, pues por boca de la Iglesia se dice de ella: "*Quasi plantatio exaltata sum in Cades et quasi plantatio rosae en Jerico*". Sea exaltada la Virgen también en estos pueblos abundantes en palmas y en flores, imágenes de Ella, con la completa y general conversión de todas estas almas. Para lograr esto, oh, hijas, nosotras confiamos mucho en sus plegarias; rueguen, rueguen sin cansarse jamás, y hagan que sea eficaz la plegaria, acompañándola con mil pequeños sacrificios, que ustedes pueden hacer en cada momento, especialmente con la observancia perfecta, que exige una completa abnegación del amor propio, a la que invito a todas, porque Jesús la desea de ustedes, y Él mismo las quiere llevar en la mística barquita de nuestra buena voluntad.

Pero ya han transcurrido dos horas y media y hemos llegado a la ciudad de Panamá, a la bahía en el mar Pacífico, que se extiende ante nosotras con una tranquilidad digna de su nombre. El vapor nos aguarda aquí y nosotras somos las primeras en subir, mientras las personas, a las cuales nos había recomendado el Capitán, tras de nosotras llevaban los bagajes. Muy pronto se llenó de todos los pasajeros, que iban por nuestra línea, y nos llevó a bordo del buque "*St Blas*", que nos esperaba en el comienzo de la bahía, por no poder acercarse al puerto, debido a los grandes escollos, que allí existen. Llegamos a bordo dos horas antes de la noche, creyendo seguir de inmediato el viaje, mas en cambio se nos dijo que era necesario pasar un día en espera, y de uno resultaron dos, bien largos. Pero aquí también el Buen Jesús se acordó de sus Amadas, pues como en Panamá hay peligro de malaria, nos colocó durante dos días en altamar en descanso, respirando salubérrimo aire. Nosotras quisiéramos correr a la Misión, mas nuestro buen Dios quiere que, como señores gustemos de un par de días de diversión; gocémolos en santa paz; y este descanso y

esta distracción con purísimo aire y con vistas encantadoras sirvan para fortalecernos, a fin de servirlo mejor y de glorificar siempre su paternal bondad.

Después de diez días de completo ayuno de la Santa Comunión, sentíamos con fuerza la necesidad de acercarnos al centro de la vida; los suspiros habían madurado el deseo, y éste estaba por traducirse en realidad; pues una pequeña barca se dirigió hacia nosotros; después de haber concertado el precio, nos llevó a tierra. Era la primera vez que yo subía a una barquita, y les digo la verdad tuve un poco de miedo, viéndome cerca y frente a las aguas del más grande de los Océanos, tanto más porque la chalupa parecía hundirse cada vez que entraba un hombre; mas el fin, por el cual yo me confiaba a ella, me aseguró por completo y tomé mi puesto a popa dando ánimo a las demás. Un minuto más tarde ya estábamos en medio de las olas, que se elevaban ligeramente, pero siempre majestuosas, para saludar a su Creador; luego se bajaban, como para humillarse ante su infinita Majestad; los remos golpeaban las aguas y nosotros, en un recorrido de más de dos millas, avanzamos hacia Panamá, entonando algunas canciones en preparación a la Santísima Comunión. Al escuchar nuestras voces llegó una muy grande cantidad de pájaros, que dispuestos con simetría a una y otra parte como una doble procesión, nos acompañaron con una especie de devoción hasta la ciudad. En la Catedral pudimos satisfacer nuestro ardiente deseo; Jesús vino a habitar en nosotras, a fortalecernos con su carne y a asegurarnos que El estará siempre con nosotras, con tal que nos abandonemos en Él y confiemos en Él plenamente, desconfiando de nosotras. Luego visitamos el Palacio episcopal; el Obispo estaba ausente, y nos recibió su Secretario; es un Sacerdote piamontés, que desde algunos años reside en Panamá. Hacia las diez y media volvimos a la ribera del mar; pero estaba muy baja la marea, y en su gran y ordenada labor, las aguas se habían retirado cerca de media milla, en tres horas; por lo cual hubimos de hacer a pie el trayecto para acercarnos a nuestra barca, pasando el mar a pie enjuto, en un largo tramo, como el pueblo Hebreo, entre escollos, rocas y arena.

Así pudimos admirar la hermosura de las piedras y de los finísimos mármoles, que el agua salada cubre, y divertirnos en recoger conchillas hermosísimas, grandes y pequeñas, de toda clase, algunas de las cuales parecían madreperlas. Luego volvimos a estar entre las olas, entonando con entusiasmo cantos de agradecimiento. Y entonces de nuevo, no sé si atraída por la melodiosa, o más bien por la ronca sonoridad de nues-

tras voces, vimos otra vez una cantidad de pájaros, siempre en procesión grande, que en su mudo lenguaje parecían querer venerar, adorar al Dios tres veces santo, al Dios de amor, que llevábamos en el pecho como en propio Tabernáculo. Las Hermanas, algo curiosas, deseaban saber de mí, qué significado tenían esas procesiones de pájaros, y yo les contesté que eran imagen de todas las Religiosas, que en estas naciones entrarán en nuestro Instituto; pero alguna Hermana, no suficientemente persuadida, porque los pájaros eran cerca de un millar, dijo: Más bien, ¿no serán las almas que nosotras hemos de salvar? Yo volví a decir que no; cuando he aquí que a confirmar nuestra inocente recreación, salió a la superficies como un gran ejército, una cantidad innumerable de otros pájaros acuáticos, que ciertamente eran muchos millares, y entonces se afirmó que éstos eran las almas que se nos confiarían en el transcurso del tiempo, para llevarlas a la salvación. Mientras tanto este espectáculo fue nuevo para mí, pues nunca lo había visto en los cinco viajes realizados por mar.

Volvimos a bordo entre las aclamaciones y la alegría de los pasajeros, cuyos sentimientos hacia nosotras eran como de verdadera familia. Luego algunos, que nos habían asustado un poco, diciéndonos que esa barca jamás podría llegar a tierra, nos asediaban a preguntas, para asegurarnos de cómo habíamos realizado el viaje, con tanta mayor razón cuanto que una nube había regalado un gran chubasco a la nave. Tan solo insinuó acercarse a nosotros, pero no llegó a mojarnos, porque inmediatamente entonamos el *"Ave María Stella"*, a cuyo canto los espíritus del aire se alejaron; tuvimos solamente un poco de movimiento en la barca, pero sin temor, ya fuertes con el ánimo infundido por Jesús, dueño del pequeño barco, que tan sólo nos separaba de los profundos abismos. Estando en popa, tenía yo las manos dentro del agua y les daba a ellas un baño de mar, ya que tenía ocasión; pero las saqué muy pronto, luego que en una sentí que se me daba un tirón muy fuerte. No habrá sido uno de esos *tiburones* de dos metros de largo, que se tragan a la persona, si se le pone en la boca; pero ciertamente una garra, que cuando ha agarrado su presa, no la deja escapar tan fácilmente.

Pasamos el día en piadosas lecturas, interrumpidas de cuando en cuando por la llegada de algún barco, que traía nuevos pasajeros, de chalupas de pescadores, que venían con montones de coral para quienes querían comprarlos. Nos divertíamos en contemplar diversas islitas montañosas y muy hermosas, que se hallaban a nuestro alrededor, alegrándonos también con la marea, que o nos dejaba ver islas pequeñas, y o lenguas de

tierra más extendidas y unidas entre sí; durante la marea baja vimos en una de estas lenguas, o diré mejor, escollos, un buque que naufragó quién sabe cuántos años atrás, y la carcasa está allí metida de tal modo en la arena, que ninguna marea la puede ya remover. ¡Quién sabe cuántas víctimas habrá habido en ese naufragio! Esos pobrecitos nos dan lección para no encallar. Este pensamiento nos despertó un sentimiento de compasión, que nos movió a rogar de todo corazón por sus almas.

Ayer, día 21, deseábamos volver a Panamá para comulgar; pero costaba demasiado el viaje en la barca, y para no gastar otras veinte liras y más aun, nos quedamos contentas con haber hospedado al buen Jesús el día antes, recibiéndolo en nuestro místico tabernáculo con fervorosas Comuniones espirituales. A media mañana, las Hermanas deseaban visitar las cercanas islitas, pues por haberse retirado la marea, podían, sin trabajo alguno, ir de una a otra, siempre que la barca las llevara a una de ellas. El trayecto era de diez minutos y costaba muy poco, por lo cual pude darles el gusto; pero yo no fui, pues, si debo confesarles mi flaqueza, tengo mucho miedo al agua, y si no es por un fin santo, no estoy dispuesta a exponerme donde crea haya peligro, fuera de que intervenga la Obediencia, por la cual todo es bendecido por Dios.

¡Oh bienaventurada voz de la Obediencia! Cuando ella habla, la Misionera atraviesa la inmensidad de los mares, sin que las aguas movedizas, las olas que se levantan y se lanzan hacia lo alto y se hunden en el abismo, la preocupen; pues los océanos ante sus miradas se presentan como espectáculo magnífico y sublime, que la arrebata en admiración, le llena el corazón de Dios y la impulsa a alabar al Creador de tantas bellezas y maravillas obradas.

Las Hermanas se divirtieron mucho en las islitas, bajo la sombra de las plantas, y en las grutas, en donde se goza de un aura purísima, refrigerante. Allá encontraron más conchillas, pero no tan hermosas como las de la costa de Panamá.

En fin, también los dos días de diversión pasaron, y a las 7 de la tarde del 21, la nave se puso en movimiento, entre los saludos mutuos con muchas personas de otros barcos y de centenares de barcas. Es un viaje de placer éste que hacemos, pues se costea siempre, La nave parece que no se moviera; no se escucha ni el ruido de la máquina, y sin embargo navega velozmente. Las aguas del Pacífico son en verdad pacíficas; parece un río, una bahía, no ciertamente el inmenso océano, que es en realidad.

Ayer a las cinco de la tarde, justamente en las primeras Vísperas de San Rafael, llegamos a Punta Arenas, golfo de Costa Rica. Aquí se detuvo el barco para la correspondencia de la primera república que se encuentra en América Central. Debido a la baja marea no pudo acercarse a la costa, se quedó a unos 200 metros; pequeñas barcas llevaron a los pasajeros a tierra y a algunos visitantes a bordo. Entre estos se hallaba un señor que trató de acercarse; al oír que deseábamos enviar un telegrama a la señora Elena Arellano, se ofreció a remitirlo, y luego dijo que hacía pocas horas había llegado a Punta Arenas el Obispo de Costa Rica, para la fiesta de San Rafael, y que le avisaría de nuestro paso, en la seguridad de que vendría a saludarnos. Le agradecimos mucho esta noticia, al ver cómo en un país extraño hallábamos quien se interesaba por nosotras, como amigo.

Apenas pasados diez minutos, volvió el señor al puerto, y, después de media horita, se alejaba de allí una chalupa; nuestra vista no distinguía bien las personas, pero dos sombras negras nos daban la esperanza de una querida visita. En efecto, poco a poco pudimos reconocer el hábito prelaticio. Tras pocos instantes, el mozo aseguraba los fierros, el Obispo subía por la escalera y se hallaba en medio de nosotras, como un padre que desde hace mucho tiempo estuviera aguardando a sus hijas. Todos abrieron paso al Excelentísimo Prelado; y, formado un círculo de sillas, se sentó en medio, y se interesó por nuestro viaje y por la obra que íbamos a iniciar. De cuando en cuando decía al oído de su secretario: "Haremos que vengan también a Costa Rica". Y el secretario respondía: "¿Por qué no las detenemos ahora?" Nos animó mucho, pero nos dijo que encontraríamos muchas dificultades, pero que si nos conserváramos con verdadero espíritu, todo se superaría y haríamos un bien muy grande; en fin, me dijo, que si en Nicaragua hallare graves dificultades, le escribiera a él, que haría todo lo posible para apoyarnos en su Diócesis. Nos bendijo y se fue, dejándonos en el ánimo la impresión feliz de un Pastor verdaderamente santo y celoso. Es un alemán, hombre muy inteligente y de buen espíritu, persona robusta y también enérgica de carácter, digna en verdad de vivir en estas tierras.

Hoy, día dedicado a San Rafael, es el último de nuestro viaje; justamente quien condujo antes al joven Tobías a las tierras de su fortuna, nos ha traído a nosotras a estas tierras, donde podremos reunir muchos tesoros para la vida eterna, trabajando y sudando en la labor en pro de tantas almas abandonadas. También a bordo, poco a poco, se acerca ora un señor, ora una señora, nos hablan de la suma necesidad que hay en estos países

de Misioneras, que trabajen con celo entre el pueblo. ¡Oh! quiera el buen Dios bendecir nuestras intenciones, infundir en nosotras el verdadero celo de la salud de las almas y darnos ese entusiasmo, que no conoce límites y vence todas las dificultades, confiado plenamente en el dulcísimo Corazón de Jesús. Ayer por la tarde vimos unos como pequeños canales de agua de diversos colores, que corrían como arroyitos en medio de las aguas salobres; preguntamos al Capitán acerca de esa novedad, y él nos dijo que era efecto del fósforo y que por la noche veríamos el espectáculo de la fosforescencia, muy común en el Mar Pacífico.

Estamos en pleno equinoccio: doce horas de completo día y doce horas de completa noche. Es un placer contemplar cómo sucede. A las seis de la tarde vemos aún el sol, a las seis y media, no solamente ha desaparecido, sino que nos hallamos en completas tinieblas; así por la mañana, a las cinco y media estamos aún en la oscuridad, a las seis se ve un poco de luz, a las seis y media el sol está muy arriba. De Granada a Italia hay la diferencia de seis horas; por lo cual nosotras asistimos a la Misa, ustedes van al examen particular, y así cuando nosotras, hecho el examen general, nos disponemos a ir a descansar, ustedes se levantan para ir a la Capilla a meditar, y así todo lo demás; mientras tanto jamás cesaremos de alabar al Señor, que es todo lo que muchísimo deseaba.

Mientras conversamos, el tiempo vuela y llegamos al final del viaje. En la mañana del 25, el vapor entró en uno de los golfos más hermosos que hayamos visto hasta ahora; era el de Nicaragua, junto al pueblo de Corinto. Se detuvo la nave hacia las siete a la distancia de cerca de ochenta metros del puerto, y luego, en medio de los sonidos de una banda armoniosa, vimos dos barcas embanderadas y dirigidas por militares, venir, antes de las demás, hacia nuestro vapor. Al llegar junto a la nave, un sacerdote y un señor anciano subieron las escaleras, después otros sacerdotes y otros señores que acompañaban a los anteriores. Eran el representante del Presidente de la República y el representante del Obispo, enviados a nuestro encuentro; todos hicieron lugar para que llegaran hasta nosotras, que estábamos aparte, bien lejos de pensar que semejantes honores fueran para nosotras. Una vez presentados los saludos en nombre de los principales personajes de la República, nos pidieron que fuéramos con ellos, dejándoles la preocupación de todos nuestros equipajes. Después de saludar al Capitán del barco y a los pasajeros, algunos de los cuales lloraban al dejarnos, bajamos a las dos barcas, y nos dirigimos hacia el puerto. En Corinto se había preparado una buena colación, que tomamos

con gusto, pues entre una y otra cosa habían llegado las diez, y el aire de la mañana nos había despertado bien el apetito. Mientras tanto nos llegó un largo telegrama del Presidente, quien nos daba la bienvenida, y el viaje gratis para nosotras y para nuestros equipajes, en el tren y en el lago; así después de haber recibido varias visitas, a las tres de la tarde subimos al tren, acompañadas por los mismos que fueron a buscarnos a bordo.

Llegamos a las seis a León, en donde se hallaba mucha gente aguardándonos con el fin por lo menos de vernos; pero tan grande era el gentío, que no podíamos bajar del tren, y fue necesario hacer que retrocediera un poco para colocarse en otra vía; todo fue inútil, pues la gente quería vernos. En este tiempo había subido al tren el Vicario General, quien, por encargo del Obispo, pronunció un hermoso discurso de recepción, ciertamente no merecido por nosotras.

Finalmente se pudo bajar, entre las guardias para no ser estrujadas, y subir a los carruajes que nos llevaron al hospedaje, donde el Obispo nos había hecho preparar un buen departamento para esa noche. El dueño del hotel era florentino, quien nos trató con sumo gusto y en la mejor manera que pudo.

Por la noche vinieron señores y señoras de León no sólo a saludarnos, sino también a suplicarnos nos dividiéramos en dos grupos, enviando tan sólo siete Hermanas a Granada, mientras las demás se quedaran allí para abrir un colegio. Hubimos de poner toda nuestra voluntad para poder persuadirlas que por entonces no era posible; finalmente se resignaron, cuando les di a conocer que, dentro de algún año, sería posible enviarles Religiosas también a ellos.

En la mañana siguiente el Obispo nos mandó recoger en varios coches, deseoso de vernos, y, aunque se hallaba enfermo gravemente por un ataque de apoplejía, que le había paralizado en especial la lengua, se levantó del lecho y quiso conversar con nosotras, esforzándose en decir alguna palabra, y asegurándonos que, apenas estuviese bien, iría a visitarnos a Granada.

A las ocho y media subimos nuevamente al tren y a las diez estuvimos en Momotombo, en donde bajamos para tomar el vaporcito del lago, después de haber tomado una segunda colación, que había sido encargada el día anterior, por telegrama del Obispo. A las once subimos al vaporcito, que atravesó un hermosísimo lago. Frente se veían algunos volcanes, uno

de los cuales se hallaba en actividad, pero solamente salía humo. Al llegar a Managua cerca de las cuatro, el tren se hallaba pronto a llevarnos a Granada; un Senador y un Diputado nos vinieron a saludar, junto con gran concurso de gente deseosa de ver a las Hermanas.

Cerca de las cinco se llegó a Granada, donde nos aguardaba la población toda; creo que nadie había quedado en la casa; todos estaban en la estación. El pueblo impidió que llegaran los coches, para que pasáramos por medio de todos, porque todos nos querían ver. Pero el gentío era inmenso y no guardaba orden; por lo cual hubo un momento en que tuve el temor de quedar apretada con sofocamiento, porque me embargaba la preocupación de algunas Hermanas, que no se hallaban del todo bien. Creía que la demasiada devoción deseaba hacernos mártires, para venerarnos al entrar en la ciudad. Pedí que se hiciera acercar a nosotras los militares, para obtener orden; apenas conocieron nuestro deseo, ellos se acercaron y se hizo orden, formándose una gran procesión hasta la Parroquia, en donde nos esperaba el párroco y algunos sacerdotes para entonar el *Te Deum;* después de lo cual, nos acompañaron hasta la casa, ya destinada a nosotras, en donde, con mucho placer nuestro, estamos ya tratando de ordenar todo para abrir el Colegio.

Toda la ciudad quisiera concurrir a nuestra escuela, y también de las ciudades vecinas desean venir pupilas; mas por el momento no podremos satisfacer más que a una cincuentena de internas, porque, aunque la Casa sea grande, sin embargo no es suficiente en estos países tropicales, donde el calor no se deja desear. Ahora, en invierno, tenemos cerca de 35 grados de calor, de día, y de 15 a 20, de noche. Mas un aire providencial sopla de cuando en cuando, y conforta mucho con su pureza y frescor. Tenemos largos claustros y en su centro hay muchas plantas altas, cargadas de naranjas; luego otras más bajas, y flores de toda clase y color. Parece que ahora comenzará la primavera y así también será en el día de Navidad.

La buena señora Elena Arellano nos hizo hallar ordenados los dormitorios para las Religiosas y una Capilla bien aireada; de esta manera, en la mañana siguiente el Director del Seminario de León, que por encargo del Obispo nos había acompañado en todo, pudo celebrar y darnos la compañía de nuestro amado Esposo, Jesús Sacramentado; en la tarde del mismo día dirigió un hermoso discurso a las señoras presentes, invitándolas a agradecer al Sagrado Corazón por la gracia concedida de las Religiosas; a continuación dio la Bendición con el Santísimo. Ahora doña Elena está

preparando los bancos y todo lo demás para la escuela, y nosotras redactamos los programas, que son examinados parte por parte por el Consejo de los Padres de familia, que hasta ahora lo han aprobado plenamente y con mucho agrado, pues dicen que de los programas deducen que les llevamos verdadero progreso. Esperemos que esto sirva para poder hacer bien a sus almas, único fin por el cual hemos emprendido tan largo viaje. El Corazón adorable de Jesús y San Luis, patrono de esta nueva fundación, nos ayuden en esto.

Todas ustedes, oh hijas, ayúdennos con sus oraciones, y en especial en estos primeros momentos, que deseamos dedicar a desarraigar el gran defecto, del que les he hablado, que se ha convertido costumbre en la clase baja del sexo femenino. Ya hemos probado; desde el principio las mujeres de servicio nos presentaron muchas excusas, pero algunas entendieron y, para darnos gusto, se cubrieron y luego se acercaron a los Santos Sacramentos con gran alegría de ellas mismas, diciendo que tan sólo ahora sentían poder acercarse dignamente al Señor.

Todas las Hermanas están bien y todas trabajan en la preparación para abrir pronto el Colegio; quizá lo iniciemos en la mitad de diciembre. Aquellas Hermanas que tenían miedo al terremoto, ahora ya nada temen, aun cuando han sentido un movimiento, y un volcán esté muy cerca de nosotras. Algunas señoras vinieron para llevarnos a ver todo lo que para nosotras pueda ser novedoso en el país; acepté, pero para verlo un poco más tarde, a fin de poder, a mi vuelta, darles algunas noticias de estas tierras, y también para no hacer como aquéllos que van a Roma y no ven al Papa.

Les recomiendo procuren formarse verdaderas Misioneras, para hacerse capaces de todos los sacrificios, que, junto con Jesús, han superado sus Hermanas. Traten de profundizar en el espíritu y en la perfecta observancia de las Reglas Santas, porque es necesario ir a la Misión, santas, esto es, perfectamente observante.

Decía aquel gran Patrono nuestro, San Francisco Javier, que quien marcha santo a la Misión, haya muchas ocasiones de santificarse mejor; mientras que quien va escaso de virtud, débil de espíritu, se pondrá en peligro de perder lo poco que tiene, y aun también de prevaricar. Cada día más me persuado de esto; por lo tanto, hijas, ya que la experiencia nos enseña, aprovechemos la elección y no dejemos pasar un solo día sin un

examen riguroso de nuestra conducta y sin formular serios propósitos con relación con las virtudes, que necesitamos.

Jesús las bendiga y las encierre en su Corazón hermoso, imprimiendo en ustedes su amor y el perfecto desprendimiento de ustedes mismas.

Granada, 3 de noviembre de 1891.

Aff.ma Madre en el SS. C. de J.

M. FRANCISCA JAVIER CABRINI

V

DE NICARAGUA A NUEVA ORLEANS

Éste ha sido un día de los que mayores sacrificios me ha exigido, al abandonar Granada, donde, en tierras nuevas y para nosotras extrañas, debía abandonar solas a 17 de nuestras amadísimas religiosas.

Parecía que la niebla se extendiera sobre la tierra y que cayeran tinieblas densas y palpables, porque todas estábamos un poquito excitadas y nuestra pobre navecilla parecía encontrarse en una gran tempestad. Pero el día era demasiado hermoso, dedicado a quien surgió sobre el desierto de este mundo como una naciente aurora, bella como la luna, elegida como el sol, terrible como un ejército dispuesto en orden de batalla.

Esta amada Madre celestial, que ya habíamos saludado en la medianoche al implorarle, en aquel momento solemne, muchas gracias y en particular la de poder ser fuertes y verdaderas Misioneras, al separarnos, nos concedió verdaderamente fuerza suficiente para superar todas las debilidades de la naturaleza humana.

Eran las diez de la mañana cuando una buena postulante nicaragüense, Mercedes Zepeda, y yo entrábamos en el buque *Victoria*, el cual, pocos minutos después, balanceándose suavemente sobre las olas, nos separaba de nuestras amadas Hermanas de esta misión, que poco a poco íbamos perdiendo de vista, adentrándonos en el vastísimo lago, que yo me atrevo a llamar el "mar dulce de Nicaragua".[13]

El tiempo estaba un poco nublado y a lo lejos parecía que amenazaba tormenta, como ocurre en este lugar a menudo y como algunos supersti-

(13) Lago de Nicaragua: Es el más vasto de América Central, con sus 8.040 kilómetros aproximadamente de superficie; casi en el centro emerge la isla volcánica de Ometepec.

ciosos temían al habernos embarcado un viernes; pero la amenaza de tempestad no era otra cosa que el eco de nuestra aflicción, y duró pocas horas, tras las cuales se arregló el cielo con una serenidad maravillosa, y el agua tiene una singular tranquilidad, por lo que la Zepeda, que ya había empezado a dar muestras de mareo, se restableció prontamente y continúa el viaje muy alegre, deseosa de llegar pronto al noviciado para aprender a ser una buena y santa religiosa, una animosa misionera, dispuesta a cualquier sacrificio si quiere ser digna de su apellido, que la emparenta con Santa Teresa y con el incomparable y valeroso nuestro señor León XIII.

Yo me he encontrado un poco mal durante toda la jornada, pensando en mis buenas hijas abandonadas y especialmente en la Madre directora, quien hace sólo poco tiempo que se ha restablecido de un fuerte tifus, del que milagrosamente la ha salvado la Santísima Virgen de Lourdes por intercesión de San Luis. Reflexionando, sin embargo, seriamente en el abandono que debemos siempre tener en el Corazón adorable de Jesús y con la ilimitada confianza con que nos quiere siempre ayudar, tras haberme humillado profundamente por mi debilidad y poca fe, me sumergí en mi Amado, encomendándole a todas, para que cuide de ellas mucho mejor que yo; Él me las cuidará, defenderá, ayudará en la gran Misión, y para que sean santas según es nuestro estricto deber.

Este viaje es nuevo para mí, y hasta ahora me está resultando muy grato, más del que hicimos por el Sur al venir. La contemplación de la Cordillera y de algunos montes volcánicos, cubiertos todos de un hermoso color verde, es encantadora y nos la hace aún más bella la narración de una leyenda que nos ha contado una buena señora que viaja con nosotros, la cual casi, casi nos despierta deseos, si no tuviéramos otra cosa que hacer, de visitar cada sitio por donde vamos pasando.

Todos dicen que el viaje por San Juan del Norte[14] es muy penoso, al tener que cambiar a menudo de barca para ir por el lago hasta el río San Juan[15] y luego desde el río Grande al río Seco y de éste al mar. Apenas lo estamos iniciando, pero confío que nos agradará bastante por la novedad de las cosas que podré contarles. Sólo me da qué pensar el equipaje, porque aquí no se siguen los mismos trámites que en Europa y en Estados

(14) San Juan del Norte: Población en la desembocadura del Río San Juan.

(15) Río San Juan: Emisario del lago Nicaragua, desemboca en el Océano Atlántico después de un curso de aproximadamente 224 Kilómetros.

Unidos para que estén seguros, sino que cada cual, a cada parada, debe custodiar sus cosas. De Hecho, en la primera parada que fue la de Rivas,[16] si no hubiera estado atenta a mi baúl, lo habrían puesto sobre el carro para llevarlo a Rivas, aunque llevaba escrito en grandes letras la dirección para Nueva York. Tuve que bajar a toda prisa de la barca para que lo descargaran y embarcarlo de nuevo. Ahora bien, sabiendo que teníamos que hacer algunas paradas por la noche, he estado preocupada, al no ser tiempo oportuno para salir yo del camarote; pero mi preocupación provenía de mi falta de fe, porque en aquel instante se me acerca un excelente señor, un cierto don Félix Pedro Alfaro de Granada, para ofrecerme sus servicios, puesto que debe viajar con nosotras hasta el río Ramas. Me pareció una aparición de San José, y al punto acepté su ofrecimiento exponiéndole mis reparos. Él tomó muy a pecho el encargo; cuida solícitamente de nosotras en todo, por lo que no tenemos que temer nada cuando pasemos cerca de los "puros indios" que, al ser infieles, son ladrones y embaucadores.

Que Jesús y María sean siempre benditos y nos ayuden a confiar ilimitadamente en ellos.

El capitán es un irlandés, muy buena persona, que para distinguirnos en algo nos ha asignado una servidumbre más fina y numerosa, por lo que los pasajeros están maravillados y contentos.

Tras perder dos días en San Carlos,[17] esperando que el *Managua* nos introdujera en el río, por fin llegó y también en este barco nos encontramos muy bien, ya que el primer capitán nos recomendó al segundo, y así el mejor camarote, el mejor tratamiento, ha sido también para nosotras. La navegación por el río es estupenda, encantadora, algo parecido al viaje desde Nueva York a Manresa. Casi me agradaría tener, a lo largo de este camino, una villa para el colegio de Granada; pero dejémoslo, que de esto se preocupará el Sagrado Corazón, y donde Él disponga, ése será el más hermoso y delicioso sitio.

El buen viaje, no obstante, duró apenas seis horas; luego llegamos al Sábalo, donde, en el mismo vapor *Managua*, dormimos por la noche; reanudamos el viaje esta mañana en el vaporcito *La Norma.* Ayer por la

(16) Rivas: Ciudad situada en la ribera occidental del lago de Nicaragua, frente a la isla Ometepec.

(17) San Carlos: Población en la desembocadura del río San Juan, en el lago de Nicaragua.

tarde, después de comer, el capitán nos llevó a ver una fuente que tiene una propiedad muy particular cerca de Sábalo: es un manantial de agua caliente que contiene azufre, hierro y sosa y nace hirviendo como una cacerola y la mano no puede resistir tanto calor. El capitán nos ofreció un vaso para beber, que nos ayudó mucho para hacer la digestión. El agua está clarísima y tiene un sabor muy agradable. Yo creo que más adelante, si se llega a abrir el Canal, el Sábalo[18] con su manantial, se convertirá en un lugar donde los señores irán a recibir los beneficios termales de agua tan valiosa que, por los exámenes efectuados, dicen que es excelente para diversas enfermedades y en particular para los reumas, de que tantos sufren en estos lugares.

Esta mañana nos levantamos pronto para reanudar el viaje, creyendo encontrar en El Castillo[19] el empalme; pero al llegar a eso de las nueve, ya había partido el otro barco, por lo que también aquí tuvimos que perder un día y una noche.

He aquí lo malo de este viaje; pero por lo demás, les digo que es muy agradable y un viaje como para hacerse en plan de recreo.

Las orillas del río, unas veces llanas y otras montañosas y siempre verdeantes, son un encanto, y parece que eleven con suave fuerza el espíritu para alabar al Creador de tantas cosas bellas, allí donde la mano del hombre aún no ha llegado a someter nada.

Ayer, durante casi dos horas viajamos por entre palmeras, que parecían alegrarnos con su majestad y elevarnos en triunfo. Se diría que estuviéramos en mitad de la primavera, de tan abundantes que son la vegetación y las flores, cuando ahora, aquí, estamos "en verano", la estación más seca del año.

Esta mañana, el vapor rozó una roca, pero apenas lo advertimos, porque el hábil capitán supo maniobrar con agilidad y ponernos a salvo. Sin embargo, si algo hubiera ido mal, aquí no existe peligro, porque el río va muy escaso de agua, aun cuando no nos lo parezca, al ser tan grande el lecho: casi "doscientas varas".

Ahora hemos llegado a El Castillo, donde hemos bajado del vapor y nos ha acogido una buena señora, con la cual pasaremos el día y la noche.

(18) Savalo: Pequeña región en la línea de la depresión ocupada por el lago de Nicaragua y por donde debería pasar el canal internacional, cuyo proyecto aún no ha sido abandonado.
(19) El Castillo: Ciudad sobre el río San Juan, centro comercial de la goma.

Abril de 1892

¿Qué les parece, hijas mías? Ustedes me dirán: ¿y dónde ha estado todo este tiempo?; ¿en éxtasis o en la cárcel? Ni uno ni lo otro, sino sólo un pequeño achaque. Las continuas paradas y un poco de agua caída me procuraron una fiebre, que me tomó en San Juan y me quitó toda la energía y las ganas incluso de tomar el lápiz. Creía que era contagiosa, o la llamada fiebre "amarilla", por lo mal que me sentía, y ya me estaba ofreciendo a la santa voluntad de Dios, aun cuando un poquito triste, al no poder dar el último adiós a mis queridas hijas y esas recomendaciones que tan bien sabe sugerir el momento decisivo para una eternidad.

Se lo pedí confidencialmente a Jesús, que por lo menos me dejara terminar el viaje, y Él, benévolo, me escuchó y por fin hoy me siento bien y con toda mi energía primera.

Después del vapor *Managua*, en el río tomamos el vapor *Adela* hasta Guiz[20] y desde Guiz a Macciucca tuvimos que ir en una goleta navegando a favor de la corriente. En Macciucca tomamos el *Olembech*, que nos llevó a la bahía del Atlántico profundo por el río Colorado.

Luego, en el *Coburgo*, el 31 muy de mañana, llegamos a San Juan, tras haber pasado tres horas de mar tremendo, que se nos metía por ambos lados. Mercedes sufrió muchísimo; yo no tanto de momento, sino que incluso me agradó la novedad y vi tantos peces y hormigas como no había visto nunca. En San Juan permanecimos cuatro días en un hotel en el que nos encontramos bastante bien. Allí vinieron las autoridades y las personas importantes de la ciudad a visitarnos y con ellos llegó también esa fiebre de la que les he hablado, que me robó las fuerzas.

El 4 de abril, el vapor *Corazzo* estaba dispuesto finalmente para transportarnos a Bluefields[21]. Todas las autoridades que estaban en la orilla vinieron en la lancha para acompañarnos a bordo.

El gobernador de San Juan tenía casualmente que viajar con nosotras hasta Bluefields, y así hizo que nos encontráramos bastante bien con sus calurosas recomendaciones.

---

(20) Guiz: Pequeña ciudad sobre el río San Juan.

(21) Bluefilds: Puerto nicaragüense sobre el mar Caribe, cabeza de partido del departamento de Celaya.

Viajaban también en el Corazzo dos personas importantes de *Mosquitia*[22] los cuales se acercaron a nosotras y pude hablar largamente con ellos y hacerles todas cuantas recomendaciones deseaba sobre religión. Me escucharon con gran alegría por su parte y me prometieron hacer lo que estuviera en sus manos.

El alcalde del Pueblo, que oyó toda la conferencia, se quedó sorprendido de la alegría y atención de los dos personajes y me decía luego que, si yo quisiera ir a la reserva Mosquitia, seguro que me dejarían entrar para ir donde quisiera, y que lo conseguiría todo.

Si Dios quiere, más adelante salvaremos también a esta pobre gente, que es "mala" únicamente porque no ha habido hasta ahora quienes les hayan traído la voz de la verdad; pero, por lo demás, tienen un alma muy capaz y creo que los resultados serían estupendos.

Pero prosigamos el viaje por ahora. Llegamos a Bluefields, y allí tuvimos que esperar dos días el vapor *Gussis* de la línea Morgan.

Fuimos a un hotel donde nos alojaron estupendamente.

Yo quise visitar la hermosa ciudad, edificada al estilo de las de los Estados Unidos: aseada, regular, muy bonita.

Aquí casi todos son protestantes, y los pocos católicos que hay, apenas vieron un hábito religioso, corrieron a besar la cruz y a escuchar una buena palabra, los pobrecillos.

Carísimas hijas mías[23], una palabra también desde Bluefields, donde tenemos que permanecer dos días para aguardar que esté dispuesto el vapor *Morgan* para Nueva Orleans. Estamos en la reserva Mosquitia, sitio donde yo quería tocar, pero ya he podido satisfacer mis deseos, porque en San Juan se embarcaron con nosotros dos importantes naturales de aquí, uno de ellos era incluso de los que acompañaron al *Rei – o Cif* cuando se bautizó. Hablé con ellos largo y tendido, y les hice todas cuantas recomendaciones deseaba.

(22) Mosquitia: Región costera cubierta de bosques y pantanos al norte del Río Grande; perteneciente a Nicaragua hasta 1960, ahora ha sido asignada a Honduras.

(23) N. de la R. – El manuscrito termina en este punto, y la relación, desgraciadamente no puede ser completada. Nos queda, sin embargo, otra carta que publicamos a continuación escrita durante el mismo viaje.

Me escucharon con gran respeto y contentos y me prometieron trabajar para hacer una iglesia católica, añadiendo, sin embargo, que desean un padre que hable el inglés, al ser ésa su lengua. Les di una medallita que aceptaron con gran veneración, prometiéndome llevarla siempre al cuello.

En el mismo vapor estaba el vicegobernador del Cabo de Gracia (reserva Mosquitia) es un excelente señor de Chinandega, y también a él, que escuchó todo mi sermón, le recomendé que continúe la misión a fin de convertir a todos en buenos católicos, única forma de civilizarlos.

Recen de corazón por ellos y continúen vuestra misión allí para formar óptimas jóvenes, todas observantes de la Santa Regla, santamente y con santa alegría.

¡Si vieran qué hermosa es esta pequeña ciudad!

Todas las casas son de dos plantas, edificadas al estilo americano de los Estados Unidos. Es en verdad bonita, dominando una encantadora bahía que le da un continuo frescor. Lo malo es que no tiene iglesia católica ni escuelas católicas, mientras hay cinco sacerdotes protestantes, que se ocupan de todo.

Yo he dejado allí un poco de agua bendita y a algunos católicos les he regalado medallitas. Por lo demás, una jovencita de apenas quince años me ha dejado maravillada, al ver cómo se mantiene buena, perseverante y firme, viviendo como vive con un pariente suyo protestante. ¡Oh, cómo con el Corazón de Jesús se puede todo y no se encuentran dificultades! Rueguen por esta pobre ciudad.

El señor Alfaro, que nos deja, pero como Jesús nunca nos abandona, ha hablado ya con otro señor, que nos acompaña hasta Nueva Orleans, para que tenga cuidado de nosotras. Es, no obstante, un judío, importante terrateniente en San Juan, pero a mí no me importa, pues Jesús puede hacer que nos sirva hasta el diablo si lo quiere, y cuando lo quiere él debe hacernos bien, aun cuando no lo quiera, pese a sí mismo.

Una vez más, hijas mías, les recomiendo que hagan todo bien, que sean observantes y diligentes en todo. Háganse santas, hijas mías, no pierdan el tiempo, y rueguen por mí para que pueda hacer otro tanto.

Un saludo a todas y cada una en particular y una palabrita que les dirá el Niño Jesús en brazos de María Santísima.

Saludo de corazón a las hijas y les ruego que recen por mí. Muchos saludos a todas y a doña Elena de modo especial.

Jesús las bendiga y las ayude dándoles siempre una gran voluntad de querer morir antes de dejar de ser observantes y de no amarlo a Él.

Rueguen siempre según mis intenciones.

Mercedes se encuentra bien y se porta muy bien.

Un pariente suyo irá a saludarlas en mi nombre.

Vuestra afectísima Madre en el Sagrado

Corazón de Jesús

Madre, FRANCISCA JAVIER CABRINI

Bluefields, 5 de abril de 1892

VI

DE GÉNOVA A NUEVA YORK

Septiembre 13 de 1894

La paz del Señor esté con ustedes,

y las acompañe en todo lugar

en la Caridad adorabilísima de Jesucristo.

Mis amadísimas hijas:

Ahora hace justamente dos años, de cuando, dejada la Misión de América Central y de los Estados Unidos, volvía a ustedes, y ahora, dejarlas de nuevo me causa mucha amargura, como a quien, acostumbrado a gustar suaves dulzuras al recoger cada día variados y perfumados ramilletes de las más hermosas flores de sus virtudes, se va ahora errante hacia interminable desierto, en donde no haya más que espinas y malezas. Mas, mi espíritu se sobrepone por completo al reflexionar que, si estando cerca recogía de ustedes ramos de flores que me edificaban, al hallarme lejos podrá agradarme la memoria del hermoso entremezclarse de sus prácticas virtuosas y regulares, las cuales, mientras hacen de ustedes óptimas religiosas, verdaderas esposas de Cristo, me confortan suavísimamente. Parece que una voz me repite al oído y repercute en el corazón: "Marcha, oh Madre, cumple la misión que el Vicario de Cristo te ha impuesto, y no te turbe el pensamiento de tus hijas lejanas, que todas se harán un deber alegrar tu corazón con las más hermosas y consoladoras noticias. Sí, te lo han prometido todas, y ninguna faltará a su palabra; todas serán fieles a cada una de las promesas, que tú bien conoces".

¿Debo creer, hijas, a la voz que me habla interiormente? Sí, les creo, ustedes tienen buen corazón, y por lo tanto jamás habrán de querer tras-

pasar el de una madre alejada con la más mínima noticia, que no sea buena; tienen espíritu, tienen prudencia, jamás desmentirán su palabra; antes, tratarán de crecer en virtud cada día, tratarán de hacer sacrificios y sacrificios de verdadero valor, para conseguir que yo no pierda vanamente tiempo y viajes, sino que pueda hallar todos los terrenos bien dispuestos, buena la semilla, ubérrimas las mieses. *Euntes ibant et flebant mittentes semina sua; Venientes autem, venient cum exultatione portantes manipulos suos*; así escribía el Veneradísimo y Eminentísimo Príncipe Cardenal Parocchi en una recomendación suya, que se dignaba enviarnos. Pero el primer versículo no se refiere a mí, cuando mis hijas me siguen con el suave aroma de sus virtudes, con sus sacrificios, con su hermosa y admirable fidelidad. ¿Tendré miedo a los vientos, a las tormentas, a las privaciones, a los malos tratos, a las injusticias o a cualquier otro acontecimiento, que ustedes puedan imaginar? No, porque una Misionera a nada debe temer fuera del pecado y de la ofensa. Por pequeña que sea, ante el amado Dios, ¿qué hay, pues, que pueda amedrentarme? ¡Ah! sin embargo lo hay; y ¿cuál? La noticia que podría llegarme de que una de mis hijas haya perdido el espíritu, y se haya trocado en débil, infiel; esto en verdad sería un mal bien amargo, que me conturbaría por completo. Sí, oh hijas, un nudo nos estrecha, la caridad nos une, somos una verdadera familia en el Corazón de Jesús, y he aquí el por qué de cuanto les he afirmado; y les aseguro que es tan grande la fuerza de este sentimiento mío, que ante él, nada me resulta la vehemencia de las olas, que casi, como en vuelo, hace avanzar a esta nave.

Pero alejemos los pensamientos tristes; ustedes quieren que yo los rechace; y bien, yo me fío de ustedes y las obedezco para, con la acostumbrada alegría de la Misionera, ponerse en buena compañía con el grupo de Hermanas que se hallan a mi alrededor. Somos quince, la buena compañía Mariana de los Quince Misterios; María Santísima del Rosario es nuestra guía, mientras es nuestra estrella y nuestro aliento. Cada una sacó en suerte un misterio, y me tocó uno de mi gran predilección: la venida del Espíritu Santo; por lo cual me quedaré en el Cenáculo durante todo el viaje, y desde la amada soledad, cada día, les enviaré un pensamiento y una palabra, con el compromiso de que ustedes reciten siempre el *Veni Creator* por mí.

En Génova no podían habernos proporcionado mayores atracciones; nos acompañaron a bordo, junto con nuestras buenas Hermanas, muchas notables personas, entre las cuales la distinguida familia de De María,

que llegó a dar su último saludo a la hija propia y Hermana, Sor Javiera, quien demostró óptimo espíritu de Misionera. Mas también fue admirable la actitud de los padres y de las Hermanas, que supieron refrenar la conmoción que vivamente los embargaba. Media hora antes de la partida, el señor Lamp, eximio Representante de la Compañía German Lloyd, que ya se había preocupado por proporcionarnos todas las comodidades posibles, llevó al Comandante de la nave a la parte del puente, en donde todas nos hallábamos reunidas, y me lo presentó, haciéndole una afectuosa recomendación a favor de nosotras, que el Comandante, tan bueno, aceptó con mucho agrado y prometió tenerla muy en cuenta. Todo ya estaba pronto, nuestros equipajes en su lugar, y el *Fulda*, estaba por separarse del muelle, cuando un vaporcito, encargado por el Coronel De María, acogía a cuatro Hermanas de la Casa de Génova, la familia del Coronel, con él mismo, y muchas personas bondadosas, y todos nos siguieron un buen trecho, continuando en sus saludos. Finalmente el *Fulda* salió del puerto, el vaporcito se retiró, y se terminaron los adioses. Nosotras, empero, estamos todas unidas; mientras nosotras navegamos bajo el manto de María, encerradas en el Corazón Adorable de nuestro amadísimo Jesús, ustedes ruegan, ofrecen sacrificios a Dios por nosotras, y Jesús nos sonríe, nos bendice, se complace con todas. Rueguen, rueguen, hijas, nosotras nos apoyamos en sus oraciones, tenemos confianza en ellas, seguras de que nos conseguirán gracias abundantes y un viaje felicísimo.

14 de septiembre – Hoy se conmemora la Exaltación de la Santa Cruz, y las Hermanas no pudiendo hacer otro obsequio, pensaron, según creo, en sentirse un poco mal. El mar estaba hermoso, tranquilo, suave el aire, dulcísimo el clima, el trato de acuerdo con nuestras costumbres; pero ¿qué hubo y qué no hubo? Hacia las nueve, esta mañana, una después de la otra, se invitaron al mareo, y, como en procesión, debieron marchar hacia la cabina a sus estuches, que en esa manera llaman a sus camitas. A la hora del almuerzo quise que fueran a la mesa, sabiendo perfectamente que el ayuno aumenta el mareo. Obedecieron, pero bien pronto debieron huir para no invitar a otros a la misma cosa. Pero en la hora, en que escribo, y son las 15, ya están bien, y todas han subido a cubierta para ver las islas Baleares, que el *Fulda* costea, casi tocándolas. Vimos Mallorca, donde moró San Alfonso Rodríguez, y formulamos un acto de deseo, implorando algo de aquellas virtudes tan sublimes y profundas, que tuvo el Santo, y que yo quisiera impresas en mí y en todas mis hijas.

Esta mañana, como propusieron ayer noche, todas querían hacer la meditación acostumbrada, pero bien pronto debieron abandonar ese pensamiento, y cuidar sus males, que algunas creían más bien de consecuencias, sintiendo tanto revolverse el estómago. Algunas quisieron ser fuertes, mas al fin todas cedieron. Ahora hacen su contemplación, mirando el cielo y la tierra y el mar, que se presentan encantadores a sus miradas, aun cuando en verdad no sea la belleza que se puede admirar en la Liturgia, costeando la espléndida cornisa de la ribera. Allí vemos un verdadero anfiteatro que de la alta cima del Apenino baja hacia el mar; los montes, las colinas, la playa, las ásperas alturas, los pinos frondosos, el alegre verde, las ondulantes pendientes, el plácido olivo, mil frutos y flores, y aun la palmera y bosques y frutales que avanzan hasta el mar. Hermoso, muy hermoso es contemplar este cuadro desde el puente de la nave. Desde Génova a Niza parece que las ciudades tratan de seguirse, y se dan la mano unas con otras; el espectáculo cambia a cada instante. Digo la verdad, que, antes de conocer la ribera oriental de Génova, y más aun aquella del poniente, yo no conocía las bellezas de Italia, y me alegro, porque puedo decir algo de hermoso a los habitantes de los diversos países por los cuales he de pasar, y que me preguntarán acerca de las particularidades de ésta, nuestra península.

Las Hermanas, al recordar ahora que hoy es el aniversario de mi Profesión, se entristecieron pensando que si hubiera estado en tierra, habría podido comulgar. Agradecí su piadoso sentimiento, mas por otra parte hace sólo un día, que Jesús vino a vivir en mí y me parece sentirlo aún palpitar aquí dentro; y luego recordamos el místico sueño de Jacob que, durmiendo recostado sobre la piedra, vio una escala misteriosa, que de la tierra se elevaba hasta el cielo; por la cual subían y bajaban los Ángeles del Señor, y Dios, en lo alto de la escala, le manifestó muchos secretos y misterios y le aseguró su protección así para él, como para su descendencia.

Aunque aquí, en el mar, nos hallamos lejos del Santo Tabernáculo del Amor, sin embargo también aquí se halla la escala misteriosa que llega al cielo; los Ángeles también para nosotras suben y bajan por ella. Desde lo alto el buen Jesús nos mira y nos hace grandes promesas, por lo cual también nosotras hoy podemos repetir con Jacob: Verdaderamente el Señor se halla en este lugar y nosotras no lo pensábamos. Nosotras estamos en el seno de la Iglesia Católica, y siempre descansamos la cabeza sobre la piedra misteriosa y querida, que es Jesús; en todo nos adherimos a Él, sin

jamás decirle que no, y nos abandonamos únicamente en Él, tranquilas y seguras; y, haciendo esto, merecemos, en Jesús y por Jesús, participar de los bienes y de las gracias de las que Él es portador. Por lo tanto, también en el mar soy feliz en festejar el más hermoso aniversario de mi vida, mi Profesión religiosa: Jesús desde lo alto de la escala me mira benigno, yo lo invito, y Él inmediatamente viene espiritualmente a mí, dignándose bajar al barco, y justamente al *Fulda*, que nos conduce, para agraciarnos a nosotras y a todos los que viajan con nosotras. ¡Qué hermosa gracia, hijas, y nosotras no pensábamos en ello!

15 – Hoy somos aún más dichosas que ayer; no nos parece de hallarnos en el mar, más bien de hallarnos envueltas un una nube, como aquella de la Transfiguración. Un azul encantador ya no nos permite distinguir si tenemos el cielo abajo o arriba; alguna dice que quizá estemos transportadas al tercer cielo; a otra le parece estar ya en el séptimo, porque una luz radiante, a cada instante, presenta todo más bello, de manera que los pasajeros exclaman frecuentemente: ¡Hermoso, hermoso! ¡Cuán hermoso es! Parecen verse las puertas del Paraíso, que no se cierran al fin del día, porque allí jamás termina el día, pues la luz que emana del Rostro Divino de nuestro amado Bien es luz indeficiente. ¡Oh!, no, allí no hay noche, ni ignorancia, ni ceguera, porque todo se ve en Dios. Allí no hay adversidad, ni lágrimas, ni dolores, ni gemidos. ¡Ah! no, hijas, en el cielo no hay nube que pueda oscurecer nuestro divino Sol, el eterno Sol de justicia.

Allí no existe la fuente del temor, por estar lejos del peligro de perder a Dios; allí no hay insidias de enemigos, porque el demonio está derrotado, el mundo está lejos, el cuerpo está espiritualizado y todo en armonía con el alma. No, no, no hay noche en el cielo, y por esto las puertas se hallan siempre abiertas. Allí no llegan los enemigos, y los amigos llegan a toda hora, a todo instante, de manera que no estorban, antes bien hacen más quieto, más dulce y suave el reposo. ¡Oh, ciudad sublime! Envía tu luz a las gentes, haz que los rayos de la Fe lleguen a estas nuestras bajas regiones de tinieblas, estas sombras de muerte, en donde nosotras vivimos aún miserablemente. ¡Ven, oh luz sobrenatural, a revelarnos las bellezas de aquella patria bienaventurada, y a arrancarnos de todas las miserias de la tierra; haz que nuestra vista sea siempre pura, y pueda siempre mirar, a través del cristal luciente de la Fe, aquellos bienes sempiternos, que nos esperan después de un poco de sacrificio soportado para vencernos a nosotras mismas! ¡El que combate será vencedor; y el premio del vencedor es el Paraíso!

16 – Entre una cosa y otra, ayer hemos llegado a Gibraltar. La nave dobló hacia la embocadura del puerto en la distancia de medio kilómetro. Allí llegaron dos vaporcitos para tomar a los pasajeros, que desembarcaban para España y a los que ansiaban visitar la ciudad. Nosotras bajamos de a dos para ir a saludar a Jesús en el Santísimo Sacramento; eran las quince y media, pero las iglesias estaban cerradas y el cochero nos dijo, que a esa hora no se abrían, porque los Padres habían ido a almorzar. ¡Paciencia! Entonces buscamos un librero para comprar algunos libros españoles para llevar a nuestras Misiones, pero nos ofrecieron solamente dos novelas inglesas; nos hicimos llevar a otros libreros, pero ninguno tenía lo que nosotras buscábamos; entonces el cochero queriendo sin embargo darnos ánimo, nos dijo de tener paciencia porque en Gibraltar no hay demasiada devoción, y luego tomó el camino de los jardines y llegó hasta el barrio de San Roque, para mostrarnos todo lo que había de interesante. En los paseos sobresalían algunas plantas llamadas en español "pimientas", con hermosas ramas de menudas hojitas y con racimos de granos rojos muy graciosos. El cochero, que nos explicaba todo, recogió algunos, que llevamos a la nave para las Hermanas, en recuerdo de la tierra española.

Hermosa es Gibraltar con sus montañas y rocas, que la hacen una de las más grandes fortalezas, que Inglaterra haya sabido conquistar en el Mediterráneo. Hay allí seis mil soldados ingleses, con inmenso número de artillería y con cañones de desmesurada grandeza. La ciudad no es grande; hay tres iglesias católicas y tres protestantes. Aun cuando me han dicho que hay allí poca piedad, he podido sin embargo darme cuenta de que los españoles son buenos, y varios de ellos vinieron a mí para decirme que ellos son buenos católicos, apostólicos; expresión que me consoló por completo. Deseaban llevarnos a ver a unas Hermanas que, decían ellos, amaban mucho, pero el tiempo urgía; nuestro Capitán nos había concedido solamente dos horas, y por lo tanto debíamos volver a bordo, en donde fuimos acogidas con alegría, como si todos fueran de nuestra familia. Somos dichosas en verdad por la buena compañía que nos ha tocado: óptimos señores y señoras gentiles y corteses y, lo que es más, muy respetuosos.

Está en nuestra compañía un buen Padre Conventual, que yo conocí en Hoboken hace cuatro cuaresmas. Lo hicimos sufrir, pobrecito, porque todos queríamos que celebrara por lo menos para satisfacer el precepto, y cuando él quiso dejarnos contentas, no lo pudo por falta de los ornamen-

tos necesarios; por lo cual también esta vez hubimos de hacer el viaje sin el consuelo de una Santa Misa y de una Comunión. Paciencia, es el buen Jesús que así lo quiere; sepamos tenerlo en cuenta desde la última vez que vino a nosotras como viático en Génova; y sí, hijas, se lo suelo decir, que todas lo sentimos tan cerca que nos ayuda, nos consuela, nos fortalece y nos conforta. Representamos la hermosa compañía de los quince misterios, y el buen Jesús no puede, no quiere, por su inmensa bondad, alejarse de nosotras. Él es nuestro Paraíso, y nosotras lo gozamos con toda comodidad.

Al salir ayer del hermoso puerto de Gibraltar, la nave volvió sobre la ruta para entrar en el estrecho; y entonces, dejando de mirar las bellezas de España, volvimos más bien los ojos hacia la parte opuesta donde Marruecos se ofrecía a nuestras miradas. Enviamos gemidos y suspiros a esa pobre tierra, a donde con placer volaríamos en busca de pobres almas, sobre las cuales, muy despacio aún, se vuelca la misericordia de Dios. Sí, es verdad, hay actualmente un gran movimiento en África, debido a los poderosos Cruzados de Cristo, que son los Misioneros; pero aquella tierra es inmensa en su extensión, extrema en su barbarie, y el auxilio no es suficiente. ¡Ea! multiplíquense, ¡oh, Misioneros, oh Misioneras, vean cómo abunda la mies, y qué falta de brazos hay para recogerla! Y en especial, yo me dirijo hacia tantas vírgenes cristianas que aman a Jesús, y les pido que hagan que sea más activo el fuego que arde en sus pechos, para que movidas a compasión ante tantos hermanos nuestros abandonados, que también costaron todo el precio de la sangre de Cristo, se muevan a unirse a nuestras filas a fin de ir cada una en busca de un hermoso número de almas, que ofrecer al Corazón Santísimo de Jesús.

Ya es tiempo de que el amor no permanezca escondido, sino que se trueque en activo, vivo y verdadero. Jesús, como repite desde el Gólgota: *¡Sitio!*... ¡Tengo sed de almas! Si aman pues a Jesús, arriba; sacúdanse, vengan; tengan valor, y sepan que el demonio se ríe de las débiles y miedosas, mientras teme y huye de las almas enérgicas y valientes. ¿Temen acaso los peligros? Y bien, sepan, que quien desconfía de sí y confía en Dios, nada debe temer, porque despojada de sí misma, y fuerte con la fortaleza de Dios, con la humildad y la confianza juntamente unidas, desafía toda eventualidad. Además, sepan que los peligros son de quien los quiere; esto es, de quien quisiere mezclar las cosas de Dios con las cosas del mundo; mientras que quien está completamente vacío de las cosas

terrenas y no ama más que a Dios, su servicio y su gloria, no corren peligro alguno. Los mundanos tienen buen ojo para saber quiénes no gustan de sus placeres, y miran a estas almas con ojos reverentes, las respetan y en la necesidad recurren confiados a ellas. ¡Oh, qué gloria, oh vírgenes, si Dios las llama a la expansión de su reino! Ea; corran, no se rehúsen, porque incurrirían en la tacha de vírgenes negligentes, o más bien necias, despreciando las bellas oportunidades que ofrece el Instituto de cooperar a la salvación de las almas, y por lo tanto de obtener merecimientos, que fructificarán en el cielo con un gran y desmedido premio de gloria.

Las vírgenes son las esposas elegidas del Rey, por lo tanto también son reinas. Si son reinas, han de tener un pueblo, en el cual ejercitar la celestial misión de paz. A medida que la virgen, trabajando como Misionera, gana almas para Cristo, su dominio se extenderá y su cetro será cada vez más potente y glorioso. ¡Oh! vengan, vírgenes prudentes, a acrecentar la falange de las Misioneras, vengan a abrazar todos los pueblos y a darles el beso de la paz, de la dulce misericordia de Jesucristo; ¡vengan, que los confines de nuestro reino tienen como medida los confines del mundo entero! Fortalezcan su corazón y vengan; sea vuestro pan la gloria de nuestro celestial Esposo; y vuestra gloria repóngala en traficar con usura el precioso talento de vuestra vocación sublime; a saber: cooperar con Cristo en la salvación de las almas. Vengan, que en el campo del gran Padre de familia debemos recoger, a manos llenas, gavillas abundantes y pingües. Les podrá decir quizá alguna: Pero yo soy débil, pobre, ignorante y no me arriesgo a tamaña empresa. Nada teman, y, como ya he dicho, desconfíen de ustedes y confíen en Jesús. *"Omnia possum in eo qui me confortat"*. Con Dios haré grandes cosas. El que nos llama es el mismo Jesús, que dijo: "Sean perfectos como mi Padre es perfecto". ¿Y cómo llegar a tanta perfección? Con la gracia de Aquél que se digna concedérnosla. Con Dios todo se puede, y cuando la virgen de Cristo es humilde, desconfía de sí y se confía por entero en Jesucristo, ella se trueca en poderosa, y puede repetir en cada instante: Con Dios haré grandes cosas.

Mas volvamos a nosotras, hijas mías, y perdonen la digresión, que sin darme cuenta, se me escapó de la pluma. Impulsada por el deseo de ver acrecentarse cada vez más vuestro número, pues quisiera así dar pronta ayuda a muchos pueblos, que me mueven a compasión. Hoy estoy sola en cubierta, todas han quedado en cama, porque, una vez pasado el estrecho de Gibraltar y apenas hemos entrado en el Atlántico, comenzó el movimiento propio de este mar y se añadió, para más, un poco de roleo

y de cabeceo al mismo tiempo; las Hermanas creyeron hallarse ya en plena tormenta. Sor Alfonsina quiso animarse para hacerme compañía, pero pronto escapó a su lecho en cabina. Luego se animó Sor Javiera, y para decir la verdad, sabe ser bastante valiente, porque va un momento a descansar la cabeza en la cama, luego vuelve a cubierta, y de esta manera, en un par de días será dueña del mar. Sor Alacoque sale victoriosa, apoya la cabeza o en una silla, o sobre una mesa, y luego con generosidad corre a hacer de enfermera de todas. Así trató de hacer Sor Juanita, pero ahora está condenada en su "caja", ¡pobrecita! Sor Constanza se ingenió para estar siempre de pie y no faltar a la mesa, pensando bien, como es en realidad, que si lograba no perder una comida, estaría siempre bien; pero hoy, pobrecita, está allí atada a su camita y no debe tomar sino aquello que le llevan. Sor Benedicta gime de rato en rato y teme estar enferma; pero el hecho es que su cutis se pone liso y brilla un día más que otro, con un hermoso color, que da a conocer cómo le favorece el mar. En general todas están muy alegres, y saben ofrecer las diversas incomodidades con hermosa generosidad en pro de las almas.

Hoy el Capitán y el Comisario me rogaron que dijera con toda libertad lo que necesitasen las Hermanas, sentidos de verlas sufrir. En una palabra, estamos rodeadas de toda clase de cuidados, que no podemos describirlos todos. Nosotras, gracias al Cielo, somos bien recibidas en la Transatlántica; pero no son menores las gentilezas y las preocupaciones de esta compañía "North German Lloyd". La prudencia y la seriedad del Capitán, unidas a una gran bondad, nos dan toda aquella confianza, que es deseable en un barco. Este hábil Capitán se llama Thalenhorst.

17 – Hoy me he quedado descansando un poco más, con la idea de que todas estuviesen en cama, y por lo tanto, no teniendo necesidad de cuidarlas en cubierta, estaba rehaciéndome de los trabajos de los últimos días, en los cuales no tuve tregua alguna. En cambio, con admiración mía, las hallé a todas en el puente, alegres y serenas como el mar, que, a decir verdad, está hoy hermoso, como un lago en espléndido día. Tiene un color azul, encantador, representa el cielo de un alma verdaderamente poseída de Dios, de corazón alegre y tranquilo, de rostro paradisíacamente celestial. Esta alma embellecida cada vez más por Jesús, escucha sus palabras, las gusta, porque son más puras y preciosas que el oro y la plata; escucha los mandatos de su Amado, y se da cuenta de que son vida y salud para ella, plenas de fragante bálsamo de gracia y de celestial sabiduría. ¡Oh dulce Jesús! ha de exclamar esta alma, ilumina mi mente, da luz a mi en-

tendimiento; me socorra tu gracia, a fin de que ágil recorra los senderos de tus amables órdenes. ¡Ea! no permitas que tropiece en el camino, más bien robustéceme con tu fuerza, para que con fidelidad cumpla tus santos deseos. Da fuerza, Jesús, a mi voluntad enfermiza e inestable, para que con energía quiera lo que tú quieres, y sepa rechazar lo que a Ti no agrada; custodia Tú mismo mi tabernáculo ya consagrado a Ti. Para esta hermosa alma toda de Dios, cualquier orden de Jesús es de importancia incalculable; ella no sólo ejecuta cuanto le prescribe en cualquier momento, sino que trata de prevenir con alegría sus deseos; ya no vive para sí, sino tan sólo para su Amado; tiene como alas en los pies para volar a donde la llama el celestial deseo, goza de hacer y de padecer algo por Jesús. Esta alma querida aprende inmediatamente de Jesús la norma de su vida, y como lo ve obediente hasta la muerte, así lo imita con una obediencia perfecta a sus propias Superioras. Todo es fácil para esta alma, todo mandato suave, porque sabe que en la obediencia halla la seguridad de sus pasos, la fortaleza de su espíritu; está siempre alegre, siempre contenta y sonriente; parece alimentada de flores celestiales; y ¡oh, cuántos, cuántos méritos adquiere en todo momento! Ella camina por la senda de los Santos.

La obediencia, oh hijas, es la que distingue la verdadera piedad de la fingida; la religiosa obediente siempre canta victoria sobre sus enemigos; pues como somete su voluntad a la de su Superiora, adquiere dominio sobre los demonios, que se precipitaron del cielo por su desobediencia. Ustedes, oh hijas, han prometido dar la sangre y la vida, si fuere necesario, para permanecer fieles al amado Jesús; y bien, ustedes hallarán el mérito del martirio en el ejercicio de la obediencia. Sí; porque si con el martirio se sacrifica el cuerpo, con la obediencia se sacrifica la voluntad, la propia libertad, que es como la directora del alma. La obediencia es una penitencia de la razón y es un sacrificio inmensamente más aceptable a Dios que cualquier otro sacrificio, que hicieren voluntario por propia elección; por esto el buen Jesús ama en nosotras más un solo grado de obediencia, que todos los miles de obsequios, que pretendiéramos hacerle; y los Santos nos enseñan que tiene mayor mérito ante Dios tomar el alimento por obediencia, que ayunar por propia voluntad. Santa María Magdalena de Pazzi decía, que una sencilla gota de obediencia vale cien mil veces más que la muy alta contemplación. En efecto se lee en su vida que cuando se hallaba en éxtasis, apenas escuchaba la voz de la obediencia, volvía en sí. Amen pues, oh hijas, tan noble virtud, que forma el verdadero carácter de la vida religiosa; la prontitud de vuestra obediencia indica la prontitud interna

del corazón, pues el pie y la mano corren cuando el espíritu es ferviente. Ustedes sirvan a Jesucristo: vean pues a Él en la persona de su Superiora. Tengan presente que aquello que les manda no sólo está bien ordenado, sino que es lo mejor para ustedes. Si les vienen pensamientos contra la obediencia, échenlos con prontitud, como se deben echar aquéllos contra la Fe y la hermosa virtud. Vean en la Superiora no sólo la autoridad de Dios, sino también la voluntad de Dios. Recuerden, hijas mías, que Dios ordena la obediencia en las divinas Escrituras, por lo cual es cierto, es de fe, que no puede haber engaño o ilusión en ella. Conformen siempre su voluntad, su juicio con el de la Superiora y llegarán a lo sumo de la perfección religiosa. No miren, no consideren nunca en la Superiora sus cualidades, sus dotes, sus modos, pues entonces trocarán la obediencia divina en humana; miren en ella a Jesucristo y basta. Enriquezcan pues todas sus acciones, aún las más mínimas, haciéndolas todas y siempre por obediencia, nunca por propia voluntad. Rueguen con frecuencia a Jesús para que les conceda el espíritu de obediencia, y de su parte hagan todo cuanto puedan para merecer tan hermosa gracia. ¡Dichosas ustedes si logran don tan señalado, mas espérenlo de su divino Corazón, que siempre ha latido por su amada obediencia!

Hijas, a una madre lejana, a quien no se desea contristar, nunca se le dice no; mas presten mucha atención a esta digresión que ustedes, tan buenas, me han permitido, y procuren revestirse todas del hábito real de la amada y santa obediencia, porque yo tengo necesidad de obtener muchas victorias, y por vuestro medio, oh hijas en verdad obedientes, todas las lograré. Estos queridos angelitos de Hermanas, que llevo a la Misión, me parecen distinguidas en la obediencia, y por esto voy con alegría, sin sentir el peso, que sin embargo me es bien gravoso.

Hemos casi anochecido también hoy, haciendo en 24 horas 389 millas inglesas. Las Hermanas están bastante bien; trabajan, ruegan, meditan, un poco con el libro y un poco con los más diversos y sublimes pensamientos, que ofrece el mar a la mente. Sor Alejandrina temiendo perder el horizonte, apunta todos los días en una libreta la fecha y el nombre del día de la semana y lo recuerda escrupulosamente a las Hermanas cada mañana. Nuestros buenos compañeros de viaje se preocupan más de nosotras que de ellos mismos; nos ofrecen cuanto tienen, con tal de vernos sufrir menos; nos tratan con mucho respeto y veneran el hábito religioso. Algunos comerciantes vienen a preguntarnos acerca de cómo atender mejor sus intereses y nosotras les respondemos lo que el buen Jesús nos inspira para

dejarlos confortados. Ayer la camarera me decía su pena de no entender el italiano para servir mejor a las Hermanas. Se acercaba a mí para que le dijese en inglés lo que le habían pedido en italiano, y yo, bien saben cómo podría responder, porque no sé mucho el inglés; pero me ingeniaba, pues sabía lo que bastaba para no morir de hambre y para no perder el camino. Cuando nos hallamos en cubierta hay un señor que está atento a hacernos de intérprete en toda necesidad. En fin, este nuestro viaje parece bendecido con sobreabundancia por el Corazón adorable de Jesús, quien nos envió por medio de su Vicario. Y bien, oh hijas, ayúdennos a alabar y bendecir a Aquél, que nos guía y nos conforta con sumo cuidado y amor inefable. Mañana, hacia las diez, veremos las islas de las Azores, y sabremos decirles alguna cosa más; pero no podremos visitarlas como Gibraltar, porque la nave no se detiene.

18 – Esta mañana hacia las cinco y media, un silbato llamaba a todos a levantarse para ver las Azores; nosotras, no sabiendo por qué silbaban, nos quedamos reposando, y no sabiendo comprender el por qué del bullicio que había en el puente; pero no pasaron muchos minutos que nuestros buenos amigos de viaje, no queriendo ellos solos contemplar el espectáculo, vinieron a golpear nuestras cabinas, rogándonos nos levantáramos pronto si deseábamos contemplar algo hermoso; y en verdad hemos visto un magnífico espectáculo ante nuestros ojos.

Algunos dicen las Azores azules, y verdaderamente parece un trozo de cielo caído en medio del Atlántico. ¡Qué hermosos montes! ¡Qué bellas colinas! ¡Qué pendientes estupendas, todas cubiertas de alegre verde, y que cambia de graduación cada veinte metros! Las abundantes praderas, los cargados viñedos, los bosques espesos, las encantadoras villas despiertan con razón el deseo de visitar esas islas y a más de uno de los pasajeros le nació la idea de pedir al Capitán detuviera la nave, por lo menos una hora, para bajar y conocer esas fertilísimas posesiones portuguesas. ¡Cómo se hallan sembradas de pueblos, de ciudades, de casas de campo y todas tan hermosas y limpias, que dan a entender que allí reina la holgura! Nuestro buen Capitán enderezó el buque de manera que todos tuviéramos más cerca las ciudades de estas islas. Vimos bien aquella de Punta Delgada, que con majestad se extiende y baja hasta el mar con sus torres, sus campanarios y monumentos que se espejan en las aguas. Justo en el momento en que pasábamos, un hermoso arco iris de vivísimos

colores, y de largas franjas, se extendía, como para unir juntamente al que se hallaba a bordo y al que se encontraba en la ciudad, anunciando, la paz del divino Corazón de Jesús, que reúne todos los pueblos en uno solo, con su ardiente caridad. Tras ese arco iris, se contemplaba otro de tinte más claro, pero más extendido, y durante un poco de tiempo fue un espectáculo que tuvo suspendida nuestra alma; parecía que sobre todos nosotros se extendiera una mano del paraíso para purificar la mente y para hacerla apta a elevarse y cantar al Hacedor único de cosas tan inmensas, tan encantadoras e inimitables para el hombre. Pero las franjas del hermoso arco iris se alargaban cada vez más, y, mientras ese espectáculo incomparable nos embriagaba, las gotas lucientes y gruesas avanzaron con la rapidez del relámpago, y, al mojarnos a todos, nos obligaron a entrar en los salones; había terminado la escena estupenda, que nos había regalado el buen Jesús. Dicen todos que las Azores, además de su hermosura, son particularmente saludables; y que allí deberían ir todos nuestros connacionales enfermos del pecho, que ciertamente hallarían la salud. ¡Oh cuán bueno es Dios, que ha hecho tantas cosas para nosotros!

Esta mañana ese arco iris nos recordó a nuestra Madre Celestial, verdadero arco iris que dirige nuestra Compañía Mariana a través de los mares. María es un cielo animado y siempre sereno, en el cual reverberan de continuo los rayos y los resplandores de la Divinidad; es como una ola luciente e inflamada de caridad hacia nosotros. Sí, inflamada, porque los resplandores, que del rostro de Dios bajan hasta Ella, no sólo son luz inefable, sino también fuego ardiente de caridad. ¡Oh! Cuántas maravillas se hallan en el amor de María, cuántas gracias, cuántos dones, cuántos bienes brotan de sus benéficas manos y todos sellados con gran amor. Una mirada que nos da María, un pensamiento que dirige hacia nosotros nos traen los efectos de su encendidísima caridad. María, nuestra dulce Madre, es océano de bondad, fuego de caridad, que siempre arde, que todo lo enciende y transforma en sí. Ella es sol perenne de luz, de gracia y de beneficencia. Nadie está excluido de su benéfico calor, porque su caridad es universal y continua; Ella a todos abre el seno de su bondad inefable, a todos se hace presente siempre con prontitud, más aún se anticipa a aquéllos, que la desean.

María es un hermoso olivo en campo abierto, donde todos la pueden ver, y todos acercarse fácilmente a Ella; y de su campo fluye un agua perenne, de la cual pueden beber cuantos sedientos se llegan a Ella. ¡Oh!

No, no nos admiremos si nos vemos a veces, como oprimidos por las gracias y las ternuras de María, ya que sus dones y los inmensos beneficios, que nos concede son un tenue arroyuelo del inmenso océano de amor, que nos profesa.

19 – Ayer a las 14 horas vimos la última de las Azores; mas la grande, San Jorge, no nos pareció tan hermosa como aquélla de San Miguel, sin embargo es bastante atrayente, verdeante, con montes, valles, encantadores declives. En una de las grandes ciudades vimos una catedral estupenda por sus artísticas líneas; pero nadie me supo decir el nombre de la ciudad. Varias falúas estaban llenas de gente, y, no pudiendo acercarse a nosotros por las grandes oleadas que levantaba el *Fulda*, nos saludaban agitando los pañuelos unos, otros los sombreros, y los que, no tenían otra cosa, movían y volvían a mover las manos. Si hubiéramos podido acercarnos a ellos un poco más, habríamos rogado a alguno para que fuera a esa hermosa iglesia, que estaba a la vista, para saludar en nuestro nombre a Jesús Sacramentado, y ciertamente nos hubiera complacido, porque al parecer, todos en este viaje están dispuestos a hacer lo que desean las Religiosas, y nunca nos contradice alguien cuando hablamos de Dios, antes notamos que todos tienen gran cuidado y gran circunspección en sus modales y en sus palabras. Sin embargo enviamos nuestros suspiros a esa iglesia, uniéndonos a los fervorosos portugueses y flamencos de esa ciudad. Vimos también volcanes, algunos ya apagados, y otros que de su cono bien puntiagudo daban la impresión de que pronto querían abrirse y regalar a los contornos lava y piedras y cenizas y oro puro y para ser purificado, agua hirviente y alguna otra materia; por lo cual si ayer he animado a algún pobrecito, afligido por el mal oculto, a ir hacia aquel pedazo de encantadora tierra, ahora le añado que, antes de examinarse a sí mismo, vea si no teme los temblores de tierra, los cuales, en las cercanías de los volcanes, ondean algunas veces bajo los pies como el mismo mar.

Terminado el espectáculo de las Azores, entre nuevos arcos iris, que se sucedían de dos en dos, unos tras otros, con gran sorpresa de todos los pasajeros, pero no de nosotras, que mirábamos en ellos las pupilas de María Santísima, que deseaban consolarnos; otro espectáculo nos aguardaba, que llenó de sumo estupor y causó cierto temor en las Hermanas, aún no acostumbradas al mar. Aparecieron muchos pájaros acuáticos; luego las aguas, con espumas aquí y allí, se llenaron de ovejitas, después se encrespó el mar, sopló el viento norte, y el buque comenzó a moverse insólitamente para las noveles viajeras; algunas comenzaron a murmurar,

primero en voz baja, luego también fuerte: "¡La borrasca, la borrasca!", y, justo como San Pedro, se agruparon diciendo: ¡Oh Madre, dígale al mar que se calme! Hube de responderle también yo que tenían bien poca fe y poco ánimo, pues mucho más se necesita para decir borrasca. Y si aun aquella viniera, nosotras no hemos de temer, porque viajando en nombre de Jesús, bajo el manto de María ¿de qué podemos tener miedo? Ni el mar, ni los vientos, ni las tormentas nos han de espantar; nuestra fe, que nos obliga a confiarnos en Dios, nos hará fuertes hasta la muerte. Toda la noche duró el mar un poco agitado y continúa ahora, pero el barómetro señala buen tiempo, y quizá pronto tendremos de nuevo la extraordinaria calma, que nos acompañó en el Mediterráneo y hasta las Azores. Sor Constanza quería lamentarse y me preguntó, si se lo permitía. Le respondí que más nos conviene decir siempre: ¡Oh qué maravilloso!; y en efecto así va repitiendo, aun cuando no pueda más. Sor Pía no puede estar de pie, pero se halla bien en la cama, y allí toma con apetito cuanto le dan. Sor Javiera no está muy bien, se ha levantado; pero ni aun en el lecho puede estar, y mientras tanto me acompaña siempre en cubierta. Sor Alacoque parece un marinero; sana y ágil, hace de enfermera de todas; sabe también imponerse dulcemente para lograr que todas coman, y esto es una gran cosa, porque ¡ay! si dejan de alimentarse; en el mar las náuseas crecen y se llega a sufrir cada vez más. Sor Francisca sufre y calla siempre serena, esforzándose en tomar alimento por obediencia. Sor Jesuina hace lo mismo; Sor Claver es la que sufre más entre todas. Mas estando en cama, nuestras queridas Hermanitas truecan en un paraíso, sus cabinas. En sus sueños, algunas van a Misa, pero jamás pueden comulgar; otras ven unas veces a un santo, otras a otro que llegan a consolarlas. Ellas ruegan de continuo y, como es grande la benignidad de Jesús, Él las consuela de muchísimas maneras. ¡Oh cuántos medios tiene el Señor para aliviarnos, para consolarnos! Por cuán distintos caminos provee a nosotras y nos enriquece. Tengan fe, hijas, y cualquier cosa que supliquen en la oración, ustedes la obtendrán; sí, la plegaria hecha con fe todo lo puede, supera toda cosa, recupera lo perdido, redime el tiempo pasado, todo lo arregla. Si algunas veces nuestras oraciones no logran el resultado deseado, examinémoslas, y hallaremos que quizás hemos rogado, no con las debidas condiciones y disposiciones, quizá sin espíritu, sin fervor, quizá sin finalidad sobrenatural, quizá con tedio y apuro, quizá sin recogimiento ni perseverancia. ¡Ah, hijas mías, qué es lo que no puede la plegaria animada por la fe viva! Todo lo puede, absolutamente todo. La fe y la oración unidas constituyen una potencia superior a todo pensamiento, y si los santos han obrado tan-

tos prodigios y portentos, créanlo, todo lo han podido por medio de la fe y de la plegaria. Fe, hijas, tengan fe, porque quien ruega con fe, ruega con fervor y el fervor es el fuego de nuestra oración y plegaria. Y este fuego misterioso es el que tiene el poder de consumir en nosotras todos nuestros defectos e imperfecciones y de restituir a nuestras obras y oraciones, la vitalidad, la belleza, el mérito. El fervor producido por la fe viva es como una lluvia de limpias y cristalinas aguas, que restauran, vivifican nuestras acciones, nuestros padecimientos, nuestras penas, purifican cuanto de defectuoso y terreno se halla en ellas y les dan el propio valer, la propia virtud, el propio esplendor. Pero, entendámonos, hijas, que no pretendo hablar de fervor sensible, sino de fervor substancial, que es el ardor producido por la fe viva. Fervor y ardor que consisten en la verdadera unión del alma con Dios, y en la perfecta uniformidad de nuestra voluntad y la de Dios. Este fervor lo obtendrán con el recogimiento de las potencias del alma y con la vigilancia sobre ustedes mismas, despreciando con energía, en cuanto ustedes puedan, los pensamientos inútiles, vanos e importunos. El alma recogida en Dios recibe, en sus oraciones y plegarias, el fervor, por lo cual puede obtener de Él mismo cuanto ella quiere y puede desear.

Acostúmbrense, pues oh hijas, a unir siempre sus plegarias a las de Jesús, a fin de que, de su contacto, las vuestras sean vivificadas y santificadas; y estén seguras de que entonces Jesús mismo, después de haberlas purificado todas en sí, las presentará junto con las suyas al Eterno Padre. Oh sí, oren siempre con Jesús; y recuerden siempre, el alma unida a Jesús todo lo puede; les sea familiar el dicho: *Omnia possum in Eo, qui me confortat*. Tengan fe; rueguen con fe, y se les dará la medida justa, apretada, agitada y colmada. ¡Oh Fe, Hija hermosa del Cielo, ven y desciende hasta nosotras, y haz que te honremos, tú que nos has envuelto en tu bello manto en el Bautismo y siempre nos has enriquecido en los otros Sacramentos!

20 – Este día ha despuntado hermoso, sereno, espléndido, y continúa tan bueno que casi no advertimos el movimiento del vapor; todas están bien; ninguna sufre ya. Ayer noche, cansadas del doble movimiento del roleo y del cabeceo que nos agitaba, hicieron especiales plegarias comenzando con humillarse todas, sabiendo muy bien que en la humildad está el secreto para penetrar dentro de los muros de la ciudad santa de Dios y roca del Omnipotente. Sí, la humildad es el fundamento de la plegaria, como de toda obra meritoria y virtuosa. Es imposible complacer a Dios sin la virtud celestial de la humildad; ella es la caña de oro, que mide la

potencia de nuestras oraciones, y por lo tanto su peso en la balanza del Señor. El que es más humilde, obtiene más; el que es menos humilde, obtiene menos, porque está escrito: *Deus superbis resistit; humilibus autem dat gratiam.* Por favor, hijas mías, alejemos de nosotras los sentimientos de soberbia, de orgullo, de amor propio, si deseamos que Dios esté cerca de nosotras. Dios será nuestra fortaleza, si somos humildes, y entonces nuestras oraciones subirán como varita de perfume oloroso ante el trono de Dios, y de allá no volverán, si no son completamente escuchadas. La Religiosa humilde es como un manojo perfumado de varas de nardo, que, si entre todas las flores es el más humilde y bajo, es también el más fragante de todos. Hijas, expandan alrededor este aroma de humildad, estudien profundamente esta virtud celestial, hasta poseerla perfectamente, y poder repetir un día, más allá de la vida, con la Esposa de los Cánticos sagrados: *Nardus mea dedit odorem suavitatis*, mientras el muy amado Jesús, al complacerse con tan suave perfume, les dará el abrazo que las hará bienaventuradas para toda la eternidad.

El buen Padre Conventual, que viene a bordo con nosotras, cada día se llega para ver cómo estamos y a recordarnos el Santo, que recurre en el día, y así auxilia a Sor Alejandrina, que por hallarse enferma durante dos días, y creyendo hallarse muy mal no había anotado en su diario, ni el día del mes, ni el de la semana, y corría peligro de no orientarse más. El Comandante de este buque es tan bueno que nunca he visto otro semejante, aun cuando siempre hemos tenido suerte en nuestros viajes. Es como un padre de familia, da vueltas de continuo para darse cuenta de si todo se halla en orden y si todos están bien atendidos. Tiene particular cuidado de nosotras; tenemos camareros y camareras prontos a cualquier señal, a cualquier necesidad. Las Hermanas están bien ahora, han dispuesto recurrir a las Almas del Purgatorio, antes de que el tiempo cambie. Aquellas benditas Almas nada pueden por sí mismas, pero mucho pueden en favor de nosotras, y tratemos de tener corazón compasivo hacia ellas: sean ellas el objeto principal de nuestras plegarias, porque la abreviación o la mitigación de las inmensas penas dependen de nuestra caridad, de nuestras oraciones. Se puede decir que las llaves de oro de aquella cárcel de expiación han sido entregadas a nosotras. Vean; aquellas Almas aman perfectamente a su Esposo celestial, lo desean, lo suspiran, anhelan ir a Él, pero tienen necesidad de una mano bienhechora que satisfaga plenamente sus deudas. Esas blancas palomas quisieran volar a su centro, el seno de Dios; mas ¡ay, si no hallan almas piadosas que rompan sus cadenas de

fuego! Ea, pues, hijas, Hagan que descienda sobre esas Almas el rocío celestial que refrigere y temple esos ardores inconcebibles. Sí, vuestras oraciones serán el rocío que apagará esas voraces llamas encendidas por la justicia divina. Secunden los justos deseos de esas Almas, y hagan obra bien favorable a ustedes mismas, sufragando por ellas, con Comuniones, indulgencias, Misas y todas las satisfacciones de las buenas obras que hagan. Comprendan; ésa es obra de perfecta caridad, de suma gloria de Dios y de júbilo grandísimo para las tres Iglesias, militante, purgante y triunfante, puesto que con vuestras plegarias hacen que tantas ilustres Esposas de Jesucristo entren en el Reino de la bienaventuranza. No teman perder ofreciendo sus oraciones, indulgencias, satisfacciones a aquellas Almas; porque estén seguras de que se hacen con estas obras, ricas en gracia y en méritos en esta vida y de gloria sublime en el Paraíso. Estén seguras de que el mérito intrínseco de las obras de sufragio queda siempre en ustedes, por ser de naturaleza inalienable, y a las Almas se aplica sólo la parte satisfactoria. Al cederles pues, las satisfacciones de nuestras obras, que muchos hacen con el voto heroico, no hacemos más que trocar en mérito todas las satisfacciones; y tengan la seguridad que en los balances del Señor más vale un solo grado de gracia y de mérito que todas las satisfacciones, cedidas o aplicadas a las Almas del Purgatorio. Por favor, no tengan corazón mezquino con las Almas, antes sean muy generosas, con la seguridad de que, quien hará caridad, recibirá caridad; el que usará de misericordia, hallará misericordia. Luego las Almas libertadas serán otras tantas abogadas para nosotras, otras tantas protectoras que rogarán por nosotras, que intercederán a favor de todo lo que necesitamos, y lo que es más importante, se interesarán por nuestra eterna salvación.

21 – El mar continúa tranquilo, quieto, y liso como una tabla; se camina muy bien, los pasajeros se hallan muy contentos y con frecuencia se acercan a agradecernos, diciendo que deben a nosotras un viaje tan feliz. El Capitán dice que cada una de nosotras logra un día bueno; por lo cual, siendo quince, es de esperar que el viaje termine bien, y con el sobrante de cuatro días, pues emplea el *Fulda* tan sólo once días de Génova a Nueva York. Ahora las Hermanas están muy bien; y yo siempre me he hallado mejor que en tierra, de tal manera que los señores me dicen que soy un lobo de mar. Pero esta mañana, como para cambiar, me levanté con tal frío en el estómago, que bien pronto me vi obligada a rendir mi tributo al mar; quizá porque los pescados lo exigían, y en verdad que desde ayer me lo pedían. Todos se admiraban de que yo hiciese tal cosa al final, cuando

todos ya se han hecho marineros; pero el buen Jesús, es Él el dueño y hace lo que quiere; a nosotras nos queda alabarlo siempre y agradecerle por todo, porque es bueno, todo lo que Él hace y permite.

Desde ayer hemos entrado en la corriente del Golfo, en donde dicen que el mar es muy agitado; y por el contrario gozamos de una bonanza tan maravillosa, que todos se hallan estupefactos; he aquí, pues, si no tenemos razón de alabar y agradecer al amado Jesús, que dispone todas las cosas con gran amor para nosotras. Amemos, amemos al buen Dios porque el cielo, la tierra, el mar afirman de continuo que aman a Dios. El inmenso Océano que nos rodea por doquiera, con sus aguas coloreadas como admirables gemas, nos revela, con claros acentos, la inefable solicitud de nuestro Amorosísimo Creador en rodearnos por todas partes con sus gracias y bendiciones. Nosotras aquí, oh hijas, miramos el mar, y él nos habla; y ustedes contemplan la tierra con su fecundidad inexhausta; contemplen el ancho firmamento, todo henchido de estrellas; y al contemplar con atención el universo, vean, como en él resplandecen los atributos de Dios, su poder, sabiduría, bondad, y con nosotras llenas de estupor, exclamen: ¡Oh cuán bueno y admirable es el Señor en sus obras!

Como hoy las Hermanas estaban todas bien, las llevé al puente, donde hallamos un lugar solitario, y allí, todas reunidas, hicimos un poco de lectura espiritual sobre la humildad; de ésa pasamos a la caridad, virtud sublime que nos hace gustar un verdadero y anticipado Paraíso. Las almas unidas en caridad descansan plácidas en Dios y, con seguridad, aguardan muchas y grandes gracias de la bondad de Dios. Las almas unidas en caridad son magnánimas y generosas, porque son conducidas por Dios; vuelan siempre hacia lo alto con sus espíritus, llega el alma hasta el cielo, descansa a los pies del trono de Dios, y Dios al complacerse en ellas, las llena de las gracias más exquisitas. ¡Ea, hijas! Sean caritativas; ámense unas a otras con el santo amor del Corazón adorable de Jesús; sacrifíquense gustosas y siempre por vuestras hermanas; sean suaves con ellas, nunca ásperas y duras, o rudas o resentidas, sino plácidas, mansas, suaves. Traten de emularse en saber desparramar mayor cantidad del aceite de la suavidad y del bálsamo que dulcifica. Con la piedra preciosa de la Caridad del Adorable Corazón de Jesús, sepan endulzar los dolores, curar las llagas, cerrar las heridas, consolar en las tribulaciones. Amen el bien de vuestras Hermanas, y no envidien a ninguna, compadézcanlas en sus miserias. ¡Qué hermoso espectáculo, oh hijas, ver tantas almas, de diversas naciones y de diversos idiomas, todas unidas en la misma familia re-

ligiosa, unidas con un lazo más fuerte que el del parentesco, el suave lazo de la dulce, de la sublime caridad del Santísimo Corazón de Jesucristo!

Cada día me alejo más de ustedes, y sin embargo mi corazón se une a ustedes; no pasa un momento, en que yo no piense en ustedes, y me una a ustedes en todo cuanto van haciendo. Hagan también lo mismo ustedes; síganme con santa caridad; ayúdenme con sus oraciones, con sus hermosos y generosos sacrificios, y cuando quieran consolarme un poquito, retírense – cada una en la celda de su corazón – y en ese místico santuario examínense para ver y asegurarse si han adelantado en el espíritu de la suave caridad, porque yo de ustedes no deseo otra cosa. Ámense todas en el adorable Corazón de Jesús con santo amor, como los Santos del cielo, que Dios se preocupará de lo demás. Aprendan la caridad; ámense en caridad; la caridad se adueñe de sus almas, y entonces podrán repetir gloriosamente: *Dotavit me Deus dote bona,* como dice el Espíritu Santo.

22 – Ayer tarde el personal de a bordo hizo muy grandes preparativos para defenderse de las ondas, pues esta noche se pasará junto a los Bancos de Terranova, pero tales precauciones resultaron inútiles. La Santísima Virgen nos cubre; las almas del Purgatorio interceden en nuestro favor, y así todo terminó en un temporal, que nos regaló mucha lluvia durante casi toda la noche, lo que es muy provechoso para quitar al mar, toda turbulencia. Y vean, oh hijas, hasta las aguas saladas, al mezclarse con las dulces, se calman, y de esta manera con su mudo lenguaje nos enseñan cómo debemos comportarnos nosotras con aquéllos que se han disgustado con nosotras o que desean molestarnos. Levantemos un poco los ojos hacia lo alto, y sin fijarnos nunca en la creatura, más bien tratemos de ver en todo las disposiciones del Altísimo; sin criticar jamás o murmurar de la persona que nos aflige, compadezcámosla, y excusémosla, como hacía David, quien al verse muy ofendido con injurias, no permitió que se lo defendiera, diciendo: "Dejad que hable, ya que Dios es quien permite que esa lengua se mueva contra mí, y es poco lo que dice; mucho más merezco yo". He aquí cómo se conduce un alma formada según el Corazón de Dios. Penetre en nosotras tan hermosa, tan gran virtud, se haga una cosa con nuestros huesos, con nuestra médula, y entonces será fácil la santidad. No critiquen, no murmuren, y si alguna vez tuvieren la tentación de mover la lengua, vuélvanla contra ustedes, pero es mejor que practiquen lo que inculca nuestro amable Santo Sales; que callando acerca de los demás, de ustedes no digan ni en bien, ni en mal.

Esta mañana, en el puente, del que les hablé ayer, pudimos recogernos solas todas nosotras, y hacer la oración de la mañana y la meditación; y mientras estábamos en contemplación, parecía que del cielo, cubierto de hermosas nubes, despuntara, ora allá, ora acá, un pequeño trozo del manto de María, en fajas del celeste más admirable. A algunas les parecía que, de cuando en cuando, nos mirara María, la amada imagen perfectísima de Jesús.

Así como una nubecita revestida del sol se torna tan hermosa y luciente que, pronto, la copia no se distingue del original, así nos aparece María con su divina hermosura; en efecto, nos parecía mirar a María en Jesús, bella, fulgidísima, que nos invitaba también a nosotras a transformarnos, mediante su patrocinio. Más, ¿cómo conseguir el patrocinio de María? ¿Saben cómo? Copiándola en ustedes. Escriban en sus almas la vida de María, sus sentimientos, sus costumbres, su pureza inmaculada, sus palabras, sus acciones; supliquen a Jesús que, con el fuego de su hermoso Corazón, copie a María en ustedes y las haga imagen viviente de su Madre Inmaculada.

María, oh hijas, es el libro misterioso de vuestra predestinación a la gloria. Es muy amable, ámenla, es sublime, plena gloria, alábenla; es benigna y misericordiosa, pídanle; es nuestra madre, maestra y fundadora, obedézcanla y cumplan siempre sus deseos. ¡Oh sí! María habla y habla claro con ustedes, escúchenla; confíen a María todos sus afectos, para que jamás se vuelvan hacia las creaturas, antes vuelen como ángeles purísimos del Corazón de Jesús. Ofrézcanse con frecuencia a María; rueguen con ella, trabajen con ella, sufran con ella siempre serenas, coman con ella, recréense, descansen, caminen siempre bajo las amables miradas de María, y que jamás suceda, que la hayan contristado, aun en lo más mínimo.

23 – Ayer el Capitán quiso darnos una sorpresa haciendo que se nos acompañara a visitar todo el barco. Quisiera saber explicarles la estructura de esta hermosa nave, que lleva millares de personas del antiguo al nuevo Continente; quisiera hablarles de las máquinas, con sus engranajes complicados, que tienen la fuerza de quince mil caballos, cuanta justamente es necesaria para mover una mole tan grandiosa. Quisiera hablarles de la hélice, que cuando gira fuera del agua produce gran ruido, nos hace saltar

de la silla o del lecho, no respetando ningún lugar, ni ninguna persona. Quisiera explicarles el instrumento que señala el mediodía, aquel que indica las millas recorridas, el que determina la profundidad del mar; pero, ¿cómo hacerlo, mis buenas hijas, si no entiendo nada? Si quieren noticias claras, pídanselo a Sor Francisca; ella les explicará, o por conocimiento propio, o tras consulta de cierto volúmenes antiguos o nuevos, ciertas bibliotecas, una de las cuales me parece extendida, bien o mal, sobre su cama. Me había encomendado a Sor Javiera, que podría muy bien hacer esa descripción, pero ella también se halla en el mismo caso de decir: el que desea saber lo que es el mar, que venga y vea. Sor Ignacia comenzó el primer día a escribir cuatro líneas, con un valor propio de un león, con la intención de enviarles al final una de esas relaciones, que las hiciera quedar con la boca abierta, pero la cifra no ha sido aumentada, y aún nos hallamos en las cuatro líneas.

Esta mañana, como el tiempo fuera espléndido, el Capitán dijo al P. Marzetti si quería celebrar para darnos el consuelo de la Santa Misa escuchada en medio del océano, pero el Padre no se halla provisto de la valija de misionero, y nosotras no tenemos partículas; sin embargo combinamos otra función. Aprovechando de la exquisita bondad del Capitán, nos reunimos todos en un espacio capaz, rezamos el Rosario, alternando las decenas entre nosotras y el Sacerdote, como hacemos en nuestras Casas, cuando rezamos el Rosario por los bienhechores de nuestras misiones. Luego cantamos las Letanías; y era de ver el hermoso coro, al que hacía eco la inmensidad del espacio, y que parecía despertar una suave multitud de sentimientos santos y desacostumbrados en el espíritu de aquel millar de personas, que nos rodeaban. A continuación, el Padre improvisó un bellísimo discurso, tomando como argumento el Evangelio del domingo, y lo hizo con tanto celo y entusiasmo que llegó a los corazones; en efecto, se vio a muchos derramar lágrimas. Cantamos luego una canción a la Virgen, después otras plegarias, terminando por último con otro cántico al Sagrado Corazón de Jesús.

Un poco el hábito religioso del Padre, que lo hacía aparentar un San Antonio resucitado, un poco la solemnidad que tratamos de dar al acto piadoso, hicieron creer a nuestros buenos hombres de pueblo hallarse en la iglesia, en una función de día festivo, aun cuando ni siquiera se había alzado una cruz. Después de la bendición, dada por la diestra del Padre, diversas personas se dirigieron hacia nosotras preguntándonos por qué no habíamos cantado el *Tantum Ergo*. Mientras tanto se había satisfecho en

cierta manera la obligación católica, y la alegría se hallaba reflejada en todos los rostros, que había bajado a consolar sus almas.

Ahora sentimos que esté por terminar el viaje, cuando esta buena gente, que nos manifiesta tanta amistad, había puesto su confianza en nosotras, como en sus madres, y nosotras podíamos hacerle algún bien. ¡Oh, si todavía pudieren reunirse todos para meditar las verdades eternas! ¡Pudiéremos hablarles de la felicidad dichosa del Paraíso, que los aguarda, si son fieles en unirse con frecuencia a Dios por medio de la plegaria, quien al iluminarlos, los salvará con los oportunos medios de los Sacramentos! ¡Pudiéremos hacerles comprender, que el Paraíso es la Casa alegre, en donde habita el Señor, quien nos embriaga, consuela y alegra con sus divinas hermosuras y con su amor! ¡Pudiéremos decirles que el Paraíso de la eterna paz imperturbable, del gozo y de todos los consuelos; que el Paraíso es el premio, que Dios nos ha prometido solemnemente, y que concederá a todos los buenos cristianos, fieles a las leyes de Jesucristo. ¡Oh el Paraíso! ¡El Paraíso! Nadie puede concebir, ni expresar la plenitud inconmensurable de las delicias que el Señor ha preparado para aquéllos que lo aman y lo sirven con culto interno y externo, como tenemos obligación. Buena razón tenía el Profeta, que exclamaba: "Alegraos, saltad de gozo, vosotros los que amáis al Señor; bebed a grandes tragos en este río de paz, embriagaos de alegría, de gloria y de felicidad, porque el Señor ha dicho: Yo haré descender sobre Jerusalén celestiales torrentes de gloria, que os inundarán de purísimos consuelos y delicias". En ese día eterno de beatitud, nosotras estaremos como extáticas de amor, de reconocimiento, de júbilo inmenso, contemplando el rostro de Dios, tal como Él es; seremos arrebatadas por su belleza infinita, iluminadas por su luz, embriagadas por su paz, sumergidas en el torrente de sus consuelos divinos, ya que ver a Dios, contemplar su belleza divina, será lo mismo que amarlo con el amor más puro, más perfecto, y este amor aumentará sin medida en nosotras, el contento, la danza, la alegría, la fiesta de nuestras almas. Hablen, hijas, hablen con frecuencia del Paraíso y procuren entusiasmar a todos cuantos se acerquen a ustedes, con las virtudes necesarias para llegar a aquella bienaventurada patria; que si, primero con el ejemplo, con la conducta de religiosas irreprensibles, luego con vuestro celo, sabrán abrir la puerta del Paraíso a las almas, estén seguras de que también la encontrarán abierta para ustedes.

24 – Quería ir al Paraíso, y entre una y otra cosa hemos llegado a la bahía de Nueva York; ya el médico y los de la aduana han subido a bordo; ya hemos sido llamadas a dar el nombre a un representante de la ciudad de Nueva York, mientras poco a poco, ya no con la fuerza de las propias máquinas, sino remolcado por tres vaporcitos, el *Fulda* se acerca a Hoboken, donde bajamos, recibidas por nuestras amadísimas Hermanas americanas con gran alegría. Un buen aduanero vino pronto a ver nuestros equipajes, y, sin siquiera hacerlos abrir, nos los señaló todos, bien contento de darnos el placer de ir prestamente con nuestra comunidad, y rogándonos rezar una oración por él.

Aquí he hallado todo bien y mucho que me consuela; pero no les expongo los detalles, porque las muchas visitas de los buenos amigos nuestros me lo impiden. Si no puedo hacerlo antes, les escribiré cuando de nuevo atraviese el Atlántico; mientras tanto les recomiendo no dejen de rogar según mis intenciones, para que el buen Jesús bendiga todos nuestros proyectos en un aumento del bien de las almas para Su mayor gloria. Yo trabajaré con prontitud, y ustedes harán de Moisés con la oración, añadiendo cada una algún buen sacrificio, en especial el de vencerse cada una a sí misma, y así poder ofrecer holocausto perfecto al Adorable Corazón de Jesús, quien tanto nos ama, quien tanto ha hecho para merecernos tan hermosa y preciosa vocación.

Jesús las bendiga y las encierre en su hermoso Corazón.

Nueva York, septiembre 25 de 1894.

Aff.ma Madre en el SS. C. de J.

M. Francisca Javier CABRINI

VII

DE NUEVA ORLEANS A PANAMÁ

M. G. SS. C. J.

La paz esté con Ustedes, a fin de que siempre puedan estar en el Hermoso Corazón de Jesús.

Mis hijas muy amadas:

No falto a mi promesa de dedicarles todo el tiempo de mis viajes, describiéndoles las pequeñas aventuras que los acompañan y mis impresiones; y aunque todavía el barco no se haya lanzado al mar, sino que boga aún por el Misisipí, ya extiendo las alas y por la plácida aura de la suavísima brisa, que me rodea, vuelo hacia ustedes, gustando en esta manera, por lo menos en espíritu, el muy alegre consuelo de hacerles una visita.

Ustedes son la porción elegida de Cristo, destinadas a consolar su Divino Corazón y a obtenerle toda aquella gloria que puedan ustedes, sea con obras, sea con oraciones, según la obediencia; y mientras ustedes sean fieles a vuestra sublime vocación, vienen al mismo tiempo a ser la porción elegida de mi corazón. Viajo, transpiro, me fatigo, cargo mis males, a través de mil dificultades, pero todo esto es nada, tal es el alivio, que me dan mostrándose verdaderas hijas del Instituto, mediante su fidelidad grande en la observancia y en la bella generosidad, que las distingue.

Esta mañana, a las cuatro y media, el despertador ya nos llamaba a abandonar la cama para terminar los últimos pequeños preparativos para la partida. A las cinco y media nuestro Capellán subía al altar para celebrar el Santo Sacrificio de la Misa y para darnos la más querida prenda, que podíamos llevar con nosotras: Aquél que, a un mismo tiempo, es el Creador y Gobernador de toda la inmensidad, que nosotras atravesamos. Escoltadas por nuestro amado Bien, serenas y alegres, la Madre Gabriela y yo nos dirigimos, junto con nuestras queridas hermanas y el distinguido señor Abogado Marinoni, que, a toda costa, quiso llevarnos en el coche hasta a bordo. Partimos, a pesar del arreciar de un temporal y de un aguacero que parecía querer inundar la tierra. Las calles de la ciudad parecían cursos de agua, y los caballos con dificultad avanzaban: era necesaria la generosidad y la valentía de nuestro buen Abogado para vencer aquella dificultad, pensando que el barco no aguarda a nadie, cuando llega la hora de la partida; y ya se había señalado que a las ocho se habría alejado de la ribera para entrar en las ondas del Mississippi, las cuales no son muy diversas de las del Océano, por la anchura de su lecho. Mas, en manera desacostumbrada, el Jefe de la Compañía de la línea en que viajamos, el ilustre señor Fallón, imaginándose que quizás nos fuera imposible atravesar la ciudad con terrible tormenta, y no queriendo que faltáramos a bordo, retardó en una hora y media su ida al vapor, sabiendo perfectamente que, sin su visita y su señal, no podía zarpar el vapor. Pero nosotras, que no pretendíamos tanta bondad en favor nuestro, ya estábamos a bordo a las siete y media. ¡Oh, qué hombre excelente es el señor Fallón! ¡Qué alma generosa y buena!... Nosotras jamás deberemos olvidarlo en nuestras plegarias, oh hijas, pidiendo al Sacratísimo Corazón de Jesús que lo bendiga a él y a su familia por su generosidad. Apenas tuvo conocimiento de mi llegada a Nueva Orleans y mi intención de atravesar el golfo de México para visitar nuestra casa de Panamá, me hizo avisar que sería feliz de poderme ofrecer sus vapores que van a Puerto Limón, distante tan sólo 16 horas de Colón. Como pueden suponer, de inmediato acepté el generoso ofrecimiento, con lo cual hemos podido ahorrar cien dólares. Aún no contento con esto, el señor Fallon, nos hizo dar las mejores cabinas del vapor, y nos recomendó calurosamente al Capitán y al Comisario, a fin de que usaran con nosotras todos los miramientos y todas las atenciones posibles; como en efecto, hemos tenido ya pruebas de ello, pareciendo nosotras las reinas del buque. En la mesa los primeros puestos y los mejores bocados, en cubierta el lugar más cómodo y el servicio pronto y sonriente para cualquier manifestación nuestra.

25 de mayo – El hombre propone y Dios dispone. Esta vez también yo he hecho la cuenta sin el hotelero, y junto conmigo también la hicieron algunas Hermanas, quienes me prepararon una serie de lápices con buena punta, papel bien lineado, etc., para que yo escribiese un buen volumen, si hubiere sido posible. ¡Esperanzas vanas! A mí que jamás he sufrido en el mar, de manera tal que había llegado a ser mi estado predilecto navegar en el mar, hoy se me aparece la historia en manera bien diversa; desde ayer noche comencé a sentir frío en el estómago, que me hacía presentir algo poco bueno; pero no quería creer, y en efecto, en la mesa traté de hacer honor a las atenciones exquisitas del Comandante, quien gozaba viendo cómo agradecíamos, cuanto nos ofrecía. Procuré ser fuerte, pero un secreto deseo hacía que ansiara terminar pronto esa comida, pues no habría querido tan pronto hacer una mala figura, cuando apenas una hora antes había asegurado que no sufría en manera alguna el mareo. Por suerte pude llegar hasta el final de la mesa, pero inmediatamente se manifestó un vuelco tal del estómago y una postración tan grande de fuerzas, que hube de trocarme en fiel compañera de la M. Gabriela y gozar de las mismas ventajas, esto es, descansando seguidamente y no moviéndome sino para dar el tributo exigido a toda costa por los peces del mar. Mas ahora, que les escribo, estamos ya de tarde y habiendo descansado un poco en el puente del Capitán, donde ni se nota el movimiento, siento bien mejorada la situación del estómago y espero poder escribir de nuevo en el día de mañana; sin embargo no se los prometo, temiendo faltar a la palabra; mas, juntas cumpliremos con la amada, santa y adorable voluntad de Dios, abandonadas por completo a sus amorosos cuidados, sin temor de nada, mientras sabemos que nos hallamos en sus sagrados brazos, siempre que, desconfiando de nosotras, nos prometemos todo de parte de Él. ¡Cuán bueno es siempre el Corazón Sacratísimo de Jesús con nosotras! ¿Y qué desea Él en retribución de tanto amor? Nada más que un completo abandono en Él y un continuado estudio en conformar nuestra vida a la suya crucificada, tomando a Él por modelo en todos los sucesos y en todas las acciones, uniendo todos nuestros pasos a los suyos, a fin de no marchar sino por la senda de su santo amor, como justo conviene a nosotras que nos hemos consagrado únicamente a su servicio divino. ¡Dichosas nosotras si del todo somos del Amado de nuestra alma, para siempre dejando en posesión de Él todo nuestro corazón, nuestro amor, nuestros afectos, inclinaciones y ternuras! Sepan, oh hijas, que el Sacratísimo Corazón de Jesús nos quiere o enteras o nada; no desea partes, no ama divisiones; mas, ¡ay de nosotras si aún tenemos afectos ansiosos para las creaturas o

para nosotras! Todo debe ser del Sacratísimo Corazón de Jesús, todo sin excepción.

26 – Un sueño dulce y profundo en el Corazón Santísimo de Jesús, durante toda la noche, favoreció admirablemente mi salud, y hoy me parece ser dueña aun de la inmensidad del elemento, que está debajo de nosotras y nos circunda. El sol aparece en todo su esplendor y sus dardos son moderados por un aire purísimo, que, casi una brisa, nos rodea y hace muy suave estar bajo las tiendas, cuya preparación ordenó el muy buen Capitán, en el mejor puesto del puente. El cielo está sereno, sólo velado por algunas blancas nubecitas, que de cuando en cuando se convierten en alargados y luminosos rayos, como para recordarnos que nos hallamos en la amada novena del Espíritu Santo y que el Corazón Sacratísimo de Jesús, como otrora a los Apóstoles, también a nosotras ha llamado lejos del tumulto del mundo, más aún, nos ha conducido fuera, en medio de la inmensidad del Océano a donde no llega el bullicio de la gente y, casi con mayor libertad, podemos suplicar la venida del Espíritu Santo. Nuestro muy amado Jesús nos ha prometido su Santo Espíritu; sabemos por otra parte que las promesas divinas se cumplen, mediante la oración y el ejercicio sublime de la caridad y de la unión.

Esta excelente virtud, aun cuando signifique la unión y la caridad que necesariamente debemos mantener entre nosotras, unidas por el mismo lazo de religión que nos estrecha en una verdadera familia, sin embargo significa otra unión que cada una debe tener consigo misma, como dijo nuestro Señor, que será escuchada la oración cuando sea hecha por dos; esto es, el hombre exterior y el hombre interior, el cuerpo y el alma, uniéndose con verdadera mortificación y sujeción del cuerpo al alma, las cuales ambas luego han de armonizar con un tercero, que se llama espíritu, de manera que para orar se junten y se unan a la vez el cuerpo con los sentimientos, el alma con la imaginación y con los apetitos y el espíritu con las potencias superiores , memoria, entendimiento y voluntad; y entonces se hallará Cristo en medio de éstos, reunidos en su nombre, ayudándolos a orar con eficacia. Mas el que se halla desunido, esto es, el cuerpo en oración, el alma en desorden y el espíritu vagabundo con miles de pensamientos ansiosos, vanos e inútiles, jamás podrá decir que verdaderamente ha orado; el espíritu de Dios más bien se alejará, que acercarse a tal alma, y, la pobrecita, privada del auxilio divino, languidecerá poco a poco, llegando hasta a perder la voluntad de ponerse de nuevo en oración.

¿Nos es necesaria la Novena del Espíritu Santo? Si la hizo María Santísima; si la hicieron los Apóstoles y los otros discípulos por orden del mismo Jesucristo, imaginémonos la necesidad que tenemos nosotras de hacerla; si siempre ansiamos que en nosotros reviva aquel espíritu ferviente y generoso que animaba a los primeros cristianos; aquel espíritu que debe hacernos seguidoras de Cristo, verdaderas Misioneras de su Divino Corazón! ¡Oh! Si la devoción al Espíritu Santo volviera a encenderse en el mundo, nosotras veríamos renovarse la faz de la tierra y triunfar por todas partes la fe y la caridad. "Emitte spiritum tuum et creabuntur; el renovabis faciem terrae". Hijas, si ansían enmendarse de sus defectos, y les parece que no pueden; si se sienten languidecer en la tibieza; y les parece que no pueden hacer algo de bueno; pero sin embargo anhelan entregarse a una vida fervorosa, prueben con ser devotas del Espíritu Santo, de invocarlo con frecuencia y de corazón, exciten en ustedes grandes deseos de recibirlo, y digan de continuo: "Cor mundum crea in me, Deus et spiritum rectum innova in visceribus meis. Redde mihi laetitiam salutaris tui, et spiritu principali confirma me". Si lo invocamos con corazón humilde y lleno de confianza, pleno de grandes ansias, Él bajará con su muy bienaventurada luz, con su más inflamado fuego, vendrá y penetrará en lo íntimo de nuestro corazón, purificándolo, templándolo, iluminándolo, inflamándolo, y quemándolo con las llamas de su santo y Divinísimo Amor. Sí; desde los comienzos, cuando nosotras empecemos a desearlo, El comenzará a favorecernos, ya que los deseos santos y piadosos son como los precursores y acogedores de Dios en el alma, y apenas nosotras, por la gracia de Dios, concebimos el santo deseo de Él, el Espíritu Santo, como dice San pablo, clamará en nosotras y por nosotras con gemidos inenarrables. Roguémosle, pues, de prevenirnos con fervorosos deseos, que nos vayan disponiendo bien para recibirlo.

Ustedes, oh hijas, saben por experiencia qué valor tienen nuestros deseos en el Corazón de Jesús, porque son muchas, grandes y especiales las gracias que les ha concedido el Dios Omnipotente, desde el primer momento, que, con ansia celestial, han deseado consagrarse por completo a su servicio divino. Ustedes mismas rodeadas y, si es licito, diré, oprimidas bajo el peso dulcísimo de tantas y tan innumerables gracias por Él concedidas a ustedes, iban exclamando: ¿De dónde a mí tanta gracias y este anticipado Paraíso?

Él era nuestro amante Señor que, herido en lo íntimo de su Divino Corazón por vuestro deseo ardiente de ser suyas sin reserva alguna, y de

hacerlo conocer y amar por todos a costa de la sangre y de la vida, iba exponiendo ante vuestros ojos, en hermoso orden, como ejército victorioso, la inmensa falange de los beneficios particulares y de las gracias especiales, que Él les concedía con todo amor, y de esta manera ustedes han sido presas cada vez más por los lazos fortísimos de su ardiente amor hacia ustedes. Y ese Señor que las tomaba a todas para sí, prestando oídos a vuestro deseo sublime, ¿qué cuidado amoroso no tuvo de continuo para ustedes? ¡Cuántas luces a la mente, cuántos conocimientos de vuestro amante Jesús, cuántos afectos santos en el corazón! Las circundó por completo con su santo temor, les quitó y arrancó del corazón el amor por las cosas terrenales y les injertó su santo y divino amor, las libró muchas veces de las redes del dragón infernal, las fortaleció cuando vacilaban, las alzó y las curó restituyéndoles la anterior paz. ¡Cuán confortante es, oh hijas, la memoria de los beneficios del Señor! Muchas veces el Santo Profeta David en sus salmos va recordando los beneficios de Dios y excitando profunda gratitud en su corazón, en aquel corazón hecho según el hermoso Corazón de Dios. Oh, sí, cada gracia especial que han recibido es un acto particular de amor de Jesús hacia ustedes, ni la multiplicidad y frecuencia de las gracias divinas disminuyen su valor, antes lo acrecientan y lo hacen más apreciable.

¡Dichosas ustedes, oh hijas, si reconociendo el don de Dios, se hacen más idóneas y más dignas de recibir mayores dones! Sepan que el agradecimiento a los beneficios de Dios es la riqueza de las almas; por el contrario la ingratitud y el desconocimiento secan la fuente de las gracias divinas hacia nosotras. Tributen, pues, con frecuencia, oh hijas, su homenaje de reconocimiento a vuestro muy amado Jesús. Consideren, muchas veces, las gracias generales y las gracias particulares dando miradas retrospectivas hacia vuestra vida. Si saben meditarlas bien, verán el torrente impetuoso de esas aguas saludables de las gracias divinas, que las han inundado y alegrado en diversas épocas de sus vidas y en distintas circunstancias en las cuales han estado. ¡Oh, con qué amorosa solicitud el amado Jesús ha vigilado siempre en nuestros días! ¡Cómo las ha guiado admirablemente por los caminos de la salud eterna! Sí, confiésenlo; Dios ha obrado muchos prodigios en ustedes, porque las ha amado mucho; pero sepan que cuanto hasta ahora han recibido, no es más que una débil prenda de su constante amor; si ustedes le son fieles en vuestro amoroso servicio, Él obrará nuevos prodigios en ustedes. Sean fieles, sean fieles, oh hijas, en el camino emprendido y comprenderán los milagros del amor

divino; aprenderán el lenguaje de los santos, quienes al contemplar el cielo, la tierra, el mar, el amplio y estrellado firmamento, escuchaban que todo repetía aquel santo y hermoso estribillo: Ama a Dios y sírvelo con toda fidelidad. ¡Oh! ¡Cuán grande es Dios en sus obras admirables! ¡Oh, hijas queridas, cuánto debemos amarlo!

Pero mientras tanto yo razonaba con ustedes, el buque, con veloz movimiento sobre las ondas, llevado casi en vuelo por viento favorable, ha andado mucho, y hemos llegado frente a la isla grande de Cuba, pero sin poderla tocar por ser la línea Philips Company, en la cual viajamos, el camino más directo entre Nueva Orleans y Puerto Limón. Y esta vez ha sido suerte para nosotras, porque como el país se halla en guerra con los insurrectos rebelados, podría suceder que, creyéndonos sospechosas, nos regalaran algún cañonazo, como ya han hecho con una torpedera americana, que llegaba sospechosa para ellos. Estamos en verdad en pleno mar, tan sólo rodeadas por la inmensidad de las aguas, con el cerco de un amplísimo horizonte. Las olas están quietas y plácidas y, cual un alma obediente, reflejan el rostro del Sumo Hacedor, que les ha intimado dejarlas tranquilas durante nuestra navegación. Les dije el primer día que las aguas del Mississippi no eran tan semejantes a las aguas del mar, y ahora debo decirles, que las del mar parecen hoy las del Mississippi; tan calmas y tranquilas se hallan. La nave es larga y estrecha, de aquí que marcha bien y derecho; fuera de un poco de balanceo cuando sopla fuerte el viento, nada nos hace notar el movimiento. Ayer, cuando hubo un poco de mar movido, las olas espumosas me rociaron en parte la cara; pero yo no me preocupé por ello, pues sé que los baños de mar son buenos, y muchos realizaron grandes gastos para ir a gozarlos; mas en esta noche sentí como que se estirara la piel del rostro; al principio no podía imaginarme lo que fuera, pero esta mañana me levanté con la cara hinchada y teñida de un rojo escarlata, que me daba la expresión de un beodo. ¡Qué caso curioso! ¡No me lo hubiera sospechado! Si no me hallara tan bien, debería creer que padezco una seria erisipela y retirarme a la cabina para huir del aire; pero no es tanto; nunca he sufrido esta enfermedad de erisipela y quiero esperar que esto no sea más que una jugarreta del mar, tanto para molestar; por esto no dejo de quedarme en cubierta, gozando del aire purísimo, inmenso don del amado Dios, que me consuela material y espiritualmente.

27 – El día amaneció espléndido como nunca; el mar se halla en tranquilidad grande; el vapor marcha veloz, pero sin movimiento alguno, que

cause fastidio, casi por respeto a nuestra debilidad. A pesar de esto la Hermana Gabriela no deja su lecho, porque tan sólo tirada sobre el mismo no sufre de mareo. Apenas tiene el estómago tranquilo viene a acompañarme; y siempre está sonriente y tranquila. Además el camarero del Capitán hace que nada nos falte, más bien piensa, a cada momento, una nueva manera para aliviar los sufrimientos del mareo. ¿Y quieren saber algo de mí? ¡Oh, sí me vieran! Tengo un semblante como para causar miedo, me levanté con la cara hinchada que los ojos parecen haberse empequeñecido, y hallarse hundidos como en unas fosas; el color es como en el día de ayer, rojo escarlata. A bordo, no hay un médico, ni un enfermero, nadie que entienda de enfermedades. Ni siquiera tenemos un veterinario como lo halló San Francisco Javier; ¡paciencia! Yo no sé qué pueda ser, pero mientras tanto no tengo fiebre, por lo cual me aferro a la mejor parte, permaneciendo en cubierta para contemplar los hermosos peces blancos voladores que juegan en las aguas y alegrándome en escribirles, antes de que la hinchazón quizá me haga cerrar los ojos del todo. Y ¿cómo quieren que tenga miedo, mientras viajo bajo el influjo del Espíritu Santo, hallándome en su novena, en compañía de los Apóstoles, bajo la inmediata dirección de la Santísima Virgen, nuestra muy tierna Madre?

Y además, ¿no tengo la bendición del Padre Santo que me acompaña, me fortalece y me conforta? Como si no bastara aquélla que el Santo Anciano me dio antes de partir, con tanta bondad paterna; de nuevo me la envió por intermedio del ilustre y Excelentísimo Monseñor Radini Tedeschi, animándome más y más para el viaje y la misión, a la cual he de dedicarme; misión que el Sagrado Corazón de Jesús desarrolla y agranda cada día para su gloria. Yo recorro la tierra y navego por el mar, como ven ustedes, con la rapidez permitida por el progreso de la ciencia, que cada día presenta naves más veloces; pero créanlo, son vuelos de cuerpos pesados, vuelos muy limitados y entorpecidos, con relación a la rapidez con que el Sagrado Corazón de Jesús trabaja en su viña encomendada a nosotras. ¡Oh! ¡Cuán fecunda es la bendición del Papa! Yo quisiera que todos lo comprendieran y pusieran en Él su confianza. ¿Y quién es el Papa? Es el representante de Dios, es la Majestad de Dios, visible en medio de los hombres. El Papa es el órgano del Espíritu Santo, el fiel depositario de los tesoros de Dios, de los secretos de Dios. El Papa tiene las llaves de la ciencia para enseñar al pueblo cristiano, y tiene también las llaves de la suprema potestad para atar y desatar. La voz del Papa es la voz del Señor, su palabra es la palabra del Señor. El Papa es el arca viviente de la nueva

alianza, en quien se hallan la ley divina, el maná de la celestial doctrina y el vaso de oro precioso, en el cual se contiene la pureza de la fe católica.

El Papa es la luz del mundo, el guía de los pueblos, es el arca de salvación para todos. Él, en nombre de Jesucristo, tiene el poder de resucitar y salvar a la sociedad enferma y delirante, siempre que ella quiera ser curada y sanarse por medio de Él. La obra ha comenzado en el país de Los Ángeles, Inglaterra, y ya corre hacia las Américas, donde la mayor parte de los protestantes reverencia, respeta y venera al Papa. ¡Cuántas veces, entre los católicos, no se anima uno a nombrar al Padre Santo, por temor de escuchar alguna ofensa dirigida a su augusta Persona! No sucede hoy así entre los protestantes, y yo he tenido la prueba, cuando la mejor noticia que pude transmitir a los doce médicos de nuestro Hospital Italiano en Nueva York, fue la de tener la bendición y el aliento del Padre Santo. Así también, el mejor obsequio que, en este año, he podido hacer a personas protestantes, ha sido regalarles algunos objetos sagrados bendecidos por el Padre Santo. Parece en verdad, que una nueva era, una era de paz esté por asomar, en la cual muchos pueblos doblarán la frente ante la Cruz y el Evangelio de Jesucristo para dedicarse libremente a la observancia de los preceptos divinos.

Crean, hijas, muchos protestantes son buenos, tienen casi todas nuestras prácticas religiosas y las observan con fidelidad, tan sólo les falta obedecer al Papa, unirse en esta arca de salvación; pero, parece que justamente haya llegado la hora; rueguen, rueguen mucho, a fin de que todos estos buenos hermanos puedan entender bien y comprender profundamente la unión y las celestiales relaciones entre Jesucristo y el Papa, para que todos se unan a Él y formen con nosotros un mismo redil, bajo el mismo Pastor, el único Pastor universal, a quien están ligadas nuestras suertes, por expresa voluntad de Jesucristo. Rueguen, empero, y rueguen de corazón; como verdaderas Misioneras ofrézcanse cual víctimas al Sagrado Corazón de Jesús. Para obtener una gracia tan grande; pues, mientras la mies está por crecer, el enemigo no deja de sembrar la cizaña.

Si los pueblos parecen estar bien dispuestos a unirse a la verdadera grey de Cristo, no lo están asimismo muchos pastores, que no son pastores, sino verdaderamente mercenarios; quiero referirme a los Obispos y ministros Episcopalianos, Metodistas, Presbiterianos, Anglicanos, Evangelistas, Luteranos, Calvinistas, Bautistas, Zuinglianos, etc., etc., pues no terminaría más si hubiere de enumerar a todos. Éstos no se sienten tan

inclinados a hacerse católicos y unirse así a la única verdadera Iglesia, en la cual solamente se halla la salvación, porque ninguno de ellos está legítimamente consagrado y por esto debieran unirse a la Iglesia Católica como simples fieles, perdiendo sus cargos lucrativos. Imagínense por lo tanto, cuánto trabajan en las almas para mantenerlas lejos de la unión católica, para no perder a sus secuaces y con ellos la mayor ganancia. Es necesario, pues, rogar mucho para que el Espíritu Santo ilumine a cada alma en particular y para que todos, ante la luz fulgente de este sol divino, al conocer y confesar la única y verdadera fe, la suprema verdad en unión con el Papa, queden curados en sus ideas y aspiraciones y sanos en sus tendencias y deseos.

Rueguen, rueguen sin cansarse jamás, porque la salvación de estas gentes no se halla en la fuerza material, no en la ciencia vana que nubla y ciega las almas, no en las armas, no en las humanas industrias, no en los congresos estériles y diplomáticos, no, en fin, en todo lo que sabe de mundano y terreno, sino que la gracia de su salvación ha de venir tan sólo del adorable Corazón de Jesucristo, de este amantísimo Corazón del Pastor Supremo, que ha reunido juntos a los Apóstoles y ha prometido la gracia y la bendición de todos los sucesores, que permanecieren fieles en unión con la piedra angular, el Papa.

Rueguen, hijas, rueguen mucho por nuestras Hermanas, que se hallan en las diversas misiones de los Estados Unidos, a fin de que el Buen Jesús las asista, las ilumine y dé fruto a sus trabajos en la conversión de muchas almas. Sí, rueguen con mucha fe en las horas de adoración, porque si nuestros trabajos, nuestras palabras no son secundadas por Jesús, nunca podremos hacer algo bien.

La conversión de los pecadores, la santificación de las almas no dependen de la fría y estéril elocuencia humana y de la frondosidad florescencia del estilo elegante y del rebuscado estudio; sino más bien de la gracia fecundadora de Jesucristo. Sí, Jesús solo es la vida de nuestros santos discursos e insinuaciones; Él ilumina las mentes, mueve los afectos, siembra virtudes, enfervoriza para hacer obras santas y perfectas, Jesús es quien, oculto en la voz del que enseña con celo y fe, obra prodigios en las almas, renueva milagros, hace maravillas. ¡Oh, con qué sabiduría penetra el buen Jesús en el santuario de los corazones humanos! Respeta, es cierto, la libertad de todos, pero, ilumina con la verdad y con su luz divina, mueve e invita suavemente al celestial premio; sí, es Jesús, hijas, nuestro

amado Jesús, quien con su muerte venció el infierno y el pecado, y recibió de su Padre celestial por herencia a todas las gentes. ¡Cuán consolador es pensar que nosotras y todos los pueblos, que queramos convertir, somos el reino de Jesús, porción de Jesús recibida por testamento, herencia preciosísima de Jesús! Y ¡cómo festeja Jesús la conversión de un alma pecadora; cuánta alegría siente en su Corazón Divino, cuando rescata a su oveja perdida; cuando puede estrechar un alma entre sus amorosos brazos! Y nosotras, ¿no multiplicaremos estas alegrías del buen Corazón de Jesús, procurando, sea con plegarias, sea con obras, nuevas conquistas de las almas y de corazones, que lo amen muchísimo? ¡Oh!, imitemos la caridad del adorable Corazón de Jesús en la salvación de las almas; hagámonos todo a todos, a fin de ganarlos a todos para Jesús. Si así obramos, oh hijas, ¡oh, qué cosecha rica de méritos y de virtudes! Porque, aquello que hagamos en las almas, Jesús lo recibe como hecho para ÉL. Él anota en el libro de la vida todos los sufrimientos, todas las penas, todas las cruces, que nosotras padecemos por la salvación y la santificación de las almas. Él enumera los días, las horas, los momentos, que empleamos en este santo trabajo, y la soberana bondad del Corazón de Jesús todo nos lo pagará con usura. Hasta una sola palabra de caridad que se diga, nos será ampliamente remunerada; porque todo cuanto se hace por Jesús y con Jesús, es siempre grande.

28 – Ayer a mediodía, mis ojos se hallaban casi cerrados del todo, por la hinchazón y entonces dejé de escribir. Hoy la hinchazón ha disminuido mucho y comienzan a aparecer en la frente unas escamas blancas, que me dan la apariencia de leprosa. ¡Qué caso curioso, qué maravilla! Nadie sabe decirme qué cosa puede ser; pero, es tan consolador el abandono en el adorable Corazón amantísimo de Jesús, mientras nos hallamos lejos de nuestras queridas Hermanas, entre el cielo y la tierra, donde no puede llegar el consuelo de la creatura, pero se encuentra en abundancia el de Jesús para sus Esposas! Mañana llegaremos a Puerto Limón, en horas de la mañana, y por intermedio de las buenas personas de allí, a las cuales nos ha recomendado nuestro excelente protector el Señor L. G. Fallon, se hallará pronto el remedio de este mal. Si luego podemos llegar hasta Panamá, hasta nuestra Casa, entonces terminarán todas las preocupaciones de la Madre Gabriela, quien se entristece tanto, porque no sabe cómo poner el debido medicamento para darme el alivio, que ella tanto ansía.

Ayer, a las tres de la tarde, pasamos la Iwan-Island, que quiere decir la Isla de las grandes alas, y algunos la llaman también del pájaro grande.

Pertenece a los Estados Unidos, y la habitan tan sólo cincuenta hombres, quienes permanecen allí gran parte del año dedicados a la pesca. Esta noche hemos pasado por sobre escollos muy peligrosos; la nave parecía querer hundirse, muchas veces parecía que chocaba en algún pico, la noche era muy oscura, y el temor la hacía aún más tenebrosa.

Más aún con todo esto, estuvimos bien tranquilas en la cabina, descansando de la manera como era posible por el gran movimiento, pero no podíamos abrigar temor alguno, porque nuestro buen Capitán, por la tarde nos había avisado cuanto habría de acaecer; que el vapor se detendría varías veces para medir la profundidad y asegurarse del camino a seguir, y que no nos asustáramos de nada, porque velaría él durante toda la noche y tendría en pie a todo el personal del barco. Nosotras, además teníamos todas las razones necesarias para estar seguras, ya que el Capitán es una de esas personas, a las cuales uno puede confiarse plenamente. Es hombre muy respetable y estimado; es sueco y se llama Welin. Ha viajado por todo el mundo y casi siempre comandando buques. El personal es casi todo sueco; por lo cual tengo el sentimiento de no poderles decir una palabra siquiera de religión, mientras ellos, pobrecitos, se hallan siempre, como abandonados en medio de las aguas, sin que haya quien les enseñe a aprovechar los pocos días de permanencia en una ciudad para cumplir sus deberes de religión. Pero a todos les he dado una medallita, que han recibido como un tesoro grande, aun aquéllos que son protestantes. Les dije que están bendecidas por el Padre Santo, y entonces la agradecieron mucho más, guardándola con mucho cuidado para tenerla como auxilio en tiempos de tormenta. Estos suecos tienen muchas buenas cualidades, son sobrios, simples, cordiales, inteligentes, tienen gran respeto y veneración hacia nosotras, religiosas, y cuando de noche nos oyen cantar el *Veni Creator,* por la novena del Espíritu Santo, el *Ave María Stella* y otros cánticos a la Virgen, atienden todos con especial reverencia, y parece que un suave rayo del Paraíso pasara por sus almas. Pobrecitos… ¡qué lástima no poderlos cultivar!

Esta mañana hacia las nueve, pasamos cerca del cabo *Gracias a Dios,* casi tocándolo, y poco después nos pareció entrar en un nuevo mar de color verde claro; era la corriente del Río Grande que, saliendo de su cauce, se lanza en el mar con ímpetu tal, que prosigue algunas millas en el mar sin mezclarse con las aguas saladas Costeando siempre, como lo hacemos ahora, pasaremos esta noche por Bluefields; mañana por la tarde por San Juan del Norte; y cerca de las 11, Dios mediante, llegaremos a

Puerto Limón. Jamás habría creído realizar semejante viaje, al pensar que este buque habría tomado desde Nueva Orleans la línea recta hacia su destino, pero me decía el Capitán, en el almuerzo, que no podían tomar la línea recta porque se encontrarían con muchos bancos de coral, que son muy peligrosos. De mi parte yo no tengo sentimiento de que siga rodeando toda la costa, más aún desearía que se detuviera algunos días en todos estos pueblos de la Mosquitia, porque yo quiero mucho a estos Indios, pues los he visitado, hace tres años, a mi vuelta de Nicaragua. En aquella ocasión hice un viaje bien diverso de éste, pues, al pasar por el Río San Juan, antes de entrar y aun antes de llegar al lago de Nicaragua, hube de cambiar nueve buques en doce días, y nunca se viajaba de noche, por temor de encallar. En el Río, una vez, como no podían adelantar ya las naves, hubimos de viajar durante cuatro horas en un lanchón; y, para final de todo esto, comenzó una lluvia incesante, de la cual nadie podía guarecerse, pues no había lugar donde ponerse a cubierto. En otras pequeñas naves del Río San Juan, tenía sus guaridas una cantidad de ratones y de otros animalitos, que daba cierto gusto verlos, pero como yo no tengo demasiada confianza en semejantes aventureros, tuve que quedarme en pie, durante algunas noches, apenas apoyada en algún sillón. Mientras tanto nuestra Hermana Mercedes Cepeda y yo estábamos muy contentas y tomábamos ocasión de estas pequeñas aventuras para tener cada vez mayor alegría. Luego fuimos muy bien recompensadas cuando hubimos de detenernos en Bluefields varios días para aguardar el vapor de la Morgan Line, que nos debería llevar a los Estados Unidos. Aquí no había una Iglesia católica, ni un sacerdote, que por lo menos viniera alguna vez en el año para instruir a estos pobres Indios de la ribera de Mosquitia; pueblo, a quien el gobierno considera poco más que a las bestias, y la Iglesia no ha podido aún llegar allí. Entonces, aprovechando de esa parada, nos fuimos a dar vueltas por el pueblo y los caseríos, sonriendo aquí, diciendo una palabra allí, hasta que aquella pobre gente, vencida la vergüenza y dejado a un lado el respeto venerable que tenían al hábito negro, como ellos llaman a las hermanas y a los sacerdotes, se iban acercando a nosotras; y le hablamos de nuestra Santa Religión, y ellos se alegraron mucho y me pidieron de llevarles Hermanas y un Sacerdote para salvarlos.

¡Pobrecitos! En verdad me han conmovido y habría querido ir pronto para establecer allí una casa, pero ¿cómo hacerlo sin medios? ¡Oh! ¡Si yo pudiera hacer abrir las bolsas de ciertos ricos, en cuyas familias el Señor ha derramado profusamente los grandes tesoros de la tierra! ¡Si me fuera

concedido hacerles entender la merced, que ellos tienen preparada con usura, si, movidos de su piadoso y bien nacido corazón, nos ayudaran con abundancia de medios para socorrer a los pobrecitos, que desgraciadamente todavía yacen en las tinieblas; de esta manera colocarían su generoso óbolo en el banco celestial, que les daría por interés el céntuplo, si no en ésta, con seguridad en la otra vida para hacerlos felices en la eterna bienaventuranza, allá en el Cielo, en donde Dios ha preparado con profusión inmensos tesoros incomparables, para los misericordiosos! *Beati misericordes quoniam ipsi misericordiam consequemtur.* La misericordia, hermana de la caridad, cubre la multitud de los pecados.

29 – Ayer, entre una cosa y otra cosa, se llegó a ver otra parte de la costa, que nos mantuvo en continua admiración hasta la noche; y mientras tanto he truncado la narración de mis aventuras, que había comenzado a contarles con entusiasmo; tengan paciencia, si no prosigo ahora; porque, marchando bien el vapor, ya vemos el puerto, que pareciera viniera a encontrarnos y lo precede una estupenda islita, llamada del Paseo, porque es un lugar de deportes, a donde van a solazarse los de Puerto Limón. En el medio domina un faro, que desde lejos parece una estatua gigante de gran pecho con la casaca roja, la cabeza negra y el cabello blanco. Esparcidas aquí y allá, hay algunas casitas muy bien edificadas, y varios pórticos con un techo chino, que en medio del verde más variado de estos países, aparecen como un magnífico espectáculo, y hacen más delicioso ese lugar de paseo y de recreo.

Pero heme aquí ya en el puerto; dos chalupas se acercan; en una se halla el médico del puerto con un tío del Presidente de Costa Rica, en la otra se encuentra el representante del Gobernador con otros Señores. Los primeros vienen a ver y examinar todo y a los que llegan, los otros a pasar el tiempo con algunas novedades.

El médico ya me ha examinado atentamente de la cabeza a los pies; mas como, en lugar de encerrarme en la cabina como parecía exigirlo la prudencia, permanecí expuesta al aire que soplaba, y a los frecuentes golpes del agua salada, mi lepra, de ayer a hoy, terminó por mudar la piel toda de mi rostro; la nueva, fina y tierna aún como una seda, me hacía aparecer con un color que jamás ha sido mío naturalmente, por lo cual pronto, me dijo el doctor: *All right*, todo bien.

Cuando terminaron su misión con el Capitán, éstos vinieron a saludarnos y ofrecernos sus buenos servicios, mientras hubiéremos de aguardar

el otro vapor, que nos deberá llevar a Colón por Panamá. El tío del Presidente, Señor Doctor de Castro, nos dijo que debiendo permanecer a la espera casi siete días, sería mejor que fuéramos a San José, la Capital de Costa Rica, por tres motivos: 1° porque Limón, no es muy sano, 2° porque allí tenía una hermana de buena nobleza y piedad, que gozaría mucho hospedándonos y teniéndonos en su compañía; 3° porque así nos habríamos ahorrado gastos de Hotel. No pude rehusar tanta fineza y prometimos ir después de un día de descanso. Mientras tanto también nos rogó el Capitán que aprovecháramos de la nave, durante todo el tiempo que se detenía en el puerto; pero, una cantidad enorme de bananas estaba preparada para ser cargada, por lo cual, al día siguiente, partía ya para Nueva Orleans. El representante de los asuntos ingleses, señor Huber, debido a la recomendación recibida del señor Fallon, nos acomodó en el mejor sitio del Grand Hotel y fue a conseguirnos pasajes gratis para San José; favor por otra parte importante, ya que el precio hubiera sido de ocho *pesos* por cada una, que corresponden a 80 liras. El hermano de la tía del Presidente señor de Castro, ya nos había dado una carta cordial de presentación para su hermana; y había pedido al buen dueño del Hotel, que es un italiano, que custodiara nuestras valijas y nos despertara a las 4 y media, pues el tren partía a las 6. Todos nos felicitaban por nuestro viaje; cuando – ¿qué sucede, qué no sucede? – llega un representante del Gobernador para anunciarnos que había recibido orden del gobierno de cuidar que nosotras no nos internáramos en la República, pues el Congreso había aprobado una ley que prohíbe la entrada a los Jesuitas y a las Hermanas que llevan el nombre del Sagrado Corazón, como sospechosas de hallarse en connivencia con los Jesuitas. El inesperado anuncio me hizo reír con ganas y pedí poder visitar en seguida al Gobernador, cuya residencia estaba muy cerca del Hotel. Fuimos; nos recibió con exquisita gentileza y manifestó su sentimiento por el aviso que debió comunicarnos, enseñándonos cómo debíamos hacer para que se nos levantara la prohibición. Yo contesté que no daría un paso con este fin, no teniendo necesidad alguna de internarme en la República, pero que una sola cosa me daba pena: ver que una nación que se gloría de tanto progreso, tenía leyes tan retrógradas, pues eran contrarias a la libertad de que tanto se habla, y que en el caso mío me parecían inhumanas, porque me obligaban a detenerme en un sitio nada sano, que podría perjudicar la salud de mi compañera, la cual por primera vez llegaba a estos países cálidos. El Gobernador quedó muy impresionado, y por la noche en las reuniones se hablaba, se gritaba, se discutía con acaloramiento acerca de este asunto, mientras nosotras, a

la hora debida, íbamos a descansar tranquilas y contentas, teniendo así la suerte de no perder la Comunión en la mañana siguiente, que era viernes, y el último del querido mes de María. ¿Y quién era, el que con tanto celo, había causado este movimiento?

Un francmasón, apenas llegó el vapor al puerto, al ver a dos Hermanas a bordo, se preocupó de inmediato y telegrafió al Ministerio de Policía a fin de que mandase severas órdenes, antes de que las dos retrógradas, oscurantistas, entraran a causar daño al país. Hoy, al pobrecito, todos lo señalan con el dedo, como quien ha jugado una mala parte, que no se debía hacer, a dos señoras, y los que piensan bien están trabajando, a fin de que el mismo Ministerio nos envíe un amplio permiso para recorrer todos los lugares de la República, que nos agraden, para que no partamos con una impresión tan poco favorable.

Les dije que ya era inútil pues debíamos salir a las 4 para llegar a nuestro destino. Mientras tanto, aquí, hemos podido cumplir todas nuestras devociones sin excluir la clausura del mes de Mayo en la Iglesia del pueblo, mantenida con suficiente decoro por el párroco, que es un señor de la Misión de San Vicente de Paul.

Sólo frecuentan la Iglesia, los Negros convertidos, emigrados de la Jamaica; los del pueblo van pocas veces a la Iglesia y algunos nunca, por ser ésta una práctica del siglo pasado y no apta para ellos, que han progresado mucho en este siglo y que, como ellos dicen – van *adelantando cada día* – creciendo cada día en progreso. ¡Qué desgracia, pobrecitos les ha sobrevenido, mientras se ha alejado de ellos el espíritu bueno, que era particular distintivo de la raza española! Y ¿todo esto por qué, pobrecitos? Por la influencia masónica que, serpenteando cada vez más por estos pueblos, los ha dominado terriblemente. El diablo ha levantado su trono aquí con toda comodidad, y extiende aquella red, bajo cerradas tinieblas, que ya había visto San Antonio, mediante la cual los recoge, en verdad, como a otros muchos pescados, sin demasiado trabajo, ya que para estos pobrecitos la palabra *progreso* es como una sirena, que los encanta, y adormeciéndolos, les da un secreto veneno que los enferma y los lleva, con el mal en el alma, al verdadero retroceso.

31 – Hermosa la clausura del Mes Mariano; por la mañana, terminada la Misa, se hizo la procesión en la Iglesia, entonando las letanías, y a las 3 de la tarde, después de algunos cánticos y una plática del párroco muy devota y verdaderamente piadosa, un niño vestido de blanco y adornado

con guirnaldas coronó a la Virgen; después de esto, las madres presentaron todos sus hijos ante el Altar, para que el Padre los bendijese; por último cada niño presentó una flor a María. Hermoso era ver a aquellas mujeres ataviadas con sus mejores trajes, con diversos vestidos de colores vivos, con la blusa corta, corta; con la pollera larga, larga con una cola de metro y medio; con un chalcito de los más bellos colores, con un turbante en la cabeza o de un color chillón o blanco, que hacía resaltar sus rostros negros como el ébano; unos tatuados, en cambio otros no.

Todos los niños llevaban vestiditos muy bien coloreados o completamente blancos; se comprende que para hacer resaltar más el negro de la cara y de las manos. Pero sus almas eran verdaderamente muy blancas, por la inocencia y simplicidad. María Santísima se complacía y parecía extender el manto celestial de su protección sobre aquella población, secundando el espíritu de Dios, que es el de socorrer y salvar a todos. ¡Oh! María, es el panal de dulcísima miel; es un divino bálsamo; su piedad y dulzura siempre nueva y siempre antigua, como la bondad de Dios. Ella nos acoge cada vez que llegamos hasta Ella, nos escucha benigna, nos conforta, nos ilumina, y se hace nuestra guía en el camino, que debemos seguir para llegar a aquella perfección, a la cual Dios nos llama. Dichosas nosotras que la tenemos como Madre y Fundadora de nuestro Instituto, porque con Ella gozamos de la abundancia de gracias, que Ella hace llover de continuo sobre sus hijas; Ella es una nave henchida de preciosas mercaderías, que surca segura los mares más profundos, los océanos más tempestuosos, y siempre con las velas hinchadas, porque es el espíritu de Dios quien la guía en su protección hacia nosotras; ensanchemos, pues, el corazón con gran confianza. Mas, entre tanto, no les he dicho cómo estamos alojadas aquí.

Nos hallamos en una cámara con un balcón hacia oriente y otros hacia occidente, que por su posición como en alta mar, nos convida a las más hermosas contemplaciones. Por una parte, se domina el ancho golfo y la vista se extiende en la inmensidad del mar, tan sólo interrumpida en algunos puntos por verdes y hermosas islitas o por gondolitas, no de pescadores, pues aquí no se preocupan por la pesca, sino de personas que salen de paseo. Algunos escollos, justo frente al balcón, nos hacen contemplar continuamente las espumosas ondas, que resuenan, como en la cascada del Niágara. Por la otra parte, dominamos un inmenso parque con quioscos y fuentes, digno ciertamente de una ciudad grande y no de un pueblecillo como éste; pero como ellos dicen, *adelantan cada día,* por

esto para ostentar el progreso es necesario hacer parques y fuentes, que puedan admirar los forasteros. Mientras tanto nosotras gozamos de un aire tan puro y tan confortable, como podíamos desear, pero no esperar. Figúrense que el termómetro marcaba en Nueva Orleans 28 grados, y aquí solamente marca 25, se entiende cuando mantenemos abiertas las puertas, porque, si cerramos, inmediatamente sube a los 30.

Dicen que en este país hay fiebres, pero en cambio nos aseguraron los médicos, quienes se han hecho amigos nuestros en estos días, que es un país muy sano, a donde llegan los enfermos para curarse de las enfermedades del pecho. Nosotras en verdad estamos bien, solamente sentimos estar aquí sin hacer nada, estando separadas de nuestras Hermanas de Panamá sólo por unas diez y seis horas, sin poder volar, a donde nos lleva el deseo. Esperaba hallarme ya en medio de las Hermanas para recibir con ellas, y por sus méritos, al Espíritu Santo, con la abundancia de sus dones y de sus frutos, de los cuales tengo gran ansia y extrema necesidad; pero en cambio aquí, en Puerto Limón, debemos disponernos a recibirlo. ¡Bendita voluntad de Dios, cuán amable y amada eres, cuando a nosotras te revelas con tanta claridad! Cuando damos un paseíto para entretenernos por aquí o por allá con los negros, nos escuchan con mucho placer, dirigimos nuestros pasos hacia el muelle, como para interrogar a los vapores que allí aguardan las combinaciones, y con íntimo deseo les pedimos si alguno se moverá por lo menos hasta Colón, porque nosotras de inmediato iríamos a bordo; pero ninguno responde a nuestras ansias, más bien casi en despecho hacia nosotras, parte hoy uno, mañana otro, tomando otro camino y, cortando las olas, parecen decirnos: "Y ustedes aprendan a tener paciencia, corten las alas a vuestros ardientes deseos". Mientras tanto aquel vapor que deberá llevarnos a nosotras, y que ha llegado de Inglaterra, de la *Royal Mail Line*, está allí, en altamar, quieto como una roca, pues no se puede acercar al muelle por su grandeza y por la poca profundidad, que aquí tiene el mar.

1° de junio – ¡Espectáculo hermoso y sublime se presenta hoy a la vista espiritual de nuestras almas! Ha comenzado el querido mes de Junio, durante el cual todas unidas en un solo corazón, las de cerca y las de lejos, animadas por la misma fe y confianza, honraremos al Sagrado Corazón de Jesús, para procurarle toda la gloria que nosotras podamos darle, con la fidelidad, que es propia de los corazones amantes para darle reparación por tantas ingratitudes, de las cuales, con hondos gemidos, se lamentó

con su amada Margarita. Nosotras, como el Samaritano, trataremos de ir quitando una a una las espinas, que traspasan tan profundamente aquel amantísimo Corazón y hemos de darle algún lenitivo con la renovación de nuestra completa oferta, con nuestros actos y con nuestras plegarias, con nuestros pequeños y grandes sacrificios, en la medida que Él mismo se digne pedírnoslo para probar mejor nuestro amor. Éste es el mes del amor y el amor nos debe transformar. ¿Pero cuáles son los medios necesarios para lograr tan feliz transformación? El primero, acercarnos con espíritu de humildad y confianza al Sagrado Corazón de Jesús; el segundo, dejar obrar en nosotras la gracia, siguiendo sus impulsos, con fidelidad y perseverancia. En la plegaria y en los entusiasmos de nuestra alma, el buen Jesús, por la bondad de su divino Corazón, nos iluminará muchas veces para conocer nuestras bajezas y miserias, y no debemos rehuir asustadas del conocimiento de nosotras mismas, antes bien hemos de humillarnos y pedir a Jesús que quiera librarnos de nuestras miserias. No nos descorazonemos por vernos tan lejos de la perfección del amor santo; ya que aquel Jesús que desea comunicárnosla, se halla pronto también a ayudar nuestros esfuerzos. Para Él es suficiente que nosotras recurramos con voluntad sincera de corresponder a sus gracias y nos confiemos por completo a su amor. Echémonos, pues, en esas dichosas llamas del Sacratísimo Corazón de Jesús y dejemos que ese fuego santo penetre hasta lo más íntimo de la médula de nuestro espíritu, para que destruya, purifique, renueve, santifique todos nuestros pensamientos, afectos, sentimientos, intenciones y deseos. Y ¿qué hemos de temer, si el Sacratísimo Corazón de Jesús nos protege? Y ¿qué no podremos esperar confiándonos al Corazón de un intercesor tan piadoso y poderoso? Fijemos siempre nuestras miradas en la herida del Sacratísimo Corazón de Jesús; leeremos allí, en caracteres de sangre la altura y la profundidad del amor, que Él nos profesa y, en donde quiera, nos sentiremos siempre animadas a esperar todo de su bondad infinita. Muchas veces nuestras oraciones son tan imperfectas, que merecerían ser rechazadas por Dios; pero el amante Corazón de Jesús las rectifica, las dirige hacia mejores intenciones y pide Él mismo por nosotras lo que será de mayor bien nuestro, y con sus méritos cubre piadosamente nuestras indignidades.

Desde el secreto de los Santos Tabernáculos, el Corazón amoroso de Jesús está observando todas nuestras necesidades y, para ayudarnos, no aguarda más que vernos a sus pies con mucha confianza, a fin de unir nuestras plegarias a las suyas.

Recordemos con frecuencia lo que dijo Jesús a su amada Gertrudis: "He aquí mi Corazón; sabe valerte de él para suplir todo lo que falta en tus oraciones". Otra vez Santa Gertrudis, tan enamorada de Jesús, hizo una ardiente plegaria, y ésta es buena, de manera especial, para las Misioneras, en la cual confesaba que si hubiese sido necesario recorrer todo el universo con los pies desnudos, hasta el día del juicio, para llevar a todos los hombres a su Divino Corazón, lo hubiera hecho de todo corazón, y a cada uno de ellos habría llevado en sus brazos y presentado a Él, para de esta manera poder satisfacer, por lo menos en parte, los infinitos deseos de su dulcísimo divino Amor. Además, si hubiera sido posible, hubiera querido dividir su corazón en tantas partes, cuántos son los hombres en la tierra, para infundir en todos la voluntad de servirlo y alegrar así por completo al Corazón Divino. Se le apareció entonces el buen Jesús, manifestándole la ofrenda, que estaba por hacer, bajo la forma de un riquísimo don, dirigido a la Trinidad Augusta, y mientras este obsequio se elevaba a los cielos, los ángeles parecían inclinarse ante su presencia. Entonces comprendió claramente, que cuando se ofrecen a Dios plegarias o deseos santos, la entera corte celestial los acoge y los eleva hasta su trono, como obsequios que son agradables a Dios; y cuando a los propios méritos se añaden los de Jesucristo, los mismos Santos manifiestan su respeto. Corramos, pues, hijas, corramos frecuentemente al Tabernáculo, como el ciervo sediento corre a la fuente viva de aguas límpidas. Mientras vivamos en este destierro, lejos de la patria celestial, no descansemos si no estrechamos sobre el corazón a Aquél, que amamos ardientemente, como verdaderas Esposas y Misioneras de su divino Corazón. Tendamos siempre hacia el divino Corazón, pensemos en Él, corramos a Él, suspiremos únicamente y siempre por Él, puesto que la vehemencia del amor de Jesús hacia nosotras y los prodigios de las invenciones de su muy amable Corazón son en verdad maravillosos. Correspondámosle y digámosle muchas veces: ¡Oh amor único del alma mía, tú me iluminaste con tu luz y yo te conocí; me has atraído con tu suave caridad y yo fui hacia Ti y te sigo: Tú dijiste a mi corazón: "ámame" y yo, dichosa, Te amo y siempre quiero amarte más y más; Tú, oh Amor, me amas, sin mí, porque eres Dios; y yo no puedo amarte, sino contigo, porque soy tu criatura. Yo bebo de la fuente de las aguas que manan de Ti; te deseo a Ti conmigo, pienso en Ti; ¡soy tuya, porque eres mío! ¡Oh, mi amado todo lo puede, todo lo sabe, todo lo posee! Él es inmortal, incircunscripto, inmutable, incomprensible, inefable, inestimable, y su bienaventuranza es eterna.

¡Oh, sí pudiéremos comprender la sabiduría admirable de Jesús, en el prodigio del amor en el Sacramento! La Reina de Sabá, oyendo alabar muchísimo la sabiduría del rey Salomón, partió del Oriente con rico cortejo, llegó a Jerusalén, se presentó al rey sabio, pero cuál no fue su maravilla, su estupor, al conocer el inmenso saber del gran Salomón. "¡Oh Sire!, exclamó ella, en verdad son ciertas las maravillas, que había escuchado decir en mi pueblo acerca de tu sabiduría; he visto yo con mis mismos ojos y he comprobado, que no se me ha referido ni la mitad de la verdad". Pero, ¿qué dirá mi alma de Ti, oh sabiduría increada? ¿Qué dirá mi alma de Ti, al encontrarse en tu adorable, majestuosa presencia en el Santísimo Sacramento del Altar? ¿Qué sentimientos no se despiertan en mí, al contemplar las maravillas de tu sabiduría y amor en este augustísimo Misterio? ¡Oh celestial Salomón! Tu sabiduría no tiene límites, porque eres la increada Sabiduría del Padre; tu amor es infinito, porque eres Dios, y tu amante sabiduría en el misterio de la Eucaristía nadie puede investigarla.

Oh mi Amado, que, por tu bondad, has querido hacerme Misionera de tu Corazón, instrúyeme, mientras me hallo al pie de tus Tabernáculos y yo instruiré a los demás. Revélame los prodigios de tu amor, las maravillas de tu sabiduría en este Sacramento, y yo las narraré a las gentes todas, a fin de que todas te conozcan más y te amen más. *In universo mundo narrabo mirabilia tua.* Jesús habló y dijo: "Tomad y comed, éste es mi Cuerpo; tomad y bebed, ésta es mi Sangre". Dijo, y el Sacramento verdadera y realmente fue instituido. *Ipse dixit et facta sunt.* Por las palabras de la consagración, proferidas en nombre de Jesús por el Sacerdote, que celebra el Santo Sacrificio, el pan se convierte y se transubstancia en el Cuerpo de Jesús, y el vino se convierte y se transubstancia en La Sangre de Jesús, y tanto el Cuerpo como La Sangre de Jesús existen bajo las especies o accidentes del pan y del vino; y esos accidentes se mantienen, sin la propia substancia del pan y del vino, por milagro del Omnipotente. Realizada la consagración, el pan y el vino han desaparecido substancialmente, quedan tan sólo los accidentes de ellos, como otros tantos velos de amor y de sabiduría, para ocultar de nuestras miradas materiales a Jesús glorioso, presente, a fin de ser para nosotras objeto de fe, confianza y ánimo, al acercarnos a recibirlo en nuestros corazones.

Mientras se conservan las especies, perdura la presencia sacramental de Jesús; luego, cuando se corrompen y se consuman, el Cuerpo Santísimo de Jesús se retira y desaparece. En una palabra, sobre el altar no se

realizan más que prodigios. Los Sacerdotes, que durante las veinticuatro horas, ofrecen el Sacrificio Divino en tantos países, ciudades y villas, son innumerables; por esto, en cien mil sitios Jesús está presente en su Sacramento de Amor, ¿Podía haberse inventado algo más hermoso y más santo, que este Divinísimo Sacramento? Pero, recuerden, oh hijas, que el Santísimo Sacramento es como la columna de fuego que iluminaba y guiaba a la tierra prometida a los Israelitas y era tinieblas para los egipcios. Este misterio de La Eucaristía, a semejanza del de la Cruz, es considerado escándalo por los incrédulos y sabios del mundo, pero es la virtud y la sabiduría de Dios para los humildes creyentes. Sólo a los pequeños, a los humildes, a los dóciles de mente y de corazón revela el Padre Celestial estas verdades inefables, incomprensibles del Santísimo Sacramento. Éstos sólo las acogen en el corazón, porque antes las han acogido dócilmente en el entendimiento. Por esto ellos solos gozan de todas las dulzuras y riquezas de tan augusto misterio de sabiduría y amor.

Estas perlas preciosas se hallan escondidas para los prudentes y para los sabios del mundo; desventurados, las tienen ante los ojos, pero no las ven; oyen hablar de ellas, pero no las comprenden, porque el oído de la fe humilde y del debido amor lo tienen cerrado; ¡Oh, si todos, o, si por lo menos, parte de ellos comprendieren el amor inmenso, maravilloso de Jesús en el Sacramento! ¡Oh, Padre, oh Pastor, oh Jesús, cuán admirables son tus obras, cuán amables tus ternuras! ¡Tú estás en el Santísimo Sacramento por mí, Tú estás para todos, como en la Hostia, Tú estás Todo en toda y Todo en cada una de sus partecitas! ¡Oh, amor, cómo eres Tú! ¡Todo de todos y Todo de cada uno! El celo y la ternura que tienes para la Iglesia universal, es el mismo celo y el mismo amor grande que tienes para cada una de las almas unidas a tu Santa Esposa, la Iglesia. Uno es el cuerpo místico de ésta, como uno es tu Cuerpo real y sustancial, que está en el Cielo y en La Santa Eucaristía. No se puede, pues, participar de tu mesa, si antes no se es miembro de tu Iglesia; ni nadie puede llegar a tu Iglesia, si Tú, en tu misericordia, no lo atraes y no lo agregas. ¡Oh, misterio, oh dignación, oh Sacramento! Ah sí, nosotras diremos a todas las gentes: Venid y ved las obras del Señor, *quae posuit prodigia super terram.* Pero, para agregar las misericordias de Dios sobre la tierra, para que todos se unan a la Santa Iglesia Católica, a este árbol de vida, y se salven, ¿qué haremos nosotras, Misioneras, pobrecitas, miserables, pequeñas, capaces de nada y, lo que es más aún, en un círculo aun tan restringido, para

el bien de las almas? Nosotras comulgaremos frecuentemente, con todo fervor, y obtendremos todo para nuestros queridos hermanos pecadores. Nosotras somos indignas, pero acercándonos a nuestro Jesús, recibiéndolo, Él nos dará el beso de paz, mientras nosotras le daremos el de nuestro amor filial: nos abrasará con su amor; nos purificará con su Sangre; nos vivificará con sus latidos; nos hermoseará y embellecerá con sus gracias. *In Me manet et Ego in eo.* En La Comunión se consigue el objeto del amor; Dios está en el alma sacramentalmente; ¡qué instante inefable! Dios la toca; la estrecha sobre su seno; y se regocija al ver y contemplar su imagen. Ve la obra de sus manos, la obra de La Cruz, y se complace mucho. ¡Oh Dios, oh alma! ¡Qué unión! ¡El alma está en Dios, Dios está en el alma! ¡El alma permanece en Dios, Dios en el alma! *Qui manducat meam carnem in me manet et ego in eo.* ¡Oh Jesús amable, oh amado de mi corazón! permanece siempre conmigo y en mí; jamás te vayas de mí. ¡Oh, Dios mío y todo mi bien! ¡Ponte como sello sobre mi corazón y sobre mi brazo, a fin de que yo jamás ame a otro que a Ti y no obre ni trabaje sino para Ti! Pero el agradecimiento nuestro, oh hijas, por la Comunión debe ser muy continuo, muy largo, jamás debe terminar, porque el agradecimiento es la prolongación de la Comunión. Entreteniéndome con mi Dios, que está en mí sacramentalmente, lo conozco más, mayormente descubro sus grandezas y perfecciones. Si amo su presencia bienaventurada en mí, se sigue la frecuencia saludable del Sacramento. Al conocerlo, se ama a Dios. En acción de gracias, el espíritu de Jesús me eleva sobre mí misma, me aparta de las cosas terrenas, me introduce en el dichoso oasis de la creciente gracia y de las bienaventuranzas. Me abre el pecho y mostrándome su hermoso corazón encendido de caridad, me dice: Ve, ¡cómo ardo por ti! ¡Ve, cuánto te amo!

¡Oh, sí, ya veo a Aquél que tanto he deseado; a Aquél que tanto he aguardado, ya lo tengo; y a Aquél a quien siempre he anhelado…dichosa yo… ya lo poseo! Estoy unida a Él con los vínculos más estrechos del amor santo, ensimismada con Él y hecha un corazón y una sola alma con Él. Me has dado tu bendito Cuerpo, que tanto padeció por mí; tu Sangre preciosa, con la cual adorno y embellezco el alma, a fin de que sea siempre digna de tus ojos. Me has dado tu Santísima Alma, tu Divinidad; todo, todo, oh mi Dios, cuánto tienes y cuánto eres… Oh mi Amado, ¡cuánto celebro de que Tú seas lo que eres; cuánto me alegro! Eres mi Dios, mi Señor, mi grandeza; eres el Santo de los Santos, el Rey de los Reyes, el Creador de todas las cosas visibles e invisibles y Tú, que me has dado lo

más, me darás, sin duda, lo menos, esto es, las gracias que yo te pido para las almas tan queridas por mí, mis amados pecadores e infieles.

Ante tu Majestad Divina tiemblan las columnas del firmamento; las potestades y los tronos reverentes Te adoran; y todas las virtudes se postran ante Tu presencia. Tu poder no tiene límites, tu sabiduría no tiene fin. Tú eres el que eres; Tú eres el antiguo de los días, oh mi Dios; pero Tú eres siempre nuevo para mí. ¡Jesús mío, tengo sed de Ti; tengo sed de Ti, Padre mío; de Ti Esposo mío; de Ti, Amado mío!

Pero ¿por qué tantos huyen de ti? ¿Apenas te reciben, te abandonan, pensando en otras cosas, que nada tienen que ver con tu amor? Oh, ¡si conocieran el don infinito, que Tú les has hecho! Oh, ¡si escucharan una sola palabra tuya! ¡Qué pena, oh Jesús, de no ver a todos postrados ante tu Majestad! ¡Qué espinas para el corazón, cuando con los propios ojos míos veo, que no todos se inflaman de amor por Ti..., que todos no te aman solamente a Ti, sino a los ídolos de sus pasiones mundanas!... Pero yo quiero adorarte por todos... ¡amarte y bendecirte por todos! Jesús mío, me ofrezco como víctima de tu Corazón divino por todos. Ea, ¡salva y santifica a todos! Tú me dices, Jesús mío, con frecuencia al corazón: "Ámame y pide, ámame y espera". Sí; yo te amo, oh Jesús, porque quiero amarte mucho con tu gracia; Te amo mucho y pido la conversión de todos los pecadores e infieles... Te amo, oh Jesús, y quiero que tu Corazón ardiente sea conocido, amado y glorificado en todo el mundo; que tu gloria y majestad sea propagada y exaltada; que tus deseos y tus proyectos y los de tu Santa Iglesia se cumplan ahora y siempre.

3 – Ayer hemos tenido la visita del más tierno y valiente de los amigos. ¡El Espíritu Santo! ¡Oh, cuán hermoso, suave y amable es el Espíritu Santo! Él nos ama tiernamente, inmensamente, continuamente. Nosotras, porción y heredad de Jesucristo, lavadas y purificadas con su Sangre, nos hemos convertido en templos vivos del Espíritu Santo, y, esto es, en miembros vivos, casa y habitación del Paráclito Divino. Su soplo aletea de continuo alrededor de nosotras; su luz ilumina nuestras mentes, para que puedan elevarse hasta Dios y contemplar sus perfecciones; sus atributos, sus maravillas infinitas; su gracia enriquece abundantemente nuestras almas. El Espíritu Santo, que descendió primeramente sobre los Apóstoles, siempre desciende sobre la Iglesia y sobre nuestras almas, porque el buen Jesús, nuestro muy amoroso Jesús, es quien nos ha merecido el don precioso del Espíritu Santo, y así nosotras, por los méritos de Jesús y por

medio del Espíritu Santo, nos hemos enriquecido de gracia y de todo don celestial. Oh ¡don infinito, trascendente y superior a todo mérito creado! "Cuando venga a ustedes el Espíritu Santo, decía Jesús a sus Apóstoles, entonces entenderán la verdad que yo os he predicado". Muy bien podía Jesús comunicar a los Apóstoles, Él mismo, la inteligencia de la verdad anunciada, pero no quiso, para glorificar justamente al Espíritu Santo; esa gloria la quiso reservar para el Paráclito Divino; amor sustancial del Padre y del Hijo; luz increada, fuente perenne de gracia y de virtud, principio de todos los bienes. Los misterios inefables que el Espíritu Santo opera en nuestras almas, se hallan ocultos para nosotras, porque son operaciones divinas, impenetrables a las miradas humanas y muchas veces también para los ángeles. Es un trabajo cotidiano, agradable, glorioso; ¡oh! El alma en gracia es el verdadero escenario de las grandezas y de las riquezas del Espíritu Santo. El Espíritu Santo es un sol, cuya luz se refleja en las almas justas; es un océano sin fondo y sin límite, cuyas aguas son hermosas, brillantes, cristalinas, llenas de vida, que se vierten de continuo, abundantes en las almas, las cuales, por su parte, no ponen obstáculo alguno, ni dificultades al Espíritu Paráclito. ¡Oh! las almas justas que viven en estas aguas saludables, están siempre alegres, gozosas, seguras, pacíficas, llenas de fe y de gran confianza en Dios; ellas nada temen, todo lo emprenden con valentía y sus empresas son siempre fecundas; ¡oh! ellas son verdaderos cielos animados por Dios, que dicen con el ejercicio de sus virtudes y obras las maravillas del Señor; ellas constituyen el esplendor de la Iglesia, la honra de la humanidad, el aroma de Jesucristo y las delicias de su Divinísimo Corazón.

Amen, oh hijas, al Espíritu Santo y frecuentemente invoquen para ustedes y para mí, esta luz beatísima, luz eterna, luz increada, luz verdadera, vital e inmortal. Suplíquenle que visite con frecuencia nuestras mentes, ilustrándolas, iluminándolas, santificándolas. Suplíquenle que disipe las tinieblas, que de tiempo en tiempo caen sobre la tierra, como densas nubes, casi impalpables, que no permiten ya distinguir el bien en su verdadera sustancia. Ruéguenle que envíe su luz para salvación de muchas almas, que son la heredad preciosísima de nuestro amado Jesús! Ea, ¡salva, oh Señor, a aquéllos que tanto esperan y confían en Ti, y haz que la heredad querida de tus redimidos, a la que nosotras deseamos llevar hacia tu Sacratísimo Corazón, no caiga en poder de nuestros muy fieros enemigos. Piensen, oh hijas, que los Apóstoles, plenos del Espíritu Santo, hablaban en diversas lenguas, y que ustedes, si se despojan de ustedes

mismas, verdaderas amantes de Jesús, animadas del mismo espíritu, hablarán y anunciarán las maravillas de Cristo, en diversas maneras, según el Espíritu Santo les dé la gracia y la ocasión de manifestarlas.

¡Cuán grato es para el Espíritu Santo ver a las almas celosas, que se empeñan en dilatar el reino de Jesucristo! Es un obsequio completamente divino que nosotras le ofrendamos, cada vez que inducimos a un pecador a convertirse; cada vez que injertamos un conocimiento en los corazones católicos, una idea más clara y distinta de Jesús. Trabajen, trabajen sin descanso, sin cansarse, en favor de la salvación de las almas; que la gracia del Espíritu Santo trabaja con ustedes, ruega con ustedes, les comunica sus luces, sus gracias, sus tesoros.

Si en verdad son celosas, las iluminará realmente con su luz divina; las asistirá en sus obras y dificultades; las sostendrá en las pruebas; las defenderá de los enemigos internos y externos y les dará valor con su fuerza. Tengan confianza, gran confianza; Fe y confianza, hijas y constante plegaria; y el Espíritu Santo con su caridad inmensa se difundirá en nuestros corazones, en nuestras almas para hacerlas fuertes con su misma fortaleza. *Ignem veni mittere in terram, et quid volo nisi ut accendatur?*

El Espíritu Santo quiso ayer consolarnos, también materialmente, y recibimos las visitas de muchas personas que venían a manifestarnos su sentimiento por la afrenta – así la llamaban – que se nos hizo apenas llegamos a este puerto y trataban por todos los medios que la olvidáramos, temiendo que yo quisiera publicar en los diarios semejante cosa, lo que sería una deshonra para la sociedad costarriqueña, que se precia por la más ilustre de toda la América Central. Llegaron también dos enviados del Presidente de la República para presentarnos sus excusas y decir que había sido un malentendido, y que nosotras podíamos ir a la capital y por todas partes, que seríamos bienvenidas y muchas otras grandes y benévolas palabras, que supieron usar muy bien. Me solicitaron que quedara más tiempo, dándome a este fin un boleto para mí y para M. Gabriela, valedero por 12 días, a fin de que aproveche el tren a mi gusto, pero para esto ya nuestro corazón había madurado bastante las ansias de encontrarnos con nuestras amadas Hermanas, y por esto, en la mejor manera, agradecí a todos, diciéndoles que habíase determinado la partida para el día 4 y no podía aceptarles sus buenas finezas. Me dijeron fuera pronto a hacer una fundación en su nación, y entonces podrían mostrarme todo lo que saben y quieren hacer en favor de nosotras. Ya que el boleto ferroviario llevaba mi nombre, lo acepté, aún cuando no tuviese ya tiempo para usarlo, y lo

conservo para mostrarlo a ustedes, cuando me halle ahí, como prenda de la exquisita gentileza y generosidad de los costarriqueños.

Mas con esto no terminan los favores, con que el Espíritu Santo quiso pagarnos la fiesta, aun materialmente. Como todos estaban de parte nuestra, traté de aprovechar para ver si lograba gratis el pasaje de Puerto Limón a Colón, sintiendo gastar 50 dólares para las dos, por una sola noche de viaje; en efecto, después de hablar con uno y con otro de los graduados, conversé con el comandante del barco *City of Para,* manifestándole que, como había podido viajar gratis de Nueva Orleans a Puerto Limón, así deseaba que él también tratara de favorecernos de alguna manera. Escuchó todo, luego dijo: Déjeme por alguna hora, Madre, y después la veré. Muy pronto llegó a decirme que no había logrado todo lo que ansiaba para nosotras, pero que tomara la última clase, pues costaba muy poco, y al llegar a bordo, a nadie entregara los billetes, sino a él, que nos habría hecho colocar en primera clase; como en efecto lo hizo, con tal alegría suya, que se transparentaba en su rostro el gozo de la obra buena, quizá por vez primera hecha a favor de personas religiosas. No satisfecho con esto, quiso enviarnos su barquita para llevarnos a bordo y ordenó a La Capitanía, que transportara a la nave todo nuestro equipaje, sin que desembolsáramos un centavo. El Corazón Santísimo de Jesús bendiga a este óptimo Capitán inglés, y retribuya su buena y generosa acción con gracias espirituales y temporales para él y para su familia.

4 — Henos a bordo de la hermosa y gran nave inglesa de la *Royal Mail* que lleva el nombre de *City of Para*. Ya inicia su majestuoso giro, dando vuelta sobre sí misma, para tomar el curso debido. Irá costeando siempre la tierra hasta Colón, pero la hermosa visión que presenta la Cordillera con sus montes elevados, con sus maravillosos declives, con sus sinuosidades, con sus plantas añosas y con su alfombra verde de diversos tintes, nosotras no la podemos gozar, porque ahora el sol va poniéndose, la noche avanza con rapidez en esta región, sin el graduado y hermoso crepúsculo, que entre nosotras, es maravilloso, y que va muriendo larga y agradablemente. Suena ya la campana que nos llama a comer, como es costumbre en todos los vapores, donde apenas puestos en movimientos y surcando las ondas, llaman a todos a la mesa, como primer acto, y por esto debemos dejar todo cuanto aún se nos presenta de hermoso ante nuestros ojos. Los manjares que se nos sirven son esta vez los más exquisitos para nosotras, pues están hechos a la italiana, ¿Y cómo acontece esto en un vapor inglés? Es que se hallan empleados cuatro cocineros italia-

nos, milaneses y piamonteses, quienes se dieron cuenta de que nosotras éramos italianas, y viéndonos favorecidas por el Capitán, también ellos quisieron hacer algo que pudiéramos agradecer, y al mismo tiempo favorecieron a todo el grupo de buenos señores, ya que la cocina italiana es la más acreditada y la mejor acogida por todas partes. ¡Oh, si los italianos supieran lograr crédito en otras cosas buenas, morales y religiosas, para lo cual no les falta ni la aptitud, ni la oportunidad, cuán hermoso sería! En verdad llegaría a ser esa gran nación que merece ser, y terminaría de ser golpeada por todos, como ahora acontece.

Mas hoy, entre otras gracias, nos estaba reservada una muy agradable: la hermosa visita del Excelentísimo Obispo de Costa Rica, el gran campeón de la Santa Iglesia, Monseñor Thiel, al que tuve la dicha de conocer hace cuatro años, cuando, al pasar con las Hermanas destinadas a Nicaragua, por el puerto de Punta Arenas, vino a bordo a saludarnos y a bendecirnos. Ha venido ahora como buen amigo, por ser muy estrecha su relación con nuestro Instituto, después de las diversas visitas, que nos hiciera en Roma, con el fin de conseguir una fundación para su Diócesis. Ahora se habría empeñado en que abriéramos un colegio pronto, aprovechando del buen número de Hermanas nuestras, desterradas de Nicaragua, pero ahora es tarde; porque, al pasar nuestras Hermanas por Panamá, fueron detenidas con muchísimas instancias, y, con la aprobación de La Casa Madre, ya han abierto un buen Colegio con los mejores augurios. Mas me fue muy grata, la visita de ese Pastor santo, a quien con desagrado mío no había podido visitar antes, como había deseado, debido a las malas inteligencias antes expuestas, las que me impidieron ir a San José, capital de la República.

Mas, he aquí que escucho diversas voces, y como un murmullo de Hermanas, que, impacientes, me preguntan: ¿por qué han sido desterradas de Nicaragua nuestras Hermanas? No es de maravillarse, hijas; saben perfectamente que estas naciones son aún noveles en la civilización, y siempre están entre turbulencias y revoluciones. Hay quienes han estudiado un poco, quien en París, quien en Londres, quien en Alemania y quien en los Estados Unidos; todos quieren saber más que los otros, teniendo alta estima de sí mismos; y soportando con disgusto ver en lo supremo del gobierno, como Presidente, a uno que ellos creen inferior a sí mismos. Entonces éstos tratan de buscarse amigos, de insinuarles sus mismas ideas orgullosas; estos últimos al captarlas, se truecan en sus satélites; y ayudan a traer gentes y apenas se han engrosado un poco las filas, se insurreccio-

nan y se oponen al Presidente, para sacarlo del sillón de mando e instalar a otro en su lugar. No pocas veces uno de los satélites, bien amaestrado por el primer orgulloso, se aprovecha para arrojar del poder al que poco antes había ayudado a instalarse, y luego un tercero, y así sucesivamente, a este paso. Alguno luego, más ignorante, no poseyendo el debido valor de la ciencia y deseando sin embargo manifestarse capaz de algo, inventa la diabólica ocupación de perseguir la religión con todas sus fuerzas, y esto es lo que últimamente aconteció en Nicaragua. Nuestras Hermanas estaban empeñadas en su Colegio, que progresaba con creciente número de alumnas, en especial de las principales familias de la República, y yo estaba tranquila por ellas, ya que, habiéndose sucedido tres revoluciones, una peor que la otra, se habían hecho más valientes y gozaban también de mejor salud; pues, después de las revoluciones y de las guerras, a causa de los cadáveres insepultos, siempre se originan grandes epidemias, y por suerte, todas habían pasado por ellas sin pagar el tributo, que por desgracia acontece pagar, cuando la familia es numerosa. Ni hermanas, ni alumnas, jamás fueron atacadas por la enfermedad, fuera de pequeños trastornos inevitables en todo tiempo. Mas, cuando todo parecía marchar con tranquilidad y calma, las Hermanas supieron de ciertos rumores vagos, que por aquí o por allá iban diciendo se expulsarían de la República a Sacerdotes y Hermanas, y no dejó alguno de decirle a las Hermanas que pensaran seriamente, porque el peligro existía en verdad, debido a algunos liberales forasteros, llegados con el fin de entusiasmar a los liberales, ya bastante fogosos, de Nicaragua.

Se añadió que, por ese tiempo, una señorita del alto mundo, que jamás dejaba de asistir a los festines, a las reuniones, a los espectáculos, tocada por la gracia, hizo una repentina conversión, abandonándolo todo después de una fiesta de baile y se apresuró a ir directamente al Convento, rogando que se le admitiera. La Directora no la aceptó, ni en ese día, ni después, por no poderlo hacer sin permiso de la Madre General; entonces la buena hija se fue a la casa de la Señora Doña Elena Arellano, fundadora de nuestra casa en esa ciudad, y la señora la retuvo consigo, y lo pudo hacer por la autoridad que (naturalmente) le daba su posición en la nación. El triunfo de la gracia sobre esa alma, los mundanos quisieron a toda costa atribuirlo a nosotras, pues sintieron haber perdido una de sus principales conquistas. Por esta razón crecieron las voces de que las Hermanas pronto serían desterradas. Entonces la Madre Directora pensó en ir al Presidente de la República, para saber de él mismo, qué valor debía darse

a esos rumores. Él la recibió con mucha cortesía, y le manifestó que él nos apreciaba mucho y estimaba grandemente la obra que dirigíamos; que era una suerte para la República contar con un Colegio como el que teníamos; que él sería como un padre para nosotras y mil otras expresiones que calmaron por completo a las religiosas. Luego para confirmar sus palabras y como demostración de su benevolencia, envió en la semana siguiente un cajón de libros útiles para premio y obsequio a las alumnas, con una carta de su puño y letra, en la cual testimoniaba su aprecio y ofrecía su apoyo. Las Hermanas estaban acostumbradas al otro Presidente Señor Roberto Sacasa, que mantenía la palabra dada, y creyeron debían dar fe a las afirmaciones del actual Presidente Santos Zelaya; pero, en cambio, la cosa pintó diversa, debido a su carácter débil y poco religioso, que se dejaba dominar por el partido liberal; el cual había llegado a obtener carta blanca para obrar, con la crueldad más dura, contra todo cuanto sabía a religión, por ser ésta muy contraria a sus diabólicas libertades.

De aquí, que un mes después de las protestas formuladas por el Presidente, mientras las Hermanas atendían en paz, quien a las clases y quien a terminar un nuevo uniforme para la casa, hacia las once de la mañana llamaron a la puerta el nuevo Prefecto de la ciudad, señor Pedro Pablo Bodan y el Gobernador, señor Rivos, que venían a imponer la expulsión inmediata. La Directora solicitó ver la orden escrita con la indicación del motivo, pero ellos levantando la voz dijeron que no era ese el momento de pedir papeles; que ellos obedecían las órdenes de sus superiores, sin preguntar el por qué; y que se apuraran en partir, pues en el lago se hallaba ya preparado el vapor, que debía transportarlas fuera del país. Dijo entonces la Madre Directora, que dos Hermanas se hallaban enfermas, obligadas a guardar cama y que era imprudente moverlas; pero no hubo caso, pues esos bravucones repetían, que no había nada que hacer; se debía partir inmediatamente y, en menos de lo que se dice, rodearon la casa con soldados armados de fusiles, a fin de impedir que las Religiosas hablaran con las personas de fuera, por el temor de que telegrafiaran al Presidente o a otra persona influyente. Los señores y las señoras, que a la fuerza deseaban entrar, no tenían luego permiso de salir hasta la partida de las Hermanas. Apenas se dieron cuenta las alumnas de lo que acaecía prorrumpieron en llantos y gritos, que inspiraban compasión.

Luego que conocieron la triste nueva, los padres corrieron al Convento para impedir la expulsión; pero todo fue en vano, pues los guardias tenían orden de usar la fuerza con quienes resistieran. Los gritos,

los llantos, las súplicas, las voces llenaban el ambiente dentro y fuera del Convento; era una desolación; parecía el fin del mundo. Sólo el Prefecto permanecía impertérrito en hacer cumplir el inhumano mandato. Más, en medio de tanta confusión, era hermoso ver a todas las Hermanas tranquilas, serenas, preparándose las pocas cosas necesarias para la partida, mientras procuraban calmar la excitación de las alumnas y de sus padres, haciéndoles comprender cómo convenía recibir la prueba de la mano de Dios, quien sabe sacar bien del mal; y que luego de algún tiempo volverían entre ellos. Pronto pasaron las dos horas; ya el Prefecto había llamado varios carruajes, a los cuales hizo subir a las Hermanas, y rodeándolas con guardias dio la señal de que se dirigieran hacia el Puerto, siguiendo también él en un carruaje.

Hubieran creído que era un cortejo fúnebre, pues difundida la noticia corrió todo el pueblo en gran muchedumbre; las seguían llorando y suplicándoles se quedaran, porque su partida era signo de gran castigo para el país; y muchos a gritos pedían misericordia por sus pecados.

Al llegar al Puerto, el cordón militar impidió que la multitud se acercara al muelle; hicieron pasar a las Hermanas, una a una, contándolas bien, porque tenían la consigna de todas las cabezas religiosas. Pocos minutos más tarde llegaron dos Sacerdotes, rodeados de guardias; eran el Párroco y el Capellán, también arrojados al destierro, mientras el día anterior, habían sido desterrados otros seis sacerdotes por el puerto de Corinto, sobre el Pacífico. La señora Doña Elena Arellano, que tanto había gastado en esa fundación, y que amaba mucho a las Hermanas, no pudo soportar dejarlas partir, sin acompañarlas, mas, como estaba prohibido, bajo pena de exilio, ir con ellas a bordo, eligió voluntariamente el ostracismo; las acompañó y estuvo con ellas todo el tiempo que se detuvieron en San Juan del Norte, hasta recibir orden de la Madre General, de marchar a otra misión.

Después cada barco que llegaba de Granada, traía a algunas personas de Nicaragua, que arribaban para consolarse con la compañía de las Hermanas, a quienes amaban, como muy queridas y veneradas madres, como a su propia familia, y les regalaban subsidios para consolarlas por esas penurias. Hasta de los Indios de Rama, pequeña tribu de cerca de San Juan del Norte, apenas conocieron la crueldad, con que desterraron a las Misioneras, por medio del distinguido Caballero Don Félix Alfaro, recogieron una suma discreta para ayudarlas un poco.

También en Granada, el Señor Constantino Morenco, que tenía a sus hijas en el Colegio, y que amaba mucho al Instituto, se preocupó muchísimo de los intereses de las Hermanas hasta donde le fue posible, y recogió diversas cuentas pequeñas, que aún se debían al Instituto y las envió con fidelidad a las Hermanas; no podía ser mucho, porque estaba por terminar el trimestre que, como de costumbre, habían recibido anticipadamente y gastado en el sostenimiento del Colegio; pero entre tanto, aunque pobremente, pudieron hacer frente a la vida y curar a las queridas enfermas. En resumen el buen Jesús no abandonó a sus amadas esposas oprimidas en tribulación y enfermas. Él supo derramar bálsamo sobre las heridas y por una noticia, que hace poco he recibido, tengo razón en alabar sumamente el Corazón Santísimo de Jesús, quien quiso tan pronto dar el honor de un destierro a nuestro tan joven, tan pequeño Instituto, el ínfimo con que cuenta la Iglesia. ¡Oh! Cómo se pone de manifiesto la prerrogativa de nuestra Religión santísima en una de sus especiales notas, que, conservándose diferente de toda otra religión, y refutando los dictados de todas las pretendidas ciencias y de todas las sectas, condenadas por Ella misma, tiene el poder de atraer unos tras otros, a los hijos cualquiera haya sido la fila o la creencia profesada. En Nicaragua, justamente con los mismos medios, con que los incrédulos y francmasones pretendieron llenar de odio hacia nuestra Santísima Religión a todos, al arrojar a las Hermanas con tanta crueldad, lograron en cambio hacer una buena Misión, engañándose en esta manera a sí mismos.

El destierro de nuestras Hermanas fue como un celestial rocío, que cayendo sobre muchas almas, trocó el furioso delirio y la impiedad en solemne homenaje a nuestras santísimas verdades; fue como una luz divina que, refulgente, rasgó las densas tinieblas. Demos gracias, pues, al buen Jesús que nos haya hecho dignas de tan grande favor. Pero ustedes están ahí, como en suspenso y con ansias de saber qué sucedió; y yo con gusto satisfago su santa curiosidad. La expulsión de nuestras amadísimas Hermanas de la República de Nicaragua causó viva impresión en los ánimos, no sólo de los buenos, que no sabían darse paz al verlas acompañadas hacia afuera por la fuerza, sino también de los incrédulos y de los malos. Uno entre éstos, pertenecía a la secta masónica, y tocado por la gracia de Dios, ante tanta crueldad, se convirtió por completo. De francmasón rabioso, pues era uno de los más furiosos enemigos de nuestra Santa Religión, a la que atacaba con sus escritos y con sus palabras, después de aquella escena digna de compasión, se convirtió en uno de los mejores

defensores de la Iglesia hasta el punto de rehusar el cargo de diputado, ofrecido por el Gobierno, el cual apreciaba mucho su talento y sus exquisitas cualidades. Él contestó que un católico verdadero no podía tener relaciones con un Gobierno tan brutal, impío y cobarde, cuyo heroísmo se cifraba en oprimir al débil, pisotear la religión y ultrajar a las Hermanas, cuyo único delito era haber trabajado, con toda clase de sacrificios, para arrancar a la juventud de la ignorancia.

Esta renuncia le acarreó muchas críticas, muchas burlas, muchos enemigos; pero nada lo hizo retroceder; él bien sabía que, desde el instante en que se decidiese a defender la causa santa, todo el infierno se levantaría contra él y por esto se hallaba bien preparado para el combate, diciendo que el ejemplo de las Hermanas Misioneras le daba aliento; si ellas, decía, víctimas inocentes, soportan esa humillación, ese ultraje, esa barbaridad con admirable resignación y paz, aún más, gloriándose de haber sido halladas dignas de sufrir algo por Cristo. ¿por qué yo, que merezco los mayores castigos, por haber sido enemigo de la verdad, no haré lo mismo? ¡Antes morir que faltar a las obligaciones, que debe cumplir un verdadero seguidor de Jesucristo!

Entregó al Obispo todas sus insignias masónicas y toda su biblioteca, que era bien nutrida. En agradecimiento de una gracia tan señalada, que él apreciaba en todo su valor, hizo celebrar una Misa solemne, e invitó a todos, parientes y amigos católicos, recibiendo la Comunión él con toda la familia. Y ahora continúa siendo un católico bueno, verdadero y ejemplar; se levanta a las 4 de la mañana para hacer sus oraciones; entre las 6 y las 7 asiste a la Santa Misa y, cada semana, se acerca a recibir los Santos Sacramentos. Ha vuelto a formar una biblioteca con libros de sana doctrina y de cristiana piedad, entre los cuales no falta la *Imitación de Cristo*, el *Año Cristiano,* el *Martirologio* y otros semejantes, que, en determinados tiempos y horas, trata de que lea toda la familia.

Nuestro destierro ha causado uno de esos efectos que verdaderamente consuelan mucho, y pido al adorable Corazón de Jesús que se digne permitir, que siempre los malos tratos, que deban sufrir los miembros de nuestro Instituto para gloria de Dios, produzcan en las almas efectos saludables, como Nicaragua, porque eso no es dejar una Misión, sino trocarla de buena en mejor. Hace ya ocho meses que nos hallamos alejadas de Nicaragua; y sin embargo el Instituto vive allí en el alma de todos, y lo atestiguan las diversas cartas que con frecuencia recibo, ora de una

familia, ora de otra y muchas veces en nombre del mismo Presidente de la República. Si es del agrado de Dios, con el tiempo volveremos, pero no ahora, mientras exista un Gobierno, que, por la nueva constitución, no podría darnos aquellas garantías, que debemos exigir, para que el Instituto pueda trabajar con santa libertad para bien de las almas.

7 – Ayer, a las seis de la mañana, ya aparecía a nuestra vista el faro del Puerto de Colón; poco más tarde el monumento a Cristóbal Colón; y a las siete y media el gran vapor inglés había ya amarrado junto a la aduana. Los amigos llegaban para encontrar a los amigos, que aguardaban; los parientes para abrazar a sus familiares y yo extendía mis miradas para ver o a las Hermanas o a alguna persona, que viniera a buscarnos a bordo para llevarnos a través del Istmo; pero nadie apareció, porque a nuestras Hermanas de Panamá les dieron la seguridad de que no llegaríamos hasta la tarde, y ellas, tomaron todas las medidas del caso, creyendo llegar a tiempo con el primer tren que arribaba a Colón a las 11 de la mañana; mas entre tanto, nosotras nada sabíamos y yo hube de tomar también mis medidas, pues estaba decidida, costara lo que costare, a no dormir otra noche fuera de nuestra Casa. Por un instante ese lugar me pareció un desierto, al no ver a nadie que viniera a nuestro encuentro, después de los diversos avisos enviados por carta primero, por telegrama después; pero en pocos minutos reuní mis ideas, rogué al Capitán que nos dejara a bordo con nuestros equipajes hasta la hora, en que pudiéramos conseguir un tren conveniente; luego tomé un carruaje y fui con la Hermana al Prefecto de la ciudad a pedirle que nos diera pase libre para nosotras y nuestros equipajes hasta Panamá. El país, nuevo para mí, y el tener que tratar con personas desconocidas me ocasionaban cierta dificultad; pero una voluntad firme y el empuje, que sentía venirme de lo alto, me hicieron superar todo; quedé luego muy contenta, ya que el Prefecto, no sólo me concedió cuanto le solicité, sino que añadió ser bien dichoso en poder favorecer, en alguna manera, a nuestro Colegio de Panamá.

Cuando teníamos todo bien arreglado y habíamos ya vuelto a bordo para comer, he aquí que llegan dos Hermanas nuestras, las cuales traían también billetes de libre tránsito para todas; entonces volví a pedir al Capitán permitiera, que las dos Hermanas almorzaran con nosotras, a lo cual accedió de corazón con su natural gentileza, y a las dos de la tarde, ya estábamos en el tren bien instaladas, y, después de haber gozado, durante tres horas y media, de la hermosa travesía del Istmo, de los amenos y encantadores paisajes de los Andes, que se recortan juguetonamente en

sus declives, llegamos a Panamá, en cuya estación hallamos a las demás Hermanas y, un cuarto de hora más tarde, entrábamos en nuestra Casa, bendiciendo al Sacratísimo Corazón de Jesús por haber vuelto a dar las hijas a la Madre, después de cuatro años que estuve alejada de ellas. Tras un poco de descanso, quise ver la Casa, que un selecto grupo de señores de Panamá lograron obtener del Gobierno para nuestro Colegio, el que cuenta ya con un buen número de las principales niñas de la ciudad.

Hermosa es esta Casa; de un gusto particular; no parece que uno se halle en la ciudad, sino a bordo de un buque, porque por el Sudeste y por el Sud está rodeada de mar, que imponente viene a golpear sus olas y a romper sus aguas orgullosas contra la muralla de nuestro jardín, levantando una espuma más blanca que la leche y arrojando ciertas graciosas salpicaduras, que nuestras niñas creerían confituras y sabrosos dulces. La habitación, que las buenas Hermanas me han preparado, está rodeada por dos partes de dos árboles muy grandes de magníficas naranjas, que en racimos bien cargados se llegan a descansar sobre el frente. Una de las ventanas da a una hermosa avenida, en cuyo fondo se ve el mar y las hermosas islitas, que parecen jugar en la bahía, y en cambio sirven de puerto y de defensa a todos los vapores, que llegan de California y de todos los puertos del Sur, y aun de Europa por el Estrecho de Magallanes. Tras un viaje tan largo, sólo llegan a este puerto los acorazados y algunas veces la Transatlántica. En nuestros jardines tenemos seis clases de palmeras, el banano, el café y varias clases de fruta, cuyo nombre aún no sé decirles.

Hoy deseo visitar al Excelentísimo Obispo de esta ciudad; pero la persona que fue a preguntar a qué hora podía recibirme, trajo la contestación, de que Él me mandaría decirlo, y, poco después, vino él mismo en persona, para adelantarse a mí con su visita. Es una buenísima persona, muy respetable, y que inspira mucha confianza. Y es una suerte para nuestra Misión, que parece ha de tomar bastante importancia. Ya me visitaron diversas señoras y señores, y casi todos dicen haber sido favorecidos mucho del Cielo, por haberles enviado aquí a nuestras Hermanas, a las que desde hace muchísimo tiempo deseaban, sin que jamás pudieran lograrlas, por diversos motivos, uno de los cuales es el de la fiebre amarilla, que según la creencia de todo el mundo, domina en este país, mientras yo puedo asegurarles que es uno de los más sanos, y dan fe de ello nuestras Hermanas, las cuales en nueve meses de morada no han sufrido mal alguno, antes bien han ganado en salud. El calor no es mayor al que se debía

soportar en Nicaragua, más bien gozamos con frecuencia de un aire tan refrescante y saludable que parece darnos nueva vida y fuerzas.

Antes de cerrar esta carta mía, quisiera darles muchas noticias del gran bien que han hecho en Nueva York nuestras Hermanas y de cómo el Corazón Santísimo de Jesús favorece y engrandece aquella Misión; pero bien saben que solamente tengo tiempo libre en medio de las olas del mar, y de ello les hablaré en otro viaje que haré, o en el Atlántico o en el Pacífico. Aquí en el Istmo de Panamá somos en verdad caballeros sobre el mundo.

La posición de la Casa, desde la cual me parece ver todos los puntos de la tierra en el inmenso espacio de mar, que se halla ante nosotros, se presta justamente para una continua sublime meditación, y las contemplaciones van unidas a fervorosos deseos de tomar cuanto antes, uno de esos muchos vapores, que hacen escala aquí, para volar allá, donde la necesidad es mayor. Pero ¿a dónde iré? ¡Los pedidos son tantos!; y si bien no pueda ir a todas partes, como me han recomendado en Roma, trataré empero de seguir la obediencia, haciendo todo cuanto pueda. Rueguen pues, hijas mías, rueguen bien y de corazón, para que con el auxilio del Cielo podamos hacer todo lo que el Corazón Santísimo de Jesús quiere de nosotras. Mientras tanto ustedes procuren hacerse cada vez más observantes; pues con la sola observancia perfecta se harán en verdad santas. Procuren multiplicarse en número, para que yo pueda extender las Misiones para bien de muchas almas, las cuales, les aseguro, están dispuestas, aunque sean salvajes; y sólo les falta quien les desmenuce el pan de la palabra santa de Dios, que los instruya.

Díganlo a tantas jóvenes, a las cuales Dios les ha concedido la ciencia y las buenas cualidades para ser Misioneras; díganles que no mantengan sepultado aún el talento recibido, antes bien, correspondiendo a la sublime gracia de la vocación, vayan, vayan pronto a recoger las gavillas y transportarlas al místico granero de nuestra augusta, Santísima Religión. Digan a todos los buenos Señores, nuestros amigos, que no se cansen de ayudarnos con su óbolo, antes traten de darlo abundantemente a una obra, que se extiende según los medios. Y bienaventurados aquéllos que hayan colocado su caridad en este erario, que le será retribuida con el ciento por uno, con mil bendiciones en la tierra sobre sus empresas y sus familias, y con las bendiciones celestiales, que para consuelo hallarán en el último de sus días, en el cual sólo podrán fiarse en las buenas obras y en las piadosas dádivas de su generosidad.

Yo envío un saludo muy de corazón a todos, implorando sobre ellos una especial bendición del buen Jesús, asegurándoles que jamás los olvidaré en mis pobres oraciones y que procuraré se haga lo mismo en todas nuestras Comunidades. Y a ustedes, mis buenas hijas, las dejo a todas en el Santísimo Corazón de Jesús, nuestro asilo seguro, y en el cual siempre nos hemos de hallar unidas, aun cuando nos separemos a través de cuatro o seis o más miles de millas. La Misionera no conoce distancias; el mundo es para ella una pequeña colonia; el espacio es un punto imperceptible, pues está acostumbrada a contemplar el espacio infinito de la eternidad, a la cual desearía conducir felizmente a todas las almas redimidas por la Preciosísima Sangre de Jesucristo. Ensanchen pues sus corazones, oh Misioneras del Sagrado Corazón, agranden sus almas, y no se contenten con poco, sino deseen hacerse grandes santas para santificar a todos aquéllos, que deberán acercar a ustedes por obediencia, y así dar consuelo a su Madre lejana, quien sólo sabe sentir sus delicias en el hermoso jardín de las perfumadas flores de vuestras virtudes.

El buen Jesús las bendiga y las encierre siempre en su hermoso Corazón, en donde cada día y a cada horas las visita espiritualmente vuestra muy aficionada en el SS. C. de J.

M. FRANCISCA JAVIER CABRINI

Panamá, junio de 1895.

VIII

DESDE PANAMÁ, POR EL PACÍFICO Y A TRAVÉS DE LA CORDILLERA HACIA BUENOS AIRES

M. G. SS. C. J.

12 de octubre de 1895

La paz esté con ustedes y les haga repetir con frecuencia:
Omnia possum in eo qui me confortat".

De la llaga del costado
¡cuán ancha es su abertura!
Es el Puerto preparado,
lejos pues todo temor;
de la Virgen aferrada,
pronto en el puerto entraré.

"¡Qué largo viaje, qué viaje difícil emprende ahora la Madre!" Así escucho sus exclamaciones, mientras veo pintarse en el semblante de muchas de ustedes la tristeza y el temor. Parece que yo sea la más tranquila de todas; y lo soy en verdad con respecto a mi viaje. Jesús vive todavía;

María Santísima de las Gracias es siempre mi muy tierna Madre, como es Madre y Fundadora del Instituto, y son Ellos los que me acompañan siempre a través de miles y miles de dificultades; ¿acaso me abandonarán ahora? ¡Oh! Jamás yo les haría ofensa tan grave en desconfiar de su poder y protección. En diez y seis años de vida del Instituto. Ellos lo hicieron todo; todo lo realizaron con maravilla grande. Y si alguna vez hubo fracasos, fue sólo porque yo puse mucho de lo mío; mientras cuando los dejé hacer, nunca tuve de qué quejarme. Voy, pues, con la confianza tranquila de la niña, que descansa en los brazos de su Madre; en la navecilla segura del Corazón Santísimo de Jesús, voy a cumplir mi misión. La obediencia y la bendición del Padre Santo me acompañan y me darán seguridad; por lo tanto nada temo, repitiendo de continuo nuestro lema: *Omnia possum in eo qui me confortat*.

Ruge el viento, se oscurece el cielo, se levantan las traidoras olas, rola y cabecea la nave, se revuelven y se arrojan unos sobre otros todos los objetos, como si fueran cuerpos ambulantes, amenaza la tormenta más terrible… No importa: he prometido confianza, debo mantener la palabra, y espero con fe y confianza, mediante la gracia de Dios, de ir repitiendo siempre: *Omnia possum in eo qui me confortat.* Hijas, somos Misioneras, y la Misionera no debe desfallecer por las dificultades y por los peligros, antes bien, confiada en Jesús, protegida por María, no siente las dificultades, supera los peligros, sin mirarlos.

¡Dificultades, dificultades! Hijas, ¿qué son las dificultades? Juegos de niños, agrandados por nuestra fantasía, aún no acostumbrada a fijarse y zambullirse en Dios omnipotente. ¡Peligros, peligros! ¡Qué son los peligros? Fantasmas que sorprenden a las almas, las cuales habiéndose entregado por entero a Dios, o suponiendo haberse entregado a Él, viven empero con el espíritu del mundo, o por lo menos con muchas centellas del mismo, que, a semejanza de las brasas bajo las cenizas, se levantan para quemar por cualquier soplo de viento contrario.

Es necesario entonces, hijas que nos revistamos del verdadero espíritu: que vivamos una vida de fe y de fe viva; que jamás nos mintamos a nosotras mismas y a la gracia, que nos acompaña por donde quiera.

Hemos prometido solemnemente en el Santo Bautismo renunciar al mundo, al demonio, a la carne; pero este renunciamiento debe ser verdadero y ratificado cada día con los hechos. Al entrar en religión hemos dicho: "yo me he crucificado para el mundo, y el mundo está crucificado

para mí". Pero ésta no debe ser una palabra vacía de sentido; en realidad hemos de vivir como gente de una nación santa, que no pertenece más al mundo. Al tomar el Crucifijo de la Misionera, casi crecidas en generosidad, digamos con todo el entusiasmo del alma ferviente: "Estoy dispuesta a dar la sangre por Cristo, y diré bienaventurado aquel día, en el cual se me conceda sufrir mucho por la santa causa de la salvación de las almas, por la gloria de Dios". ¡Palabras sublimes! ¿Y quién faltará a un juramento de alma tan dichosa? Hijas, meditemos profundamente la sublimidad del estado, al cual Dios nos ha llamado, esto es cooperar con Él en la salvación de las almas, y ante tal contemplación, ¡oh!, no tendremos ánimo de faltar a nuestras promesas, de abatirnos por los juicios y razones del mundo.

"¡Pero yo soy débil!" Con Dios todo se puede, y Él jamás falta al alma humilde y fiel.

"¡Pero yo soy frágil!" Si fueres humilde y constante, Dios será tu fortaleza y, fortalecida con el poder de Dios, ¿de qué has de temer?

"¡El demonio es terrible!" El demonio es un perro atado, no puede causarnos daño, ni molestarnos, si Dios no se lo permite; por lo cual el alma humilde tampoco ha de temer al demonio.

"¡Pero yo he faltado a la generosidad, y ante las primeras dificultades he caído; ahora ya no podré hacer nada bien!" ¿Has caído? Y bien, humíllate; y con viva contrición de tu alma, pide perdón con humildad y promete de nuevo a Dios y a quien lo representa, y después adelante, con mayor entusiasmo que antes, para reparar asimismo las derrotas soportadas.

12 de octubre – Ayer fue uno de los días más memorables, que señalan una época en la vida por las diversas impresiones y los distintos afectos que despiertan en el ánimo, mientras imprimen un recuerdo, que nunca o difícilmente se borra.

El dejar, después de cuatro meses a las amadas Hermanas, que con su ejemplo tanto bien hacían a mi espíritu; que con su virtud perfumaban la Casa de Panamá y la convertían en muy amable habitación; el alejarme de aquel hermoso grupo de niñas colegiales que con verdadera nobleza, de manera particular, correspondían, a los cuidados, a los sacrificios que se soportan por ellas, y que veía en torno a mí cada día, pendientes de mis labios, para recibir con tierno y filial corazón aquellas palabras, que yo trataba de expresar, aún muy mal, en su idioma; el esfuerzo que consigo

mismas ejercían cada día para vencer sus pequeños defectos y dedicarse a la virtud; el cuidado con que procuraban que yo estuviera cada día más contenta; la solicitud con que trataban de adivinar mis deseos para satisfacerlos; todo, en una palabra, fue causa de que me fuera más dolorosa la partida. Como el vapor, señalado para mi viaje, se hallaba alejado tres millas de la ciudad, todas las niñas, acompañadas por sus padres quisieron llegar a bordo, aprovechando un hermosísimo y cómodo remolcador, que el noble y generoso Señor Ernesto Icasa, padre de una querida alumna nuestra, hizo preparar a ese fin. Los Honorables señores Representantes de los Jefes de Familia de Panamá y Patronos del Colegio también quisieron acompañarme hasta a bordo y recomendarme con mucho afecto a los cuidados del Capitán y del comisario.

Estos señores ya se habían hecho muy beneméritos conmigo, sea por su condición de señores bien prestigiosos; como también por la posición social, que con autoridad y competencia ocupan en el país, y por la virtud y generosidad que los distingue.

Desde que llegué a Panamá y durante todo el tiempo que allí estuve, siempre obraron de manera que el colegio tuviera todo el desarrollo que yo deseaba, para asegurar mejor su estabilidad y su adelanto. Para esto realizaron no pocos sacrificios, aun de sus mismos intereses, con abnegación verdaderamente laudable. Luego, en vísperas de mi partida, no contentos con cuanto habían hecho, con sentimientos aún más nobles, vinieron en corporación a rendirme una postrera demostración, para asegurarme que durante mi ausencia, procurarían, aún más, que siempre nuestras amadas Hermanas se hallasen bien y fuesen defendidas de todo peligro. Como si no bastaran sus palabras, que para mí eran un documento, me dieron un testimonio escrito, añadiéndole una hermosa recomendación para presentarme a sus amigos de Ecuador, de Perú, de Chile y de la Argentina. Al puerto llegaron muchas señoras, buenas amigas nuestras, para saludarme. Llegaron también el Secretario del Obispo y el Párroco de la Catedral para presentarme los augurios, que siempre tienen valor, porque están acompañados con la bendición sacerdotal. El Párroco de la Catedral, por la mañana, invitado por nuestro celoso y solícito Capellán, había ido a dar la Bendición con el Santísimo Sacramento para pedir un buen viaje. El muy Venerado Vicario General y nuestro Capellán, con corazón verdaderamente paternal, quisieron llegar hasta a bordo para acompañarnos y así pudieron impartir una bendición al vapor, que por veintiún días debía hospedarme. Tantas demostraciones en verdad me han

conmovido y me han hecho experimentar una vez más, y bien profundamente, la pena de dejar Panamá, en donde se albergan almas tan buenas y generosas. A bordo, los señores Icasa, Espinosa, Della Ossa y Lewis me presentaron al Capitán con mucha recomendación. Para colmar estos gestos, el señor Icasa presentó él mismo al Comisario el pasaje, que con muchas facilidades se había conseguido, por lo cual yo no hube de pensar en nada, completamente en nada, sino tan sólo en comenzar a gozar de las interesantes ventajas, que me fueron obtenidas. Además, no faltó la nota cómica que vino a aliviar la emoción de los últimos momentos, pues el Cónsul señor Della Ossa tomó por la chaqueta al Capitán y le dijo: "Ha de saber que la Madre no ha cenado y es necesario darle pronto alguna cosa". "Sí, sí, -respondió el Capitán_ cenará"; pero él apremiándolo más aún: "Qué sí, sí, -le replicó- debe ir a prepararle algo bueno"; como que el Capitán hubiere de ir él mismo a la cocina y a servirme los platos. El Capitán gozó mucho de la vivacidad del señor Della Ossa y llamó inmediatamente al Sub-Comisario para que me acompañara al comedor. Le rogué que aguardara un poco, pues antes deseaba saludar a las Hermanas y a las niñas, ya que el vaporcito volvía en seguida hacia Panamá, porque eran las seis pasadas y las tinieblas descendían con esa rapidez muy propia de estos países del Equinoccio. Corto fue el agitar de los pañuelos, porque ya nada se distinguía a la distancia de cincuenta metros. Fuimos a visitar nuestro nuevo domicilio, la Madre Clara y yo, y nos pareció hallar un pequeño convento. Dos cabinas que se comunican mutuamente y tenían la abertura sobre el puente, el cual semeja una galería de más de cuatro metros de ancho y de cerca de ciento de largo, en donde podemos con toda libertad pasear y tomar el fresco. El comedor está muy cerca; todo bien cómodo y proporcionado; podíamos desear cosa buena, pero esperar tanto, no.

Después de la cena y luego de haber orado un poco, la Madre Clara fue a descansar y yo me senté frente al Faro de Panamá, mirando hacia la izquierda, donde me parecía ver a las Hermanas, primeramente en recreo, fijas las miradas hacia el sitio, de donde había partido el vapor *Mapocho*, luego absortas en fervorosa plegaria en la devota capilla; hasta me parecía ver las cinco lámparas ardiendo; tres ante el Santísimo Sacramento, una ante la Virgen y otra ante San José, las cuales, en el parpadeo de sus llamas, parecían querer unirse a ustedes en la súplica de buen viaje para la Madre. Entonces yo me uní a sus oraciones fervorosas a fin de impetrar para ustedes las más hermosas gracias y aquel espíritu, que siempre

debe acompañarlas para que puedan cumplir muy bien su misión, es decir santificarse a ustedes mismas y llevar a Dios todas las almas, a las cuales se acerquen.

Entre las 9.30 y las 10, con mucha suavidad, el vapor se puso en movimiento, volvió sobre sí mismo, y lo hubieran visto pasar frente al monte Flamento y tomar la dirección hacia el Sur. Yo continué manteniendo fija la mirada hacia la izquierda del faro, pero poco a poco también él se tornó un punto imperceptible, que se perdió en las densas tinieblas circundantes. Al perder ya la esperanza de poderlas ver aun una vez más, y de escuchar sus voces que, como una invocación y una plegaria, han elevado a María Santísima con el canto del *Ave María Stella,* yo también me retiré a descansar.

14 – En la mañana del 12, apenas levantada, y recitadas mis oraciones, corrí hacia la borda dirigiendo la mirada a todas partes, para ver, si no a Panamá, por lo menos la costa que me indicara la dirección, pero las aguas nos rodeaban por completo por todas partes, como una inmensa losa de plomo; el cielo nublado no me permitió fijar los puntos cardinales, que me señalaran la dirección ansiada. Me fijé entonces en el Corazón de Jesús, y allí pude verlas a todas, embebidas en la más hermosa contemplación, encendidas en los más fervorosos y ardientes afectos, que, a semejanza de Serafines, las enfervorizaban en preparación para la Santa Comunión. Fue para mí una visión consoladora y me apresuré en unirme a ustedes con una Comunión espiritual, ofreciéndola al Padre Eterno en unión a sus reales Comuniones Eucarísticas. La Madre Clara luego se detuvo en cama, sin tratar si siquiera de probar en levantarse, en la seguridad de que no podría tener alzada la cabeza. Probamos el remedio sugerido por el Rdo. Padre Junguito; a mí me hizo bien, pero a la Madre Clara no le produjo efecto alguno, de modo que fue como si no lo hubiera tomado. Por otra parte come, tiene buen color; tan sólo no puede levantarse. Yo he puesto mi escritorio en la puerta de la cabina y de esta manera igual nos acompañamos.

Parece que la atmósfera haya cambiado de naturaleza; pues, yendo hacia el Ecuador, más bien estando ya en la misma línea ecuatorial, en lugar de sentir mucho calor, como todos anunciaban, se siente fresco, o por mejor decir, frío, por lo cual hemos debido abrigarnos bien. Casi, casi estaba por creerse que el vapor hubiera equivocado la dirección y hubiera tomado, en lugar del camino hacia el Ecuador, el que conduce al Polo.

Dos colchas de lana no bastan en la cama; en el puente además de la manta, se necesitan chales, y luego se siente aun el escalofrío, que corre por los huesos. Hubiera deseado usar las almohadas preparadas por ustedes con tanta solicitud para el viaje, pero por más que alargara los brazos, no logré aún llegar hasta Panamá para tomarlas; y también me imagino la pena de las Hermanas por no tener brazos tan largos, para podérmelas alcanzar, después de haberlas olvidado.

No hay que tener mucha pena por eso, pues todos en el vapor tienen gran solicitud por nosotras, y nada nos faltará. Además, al pasar por la línea ecuatorial, no es el caso de desear muchas comodidades, ya que estamos cerca y en línea recta a Quito, en donde vivió la Beata Mariana, muy celebrada por sus austeras penitencias, más bien admirables, que imitables. Oh, que la amada azucena de Quito desde el Cielo quiera dirigir una mirada de bondad a estas tierras convulsionadas por miles de revoluciones y donde la impureza hace actualmente grandes estragos. ¡Qué lástima que la Madre Gabriela no esté viajando conmigo, ahora que estamos por pasar el Ecuador, con el deseo grande que tenía de ver la línea! ¡Es en verdad muy hermoso! Una gran faja azul oscuro y luciente se halla sobrepuesta a una esfera y parece que allí termine el mar, o bien si éste continúa, parece necesario dar un salto para entrar en él. A una viajera, que deseaba ver la línea ecuatorial, los alegres acompañantes le prestaron unos anteojos diciéndole, que mejor la vería con ellos, mientras tanto, a ocultas, habían atravesado los lentes con un hilo, de modo que la señora creyó verla justamente, como una gran viga que dividía los dos hemisferios; pero, he aquí que el fenómeno extraño se presenta a mis miradas y a simple vista; así también lo ven los señores y las señoras al mirar el espectáculo, en verdad hermoso y nuevo, que presentan a nuestros ojos las combinaciones del aire y de los vapores.

Aquí termina el Norte y comienza el Sur y verdaderamente parece que una doble naturaleza se encuentra misteriosamente, pues el termómetro señala 27 grados y el aire es tan helado, que da escalofrío y eriza la piel. Mas no crean que sea siempre así; antes bien, todos se han maravillado de ello como de un nuevo fenómeno; mas yo no me maravillo de nada, acostumbrada, como estoy, al ver suceder tantas cosas hermosas e imprevistas; pero siempre dispuestas perfectamente por la suave mano de aquel Dios, que en la economía de su santísima Providencia guarda siempre nuevas maravillas para las almas, que saben elevarse sobre la tierra y abandonarse plenamente en Él. Mientras tanto, amadas hijas, gozo en ha-

cerles una nueva descripción del Ecuador, no habiendo escuchado hasta ahora, sino hablar de excesivos e insoportables calores. Puede muy bien suceder que la azucena de Quito, la Beata Mariana, que desde la alta cima de la Cordillera, donde se halla su venerado sepulcro, o más bien del cielo, en donde vive feliz junto al amantísimo Jesús, haya enviado un soplo de su aliento paradisíaco para animar nuestro paso y bendecir de esa manera la intención de nuestro viaje, por haberlo emprendido de Panamá a Lima, como una peregrinación en honor de Santa Rosa, protectora de la América meridional, cuya tumba hemos de visitar, recibiendo la Comunión en su altar.

16 – Ayer, a las siete, llegamos a Guayaquil, en donde pensábamos bajar para comulgar, pero fueron necesarias unas dos horas antes de que llegara la Capitanía con el Médico y la inspección aduanera. Luego llegó a bordo un sacerdote peruano, quien desde el Ecuador, donde tenía sus bienes, en los momentos críticos de la revolución había dejado la patria, y partido para el Perú; ahora con el deseo de hacer algún bien a su nación, trató de volver al Ecuador, pero apenas llegado, fue rechazado y obligado a subir a bordo de nuestro vapor y volver al Perú. Entonces consideré yo que era mejor no movernos de la nave para no dar disgusto y trabajo a la policía de entrar en sospechas también por nuestra inoportuna llegada, pues todo es ahora vigilado, no habiendo aún terminado de hacerse cargo de la República el señor Alfaro con su gobierno.

La ciudad, vista desde la nave, con sus hermosas casas fabricadas con cierta simetría de arquitectura y bien pintadas, elevada en un natural semicírculo, reflejándose en las aguas, se presenta muy hermosa y no inferior a una ciudad europea. De noche, toda iluminada, presenta un aspecto verdaderamente sorprendente y alegre. Tiene muchas iglesias, que deben ser bellas, si se las considera por las hermosas torres que se elevan sobre todas las casas. Más ahora esos templos, esas iglesias, están desiertas, y ofrecen un aspecto bien desolador, ya que los aliados del revolucionario Alfaro han querido hacerse célebres, echando, apenas entraron, a cuantos sacerdotes pudieron, y con los sacerdotes a una gran cantidad de Hermanas, algunas de las cuales llegaron hace dos meses a refugiarse en Panamá, para luego volver a sus respectivas Casas Madres. Se dice que a algunas no las exilaron, sino que las trataron muy mal, entrando las tropas en sus conventos, saqueando cuando pudieron hallar de bueno y destrozando lo que no servía o no podía servirles, en manera tal que las pobrecitas despavoridas huyeron del país.

Cuando yo vi a algunas de estas pobrecitas, las hallé con muy mala salud por las penas y malos tratamientos sufridos. Pero no hay que desalentarse por todo esto; antes, de ello conviene tomar siempre nuevos alientos; y si, por ejemplo, hoy, ya no nos quieren más en una nación, iremos a otra, sacudiendo el polvo de los zapatos, como hacían los Apóstoles. Arrojadas también de este segundo país, quizás volveremos aun al primero, y de esta manera no se abandona el número aún inmenso de almas, que ansían aprovechar el bien, que se les puede hacer. Mientras tanto yo, no teniendo nada que hacer por ahora en el Ecuador, me dediqué a rogar muy de corazón a la Beata Mariana, para que, desde la altura de Quito, en donde yace, mire a su alrededor y proteja a su patria, logrando que pronto termine el reino y el dominio de las tinieblas y vuelva a ver esa luz de verdad, que, poco antes, tan bien la iluminaba y guiaba.

17 — Desde ayer tarde, cuando abandonamos el Ecuador, hemos entrado en las aguas del Perú y esta mañana a las 7 ya entrábamos en el golfo de Paita. Parece el país de la desolación, y, a primera vista, aprieta en verdad el corazón. Ni una planta, ni un hilo de hierba, ni una fuente; rodeado de montañas bajas, áridas y secas presenta el aspecto de un verdadero desierto. Y, sin embargo, es uno de los puertos más sanos; aun del Ecuador llegan muchas personas para curarse de diversas enfermedades y muy especialmente para la cura de la sangre. En efecto, se respira un aire tan puro, tan ligero y balsámico, que reconforta completamente; el mar está tranquilo en su ensenada; y dicen que nunca se alborota en este lugar; luego tiene un color azul tan hermoso, que parece más bien un pedazo caído del cielo, que parte de ese elemento tan movedizo. Mas, para nosotras, debía ser aún más hermoso y singular. Mientras con la vista dirigida alrededor, mirábamos si se divisaba, en la lejanía, la altura de un campanario para dirigir allí nuestros pensamientos, nuestros ardientes deseos, nuestro corazón al amado Jesús en el Sacramento, he aquí que una turba de blanquísimos pájaros llegaron a jugar en torno de nosotras, emitiendo ciertos trinos, con los cuales parecían querer darnos a entender algo. Madre Clara rompió el silencio, diciendo: "Oh Madre ¿esto qué será?". "Ea, vamos —respondí— nos han venido a invitar en nombre de estos pueblos, como ya hicieron en Panamá tres años antes que fuéramos; mas vendremos, cuando podamos".

Mientras así conversábamos, divirtiéndonos en hablar de esos singulares pájaros, he aquí que llega al vapor un sacerdote venerando, quien de inmediato se acercó a nosotras; después de saludarnos mutuamente

y de interrogarnos acerca de la finalidad de nuestro viaje y de nuestra Misión, sin mayores cumplidos, dijo: "Éste es vuestro lugar, las llevaré a una ciudad cercana, donde abrirá una hermosa Misión; enseguida me preocuparé de vuestro desembarco". Hubo que hacer de todo para persuadirlo, que por ahora yo no podía detenerme, pero que, si fuere voluntad del Santísimo Corazón de Jesús, vendría más tarde. El pobrecito quedó como mortificado y se retiró. Después de poco tiempo, lo vimos llegar de nuevo, pero con refuerzo; venía acompañado del Prefecto y del Alcalde y de otros señores respetables. Volvió al asalto con miles de promesas, hablando de honorarios y de qué sé yo cuántas cosas. Al principio comencé a creer que, como muchos llegan a los vapores de otros países para mercancear, así también en esta ocasión quisieran hacer buen mercado con las Hermanas; pero sus súplicas, formuladas con tanta instancia, con grandes deseos de tener con ellas a quienes dieren a sus pueblos una educación sólida, basada en puros sentimientos religiosos, me aseguraron completamente sus buenas intenciones. A pesar de todo, respondí como la primera vez; y entonces los pobres se resignaron a tomar nota de mi dirección y a darme la de ellos, por si más tarde se pudiere realizar, cuanto ansiosamente desean.

Y entre tanto han pasado dos hermosos días, el de Santa Teresa, y hoy el de la Beata Margarita, sin poder comulgar, ni oír una Misa. Si no tuviéramos el consuelo de la plegaria, en verdad sería insoportable la vida en un viaje tan largo, como éste. ¡Qué bello don es el de la plegaria! Es un verdadero tesoro de nuestras almas, al poder rendir con la plegaria perfecto culto de adoración a Dios. La plegaria es el canal, por donde las preciosísimas aguas de la gracia, continua v copiosamente, corren para nosotras desde el Corazón amante de Dios. Aguas preciosas, hijas, son éstas; pues, al santificarnos a nosotras, llenan de alegría a la Iglesia Santa, de la cual, cada día más, debemos procurar ser dignas hijas. La plegaria jamás es inútil ya que su espíritu tiene esto de particular, que puede penetrar en todas partes, y allí donde hay miserias, indigencia, al entrar lleva vida, gracia, consuelo, salud; su celo es como el ángel del Señor; su actividad es mayor que la del fuego ardiente; su velocidad es como el pensamiento de un Querubín. ¡Oh! El espíritu de la plegaria no conoce obstáculos, no admite dilaciones, desprecia todos los peligros, porque tiene siempre como fin propio la gloria de Dios, el aumento de los intereses de Jesús, la dilatación de su reino, la santificación propia y la del prójimo. ¡Oh, qué felicidad entonces, hijas mías! Yo voy acompañada de ese gran medio que

es la plegaria, de ese prodigioso medio de la plegaria. Yo, pues, soy feliz aun entre las ondas espumosas del mar. Y ustedes, hijas, rueguen, rueguen siempre e invoquen sin cesar el espíritu de la plegaria que debe constituir vuestra felicidad.

Pero, ¿Qué es el espíritu de la plegaria? Es rogar según el espíritu de Jesús, animadas por el espíritu orante de Jesús, rueguen en Jesús y con Jesús. El espíritu de la plegaria requiere rogar siempre según el beneplácito Divino, querer todo lo que Jesús quiere y nada desear de cuanto a Él no agrada. Requiere tener nuestro espíritu siempre dirigido a la plegaria, en todo tiempo y lugar, trabajando, caminando, comiendo, hablando, sufriendo, gozando, habitualmente y siempre.

20 – El día 18 nos detuvimos dos veces, una en el puerto Eten, y la otra en el puerto Pascamaio[24], y ayer por la mañana en otro llamado Salaverri[25], en el cual todavía nos hallamos, aún cuando por la vista y por las comodidades parecería un puerto al cual no se le debiera tomar en cuenta. Han cargado aquí mucha mercadería: azúcar, coco, arroz, algodón, que constituyen la principal riqueza de estos pueblos, dejando de lado las minas de oro y de otros metales que abundan en Perú, aun cuando no, como en otros tiempos.

Mas ahora tiene otra riqueza: el guano natural, que se forma con el estiércol de los pájaros. Desde el Ecuador hasta Chile toda la costa, sea plana o montañosa, es todo un desierto; no se ve un hilo de hierba ni una planta, nada, nada que sea indicio de vegetación.

Tampoco se puede cultivar algo porque no llueve sino en épocas fijas de cinco a siete años, y mientras tanto, según el orden de la Providencia, millones de pájaros deponen, en determinados lugares, cantidad de excrementos, de los cuales extraen el guano, que es tan acreditado en todo el mundo para acrecentar el buen cultivo de los campos.

Entre nosotras, cuando una cosa es preciosa o de valor se suele decir que vale un Perú; y, en efecto, el Perú es muy rico; pero el que lo contempla a través de la costa del Pacífico, en toda su extensión, ciertamente no se siente inspirado a presentarlo como un ejemplo de cosa preciosa; antes tiene deseos de decir que si hay alguna cosa fea y tétrica, ésa se asemeja al Perú.

---

(24) Debe ser Pacasmayo
(25) Salaberri

Por estos sitios hemos visto interesantes invenciones. El mar está casi siempre tan agitado que no en todas las ocasiones pueden llegar con la barca a la acostumbrada escalera del vapor; y entonces, ¿qué hacen para llevar a bordo a los pasajeros? ¡Escena curiosa y verdaderamente ridícula! Toman un barril, cortado hacia arriba, colocan dentro a la persona y, suspendido por la misma cadena que usan para las mercaderías, lo levantan y luego lo bajan en la nave. Mas la pobre persona que se siente suspendida entre el cielo y el agua no deja de sufrir poco temor, y se comprende bien cuando no sólo las mujeres sino también los hombres, se agarran de las cuerdas, de la cadena, del barril, con todas sus fuerzas, y al terminar el giro de la suspensión, con los pies en el piso del vapor, aún quedan como aturdidos, no pareciéndole verdad que hubiese pasado el supuesto peligro. Además, ayer, aprovechando las barcas de las mercaderías, llegó a bordo un intruso; pero los experimentados oficiales que comandan este hermoso buque inmediatamente se dieron cuenta y, sin mayores cumplidos lo intimaron a volver a la barca en que había llegado. Mas él, que ingeniándose trabajosamente había podido treparse a bordo, no podía tan fácilmente bajar; entonces lo ataron como una bolsa en la cadena y con la polea lo descendieron en la barca; debía estar acostumbrado ya a esta maniobra porque permaneció indiferente y fresco como una rosa.

Este puerto de Salaverri es tan importante que nos detuvimos por dos días debido a la gran carga que existía; pero es tan incómodo como importante. Hace algunos años se había construido un buen muelle que facilitaba muchísimo el embarque, mas, cuando se terminó la obra y apenas se gustaba de esa comodidad, una tormenta espantosa, con oleadas impetuosas y terribles, lo sumergió en el fondo del mar, no dejando ni siquiera huellas de tanto trabajo y de tantos gastos, por lo cual no se animaron a construirlo por segunda vez. En este sitio el mar está siempre hinchado y agitado, y sus olas van a golpear con tal vehemencia contra las rocas de estas montañas altas y áridas que causa terror su sola contemplación. Transportan la carga de las mercancías al vapor en unas barcazas grandes y fuertes; y, a pesar de todo esto, a veces parece verlas que se sumergen, cubiertas por grandísimas olas que muchas veces las ocultan a nuestras miradas y nos hacen estar con el ánimo temeroso y suspenso, hasta que se las vuelve a ver apareciendo por sobre las hinchadas ondas. Por el ímpetu del mar estas pobres barcas son llevadas y vueltas a llevar con frecuencia a diestra y a siniestra, aunque están tripuladas por diez robustos remeros, armados de remos largos y anchos, mientras uno de ellos, con un remo

aún más grueso, trabaja con todas sus fuerzas en usarlo de timón en la popa. Otros llegan con *balsas,* hechas según costumbre primitiva, y están construidas con tablones de árboles largos y gruesos, llamados palos de *balsas,* de una sustancia liviana y espumosa, como el corcho, y muy resistente al agua. En ellas transportan principalmente bolsas de carbón vegetal, que usan en estos sitios, y dicen que estos medios de transporte son más seguros que cualquier lancha. Yo empero, les digo la verdad, no me confiaría tan fácilmente a ellos, fuera de que existiera precepto de obediencia, en cuyo caso desaparece todo temor y nos infunde una gran confianza, que trae consigo seguridad… ¡obediencia!..., ¡Oh palabra querida!... ¡obediencia!..., palabra revelada, rayo de luz que baja del Padre de las luces sobre nosotras; manifestación de la Divina voluntad por medio de sus representantes sobre la tierra. El que sabe que hace la voluntad de Dios siente gran paz, gusta en su alma de un anticipado Paraíso; y por esto qué alegría la nuestra, oh hijas, que vivimos en Religión, o sea en el estado de Santa Obediencia, en la seguridad de que realmente, en el momento actual, y de continuo hacemos la voluntad de Dios. *Ego quae placita sunt Ei facio semper.* El que vive en obediencia tiene seguridad en el camino, pues con la obediencia no hay errores, engaños, ilusiones o tinieblas. Las almas obedientes constituyen las delicias del Corazón de Jesús, el cual ha manifestado que sus tesoros están siempre abiertos para estas sus amadas y fieles Esposas; ellas son a quienes Él hace árbitros de sus erarios, así en la tierra como en el cielo. Hijas, ¿aman ustedes a Jesús? ¿Quieren ser sus fieles esposas? Amen la obediencia, obedezcan siempre por Jesús, todo mandato sea fácil para ustedes por la confianza en la santa obediencia, sólo por la obediencia hallarán la seguridad de sus pasos, la firmeza de sus obras, la fortaleza de sus espíritus, y, de esa manera, no sólo caminarán, sino que volarán como águilas reales por la senda de las más excelsas virtudes; y así tendrán una vida tranquila y contenta pudiendo siempre repetir a ustedes mismas: yo estoy segura de hacer la voluntad de Dios. Recuerden que nadie se ha hecho santo sin la obediencia; antes fue justamente la virtud predilecta de los Santos. Mas, no hagan las cosas a medias, hijas, sino procuren que su obediencia sea completa y perfecta, igual a la de Jesús. Primero, en la ejecución, cumpliendo pronto, en todo y con alegría cuanto fuere ordenado por la Superiora; luego en la voluntad, no haciendo otra cosa que lo que desea la Superiora; tercero, en el juicio, juzgando y pensando como juzga y piensa la Superiora. Sea su vida, oh hijas, un tejido jamás interrumpido de obediencia, seguras de que la obediencia perfecciona las obras aun indiferentes y es un excelente

medio para satisfacer nuestras deudas. ¿Quién de ustedes, hijas, no ha contraído deudas con Dios en el curso de su vida? Y bien, el medio y el modo de pagarlas con mayor seguridad es el de sujetarse a una verdadera y perfecta obediencia, siendo ésta de un valor mucho mayor que cualquier penitencia, que puedan imaginar. *Melior est obedientia quam victimae.* La muerte de las almas obedientes será dulcísima.

25 – Siempre con retraso; y así llegamos al Callao tan solo en la mañana del 22. Yo me levanté a las cuatro, y a las cinco y un cuarto llamé a la Madre Clara para que se alzara en la esperanza de poder bajar a tierra a las seis y tomar luego el tren para Lima, a fin de cumplir nuestro voto, recibiendo la comunión en el sepulcro de Santa Rosa. Pero bien pronto se desvanecieron nuestras esperanzas, pues, a las siete y media no había llegado la Capitanía, y antes de esa visita nadie puede moverse, y ni aun las barcas pueden acercarse al vapor, bajo pena de una multa grande. ¡Por fin llegaron, pero tuvimos la pena de saber que hasta las nueve no habría otro tren para Lima! ¿Qué hacer? La Madre Clara que había luchado mucho con el mar, no se sentía en disposición de estar más tiempo en ayunas; yo, costara lo que costare, no quería perder la Comunión prometida a Santa Rosa, habiendo tenido hermosos coloquios con ella, a quien encargué el resto de nuestro viaje y los intereses, que voy a tratar. Además el ayuno lo podía soportar bien, ya que no había combatido, sino tan sólo jugado con las olas, gozándome en su impotencia, en el romperse de sus altaneras oleadas, y en su frecuente levantarse bien alto, a semejanza de espuma y de humo, en la manera de asemejarse muchas veces a una parte de las cascadas del Niágara, que, hace tres años, vi cerca de Buffalo, en los Estados Unidos.

Tomamos pues el tren, y a las diez llegamos a Lima, donde en un coche llegamos pronto a la Iglesia de los Dominicos; y allí pudimos a gusto hacer nuestras devociones. En el Altar, donde recibí la Comunión, sobre el Tabernáculo, había un Niño con los brazos abiertos, con una sonrisa verdaderamente celestial, de una extraordinaria belleza, parecía que fijándose en mí, me dijese: "es aquí, en donde te aguardaba para favorecerte, por los méritos de mi amada Rosa, que tú vienes a honrar". Las miradas de ese Santo Niño, tan vivas , penetraron hasta el fondo de mi alma, y tan grande fue el consuelo que recibí, que olvidé el ayuno y todas las miserias humanas, y sin darme cuenta por completo, llegué a la una de la tarde, sin que hubiera tomado, ni siquiera un café. Si así premia el buen Jesús un sacrificio hecho por amor suyo, ¿qué no hará con almas verdaderamente

fieles? Jesús, este Sol divino que no se halla fuera del alma fiel, sino dentro de ella, y allí reside como en trono de amor. La increada luz de Jesús penetra el alma en todo sentido y manera, según las disposiciones, especialmente de humildad, de pureza y de caridad. El alma se halla frente a esta divina Luz como un Serafín, todo pleno de estupor y de amorosa admiración, teniendo sus potencias, sin darse cuenta siquiera, completamente recogidas en sagrado silencio, no deseando en ese estado de celestial paz y serenidad, otra cosa que complacer cada vez más a su amado Jesús, en Él solamente se llena de alegría y de complacencia por su felicidad y bienaventuranza infinita. Las plegarias intelectuales de esta alma suben como aroma perfumado hasta el Corazón de Jesús, el cual por Sí mismo ya le ha enseñado la manera de orar. El alma ante este divino Sol se halla en éxtasis continuado de amor; ella vive, es verdad, en el mundo y, por necesidad trata con el mundo para la gloria de Dios y la salud de las almas, estudiando siempre nuevos medios para alcanzar tan noble finalidad, pero su vida está encerrada y completamente sepultada en el Corazón de Jesús. El Corazón de Jesús es para una alma fiel a su consagración, como un Sol fijo que le arroja sus rayos divinos como dardos, la ilumina y guía por los senderos de la justicia y de la santidad, y aunque es una en sí misma, se va multiplicando en sus efectos y en sus comunicaciones, obrando siempre con suavidad y con fortaleza. Muchas veces ilumina tan admirablemente el entendimiento, que la pluma no sabe escribir lo que la mente contempla. Este amante divino se convierte como un preceptor del alma amante y fiel y le guía todos sus pasos, consolándola siempre con su luz hermosa, suave, amable y saludable. ¡Oh luz suavísima…! El alma cuando ha gustado una vez esta benignísima luz del Corazón de Jesús, ya no sabe apartarse de su acción y de su influjo, sintiéndose suavemente atraída, unida, ensimismada en este Sol. El alma se halla en este estado como en su centro, nada teme: espera todas las gracias; ama con perfectísimo amor a su Amado, y como ebria de celestial gozo, va exclamando: Bienaventurada el alma, oh Amado mío, que se fundamenta y apoya en Ti para no tener que esperar nada de los hombres. Bienaventurada el alma que fundamenta su vida sobre esta piedra angular, el Corazón de Jesús; ciertamente el edificio no se resquebrajará con el soplar de los vientos de la tribulación, de las tentaciones, de las pasiones, sino que inmóvil se levantará hasta las miradas del sumo Dios. Comencemos, pues, también nosotras, hijas; comencemos con humilde confianza en Jesús, y apoyadas en su divino Corazón; creceremos, mediante su gracia en Él y con Él, y

así coronaremos nuestros días con su amor suavísimo y santísimo, que nos llenará de felicidad por toda la eternidad.

Pero volvamos a Lima, y justamente todavía a la gran basílica de los Dominicos, donde, después de la Santa Comunión, los RR. Padres nos hicieron visitar los Altares, y en primer lugar aquel donde se halla y venera la cabeza de Santa Rosa, encerrada en una urna de plata colocada sobre otra urna más grande, en donde se encuentran las cenizas del Beato Martín de Porres. Todos los altares están adornados con grandes estatuas, algunas de las cuales son bien hermosas y representan tan vivo al santo, que parece quisiera dirigirte la palabra; pero entre esas estatuas hay algunas que desdicen verdaderamente el lugar santo, en especial aquéllas que tienen hábitos de género y son revestidas por devotos particulares, quienes desean adornarlas según su propio gusto y moda de la tribu a la que pertenece el devoto; por lo cual pueden imaginarse cómo tratan de vestir a los Santos ciertos indios, de los cuales nadie ha podido todavía lograr que cambiaran la moda de sus vestidos. Cuando el Santo o la Santa están vestidos según su gusto, y si por casualidad, ostentan además el color de su piel, entonces les tributan mucho afecto y gran devoción; en cambio hallan poco agrado, si visten diversamente. Al dejar la Iglesia vimos a muchas mujeres que ponían, una por una, el índice sobre un sello de plomo puesto sobre un hueco de una caña, también de plomo, que se hallaba metida en la columna, donde está la pila del agua bendita; y manteniendo así el dedo, rogaban de todo corazón. Pregunté qué hacían, y entonces una mujer, admirada de nuestro estupor: "Ea – dijo – ¿ cómo, no sabéis que ésta es una auténtica de Roma, en la que poniendo el dedo, y rezando un *Pater Noster*, se libra un alma del Purgatorio?". Para no dejar admirarada aun más a esa buena gente, me callé, y a mi vez puse, también mi índice y con toda la buena fe, recé el *Padre Nuestro* en sufragio de las Almas Santas del Purgatorio; pero, en verdad, ¡jamás he visto una cosa semejante en Roma! Mas nosotras no estábamos satisfechas con venerar sólo la cabeza de Santa Rosa, y entonces el guía nos enseñó que fuéramos a Santa Rosa *de los Padres,* pues allí hallaríamos el resto de las reliquias. Tomamos el camino indicado, y en poco tiempo nos encontramos allí, donde hay una hermosa Iglesia nueva, muy devota y bien mantenida. El buen sacristán nos mostró con mucha solicitud todas las reliquias, que se hallaban distribuidas en diversos altares. En una capilla, sobre el altar hay un gran Crucifijo y debajo de la mesa, en un magnífico cofre, están las cenizas de Santa Rosa. A los dos lados del altar hay dos vitrinas, en cada

una de las cuales hay un brazo de la Santa. En el otro altar vimos la cruz de madera, sobre la cual echada de bruces en la tierra, oraba y a la cual se hacía atar, a fin de imitar más fielmente a su Esposo, cuando no tenía otras crucifixiones, mucho mejores, que son las del espíritu: verdaderas crucifixiones de sumo valor, que tan bien sirven para purificar las almas y unirlas cada vez más íntimamente a su Amado; las cuales durante mucho tiempo, hubo de soportar la amada del Crucifijo, de quien hablamos. En otro altar vimos cilicios, las disciplinas, instrumentos de su penitencia, y en un cuadro una carta de la Santa, escrita de puño y letra.

En ese mismo altar hay un cuadro de la Virgen con el Niño en brazos, de rara belleza; el solo contemplarlo, nos arrebató el alma; se dice que el Niño fue el que dio el místico anillo de bodas a Santa Rosa y al cual ella recurría siempre para aconsejarse, antes de tratar cualquier asunto. Luego el sacristán nos condujo a ver el lugar, donde se hallaba la casa de la Santa, que se encuentra junto al Templo recién visitado. Es un terreno espacioso, en donde existen los cimientos de una gran Iglesia en cruz latina. Cuando las grandes y hermosas columnas con las paredes laterales llegaban ya al cornisón, estalló una tremenda revolución, que trastornó toda la ciudad de Lima; maltrató a los religiosos, exiliando a muchos y arruinó algunos conventos. Desde entonces ya no se pensó en continuar el admirable trabajo comenzado; y es una verdadera lástima; porque en poco tiempo llegaría a ser un célebre santuario, y están allí todavía el pozo de la Santa que corresponde al medio de la Iglesia, y la gruta del jardín, a donde se retiraba a orar, la que quedaría en un lado de la Iglesia, sin mencionar las preciosas reliquias, antes citadas, aquéllas de las que no me acuerdo bien y otras, que se hallan colocadas en diversos conventos de Hermanas.

Una vez satisfecha nuestra devoción a la santa, fuimos a visitar al Nuncio Apostólico, Monseñor Macchi, quien nos recibió con mucha bondad y satisfizo plenamente el fin de nuestra visita, dándonos una cordial recomendación para el Superintendente de la Compañía Sud – América, a fin de obtener la mayor reducción posible. Conversamos de nuestro viaje y me instruyó con respecto a que bajara en algunos pueblos para tratar asuntos que conciernan a nuestras Misiones. Él conoce bien todo el litoral hasta Valparaíso, pues él hizo ese viaje, en este mismo vapor, para devolver a Monseñor Casanova, la visita que antes le hiciera. Con la bendición y con los augurios de este buen Prelado, fuimos a visitar otra parte de la ciudad, para poderles referir alguna cosa. Lima es hermosa, si

se compara a las otras ciudades que hasta ahora he visto en la América central y meridional; pero no se puede decir que sea absolutamente hermosa, aun recorriendo las calles mejores, que bien pueden compararse a la parte antigua de la ciudad de New Orleans en los Estados Unidos, en la parte donde vive el pueblo más bajo de esa gran ciudad. Algo bueno vimos sólo al entrar en San Pedro. ¡Oh! San Pedro sí; si uno quiere puede compararla con otras Iglesias vistas en Génova. De ellas parece que han sido desterrados esos Santos enmascarados, y es tenida con cuidado, decencia y también con cierta riqueza. Era la una pasada, cuando entramos en San Pedro, y estaban celebrando Misa, la que escuchamos con gran consuelo, después de diez días de largo ayuno para nuestras almas, por haber estado privadas del Santísimo Sacramento. La arquitectura es hermosa, el estilo es bueno, los mármoles ricos y variados. De las tres mesas de los altares pendían unas toallas bordadas con profusión en oro purísimo. Las estatuas de los Santos abundan también allí, pero todas hermosas, que parecieran estar vivas y todas puestas con buen orden. Era el último día de la octava de nuestra querida Beata Margarita Alacoque, y a un lado del Altar mayor se veía un altar provisorio en obsequio a la Beata, bien adornados con lirios y rosas, sobre un fondo de gasa delicada de color rosa, que daba mayor realce a los lirios, los que, en admirable juego, formaban como pabellón a la Beata.

La querida Margarita estaba allí en medio de ese delicioso jardín, que tan elocuente decía, en su mudo lenguaje, las hermosas virtudes de su alma bienaventurada. ¡Cuánto me agradaba ver a nuestra amada protectora en ese altar triunfal, bien apropiado a su Virgencita, que el buen Jesús, en los amorosos designios de su bondad, eligió desde los siglos eternos para establecer y propagar la devoción a su Divino Corazón, manifestando a ella las alegres maravillas de piedad, de clemencia, de poder y de amor!

Cuán bien está, hijas, como especial protectora vuestra, la Beata Margarita, de ustedes que militan con el hermoso y preciso título de Misioneras del Sagrado Corazón de Jesús. La amada virgencita, la digna hija de Sales, correspondió con tal especialísima fidelidad a los amorosos designios de su Esposo celestial, y manifestó, en el cumplimiento de la misión recibida, tan ardiente y generoso celo, que podría arrebatar en gran admiración al cielo y a la tierra. No hay palabras que puedan expresar cuanto ella haya padecido y obrado al difundir tan querida y saludable devoción; ya que el demonio, como bien conocedor de incomparables bienes que

ella había prodigado a los pueblos de todas las naciones, se movió contra nuestra querida virgencita protectora con toda su vehemencia satánica, de manera tal que, humanamente, no parecía posible vencerlo, ni superarlo.

Pero las almas fieles y verdaderamente amantes no se descorazonan, y así nuestra Margarita, en conocimiento de que la obra a cuyo restablecimiento estaba destinada, venía del Cielo, no perdió ni la confianza, ni el valor; sino que abandonada por entero, como buena y sólida Misionera, a la inmensa piedad de su amado Jesús, con los medios de una caridad iluminada y generosa, supo triunfar de todos los obstáculos, mereciendo, aun antes de morir, ver así (a Jesús) conocido, amado y glorificado el Corazón Santísimo de Jesús, de parte de numerosos devotos. En premio de tanta generosidad por su acción, y en compensación ahora la Beata Margarita María, contempla en el cielo las bellezas del Divino Corazón de Jesús, gusta de su paz, de su gozo y de sus delicias soberanas; puede a cada instante hablarle abiertamente, implorar y obtener gracias también prodigiosas, y ciertamente las suplicará para ustedes, si la honran como verdadera patrona vuestra y mucho más si la imitan. Ella, buena y piadosa, al contemplar desde el Paraíso la dulce visión de cuanto se realizará por vuestra caridad, continuando la misión hermosa que ella ejercitaba sobre la tierra con inmenso bien de las almas, les dará fuerzas con su intersección poderosa, y Ella misma presentará vuestras fervientes plegarias ante el trono de Dios, y, como premio a vuestro celo, las colocará a todas en el nido amoroso del Corazón Santísimo de Jesús obteniendo el vivir de su misma vida, que es toda de humildad, de mansedumbre, de obediencia, de sacrificio, de amor. Oh hijas, no olviden que son bien dichosas de honrar, como especial protectora, el alma más querida del Corazón de Jesús, la cándida virgencita Margarita María, ya que, por sus méritos y por su intersección valiosa, puedan hacer progresos rápidos en la senda de la perfección, consolar al Corazón de Jesús, hacerlo conocer y amar, como tienen obligación, y así asegurarse aquellos tesoros de gracias, de los cuales Él es fuente perenne e inagotable. Estén seguras de que, honrándola en vida como a especial abogada, tendrán asimismo a esta Serafina de amor en el instante tan difícil de la muerte; ella misma las acompañará al cielo, las llevará de la mano para estampar en el amabilísimo Corazón aquel suspirado ósculo del amor, que las sumergirá para todos los siglos de los siglos en el torrente de sus delicias infinitas.

En San Pedro hallamos a los RR. Padres de la Compañía de Jesús, que la sirven con mucho decoro; y ciertamente debemos a ellos, si allí hemos

encontrado algo de aspecto europeo. Uno de los RR. Padres nos insinuó que visitáramos a las Damas del Sagrado Corazón, en donde podríamos comer algo. Ellas tienen un Colegio del gobierno, casa muy hermosa junto a la iglesia de San Pedro. Muchos años atrás, antes de que la revolución todo lo convulsionara, la casa era de los Jesuitas, quienes tenían un acreditado colegio y Noviciado. En cambio ahora, los Jesuitas, poseen una Casa no muy grande, frente al colegio de las Damas, pero con el tiempo sin duda alguna llegará a ser grande, pues todas sus escuelas se hallan concurridas por los jóvenes de las principales familias.

La Superiora de las Damas del Sagrado Corazón nos acogió con mucha cordialidad y, mientras preparaban alguna cosa para ofrecernos, nos acompañó a ver toda la Casa, que es en verdad hermosa y muy adecuada para tener bien distribuidas las diversas clases de niñas, que la frecuentan. Las buenas Hermanas habrían deseado que por lo menos nos hubiéramos quedado durante una noche; pero yo no podía estar tranquila, pues debía hacer algunos trámites aún en el Callao para arreglar el viaje a seguir. Habría deseado ver la Catedral, pero me desaconsejaron, porque era muy fea por dentro y por fuera. Por fuera presenta el aspecto de un edificio en ruinas, por las muchas balas que le arrojaron. ¿Pero cómo pudo suceder? Se los diré inmediatamente. En las revoluciones, toman como mira, como punto estratégico la Catedral de la ciudad, y el primero de las dos partes contendientes que llega a abrirse paso hasta la Catedral, es el que obtiene la victoria. Quizá sea santa su finalidad; esto es, la de declararse vencedor el que tiene la suerte de posesionarse del Santuario, pero está fuera de duda que, mientras tanto, maltratan el templo de Dios y arruinan también los mejores monumentos. Se dicen "*muy adelantados*", que quiere decir, muy civilizados, pero en verdad ciertas costumbres y maneras de ellos son todavía de indios primitivos. Es curioso ver a las señoras que aún no han aprendido a vestirse a la moda. Se cubren con un gran chal, que les sirve de capucha y de manto, pero no sabría explicarles cómo se lo ponen, pues algunas lo tienen cerrado sobre una espalda, otras atrás. En cambio aquéllas que han aprendido la moda parecen otras tantas parisinas y hacen ostentación de seda, de terciopelo, de cintas y de plumas, de manera de formar un verdadero jardín, cuando se hallan varias reunidas.

Me gustó la costumbre de la Misa a la una de la tarde, que es cuotidiana en todas las grandes Iglesias, y asisten a ella muchos señores y señoras con devoción bien edificante. En Lima hay una sociedad particular que se encarga de mantener los gastos de estas Misas, celebradas a hora tan

avanzada. Volvimos al Callao hacia la tarde; y nuestro *Mapocho* había entrado al muelle, por lo cual pudimos subir a bordo sin necesidad de transbordar en la barca. Los jefes y los empleados nos esperaban como a personas queridas de sus familias, y nos preguntaron si nos había agradado Lima, cómo nos había ido en la visita, etc. Al día siguiente el Capitán nos acompañó a la oficina de la Compañía, y urgió tanto al Señor Mackennie, Superintendente en El Callao, y a la Compañía inglesa, con la cual han de estar siempre de acuerdo, que nos obtuvo la reducción del treinta y tres por ciento. Nosotras, que nada podíamos pretender, quedamos contentas; pero no así el buen Capitán, quien nos dijo que al llegar a Valparaíso nos presentaría al Agente Comercial, para que nos concediera el cincuenta por ciento; pues tenía en mucha consideración nuestra vida de sacrificio, por la cual merecemos toda atención. Así lo siente y lo piensa este óptimo Capitán, porque tiene un corazón muy noble y generoso; pero desgraciadamente no todos son de esta manera, ni lo podemos pretender, por más que sea deseable. El Callao es un puerto muy importante; tiene un muelle grande, hermoso y de importancia, en el cual encierra, a los vapores que recibe, y sólo se abre para aquéllos, cuya partida es permitida.

29 – Desde el quince hasta hoy, después de haber dejado Guayaquil, hemos costeado siempre una ribera tan seca y arenosa, que nos hacía creer de estar quizá condenadas a rodear el gran desierto de Arabia, en lugar de encontrarnos en las aguas del Pacífico. Ni un árbol, ni un hilo de hierba, solamente la variedad de alguna roca. Desde hace dos días estamos costeando ciertos montes a pico, todos de la misma altura que parecen una inmensa y extendida muralla, interrumpida sólo por algunos valles, que son regados y bañados por las aguas de algún torrente que, bajando de los Andes, antes de echarse al mar, se forma como en una especie de cuna, pero luego debe ceder al ímpetu de las formidables olas y confundirse con las aguas saladas. En estos valles aparecen pueblos y ciudades, de donde se exporta verdura, frutas para otros lugares que se hallan en tierras secas, donde aún los habitantes no han podido hallar un medio para poder mantener con vida un árbol, una plantita cualquiera, por no poderse cultivar un jardín. Esto acontece en especial desde Chala hasta Antofagasta, donde las montañas contienen mucho salitre, cuya evaporación, durante el día, cae luego sobre la misma tierra por la noche, bajo el aspecto de finísima lluvia, que quema cualquier vegetación. Estas grandes murallas que, a manera de fortalezas inexpugnables se alzan como para desafiar al cielo, de cuando en cuando toman la forma de montaña; y

en donde la pendiente parece extenderse en forma de manto y terminar en una sinuosidad apenas perceptible, he aquí que surge un pueblo, he aquí formado un puerto donde muchos barcos, en especial a vela, se detienen semanas enteras para cargar el salitre, que luego llevan a Europa, por la vía de Magallanes, si el barco es a vapor, y por el Cabo de Hornos, si es a vela, empleando en el viaje cuatro meses. Y éste es el salitre, muy usado en Europa para abonar la tierra; por lo cual viene aquí a propósito el proverbio, de que dando la miga a nosotros, estos pueblos se guardan la corteza, vale decir siempre con la aridez. Pero no tiene valor el adagio con respecto a la bolsa, porque aquí es donde todos hacen grandes negocios con las variadas minas de plata, de cobre, de hierro, de salitre y con las sustancias del guano.

En estos días de viaje hemos hecho escala en diez y seis puertos: Guayaquil, Tombes[26], Payta, Pimentel, Eten, Pacasmayo, Salaverry, Callao, Tombes de Mora, Pisco, Chala, Quilca, Mollendo, Ilo, Arica y Pisagua. Es hermoso en los pueblos de minas ver cómo el tren corre, que parece que vaya jugando, por sobre los precipicios, que se hallan bajo esas vías, que serpentean. En algunos sitios hay también funiculares, y es la altura grande; la pendiente muy rápida; y las desgracias son muy frecuentes. Mas esto jamás quita a los amantes de los tesoros sepultados el deseo de continuar en sus trabajos. A estas montañas grandes las llaman colinitas los habitantes de aquí, y con respecto a la Cordillera, son, como entre nosotros, las colinas del Piamonte con relación a las cimas más elevadas de los Alpes o de los Apeninos. Para llegar a los Andes es necesario atravesar este desierto por entero, el cual se extiende por espacio de más de nueve millas. La Cordillera es por sí misma admirable y sumamente imponente. Comienza fuera en las islas de Diego Ramírez al Sud Oeste del Cabo de Hornos, entra en la América Meridional por la Patagonia, y corre hacia el Norte, haciendo primero corona al Mar Pacífico, cuyas aguas de tiempo en tiempo penetran en la Cordillera, formando profundos brazos; pero aquí los Andes aún no son elevados, pues miden solamente de dos a tres mil pies en su parte baja, y nueve mil en la parte más alta. Al entrar en Chile, la cadena comienza a elevarse hasta la respetable mole montañosa, donde en Bolivia[27] (Argentina), se eleva, se admira el pico, creo, más alto de la Cordillera, llamado Aconcagua, que mide de veintitrés a veinticuatro mil pies sobre el nivel del mar. Luego con una altura de doce a catorce

(26) Túmbez o Tumbes.

(27) Hay una equivocación o una confusión; pues el Aconcagua está en Argentina.

mil pies, sigue la Cordillera formidable a través de toda Bolivia y Perú; de cuando en cuando se levantan sobre estas alturas otras elevaciones de tierra o picos con nieves perpetuas. Se encuentran a intervalos los pasos practicados para las comunicaciones entre uno y otro país, y en este punto el paso más bajo se halla a diez y seis mil pies sobre el nivel del mar.

A tanta altura se encuentran extensas praderas, como en las grandes llanuras, en lo ancho de la Cordillera que es de cuatrocientas millas. En una de estas llanuras se halla el famoso lago Titicaca, que es el más agreste y el más alto del mundo. La Cordillera corre por toda la costa del Perú y, al acercarse a la línea del Ecuador, se concentra en altiplanos volcánicos, entre los cuales son célebres el Chimborazo y el Cotopaxi. Allí, se contemplan algunos picos, que parece quisieran tocar el cielo y, con muchísima frecuencia, semejan cortados por las nubes o reducidos por la evaporación. Después se separan tres cadenas; una baja hacia el Oeste y va a morir en el mar de las Antillas; otra pasa por el centro, y uniéndose a la primera, va a terminar ella también en el mar de las Antillas; una tercera se dirige hacia el Noreste, y es la que ciñe en el Este la boca del Orinoco y penetra en Venezuela, en cuya costa termina el mar de las Antillas. Se dice que la masa de fuego que bulle dentro de la tierra tiene su horno mayor en las riberas del Pacífico cerca del Ecuador; los del Istmo dicen que la boca del fuego interior, o sea del infierno, está en Panamá, como también que desde allí se va directamente al Cielo, pero cuando el alma no se hubiera internado demasiado en la tierra, pues entonces por su propio peso caerá en el lugar inferior, donde, entre otras miserias, encontrará el rechinar de los dientes. En toda la longitud de los Andes existen volcanes activos, los cuales, en las cercanías del Ecuador, trabajan con tanta fuerza, que uno de ellos, el Cotopaxi, ha formado con la lava de erupción como un pequeño monte, que está a su vera. Los Andes continúan sus ramificaciones en Colombia, presentando a las miradas vistas hermosas e imponentes, luego entran en la América Central y en Méjico, en cuyas alturas desagotan toda su fuerza volcánica. Siguen después por los Estados Unidos, atravesándolos por el Oeste, con el nombre de Montañas Rocosas, y pasando luego por Alaska, tocan el Asia y las islas Aleutinas, formando de esta manera un cuerpo óseo bien fuerte y compacto encerrado entre el Océano Ártico y el Antártico, y teniendo al Oeste el Océano Pacífico. En el Norte del Asia se ramifica, por el otro lado y por todo el Oeste, una cadena volcánica que, al parecer, se va a perder en

las aguas del mar, pero que vuelve a aparecer más tarde en Australia, y se desarrolla en volcanes muy singulares y famosos, coronándose de cuando en cuando con lagos de fuego. En tal manera el Océano Pacífico queda como encerrado, por el Este y el Oeste, por una faja continua de volcanes. Yo les he descripto las ramificaciones de los Andes, pues en estos días me han hablado mucho de ellos estos buenos señores viajeros, todos los cuales, conociendo, que debemos atravesar los Andes desde Valparaíso, e interesándose por nuestro viaje, me hablan de la Cordillera, de todos sus sitios, de sus bellezas, de las circunstancias que la hacen célebre, y con frecuencia con la carta geográfica ante los ojos; por lo cual me parece que toco con las manos cada punto, de los que les hablo. Como he de atravesar el Aconcagua, luego les diré alguna cosa al respecto. Mientras tanto me parece que la Cordillera da una buena lección a la Misionera, que camina por todo el mundo sin temor a los terribles pasos de los mares, de las atmósferas, de los lugares malsanos, etc., y predica siempre, cuando se eleva hacia el cielo con sus altas eminencias y cuando se deprime humilde, humilde hasta esconderse bajo las ondas; y luego predica lanzando, de cuando en cuando, fuego y lava y truenos y relámpagos, dando desahogo a los vientos, que se encuentran al paso de sus gargantas. En Boyacá, por ejemplo, y en especial en Popayán, a donde fuimos invitadas truena terriblemente cada día y con sus rayos parece que quisiera reducir todo a cenizas; por esto allí se medita con mucha facilidad la verdad de la muerte, aun cuando no se halle en la parte purgativa de los Ejercicios.

31 – Desde el otro día hasta ahora hemos hecho escala en cuatro puertos: Iquique, Tocopilla, Cobija y Antofagasta. Esperábamos llegar a Iquique bien de mañana para comulgar, pero como nuestro vapor llegó con retardo a Pisagua, el Capitán del Puerto no quiso recibirlo y debió permanecer allí aguardando toda la noche, y por la mañana dar curso a la importación y exportación de las mercaderías, y dejar y recibir pasajeros, por lo cual se llegó a Iquique por la tarde, donde con apuro se cargó carbón para las máquinas y partió; todo, rápido, para no perder otra jornada, pues ya se estaba con retraso de una. Sin embargo tuvimos tiempo suficiente para descender a tierra, antes de la caída del sol, y cumplir ante el Obispo con la embajada del Nuncio Apostólico, Monseñor Macchi, no perdiendo la ocasión de conocer a este digno Prelado, que es un verdadero Misionero, en medio de una buena población de veinticinco mil habitantes, en donde Él fue el primero que levantó una hermosa Iglesia muy devota, y ha puesto ya la primera piedra de otra más, que espera edificar en seis meses;

cosa factible aquí en donde todo se construye de madera. Visitamos el Santísimo Sacramento, pero con un poco de apuro, porque se venía la noche y no nos sentíamos con ánimo de confiarnos a las olas espumosas de este puerto tan abierto, en la pequeña barca, que debía bogar unas cinco millas para llevarnos a bordo.

La Madre Clara, a quien le parece muy largo este viaje, creía haber llegado al Mar Rojo y marchar en misión hacia el África, porque en verdad es curioso el Pacífico en este puerto, ya que sus aguas son de un color rosáceo, que parece corre la sangre por ellas. Quizá quiera recordar las terribles batallas de Chile con el Perú, donde en 1880 hubo muchas víctimas, especialmente de parte de los vencidos Peruanos, quienes perdieron la parte más hermosa de su nación. En las formidables montañas, que circundan la costa a manera de muralla estaban los peruanos, y los chilenos, sitiándolos con su bravura proverbial por tierra y por mar, los acorralaron en la orilla, arrojando a caballos y caballeros en las aguas, las que, al recibirlos en esa precipitada caída, los arrojaron a una profundidad, que en estos parajes, llega hasta algunas millas, de manera que los Peruanos no pudieron salvar, ni siquiera las cenizas de sus combatientes.

Iquique es hermosa por sus calles anchas y derechas; por sus bellas casas, aunque no muy altas, por sus muchos negocios, bien presentados, especialmente por italianos, cuyo número es bastante y quienes se hallan en posición cómoda y respetable. Pero por más que se mire a derecha o a izquierda, no se ve una planta, ni salvaje, ni doméstica, y ni siquiera un hilo de hierba; pues el suelo, en este sitio, es todo de piedra y las montañas circundantes son de salitre. Ni tampoco se ve un pozo o un arroyito. El agua indispensable para las necesidades de la vida se va a buscarla con un vaporcito, a distancia de una jornada de camino; asimismo los granos, las harinas, la fruta, la verdura, el vino, los aceites, el azúcar, el café, los forrajes para los animales, en una palabra todo debe llegar de otros países por mar, por lo cual pueden imaginar cuánto cuesta vivir en esta ciudad. Por suerte, la habitan muchas personas ricas, y a los pobres se les paga bien sus servicios, de modo que todos viven bien, como si todo se produjera en esta tierra; ¡sólo falta la delicia de un poco de verde! El aire es bueno, aun cuando los habitantes no tengan larga vida, y los extranjeros que llegan, si no son más que robustos, dícese que se van disecando poco a poco. A pesar de todo esto, los emisarios de Satanás no dejaron de entrar aquí y de causar daños graves.

¿Cómo los emisarios del diablo han de temer menos los peligros, que los secuaces de Cristo? Esto lo reflexionamos solamente para nuestra humillación; pero muchas veces se calcula la salud, se calculan los peligros; a todo esto se da importancia, antes de concederla a las cosas del servicio divino, de la gloria de Dios, de la salvación de las almas.

Desde Panamá tenemos en el vapor la compañía de un ministro protestante, uno de aquéllos que se creen los más peligrosos, porque son Irlandeses del Oeste quienes, en odio a los Irlandeses del Este, buenos católicos, formaron ministros terribles y peligrosos tanto como los de la secta masónica, y van por aquí y por allá, enviados por sus jefes, esparciendo la incredulidad. Éste venía de Chicago y se quedó en Iquique. Era de verlo con qué satánico celo trataba de conquistar ora a una joven, ora a otro, con toda suerte de engaños. Con uno estuvo hasta la medianoche predicándole sus mentiras; por suerte, al día siguiente, ese joven con otros se reía del Ministro y lo que es mejor aún, de sus tonterías, como ellos decían. Cuando él se dio cuenta de que era objeto de burla, entonces comenzó a predicar la libertad de conciencia; pero aun en ese punto no hizo más que echarse brasas a los pies; porque, al final, él había sido quien, más que nadie, con su gran libro de la Biblia en mano, habíase puesto a insinuar a quien lo escuchara su diabólica interpretación. Terminó, pues, por quedar en ridículo ante todos, tanto él como su mujer, que parecía ser ella también una Ministra. El asunto resultó consolador, pues creyendo el Ministro hallarse con patanes y poderles dar a beber su doctrina, se encontró en cambio con buenos americanos españoles que son óptimos católicos hasta los huesos, y quienes desde la infancia han bebido el zumo de una santa y profunda religión; pero en Iquique, donde ya existe libertad, desenfreno y libertinaje a causa del gran número de personas que llegan, por las grandes e importantes minas que existen, yo mucho temo que cause estragos. Sólo hay que esperar del celo y del fuerte espíritu de aquel Obispo, que tratará en todas maneras de ponerle dique.

Ven pues, hijas, cómo los tiempos, desde todo punto de vista, son peligrosos para la fe, para nuestra augusta Religión y para las buenas costumbres, mientras los emisarios de Satanás, verdaderos apóstoles del libertinaje, con el poder de su palabra libre y desenfrenada, con toda suerte de seducciones y de engaños, esparcen, no solamente en las ciudades, sino hasta en los más perdidos pueblitos, máximas corruptoras, errores pestíferos, doctrinas reprobadas y condenadas por la Iglesia. Parece en verdad que las potencias diabólicas hayan congregado todas sus fuerzas

para dirigirlas con furor satánico a combatir y perseguir a la Iglesia, su doctrina, su moral, sus leyes, su culto, sus Ministros y cuanto Ella posee de santo, de augusto y de venerado. Mientras tanto los débiles, los tibios, y en especial los incautos, beben en las fuentes envenenadas del error esas máximas fatales, que pervierten las mentes y corrompen los corazones, arrastrando miserablemente a innumerables almas a la perdición eterna. No se puede dejar de llorar, de dolor y de espanto, al presenciar esta guerra fierísima, que el demonio no cesa de mover contra nuestra augusta y Santa Religión, y hay que temblar ciertamente, por el tremendo porvenir que aguarda a las generaciones, si Dios no nos proporciona pronto y eficaz remedio, el cual ha de ser extraordinario, como extraordinarios son los males que afligen en el presente a la Sociedad y a la Iglesia.

Después de haber hecho escala en varios puertos, una vez reiniciado el viaje, llegamos a Antofagasta, escala principal para los mercaderes de Sucre y Potosí en Bolivia. Era una hermosa mañana, y el deseo de recibir la Santa Comunión nos hizo vencer los peligros y la fuerza de aquellas olas tan espumosas que, a cada golpe de remos, parecía querer hundir la barquita. ¡Hermosa es Antofagasta! Ciudad nueva, que se está engrandeciendo con hermosos edificios, con plazas, con amenos paseos. Tiene una Iglesia bella, que favorece mucho la devoción y concilia el recogimiento. Cuando nosotras llegamos, justamente terminaba entonces una Misa y salía otra, bien a punto para nosotras, y pudimos en ella comulgar y rehacernos un poco del largo ayuno, al cual forzosamente estábamos condenadas. Una vez terminadas nuestras devociones, visitamos al Párroco, sacerdote muy piadoso y celoso, quien se alegró mucho al pensar, que hubiéramos ido para hacer una fundación, pero al conocer nuestro itinerario, se contristó un poco y tomó informes de nuestros colegios, con la esperanza de tenernos allí algún día. Hicimos escala también en Tocopilla, en Cobija[28], en Taltal, en Caldera, en Carrigal[29], luego en Coquimbo, donde nos detuvimos casi un día entero y nos alegramos mucho de ver por fin un poco de verde, después de tantos días de costear aquellas riberas áridas y secas, en donde, por la noche, ni se podía gozar del aire del mar tan agradable, porque lo inficionaba una neblina, que se elevaba desde la tierra saturada de salitre. Esa niebla baja luego, como una lluvia fina, fina, la cual en lugar de vitalizar, todo lo seca, las plantas que encuentra

(28) Hay una confusión, Tocopilla (antes nombrada), y Cobija están más al Norte de Antofagasta.
(29) Carrizal.

y a las mismas personas, que en esas regiones no pueden llegar a larga vida. En Coquimbo hallamos la primavera ya adelantada, y de la vecina ciudad, llamada La Serena, de mucho renombre en Chile, llega magnífica fruta en abundancia, como: duraznos, peras, higos, sandías, melones y todo cuanto se pueda desear, no sólo en primavera, sino también en el verano y en el otoño, menos, sin embargo, la uva, que allí madura una sola vez en el año, a saber en el mes de enero, cuando justo se hallan en pleno verano, mientras nosotras, en especial en Lombardía, nos helamos como las cornejas.

Por fin se movió el querido vapor *Mapocho* hacia la última estación y en la mañana siguiente entrábamos en el puerto de Valparaíso. Después de haber pasado por aquel largo desierto nos pareció en verdad el Valle del Paraíso. ¡Hermoso el puerto! Se asemeja mucho al de Génova, y, como aquél, ha sido muy favorecido por la naturaleza. Bien encantadora se presenta la ciudad, bastante extendida y parece más ancha, porque se halla colocada en la pendiente de un monte, o mejor dicho, de un pie de la Cordillera, más bien áspero; de manera que de la ciudad baja, formada por una cerrada fila de edificios, se sube a la alta por medio de funiculares, que parecen ascensores de casas, y al mirar hacia afuera, desde las ventanitas, se ve cómo se elevan sobre un profundo precipicio. La Madre Clara cerraba los ojos para no ver ese abismo profundo, que le daba vértigos.

Apenas llegamos a Valparaíso fuimos a ver al señor Emilio Escobar, que era uno de los principales señores y al cual íbamos recomendadas; pero hallamos el dolor y la desolación en aquella familia, pues el señor Emilio se hallaba gravemente enfermo y se temía por su vida; y los parientes, que habían venido para ayudarlo y consolarlo, estaban casi todos enfermos. Mas el señor Emilio, a pesar de hallarse tan mal, quiso verme e interesarse por nosotras y nos envió al excelente Reverendo Párroco Padre Manero, el cual nos recomendó a las RR. Hermanas de los Sagrados Corazones, que tienen allí un hermoso colegio. Éstas nos recibieron como a Hermanas suyas, y ya no nos hubieran dejado partir. Mientras tanto se debía pensar en retirar del vapor los equipajes y arreglar el pasaje para la Cordillera. Entonces fuimos a visitar al señor Severin, otro señor a quien íbamos recomendadas; hallamos al señor Santiago, quien con toda gentileza y prontitud nos arregló todo el asunto de los equipajes, llevándolos a su Casa de Comercio, hasta que debiera remitirlos a Buenos Aires. Como su familia se hallaba en Santiago, nos pidió que fuéramos allí para

conocerla y asimismo la ciudad, que merecía ser conocida. También las buenas Hermanas me dijeron lo mismo y luego escribieron a su Casa de Santiago, para que nos prepararan lugar; y, cuatro días más tarde, tomamos el tren, pasamos un buen trecho sobre una ribera encantadora, muy semejante a aquella de Génova en la ribera del Poniente; luego pasamos por estupendas casas de campo, después entramos en la montaña; siempre a los pies de la Cordillera, más tarde por praderas extendidas, y, tras cuatro horas, llegamos a Santiago, donde nos dirigimos de inmediato al Convento, como a casa nuestra, y fuimos recibidas con suma cordialidad. Al día siguiente visitamos al Excelentísimo Arzobispo Monseñor Mariano Casanova, hombre muy respetado en toda la República.

Nos acogió con toda bondad; creía hubiéramos ido para hacer una fundación, pero en cambio al oír que mi intención era partir pronto para Buenos Aires, a donde iba destinada, con tono autoritario y alto, dijo: "Y ¿Cómo? ¿Aún no ha acabado de llegar, y ya se quiere ir? Después del largo viaje que ha hecho debe descansar un poco, debe detenerse un mes, conocer bien la Nación, para venir lo más pronto posible y hacer una fundación". Aunque esas palabras me eran gratas, sin embargo no dejaron de ser punzadora espina en mi corazón, al ver que mi tiempo se iba perdiendo en viajes, mientras tengo muchas cosas que resolver y el tiempo vuela tan rápido. Mas entretanto es inútil pensar en esto, pues la Compañía del Camino de la Cordillera no nos puede dar pasaje, estando completamente cerrada por la nieve que llega a una altura de tres metros, y dicen que hasta fines de noviembre no se abrirá ese camino tan áspero y difícil. ¿Qué hacer? Se necesita paciencia, y como nada sucede por casualidad, sino que todo acontece como se halla dispuesto en el horario de la Divina Providencia, así yo pienso que el Buen Dios tendrá también sus planes, mientras dispone que me quede para conocer bien la República de Chile. En efecto, un poco las hermanas tan buenas, y otro poco la familia Severin, que casi cada día nos viene a buscar con el carruaje, nos proporcionan los medios de conocerla muy bien.

¡Santiago es hermosa y muy interesante! Tiene iglesias maravillosas, bellos edificios, plazas estupendas, magníficos jardines con cercos y fuentes de animales y peces, con toda clase de plantas de todos los climas y de todas la naciones. El carácter de los habitantes es vivo y abierto, robusto y enérgico; aman el progreso hasta el colmo. Al conocer el régimen y la instrucción, que se imparte en nuestros colegios, por los diversos programas nuestros que les mostramos, nos urgieron para que nos detu-

viéramos ahí y abriéramos uno, asegurándonos que se llenaría de alumnas en poco tiempo. Entre otros, un señor altamente colocado en el gobierno, que tiene una niña de 4 años me dijo: "Ya que Vd. no cambia de parecer y desea ir antes a Buenos Aires, vaya nomás, pero dentro de dos años, si no viene aquí, iremos nosotros en la próxima guerra que haremos a la Argentina, iremos a tomarla prisionera y no la dejaremos libre, si antes no haya levantado un buen colegio, porque quiero encomendarle mi niña".

Pasaron veinticinco largos días, largos en verdad para mí, que pensaba estaba allí perdiendo mi tiempo, cuando por fin se nos dijo que se abría el paso de la cordillera y partía la primera caravana. Trataron aquellas señoras y las buenas hermanas de detenernos nuevamente diciéndonos, que los primeros viajes a través de los Andes son siempre peligrosos y que si nos sorprende el mal tiempo, se corre el riesgo de morir entre aquellos escarpados barrancos. No hubo razón que fuera valedera para mí y me sentía con ánimo para soportar toda clase de dificultades antes, que con el atraso, sufrir la pena de aquel descanso involuntario. Visitamos antes un devoto santuario de Santa Filomena, taumaturga tan venerada allí. Comulgamos en su altar, rogando de corazón a la Santa a fin de que se uniera a Santa Rosa para protegernos. Estábamos dando gracias después de la Santa Comunión, en el fondo del Santuario, cerca del altar en que se veneraba la imagen de la Santa en el acto de martirio. Yo me hallaba completamente recogida, diciendo a la Santa, hacia la cual me habían inspirado tanta confianza, todas mis penas y mis necesidades, cuando una humilde y suave voz me susurró por encima de la cabeza: "Ésta es una pequeña limosnita de Santa Filomena". Como me hallaba ensimismada en encomendar mis cosas a la Santa, creí que esa voz era una ilusión de mi fantasía y por eso no pensé siquiera en moverme; cuando la misma voz volvió a repetir las mismas palabras, más suavemente, en tono de súplica; entonces moví la cabeza, alcé los ojos y vi unas manos que bajaban hacia las mías, dejando en éstas una moneda de oro. Me volví y vi que era aquel santo hombre, el canónigo Don Marciano Pereira, capellán de aquel Santuario, quien aun con humildad me seguía repitiendo: "Es pequeña, es pequeña, pero es Santa Filomena quien la da", y mientras tanto se retiraba presuroso. Era la equivalencia de cien liras, que se sintió movido a regalarme, sin haberle pedido nada; las recibimos pues con mayor gratitud hacia la amada Santa, que comenzaba ya a favorecernos, cuando aún no había terminado de suplicarle. Cuando acabé la acción de gracias, fuimos a agradecer al digno canónigo, quien no quería escuchar nada, diciendo

que le había sido suficiente saber, que éramos misioneras. Nos obsequió estampas y libros, como también cordones de la Santa, que aquí los devotos llevan en la cintura, luego tomó una pequeña fotografía de la taumaturga y me dijo: "¿No tiene cartera?" y él mismo quiso colocar la imagen dentro, diciéndome: "Llévela siempre dentro, Madre, y verá que jamás le faltará dinero para las necesidades del Instituto." Me impresionaron estas palabras, porque mientras las decía, parecía inspirado, y pueden imaginarse, si yo no he de tenerla muy en cuenta como una preciosa reliquia.

El día 23 de noviembre, provista con grandes canastas de dulces, fruta, vino, miel de palma, etc., acompañadas por varias señoras y algunas hermanas, tomamos el tren que nos debía llevar al pueblo llamado Los Andes, a los pies de la Cordillera, donde pernoctaríamos para estar prontas el 24, después de haber santificado la fiesta, a fin de continuar el viaje con la caravana, que debía reunirse en un pueblo más arriba. En los Andes nos recibieron unas hermanas llamadas hospitalarias, que, por recomendaciones de las señoras de Santiago, enviadas antes, nos acogieron con gran alegría, asignándonos la más hermosa cámara de su pobre convento. En la mañana siguiente, llegaron a la casa desde el cercano pueblo, otras hermanas del mismo Instituto, para festejar ellas también nuestro paso, y acompañarnos en tren hasta el punto, que la industria de los chilenos ha podido ascender en aquellos grandes montes, los cuales, mientras nosotras cada vez avanzamos más en altura, más parecen que pretenden oprimirnos con sus inmensas y ásperas elevaciones.

A las once, después de haber cumplido con el santo precepto festivo, y de haber recibido a nuestro amantísimo Jesús en el sacramento, quien, cual gigante valiente debía llevarnos a través de aquellas alturas escarpadas; después de haber tomado una buena colación, que la pureza de aquel aire nos hizo parecer más gustosa que de costumbre; escoltadas por la bendición del Párroco del Pueblo, quien nos hizo los mejores augurios para nuestro viaje, subimos al tren en compañía de un buen número de las Hermanas Hospitalarias, que no acababan de separarse de nosotras, el tren, en poco tiempo tomó la línea de un río cuya naciente estaba en el Aconcagua y se dirigió de prisa, por entre la cadena de las montañas, atravesando amenos y pintorescos sitios, y presentando a las miradas también escenas espantosas, encanto de los viajeros. Atravesamos un pequeño puente, llamado el Santo del Soldado, muy temido por todos; es una hondonada entre dos montes de pura piedra, estrecho, y tan profundo que no deja vislumbrar nada a la vista; sólo se escucha el extraño rumor de

las aguas, que retumban sordamente en aquel espantoso antro. En verdad, que si por desgracia uno cayera allí, jamás volvería a ver la luz, y nadie podría conocer, cómo hubiese acaecido su muerte.

No me hizo tanta impresión a mí, pues me pareció haber visto ya tantos de esos pasos temibles; pero gozaba mucho al ver la impresión que hacía a esas Hermanas, y con cuánto entusiasmo hablaban al acercarse y al pasarlo, y cómo nos compadecían por el resto del viaje, que nos quedaba. Poco después del gran Salto del Soldado, se detuvo el tren trasandino; bajamos para ocupar puestos en varias diligencias, que estaban aguardando a los pasajeros. Aquellas buenas Hermanas, después de habernos acomodado lo mejor posible, volvieron al tren, mientras nosotras, con buenas mulas, seis por diligencia, costeando siempre el mismo río, nos internamos en medio de aquellas vastas cordilleras, en donde sólo de cuando en cuando aparecía algún pinar natural, con los austeros colores de un verde oscuro. Con frecuencia se hallaba el río muy crecido, a veces espumoso, y, su espuma como leche muchas veces mugía con horror. Más adelante, parecía que el monte quería aplastarnos, mientras, a guisa de bóveda que caía, cubría todo el río; en algunos momentos aparecían estupendos altiplanos, y, en el fondo, el río caía como en precipitada cascada; luego, de repente, se estrechaba y tomaba el aspecto de pequeño torrente, donde parecía que el agua jugara y se divirtiera con las piedras y con las enormes peñas colocadas y acostadas en el lecho, después se agrandaba de nuevo en mil giros y vueltas caprichosas, que nosotras debíamos seguir continuamente con mucha fidelidad, por ser la corriente la única guía segura de aquel camino. Por fin, después de cinco o más horas de viaje, llegamos a Juncal, pocas casitas en medio de montañas, que debían ser el gran alojamiento por aquella noche. Algunos habían llegado ya, otros vinieron después; entre todos éramos cuarenta y cinco viajeros, que, en la mañana siguiente, a buena hora, en caravana, sobre la grupa de buenas mulas, deberíamos atravesar el paso más difícil de la Cordillera. Cuando llegaron nuestras diligencias, todos corrieron a procurarse una cama para la noche, y nosotras también llegamos hasta la puerta de esos tugurios, pero los otros, más prácticos que nosotras, habían ocupado ya todos los puestos. No sabiendo qué hacer, fuimos al que, en el día siguiente, debía ser el jefe de la caravana, y como nos inspiraba poca confianza, lo tomamos de la mejor manera posible; al principio, no nos hizo mucho caso, pero instándole un poco, se enterneció su corazón y entonces nos dijo que más allá del monte, y nos lo señalaba con el dedo, había otras piezas

con camas más cómodas que las primeras, a donde iría él también con su mujer; que fuéramos, pues, después de la cena, que nos hallaríamos bien. Poco después se nos acercó un viejo que ha de llevarnos en la ascensión de mañana; iré también yo a dormir con los mulateros, señalado para guía de una de las dos mulas, que han de llevarlas, en la ascensión de mañana; "iré también yo a dormir más allá del monte; quedad en buen ánimo ". Ese aire de bondad y de seriedad de carácter, al mismo tiempo, me infundió tranquilidad, y entonces fuimos a cenar con ánimo alegre; comimos la rústica cena de pobre carne, mal cocinada, y el pan duro y negro, como si fueran viandas de las más exquisitas; pues el aire de esa aldea y el descanso nos habían aguzado el apetito de manera extraordinaria. En la mesa todos hablaban de la subida del día siguiente; unos de los grandes peligros, que se hallarían; otros del temor a la niebla, que cuando se presenta es fatal; unos del frío, que en ciertas gargantas hiela los miembros; otros por fin del aire, que molesta la vista y abre la piel hasta brotar sangre.

¡Hermosa descripción, en verdad! Pero, lo cierto es, que aunque era descorazonadora, infundía en mi ánimo una tranquilidad grande y secreta alegría; tranquilidad porque me parecía que el buen Jesús, quien hasta ahora había bendecido el viaje, nos llevaría también con felicidad hasta el final; alegría porque pensaba que, por lo menos, tendría por fin algo nuevo que contarles, ya que ahora todo me parecía que fuera viejo para mí, después de los cuatro largos viajes, en los cuales he visto y he pasado un poco de todo. Me molestaba que la Madre Clara escuchara todo esto, por el temor de que pudiera desanimarse; le pregunté, y me respondió, como ya en Valparaíso, cuando dejé a ella la elección de ir a la Argentina por Magallanes o por la Cordillera, que cien veces prefería la Cordillera, antes que un solo día más de mar; entonces le dije: Está bien. Una vez concluida la cena frugal, tomamos un poco de aire al claror de la muy refulgente luna, que resplandecía admirable. Parecía que las montañas tocaran el cielo; aparecían como cubiertas de un manto azul, por lo cual hacían la impresión de hallarse elevadas en sublime éxtasis; la tierra tenía el color del cielo; las cimas de las montañas, que señalaban una faja abigarrada de un azul más oscuro, nos daban la idea de nubes estupendas, que iban a saludar a su sonriente reina. En aquella noche, en verdad, nos pareció ver figurada en la luna la belleza de nuestra reina celestial, de nuestra Madre María – pulcra ut luna – que venía a darnos aliento con su materna mirada. El que trabaja y suda de la mañana a la noche, en la viña del señor, es muy bien remunerado, si al final del día recibe una sola

mirada amorosa de aquélla, que, después de Dios, forma la felicidad de los bienaventurados en el cielo. Queríamos preparar los puntos de la meditación para el día siguiente, pero ya parecían haber sido preparados por la naturaleza, que hablaba. Al mirar la luna y el cielo que parecía envolvernos, nos imaginábamos oír la suave y dulce voz de María, mezclada a los acentos melodiosísimos de nuestro querido Jesús, que arrebataban en éxtasis amoroso. Nos parecía contemplar la pureza, la santidad de María y la complacencia de Dios en Ella. ¡Cuánta suavidad, Cuánta dulzura, cuánta alegría al contemplar a María y al ver en Ella al amantísimo Jesús! Pero la noche adelantaba, y era necesario tomar un poco de descanso, aun cuando parecía que no fuera necesario en medio de aquella aura purísima. Nos abandonamos, pues, en manos de nuestra celestial Madre y de sus mensajeros, que son los Ángeles, destinados en especial a los peregrinos, y felices y tranquilas nos dirigimos hacia las casuchas, más allá del monte. Al llegar a cierto punto, sentimos que nos faltaba el aire, parecía que un peso nos oprimiese, pero no sabíamos por qué; mas he aquí, que vimos correr presuroso hacia nosotras a aquel buen viejo pastor que se parecía a San José, para decirnos que apuráramos el paso, porque en ese punto había la *puna,* palabra española que significa falta de respiración, ocasionada por el desequilibrio de la temperatura.

En efecto apuramos el paso y, un minuto más tarde, ya el aire era puro y fino como antes. Buen fenómeno verdaderamente, la de aquella *puna* en los montes, y si nosotras nos hubiéramos detenido allí, habríamos podido morir ahogadas, pero la plateada luna resplandecía vivamente todavía, y en su mudo lenguaje nos decía que María nos cuidaba y nos protegía con ternura incomparable. Al llegar al alojamiento, hallamos lo que ciertamente no hubiéramos podido esperar, en medio de aquellas toscas montañas; un buen lecho con elástico para cada una, con buena ropa blanca, que el viejito pastor nos señaló, con cierto aire de satisfacción y de alegría. Nos dio la llave para cerrarnos por dentro y una buena tranca, pero dijo que estuviéramos tranquilas, porque en el establo contiguo al de las mulas, dormía él y estaría pronto para cualquier necesidad. Admirable Providencia, como ven; y nosotras entonces descansamos tranquilas. Pero la noche pasó en un soplo; a las tres y media el ruido de los pastores que preparaban las mulas y cargaban los equipajes nos despertó bruscamente. Nosotras estábamos más cansadas que la tarde anterior, y más aún por los sacudimientos, nada delicados, que soportamos en cinco horas de diligencia; sin embargo nos hicimos ánimo, y a las cuatro nos levantamos, vis-

tiendo luego cierta prenda sobre la ropa, larga, larga, hecha de un género color marrón, con una clase de pelos ordinarios, regalada por algunas damas chilenas. Parecíamos dos frailes capuchinos; pero el frío comenzaba a hacerse sentir en aquellas gargantas, y nos sirvieron admirablemente. Bajamos a la primera habitación, en donde todos estaban ya tomando el café y la leche, con pan oscuro y duro; nosotras también tomamos nuestra porción bien rápido, porque fuera ya todo estaba dispuesto para la subida. Salimos del cuarto y vimos en primera fila dos hermosas mulas, con nuevos arneses y con dos sillas muy cómodas; pensamos que aquéllas habían de ser destinadas a una cantatriz de teatro y a un compañero suyo, que formaban parte de la caravana. Pero esta vez no acertamos; las dos mulas más hermosas estaban señaladas para nosotras, por orden expresa, dada desde Santiago, por el Jefe de la Compañía Transatlántica. Por más que nos fuera grata esta solícita atención, no la aceptamos de buen corazón, porque debíamos ser nosotras las primeras en montar, mientras, como no teníamos práctica, hubiéramos deseado ver antes cómo montaban los demás, pero no hubo vuelta. El San José de la noche anterior, destinado a ser mi conductor, sin más me invitó con las dos manos cruzadas, a poner el pie en ellas para subir a la grupa. Entonces fue linda la escena, pues habiéndome excusado yo, todos los de la caravana estaban mirando qué iba a suceder. El pobre pastor, siempre bueno y paciente, entró en la casa, tomó la silla más alta que pudo hallar y vino a presentármela, en lugar de sus manos. Acepté complacida, y, pronta, me subí sobre la silla de la mula, y puesto el pie en el estribo, tomé las riendas, hice dar vuelta a la mula, mientras el conductor, montado también en la suya, vino pronto adelante para abrir el camino. La Madre Clara siguió mi ejemplo, y vino detrás acompañada ella también por otro pastor, que, si no se asemejaba a San José como el primero, era también él muy bueno. El monte era escarpado, pero el camino, por espacio de cerca de una hora, cómodo y hermoso, y casi era un placer y una diversión ver esa fila de personas, que parecían subir con cierta devoción; tan vivamente se me asemejaba a una devota peregrinación, que yo, tomando el rosario, estaba por invitar a todos a rezarlo en honor de la Celestial Reina, que tanto había bendecido ese día; ciertamente, todos lo hubieran rezado gustosos, pues ya bastante habían demostrado su agrado en tener a dos Religiosas como compañeras, por las cuales, animados por su bondad y fe viva, se auguraban feliz viaje, y fácil y bendecido aquel paso difícil de la Cordillera. Mas, pronto se esfumó mi proyecto, pues el camino trillado había desaparecido, y, para internarnos en las nieves de gran altura, era necesario que nosotras hicié-

ramos el sendero. Dos mulateros corrieron hacia adelante, y al encontrar el paso posible, gritaban dando la voz de que siguiéramos sus huellas. Pero apenas se pasaba un monte puntiagudo, de inmediato se nos presentaba otro; con frecuencia nos encontrábamos sobre algunos precipicios de kilómetros de profundidad, y entonces yo no quería permitir a mi mula que anduviera demasiado hacia la orilla; mas la pobrecita, la cual ya había comprendido que tenía en su grupa un arreo, que nada sabía de cabalgaduras, no me obedecía, y seguía derecho, a pesar de que yo tirara de las riendas hacia la derecha o a la izquierda; pero cuando se adelantaba mucho y, con el hocico y con el cuello, estaba ya sobre el precipicio yo le gritaba, tratando de hablarle en lengua española; pero todo era inútil; solamente daba vuelta con prontitud, cuando yo tentaba de hacer el movimiento de bajar a tierra; era esto lo único que parecía disgustarle. Estos tremendos precipicios causaban escalofríos a la Madre Clara y le producían mareos; y por más que yo le decía que colocara derecho el cuerpo, la pobrecita no podía menos que acomodarse como una bolsa de harina con la cabeza, casi, sobre el cuello del paciente animal. Por suerte, los mulateros eran buenos, demasiado buenos, y como en esas circunstancias es mucho aun, que cada uno se preocupe de sí mismo, así yo estaba tranquila, sabiendo que la Hermana se hallaba bien confiada al guía. Mientras tanto, se adelantaba en el camino; y se subía, se subía; cuando el guía desde lejos gritó que todos bajaran. ¿Qué sucedía? ¿Qué no sucedía? una enorme grieta, formada por las nieves al derretirse, impedía el paso, a no ser con suma precaución. Fue una alarma general; los señores protestaban por la imprudencia de haber conducido la caravana por ese lado; las señoras lloraban como desesperadas. La Madre Clara observaba profundo silencio, había perdido el habla; ciertamente en su alma debió quizá sentir vivo arrepentimiento de haber ella misma elegido el paso de la Cordillera, más bien que el de Magallanes, y sólo se veía impreso en su rostro un rayo de esperanza y de consuelo, cuando, al levantar un poco la cabeza, me veía serena y alegre, como quien está asistiendo a una hermoso espectáculo. Y el espectáculo era hermoso en verdad en todo su horror. Nos hallábamos en una altura respetable, desde la cual se dominaba por una parte un precipicio muy profundo, por la otra se extendía ante nuestra mirada, a lo largo del declive, una vasta extensión de nieve como un gran manto cándido e inmaculado; por otro lado cumbres altísimas, que nos aguardaban; y delante de nosotros una formidable grieta, que a semejanza de larga y profunda boca bien preparada, nos esperaba para tragarnos y

sepultarnos a todos. Los mulateros probaron, no sin temor, que prudentemente trataron de ocultar a nosotros, de hacer saltar a algunas mulas a la otra parte de la grieta, y al ver, que el terreno resistía, se animaron a hacer pasar a los viajeros. Yo, que, ustedes saben, era primera en la fila, quise preceder aquí también, para animar más a los otros, ya que, a decir verdad, estaba tranquila, sin sombra de temor. Mi guía tenía ya un bastón en la mano, con punta en el final, para asegurarnos el salto, creyendo que él mismo debiera transportarse al otro lado; pero cuando se me ofreció, le dije: "Oh no, no, buen hombre, yo sé dar saltos aun mayores, pasaré por mí misma". Él, respetuoso me presentó algunas dificultades, y luego se puso alerta muy atentamente, porque con su experiencia comprendía, que yo no llegaría a darlo. Di el salto, creyendo que era cosa fácil como siempre; pero, en cambio, un poco por el frío, un poco por la finura del aire, que me había debilitado las fuerzas, mi salto — vi, aunque muy tarde — era semejante al de una pluma, que por más que sea golpeada con fuerza, no se mueve, ni se eleva, sino es llevada por el viento; y, así, por mí misma estuve a punto de sepultarme viva, si mi buen guía, justamente un San José, echándose rápidamente a tierra, no hubiera alargado mis pies a través de la grieta, deteniéndome por la espalda en la otra orilla; con ayuda del bastón, se enderezó en la otra ribera, llevándome a salvo con un tirón de los brazos. Entonces sí, que cuanto me había sucedido me produjo una fuerte palpitación; tan fuerte que creía morir. El buen mulatero me acompañó un poco aparte, y, por fin caí extenuada sobre la hermosa capa de nieve. No podía decir palabra, tan frecuentes eran las pulsaciones; también por la manera, como me miraba aquel buen hombre, se comprendía que él temía una catástrofe. Pero Dios no lo quiso.

Apenas pude pronunciar una palabra, le dije: id a ayudar a los otros; y no hube de decírselo dos veces, pues la necesidad era realmente grande. Una vez que quedé sola, me arrastré un poquito sobre ese cándido lecho de nieve, y poco a poco, a impulsos del aire muy puro, la palpitación cesó y me hallé tan animada como antes. Me levanté y vi que todos habían salvado el peligroso paso y ya el mulatero me aguardaba junto a una piedra para subir a la mula. Nos pusimos en camino de nuevo; al llegar a cierto puesto hubimos de pasar por entre nieves, de cinco metros de altura. Hermoso espectáculo pasar por entre una especie de fortaleza de nieve, pero no muy de mi gusto, por el temor de no poder soportar el frío. Recomendaron llevar bien los anteojos a fin de que el frío y aquella inmensa blancura no causaran mal a la vista; pero yo prefería ver bien, dónde la

mula ponía las patas, no fiándome de los anteojos, con los cuales poco me entendía; y estirando el elástico, ora me los colocaba sobre la frente, ora sobre la barbilla, nunca sobre los ojos, fuera de cuando nos deteníamos y era necesario fijar bien la mirada. Cuando el buen Jesús quiso, llegamos a la Cumbre que es la cima más alta que se pueda pasar, en las cercanías del volcán Aconcagua, y allí se hizo una breve parada, que yo hubiera deseado larga. ¡Qué espectáculo majestuoso! ¡Qué paisaje encantador! ¡Parece ver todo el mundo de una sola mirada! Allí está el confín entre Chile y la Argentina. Saludamos con gratitud aquella nación, que nos había hospedado, por espacio de un mes, y que había brindado tantas solicitudes y bondad tan exquisita a nosotras, desconocidas personas.

Deseábamos gozar de la vista del mar, pero ya descendía la niebla, y venía a quitarnos vista tan encantadora. El mulatero me apuraba para que yo montara en la mula; yo le pedía se dejara todavía un poco allí, en donde ciertamente me sentía inspirada para una meditación sublime; pero él, algo nervioso en esa ocasión, me volvió a suplicar que subiera a la silla. El pobrecito tenía razón; ya eran las once pasadas, dentro de una media hora el tiempo nos hubiera sido fatal, si nos hubiese sorprendido en ese sitio.

Desde la otra parte del monte llegó a la cima, uno de los valientes empleados de la Compañía Transandina, y, después de saludarnos con cortesía, nos dijo que había recibido orden de Santiago de venir a nuestro encuentro, para hacernos más fácil nuestro viaje, si fuera posible; y, luego, tomando las riendas de mi mula, nos condujo por el camino más corto, bajando la montaña. La bajada era rápida y escarpada; me parecía caer, a cada instante; también la mula resbalaba de cuando en cuando; pero aquel buen señor me animaba diciéndome que no temiera, porque él era práctico, y era necesario seguir ese camino tan dificultoso para llegar pronto y seguro al hotel. En efecto a medio día llegamos y la nieve caía en grandes copos, y la montaña había desaparecido por completo bajo una tupidísima niebla. La hotelera nos recibió con materno corazón; en seguida nos hizo sentar a la mesa, donde ya estaba preparada la comida, que gustamos mucho, y que sirvió para confortarnos un poco, después del frío soportado. Al final de la comida, llamaron uno por uno a los pasajeros, o, mejor dicho, al jefe de cada familia a una mesa, donde había un gran registro, en donde cada uno debía dejar anotadas sus impresiones. Pueden imaginar, escribieron nuestros compañeros, que, al paso de la grieta, se habían disgustado; yo, empero, a mi turno, consigné, en ese libro, una de

las impresiones más hermosas y afectuosas de mis viajes; lo que causó no poca maravilla a todos, y el hotelero dijo que era la primera vez, que una persona hablaba bien del paso de la Cordillera, especialmente en esa estación en que hay peligro; y mucho más se admiró, porque quien había escrito no era un hombre. Lo cierto es que yo estaba contenta y feliz de haber subido tan alto en mi vida, para poder así tener un argumento más, que me obligue y me urja a subir también en la perfección, más alto monte que el de la Cordillera. No sin razón el celestial Esposo Divino llama a su amada con el cariñoso nombre de paloma: Una est columba mea-dilecta mea. La llama paloma, no sólo porque debe ser dulce, mansa, benigna, sino también porque ha de volar continuamente por los caminos del Señor, sin cansarse jamás; elevarse sin cesar hacia el Cielo con el desapego cada vez más perfecto de la tierra, elevándose con plateadas plumas, esto es con la pureza del afecto y de la intención, que la prepara a mostrar el brillo del oro, exponiéndose sin temor a los fuertes rayos del sol; a causa de la generosa y viva caridad de que se halla revestida quien sabe fijarse, con creciente fervor, en el Sol eterno de la justicia.

Cerca de las dos de la tarde estaban ya prontas las diligencias, que debían llevarnos a la estación, llamada Punta de Vacas. Nos pusimos enseguida en camino y ya por arriba sobre los montes o por abajo en los valles, costeando el río Mendoza por un camino no tan cómodo y peligroso, fuere por las moles de los montes que parecían querer caer sobre nosotros a cada instante, fuere por el cauce de aquel inmenso río, que veíamos desde arriba tan profundo, con peligro de precipitarnos en él. Cerca de las siete, llegamos a Punta de Vacas donde creíamos poder descansar tranquilas, por sentir verdadera necesidad después de las tremendas sacudidas soportadas cabalgando en la mula, y luego de aquellas otras, no menos desagradables, sufridas en la diligencia; pero una hora, antes que nosotros, había llegado la caravana de la Argentina, que al día siguiente debía atravesar la Cordillera para Chile, y ya había invadido todas las pobres habitaciones de los alojamientos. ¿Qué hacer? Es hora de cenar; suena una campana, es la hora señalada; es necesario que todos se pongan a la mesa con prontitud; nosotras también tomamos nuestro puesto con las valijas a los pies, no sabiendo dónde colocarlas para cuidarlas. Una vez terminada, la frugal comida, pedí al dueño del alojamiento nos diera un rincón separado para retirarnos; él, cortés, dijo que había recibido serias recomendaciones en favor de nosotras, por lo cual que quedáramos tranquilas, que pronto nos sería indicado el lugar. Mientras la noche se adelantaba, los hombres la

pasaban bebiendo en el único salón del lugar. Cerca de las 9, volví a pedir al jefe, y él aun gentilmente nos respondió: "Sí, sí; ahora, ahora". Después de media hora, vino a pedir disculpas, diciéndome que todas las camas estaban ocupadas, y no había más que una libre para él, en un cuarto de paso, pero nos la ofreció de corazón. Como era natural, no la acepté y volví a sentarme junto a la mesa con la Madre Clara en un rincón. Y llegaron las diez y aun más, y los hombres continuaban con la bebida; el alcohol comenzaba a producir sus efectos; se veían algunos bamboleando, otros comenzaron a levantar la voz, a gritar, a cantar; entonces, digo la verdad, tuve un poco de miedo. ¿Pero qué hacer? En un ángulo del salón, vi a un buen señor Americano de San Francisco, que había hecho el viaje con nosotras, y a quien le había caído la misma suerte, de quedar sin habitación. Me acerqué a él, el único que me inspiraba confianza en medio de aquel grupo de gente ebria, y le pedí se llegara hacia donde estábamos nosotras, porque comenzábamos a tener miedo. Él, compasivo, se dirigió hacia el dueño, y tanto hizo que logró que nos dieran un puesto en una habitación, en donde estaban dos señoras y un jovencito, retirando a este último para dar lugar a nosotras. Bendijimos de corazón a este buen señor, y más bien que ponernos en cama, nos echamos encima, como muertas de cansancio, quedando inmóviles hasta la mañana. A las 7 del día siguiente, estábamos ya en la estación, y tomamos el pequeño tren Transandino, y costeamos siempre el río Mendoza, atravesando de nuevo estupendos montes y valles, hasta llegar por la tarde a Mendoza, la primera y más bella ciudad, que se encuentra en la Argentina cuando se viene de Chile.

Allí fuimos recibidas por las muy buenas Hermanas del Buen Pastor y fue gran descanso para nosotras hallarnos en un asilo religioso, al seguro, después de aquel viaje y de aquellas noches pasadas con tanta pena y temor. Visitamos las hermosas iglesias de la ciudad; fuimos a ver a los RR. Padres de la Compañía de Jesús, quienes nos alegraron mucho con las noticias, que nos dieron acerca de Buenos Aires, animándonos con sus palabras de que hallaríamos mucho trabajo en aquella ciudad. Visitamos también a los Franciscanos, que nos bendijeron de corazón como a Hermanas Franciscanas Terciarias. Visitamos asimismo a las Esclavas del Sagrado Corazón de Jesús, Instituto fundado hace poco tiempo en Córdoba, quienes nos acogieron con mucha cordialidad; y hubiéramos deseado quedarnos allí algunos días, pero, en la tarde siguiente, arreglado el viaje con la Compañía Argentina de ferrocarril, ya estábamos nosotras en el tren que nos debía llevar a través de las *Pampas,* corriendo veloz-

mente por espacio de dos días seguidos, con muy pocas y breves paradas. ¡Hermosas las *Pampas!;* llanuras inmensas, en donde solamente de cuando en cuando, aparece alguna casita de campesinos, que parece perdida en aquella inmensidad; de tiempo en tiempo, caballos y vacunos en gran número, rebaños de ovejas o de cabras, que pacen sin dirección y sin guía, en aquella campiña sin fin, cuyos límites, el propietario no conoce, ni se preocupa por conocer. De cuando en cuando, esqueletos de animales, cadáveres descarnados completamente por la intemperie y por el tiempo, dejados en abandono e insepultos. Pero, el tren volaba, volaba siempre sin preocuparse de nada, a través de la hierba pujante del prado virgen, hasta que en la mañana del primero de diciembre llegamos a la Capital de la República Argentina. Y aquí, hago punto, prometiéndoles volver a tomar el papel y el lápiz, cuando haya terminado esta fundación y me ponga de nuevo en viaje, o para volver a ustedes o para ir a otra parte, si así lo manda la obediencia.

Mientras tanto, vivamos abandonadas en el adorable Corazón de Jesús; yo trabajaré en esta viña, ustedes sosténganme con sus plegarias bien fervorosas, en las cuales pongo tanta confianza. Oh la oración, la confianza, el abandono total en Dios, serán siempre nuestras seguras armas. Nosotras no somos capaces de nada, pero todo lo podemos en Dios: *Omnia possum in Eo qui me confortat.* El buen Jesús las bendiga, y las encierre en su hermoso Corazón, donde está el trono de paz, el Paraíso anticipado. Amen mucho a Jesús, y no piensen en otra cosa. Trabajen mucho para la gloria de Dios. Siempre bajo la égida de la Santa Obediencia, y no aspiren al descanso aquí en la tierra, sino a morir sobre el campo, en compañía de Jesús, con la seguridad de que combatirán mejor y formarán una más hermosa corona, aquella corona que por toda la eternidad nadie se la podrá arrebatar.

Tanto les desea vuestra.

Aff.ma Madre en el SS. C. de J.

M. Francisca Javier Cabrini

IX

DE BUENOS AIRES A BARCELONA

A. M. G. SS. C. J.

Buenos Aires, agosto 8 de 1896.

Jesús esté con ustedes, y con suavísima paz las atraiga hacia su Corazón y siempre, con fuerza sobrehumana, las tenga junto a Él.

Mis muy amadas Hijas:

¡Cuán hermoso es viajar bajo el manto de la Virgen Inmaculada, vestida de blanco y celeste, con los labios rosados, y que emiten plateados y espléndidos rayos!...

A la una de la tarde del día 8 de agosto, después de ocho meses ocupados en la fundación del Colegio Santa Rosa, muy bendecido por el Adorable Corazón de Jesús, yo emprendía el vuelo hacia ustedes, muy deseosa de volverlas a ver, después de dos años de ausencia de la querida y dilecta Casa Madre, centro de nuestras más sublimes aspiraciones, en donde bebemos la esencia de las más bellas virtudes, por medio de las cuales, debemos ser, en el día de hoy, espectáculo al mundo para convertirlo. "Vosotros sois la luz del mundo" — dijo Jesús— "Vosotros sois sal de la tierra", añadió, cuando desde el monte hablaba a sus Apóstoles. Y ustedes, Misioneras, también ustedes pertenecen de alguna manera a la familia de los Apóstoles. ¿No deben ustedes continuar la Misión de Cristo? Entonces ustedes también tienen la misión de ser la sal de la tierra, la

luz del mundo. ¿Y cómo se ha de cumplir una misión tan ardua y sublime? Se les tornará muy fácil, cuando quieran imitar a la Virgen Argentina, prodigiosa en el pueblo de Buenos Aires. Ella está vestida de blanco y celeste, con los rosados labios en gesto de sonrisa del paraíso, y envía rayos de luz plateada, que sin ofender la vista, ilumina, convence, infunde seguridad. Ella es blanca como la nieve por su pureza inmaculada. Ella es celeste por sus costumbres, y por su divina majestad, por la elevación de su inteligencia y por la profunda sublimidad de sus conceptos; Ella es de plata, por los rayos de perenne luz que emanan de las heroicas virtudes que practicó y que constituyen como una aureola, que da más luz, majestad y veneración a su rostro. ¡Oh! Tenía perfecta razón el Areopagita en decir, cuando vio a la Virgen Santísima, la cual, después de la Ascensión de Jesucristo, como misionera animaba y confortaba a los piadosos fieles: "Si yo no hubiera entonces pensado que hay un solo Dios, ciertamente hubiera caído postrado y hubiera adorado a la Virgen María, como a una Deidad", y el auxilio para imitar a María Santísima lo hallaremos en Ella misma, si con fe grande nos colocamos bajo el manto de su protección. ¡Si hallan a María, todo lo hallan, oh hijas! *Inventa, María, inveniuntur omnia bona; ipsa enim diligit diligentes se, immo sibi servientibus, servit.* Si nosotras veneramos a tantos santos, y vemos tantas maravillas en las almas, debemos comprender que todo viene de la fuente inmensa de bendiciones, que es Jesús, y de ese inagotable canal de gracias, que es María. Hijas, pongan, pues, su fe en María, cuiden con toda diligencia imitar sus virtudes, porque esta Madre del amor hermoso repite a cada instante las palabras, que la Iglesia pone en su boca: Yo doy frutos de aroma agradable; mis flores son frutos de gloria y de santidad.

Cuiden mucho que estas palabras jamás sean para ustedes de reprensión por la esterilidad de sus obras. Ustedes, que, merced a la gracia celestial, han sido trasplantadas por el bautismo al fértil campo de la Iglesia y al glorioso de la profesión religiosa, ¿qué frutos han dado? ¿Quizá muchas hojas y quizá algunas veces flores, que pronto se marchitaron en vuestras plantas en el día mismo que abrieron sus corolas? Oh, no hijas, de ahora en adelante resplandecerá en ustedes la verdadera devoción a la Virgen Santísima, nuestra Madre y Fundadora, y esta devoción consiste en la imitación fiel de sus preclaras virtudes. Pero volvamos a nosotras.

De Buenos Aires traigo recuerdos imborrables. Llegué allí el primero de diciembre y después de haber atravesado la inmensa *Pampa,* que se extiende desde Mendoza hasta el Río de Plata, y no sabía hacia dónde

dirigirme, por no conocer a nadie fuera del Reverendo Padre Broggi, a quien conocí dos años antes, cuando, al pasar él por Génova para embarcarse, fue dos veces a celebrar a nuestra casa, enviado por el Reverendo Señor Rinaldi, Superior de la Misión, quien nos favorecía como Capellán en aquellos primeros tiempos de nuestra fundación en Génova. Tomé un coche con la Madre Clara y fui en busca del R. Padre Broggi, al que hallamos después de haber dado vueltas, por bastantes horas. Él nos acogió con aquella caridad y gentileza, que le es tan natural, y, después de habernos obsequiado con una excelente comida a la italiana, nos acompañó al Arzobispado, donde hallamos al nuevo Arzobispo, Monseñor Ladislao Castellano, que nos recibió con verdadero corazón de Padre, alegre de iniciar su gobierno con una fundación en su nueva y extensísima Diócesis. Encontramos también a uno de los Vicarios Generales, Monseñor Antonio Espinosa, quien me animó mucho y me entregó varias tarjetas suyas para presentarme a las principales personas de la ciudad. Como yo le pidiera que escribiera algunas palabras de recomendación, me respondió, con caridad grande, como su corazón, que me daba carta blanca, y que por lo tanto escribiera en sus tarjetas todo lo que yo quisiera, dándome amplia libertad. El R. Padre Broggi me presentó después al Secretario general de la Curia, el Reverendo Señor Canónigo Terrero, persona muy respetable, que conoce perfectamente toda la ciudad y es muy apreciado por todos. Él también me animó, y fue quien con su gran caridad, más tarde hizo de Capellán en nuestra Casa, resolviendo así una dificultad más bien grande, debido a la extensión del país y a la mucha escasez de Sacerdotes. En ese día, había mucho movimiento en el Arzobispado por la preparación de una gran peregrinación, que dos días más tarde debía hacerse a la Virgen de Luján, para festejar la instalación del nuevo Arzobispo, y para honrar y obsequiar al Arzobispo de Chile, llegado a propósito para imponer el Palio al de Buenos Aires, y en fin para celebrar un gran acontecimiento patriótico, el de la paz que se iniciaba entre las dos Repúblicas, la Argentina y Chile, desde mucho tiempo, en gran discordia por cuestiones de límites.

Entre las personas que se hallaban en el Arzobispado, y entre tantos sacerdotes que tuvieron una palabra de aliento para mí, se debe destacar a uno, cierto Padre Juan Nepomuceno Kiernan, hombre santo, lleno de caridad y de entusiasmo, quien se sorprendió de nuestro título de Misioneras del Sagrado Corazón, como asimismo se compadeció al verme, según él dijo, un poco caída y sufrida; y en ese mismo instante decidió, en su alma, ayudarme en todo lo posible para que pudiera hacer una buena

fundación. Me acompañó mientras yo iba conociendo a todos los de la Curia, y cuando veía que me faltaba la palabra y que parecía mostrar un poco de temor, él, desde lejos, me animaba, diciendo: "Madre, hágase ánimo, todos nosotros la ayudaremos". Y en verdad no faltó a su palabra, pues fue nuestro compañero en todas las dificultades de la fundación; nos proporcionó todos los auxilios posibles, no nos dejó hasta que vio la obra muy bien encaminada. El Padre Kiernan es un alma hermosa, y sabe unir muy bien una vasta ciencia y una simplicidad admirable. Parece que hubiera hecho suya aquella expresión de Jesucristo: "Sed simples como la paloma, prudentes como la serpiente". ¡Qué sublime espectáculo el de las almas que vuelan sobre la tierra como las palomas, haciendo el bien, sin enredarse en sus estorbos! Vuelan, vuelan con ansias siempre nuevas de hacer el bien; vuelan sin cansarse, o mejor dicho, sin darse cuenta del cansancio, aun cuando les falten las fuerzas materiales; una aureola de luz celestial las circunda, como a sus obras; y sus benéficos influjos son siempre de gran provecho, porque van señalados con la bendición de Dios. Una vez terminados los arreglos convenientes con la Venerable Curia, el R. P. Broggi me llevó a una buena familia italiana, en donde pasamos la noche, y al día siguiente nos alojamos con las Rdas. Hermanas de la Misericordia, de Savona, quienes, desde hace más de veinte años, se hallan en la Argentina. El P. Broggi, por su gran caridad y nobleza de alma, se había sentido obligado a ayudarme en todo lo necesario para llevar a cabo la fundación, y venía cada día para acompañarme a conocer las principales familias y las Parroquias de Buenos Aires; esto me ayudó mucho para averiguar mejor el sitio, en donde iniciar la fundación.

Después de haber conocido un poco los lugares y de haber visitado cerca de sesenta casas, llegué a resolverme por tomar una en el centro de la ciudad, y como era de gusto del Corazón Adorable de Jesús, la hallé muy hermosa, espaciosa, llena de luz, que al verla causaba a todos cierta ilusión y con mayor apariencia de lo que en verdad era. En efecto, muchas señoras me disuadían de alquilarla, porque era un poco cara, diciéndome que en los dos primeros años no llegaríamos a tener más de seis o siete alumnas, hasta que llegáramos a inspirar confianza a los bonaerenses; pero yo sentía en mi ánimo una secreta persuasión, que no sabía de dónde venía, y por esto decidí tomarla a cualquier costo. Mas esta audacia en hacerme cargo de tal obligación, más bien pesada, terminó por dejar en todos una buena impresión y comenzaron las principales familias a venir para inscribir a sus niñas, y continuaron en adelante, de manera que, a mi

partida, la Casa ya estaba llena y hubimos de hacer planes para tomar otra casa más capaz. Cuando todo estuvo arreglado con el dueño de la casa, se pensó ya en comenzar a habitarla, por lo cual determiné inaugurarla en un día que fuera memorable, y justamente elegí el día de Navidad. Las buenas Hermanas de la Misericordia no querían dejarnos partir de su lado en día tan solemne, pero yo estuve firme, y con la Madre Clara, a las diez de la mañana del 25 de diciembre, me dirigí a nuestro domicilio; y así el verdadero fundador de la primera Casa Argentina fue el Santo Niño Jesús, en el cual puse toda mi confianza, abandonándome a Él por completo, a fin de que Él se cuidara de superar todas las dificultades con la bondad de su Corazón. Y el Santo Niño lo supo hacer maravillosamente. En las vísperas de la apertura de la Casa hice dos telegramas, uno a Codogno, y el otro a Nueva York, llamando a varias Hermanas, las cuales prontas ya y bien dispuestas para la nueva fundación, se pusieron de inmediato en viaje, y un mes más tarde, primero las de Nueva York, y un día más tarde las de Italia, se hallaban ya en la nueva Casa, en donde yo y la Madre Clara las aguardábamos con indecible ansia; pues no se podía continuar con la Casa abierta y solamente nosotras dos, por las exigencias, que cada día eran mayores, por las clientas que el Fundador había ya cautivado para la nueva fundación. El primero de marzo se abrió el Colegio, y de inmediato el número de las alumnas sobrepasó en mucho la expectativa, por lo cual hube de llamar apurada y por telegrama, a otras Hermanas más, las cuales, no menos dispuestas que las primeras, en poco tiempo estuvieron con nosotras. A principios de mayo, aquellas niñas tan inteligentes, ya estaban en disposición de poder presentar algo en público; entonces resolvimos hacer una inauguración solemne del Colegio. Según las costumbres de la Nación, se organizó una Comisión promotora de ocho señoras de las principales, elegidas entre las mejores, a cuya cabeza estaba como Madrina del Colegio la Señora Leonor Tezanos Pinto, esposa del Señor Uriburu, Presidente de la República Argentina. Era el 8 de mayo; el señor Intendente de Buenos Aires había enviado en las vísperas varios trabajadores de los jardines públicos para adornar con flores y hojas toda la Casa, y el Intendente del Club Católico hizo ornamentar la Iglesia y los salones con lo mejor que tenía, como cortinas, alfombras, franjas, etc.

A las ocho de la mañana de ese dichoso día, ya la Iglesia y los salones adyacentes estaban llenos de señoras, cuando llegó el Arzobispo Monseñor Uladislao Castellano, quien celebró la Santa Misa, durante la cual se oyó la orquesta; apenas se terminó la Santa Misa, Monseñor Espinosa,

Vicario General, dijo un hermosísimo discurso de inauguración, hablando mucho de nuestro Instituto, como si siempre lo hubiese conocido, todo con la bondad de su gran corazón. Por la tarde también vino el Arzobispo con varios Sacerdotes y Padres, con gran concurso de las familias más notables, las que llenaron no sólo el salón, sino también varios patios; con la presidencia del Arzobispo, de la Esposa del Presidente de la República y de diversas Autoridades escolares, ofrecieron las niñas una Academia músico-literaria, cerrándola con un gran coro y un cuadro vivo, en el cual se vio aparecer entre nubes resplandecientes y grandes luces a Santa Rosa y al Sagrado Corazón, quien bendiciendo la nueva fundación, ponía un brillante en la corona de Santa Rosa, indicando así el nuevo Colegio. Agradó mucho a todos y para satisfacerlos, hubo de tomarse una fotografía, que resultó muy buena. Una de éstas llevaré a la Casa Madre, para que todas puedan admirar ese cuadro que llaman del Paraíso, en Buenos Aires.

Por la mañana, antes de iniciar la función, el Excelentísimo Señor Arzobispo bendijo el artístico altar de retablo, muy hermoso, que fue regalado por el Rev. Padre Juan Delheye, Párroco de San Miguel, sacerdote muy piadoso y generoso, quien realiza mucho bien y ama la virtud sólida; es una de esas almas que viven solamente para el bien y que hacen la verdadera felicidad de un pueblo. Él nos trató al principio, cuando solamente estaba la M. Clara conmigo, y la Casa no era otra cosa que un gran vaso sin ornamento alguno; inmediatamente nos envió dos candeleros y una hermosísima lámpara para adornar un Sagrado Corazón, en natural, que nos regaló la señorita María Baudon, óptima mujer, que nos ayudó mucho desde los comienzos y siempre me acompañó en las visitas, que debía realizar en la ciudad. El Sagrado Corazón fue el primero que llegó a la nueva Casa, y creí en verdad que iba a caer en éxtasis cuando por vez primera, de noche, pude recogerme ante esa hermosa imagen que parecía hablarme y decirme: "Quédate tranquila, hija mía, vive confiada sin poner límites jamás a tu confianza, que yo me preocuparé de esta casa, por intercesión de mi amada Rosa de Lima". ¡Oh, el Sagrado Corazón, cuán bueno, cariñoso y amable es! Una sola mirada suya, una sola palabra suya, impresa en el fondo del alma, es suficiente para animar y dar seguridad, Él es un remedio dulcísimo, Él es la fuente inagotable de todo bien, en donde conviene que nosotros nos engolfemos con inmensa confianza; Él es un abismo de amor, donde se halla nuestra verdadera casa, nuestro descanso, en donde podemos ponernos a cubierto en cualquier crítica cir-

cunstancia nuestra; Él es un tesoro desconocido e infinito, que trata de manifestarse siempre en nosotros, de expandirse y de darse para enriquecer nuestra pobreza; Él es el verdadero oratorio de paz y de delicias, el único indispensable para nuestro corazón, nuestro todo en todas las cosas.

Dimos el título de Santa Rosa al Colegio, según mi promesa hecha a la Santa, cuando tuve la suerte, como ya les dije, de visitar sus preciosas reliquias en Lima. La Santa mantuvo su palabra bendiciendo el viaje, la llegada a Buenos Aires, la fundación y continúa pensando ella misma en lo necesario para el colegio, por lo cual yo ahora lo he dejado con toda tranquilidad de ánimo. A todos, además, agradó el nombre de Santa Rosa, dado al Colegio, por ser ella la excelsa Patrona de sus Repúblicas. Yo quisiera perpetuar este hermoso nombre, dado en la fundación, con la edificación de un hermoso santuario en honor de la Santa y en seguida lo haría si hallara un alma buena y generosa, que me proporcionara los medios necesarios: mas, como no sé dónde vive esta persona tan dichosa, que quiera declarar por su heredera a la Taumaturga de Lima, encargaré a la misma Santa Rosa, que vaya a buscarla y me la traiga.

Mas mientras yo les he contado algo de esta fundación, hemos hecho un hermoso viaje; hemos llegado a Montevideo, donde se ha detenido el buque, y con mi ángel de compañía bajamos, trasbordando al vaporcito del Capitán, luego que él nos recomendó mucho a un buen señor, a fin de que tuviera cuidado de nosotras y nos ensañara la manera de hallar pronto la Catedral. En efecto, en el menor tiempo posible, nos encontramos en la Casa de Dios: pudimos comulgar y nuestros corazones pudieron quedar satisfechos, porque recibieron ese celeste Maná sustancial: que nos regalaba el Corazón Divino, y que había de acompañarnos durante todo el viaje, o por lo menos hasta Las Palmas, en las Islas Canarias, donde esperamos poder nuevamente acercarnos al altar de Jesús, recibir nuevamente al Dios vivo, a nuestro querido Amor, para que nos alegre y nos aliente en el resto del viaje.

En Montevideo también pudimos escuchar la Santa Misa y satisfacer de esta manera el precepto dominical. Luego asistimos a una parte de la gran función Pontifical, que se hacía para suplicar la glorificación del Venerable Giannelli, fundador de las Hermanas del Huerto y Obispo de Bobbio. Después visitamos un poco la ciudad, digna de ser vista, calles hermosas, plazas grandes, monumentos suntuosos, hermoso jardines. Además todo se destaca aún más, por estar la ciudad como en el dorso de

un monte, no muy elevado, rodeada, casi por completo, por el mar, que le proporciona excelente y saludable aire y una vista encantadora. Es bastante grande, aunque no muy poblada; el comercio no es muy activo, pues se halla cerca Buenos Aires, que todo lo absorbe, por razón de su intensa vida comercial, que crece más cada día, debido a sus progresos.

Montevideo es hermosa, y nos gusta más porque está edificada a la europea, pero Buenos Aires es hermosa y es grande, y si hoy no es de nuestro gusto, es tan sólo, porque en su extensión, con mucha frecuencia ha mezclado lo hermoso con lo desagradable. ¡Figúrense! Se camina a lo largo de diez cuadras, equivalentes a un kilómetro, tan hermosas que les parece hallarse ante los más espléndidos palacios de París; y luego inmediatamente, veinte cuadras más adelante, o sea dos kilómetros, se hallan en medio de casas de un solo piso, y algunas tan bajas que parece se hunden en la tierra. Después de haber andado tanto, se encontrarán de nuevo ante palacios suntuosos y estupendos, como por ejemplo, en la Recoleta y muy en especial en la calle Alvear, que verdaderamente es algo encantador. Vuestra admiración se acrecienta en la visita al Paseo de Palermo y a los jardines públicos, que pueden parangonarse con los mejores de Europa, con cultivos extraordinarios, sitios de aclimatación, tanto para las plantas como para animales. La ciudad de Buenos Aires tiene, por decir así, tan sólo diez años de vida, pero si adelanta así otros diez años más, y mejor aún si veinte años, ciertamente podrá rivalizar con Nueva York, siempre empero que los partidos no se levanten para dañarla, como siempre existe el peligro, debido al carácter de los habitantes, bueno sí, pero turbulento. Ahora, por ejemplo, debía entrar en guerra con Chile por cuestiones de límites; Buenos Aires poseía sus derechos, y Chile deseaba apoderarse de un poco de tierra, ya que sus límites eran muy estrechos; pero gracias al Cielo hubo arreglo, cediendo la Argentina parte de sus extensiones inmensas hacia la Tierra del Fuego. Contribuyeron a este arreglo, en mucho, los dos Arzobispos, es decir el de Chile, Monseñor Casanova y el nuevo de Buenos Aires. Justamente a mi llegada a Buenos Aires, y con dicho fin, los dos Prelados hicieron una Peregrinación a la Virgen de Luján, junto con el general Roca, Presidente interino, durante la ausencia del Presidente Uriburu, quien por enfermedad hubo de ir a tomar frescos y saludables aires en las celebradas montañas de Córdoba. También estuvieron presentes varios Ministros e inmenso pueblo. Predicó el elocuente orador Monseñor Jara, Vicario de Valparaíso, a quien aplaudieron repetidamente los representantes de las dos Repúblicas, como asi-

mismo el pueblo presente. Al final, después de haber hablado de los privilegios de María Santísima, de los admirables milagros obrados en Luján, y después de haber afirmado que Chile no podía obsequiar algo que fuese digno de esa Taumaturga Virgen, estando ya cubierta de oro de la cabeza a los pies, dijo que el mejor regalo sería dejar en el Santuario la bandera de la República Chilena, como señal del abrazo y de la paz con la República hermana. Estas palabras fueron frenéticamente aplaudidas. En verdad nos impresionaba un poco ver el Santuario trocado en un teatro, pero luego perdonamos esta especie de irreverencia a la Iglesia de Dios, pensando que hace poco, en estos pueblos, ha nacido la verdadera civilización con la Religión, y que, al fin y al cabo, su fe era buena, al llevarlos a tratar aun los destinos de las naciones dentro de los muros del Santuario, implorando la bendición de Dios y de la de María Virgen. La Madre Clara, y yo también, habíamos ido a esa peregrinación, porque, apenas llegados a la Curia, los buenos Padres, rodeándonos con toda solicitud, nos dieron boletos de primera clase para hacernos participar de su nueva y gran fiesta. Acepté, y mientras todos estaban preocupados en suplicar la paz de su propio país, yo uní también mis oraciones a las suyas, pidiendo la paz para una nación, que ya consideraba como mía, desde el primer instante de mi llegada; mas entre el bullicio de los que se estremecían y alegraban por los destinos de la República, yo me recogí en mí misma, recomendando a la imagen milagrosa la fundación, que trataba de hacer, prometiendo volver a agradecerle antes de partir de la Argentina, si todo me hubiese ido bien. En efecto el éxito superó toda expectativa, y, una semana antes de iniciar el viaje, fui a satisfacer mi promesa con gran consuelo y aliento para mí; porque mientras encomendaba a María la Casa que estaba por dejar, me parecía que esa querida Madre poderosa y taumaturga, me aseguraba su protección continuada. Tuvimos una prueba visible del amor y de la protección de esta nuestra querida Madre, que llenó de estupor y de gran maravilla a las Hermanas, quienes conmigo, fueron a Luján, y ofrecieron, a esta Madre de gracias, sus votos y sus agradecimientos.

Apenas partimos de Buenos Aires, una lluvia de luminosísimos rayos, que con sus luces superaban los esplendores de los rayos del sol, nos acompañaron durante todo el viaje y tan sólo desaparecieron, en las cercanías de Luján, después de habernos indicado el Santuario, en donde la prodigiosa Imagen prodiga los inefables tesoros de sus gracias y bendiciones, como para mostrarnos visiblemente la protección especial de la Celestial Reina.

¡Oh cuán buena, cuán amable es María! Ella es nuestra propicia Estrella matutina; es nuestra verdadera guía y conductora en todas nuestras empresas; y por esto nada han de temer las Misioneras. Nuestra excelsa Madre y Fundadora está cerca de Dios, más bien unida a Dios; por lo cual todo lo puede, todo lo quiere y todo lo suplica de Dios. ¡Qué grandeza la de María! Ella ha sido constituida por el Señor en fuente de todas las gracias, en canal seguro de las Misericordias divinas, escala del Cielo, puerta del Paraíso. María, oh hijas, es aquel misterioso monte, monte sombreado por el Espíritu Santo, monte en cuya cumbre brota una surgente de límpidas fuentes, que dividiéndose en una infinidad de arroyos, bañan todo el mundo, y por lo tanto nuestras obras, siempre que sepamos invocarla y mostrarnos verdaderas devotas suyas con la gran confianza y la imitación de sus hermosas virtudes, dignas en verdad de una Misionera. ¿Desean, oh hijas, convertir todo el mundo? Invoquen a María, porque Ella es aquella ligera nube, vista por el profeta Elías, que, levantándose desde el mar, poco a poco se extendía hasta cubrir todo el Cielo, y que luego disolviéndose en copiosa lluvia, caía en todos los confines del mundo, beneficiando de esta manera hasta a los últimos habitantes del orbe. Sí, sí, todo lo podrán con María, porque Ella sabe extirpar las herejías, quitar los cismas, abatir los ídolos. Ella sabe triunfar con la Fe Católica por todas partes, aumentar y dilatar la grey de Jesucristo, que con sus místicas aguas fertiliza y fecunda. Recomiéndense, pues, a Ella; hagan todo con María; no se alejen un paso de Ella. Invóquenla siempre, y Ella fecundará muchísimo sus corazones para hacerlos dignos de la Misión; se los purificará y pondrá en todos ellos sus más hermosas virtudes, enriqueciéndolas con santas operaciones. Cuando estén débiles, las fortalecerá; cuando la imiten, las perfeccionará.

Y mientras tanto continúa el viaje perfectamente; es una maravilla; casi ni nos damos cuenta del movimiento del mar, tan plácido y tranquilo está. No puedo escribir mucho, porque los señores pasajeros son tan buenos todos ellos, que no me dejan libre un momento. A veces con mi angelito, la pequeña postulante que me acompaña, nos retiramos aparte para rogar un poco, pero no acabamos de rezar el rosario, y ya se ha formado nuevamente un cerco a nuestro alrededor; ya no hallamos lugar, en donde escondernos para permanecer solas; habrá que tener paciencia entonces, si esta vez escribo demasiado poco. También me he convertido en maestra de idioma, y cada día, una vez, he de dar lección a la señora María Tezanos Pinto de Coiseres, cuñada del Presidente de la República

Argentina, la cual ya quisiera hablar bien el italiano, al llegar a Italia, especialmente en Roma, a donde marcha su esposo a hacerse cargo de la Delegación del Perú.

En la mesa, junto al Comandante, hay un literato napolitano, y por lo tanto toda conversación se termina hablando de historia, de letras, de ciencias, etc. Cuando alguna vez, el napolitano se sale de línea, yo callo hasta cierto punto, pero luego con suavidad y con fuerza, de la mejor manera que me es posible, expongo la verdad, y, casi sin que él se dé cuenta, lo llevo a aprobar lo bueno y a declarar que solamente en el bien sólido y real, según Dios, se halla la verdadera felicidad. Un día afirmaba que para convertirse debería él sofocar y apagar el entusiasmo de su ánimo y la vehemencia de las pasiones humanas, y se vería trocado en una montaña de hielo, indiferente a cualquier cosa, por hermosa y grande, que ésta fuere. Yo le observé que la llama de las pasiones humanas, mientras deja en el alma el vacío y la desolación, trocada en llama celestial, mediante la gracia y la luz superior del Cielo, crece prodigiosamente hasta convertirse en un verdadero volcán de amor de Dios en un verdadero incendio, que ninguna creatura humana podrá apagar, mientras de parte del alma, dure la buena voluntad. Incendio que lleva al alma a sumergirse plenamente en Dios, en donde tendrá un placer, que bien podrá gustar, pero nunca podrá describir.

Tenemos clarísimos ejemplos. Un Agustín, una Magdalena ¿se trocaron acaso en montañas de hielo, después de sus conversiones? Todo lo contrario; porque no hubiéramos tenido esos prodigios de conversión y de admirable santidad, si esas dos almas no hubieran trocado la llama de las pasiones humanas en un volcán de inmenso amor a Dios. Mas es demasiado miserable la generación presente, demasiado desgraciada. Se estudia, se estudia, pero no se estudia Religión, y entre tanto se marcha, se corre con le velocidad del tren relámpago hacia la ruina del principio. ¿Oh amantísimo Jesús, no ves cuántas ruinas? Mas, por favor, no apartes de nosotros tu rostro; levántate, levántate como gigante, oh Amado, levántate y ven al campo de la misión de tus Esposas dilectas, que ansían llevar todas las almas a tu reino. Ven, ven; te aguardamos, te deseamos, te suspiramos. Ven, como fulgente sol y con tus vívidos y luminosos rayos ilumina la tierra ahora cubierta de tétrica oscuridad. Oh, Jesús mío, suspiro de los siglos, amor encendido para tus hijas, apresura tu paso, y ven a dar vida, a quien se sienta en las tinieblas de la muerte. Por tu Santísimo Corazón, oh Jesús, cura las muy graves llagas de la languideciente

humanidad. Nosotras, tus Misioneras, tenemos la mirada y el corazón de continuo vueltos hacia Ti; si Tú quieres, se salvarán todas las almas, que en tantas maneras nos encargaste; pero sí, Tú lo quieres y lo quieres con eficiencia, porque tu mismo Nombre significa salud, gracia, unción, amor. Oh, yo más invoco este dulcísimo nombre, y lo hallo cada vez más nuevo, querido, dulce, amable. Tú eres mi vida, mi todo; consuela, pues, a quien tanto te ama; consuela a tu pobre sierva, y ¡ea! Salva la generación languideciente, que nos encomendaste; mira estas almas redimidas por tu sangre preciosa; míralas con ojos de piedad y de amor, hiérelas con un cálido dardo de tu caridad inmensa, enciéndelas y transfórmalas a todas en Ti.

Una vez que pasamos la línea del Ecuador, después de cuatro horas de viaje, nos hallamos en el Pinar de San Pedro, que es un escollo de notable grandeza. Hermoso paisaje el que se presenta a la vista, con las esbeltas puntas, que se levantan como agujas y pinos. Al verlo luego, al oscurecer, nos parecía una hermosa ciudad flotante, de manera que la aspirante inmediatamente me preguntó si no iríamos allí, un día, para establecer una Misión. Le pregunté si quería convertir a los pájaros, únicos seres que hallan asilo allí, y me respondió que le parecía que si fuéramos nosotras a aquel lugar, hallaríamos ciertamente, a quien anunciar la buena nueva. En una palabra, ella desearía convertir a todo el mundo y, en el entusiasmo de sus deseos, ya le parecía tener la fe de Abraham, que mereció ver multiplicarse sus hijos espirituales, como el polvo de la tierra, aun entre las agudas puntas de los escollos del mar.

Entre una cosa y otra, llegamos a las Islas Canarias, haciendo escala en Las Palmas. ¡Hermoso golfo, espectáculo encantador presenta la ciudad! Llegamos a las seis de la mañana del 23, y como era domingo, nos levantamos pronto de la cama para ser de las primeras en bajar, a fin de cumplir con el precepto y tener la dicha de comulgar. En efecto, la inspección sanitaria no se hizo esperar mucho, y nuestro buen Capitán, el señor Bocelli, que nada deja de hacer para darnos gusto y hacernos más alegre el viaje, nos concedió bastante tiempo para satisfacer nuestros deseos. A las seis y media ya descendíamos por la escala, apoyadas en la cuerda que hacía el oficio de baranda y alquilamos la primera barca que se acercó. Los cuatro RR. Padres, que se hallaban a bordo, viendo que nosotras bajábamos, se animaron y vinieron tras de nosotras; los recibimos en la barca y diez minutos más tarde llegábamos a tierra firme. Todos juntos tomamos una volanta primitiva, tirada por un caballito tan pequeño y fla-

co que, a primera vista, la aspirante preguntó si era un asno y tenía miedo de que el pobre animal no tuviese fuerza suficiente para llevar a las seis personas que iban a subir, y mucho más porque uno de los RR. Padres, el buen Franciscano, pesaba por lo menos por tres. Pero, bien pronto nos persuadimos que, en lugar de un asno era un corcel muy bueno, que al trote, y con una carrera de las más veloces, nos llevó primero a la Iglesia de los Padrecitos, como los llamaba nuestro cochero, y eran los Padres llamados Siervos de María, quienes tenían una Iglesia sencilla, pero hermosa y muy devota. Allí, los Padres celebraron la Misa, mientras nosotras pudimos confesarnos, recibir la Santa Comunión y escuchar tres Misas; después subimos a nuestra carroza y a toda velocidad visitamos la ciudad entera, pasando también por el mercado, quizá para ostentar nuestro coche de nueva clase. Fuimos a visitar a los RR Padres Lazaristas, quienes hacía dos años se habían establecido allí, pues uno de los Padres, compañero nuestro de viaje, era justamente un Lazarista. Nos acogieron con su acostumbrada cordialidad, y con el desayuno nos ofrecieron la primera uva fresca de 1896; y fue una grata sorpresa para nosotras, después de haber dejado Buenos Aires en pleno invierno. Visitamos luego la Catedral, que nos llamó la atención por su arquitectura y su riqueza, ya que es una población más bien pobre. El altar, en lugar del palio, tiene una chapa de finísima plata y una lámpara de singular valor. Bien por los Palmenses y dichosos, mientras entre ellos aún triunfa un poco la religión. Después de visitar todo, volvimos al puerto, donde nos aguardaba nuestra barca para llevarnos a bordo. Hermosa la ingenuidad de mi compañera de viaje; apenas levantada, al contemplar las montañas, me preguntó muy admirada qué eran esos montones de tierra, y cómo estaban rectos hacia arriba sin caerse, me preguntó el por qué de los distintos colores, y me manifestó su maravilla, cuando vio las casas allí, apoyadas sobre la montaña, mientras me decía que ella ciertamente no iría allá arriba a visitar aquellas casas. Pueden imaginarse cómo aumentaría su maravilla, cuando vio, sin darse cuenta siquiera, que nuestro caballito justamente la había llevado hasta aquellas casas, tan en alto. Luego se costeó una montaña, cercana al puerto, y al ver una extensión de arena amarilla, tan lisa y llana que parecía una hermosa estofa extendida, hubiera deseado llevarse un pedazo, como recuerdo de esa tierra.

El bajar a tierra firme, en lugar de hacernos bien, nos causó mal a todos y, por más de un día, nos hallamos como si apenas nos hubiéramos dado a la mar. Por esto es que debo decirles ya, que hemos llegado al Estrecho

de Gibraltar; saludamos el Cabo Moro y Marruecos, volviendo después la mirada hacia el sitio estratégico de Gibraltar, con su encantadora roca. Se pudo observar bien todo, debido a que el Comandante, siempre gentil, hizo acercar el vapor hacia la ribera y que aminorara la marcha para tomar fotografías de los paisajes. Aquí no se detuvo el buque, pero siguiendo su marcha, cada vez lo más cerca posible de la tierra, gozamos durante todo el día de vistas completamente nuevas para nosotras y encantadoras; vimos las ciudades litorales de España, los hermosos golfos, las gargantas, las cadenas de sierras, y todo nos resultaba interesante, porque diversos buenos amigos nuestros, conocedores de las posiciones, nos explicaban todo, y nos prestaron sus buenos prismáticos, a fin de observar bien cuanto pudiera ser de importancia. Los viajeros gozaban al ver todo el interés que yo tomaba en todo esto; pero en verdad todo era importante para mí, mientras mi pensamiento, agitándose, recorría esas provincias, esas ciudades, se internaba por toda España, en donde deseo ver pronto fundada una Casa nuestra, que no sólo haga bien, sino también que recoja muchas y buenas vocaciones de esa lengua, mediante las cuales podríamos extender nuestra obra en la América española, por cuyo bien se entristece de continuo mi alma, pues al recorrerla he visto muchas necesidades, sin poder proporcionar más que un pequeño auxilio. ¡Oh! El deseo de esas Misiones parece que me devora de día y de noche; no quedaré satisfecha hasta que haya proporcionado, a cada uno de esos pobres pueblos, el socorro espiritual, siempre dentro de la esfera, se entiende, de cuanto nos es lícito a nosotras, pobres Misioneras. De cuando en cuando, un vivo sentimiento del alma hace que vuelva la mirada hacia la parte, que hace poco hemos dejado, es decir, hacia las costas occidentales de África y de Marruecos, por las cuales desde hace tiempo suspiro; quisiera volar a salvar esas almas; pero no; mientras yo viva, no iremos: mucho trabajo hemos hallado en las Américas, y quiera Dios que allí podamos extender mucho nuestra obra, a fin de salvar una gran parte de aquellos pueblos, hermanos nuestros. ¡Oh! La plegaria siempre es un gran alivio, pero especialmente cuando se contempla un cúmulo de obras para emprender, y nos vemos absolutamente imposibilitadas por nuestras fuerzas demasiado limitadas.

La plegaria es poderosa, hace que toda la tierra se llene de misericordia y que la clemencia pase de generación en generación; todos los siglos narran las obras maravillosas realizadas por el ministerio de la plegaria. Nosotras somos polvo, y los días nuestros son como hierba; el hombre está aquí de paso, dentro de poco ya no estará; pero la misericordia, la

clemencia, obtenidas por el poder de la plegaria, siempre harán experimentar a los pueblos, por los que se ruega, las grandes riquezas, los efectos saludables. ¡Oh! Sí; la misericordia obtenida por la plegaria será como un río, que naciendo del inmenso océano de la inexhausta bondad del Sacratísimo Corazón de Jesús, bañará esos pueblos y suavemente los dispondrá a acercarse a Dios y entrar en la única arca de eterna salud. La misericordia será como un haz de fulgurantes centellas, que desde el incendio grandísimo del Amor Divino, irán a caer, como luminosos rayos, para consolar a sus hijos. La plegaria, pues, sea nuestra fortaleza, dentro de los límites tan reducidos en que nos hallamos, para ayudar a todas las almas, a las que abrazamos con el corazón y con el afecto.

Mas henos ya llegadas a Barcelona; esta vez también el Capitán todo lo dispuso de manera que se llegara por la mañana temprano, a fin de dejarme tiempo para bajar junto con la aspirante para comulgar. ¡Quiera el Señor premiar la piedad grande de este raro y singular Capitán! Siempre tengo suerte en los viajes, pero las atenciones del señor Boccelli llegan hasta lo más íntimo del alma, al ver con qué penetración y sagacidad sabe conocer, entre los deseos, justamente el que forma el perno de muchos otros y que les da a otros, belleza. Esta vez nos quiso acompañar con su lancha y a las siete ya estábamos en la Catedral, donde nos confesamos y comulgamos, enfervorizadas más aún, por la devoción que nos inspiraba el buen número de señoras, que se hallaban recogidas en esa iglesia. Terminadas nuestras devociones, un excelente señor genovés de Ovada, que había viajado con nosotras, se nos acercó diciendo: "Seguramente ustedes querrán conocer Barcelona, y yo, como práctico, con gusto las acompañaría y así en poco tiempo veríamos todo". Yo, que ya tenía buena estima de ese señor, acepté. Nos llevó primero a desayunarnos, y luego, tomó una cómoda volanta, nos acompañó a ver los jardines públicos, el Climático, varias Iglesias y las principales bellezas de la nueva ciudad, que no son mucho menores que algunas de París. Barcelona es ciudad industrial, que en pocos años se ha agrandado más del doble y va extendiéndose siempre más. Pero más que española, esta ciudad de Cataluña se puede decir cosmopolita, por los extranjeros de todas las razas que habitan, mas también las diversas naciones llevaron junto con el progreso la más grande de las desgracias, las malas costumbres y la irreligión. Por lo tanto, con el tiempo será necesario establecer una Casa, y será una hermosa Misión que realizará verdadero bien.

Sí, pues, oh Hijas, multiplíquense en número y crezcan en virtud, que muy grande es la mies, y por más que sean, son siempre muy pocas aún. Ea, que su perfume bueno atraiga a otras tras vuestro ejemplo, de manera que yo pueda aliviar mi ánimo dándole desahogo, haciendo un poco de bien a tantas almas que se están perdiendo, si no nos apuramos a darles nuestro auxilio.

Mientras tanto trabajen mucho con el gran medio de la plegaria, tengan mucha confianza en su amado Jesús y siempre abandónense plenamente en su Corazón Adorable, y esperen mucho que, desconfiando de ustedes y confiando en Él, ustedes por míseras y débiles que sean, podrán con toda seguridad hacer cosas grandes. *Omnia possum in eo qui me confortat.* Ahora las dejo y pongo término, esperando verlas pronto y alegrarme personalmente viendo sus progresos en el espíritu.

El buen Jesús las bendiga y las encierre a todas en su hermoso Corazón, en donde siempre y a cada instante desea encontrarlas vuestra siempre.

Agosto 27 de 1896

Aff.ma Madre en el SS. C. de J.

M. FRANCISCA JAVIER CABRINI

X

DE LIVERPOOL A NUEVA YORK

M. G. SS. C. J.

Liverpool, noviembre 5 de 1898

El buen Corazón de Jesús, nuestra esperanza y nuestro único amor,

nuestra vida y nuestro todo,

difunda sobre nuestras almas aquella luz de verdad y aquel fuego de amor,

que vino a encender en el corazón de los hombres.

Mis muy queridas Hijas:

Nos ama Jesús; con dulces cadenas

de amor puro nos estrecha sobre su hermoso corazón,

despleguemos las alas hacia el Cielo hacia donde Él nos empuja,

arrancando al corazón de todo terreno bien.

Por séptima vez dejo Europa para marchar hacia las Misiones; pero esta vez, en pos de un impulso secreto del alma, que nutría desde hace

mucho tiempo, he querido visitar el país que durante el tiempo pasado fue cuna de grandes santos y que luego se tornó desgraciadamente en incrédulo, debido a las pasiones y a la soberbia de su jefe.

Me hallaba animada con la bendición del Padre Santo, el cual a fines de julio se dignó recibirme a sus plantas, animándome con suma bondad a recorrer toda la tierra, si fuese posible, para llevar o todas partes el santísimo Nombre de Jesús y para llevar todas las almas al seno de la Iglesia Católica, donde sólo hay salvación. En su bondad más que paternal quiso conocer el itinerario de mi viaje y viéndome tan desmejorada en la salud, me dijo: "¿Cómo podréis Vos soportar tanta labor? Yo que soy robusto, no lo podría hacer; es verdad que soy anciano, pero soy más robusto que Vos". La afabilidad con que se designaba hablarme, me dio ánimo para responderle, que, como era hija espiritual, pretendía poseer en mí una fibra de la robustez, de que goza mi Padre, y que me sentía con mucho entusiasmo para recorrer todo el mundo, y tenía la seguridad de que servir a aquel Jesús que quiso elegirme para Misionera de su Corazón Divino. Entonces tomó mi cabeza entre sus manos, llenándome de bendiciones, y pidiéndome rogar en todas partes por Él, que tiene su alma llena de amarguras por tantas revoluciones, que causan el desorden a los hombres en todos los países.

Por esto, el Pastor Supremo, ese amado Padre de las almas, aún no persuadido de haber consolado bastante a su pequeña Misionera, quiso hacerme un generoso obsequio para mi viaje y donarme algunos objetos para regalar a las personas, que hubiere hallado bien generosas para las obras de nuestras Misiones. Me dijo luego muchas cosas bellísimas, que yo no sé cómo repetirlas a ustedes, pero bien podría decírselas la Superiora de nuestra Casa de Roma, que me acompañó en esa inolvidable audiencia. Sólo puedo decirles que escoltada por esa bendición, yo corro por doquiera confiada, sin que el temor jamás sorprenda mi espíritu, por difícil que halle el camino y por cuantos obstáculos se levanten ante mí por obra de los enemigos espirituales y temporales. El Papa ha hablado, Dios ha hablado por Él; voy segura a todas partes, ¡Oh, cuán poderosa es la bendición del Papa! Es el Vicario visible de Jesucristo en la tierra, es el representante de Dios, el oráculo de la Santísima Trinidad, el órgano del Espíritu Santo, la sonora trompa del Redentor Divino; su boca, es la boca del Señor; su palabra, la palabra del Señor. El Papa es el faro luminoso de la sabiduría divina, mas para mí su palabra, su bendición es la verdadera columna de fuego, que me guía a través de todos los peligros, de todas las

dificultades. ¡Ea! Hijas queridas, roguemos mucho por el Papa, roguemos por el supremo Jerarca de los destinos de la Iglesia, y mucho más roguemos en estos tiempos tan difíciles; tenemos obligación estricta y nos la impone además un deber especial de reconocimiento filial hacia León XIII, quien ama y ayuda tanto nuestro amado Instituto, como su familia predilecta. Hablen, oh hijas, hablen del Papa a todos, y hagan que todos se unan a Él, porque quien se une íntimamente al Papa, por alejado que se halle desde antes del recto sendero, vuelve luego y camina por las vías de Dios. Recuerden a todos que el Papa es una vid ubérrima, y cualquiera que estuviese fielmente unido a Él, producirá siempre frutos copiosos en la mística viña.

El Santo Padre desea que nuestro Instituto sea fecundo en almas santas, como lo decía a las Hermanas, que luego presenté en mi audiencia; y nosotras tenemos la absoluta obligación de corresponder a los deseos del Santo Anciano. "¿Pero cómo haremos para llegar a ser santas?". Así me parece escuchar de labios de algunas. ¡Oh hijas mías muy amadas! No temamos las dificultades; es suficiente que sigamos con fidelidad nuestra santa vocación. El amado, muy amado Jesús, que nos ha llamado a seguirlo, recibiéndonos en su Corazón Divino, está todos los días ayudándonos, haciéndonos de escolta en nuestra andar. Es Él mismo, el buen Jesús, quien nos ha llamado a seguir de cerca sus huellas, con la observancia de los consejos evangélicos, a fin de que seamos santas y perfectas a semejanza de Él. El querido y amante Jesús fijó sobre nosotras su mirada de predilección, y sacándonos de las densas tinieblas del mundo nos introdujo en la Casa de su Corazón Divino y nos ha circundado con su luz admirable; mientras siempre permanece en medio de nosotras, inflamando el corazón con su amor divino. Quizá alguna vez probará nuestra fe y nuestro amor, permitiendo las tentaciones y las tribulaciones; pero si somos fieles a nuestro juramento, si confiadas lo invocamos, no olvidando jamás que en medio de nosotras se halla la fuente de todo bien, Él bien pronto nos consolará y nos dejará inundadas de luz y de alegría celestial y estará siempre con nosotras en la prueba. Él mismo nos lo ha prometido, llamándonos a seguirlo de cerca y su palabra jamás fallará. Quizá alguna vez a lo largo del camino que lleva al monte santo de la perfección, tendremos que sufrir, pero no nos amilanemos, porque aquél que ignora qué cosa es el padecer cristiano, ¿qué sabe él y qué conoce de maravilloso y grande en nuestros días? La ciencia del padecer es la ciencia de los santos; alegrémonos pues, cuando una cruz no aguardada nos-

visita, cuando un dolor nos hiere, porque éstos son frutos de antemano gustados en la mística viña, destinados a preparar méritos inestimables para nuestras almas. Por lo tanto, hijas muy amadas, cuando habrán de sufrir, no anden gimiendo como el que no conoce la gloria de la cruz, sino alcen sus ojos y sonrían dulcemente en el padecimiento, que es como una hermosa campiña amarilleada por la mies; aquél que sepa cosechar manípulos más copiosos, recibirá premio más amplio. Sepan unir siempre con suave dulzura sus penas con las de Jesús, y entonces vuestros padecimientos, sufridos por Jesús y por su Corazón Divino serán como otras tantas gotas sumergidas en el inmenso océano de la Santísima Pasión de Jesucristo. De esta manera nuestras tribulaciones y nuestros dolores, uniéndose a los de nuestro amantísimo Jesús, quedarán no sólo santificados, sino divinizados y dignos de eterna gloria. Padeciendo por Jesús, nosotras participamos de las riquezas de Jesús, de manera que a lo largo de nuestra peregrinación jamás nos faltarán las gracias, ni para nosotras particularmente, ni para las obras todas de nuestras misiones para santificación de las almas. Sean pues sabias, oh hijas amadas, y no desperdicien jamás los padecimientos, sufriéndolos con murmuraciones o sin tener en cuenta el fin sobrenatural; antes bien reflexionen, que en cada pena hay un trabajo admirable y secreto de las gracias y la dulce cadena de nuestra predestinación.

6 de noviembre – Vuelvo hoy a entretenerme con ustedes, después de haber pasado una noche tranquila, tan tranquila de casi no creer que estuviera en el mar, tanto que Sor Francisca, que me acompaña, estaba maravillada, pues se había preparado para el mareo y para todos los inconvenientes que se encuentran en una travesía marítima, en esta estación. Nos hallamos ahora detenidas frente a Queenstown, después de dieciséis horas de navegación. Es día de fiesta y tendríamos el deseo de bajar a tierra para cumplir el precepto y gozar de la felicidad inestimable de recibir a nuestro amantísimo Jesús; pero el buque no se detiene más que una media hora, lo necesario para recibir correo y hacer algunas provisiones, por lo cual es necesario resignarse y lanzar sólo nuestros suspiros hasta allá, en donde el Solitario del Amor se halla Sacramentado en las devotas iglesias de esta hermosa ciudad irlandesa y donde recibe el homenaje de reverencia y ferviente amor de este pueblo, aún animado de aquella firme y viva fe, que supo infundirle el gran Misionero, el fervoroso Apóstol de Irlanda, San Patricio.

Pero es conveniente que vuelva yo a la narración de mi viaje porque ustedes quieren conocer todas las vicisitudes, que lo acompañaron. Partí de Roma, después de haber terminado serios asuntos, entre los cuales ha de enumerarse uno relativo a intereses, el que me dio mucho trabajo y me causó tanto cansancio, que más de una vez estuve a punto de ceder a injustas pretensiones; y lo habría hecho ciertamente, si hubiese sido un asunto personal, pero yo debía defender los derechos del Instituto y habría estado equivocada, si hubiese cedido por motivo del cansancio físico y moral, que me oprimía. Mas, continuando con la ayuda del buen Jesús, quien por la bondad de su amantísimo Corazón, siempre trabaja en mi favor, obtuve finalmente la victoria, que parecía hubiera venido a ser ahora una necesidad para nuestro Instituto, después de haber sufrido tantas vejaciones, incomodidades y petulancias. Mas todo ha sido con el consentimiento de la Bondad Divina, la cual permite las aflicciones para hacernos luego dignas de tantas hermosas y singulares gracias, con las cuales favorece a nuestro pequeño y amado Instituto, ciertamente no digno de tantos y tan señalados beneficios. Después de dar gracias a Dios, hemos también de ser agradecidas a todas las personas, de quienes el Señor quiso servirse, como instrumentos, para hacernos padecer un poco, y hemos de rogar por ellas de buen corazón. Y como los verdaderos amigos se conocen en las ocasiones, así he podido constatar cuánto aman los Eminentísimos Señores Cardenales, realmente y con gran corazón paternal, nuestro amado Instituto; cuántos sacrificios y fatigas saben soportar para defender la vedad y la justicia y cómo son iluminados por el Espíritu Santo; entre ellos han de destacarse los Eminentísimos Cardenales Parocchi, Vannutelli, Rampolla, Agliardi, Steinhüber y Cretoni, además de otros Cardenales y Prelados, que sería muy largo enumerar.

Terminada con éxito la amable audiencia que tuve con el Santo Padre, y de la cual acabo de hablarles, fui al Noviciado de Codogno, donde hice mi Retiro anual de diez días, junto con unas ciento cuarenta Hermanas. Durante ese Retiro hallé el descanso, que hacía tiempo aguardaba y que me era muy necesario para volver a tomar las fuerzas materiales, de las que me veía decaída; se hubiera dicho que justamente no habría podido, sin inconveniente, volver a comenzar un nuevo y largo viaje, para cuyo término habrá de recorrerse por lo menos dieciséis mil millas, sin contar con los imprevistos que muchas veces acaecen y que no son siempre muy agradables, aunque siempre bien recibidos, porque los permite Aquél que da la lana según el frío y que, también con el hielo de la nieve, sabe con-

servar caliente la tierra y fecundarla: "*Qui dat nivem sicut lanam*". Aun cuando el espíritu de nuestro Instituto y las obras de piedad prescriptas son suficientes para mantenernos siempre unidas a Dios, sin embargo el retiro espiritual, de tiempo en tiempo, es una necesidad para nuestras almas, destinadas a subir alto en el monte de la perfección, como verdaderas Esposas de Jesucristo y como Misioneras de su Corazón Divino. Jesús ha dicho: "Llevaré a mi amada a la soledad y allí le hablaré de corazón a corazón". El mismo Jesús se retiraba frecuentemente solo al monte, y en la quietud del Huerto de los Olivos, para estar con su Eterno Divino Padre, en el silencio de la noche. En el retiro y en la soledad nosotras estamos más dispuestas a tratar con Dios, a hablarle familiarmente, a suplicarle nos colme de sus gracias. Es en el retiro que se aprende la manera múltiple y preciosa de la oración; es allí donde se aprende a rogar con la lengua, con las obras, con los padecimientos. Es allí que se obtiene ese espíritu de oración interna tan sublime y rica de mérito, porque, a cada instante y en cada obra, nos eleva a Dios. Es en el retiro donde el alma aprende a dar, a cada momento, miradas internas a la belleza y a la bondad infinita de Dios, y tales miradas siempre son plegaria melodiosa, muy agradable al Corazón Divino del amante Jesús.

Dios es un espíritu purísimo y simplicísimo, por esto ama con predilección y mucho a los corazones puros e inmaculados y agradece sus miradas amorosas y simples; y ¿dónde se purifica y simplifica mejor el espíritu, sino en el retiro? Aprende el alma a amar como se debe a un Dios tan digno de todo nuestro amor, y entonces los ímpetus internos, aun cuando breves, tienen una fuerza increíble, y son de gran provecho para nosotras, como también de inefable gloria a Dios. Entonces el alma aprende a conocer que no tiene necesidad de salir de sí misma para hallar a su amado Jesús, mientras lo conserva en ella y en medio de su corazón, como en su propio trono y tabernáculo. El alma entonces bebe copiosamente en la fuente oculta de la herida del Sagrado Corazón de Jesús.

Es el retiro, donde se llega a comprender qué necesita la Misionera a fin de enriquecerse mucho para la eternidad y a fin de que adquiera una continua y amorosa pureza de intención. ¡Oh cuán preciosa es! Las más vigilantes en este ejercicio son las más ricas en gracia en esta vida y de gloria en la otra. Sí, mis hijas muy queridas, sea Dios el principio, el medio, el fin de nuestras acciones cotidianas, y entonces mientras damos, como verdaderas Misioneras del Divino Corazón, grande y continuada gloria a Dios, adquiriremos en todo momento tesoros de gracia. Sea, pues,

que trabajemos, que enseñemos, que comamos, que durmamos, que naveguemos, hagamos todo en el nombre de Jesús y en el de su Corazón Divino. Entonces, recuérdenlo siempre, y enséñenlo también a todos cuantos deban instruir, la pureza de intención en las acciones es la vida y el valor de las mismas y es el modo de penetrar en una mina de inextinguibles e incalculables bienes, que un día hallaremos escritos en el libro de la vida.

Es en el retiro, donde se aprende a empequeñecerse y a conseguir la piedra preciosa de la humildad. Pero si hacemos que nuestra vida espiritual sea grosera, ordinaria, entonces nos creemos mejores, de lo que realmente somos, pero en soledad se entiende bien lo que nos advierte el Discípulo amado: "Si decimos que no tenemos culpa, nos engañamos a nosotras mismas y no hay verdad en nosotras". ¡Tan grande es nuestra miseria! ¡Ignorancia, ceguera del entendimiento, altanería y soberbia de la mente, inclinaciones al vicio, dificultades y repugnancia para toda virtud; prontas siempre al mal y tardas y lentas para obrar el bien! Todo esto es motivo suficiente, razón bastante para humillarnos ante la faz purísima de Dios y confesarnos, como somos en verdad, polvo, ceniza y nada más. Reflexionemos, siempre, oh hijas, que es una gran desventura defeccionar de la santa humildad, porque la falta de esa preciosa e inestimable perla, interpone un muro de bronce entre nosotras y Dios. Si no somos bien humildes no aprovecharemos jamás en el camino de la virtud, porque cualquier defecto contra la humildad, aun cuando parezca cosa de nada, sin embargo es para nosotras de grandísimo daño, porque toda falta de humildad es severamente castigada por Dios. Sean, pues, muy vigilantes, oh hijas, en custodiar la santa y preciosa humildad, ya que para nada les aprovecharán las hermosas obras de piedad prescriptas por nuestro Instituto, y vanas serán las muchas y bien dispuestas plegarias, si nuestro corazón no es humilde. Es necesario rogar y mucho, para obtener el don grande y apreciable de la humildad, pero es necesario ser humildes para ser escuchadas. María misma, nuestra tierna Madre, nos lo dice con su ejemplo, pues si agradó a Dios por su virginidad, no llegó sin embargo a ser Madre de Dios si no por la humildad, como afirma San Bernardo. Frecuentemente algunas personas se lamentan de no ser escuchadas, a pesar de sus largas plegarias; pero, por favor, sean humildes como Jesús desea; estimen y practiquen la humildad y pronto serán escuchadas, porque la llave para abrir todos los tesoros celestiales, es la poderosa humildad. Demos, pues, oh hijas, gusto y gloria a Dios, consolemos el adorable Corazón de Jesús haciéndonos verdaderamente humildes; practiquemos siem-

pre y en toda situación con gran simplicidad la humildad, que es el vínculo glorioso que nos une a Dios. No, ustedes no pueden estar sin Jesús; Él es para ustedes una necesidad feliz; vuestra alma anhela a su Creador, a su centro, a su principio, a su amado Bien; quiten entonces el impedimento que produce la poca humildad y entonces nada las detendrá; sus alas no serán cortadas y se podrán lanzar, con toda la vehemencia del entusiasmo, de que es capaz su alma, hacia vuestro tesoro, que les hará gustar ese Paraíso anticipado, que es el seguro noviciado de la vida eterna. La paz y la alegría que Dios infunde en el alma humilde superan toda comprensión. ¡Cuánto pues, oh hijas, deben apreciar el tiempo del santo retiro anual, del mensual, y aun de aquél, por breve que fuere, que hacen cada semana, cuando se retiran a leer sus inspiraciones y sus propósitos; sí, tantas son las ventajas que aporta! Pero entretanto, yo debo decirles que al término de los Ejercicios Espirituales, además del provecho personal obtenido, tuve también el consuelo de ver a todas las Hermanas que salían muy mejoradas y enriquecidas de preciosos dones por su amantísimo Esposo, quien alegre del suave, fragante aroma de sus santos propósitos, parecía las envolviera en una blanca nube con la sombra de su Santa Humanidad, de tal manera que creía hallarme más con celestiales criaturas, que con pobres viadoras. Por eso, segura de que las acompañarían siempre las bendiciones divinas, en las diversas Casas, a las que fueren enviadas, dejé Italia con paz y tranquilidad.

El 25 de agosto salí de Codogno; el 26 de Milano para Turín. Allí creía hallar los billetes de rebaja para ir a París; debía enviarlos la Compañía de la Real Mediterránea, por recomendación del Eminentísimo Cardenal Ferrata, quien con tanta premura quiso favorecer de alguna manera nuestra misión; pero el muy bueno y siempre amado Mons. Vigo, párroco de Santa Julia, salió a nuestro encuentro, y con aire de júbilo dijo que los billetes no habían llegado y que justamente se debía hacer un alto en su casa. Allí con agradable sorpresa hallamos a Mons. Radini Tedeschi, quien estaba en la labor de terminar la organización de su ya célebre peregrinación a la Virgen de Lourdes, y así tuvimos la suerte de participar nosotras en este tierno homenaje de devoción a la Virgen Inmaculada, preparando los libritos con los nombres en orden de grupos, que han de servir a los jefes de la caravana, quienes con entusiasmo coadyuvan al célebre devoto de la Inmaculada, Mons. Rabini Tedeschi, tan conocido por su fe pura, por su vida íntegra, por su singular adhesión al Santo Padre y a la Santa Sede.

Finalmente llegaron los billetes, el mismo día en que debía partir la devota peregrinación, e inmediatamente tomamos la ruta de París, acompañadas de la bendición del Eminentísimo Cardenal de Turín, quien, después de haber bendecido a los peregrinos, quiso también bendecirnos a nosotras y a nuestro viaje. Monseñor Vigo, como buen Padre, no satisfecho con haber prodigado tan generosa caridad al hospedarnos durante tres días, quiso regalarnos una buena canasta llena de muchas cosas y nos acompañó hasta la estación. La señorita Jaggi, hermana de nuestra buena Hermana Mauricia, no contenta con haber sido nuestra compañera en esos días, justamente con la Directora de la Casa de Codogno y la Hermana Mauricia, nos acompañó hasta los confines, para ayudarnos a pasar la aduana con todo nuestro bagaje. Es un alma hermosa, la señorita Carolina Jaggi y no sé qué no haría ella por aliviar cualquier sufrimiento de los demás; y todo lo hace con tanto mayor cariño por el Instituto, cuando lo considera como algo suyo y en cuyas filas espera pronto también ella formar parte.

Llegamos a París el 30 de agosto, por la mañana, y también allí nos aguardaba un alma llena de gran y generosa caridad, quiero decir el Excelentísimo Monseñor Chapelle, Arzobispo de Nueva Orleans, quien, olvidando su dignidad y sus méritos, se dignó venir al encuentro de nosotras en la estación, para llevarnos primero a tomar la colación en la casa en donde él se alojaba, y acompañarnos luego a la casa de las Hermanas de Sión, donde él nos había logrado hospedaje, durante el tiempo que deberíamos permanecer en París. El mismo día visitamos a la óptima señora de Mier, cuya caridad nos ofreció su casa, considerando que de esta manera habría dado mucho gusto a su hermana menor, que está terminando sus estudios con nosotras. No podíamos negarnos, porque hallándose muy enferma, nuestra negativa le hubiera causado mucho dolor. Por lo tanto para no producirle un golpe, que hubiera podido agravar su mal, aceptamos, y durante todo un mes entero la casa de la señora de Mier pareció haberse trocado en un convento. Todo estaba a nuestra disposición: el salón, la salita, el comedor, el servicio; completamente todo; y se guardaba mucho silencio, porque la pobre señora enferma, ya no recibía visitas y salía de su alcoba sólo en las horas de las comidas, y venía a la mesa, no para comer, sino para acompañarnos y asegurarse, como buena mamita, que nada nos faltaba, estudiando cada día la manera de que pudiéramos hallarnos mejor.

Pero mientras les hablo de París, el *Umbria*, buen vapor de la Cunard Line que nos lleva, anda, corre y parece volar. El tiempo es hermoso, el mar está tranquilo, el viento es favorable; semejante viaje podría esperarse en los meses de agosto y setiembre, pero nunca en la presente estación, por lo cual todos están admirados de cómo es favorecida esta travesía. Sólo, de cuando en cuando, las olas se hinchan un poco, pero en seguida, como por encanto, se forman nubes, que oscureciendo por un instante los rayos solares, se resuelven ora en lluvia cerrada, ora en gruesas gotas; y entonces al contacto del agua dulce, se calman y vuelven a la normalidad las saladas; por esto no nos parece casi que andamos, y yo, en este momento, encerrada en mi cabina, y otras veces sobre cubierta, puedo sin mucho trabajo escribir esta especie de diario, que ustedes desean. La Hermana Francisca está bien, me acompaña en todo y en la mesa, como todo debe solicitarse a la carta, ella es la que ordena de lo que yo puedo servirme; y en verdad no sabría hacerlo, porque no sé el nombre de las comidas inglesas, como tampoco sé todas las de nuestra nación, acostumbrada a comer lo que se me presenta. La Hermana Francisca es una buena compañera de viaje; siempre de buen humor, simple como una paloma, pero nada ignorante, antes bien es prudente, atenta y bien rápida para despachar cuanto se presenta, y con tal de evitarme cualquier trabajo, se vale de todos los medios, haciéndolo todo con desenvoltura y con gran caridad. Tiene las bellas cualidades y el espíritu que debe distinguir a la verdadera Misionera. Es buena con todos, afable, pero no afectada, por lo cual deja a todos edificados; el mundo no tiene parte alguna en su corazón, ni deja la más mínima huella que la pueda entibiar en el ferviente amor que profesa al amado Jesús. Como saben, no puede todavía hablar bien el italiano, pero se ingenia con giros y más giros de palabras hasta que se hace entender lo que quiere decir. El otro día, por ejemplo, deseaba que comiera yo "flores de caballo" (il fiori cavallo), y pretendía decir el "coliflor" (il cavolfiore), y con eso redobla su caridad, porque se mantiene alegre con sus disparates, que los dice tan de corazón.

¡Cuán admirable es Dios en sus obras! Por todas partes Él sabe encontrar seguidores, en medio de un pueblo donde reinan la incredulidad y el protestantismo. ¡Él, por la bondad de su Corazón Divino, plasma almas hermosas y generosas, que le sirven con la mayor fidelidad! Una vez Jesús recorría las comarcas de la Galilea y con una de sus divinas miradas atraía a las almas a su seguimiento; ahora es su espíritu que alerta en todos los países y con su amantísimo Corazón inflama a muchos y los atrae

también a su seguimiento. ¡Oh Jesús mío, cuán bueno eres! Jamás cesaré de hablar de Ti y de tu divino Corazón; jamás me cansaré de proclamar tus alabanzas, a fin de que Tú, cada día más, aparezcas como viva luz, y a guisa de tea ardiente corras cual verdadero gigante por todos los pueblos, ilumines las almas, enciendas los corazones y suavemente los empujes a entrar en el seno de la Iglesia y a seguirte muy de cerca. Rueguen, muy amadas hijas, rueguen mucho por la conversión de Inglaterra; en verdad duele el alma que esta nación no tenga la verdadera fe, teniendo dentro de sí todas las hermosas cualidades para ser una porción de Cristo. Su único mal es una fe mediatizada, no estando unida a la única Cabeza que forma la unión perfecta de la Iglesia con Cristo. Él mismo lo dijo: "El que no entra por la puerta del aprisco, no se salvará". La puerta del aprisco es la Iglesia Católica, la unión a la cabeza que representa a Jesús. Es la fe en Cristo, es la fe sencilla y pura, no mediatizada, sino entera; fe que en su universalidad abraza toda la palabra revelada; que nos hace entrar en la verdadera Iglesia; que nos hace miembros animados y vivos del Cuerpo místico del Redentor. En efecto, ¿qué les aprovecha, mis hijas, a los protestantes jactarse de una vida sin mancha, de una honestidad completamente natural y humana, de un virtud a la que le falta el impulso interior del Espíritu Santo? Bien pueden decir: "Nosotros no hacemos mal a nadie, nosotros llevamos una vida buena"; pero si no entramos por la puerta que es Cristo, vanas son todas sus afirmaciones, ya que la vida bueña es la que se ordena a la vida bienaventurada y eterna, y sin ese orden admirable, sin esta conexión, la vida buena es cosa perdida. Los pobrecitos no entran al verdadero aprisco por la puerta, porque no conocen perfectamente a Cristo, o también porque no admiten toda la palabra revelada por Él.

8 de noviembre - El día se ha presentado aún más hermoso que el de ayer; el sol resplandece, tibio está el aire, tranquilo el mar, brilloso, de un hermoso azul, y por lo vivaz, el buque corre veloz, pero dulcemente. Mi compañera se ha levantado hoy viva como un pájaro, y una vez rezadas las oraciones, hemos ocupado el lugar sobre cubierta, en donde pasamos el tiempo ora leyendo, un poco orando, un poco escribiendo, y cuando nos viene bien, hablando con quienes llegan a nuestro alrededor, o con algún protestante, insinuándole suavemente alguna idea que le pueda servir como de semilla para conocer la verdad. Mas yo no debo olvidarme de volver con el pensamiento a París, para lo que el buen Jesús quiso que

hiciera a mi paso por aquella ciudad. Desde hace siete años alentaba el secreto deseo de abrir una casa en Francia, pero el trabajo imprevisto de nuestras misiones siempre me lo habían impedido. Mas ahora, pasando por allí, una fuerza irresistible me detuvo en la Capital; ante todo visité Montmartre, me parecía natural y me sentía impulsada a ello; allá recibí la Santa Comunión e hice la adoración del Santísimo Sacramento, que está siempre expuesto en ese templo para la salvación de Francia y al estar contemplando el hermoso Sagrado Corazón, que con los brazos abiertos domina el altar mayor, me parecía que en su mudo, pero elocuente lenguaje me decía: "Te deseo aquí y aquí te protegeré, y saldrás bien a pesar de cualquier obstáculo". Hecha esta visita al gran Santuario, edificado con el óbolo de todo el pueblo francés, me sentí animada de mayor impulso y fui a hablar con el Cardenal Arzobispo, pero no lo hallé, pues poco antes había salido para la campiña. Se me dijo que hablara con alguno de los Vicarios y al único que hallé fue Mons. Thomas, óptimo y ejemplar prelado, el cual empero, y ciertamente inspirado por Dios, creyó conveniente formularme algunas oposiciones y presentarme como difícil lo que me parecía tan fácil. Mas yo, en lugar de desalentarme me sentía cada vez más animada, y me parecía gozar al sentir nacer en mí un reconocimiento grande hacia el óptimo Vicario, quien, tornándome un tanto difícil este paso, me daba ocasión para iniciar con la Cruz esa fundación que tanto ansiaba. Y en verdad era una cruz para mí, porque las dificultades, si no me quitaban las esperanzas de abrir Casa, durante tanto tiempo suspirada, retardaban la ejecución, mientras yo hubiera deseado terminar todo en París, en quince días, para luego tener tiempo de pasar a Inglaterra y hacer también allí algo antes de ir a América. Con la tardanza se interponía un impedimento, pues tenía del otro lado del mar algunos intereses, que no podían aplazarse más allá de la mitad de noviembre. Resonaban en mi mente las palabras de nuestro Eminentísimo Padre, el Cardenal Vicario, quien, al darme la última bendición, me dijo: "Llegue a Inglaterra y funde allí una Casa del Instituto, que les traerá gran bien". Para mí esas palabras constituían un precepto, que la tardanza en Francia me habrían impedido cumplir y era una pena tan grande que parecía convertirse en verdadera cruz, y creía que no habría de abrazar con la voluntad cualquier otra, para librarme de aquélla; pero todo estaba dispuesto por el buen Jesús para hacerme un poco más digna de sus bendiciones, sin las cuales nada podría hacerse con éxito. Mientras tanto el Eminentísimo Cardenal Richard, a quien había hablado Mons. Montagnini, en nombre del Nuncio Apostólico, me hizo avisar que podía abrir mi Casa, que él

estaba completamente contento. Al mismo tiempo llegó de Roma una venerable carta del Eminentísimo Cardenal Rampolla, Secretario de Estado, quien en nombre del Santo Padre recomendaba a Su Eminencia ayudara eficazmente la fundación. Se diría que el asunto ya estaba terminado; pero era necesario el beneplácito del Vicario General, Mons. Thomas, el cual tampoco se hizo desear mucho, puesto que me llegó una muy gentil carta suya, inspirada en los sentimientos de piedad, que lo distinguen, y en la cual me daba tantos consuelos, cuantas penas pudo haberme hecho sufrir. Poco más tarde, al visitar él mismo nuestras casas de Milán y de Roma, decía a nuestras Hermanas que, desde el principio, mientras me formulaba dificultades, secretamente se sentía impulsado a decirme: "Vete ya; funda tu Casa, que será bendecida por el Corazón Santísimo de Jesús". La última dificultad era la elección del lugar, porque no conociendo yo la ciudad, podía engañarme. En lugar de los sitios modestos y menos costosos, que yo estaba por elegir, el Eminentísimo Cardenal Arzobispo, por medio del óptimo Vicario, aconsejó me instalara en la parroquia de San Pedro de Chaillot, entre la plaza de Etoile y el Trocadero, el sitio más aristocrático de París, que ciertamente no habría elegido yo por cuenta mía. Hallamos una casa en la calle Dumont d´Urville N° 20, y aún cuando era de las más modestas, que se hallan en ese noble barrio, sin embargo era verdaderamente un poco cara, y yo no me habría animado a tomarla, si no se hubiera interpuesto la obediencia al Eminentísimo Cardenal Arzobispo, quien me daba seguridades. La obediencia, decía a mí misma, lleva a la victoria y obra milagros siempre; por lo tanto, hecha la fundación, vendrán los medios para sostenerla. Nosotras no sabíamos empero de dónde podían venir; pero bien lo sabía el buen Jesús que con su Corazón amantísimo y providente siempre se preocupa de nosotras. Siendo la casa muy hermosa, elegimos las piezas de la servidumbre para dormitorios; la pieza del portero para sala de retiro; la caballeriza para comedor, preparando el departamento noble con sus hermosas cámaras para señoras pensionistas, y como era según la voluntad de Dios, y la bendición del Vaticano había llegado siempre fecunda, no tardó en llegar una de éstas. En el día del valiente Arcángel San Miguel, Ángel especial de nuestro Instituto, para cuya defensa vigila con una legión de Ángeles y Santos, apellidada por mí la gran Cruzada, se abrió la Casa, y en los primeros días de octubre se presentó la Condesa Spottiswood Mackin, dama americana de excelente carácter y de gran corazón. Apenas se halló con nosotras se sintió vehementemente inclinada a ayudar, de manera completamente especial, la nueva fundación de las Misioneras del Sagra-

do Corazón, y trató en todas maneras de ponernos en relación con personas que pudieran favorecernos; ella misma nos ayudó con generosidad, y no satisfecha aún, pensó realizar un concierto para el cual escogió como Presidenta, para ponerla al frente, a Su Alteza la princesa Eulalia, la cual aceptó con mucho agrado, contenta también ella de favorecer a las Misioneras del Sagrado Corazón en esa fundación. Muchísimo hizo la Condesa Spottiswood con excelente y enérgico carácter y con buen temperamento; cuando se trata de favorecer a quien el Santo Padre ve con agrado, ella es capaz de poner en movimiento un pueblo entero; pero junto con su entusiasmo conserva una simplicidad grande, que da relieve y mérito a sus buenas cualidades. Y como la simplicidad es hermana de la humildad, así la hubieran visto pendiente de mis labios y obedecer como una niñita, contenta de hacer cualquier sacrificio con tal de acomodarse a las exigencias de la Casa religiosa, y para llegar a ser más digna, como ella decía, de realizar un poco de bien en favor de nosotras. He aquí, hijas muy queridas, cuán admirable es la Providencia de ese adorabilísimo Corazón que sabe hallar los medios para ayudar a sus pequeñas Misioneras, cuando ellas saben abandonarse por entero en sus manos; pero todo no terminó con esto. A principios de octubre volvió a la ciudad el Eminentísimo Cardenal Richard y por medio de su Vicario general me avisó que deseaba verme; me apersoné a él el día cuatro de octubre; su acogida me dejó la impresión amable de un alma santa, provocando en mí la mayor veneración hacia su Persona. Me trató como un verdadero padre y él mismo quiso redactar una carta formalmente confirmatoria de la fundación, en la cual hacía resaltar cómo habíamos sido especialmente recomendadas a él por la Santidad de Nuestro Señor León XIII. Y tampoco se satisfizo con esto el bienhechor Purpurado, sino que nos favoreció con un generoso donativo suyo, apuntándolo en un libro y añadiéndole una calurosa recomendación, cuyo efecto fue ser imitado inmediatamente por otras personas generosas, para quienes la recomendación del venerado Arzobispo equivalía a una orden. ¿Qué dicen, pues, muy amadas hijas? ¿No quedan admiradas ante tanta bondad del Corazón adorable de nuestro muy amado Jesús? ¡Oh!, reconozcamos, hijas, que Él es nuestro poderoso Abogado y Gobernante. Él está siempre ante la presencia del Padre para presentarle nuestra causa. Y ésta se halla en las manos y en el costado de nuestro clementísimo Jesús, y Él jamás abandona a quienes, con corazón recto, se apoyan en Él y esperan en su Corazón Divino. ¡Oh! Él es nuestro refugio seguro en las tribulaciones y nos presta su poderoso y amoroso socorro en el tiempo oportuno. Desbarata con su soplo los proyectos de nuestros

adversarios. Recuerden, oh hijas, que la confianza en Jesús es nuestra vida, mas es necesario esperar en Él y en la bondad de su amable Corazón, contra toda esperanza. Parecerá alguna vez que Él duerma ante los males que nosotras soportamos, pero, hijas, Él está despierto, Él vela sobre nosotras y sobre todos nuestros intereses. Es Él quien viste de lirios los valles y de flores los campos, y sin embargo mucho más se preocupa de nosotras que somos la porción elegida de su Corazón Divino, porque somos esposas suyas a Él consagradas, deseosas de agradarle siempre, y porque nos hemos dedicado en manera especial, como Misioneras de su Divino Corazón. Sí, hijas, mientras tengan la suerte de militar con fidelidad bajo la divisa de las Misioneras del Sagrado Corazón de Jesús, siempre caminarán bajo la égida de una Providencia especial. Pero para merecer tanta protección, es necesaria una exacta fidelidad; ustedes ciertamente están bien resueltas a ello, y sin embargo rueguen al buen Jesús que se ponga como sello sobre vuestro brazo, a fin de que jamás tengan necesidad de apoyarse sobre brazo humano; que se ponga como sello sobre vuestro corazón, a fin de que no amen a otro fuera de Él solo; y por lo tanto no obren, ni trabajen sino para Él. Díganle que selle con su Santísimo Nombre todos sus pensamientos, todas sus alegrías y aspiraciones. Díganle que El viva siempre en ustedes y ustedes en El: que sean siempre una sola cosa con Él y que siempre lo puedan glorificar para no llevar en vano su noble y envidiable título de Misioneras de su Divino Corazón.

9 de noviembre – Nuestro viaje continúa como comenzó, con quietud y tranquilidad, como si nos halláramos en el lago más pacífico. Ayer tarde, con mi carísima compañera de viaje, estuvimos sobre cubierta, en la parte de popa, contemplando el hermoso espectáculo que la fosforescencia ofrecía a nuestras miradas. El vapor se veía todo iluminado a su alrededor, parecía que la luna se espejase en las ondas, y mi compañera miró, en efecto, hacia atrás, para ver cuán espléndido era el cuadro; pero la luna no podía hacerse presente por no ser aún visible a esa hora su faz actual, por lo cual se acrecentó más su maravilla, y no sabía explicarse tanta luz, que emanaba de un mar de color tan oscuro. El aire era húmedo y pleno de saludables sustancias; estábamos casi con la boca abierta, absorbiendo esta providencia de Dios que daba a nuestros pulmones, y yo gozaba especialmente por mi compañera, que deseo se robustezca cada vez más. Cantamos el *Ave Maris Stella*, y parecía que las pacíficas olas respondieran a nuestras voces, dando un no sé qué de claro-oscuro a nues-

tras melodías; parecía que el Paraíso se abría, que los Ángeles se unían a nosotras, que la Reina de todos los Santos extendía más amplio su manto para darnos mayor protección. Yo, sin embargo, siento la necesidad de volver con el pensamiento poco a poco a París, porque un sentimiento de gratitud me obliga a decirles otras cosas más acerca de las personas que son tan beneméritas para nosotras. Su excelencia el Arzobispo Chapelle estuvo en Lourdes a fin de escribir la Pastoral para su Diócesis a los pies de la Virgen Inmaculada, en la cual, pleno como está de la más grande fe, pone en ella todas sus esperanzas; pero como antes de dejar París para ir al taumaturgo santuario de los Pirineos hizo cuanto pudo para facilitarnos la fundación, así a su vuelta se llegó para felicitarse del buen éxito y dar una bendición de acción de gracias. Al ver el libro escrito por el Eminentísimo Cardenal Arzobispo, quiso él también añadir su recomendación, que forma un verdadero galardón a ese cuaderno, porque está escrita con ese corazón y con esa alma llena de entusiasmo, que lo distingue y lo hace verdaderamente digno del Episcopado. Entre otras cosas, dice que para él es un agradable placer ayudar a nuestro Instituto, el cual le es muy querido; y que es deber suyo ayudarme en todo lo que puede, por habérselo especialmente recomendado el Santo Padre, en la última audiencia del mes de agosto pasado. La Santidad de Nuestro Señor León XIII, con esa agudeza y penetración suya, conoció los méritos del Excelentísimo Arzobispo Chapelle, y quiso nombrarlo últimamente Delegado Apostólico en Cuba, Puerto Rico y las Filipinas, y el esclarecido Prelado ya está trabajando día y noche, con mucha inteligencia, en París, a fin de que resulten hechos con cuidado y con fruto los tratados de paz, y para que se conserven íntegramente esas poblaciones para la Iglesia Católica. Mons. Chapelle ya tiene sus años, pero trabaja como un joven y parece que tuviera alas, tanta es su alegría al poder hacer algo que sirva para aliviar el oprimido ánimo del Augusto y Venerado Pontífice. No se engañó el Santo Padre en la elección, porque el activo Prelado en pocos días ya ha hecho mucho y ha obtenido grandes cosas; ni esto es de maravillar, porque siendo él una alma hermosa y toda del Señor, el buen Jesús, en cuyo Santísimo Nombre él obra, lo sostiene con su gracia y su virtud. Si tenemos una espina clavada en el corazón porque son calamitosos los tiempos y nos amenazan grandes pruebas, ya que pareciera que justamente ésta fuera la hora en que se han desencadenado todas las potencias del abismo, también podemos consolarnos al ver personas como el Arzobispo Chapelle trabajar con tanta energía para reparar los daños de

la Iglesia y de sus amados hijos. El sabio León lo dijo: *"Defende nos in praelio contra nequitiam et insidias diaboli"*, y, no por nada, quiso que fuera repetido por todo el orbe. Sí, el furibundo enemigo de los redimidos por Cristo, Satanás, que con tanta arrogancia insulta a las nobles legiones del pacífico Israel, será vencido y quebrantado. Él, el enemigo cruel, avanza respirando males contra nosotras en todas maneras, pero nosotras lo venceremos, sí, lo venceremos, si repetimos con confianza: *"Defende nos in praelio"*. El enemigo viene hacia nosotras con espada, con lanza y con escudo, pero nosotras, como el pastorcito David, hecho según el corazón de Dios, salimos a su encuentro sin miedo, en el nombre del Señor, quedándonos con paz y plena confianza bien encerradas en el Adorable Corazón de Jesús. Confianza, hijas, confianza ilimitada a semejanza de los campeones valientes y nosotras venceremos las fuerzas del enemigo, lo quebrantaremos, y seremos siempre triunfadoras para gloria de Dios, para consuelo de su Divino Corazón. En París parecía que el tiempo volara; en la vigilia de Santa Teresa, terminando el arreglo de nuestra pequeña Capilla, que parecía un pequeño paraíso, vino el Rvdmo. P. Ledein, párroco de S. Pierre du Chaillot, a celebrar la Santa Misa y a dejar establecido el Santísimo Sacramento. Aquel día fue de gran fiesta para nosotras, y nos pareció ver todo revivido, todo más bello y espléndido con la venida de nuestro amado Bien a la Casa. Si Jesús se había dignado venir, con Él debieron venir también todos los otros bienes; nada ya podía faltar y entonces yo podía disponerme a dejar París, segura de que todo procedería normalmente. Pero como los días volaban, así, entre una y otra cosa, queriendo hacer todo lo que me era posible para dejar las cosas con el mayor orden, llegó casi el final del mes sin que yo me diera cuenta. Durante esos días vino a celebrar el segundo Teniente de la Parroquia; y al volver de la campaña, primero nos visitó y luego también vino a celebrar el primer Teniente, el óptimo Padre Chesnelong, quien se alegró con nosotras de la apertura de la Casa en la Parroquia, y nos animó mucho formulando los mejores augurios y ofreciendo su cooperación. También vino a celebrar Monseñor Granito de Belmonte, Auditor de la Nunciatura, quien, a su vez, había hecho mucho en favor de nosotras.

Con la bendición de todos, el 27 de octubre, a las nueve de la noche, dejé París para ir a América, tomando la ruta de Inglaterra, porque si ya no me quedaba tiempo para hacer algo allí, por lo menos deseaba visitar ese pueblo, a donde, desde tanto tiempo atrás, habían llegado ya mis más fervientes suspiros.

El día antes de la partida, S. E. Monseñor Obispo Patron, Superior de los Franciscanos de Tierra Santa en París, hombre de patriarcal bondad, nos obtuvo los pasajes de reducción. Con el fin de arreglarlo todo, tres Hermanas nos habían precedido a la estación, y a mi llegada quisieron entrar en el compartimento para hacerme compañía hasta la hora de la partida; pero como en París, igual que en Inglaterra, no se grita ni para las llegadas, ni para las partidas, se nos vino el último momento sin darnos cuenta. Con toda prisa se cerraron las portezuelas, mientras el tren se ponía en marcha, tomando velocidad, y el viaje duró más de una hora. Les fue imposible a las Hermanas descender. Fue un momento de desagrado, porque era de noche y en la casa nada se sabía, pero inmediatamente nos alegramos por quedar unidas aún por un poco de tiempo. ¡Sería después tan grande la distancia y tan larga la separación! Cuando llegamos a la primera parada, el jefe de estación, avisado de antemano, vino a decirnos, con gentileza y con premura, que no temiéramos, porque dentro de pocos minutos otro tren directo llevaría a las Hermanas a París. En efecto, a medianoche ya se encontraron en la Casa, según me escribieron a Inglaterra. A la una, cansada del trabajo de todo el día para preparar los equipajes para las Misiones, me tomó el sueño, pero pronto fui despertada bruscamente, pues ya habíamos llegado a Calais, en donde hubimos de bajar apresuradamente del tren para tomar el barco. Nos iluminaba el faro, como de día; resplandecía sumamente claro, a guisa de sol, y girando continuamente sobre sí mismo, enviaba rayos que desde su pequeña esfera se extendían majestuosos para irradiar sobre el vaporcito, y producían maravilloso efecto sobre las aguas de la Mancha. Estaba tranquila la Mancha, y el vaporcito, con la velocidad del relámpago, en una hora nos llevó a Dover; allí estaba preparado el tren que nos acogió, para llevarnos a Londres, también casi volando. Hubiera deseado contemplar esa tierra a la cual me llevaba el corazón, pero el cansancio era grande y hallándome sola con la Hermana, me acomodé un poco y en seguida fui presa, no sé si del sueño o del sopor, y estaba tranquila, porque en París se me había dicho que no habría llegado a Londres hasta las nueve. En cambio, apenas pasadas las cinco y media me despertaron con sobresalto para pedir, como de costumbre, el pasaje, y para decirnos que ya estábamos en Londres, y que, diez minutos más tarde, llegaríamos a la Estación Victoria, a la cual nos dirigíamos. No habría podido levantarme, porque me hallaba como entorpecida por completo, pero no había vuelta, era necesario prepararse para bajar.

Después de depositar nuestros equipajes en la estación, fuimos a la Iglesia de los Padres de la Compañía de Jesús; comulgamos y luego fuimos a ver al venerable Superior, para quien teníamos una carta del óptimo Padre Frigeri. Nos acogió con la paternal caridad, que es característica de los Padres de la Compañía; se interesó mucho de nuestras cosas y nos dio una recomendación para las Hermanas de María, Reparadoras, para que allí pudiéramos alojarnos en los tres días, que había señalado para estar en la ciudad de Londres. No estaban lejos y yo di gracias al Señor, porque en verdad no podía dar un paso más. Vimos a la muy buena Superiora, quien nos recibió con suma bondad y en seguida nos hizo preparar un buen desayuno, que la Hermana Francisca tomó con verdadero gusto; de mi parte, empero, deseaba más un lecho que todos los alimentos, pero disimulaba y trataba de tenerme bien derecha. En efecto, no había llegado aún el instante del reposo, pues la buena Superiora nos dijo que todas las piezas estaban ocupadas y que, por lo tanto, con sentimiento no podía alojarnos. Nos dio dos direcciones para otros conventos y nos facilitó la compañía de una buena señorita que nos llevó por el camino más breve y seguro. Pensé en María y San José en Belén y me puse en marcha, pero las piernas no podían dar un paso y poco después parecía que hubiera perdido totalmente el movimiento. Me decidí entonces a tomar un coche e ir al Excelentísimo Obispo de Southwark, pues estaba segura de hallar en él la deseada ayuda, por ser, desde hace dos años, muy buen amigo de nuestro Instituto. El trayecto era bastante largo, y por añadidura el cochero era poco experto de las calles, no conocía las casas de los Obispos católicos, por lo cual llegamos a la residencia del Obispo, Monseñor Bourne, a la una después del mediodía. No se hallaba en casa, sino en el Seminario, cerca de treinta millas de distancia, con el fin de preparar a los clérigos para la ordenación que debía realizarse en el día siguiente y él, celoso como es, quería él en persona preparar a los levitas de Cristo, que ansía que se formen dignos de la gran misión que les aguarda. Pero hallamos a su digno Secretario, quien nos acogió con suma cordialidad, como si fuéramos de la familia; ordenó de inmediato la comida y mientras tanto mandó preparar el alojamiento en la casa de las Hermanas del Retiro Cristiano; a las cuatro el buen Secretario nos hizo acompañar en un coche hasta el hospedaje señalado.

Apenas llegué, esperaba descansar en el lecho, que lo veía por todas partes, debido al gran cansancio; pero esas buenas Hermanas, quienes por primera vez alojaban otras Hermanas, especialmente italianas, me

rodearon y les agradaba escuchar hablar de Roma y del Papa, tanto que llegaron las siete; procuré aún mantenerme, pero fue imposible. Bajó a la Capilla la Hermana Francisca, y las buenas Hermanas, no viéndome aparecer, quedaron consternadas. Vinieron a ver si estaba gravemente enferma y quizá lo temían un poco; como sobrevenido a ellas una grave dificultad. Entraron en la pieza, una de ellas abrió por completo la ventana y se llegó a examinarme, mas al hallarme encogida, tranquila y serena: "Oh! _ exclamó – parece una niña que duerme". Recibí con agrado el cumplimiento y le dije: "Hermana, tened paciencia; descanso un poco; más tarde, ansío recibir la Santa Comunión y luego ir a la Iglesia cercana a asistir a la Santa Misa". En efecto, a las diez y media fui a la Capilla, en donde el buen Capellán, también Religioso del Retiro Cristiano, me dio la Santa Comunión; luego tomé un poco de café y me acompañaron a la Santa Misa en la cercana Capilla, la cual durante la semana sirve de escuela, y en las fiestas, de Iglesia, como también hacemos nosotras en Brooklyn, donde tenemos más de seiscientos niños. Aquella capilla nuestra en un tiempo era protestante, y llegó a ser lo que ahora es por obra del Obispo de Brooklyn, Monseñor Mac Donnell, quien mantiene la obra a sus expensas. Fui, pues, a la Santa Misa, pero las piernas me llevaban con trabajo y me veía obligada a decirle al guía con frecuencia que marchara más despacio; pero entre tanto sentía que iba sensiblemente adquiriendo la fuerza para caminar y me alegré de ello, porque justamente no era el momento propicio para caer enferma. Después del almuerzo descansé hasta las vísperas. Dormí tranquila durante la noche y al día siguiente me sentía libre y despierta; por esto, después del desayuno fuimos con mi compañera a visitar Londres, y como primera cosa a comprar un baúl, para ir luego a la estación Victoria y cambiarla con uno, que nos fue dado en París y que durante el viaje se había partido y no era posible proseguir el viaje sin perder cuanto se llevaba. Comencé de esta manera a probar los precios de Londres que, para nosotros, son en verdad fabulosos. Como todo es grande en esta ciudad, así también son muy altos los precios.

Al salir de la casa de las Hermanas para ir al centro, donde existe el comercio mayor, tomamos el tranvía eléctrico y entrando a una estación, después de tomar los pasajes, nos hallábamos con muchos otros aguardando el momento de la marcha, cuando en un instante sentimos que faltaba el piso bajo nuestros pies, y nosotras nos fuimos hacia abajo hasta llegar perfectamente bajo tierra. Nos encontrábamos en una inmensa ga-

lería, iluminada eléctricamente, y al ver a toda la gente que corría como desesperada, sin decir una palabra porque en Londres, por todas partes, se guarda un perfecto silencio, nosotras también seguimos el ejemplo y tomamos puestos en el tranvía o mejor en el convoy, ya que era una fila de vagones, que no se podían contar con aquella luz de noche. A tiempo entramos en nuestro compartimento, porque inmediatamente se puso en movimiento y en un instante nos llevó al centro de la ciudad, siempre bajo tierra; en la estación de llegada, pasamos a una sola sala, que por su amplitud no se hubiera dicho fuera un ascensor, fuimos transportadas a la luz del día, y entonces, andando, pudimos observar los edificios de la soberbia Londres, que son verdaderamente magníficos. Cuando no sabíamos una calle, preguntábamos a algunos, que no sólo respondían con singular gentileza, sino que también se ofrecía a acompañarnos, adelantándose a llevar la valija y el paraguas: una vez preguntamos a un señor por el camino, quien nos lo indicó y luego se excusó mucho de no podernos acompañar, por tener pendiente un asunto urgente; entramos en un negocio seis veces, por lo menos, mayor que aquél de los Bocconi, para comprar algunas cosas que necesitábamos; y ahí en seguida nos atendieron con la más exquisita gentileza y con un respeto admirable; y quisieron hacernos visitar todo el establecimiento, ofreciéndonos asiento y un posa valija en todas las secciones, en donde había algo que pudiera interesarnos. En otros países se habla de nobleza y gentileza, pero en Londres verdaderamente se practica. En un negocio buscábamos un baúl, y no habiendo ahí, el jefe llamó a uno de los cadetes y le dijo: "Acompaña enseguida a estas Hermanas a tal negocio y ayúdales a encontrar todo cuanto buscan". Podrían contar centenares de tales casos de atención; así tratan a las Hermanas en Inglaterra, y Dios, que tiene como hecho así cualquier acción en obsequio de sus siervos ciertamente bendecirá a esta nación, dándole la gracia de entrar en la verdadera Iglesia y de ganarse en esta manera el premio, que será otorgado a los verdaderos creyentes, no sólo en esta vida, sino también, y mucho más, en la vida eterna.

10 de noviembre – Según el tiempo, un día es más espléndido que el anterior; solamente hoy se deja sentir frío que nos impide estar sobre cubierta; por suerte nuestras cabinas están tan bien situadas, que uno se encuentra bien allí dentro, porque no se percibe ese olor a pescado, que resulta tan molesto y así evitamos estar en el salón común. Pasamos las horas felices: un poco orando, un poco leyendo, un poco haciendo ejercicio de idioma. La Hermana Francisca, que ya se cree capaz en italiano,

lo enseña a otros, y nos divierte mucho con sus disparates, que dice con mucho gusto y con especial gracia. El otro día le preguntaron por la nación de su origen, y ella respondió ser italiana, porque pertenecía a un Instituto italiano. A uno de los jefes le dolía vernos casi siempre encerradas, por lo cual o venía o mandaba a llamarnos, cada vez que había alguna novedad en el mar y en especial al cruzarnos con algún barco, para quitarnos un poco la monotonía de un viaje tan tranquilo, que ellos creen deba causar aburrimiento en nosotras. Pero nosotras ciertamente no nos aburrimos, porque, estando unidas a nuestro amado Jesús, y haciendo su Santa voluntad, sentimos el Paraíso en nuestro corazón. Y al Paraíso nos transporta la inmensidad del océano, con su clarísimo y vasto horizonte; parece que el cielo, con algunas nubes de singular belleza, vaya a besar las aguas y a unir la Iglesia militante con la Iglesia triunfante. Todo esto nos eleva a las más bellas contemplaciones y nos parece que nos acerca a las puertas del Paraíso, para escuchar resonar aquella santa y suave palabra, que la Iglesia repite con gran júbilo: "Alleluia, Alleluia!", y jamás se satisface de repetirla, como si tratara de probar aquí abajo el armonizar un ensayo de las celestiales armonías. ¡Cuán hermoso es considerar el Paraíso, cuyas puertas son de esmeralda y de zafiro; que lo circundan inmensas murallas de piedras preciosas; cuyo pavimento es de blancas piedras, límpidas y esplendentes; por cuyas sendas corren la alegría y el júbilo! Pero el más bello espectáculo para contemplar, y que levanta abundancia de afectos, es ver en la santa montaña de Sión al Cordero Inmaculado y junto a Él, más cerca que cualquiera de los otros elegidos, millares y millares de almas que llevan escritas en la frente el nombre del Cordero y el nombre del Padre. Son las vírgenes que entonan un cántico nuevo, más nuevo que todos los otros, porque en él todo es novedad de vida purísima, angelical, celeste, y sus voces son como de melodiosas arpas y ninguno, ninguno de los otros elegidos puede entonar ese cántico nuevo, más nuevo que todos los otros, porque en él todo es novedad de vida purísima, angelical, celeste, que sólo está reservado al coro virginal. Los otros bienaventurados pueden escucharlo, pueden sentir sus delicias, embeberse en él, pero no lo pueden cantar. Oh, ¿quién podrá expresar, oh hijas, las excelencias divinas, que en el Paraíso sienten en sí las santas vírgenes, esposas de Cristo? El Espíritu Santo opera poderosamente en los corazones puros, y si los puros de corazón comienzan a ver y a saborear a Dios, ¿qué será en el Paraíso? Enamorémonos, pues, cada vez más de la santidad de nuestro estado, al cual el buen Jesús, sólo por la bondad de

su divino Corazón nos ha llamado, y procuremos con generosa fidelidad, a costa de cualquier sacrificio, conservarnos fieles y custodiar nuestro tesoro con la vigilancia de una muy profunda humildad, sin la cual todo se secaría, como delicada plantita, a la cual le falta la savia que la vivifica, la ayuda a crecer y mostrarse hermosa.

Pero volvamos un poco más a Londres, en donde la gentileza y la nobleza reinan soberanas. Como era ya la hora de mediodía y mi compañera sintiera apetito, miramos a nuestro alrededor, y al ver un restaurante con nombre italiano, entramos para tomar alguna cosa. Fuimos recibidas alegre y cordialmente, como si hubieran visto a parientes; nos pusieron una mesa en un rincón tranquilo y nos sirvieron algo a la milanesa. La Hermana Francisca, toda gozosa, me repetía que era feliz porque comía en Londres *"Milano pane"*, que a ella le agradaba más que cualquier cosa. Fue para nosotras gran placer hallar a estos buenos italianos que se conducen honorablemente en aquella enorme capital; el Señor, ciertamente, los bendecirá, porque son buenos católicos, amantes de la religión y cumplidores, pues, como era día de abstinencia, tenían preparados alimentos de cuaresma, que se alegraron de podernos ofrecer. Aquel día se pasó en un instante, y viendo que el sol declinaba, buscamos una estación de tranvía que nos restituyera al sitio, donde nos había tomado en la mañana, y la estación fue fácilmente encontrada, porque las estaciones son frecuentes en la ciudad y la red subterránea de los tranvías va por todas partes, como un laberinto. Tomé los pasajes, como en la mañana; bajamos, o mejor dicho nos llevaron, debajo de tierra, y, al llegar, apuradas entramos al convoy, que marchó; pero después de una estación, de dos, tres, diez, nunca veíamos aparecer la nuestra. Dije a la compañera que no me parecían bien esas vueltas, aunque yo también hubiera perdido la orientación, ni fuera fácil entenderse en esos subterráneos. La Hermana Francisca me animaba diciendo que nosotras habíamos dado muchas vueltas por la ciudad, y que nos habíamos alejado, pero que pronto llegaríamos. Callé por un momento. Dije otra decena de mi rosario, y no persuadiéndome, después de dos estaciones quise que averiguara si faltaba mucho. Cuál fue nuestra sorpresa cuando, al ver nuestro boleto, nos dijeron que nos habíamos alejado muchísimo de nuestro destino. Nos hicieron bajar, subir escaleras, bajar otras para pasar a la parte contraria de la calle, y ahí entramos en el tren que marchaba en opuesta dirección, y llegamos, después de un buen trayecto, a una estación, que nos dijeron estaba muy cerca de nuestro convento. Comenzamos a preguntar por dónde estuviese el convento, pero

nadie sabía darnos esa indicación, y entre tanto la noche se entraba, la obscuridad se hacía completa y la luna se mostraba envuelta en una gran niebla y tan baja que parecía un farol casi por apagarse, con su escasa luz, que en lugar de iluminar, confundía aún más, con las sombras que proyectaba. Debí decidirme a tomar un coche, pero también el cochero, solamente con dificultad y preguntando de continuo, supo hallar la casa de nuestro destino.

Finalmente, el día 2 dejamos Londres para ir a Manchester, donde nos aguardaban personas amigas, y en donde la Hermana Francisca podría saludar a sus parientes, antes de marchar a las misiones. Después nos despedimos de S. Excia. Mons. Bourne y de las buenas y amadas Hermanas del Retiro Cristiano, las cuales habían simpatizado tanto que habrían deseado tenernos por largo tiempo, y partimos. A las nueve estábamos en la estación Victoria y ordenamos nuestros equipajes. Los changadores los cargaron en un carrito grande y se dirigían a pesarlos para hacernos abonar el transporte, pero el empleado les dijo de llevarlos directamente al tren, que las Misioneras también podían viajar de esa manera, y entre tanto me daba el control para retirarlos a la llegada a destino. Verdaderamente me sorprendió tanta bondad, y en secreto imploraba bendiciones sobre ese país, que quisiera, si en mí estuviese, bien pronto llamarlo el país de los ángeles.

NOTA

Esta carta ha quedado incompleta; y lo mismo ha acaecido con los Viajes X, XI, XII y XIII

XI

DE NUEVA YORK AL HAVRE

M. G. SS. C. J.

Septiembre 2 de 1899.

Mis muy queridas Hijas:

La paz esté con ustedes y las acompañe en vuestras sendas.

A las almas hermosas y afortunadas

sólo Jesús las hace bienaventuradas;

sin Él, de un denso velo

se cubriría también el Cielo.

¡Cuán hermoso y suave es embarcarse cansada y agotada por el trabajo de la Misión! El día estaba fijado, se habían tomado las cabinas, pero el 2 de septiembre llegó para nosotras demasiado pronto, por lo cual hube de correr desde la mañana hasta la noche, en los últimos días, para lograr el arreglo a tiempo de ciertos asuntos de la Misión, que exigían mi labor. Para preparar el equipaje había reservado la noche, por lo cual me embarqué bien cansada, y apenas acabé de agitar el pañuelo para saludar a las Hermanas, más bien que sentarme, caí en un sillón y permanecí por largo tiempo amodorrada, hasta que me dormí. Al despertarme, no podía

persuadirme de que me hallaba sola con la M. Virginia; sentí entonces todo el sentimiento de la lejanía. Me parecía que aun tenía que decir una palabra a una Hermana, dar un aviso a otra, una sugestión a una tercera; pero ya la inmensidad de las aguas me había alejado de ellas, y el tiempo, más bien lluvioso, parecía tener empeño en hacer más triste el pensamiento de la lejanía.

Mas, reflexionando que era Misionera, no podía permitir que la tristeza me invadiera; entré entonces en el hermoso Corazón de Jesús y allí vi a todas las Hermanas, y si no hablé con ellas, pude en cambio decir a Jesús que Él dijera a cada una cuanto yo había olvidado o no había tenido tiempo de decir. Me fue de gran alivio pensar que el buen Jesús, mientras les dará la buena inspiración de cuanto yo quiero de ustedes, les añadirá la eficacia de su gracia y les hará fácil el ejercicio de aquellas virtudes que las han de convertir en verdaderas Misioneras de su Corazón Divino, llenas de entusiasmo y verdaderamente celosas de la salud de las almas. Vasta y abundante es la mies que el Buen Dios les presenta, y ustedes podrán muy bien desplazar en ella su celo, cosechando cada día abundantes manojos. Ustedes son las felices Esposas de Jesús, y por esto han sido constituidas en reinas de todos los tesoros del Esposo. Sean, pues, reinas en defender los derechos del reino de vuestro Rey y Señor y por esto abracen, con toda voluntad y gran corazón, las cruces y las preocupaciones, para guiar bien a las personas confiadas a ustedes. Piensen que esas almas valen toda la Sangre de Jesús y por esto entréguense por completo al trabajo de conducirlas a su Divino Corazón. Trabajen con fervor y el amor las hará trabajar con fortaleza y con fruto. En sus acciones, palabras y padecimientos, busquen siempre la mayor gloria de Dios, y la misma perfección, a la cual sin cesar deben aspirar, estén siempre animadas por el fin nobilísimo de la gloria de Dios. Junten todas las fuerzas de su espíritu, trabajen, rueguen, ofrezcan sus penas, suden, giman, háganse continua violencia, pero mantengan siempre bien en alto vuestro estandarte: *"Omnia possum in Eo qui me confortat"*. Tengan mucha confianza en vuestro Jesús, y vuestra confianza crezca cada día más. Ustedes son pobres creaturas, pero deben apoyarse en el Creador... Ustedes son débiles y pobres, pero deben afirmarse en la Divina Omnipotencia. Sí, oh hijas mías, apóyense en su Amado, ya que el alma, abandonada en las manos de Jesús en todas las actividades de su vida, es no sólo sostenida, sino llevada por el mismo Jesús. Y es justamente de esa manera que la Religiosa, sostenida y llevada por su Amado, hace en todo tiempo obras muy

grandes, con prontitud y admirable facilidad. La verdadera Esposa tiene las alas en los pies y sus manos acostumbradas al torno, por la celeridad y perfección con que obra, para consolar a su amado Jesús y obtenerle mucha gloria con la salvación de muchas almas.

4 de septiembre – Ésta era la segunda noche que pasaba en el mar; pero el cansancio que aún no me ha abandonado por completo, no permitió que la pasara enteramente bien. Me desperté varias veces y siempre necesitaba un poco de tiempo para orientarme, pues me parecía estar aún en Nueva York y que tardaba la hora de levantarme para correr al trabajo, a fin de cumplir las misiones, a que he dado comienzo y que ustedes deben continuar con celo infatigable. Parecía quererme sorprender el ansia, pero con la gracia de Dios no lo permití, antes me consolé con el pensamiento de que dejé los asuntos en muy buenas manos. Es mi intención hablar de la última Misión, por la cual mucho he trabajado, de acuerdo con el Arzobispo, para abrir una escuela cerca de los Cinco Puntos, donde los protestantes trabajan con satánica e incansable premura especialmente alrededor de los pobres italianos. El diablo se ha valido de todas sus astucias y ha frustrado todo mi trabajo de varios meses, hasta poniendo dificultades ridículas; sin embargo, yo espero que hemos de salir airosas, y mi esperanza está basada en el incansable celo del Arzobispo Corrigan, que desea la obra y me presta su apoyo para llevarla a cabo. Por difícil que sea una obra, yo la pongo dentro del Corazón Adorable de mi dulce Jesús, y entonces hallo descanso, segura y tranquila, aunque esté lejos, conociendo perfectamente que Él sabe hacer cualquier obra, que yo deseo para su gloria, y llevarla hasta su término. En todo lugar yo trabajaré con todas las fuerzas, pero cuando la obediencia me aleja de él, para ir a trabajar a otro sitio, dejo sin inquietud el primero, confiando que mi amado Jesús dará tanto entusiasmo y ayuda a nuestras queridas Hermanas para lograr la terminación del trabajo, que hubiese dejado interrumpido. ¡Oh!, la ley del amor divino es tan hermosa y amable y el mismo Dios ha dado esta ley a sus creaturas. El mundo sin Jesús es fango y aflicción de espíritu; Jesús es un tesoro preciosísimo que llena todo lugar; bienaventurada el alma que confía en Jesús, ya que Él es magnífico en sus promesas y generoso en la comunicación de sus gracias y tesoros. ¡Oh!, ¡sí!, hijas mías, el precepto de amar a Jesús es un privilegio inestimable; pero nosotras no podremos amarlo, si antes no somos amadas por Él, y además dando a nosotras esa misma ley. Él nos ha concedido la gracia

de amarlo. Entonces, ¿qué no haremos nosotras por amor de un Dios, tan amable y generoso con nosotras, que nos ha llamado a seguirlo tan de cerca y a continuar la misión de Jesús sobre la tierra? Correspondamos a su amor; seamos generosas; recordemos que su caridad nos ha confiado la salvación de muchas almas. Nosotras nada podemos, porque somos pobres y miserables; pero procuremos tener fe y confianza en Aquél que nos fortalece; dilatemos nuestros corazones; ayudemos a tantas almas, que yacen bajo el yugo del rey de las tinieblas; rompamos con el fuego ardiente de la caridad las pesadas cadenas, que las tienen sujetas a la terrible servidumbre del diablo; y cuando veamos caer en el vacío nuestros trabajos, echémonos a los pies de Jesús, y gimiendo sobre las iniquidades del mundo, supliquemos a su Divino Corazón, que abra el tesoro de su infinita misericordia, y después pongámonos nuevamente en la labor, sin dejarnos vencer del cansancio. Las dificultades no deben abatir a la Esposa de Cristo, antes han de hacerla más fuerte y perseverante. No se asusten, pues, de las repulsas, de las contradicciones, antes sigan siempre adelante con la serenidad y con la fortaleza de los ángeles, continuando vuestro camino a través de todas las corrientes contrarias. Todos son capaces, cuando las cosas son fáciles; es en las dificultades cuando se prueba la fidelidad y la constancia. Recuerden siempre, oh hijas, que ustedes son los ángeles tutelares de la tierra, y por esto estén siempre prontas, cuando la obediencia lo desea, a volar sobre los extendidos campos de la caridad. Vuestra vida sea sacrificio perenne de ustedes mismas en favor de la familia humana, y sus delicias consistan en trabajar mucho, en orar más aún y en renovar siempre su ofrecimiento como víctimas de expiación y de reconciliación, entre el cielo y la tierra. En las contradicciones, en las dificultades, recuerden cómo Nuestro Señor dejó que los Apóstoles trabajaran toda la noche, en medio de la tempestad para ejercicio de ellos a fin de que pudieran acostumbrarse a sufrir contrariedades y a no dejarse caer de brazos en medio de la tormenta, que iban a hallar en el decurso de sus vidas, sino a resistir y a marchar siempre adelante, a pesar de todas las dificultades. Y ustedes, oh hijas muy queridas, que están destinadas a continuar la misión de los Apóstoles, entren con frecuencia en ustedes mismas, en el retiro y en el silencio, que deben conceder, según vuestras Reglas, a sus almas, y miren cómo se portan, así en los sufrimientos como en la felicidad; ambas son tempestades en nuestra vida. Sí, hijas, muchas veces es tempestad más peligrosa la prosperidad que la adversidad, y se naufraga tanto en una como en otra. Mas examínense en los exámenes de cada día, que ustedes deben observar según mandato; vean si se de-

jan dominar por afectos desordenados, y si se conducen como deben, en medio de los vientos contrarios a la salvación, por más que les parezcan favorables a sus inclinaciones y deseos. ¡Oh, sí!, sirvamos a Dios Omnipotente, quien es tan bueno con nosotras y cada día nos hace participar de su bondad. Yo quisiera que todas ustedes estuviesen conmigo en el mar. ¡Qué espectáculo! Un horizonte tan vasto, que en verdad da la idea de la inmensidad; doquiera pasea la mirada, todo es tranquilidad. El buque anda veloz, pero no nos damos cuenta; está tan tranquilo el elemento que lo circunda, por lo cual corta las ondas con suma facilidad. Parece que anduviéramos por el cielo, porque las aguas están tintas de un azul tan delicado, que parecen ser el cielo.

Hermoso, amplio, cómo es este barco, *La* Touraine; no he visto otro con tantas comodidades. Parece una pequeña ciudad; tiene sus calles, sus avenidas, sus plazas; magníficas salas, saloncitos, estudios, pequeños departamentos con todas las comodidades deseables. También el personal es bueno y gentil. A bordo el capitán es un rey y un padre; y ciertamente obra con la majestad de rey y con la caridad de padre; al ver que nuestras cabinas estaban en la Avenida de Londres, un poco lejos del comedor y de la gran escalera, que conduce fuera sobre cubierta, nos las hizo cambiar, y con gran maravilla nuestra nos dio un departamentito de lujo, con dos cámaras, en el último piso, que es el más noble y el más cómodo. Cerca hay un saloncito admirable con su balcón, el cual cae bajo la lámpara que ilumina el gran salón de los juegos y el del comedor. Y bien, este saloncito está a nuestra disposición, y los demás no pueden entrar sin consentimiento nuestro; y justamente desde ese sitio estoy escribiéndoles ahora. La Madre Virginia me hace un poco de compañía, echada sobre un cómodo sofá; y otro poco se la pasa en la cama, y así va bastante bien, sin mareos, cosa por otra parte singular, ya que siempre los ha sufrido.

La compañía de los pasajeros es muy buena. Pocos franceses; muchos españoles y algunos americanos e italianos. Viajan con nosotras un Agustino, un Sacerdote francés, un italiano, un americano y varias Hermanas, entre las cuales una Ursulina, una Marianita, y cuatro Hermanas de San José de Cluny. Los sacerdotes y las dos primeras Hermanas se sientan en la misma mesa con nosotras y me ayudan, porque, al no saber yo el nombre de los platos, ellos hacen que me sirvan los que más puedan agradarme, puesto que como los pescados, me hallo mejor en el mar que en la tierra y como con buen apetito. La comida, además, está tan bien preparada y tan bien servida, que da apetito también a quien no lo tiene.

5 de septiembre – Ayer tarde, antes de la cena, el Capitán vino a visitarnos, y le preguntamos cómo sería la noche, habiendo visto el sol que palidecía por completo y de repente, como si estuviese hacia el final de otoño, se sentía levantarse un viento frío que se sobrellevaba malamente. El capitán respondió que no podía decírnoslo; de cuya respuesta dedujimos que algo de nuevo nos aguardaba. Preguntamos también a los marineros y a los camareros, pero aunque todos fueran muy gentiles, nadie revelaba la verdad, fieles a su obligación de no manifestar nunca el peligro a los pasajeros. Fuimos todos a cenar, pero después del primer plato comenzaron a dejar la mesa ora uno, ora otro, porque el buque comenzaba a rolar y revolvía el estómago a muchos. La Madre Virginia también se escapó hacia la cama, pues allí sólo uno se encuentra bien, cuando hay movimiento. En nuestra mesa quedamos solos hasta el fin la Hermana Marianita y yo, que permanecimos fuertes hasta el final de la cena y además fuimos luego a dar un paseíto sobre cubierta, alabando al Señor que nos había hecho dueñas del mar. Mas el movimiento crecía, también el frío; y entonces también yo pensé en irme a descansar. Alrededor de las 9: 30 el gran pito del vapor comenzó a rasgar el silencio, signo de espesa niebla, y lo usan justamente para avisar a otros buques, por si vinieran por casualidad por la misma dirección, ya que es imposible verlos entre esas espesas tinieblas casi palpables. El movimiento crecía desmesurado, pero afortunadamente era tan sólo de roleo y no de cabeceo; pero la desacostumbrada actividad de los marineros infundía algo de miedo a nosotras y a todos los pasajeros. Por suerte los puntos de la meditación preparados por la noche hablaban de la tempestad que soportaron los Apóstoles y entonces quedamos tranquilas, pensando en las hermosas palabras dichas por Jesús a sus amados Discípulos: *"Habete fiduciam", (Tengan fe)* y aquellas otras: *"Ego sum, nolite timere" (Soy yo, no tengan miedo).* En efecto, estando siempre con nosotras el amado Esposo, ¿de qué podemos temer? Él es el dueño de todo y a Él obedece toda creatura; es la fuente de todo bien, de todo consuelo; debemos por lo tanto, estar plenamente seguras. Tenía conmigo la pequeña estatua del Redentor y con mucha fe la puse ante el mar, para que lo bendijese y le dije: *"Ne discesseris a me, intende in adjutorium nihi".* Luego fui a acostarme tranquila y segura. En efecto, poco después se silenció el fuerte silbido, señal de que las nieblas se habían disipado, y aun cuando continuara el roleo, sin embargo ya no había temor, ya que estábamos pasando los bancos de Terranova, donde es cosa muy rara el buen tiempo, mucho más al paso de esta enorme máquina que es La Touraine, la cual con su inmenso volumen agita la gran

masa de agua. Por lo demás, nosotras nada temíamos, porque el Señor está siempre con nosotras, y cada cosa ha sido dispuesta según la Providencia Divina. Nosotras estaremos siempre cerca de Jesús; en espíritu levantaremos un monumento perenne con la mística piedad de nuestros corazones, que están todos consagrados a Él; sobre el mismo verteremos el óleo de la gracia, que siempre mana en gran abundancia para las Religiosas, y en honor de nuestro muy amado Señor, entonaremos un himno perenne de alabanza y de acción de gracias.

La vida de los Santos en el Cielo es vida de amor y de alabanzas; y ésta debe ser la vida nuestra en la tierra como Religiosas, tan favorecidas por el Padre Celestial. Toda nuestra vida ha de ser empleada en agradecer, ya que a cada instante recibimos infinitos beneficios del Altísimo. San Pablo recomendaba de continuo a los fieles la acción de gracias y escribía a los Corintios: "Todas las cosas son para vosotros, a fin de que la gracia abundante redunde abundantemente en gloria de Dios por la acción de gracias de muchos."

La mayor parte de los hombres da gracias a Dios después de haber obtenido un favor, pero en cambio el espíritu de Jesucristo, del cual debemos estar animados, enseña a gradecer primero, porque continuados son los beneficios que recibimos en cada instante, y ésta es la mejor disposición para mover el Corazón Divino en favor de nosotros. Es sumamente consolador para mí, cuando en algunas Casas nuestras, al hacer un triduo o una novena a fin de obtener un favor del Cielo, oigo que se añade a las oraciones el *"Agimus tibi gratias"(Te damos gracias)*, y me parece estar entonces segura del éxito de la oración. Sí, oh hijas mías, el agradecimiento es un acto perfectísimo de amor a Dios, pues no hay en él otro interés que la pura gloria de Dios, la complacencia de Dios, el gusto de Dios; en efecto, cuando pedimos nos movemos por nuestro propio interés, pero cuando agradecemos nos movemos por más nobles y más sublimes sentimientos. Repitamos entonces, oh hijas, repitamos el cántico de agradecimiento, que partiendo de nuestro corazón, vuele como dichosa y ferviente flecha a herir el Corazón del muy amado Esposo y Bienhechor.

6 de septiembre – ¡Qué terrible noche hemos pasado! Parecía que el vapor saltaba y volaba fuera del agua, y luego aparentaba que quisiera darse vuelta; se movía completamente. Hacía el efecto de que también nosotras debíamos caer del lecho; no he tenido ni siquiera un momento de

descanso. Esta mañana, al alba, hubo un poco de tregua, y entonces nos hemos tranquilizado, cansados los miembros, que parecían machucados por el continuo vaivén, nada gentil. Acostumbrada a viajar casi siempre con bonanza, no sabía si esta borrasca fuese peligrosa; mas notando a medianoche algún movimiento y barullo en el personal del barco, oprimí el botón eléctrico y de inmediato se presentó un camarero, al cual pregunté si había algún peligro y si era oportuno levantarnos y prepararnos a buscar salvación. El camarero respondió: "No, no, quedad tranquilas, que nada hay por qué temer; el mar está bueno". Aun cuando no lo podíamos creer, porque los efectos no eran nada buenos, sin embargo el aspecto amable y tranquilo del camarero acabó por tranquilizarnos también a nosotras. Se viera por lo menos el claror de la luna; pero nada; todo se hallaba envuelto en una inmensa oscuridad. Cerca de las nueve volvió a comenzar el movimiento; yo me hallaba aún en la cama; no me sentía como para levantarme, cuando vino la camarera a ver si queríamos el desayuno. Le dije que tratara de traer un poco de café. Era la primera vez que me hacía traer algo al lecho; pero el pobre café tuvo triste fin. Apenas se echó en la taza, un roleo fuerte y poco comedido, volteó la taza y la cafetera bañando toda la cama y cuanto había sobre ella; entonces, quiera o no quiera, hube de levantarme. La Madre Virginia también hubiera deseado alzarse, pero este involuntario baile había quitado toda energía a la pobrecita; no ensaya ni siquiera mover la cabeza; pues apenas se mueve, debe rendir tributo al mar.

7 de septiembre – Y el viento no quiere dejarnos; siguiéndonos siempre, juega con el vapor como con una pequeña conchilla. El mar, empero, está tranquilo y su calma contribuye a que nos sintamos mejor de salud, dejándonos así el placer de poder realizar algo de bien. Al estar sobre cubierta, en contemplación del vasto horizonte y de la inmensidad del océano, vemos resplandecer con gran viveza los atributos de Dios y en especial su poder, su sabiduría y su bondad. ¡Oh, cuán grande y admirable es nuestro muy amado Dios en sus obras! Todo cuanto hizo, lo hizo para nosotros, y por eso nuestra gratitud ha de ser grande, y la memoria de tantos favores, de los cuales están señaladas todas las horas de nuestra vida, ha de ser para nosotras de verdadero aliento. En los beneficios de que nos ha colmado, con frecuencia debemos mirar en espíritu la mano soberana del Dador, ya que toda gracia es un acto especial de amor de nuestro Dios. La multitud inmensa de gracias no ha de hacernos indiferentes o negligentes en el agradecer, ya que la multiplicidad de las mismas no dis-

minuye su valor, antes lo aumenta y lo hace más preciado. Consideremos muchas veces las gracias con que continuamente nos circunda la inmensa bondad de Dios y de ello tomemos ocasión para encender nuestro corazón en santa gratitud, que nos torne poco a poco en ebrias de amor divino, prontas a hacer todo y a padecer todo por la gloria de nuestro gloriosísimo Señor. Tengan la seguridad, oh hijas, que si son fieles en la gratitud y en el amoroso servicio de vuestro Dios, Jesús, Esposo de sus almas, obrará en ustedes nuevos prodigios de gracias y bendiciones. La llama del amor no se apague jamás en ustedes; ella es como un fuego que a medida que se extiende y se dilata, tiene necesidad de mayor alimento. El amor es la fuente de la gracia, y la gracia tiene una potencia sublime de atracción. El amor es industrioso, y todo: las tribulaciones, las angustias, La persecuciones, las penas, las dificultades de toda clase, todo lo convierte con sus maneras sobrehumanas, en oro purísimo de perfección. El buen Jesús nos ama, oh hijas, Él siempre nos acompaña con su gracia. Con frecuencia se lamentan porque les parece que están lejos de Jesús; no, no. Él siempre las sigue y por todas partes; sean fieles, salgan de los caminos ordinarios, corran veloces tras sus huellas, y santificándose ustedes mismas podrán salvar a muchas almas, que seguirán sus ejemplos y para quienes será eficaz vuestra palabra. Si ustedes aman a Jesús con gran fidelidad, resultará que toda acción de ustedes, todo sufrimiento, todo afecto de ustedes, llevará impreso el sello divino, y así su fidelidad, su amor operante, que al principio parecerá un pequeño arroyito, creciendo en su admirable decurso, vendrá a ser como un río grande y santamente impetuoso; y he aquí a la Misionera perfecta que caminará, correrá y hará múltiples cosas, grandes y perfectas, para la gloria de su Jesús, a quien ha aprendido a amar con la fidelidad de amante Esposa.

8 de septiembre – Hermoso, tranquilo y espléndido amaneció el día de hoy. Es el gran día de la Natividad de Aquélla que, con Jesús, constituye la alegría del Cielo y la alegría de sus hijos en la tierra. Parece que los Cielos envían lluvias de gracias saludables. ¡Oh, cuán feliz es quien ama a María! ¡Cuánta bondad, cuánta ternura hay en esta bendita Madre! Todos sus pensamientos son para nosotros, que somos sus hijas y lo somos de una manera enteramente especial, porque es ella la Fundadora de nuestro Instituto, y es justamente por la bondad de esta Divina Madre, que nosotras somos las Misioneras del Sagrado Corazón. Nuestra Madre de gracias nos lleva escritas en su pecho virginal, y muchas veces, volvién-

donos a mirar, parece que se complazca y se alegre porque ve en nosotras la imagen de su Amado Hijo, y nos mira con mucho mayor gozo, cuando nosotras fieles a nuestra vocación, tratamos de imitar más de cerca sus celestiales virtudes. Ella goza cuando nosotras amamos a Jesús y trabajamos mucho por Él, ya que el amor de Jesús, que es un océano de amor sin términos, cuando vive en nosotras nos hace hermosas, a semejanza de los ángeles. Para ser fieles y constantes en el amor divino, procuremos permanecer siempre bajo el manto de nuestra muy tierna Madre, que es la paloma del Paraíso, quien en su concepción ha triturado la cabeza de la serpiente infernal, nuestro prepotente enemigo. Dirijamos las miradas hacia María e imitémosla; con su fiel correspondencia a la gracia llegó a tan sublime grado de perfección, y a convertirse en el más estupendo prodigio de celestiales virtudes y a superar la santidad de los ángeles y de los santos todos juntos. ¡Oh!, nuestra Madre, en este su hermoso día, en el cual parece que resplandezca de particular modo su belleza, su pureza, su santidad, quiera volver hacia nosotras esas pupilas de amor, que alegran el Cielo y consuelan la tierra; se digne hacer llover sobre nosotras, junto con sus bendiciones, las más hermosas flores de sus preciosas virtudes, las cuales con su patrocinio podrán conservarse y crecer bellas, perfumando con celestiales aromas, merecedoras, un día, de ser trasplantadas al Cielo, donde serán, junto con María, gratísimo incienso al Corazón Santísimo de Jesús. Vuelvo a tomar la pluma ahora, que son las tres de la tarde. ¡Si vieran cuán azul es el cielo y cómo lo refleja el mar tan al vivo que parece otro cielo! El horizonte amplísimo nos da la idea de la inmensa soberanía de nuestra celestial Reina y Madre nuestra muy amada. ¿Pero qué digo yo? Se eclipsan los resplandores del cielo, desaparece lo vasto de los inmensos mares, se pierden la abundancia y las riquezas de la tierra ante el esplendor de nuestra Reina celestial: *"Fecit nihi magna qui potens est" (El Poderoso ha hecho en mí grandes cosas).* ¡Oh, sí! El Señor ha hecho cosas grandes por medio de nuestra Madre, porque Ella siempre ha sido fiel a la gracia que la revestía. ¡Cuán grande felicidad es la nuestra, tenerla por Madre y Fundadora de nuestro Instituto! Sí, justamente Ella lo ha fundado; porque mientras yo me hallaba titubeando si el Señor quería o no esta obra, muchos rogaban a la Virgen Santísima de las Gracias, y yo también le rogaba; y después de muchas oraciones el Obispo Gelmini me la impuso.El Obispo Bersani, con la suavidad de su temperamento, me indujo a cumplir sin dilación esa obediencia, y Monseñor Serrati me dio la mano con gran fervor y entusiasmo, por lo cual me hallé comprometida, sin poderme retirar; de aquí que de María Santísima

nació el Instituto de las Misioneras del Sagrado Corazón. Ella, pues, es nuestra Madre, entonces, ¿de qué tendremos temor?

9 de septiembre – La buena Madre Celestial ha tranquilizado las olas, y el imperio de su mando hace que el mar, con reverencia, parezca siempre más hermoso. Parece un verdadero cielo del más bello azul y su tranquilidad da la idea de un alma que, viviendo unida a Jesús, conserva la paz, y halla todo fácil y posible. El vapor anda veloz, pero no nos damos cuenta del movimiento y si ayer recorrió 427 millas, hoy señalará aún mayor recorrido. A lo lejos se ven grandes barcas de pesca y tal es la idea de un cielo la que ofrece el mar, que aquéllas parecen allá como suspendidas en el aire. Los rostros de los pasajeros, sin la tristeza de los pasados días, están alegres y serenos, y a esto contribuye no sólo la calma grande del tiempo, sino también el pensamiento de que éste es el último día de viaje, y que mañana los parientes se hallarán con sus familiares y el mercader se juntará a la mercadería, acerca de la cual ha hecho ya muchos cálculos para enriquecer su comercio. Nosotras, descansando en el amado Jesús, hemos permanecido siempre serenas, aun en los días en que amenazaba la borrasca; algunos Sacerdotes, que se hallaban a bordo, nos decían muchas veces: "Pero vosotras, estáis siempre contentas, como los que tienen buena conciencia". Yo, en verdad, no sé si tenemos buena conciencia, pero esto sé solamente, que tenemos gran confianza en el amantísimo Corazón de nuestro buen Jesús, y apoyadas en Él nada tememos, porque sabemos perfectamente que Él tiene especial cuidado de nosotras, y que ni siquiera un cabello nos será quitado sin su permiso.

XII

DE GÉNOVA A BUENOS AIRES

A.M.G.SS.C.J.

2 de diciembre de 1900

El bálsamo de la suavidad del Corazón Sacratísimo de Jesús

descienda en vuestras almas

y las haga dignas del hermoso título que llevan

de Misioneras del Sagrado Corazón de Jesús.

En el nuevo viaje te invoco y reclamo:

cual paloma escondida en tu hermoso Corazón.

¡Ea!, oh Jesús, guíame por el mar traidor; marcho y me muestro siempre confiada.

Y Tú, mi amado Bien, entre lluvias y vientos, inspira a mi corazón llamas de ardiente amor;

yo ansío, lo sabes, que junto al fuego de tu Corazón, mi ser entero se destruya poco a poco;

dejando clavado, a tu mirada serena, un dulce dardo de mis hijas en el corazón.

Mis Hijas muy amadas:

Hoy justamente se cumple el año de mi llegada, a medianoche, a nuestra Casa de Milán, después de que dejé España, tras aquella fundación tan bendecida por Jesús, por la bondad de su Divino Corazón. Era la vigilia de mi y nuestro amado Patrono, San Francisco Javier, y al día siguiente, como pueden imaginar, hubo una fiesta grande, verdadera fiesta de familia. ¿Y mañana? Mañana también se recuerda la muy amada, la hermosa fiesta del gran Apóstol de las Indias, pero ninguna de ustedes, amadas hijas, podrá festejarme; sólo el rumor de las olas del mar, un poco encrespado, me traerá el eco de sus plegarias, que hechas con tanto amor filial, suben ciertamente por la mística escala, hasta el trono del Altísimo. El buen Dios, conmovido por vuestras súplicas, enviará una legión de ángeles para guiar esta hermosa nave, el *"Alfonso XIII"*, en el cual yo viajo por vez primera, y tengo la firme esperanza de que, tras una feliz navegación, llegaremos venturosamente al puerto, a la Casa de Buenos Aires, donde aquellas queridas Hermanas vuestras me aguardan desde hace mucho tiempo.

El otro día, 30 de noviembre, de este querido Año Santo, me embarqué en Génova junto con Sor Ana y Sor Miguelina. Por la mañana todo se había hecho con apuro, habiéndonos hecho avisar la Compañía Transatlántica Española, por favor del Excelentísimo Mons. Romero, Obispo titular de Jasso, que nos apuráramos, porque a las 11 de la mañana partiría el vapor.

Su Exc. el arzobispo de Génova, que había querido obsequiarnos viniendo a celebrar y a traernos su saludo paternal, se apuró en dejarnos después de habernos bendecido de todo corazón, para que tuviéramos tiempo de hacer los últimos preparativos para la partida. Un cuarto de hora antes de las 11, ya nos hallábamos en el puerto junto con todas las alumnas y con un buen número de Hermanas, y alquiladas algunas barquitas, llegamos hasta el *"Alfonso XIII"*, que se encontraba algo separado de la orilla, casi en acto de partir, según nosotras creímos. Tomándonos de la cuerda, una después de otra, subimos todas al vapor, y al entrar en el hermoso salón, hallamos a S. Excia. el Obispo Romero, quien llegado de Roma, de vuelta de la peregrinación por él presidida, se había apresurado a subir a bordo, para hacer preparar tres puestos para nosotras. Nos recibió como podía haberlo hecho un padre; las alumnas, tomando por asalto el piano, improvisaron una pequeña fiesta al venerado Obispo y al óptimo

Capitán; lo cual causó gran sorpresa al uno y al otro y dio un poco de buen humor a la tripulación, que pudo presenciar el sencillo entretenimiento. Pero pronto llegaron las 11, más bien estaban por dar las doce, anunciadas con el estampido del cañón de los fuertes de Génova, y siempre con la idea de la pronta partida, despedí a las alumnas y a las Hermanas, quienes con sentimiento bajaron la escalera para llegar a las barquitas. El saludo y el agitarse de los pañuelos fueron breves, porque entre la multitud de buques que siempre llenan el puerto de Génova, pronto desaparecieron de nuestra vista. Nos llamaron inmediatamente al comedor y pensábamos que al levantarnos de la mesa habríamos notado pronto el movimiento, pero nada de eso hubo. El vapor seguía quieto y fijo, bien sujeto por gruesos cables. Aprovechamos esa quietud para ordenar nuestras cabinas; pero más tarde hacia las 4 pregunté por qué no se movía el barco y supe con sorpresa que no partiría hasta el alba del día siguiente, porque con el tiempo malo los hombres no habían podido trabajar durante la noche y la carga no se había completado. Entonces pensé en enviar un telegrama a nuestra Casa de Génova dando aviso de la tardanza, y cuando estaba por tomar la pluma veo aparecer a la M. Agustina con la M. Lucía, quienes al ir a la agencia para hablar acerca de la próxima partida de otras Hermanas nuestras para Estados Unidos, supieron que aún estábamos en el puerto. Fue un milagro que no corrieran a pie por las aguas para venirnos a ver. Después de habernos alegrado mutuamente rogué a las dos Hermanas que fueran a llamar a las Directoras de Codogno y de Roma; (que estaban en nuestra casa de Génova) con buen corazón partieron a hacer partícipes de su alegría a toda la comunidad y poco después volvió a aparecer la M. Agustina con las dos Directoras. El Capitán, conmovido por el afecto que las hijas demostraban a su Madre, les dijo que podían quedarse durante la noche. Las Hermanas no se lo hicieron repetir, y así, también aquéllas que jamás tendrán una misión fuera de Italia, tuvieron la suerte, como decían ellas, de pasar una noche en el mar. Los consuelos que tuvimos en aquella noche con las que, sin un caso imprevisto, debían estar completamente separadas, ustedes lo pueden imaginar mejor que yo describirlo.

3 de diciembre – San Francisco Javier. ¡Qué hermoso día! Me parece que no se podría festejarlo mejor que estando en medio de las olas del mar, surcado tantas veces por ese infatigable Apóstol, el cual supo en el transcurso de pocos años, llevar tantas almas al seno de la Iglesia Católica. Nada les digo a ustedes acerca de nuestro Santo, muy querido

Protector, pues lo conocen mejor que yo; pero quisiera sólo preguntarles, oh hijas, ¿cómo fue posible que Javier haya llegado a ser el gran santo que es y haya podido hacer tanto? Sólo porque él siempre recordó aquellas palabras, con las cuales Jesucristo solía llamar a su seguimiento a las almas dichosas, que fueron sus Apóstoles, y esas palabras ustedes las saben: *"Sequere me" (Síganme)*; sígueme e imita mis ejemplos. Estas hermosas, estas importantísimas palabras también hizo que él las escuchara, y nosotras, felices que las hemos escuchado y nos hemos dado con generosidad de corazón a Dios, consagrándonos a Él en la vida religiosa. Pero no hemos hecho todo ya, oh hijas, ahora nos resta llegar a ser perfectas discípulas de la escuela de Jesucristo, copiando en nosotras todas las bellas y preciosas virtudes de su Corazón divino. Imaginémonos, como San Francisco Javier, de ver siempre ante nosotras a Jesucristo; veamos la dulce seriedad, la tranquila amabilidad, la inalterable igualdad de ese divino modelo que es Jesús. Veamos cómo trabajaba, cómo caminaba, cómo conversaba, cómo enseñaba. Pensemos en la perfección de cada acto suyo y esforcémonos en imitarlo siempre con toda la fidelidad, que nos sea posible.

Hemos pasado este buen día casi totalmente en el puerto de Barcelona; creíamos tener varias Misas a bordo, como el día dos, y en cambio corrimos el riesgo de no tener ni siquiera una, pues casi todos los Sacerdotes bajaron a tierra. Pero la admirable Providencia de Dios, que vela por nosotras, quiso consolarnos con un rasgo especial a favor nuestro. El único Sacerdote que debía celebrar la Misa a bordo, se había levantado con mucho tiempo para decir su Misa y después ir él también a visitar la ciudad; pero el pobrecito, por más que anduvo buscando, no llegó a encontrar la llave del armario donde se guardan los ornamentos eclesiásticos; y de esta manera nosotras, después de haber descansado como el mar nos exigía, nos levantamos y hallamos al Padre, quien desesperando por encontrar la llave, estaba por tomar el desayuno. "No, no, Padre – le dije – busque más y la encontrará, porque nosotras deseamos la Misa para festejar a nuestro Santo Patrono". En efecto, la buscó de nuevo, y con gran maravilla la encontró donde menos esperaba. Celebró sin dilación y pudimos comulgar y satisfacer así el deseo anhelado en la noche anterior. Tomamos esto como una sorpresa agradable, que noblemente quiso ofrecernos nuestro amado Santo, quien desde los comienzos de nuestra misión hasta ahora, jamás cesó de manifestar su admirable generosidad hacia nosotras. ¡Si vieran cuán hermoso está el mar! Es de encantadora

placidez y mis dos pequeñas compañeras, que tanto sufrieron el primer día, están ahora como si se hallaran en tierra. Comen, pasean, trabajan, hacen todas sus prácticas de piedad como si se hallaran en el convento. Se ejercitan además en el idioma español, para no llegar a la misión completamente ignorantes de la lengua, que allí se habla. En el comedor nos hallamos con Mons. Isasa, Obispo auxiliar de Montevideo, con su secretario y con otros Sacerdotes, quienes saben algo de italiano y tienen aquí el placer de escucharlo hablar; pero ellos hablan siempre en español con nosotras, para que aprendamos mejor su idioma. En cambio el Obispo se complace en hablarnos con frecuencia en italiano queriendo hacernos gustar la narración de las visitas a diversos Santuarios de Italia, que él hizo recientemente y las noticias agradabílisimas a nosotras de los pueblos recorridos. También el Obispo Romero nos habla siempre en italiano y tiene gran cuidado de nosotras, más que un verdadero padre. Desde el principio del viaje se preocupó a fin de que tuviera una cabina yo sola, como era mi deseo; pero llegados a Barcelona, subió a bordo una familia que tenía el pasaje para ocupar justamente esa cabina. Pensé que debería cederla y arreglarme con las otras Hermanas; pero él, sin que yo supiese nada se preocupaba, y antes de la noche vino con el Capitán a decirme que ya habían provisto y que el número cuatro quedaba para mí. Cosa verdaderamente admirable, porque el número de los pasajeros que subieron a bordo en Barcelona fue en verdad grande.

4 de diciembre – Ayer, a las cinco de la tarde, partió el vapor; pareció en realidad un día de fiesta por la enorme cantidad de gente que subió a bordo, unos para partir y otros para saludar a los viajeros. Nosotras ciertamente no podíamos esperar que alguien nos saludara, porque nuestras Hermanas de Bilbao, por más que lo deseábamos ardientemente y lo hubiéramos pensado al principio, no pudieron moverse de la Casa, por los muchos preparativos para la primera Misa, que en dicha Casa tendrán en el hermoso y solemne día de la Inmaculada. Y sin embargo, miren qué sorpresa; hacia las tres de la tarde estábamos en la mesa, dispuestas a tomar una merienda, como se acostumbra en el barco cuando, entre tanta gente, vemos pasar a dos Sacerdotes, que llamaban la atención por su figura veneranda. Todos los miraban y preguntaban: ¿Quiénes son? ¿Son acaso Jesuitas? Esta misma pregunta me la hicieron a mí, pero respondí que en Barcelona yo no conocía a ninguno, como también ustedes saben. Mientras tanto, los Padres venían hacia nuestro lado para saludar a una

Señora, cuando uno de ellos me mira fijamente sorprendido; entonces yo también lo reconocí como un antiguo conocido y exclamé: "Oh, Padre". Y él también exclamaba: ¡Oh, Madre. ¿Ud. por aquí?" Era el provincial de los Escolapios, a quien había conocido en Buenos Aires, hace seis años, cuando fui allá para la fundación; un Padre de muy buen espíritu, quien me había ayudado muchísimo en las dificultades de aquellos primeros tiempos. El otro era el Rev. Padre Miracle, que en Buenos Aires se hallaba muy mal de salud y ahora en cambio lo veía sano y bien puesto, en tal manera que si no hubiera fijado sus ojos en mi persona, no lo hubiera reconocido. Luego él fue a buscar al P. Terradas, su hermano de Orden, a quien con mucho placer porque volvía por esos momentos de Panamá, en donde hace seis años lo había conocido; por él pude obtener buenas noticias ciertas de nuestras Hermanas de aquella ciudad; las cuales sufren mucho por las revoluciones y las guerras civiles, que afligen desde hace mucho tiempo a la pobre Colombia, sin citar los muchos males que soporta esa nación, como fiebre amarilla, tifus, viruela negra, y a veces aunque con menos frecuencia, también la peste bubónica. Se tuvieron allí estas enfermedades una después de otra, durante tres años consecutivos, y ahora parece calmada la ira de Dios, aun cuando continúe la guerra; pero por admirable Providencia, durante tiempo tan largo, nuestras Hermanas quedaron siempre indemnes y su trabajo, además del Colegio, las Escuelas y los Catecismos, fue continuar haciendo escapularios del Sagrado Corazón los llamados "Detentes" para regalarlos a los enfermos y a los soldados. El escapulario ha hecho milagros y en efecto, en cada carta que recibimos de allá, hallamos noticias de los prodigios con él obtenidos. ¡Oh la fe, cuántas maravillas obra! Muchos dicen que aquellos pueblos son supersticiosos y que su fe no es buena; yo en cambio digo que es muy buena y la vemos comprobada con prodigios más allí que en otros sitios. Ellos creen con simplicidad y ésta es una de las cualidades más sabias para un verdadero creyente. Son ignorantes; pero tienen dentro de sí sus buenas razones para creer; Dios se las infundió en el alma y tienen además buena voluntad para instruirse. No, no es de despreciar la fe de un pueblo, porque no sabrá expresar las razones porque cree, no sabrá siempre defender la propia fe; pero estas razones las tiene, las siente profundamente en su corazón, como el que ha estudiado mucho. Y la causa de esto es que la fe es el supremo bien del corazón; y de aquello que es su bien, es juez el corazón mismo, no la inteligencia; y el corazón lo tienen todos; doctos e ignorantes. Cuántas almas poco instruidas, pero de corazón puro, se elevaron a Dios en una dichosa contemplación, y así también

aquellos misterios, que son superiores a la ciencia y a la mente, no fueron superiores a la grandeza de sus corazones. No, la mente no comprende los misterios de la fe, pero el corazón de quien tiene el don de la fe, más bien que comprenderlos, los siente, porque son misterios de amor. Sí, la Trinidad, la Encarnación, la Eucaristía, son misterio de un Dios de amor, de un Dios que se hace nuestro padre, hermano, víctima, alimento; son pruebas de un amor infinito y el corazón siente la verdad, porque tiene necesidad de ser infinitamente amado. ¡Oh fe! ¡oh religión santísima! ¡Cuánto bien has traído a la humanidad! Al aparecer en la noche de la ignorancia, tú has fulminado el error, tú has asegurado para la razón y para la verdad un trono, que jamás perderán. Tú vivirás siempre, aunque combatida, y el error jamás vivirá contigo. Cuando el error nos asalte, nosotros nos volveremos hacia ti y hallaremos la verdad cubierta por tu hermoso manto.

5 de diciembre – Al alborear de este día llegamos a Málaga; el vapor ancló bien junto a tierra, todos bajaban y entonces pensé también yo en bajar y conocer un poquito la ciudad, y como todos iban a comprar pasas de uva de Málaga para llevar a Buenos Aires, también yo compré un cajoncito como recuerdo y con mayor suerte que los demás; porque todos iban a los grandes negocios, donde hacen pagar mayormente la hermosura de la presentación; en cambio yo me fijé en un burrito que, cargado de cajoncitos de la célebre uva, bajaba de una vecina montaña, cuyo nombre me dijeron varios hombres, que contentos de verme favorecer al burrito, vinieron a mi alrededor animándome a comprar, porque el monte de donde venía era célebre y además podía obtenerla a buen precio. Por la tarde todos volvían con sus elegantes cajas y yo con mi rústica caja, a menor precio. En la mesa hubo quien presentó una botella de vino de Málaga y yo a fin de no hacer la triste figura de no ofrecer nada en correspondencia, hice traer de la cabina una de las botellas, que la M. Agustina allí me había acomodado bien. Me preguntaron si era de Málaga. "Sí – respondí – está en Málaga". Y ellos que comprendieron la broma, lo bebieron y alabaron mucho la exquisitez del vino, quedando sorprendidos del sabor, especialmente el Obispo de Montevideo; no podían creer que fuera vino del Piamonte.

6 de diciembre – Ayer, mientras estaba cenando, el buque saludaba Málaga y se deslizaba despacio hacia Cádiz con un cielo sereno, un mar

tranquilo y una temperatura agradable, que parecían más a propósito para ir a un deporte, que a la Misión. Es el buen Jesús que juega con nosotras y nos trata como a niñas, teniendo compasión de nuestra debilidad. Quiere decir que nosotras procuremos ser generosas en el tiempo en que el mar malo quiera probarnos, aun cuando vamos pensando que ha de querer dárnoslo siempre bueno. Abandonadas en el Corazón Santísimo de Jesús, dispuestas a cuanto será del agrado de su Santísima Voluntad, nos sentimos muy consoladas y gozamos de un paraíso anticipado. Hemos llegado a Cádiz esta mañana hacia las cinco, y estando parado el vapor, pudimos levantarnos mejor de nuestro lecho y ordenar todas nuestras cosas para ir a la Capilla a oír Misa y recibir la Santa Comunión. Queríamos bajar a tierra, pero el buque estaba demasiado separado e hice bien en no ir, porque aún no se me ha pasado el resfrío, que me tomó en el puerto de Génova, estando sobre cubierta para saludar a nuestras muy queridas Hermanas. Las señoras, compañeras de viaje, me decían de continuo que me retirara, pero no me fue posible mientras vi agitar los pañuelos y las mismas Hermanas no llegaron a ser para nuestros ojos más que un punto imperceptible. Pero, mediante los cuidados que me prestan, pasará pronto. También aquí puedo hacer la cura de la leche, aunque no sea tan fresca y gustosa como la de nuestras vacas, pues se sirve en el vapor sólo leche condensada. En un tiempo ni la quería ver, pero ahora he debido sobreponerme por la necesidad y la hallo que es bastante buena, y además se me asegura que es más sana, porque es como leche esterilizada.

7 de diciembre – Ayer vino tanta gente a bordo, que parecía no podíamos movernos; el buque está lleno, todas las cabinas están ocupadas menos una, que el buen Capitán deja libre para mí. Mas he cambiado tantas cabinas como puertos hemos tocado, porque siempre vienen abordo con su número y entonces yo tengo que ceder la cabina que no tengo por derecho, sino por un gentil favor. Hoy es la tercera vez que me traslado, de la misma manera que algunos llegados a Roma desde las cien ciudades, que cambian cada mes de alojamiento para no pagar la pensión, con la diferencia de que yo cambio cada dos o tres días; mas cuando lleguemos a Santa Cruz de Tenerife, entonces tomaré una cabina estable, porque luego no subirán más pasajeros.

8 de diciembre – Esta mañana antes de que naciera el alba, ya otra aurora nos presagiaba que un vivo resplandor habría aparecido para ilu-

minarnos, elevando nuestras almas hacia sentimientos nobles y altos, y ya no se podía dormir más. Era la aurora preciosa del día de la Inmaculada, y parecía que esa Paloma mansísima, nuestra purísima Madre, nos dirigía una mirada de especial predilección al encontrarnos en medio del inseguro elemento, y que con esa su voz que roba el corazón, nos invitaba a levantarnos para alabarla y colocarnos con mayor seguridad bajo el manto de su maternal protección. Con el pensamiento en nuestra querida Madre Inmaculada, no sentíamos ningún cansancio y por esto, con celeridad, fuimos a la Capilla, donde algunos Padres, que habían gustado abundantes dulzuras, inspiradas por la mística Aurora, ya estaban prontos a celebrar el Santo Sacrificio. Escuchamos una primera Misa y en la segunda comulgamos en compañía de María Santísima, y así en donde no podíamos merecer nosotras, merecía bien Aquélla, que se llama Inmaculada; Aquélla para quien la belleza y la hermosura son noble manto, gloriosa librea. ¡Oh cuán hermosa es María Inmaculada! Dios se la creó digna de Sí mismo, toda hermosa, toda pura, toda noble, toda plena de gloria. ¡Oh cuán hermosa es nuestra Madre! Las tres Divinas Personas aman su singular hermosura; María es la obra más grande, más gloriosa que haya salido de la mano del Omnipotente, después de la Santísima Humanidad de Jesús. Entre las criaturas puras, María es la imagen más semejante y perfecta de Dios; el brazo de Dios, la sabiduría de Dios, la bondad de Dios resplandecen con destellos visibles en esta criatura privilegiada.

Ella sola da a Dios mayor honor y gloria que todos los santos y ángeles juntos, y la fragancia de su pureza virginal supera el candor de todos los ángeles. *"Tota pulchra est, María, et macula originalis non est in Te" (Toda hermosa es María y mancha original no hay en ella).* ¡Cuán hermosa es María! ¡Cuán amable esta nobilísima criatura! Ella es la manifestación de Dios sobre la tierra; por su medio Dios será conocido, adorado, amado, bendecido en el mundo, y por esto con toda razón y de manera completamente particular, María es la tiernísima Madre de las Misioneras del Sagrado Corazón, quienes tienen por finalidad la misión sublime de instruir a los pueblos para llevarlos al conocimiento, al amor de nuestro divino Redentor, el cual en la bondad infinita de su Corazón Divino, se dignó llamarlas a tan sublime vocación. ¿Qué podremos temer entonces, oh hijas, si María Inmaculada, la paloma purísima de Dios, es nuestra Madre, nuestro refugio, nuestra esperanza y la causa de nuestra alegría? Oh hijas queridísimas, pongamos en Dios toda nuestra confianza, nuestra esperanza, nuestra alegría, como en la causa principal; y en María como

en causa mediadora; en Dios como razón primaria de todos los bienes, de todas las gracias; en María como saludable acueducto, por donde llegan a nosotras las aguas purísimas de la bondad y la misericordia divinas. Pongamos nuestra confianza en Dios, como causa final; en María como causa instrumental, providencial. María es nuestro refugio, seguro baluarte en los peligros, remedio de nuestros males, nuestro auxilio, nuestra luz, nuestra guía. Confiemos, confiemos siempre en esta poderosa y clemente Reina, que para nuestra dicha, es nuestra especial Madre. Esta mañana hemos tenido unas cuantas Misas; me levanté a las cuatro y media; a las cinco llamé a las Hermanas. Inmediatamente fui a la Capilla, porque para ganar tiempo los Sacerdotes habían comenzado a celebrar el Santo Sacrificio. Después de siete Misas hubimos una solemne, celebrada por el Obispo auxiliar de Montevideo, quien pronunció un hermoso sermón acerca de la Inmaculada Concepción y de la utilidad de este dogma, que hizo tan grande y célebre a Pío IX. Hizo destacar cómo el pueblo americano estuvo firme en la creencia del dogma de la Inmaculada Concepción, aun antes de la definición, apoyándolas en aquellas sublimes palabras del Arcángel San Gabriel, quien la había saludado llena de gracia: *"Ave gratia plena"*. Luego, decía el buen Prelado, no podía ser llamada llena de gracia sin ser Inmaculada. Y esto era conveniente a la vara de Jessé, de cuya raíz debía nacer el Redentor Divino, con quien dividir la gloria, las alegrías, los dolores. Ella es la Virgen singular, la Corredentora del linaje humano, la verdadera Madre de los vivientes. En María todo es grande, providencial; la misión de María en el mundo tiene un carácter completamente especial; Ella es resplandeciente como el sol; su luz es inmensa, sus esplendores celestiales, su hermosura divina. ¡Oh nuestra Madre, llena de cuántas gracias aparece sobre la tierra, quien desde el primer instante de su ser, fue riquísimamente colmada por el amantísimo Dios! María, desde el primer instante, fue gigante de gracia y de perfección, y creciendo luego, elevándose así hacia lo alto de esa varita prodigiosa de incienso: ¡qué ejemplos nos ha dejado! Si imitáramos ese sublime modelo, esa águila real siempre fija en Dios, oh hijas, ¡qué dicha sería la nuestra! Seríamos verdaderas Religiosas, óptimas Misioneras del Divino Corazón. María vivía más en Dios que en sí misma; se hallaba más en donde amaba, que en donde vivía, y por esto su inteligencia era más pura y clara que la de los Serafines, y su voluntad estaba por completo en conformidad con todos los deseos divinos. En su hermosa alma todo era luz, hermosura, armonía. Su cuerpo era purísimo, inmaculado; su pureza angelical, era muy fiel y se abandonaba enteramente en Dios; su intención

era siempre pura y perfectísima; su amor hacia Dios era fervorosísimo; era un amor fuerte, continuado, interno, con el cual superó no sólo el amor de todos los santos hacia Dios, sino el de los mismos Serafines; su humildad fue profundísima; trataba siempre de esconderse y ocultaba a todos, hasta a sí misma, sus excelsos dones. Su caridad hacia el prójimo era cual suavísimo bálsamo; parecía que todas las miserias hallaran un lugar en su corazón, naturalmente dulcísimo, misericordiosísimo. Y hoy mismo, oh hijas, el carácter de María, su innata inclinación es de difundir por todas partes sus gracias, de consolar a todos, de llevar a todos al conocimiento y al amor de Jesucristo. ¡Oh cuán bella y majestuosa surge María! Ella verdaderamente es la santa, mística ciudad de Dios, y sus gloriosos cimientos descansan en las cimas más elevadas de los sublimes montes. Pero yo no terminaría jamás de hablar de María ya que por todas partes me parece ver su hermosura, su poder, su majestad. De Ella me habla el mar con su inmensa amplitud; las aguas con su color azulino y transparente; que, a modo de cristales, reflejan los colores de las más preciosas piedras, de las más raras, de las más resplandecientes y que, en su mudo lenguaje, son como un libro abierto de las virtudes de María. Yo sería feliz si pudiera elevar vuestros corazones, vuestras almas hacia María, inducirlas a una firme esperanza, a una segura confianza, a una tierna devoción hacia esa dulcísima y amantísima Madre. Cuando vean que la niebla de las pasiones humanas se extiende a vuestro alrededor, recurran a María, invoquen a María, miren la hermosa Estrella de la mañana, que con sus esplendores disipa las tinieblas. Ella es nuestro consuelo, nuestra defensa, vuelvan los ojos hacia Ella y serán salvadas. Sigan a Ella y no equivocarán el camino que lleva al Cielo, porque justamente María es la puerta del Cielo, y ustedes bien lo saben, porque no se cansan de cantar cada tarde: *Felix coeli porta (Feliz Puerta del Cielo)*, y al cantarlo sienten que sus corazones se abren a las más dulces esperanzas. Dichosas ustedes que continúan con fidelidad esa hermosa devoción de cantar cada tarde, en obsequio de María, el *Ave Maris Stella (Salve María Estrella)*. Sepan que yo también, estando en el mar, jamás dejo este piadoso obsequio hacia nuestra amantísima Madre, y así, después de la cena, voy junto con Sor Ana y Sor Miguelina al final del barco, y allí a popa hacemos resonar nuestras voces, uniéndonos a ustedes en espíritu, cantamos el *Ave Maris Stella* y rezamos nuestras plegarias. Luego nos entretenemos en observar la estela, que cual inmenso manto deja tras de sí esta máquina colosal en su rápido y majestuoso movimiento. ¡Si vieran cuán hermoso es! Parece que todo fuera de plata licuada y brillante y, ora acá, ora allá, aparecen

esplendorosas estrellas, las cuales, mientras las miramos, desaparecen de nuestros ojos para dar lugar a otras, y de esta manera, sin cesar se suceden, que nunca se acabaría de contemplarlas.

10 – Ayer era domingo y se repitió la fiesta del día anterior; se oficiaron varias Misas y por último, la Misa solemne, que fue celebrada por Mons. Romero, quien explicó el Evangelio con la elocuencia propia de él. Al hablar de la respuesta que diera Jesucristo a los discípulos enviados por Juan, para preguntarle si Él era el Mesías esperado o si debían aguardar a otro, se detuvo mucho en las últimas palabras: "y los pobres serán evangelizados", haciendo resaltar la fuerza, con que Jesús las pronunció, dando a ellas gran importancia, como si más que enderezar a los tullidos, dar vista a los ciegos, resucitar a los muertos, fuera lo que le anunciara como verdadero Mesías, aquello de "y los pobres serán evangelizados". De aquí sacó la consecuencia de insinuar a los ricos la necesidad de preocuparse por los pobres; a los patrones de dar tiempo a sus empleados para cumplirlas prácticas religiosas y de procurar que sean instruidos en las verdades de la fe. La palabra vigorosa del elocuente Prelado es de esperar que no haya caído en tierra árida y pedregosa, porque la atención, la devoción, con que todos los viajeros y la tripulación asistían al Santo Sacrificio era verdaderamente edificante. La Misa se celebró en el gran salón sobre cubierta, donde se hallaban todos los pasajeros; abajo, en el salón comedor, desde el cual se veía muy bien el altar, se encontraba el Capitán con todos los oficiales y detrás de ellos, los marineros. Espectáculo en verdad conmovedor, en especial para mí, que en veinte viajes marítimos, he tenido la dicha de ver oficiar la Santa Misa en el buque. Todas las tardes hacia las siete se toca la campana y todos se reúnen para rezar el Santo Rosario. Se descubre la imagen de la Virgen del Carmen que se halla en el salón; el Capitán es siempre el primero y reza con una devoción, que es un placer contemplarlo. ¡Cuán bueno es este Capitán! Parece el buen padre de todos; para todos tiene una buena palabra y nadie recurre a él en vano. Cada día viene hacia nosotros para saber cómo nos hallamos y si tenemos necesidad de alguna cosa. Él es un hombre lleno de fe, cumplidor de la ley de Dios; goza de suma paz en sí y la sabe comunicar a los demás, induciéndolos con suavidad y con su ejemplo, a que observen la ley, que fue impresa por la mano del Altísimo en nuestras almas. En verdad, ¡cuánto tenemos que gemir y suspirar por aquéllos que, por su culpa, han dejado levantarse a su alrededor las tinieblas de la incredulidad! Nosotras tenemos ocasión de sentir profunda tristeza, al ver hombres, quie-

nes después de haber abandonado la religión católica, después de haberse rebelado contra Jesucristo, han llegado hasta el precipicio del ateísmo, del panteísmo, del naturalismo. "No hay Dios", han dicho los primeros. "No hay diferencia entre el bien y el mal", afirman los segundos. "No hay cosa más hermosa que acumular riquezas, por todos los medios posibles y entregarse a los placeres", exclamaron los otros. Y con estas insensatas teorías han trastornado el mundo y muchos han perdido el buen sentido y la razón. Por esos errores han venido todas las desgracias que afligen el presente y amenazan para el futuro. Oh hijas, por lo menos nosotras rindamos el homenaje de fidelidad y amor a nuestro amantísimo Jesús, quien con misericordia inefable se dignó enriquecernos de cuanto es necesario para obtener nuestra felicidad temporal y eterna. Seamos hijas de Dios; procuremos no degenerar de dignidad tan alta y sublime, y nuestro corazón, nuestra alma, nuestra vida sean siempre consagradas a este Padre misericordioso y bueno. Roguemos a fin de que a Dios se le tribute gloria de parte nuestra y de todos, en el tiempo presente y por todos los siglos de los siglos; a fin de que su sacrosanta Ley rija, reine, gobierne a nosotras y a todos los hombres del Universo, de uno a otro confín.

12 – Ahora estamos bien; pues yo no les he dicho cuando estuve mal; ahora se los puedo decir, porque ya ha pasado. Desde Cádiz hacia Tenerife he debido dormir en la misma cabina con las Hermanas, porque también en Cádiz se aumentó el número de los pasajeros y no había ni una cabina disponible. El Capitán estaba muy apenado y también el Comisario, que antes se había mostrado bastante indiferente, y vino a decirme con sentimiento que tuviera paciencia, pues apenas llegados a las Canarias, a las seis de la tarde, habría podido darme buena comodidad, al descender un Coronel con su familia; en efecto, al llegar a las Canarias a las seis de la tarde, se apuraron en ordenar la cabina para mí, en un hermoso lugar donde hay poco movimiento y en donde puedo abrir la ventana hacia el occidente, cuando me parece y me place, procurando tener la precaución de tenerla cerrada desde las cuatro a las siete de la mañana, más o menos, porque entonces los marineros hacen la limpieza del barco y echan agua por todas partes sin misericordia, y bajando hacia el mar por los lados del vapor, entra muchas veces por la ventana y tiene sus sorpresas a quien menos las aguarda. Mas yo, para asegurarme mejor, cierro la ventana antes de irme a la cama y prefiero soportar este calor que hace transpirar, antes que exponerme a la aventura de la visita de algún pescado. Conozco habitantes de este mar, atravesado por la corriente del Golfo, pero jamás

he vivido con ellos, por lo cual no les tengo mucha confianza. El punto de las Canarias donde paramos, fue el golfo de Santa Cruz de Tenerife, justo delante del pico del mismo nombre. Cuando pequeña estudiaba geografía, que junto con historia, me gustaba más que cualquier otra materia, y leía los picos que se destacaban en el mundo por su altura, por su forma y por su celebridad y tenía una gran curiosidad de ver dos: el de Miranda y el de Tenerife; al primero he creído verlo yendo de San Sebastián a Bilbao y de Bilbao a Vitoria, pasando por Miranda y me había agradado bastante. Pero se me dijo que no era ése precisamente y que para verlo era necesario correrse un poco más hacia el Oeste. Si Dios me da vida, lo veré al visitar otra vez España, en donde me aguardan a mi vuelta de este viaje.

Ahora por fin podré ver el Pico de Tenerife. Al acercarnos a Santa Cruz, divisamos primero un hermosísimo monte, en figura de cono, de una respetable altura, con otros cercanos de la misma forma, aunque más pequeños. Parecían las pirámides de Egipto y casi, casi me imaginaba ir al África, pasando por el Mar Rojo. Fue una fiesta para todos los pasajeros la vista estupenda que se ofrecía, y hubiéramos deseado que el buque se detuviera para contemplar mejor el estupendo panorama, no artificial, sino hecho por la mano del Sumo Hacedor, y en cambio la nave marchaba con insólita velocidad; parecía que hubiera creado alas y se hubiera convertido en un pez alado; y esto porque nuestro buen Capitán nos había prometido llegar al puerto antes de la noche, y quería a toda costa mantener la palabra, por lo cual había hecho forzar la máquina. En efecto, se llegó cuando aún el sol no se había puesto del todo. Mas, mientras se llegaba, sonó la campana de la cena y hubimos entonces, aunque a pesar nuestro, de bajar inmediatamente a la mesa para que no aguardara Mons. Isaza, quien preside nuestra mesa y para asistir a la bendición de la comida. Mientras cenábamos cayeron las tinieblas de la manera como acontece en la América Central, donde no se conocen los crepúsculos; ni siquiera resplandece la luna; por lo cual ya no pudimos ver nada más.

El Capitán ofreció llevarme a tierra con la Capitanía, pero siendo de noche, no acepté el gentil ofrecimiento. Fuimos en cambio a la cubierta; un poco más lejos se descubrían las alturas de Santa Cruz, iluminadas eléctricamente y algunos vapores que como nosotros, se habían detenido en ese momento o un poco antes, y entre ellos se distinguía el *Duca di Galliera* con sus cien luces y su elegante forma.

Nunca viajé en ese vapor, pero conozco de la misma sociedad el *Vittoria*, en el cual he viajado y del que se ven solamente los restos, cerca de Génova, después de la catástrofe que le acaeciera en 1898, cuando fue destruido por un gran incendio. Mas tuvo la suerte de salvar a todos sus pasajeros y todo el equipaje, refugiándose en Alicante. Cinco Hermanas nuestras fueron las últimas en abandonarlo, en obediencia al Comandante, quien había realizado todos los esfuerzos posibles para salvar el barco; pero el fuego había hecho presa de una gran cantidad de azufre, que llevaba como carga, y fue inútil toda tentativa. Podía esa desgracia haber acaecido en altamar y ser muy difícil, y quizá también imposible el salvataje, pero la Providencia amorosa de Dios que vela por las creaturas, no lo permitió. Nuestras Hermanas llevaban consigo las reliquias de San Vitalión, y este santo mártir quiso manifestar el poder de su protección, obteniendo que todos se salvaran de tamaño peligro y se salvaran también las mercaderías, con excepción del azufre. La desgracia tuvo origen en el fondo del vapor, en donde se habían ocultado algunos muchachos, con la esperanza de viajar gratis, no teniendo los medios necesarios; pero estos desdichados hicieron daño a sí mismos y a los demás. Esto se me ocurrió decirles ahora, porque también en el *Alfonso XIII*, en el cual viajamos, se habían escondido siete muchachos de dieciocho a veinte años, aprovechando la noche en que el barco se detuvo en Cádiz. Pero nuestro buen Capitán y el Comisario, que tienen buen ojo, y que toman tanto interés por todo y por todos, apenas se dejó el puerto los descubrieron y como naturalmente pueden imaginarse, los pusieron presos. Al llegar el barco a las Islas Canarias, los entregó a la policía de Santa Cruz de Tenerife, a fin de que en la primera ocasión los devolviera a España, para que la policía de allí los examine para saber si sólo la necesidad los había inducido a ocultarse en el barco sin pagar el viaje y sin presentar el pasaporte, o también si habían sido inducido a huir de las manos de la justicia, después de haber cometido algún delito. Los dos Obispos, Mons. Romero y Mons. Isaza apenas supieron que los pobres se hallaban en la prisión, fueron al Capitán para interponer sus buenos oficios a fin de lograr la libertad de ellos, si fuere posible, y no fue difícil obtener clemencia de un Capitán tan bueno, como éste que comanda el buque *Alfonso XIII*, el señor Deschamps. Los dos Prelados regalaron a cada uno algunas monedas y así, en medio de la pena del merecido castigo, los pobres tuvieron también un agradable consuelo.

Por la noche, después de la comida, fuimos a cubierta y hallamos un mercado puesto como por encanto. Eran jóvenes canarios, que habían venido a bordo con sillas y sillitas, hechas con mimbre, pero tan hermosas, que daban verdaderas ganas de comprarlas. Tenían zapatos, encajes, bordados, chales de seda, etc. Y realizaron en verdad buenos negocios, por haber comprado los pasajeros mucha mercancía. Una buena señora quiso que la ayudáramos a buscar un buen trabajo y elegí uno que me agradaba, un centro de mesa bien trabajado; después, con sorpresa mía, supe que lo había comprado justo para regalármelo cuando fuere a visitarla a su casa. No les digo ahora el nombre de esa señora, pues más tarde habré de hablarles mucho de ella; porque está con el pensamiento de hacer algo grande para nuestro Instituto. Apenas hubimos complacido a esa señora, nos retiramos porque en medio de esa confusión, no hacíamos linda figura. Por la mañana nos levantamos temprano con el deseo de ir a cubierta para gozar del maravilloso paisaje de esas montañas, pero como era nuestro deber, fuimos antes a la Capilla para oír la Santa Misa y comulgar. Mas como las Misas se sucedieron unas tras otras, quisimos oírlas todas en sufragio de las benditas Almas del Purgatorio, y así se nos hizo la hora tarde. El buque se puso en movimiento con rapidísimo andar y cuando pudimos subir a cubierta, ya estábamos a cierta distancia de tierra y sólo aparecía ante nuestras miradas el alto Pico de Tenerife, que parecía acompañarnos con esa majestad suya, que lo ha hecho verdaderamente célebre y maravilloso. Tiene una cima puntiaguda como la de un volcán, aún no en estado de erupción y, por sus declives, a ambos lados se extienden, a manera de cola y de vestidura otros montes que parecen los hijos del monte más alto, como sucede comúnmente en los volcanes, los que siempre tienen otros montes dependientes, en cuyas prominencias parece hallaran un desahogo.

En el día siguiente, después de pasadas las Islas Canarias, para satisfacer las diversas necesidades de los pasajeros, llevaron a cubierta los equipajes para que cada uno pudiera abrir aquél, del cual tuvieran necesidad de sacar alguna cosa. Los bagajes embarcados en Génova fueron los últimos expuestos, porque como fueron los primeros en ser embarcados se hallaban en el fondo, y escuchada la campana del almuerzo, rogué al Capataz de observar cuando apareciera los míos y de hacer que los pusieran aparte, porque tenía necesidad de abrirlos. El buen hombre me dijo que fuera tranquila, porque él se preocuparía de todo, pero o sea que no hubiera entendido bien, o que yo me hubiera explicado mal, el

hecho es que al ir yo a cubierta, después del almuerzo, como si me hubiese hecho el mejor de los servicios me dijo: "Madre, he visto todos sus baúles y todos juntos los he enviado abajo..." "Pero yo tenía necesidad de abrirlos" le dije, y el Comisario, que me oyó, vino a decirme si quería bajar allá donde se hallaban. Así lo hice pronto, pero en poco tiempo habían amontonado tantos, que me fue imposible verlos y menos abrirlos. Varios marineros se ofrecieron a remover ese montón para sacar fuera mis baúles, y yo lo hubiera permitido si no hubiera visto la labor ímproba de esos pobrecitos, para remover tanto peso y sacar los baúles a cubierta con la polea. No quise por lo tanto que de manera alguna lo hicieran, contentándome con el pequeño baúl, que tenía en la cabina, del cual saqué la ropa blanca de mi uso y la dividí con las Hermanas, mis compañeras, procurando contentarnos con cambiarnos un poco menos durante el viaje. Mientras tanto la Providencia que siempre vela como amorosa Madre sobre nosotras, permitió que hasta ahora se mantuviera el tiempo siempre fresco. Todos esperábamos un calor sofocante, en especial cerca de la línea (del Ecuador), y por algunas horas lo hemos soportado en verdad, pero luego siempre hubo fresco, tanto que hicimos un verdadero paseo de placer, más bien que un fatigoso viaje.

XIII

DE BUENOS AIRES A GÉNOVA

M. G. SS. C. J.

Desde la Bahía de Buenos Aires, agosto 22 de 1901

El buen Jesús esté con ustedes todas y las consuele,

acompañe nuestro viaje

y nos conduzca al puerto. Amén

En el Corazón dulcísimo de inmenso amor

quiero encerrarme en esta hora;

en Él quiero beber paz y consuelo,

que Él me ha de dar en el mar y en el puerto.

Mis muy amadas hijas:

El 22 de agosto es la fecha de la partida, pero no comienzo a escribir sino hoy, día 28, apenas dejado el puerto de Santos. En el día de la partida estaba algo mal y el adiós vuestro y de las niñas me conmovió tanto que en verdad quedé con sentimiento por bastante tiempo. Una vez que saludé a las tres Hermanas que se hallaban en el último sitio de la Bahía, bajé a la cabina y hube de echarme sobre la cama. Tenía todos los huesos dolo-

ridos y no me sentía con fuerza para mover el objeto más pequeño. Tenía deseos de poner en orden la cabina, pero acabé por dejarla tal cual estaba; no podía más. Mejoré empero dos días después, y una vez en Santos, me sentí bastante fuerte para bajar a tierra en el día siguiente, aun cuando el tiempo estuviere lluvioso. Preguntamos enseguida dónde se hallaba la Iglesia, pero más de una vez nos contestaron si buscábamos la *Igreja*, y yo, temiendo me mandasen a alguna Iglesia cismática, respondía que no, y seguía adelante; pero al preguntar a otros, obtenía la misma respuesta. Al fin comprendí que con esa palabra, que no había entendido hasta entonces, querían decir la Iglesia; luego algunos quisieron seguirnos y acompañarnos a la Parroquia, que aquí llaman la Matriz.

Al llegar a la Iglesia vimos comenzar una Misa solemne, acompañada por los sonidos de trompas y trompetas en lugar del órgano, que faltaba en la Iglesia, en la cual ni siquiera había un *armonium.* Mientras tanto un Sacerdote, a nuestro pedido, vino a darnos la Comunión, en el altar del Santísimo Sacramento, y confortadas con el Pan Celestial, volvimos al buque, siempre más seguras entonces de un viaje feliz. El tiempo era muy lluvioso, y nos mojamos por completo. Si no hubiera sido por recibir la Santa Comunión, ni siquiera hubiéramos bajado. Teníamos dos paraguas, pero al llegar a la Iglesia, el de mi compañera no se pudo cerrar. ¿Qué hacer? "Dejémoslo abierto", le dije, y así quedó todo el tiempo, sin que nadie observara o manifestara fijarse. Un buen señor nos dirigió la palabra y me dijo: "¿Sabéis? El que celebra la Misa es nuestro Cura: una persona muy buena, que nosotros queremos mucho". Se comprende que todo esto me lo dijo en portugués, pero entendí bastante, por ser un idioma parecido al español y al italiano. No pude menos que expresarle mis congratulaciones. Una vez terminadas nuestras devociones, fuimos a la Sacristía para pedir la bendición del señor Cura. Él nos acogió con muy singular bondad; nos quería detener, pero nosotras no podíamos, por lo que nos despidió con una bendición tan cordial, que parecía la de un Patriarca. Hubiera deseado visitar un poco la población, pero no se pudo conseguir un carruaje y por esto volvimos pronto a bordo.

El buque volvió a marchar y en dos horas llegamos a Río de Janeiro. Eran las cinco de la tarde; hubiera deseado bajar inmediatamente para visitar la ciudad, pero el vapor se había detenido a mucha distancia, y el mar, como de costumbre en ese puerto, estaba bastante agitado y entonces pensé que no me era conveniente hacer dos veces el viaje, y por otra parte no hubiera querido perder la oportunidad de recibir la Santa Comunión al

día siguiente. El Comandante ya me había avisado que el vapor se detenía hasta la tarde del día siguiente, y por esto, por la mañana, bajamos lo más pronto posible. Me fue ofrecido el vaporcito de la Compañía, pero no llegaba hasta las ocho, y entonces decidí alquilar un barquito, confiándome a la Providencia de Dios, para que nos condujera bien entre aquellas olas agitadas y a una distancia de media hora. En efecto llegamos felizmente a la orilla, y una vez en tierra, nos dirigimos hacia primer campanario que vimos; y, cuando por las estrechas callejuelas y por las casas lo perdíamos de vista, preguntábamos por la *Igreja*, habiendo aprendido el nombre en Santos y todos nos la indicaban con mucho agrado. Llegadas a la primera Iglesia, entramos; se llamaba Candelaria, hermosa, rica, conservada con extraordinaria limpieza. Los Altares, desde el principio hasta el fondo de la Iglesia, eran todos de mármol, de los colores más diversos, lucientes y muy finos. En el Altar Mayor estaba la Virgen con el Niño, llamada la Candelaria, o sea la Purificación. Me di el gusto de contar los candeleros, sobre el altar mayor, que grandiosos y en forma de pirámides, estaban a las plantas de la Virgen; eran cincuenta y dos. Quizá el número tenía un significado, pero no sabía cómo preguntarlo. Mas apenas entramos en la Iglesia, fuimos al altar del Santísimo Sacramento, que estaba a lo largo de la nave, el primero después del altar mayor. Sobre él dominaba un Crucifijo majestuoso y monumental, bajo del cual estaba pintado el Calvario. Varios Canónigos se hallaban allí recitando el oficio y dos clérigos sentados a las órdenes de los Canónigos. Llamé a uno, rogando de hacerme dar la Comunión; él fue a decirlo a uno de los Canónigos y éste respondió que el oficio duraría unas dos horas, durante las cuales no se podía dar la Comunión. Como no nos convenía esperar tanto, pedí al Clérigo de indicarme el camino para otra Iglesia; éste lo hizo de buen agrado y yo saludé al Santísimo para salir. Mientras salía, hallé a un Sacerdote, a quien le dije que deseaba comulgar, pero habiendo oído que más bien que aguardar dos horas, iba en busca de otra Iglesia: "No, no – me respondió – quédese aquí, que yo celebraré pronto la Misa y usted podrá comulgar". En efecto, más pronto que ligero, vino a celebrar en el penúltimo altar de la Iglesia, dedicado a Nuestra Señora del Sagrado Corazón de Jesús, también él bellísimo. Mas como la grande y rica bancada, en donde antes estábamos, no llegaba hasta allí, vimos venir con gran solicitud a un hombre, que debía ser un sacristán, trayéndonos dos hermosos almohadones para arrodillarnos. Quedé admirada de tanta gentileza, pero a la nobleza, que se transparentaba por todas partes en esa Iglesia, convenía también usar de tal distinción con los visitantes. Hicimos la acción de gracias y, después

de visitar la Iglesia dando una vuelta por ella, salimos; y como el apetito apretaba a mi compañera y a mí, entramos en un café, donde nos dieron con qué reconfortarnos y después, tomamos el carruaje y recorrimos un poco la ciudad, que está edificada sobre varias colinas. Llegamos a la colina llamada de Santa Ana, porque nos habían dicho que allí se hallaba el Internuncio, pero al llegar allá arriba encontramos a un sacerdote sordo, quien nos dijo que el Internuncio se hallaba en Petrópolis. Entonces para no perder el tiempo bajamos de la colina y a la mitad encontramos al Vicario General, quien apenas nos vio, nos dijo: "¿Han visto al Obispo?" "No – respondí – porque yo no sabía que habitara aquí; mas siento no tener tiempo de volver atrás." Le di una tarjeta para que se la presentase; la tomó con mucha cortesía y dijo que enseguida la entregaría y pediría una bendición especial para la feliz continuación de nuestro viaje. Sentía él que no pudiéramos retroceder, pero el tiempo en verdad faltaba. Desde esa colina estupenda se domina toda la ciudad y el Golfo. Hubiera querido ver Petrópolis, pero se me dijo que distaba tres horas de ferrocarril, por lo que hube de renunciar a la idea de ir allá.

Río de Janeiro es hermosa; me agrada por sus alegres colinas, por sus plazas, por sus amenos jardines. Nada digo de las Iglesias, porque les he dado una idea al hablarles de La Candelaria, además el canal que nos lleva a la Bahía de Río, es algo encantador. ¡Qué hermosos montes, casi todos en figura de cono! Uno por su forma especial se llama *Pan de Azúcar*. Éste y otros se yerguen en forma tal que parece arrojan abundancia sobre el país. También Santos me ha dado la misma idea, aunque no esté tan favorecido por la naturaleza; pero es camino a San Pablo de cuya belleza todos ensalzan. Ciertamente el Brasil es más rico que la Argentina; dicen que no es sano, pero yo creo que tan sólo en la parte baja y pantanosa, mientras en el resto del país, con un poco de limpieza y orden, ya no habría peligro de enfermedades contagiosas. Por ejemplo, en Río de Janeiro hay calles estrechas y sucias, y el agua, que corre junto a la acera, en lugar de favorecer la salud, como la que corre por las calles más hermosas de París, no sirve en efecto más que para infectar, porque se asemeja nada menos que al guano.

En Buenos Aires, el Representante de la Compañía *"La Veloce"*, nos había dado dos lindas y cómodas cabinas; una para las Hermanas y otra para mí; una frente a la otra; en tal posición que no podía desearse mejor, pues estaban colocadas hacia el occidente, de manera de no sufrir nunca vientos contrarios. Se podía por lo tanto mantener siempre abiertas las

ventanillas y así se aseguraba el fresco. En Santos hubo gran concurrencia de pasajeros; el vapor estaba ya lleno y no hubiera podido admitir a nadie más; pero quien era recomendado por un representante de la Compañía, quien por otra persona de influencia, lo cierto está que tuvieron que aceptar más pasajeros, que el número de puestos disponibles. Yo temía un poco, pero luego pensando que nuestro billete decía:"Cabinas reservadas", me quedé tranquila. Pasó todo el día; pero cuando menos pensaba vi acercarse al médico, quien en nombre del Comandante, me dijo que tendría todo el derecho yo de rehusar el favor que estaba por pedirme, mas por tratarse de un caso completamente especial se animaba a exponerme su pedido. Y era que permitiera dormir en la cabina de las Hermanas a la esposa de un farmacéutico de San Pablo, veneciana, la cual, por intereses de familia viajaba sola, y al esposo no le agradaba que la ubicaran con otros, a excepción de las Hermanas. Hizo la petición con tanta gentileza, que era imposible rehusarse y entonces dije que sí. Y no me arrepentí, porque era la señora tan buena, tan educada, tan cumplida, que era un placer estar con ella. Parecía una alumna, tanta es la amable sencillez, que en todo la adornaba. Se diría que formaba parte de la Comunidad, hallándose muy bien entre nosotros; todas la admiraban y le guardaban mucho respeto.

El mar, después de Río de Janeiro, se mostró muy bravo, como dicen los españoles, es decir agitado, lleno de espumas, que parecía hallarse rabioso. En especial, por la noche, cuando todo impresiona más, asustaba un poco, siendo la primera vez que realizaba un viaje tan largo en un vapor tan pequeño como el *Piemonte*. En la partida de Buenos Aires no acabábamos de elogiarlo porque no se movía completamente nada, pero después de que cargó en Santos más de veinte mil sacos de café, no nos dejó en paz. Quizá haya sido el viento y no la carga, pero el hecho es que una vez cargado, comenzó un movimiento ondulatorio tan fuerte, que muchas veces creí que el vapor se daba vuelta. Como no conocía náutica, mi temor me parecía muy justificado, pero al día siguiente pregunté al Comandante, y desapareció todo miedo; sucederán otras desgracias, pero no la de zozobrar. Más bien, dijo el Comandante, que el único peligro difícil de conjurar es el del fuego, añadiendo empero que también entonces hay muchos medios de salvarse estando el buque construido de manera que, en caso de tal desgracia, puede quedar aislado muy bien en tres partes.

XIV

DE LONDRES A NUEVA YORK

M. G. SS. C. J.

23 de agosto de 1902

¡Oh! Cuán bellos manípulos esparcidos por el campo,

sin temer tropiezos con Dios recogeré.

No me asusta el viaje, ni tampoco la tormenta;

siempre cual buena sierva la labor mía yo haré.

¡Jesús! mi amado Dios enciende dentro del pecho

los latidos de amor incitándome a obrar.

Ea pues, amadas hijas, rueguen siempre por mí,

amen al Corazón divino que el corazón puede encender.

Mis Hijas muy amadas:

Desde a bordo del *"Etruria"* de la "Cunard Line", envío veloz mi pensamiento a todas ustedes, hijas dilectísimas, que son causa de tanto consuelo para mí; y aunque cansada y débil, me pongo a escribir las noticias anheladas por ustedes; siempre es para mí el placer más grato satisfacer sus deseos.

El día 5 de agosto llegamos a Londres, después de haber visitado la Casa de París, la cual, como vaporcito guiado por buen piloto, va desplegando sus velas y navega prósperamente en medio de la terrible tormenta que en este momento agita a todos los Institutos religiosos y los llena de consternación. No podía ser de otra manera, porque el bravo Piloto, el Piloto omnipotente, es el Corazón de Jesús de Montmartre, a quien confié de manera especial nuestros intereses en Francia, a fin de que desde lo alto de aquel monte feliz que lo honra, mire abajo benigno el grupo de sus hijas y las defienda de las ondas, que espumosas se enfurecen y amenazan destruir todo cuanto de religioso, se puede decir, todo lo que ha sido animado por la caridad de Dios. Es en verdad un milagro que esa Casa subsista aún; las Hermanas vecinas de nosotras, y hasta las Hermanas de la Caridad, fueron echadas de sus escuelas, ni pudieron vencer a sus enemigos, aunque el pueblo se levantó en defensa de ellas, custodiando sus casas, de día y de noche. Nosotras, como extranjeras, tenemos pocos amigos en Francia y aun a esos pocos no les he pedido que nos defendieran; pero he puesto toda la confianza en ese querido y amable Sagrado Corazón de Montmartre, al cual al fin se le ha destinado salvar a toda Francia y hará que, de esa gran tormenta, surja mucho bueno y con gran fervor, que haga a Francia digna de sus honrosas tradiciones.

El día 5, pues, dejé París, y por la línea Calais - Dover partía para Londres. Era un día espléndido, pero más espléndido fue el cuadro que se presentó ante la vista, al llegar, mientras el sol declinaba. El cielo, juguetonamente presentaba un espectáculo jamás visto. Algunas nubes, hermosamente doradas, formaban un trono glorioso, en cuyo medio aparecía una luz extraordinaria, rodeada por doce estrellas muy resplandecientes, las cuales irradiaban fulgurantes rayos; parecía el trono de la Reina de los Ángeles. Luego vimos a la Virgen Santísima, con el Niño sentado sobre sus rodillas, que extendía los brazos en ademán de protegernos. Aun cuando esto fuera un juego de un hermoso ocaso, sin embargo, por ser en la hora de nuestra llegada, nos produjo muchísimo placer y nos pareció prenda de la protección especial del cielo a la fundación de Londres. Mis dos compañeras, M. Flora y M. Albertina, estaban entusiasmadas ante tan hermoso espectáculo. Se hallaban en la estación aguardándonos dos Hermanas enviadas antes para conseguirnos puesto, porque debido a las inminentes fiestas de la coronación del Rey Eduardo y de la Reina Alejandra, era difícil hallar dónde hospedarse en esa gran metrópoli, en donde había una concurrencia muy grande venida de todo el mundo. En efecto

nuestras dos buenas Hermanas nos habían encontrado alojamiento en las Hermanas Manteladas de los Siete Dolores. Allí quedamos dos semanas, y mientras tanto yo visité al Excmo. Obispo Bourne, de Southwark, quien como buen amigo del Instituto, nos abrió el camino inmediatamente, tanto que en breve tiempo, pudimos hallar una casa, en estupenda posición sobre las colinas de Londres, en donde hay una parroquia muy extensa, y ninguna Casa religiosa todavía, por lo cual es un hermoso campo abierto para nosotras. Escribí inmediatamente a Propaganda para lograr el decreto pedido para las fundaciones en Inglaterra, y lo tuvimos en pocos días, por lo cual el día en que entramos a la casa fijada, nada faltaba para que se pudiera decir que la Casa estaba erigida en perfecta regla. En una palabra, todo se hizo entre el 8 y el 23para la fundación de Londres; y yo después de dejar nueve Hermanas para la Misión y el Colegio, en compañía de M. Flora y M. Albertina, pude embarcarme para los Estados Unidos, donde apenas hube llegado, y después de haber saludado a las numerosas Hermanas de Nueva York, hube de ir apurada al Colorado, ya que el buen Obispo de Denver me esperaba para abrir allí una casa, a favor de nuestros pobres emigrados italianos.

La mañana del 23 el tiempo era lluvioso; pero, de cualquier manera, debía partir. Alrededor de las diez me dirigí hacia la estación para tomar el tren de mediodía y llegar a Liverpool. Dirán ustedes: ¡cuánto tiempo para ir a la estación! Pero no se maravillen cuando sean destinadas a Londres y vean la inmensidad de esa gran metrópoli. Cuando se va en carruaje de una parte a otra, si el viaje es de una hora, es necesario tratar de partir dos horas antes, porque con el enorme trajinar de la gente y de los vehículos, nunca se sabe cuándo se podrá arribar.

A las doce subimos al tren, tomó una gran velocidad, y casi volando por los campos y las ciudades, llegó sin parar ninguna vez, a Liverpool a las cuatro; bajamos en la plataforma que llevaba al vapor *"Etruria"*, el cual, pocos minutos después, dio vuelta sobre sí mismo y moviéndose, primero lentamente, después rápido, tomó la ruta hacia Irlanda; llegó la mañana siguiente a la ciudad de Cork, donde se detuvo sólo una media hora para tomar pasajeros, verduras y fruta, y luego inmediatamente prosiguió, y así en pocas horas nos hallamos en alta mar. Mis dos compañeras se hallaban muy bien; pero, después de la colación del día 24, comenzaron a sentirse mal del estómago, y tras breve tiempo debieron bajar a la cabina; durante todo el día estuvieron mareadas. Comenzó primero la M. Flora, quien en verdad creía morirse; y luego la siguió M. Albertina;

las envié a la cama a las dos y ya no hubo cómo hacerlas levantar más; sólo esta mañana hacia las once se levantaron y parece que comienzan a adueñarse del mar.

25 – Hoy las dos buenas Hermanitas, convencidas de que el mar estaba bien, se esforzaron por levantarse, y al llegar al aire libre, en cubierta se sintieron mejor. El mar no está malo, pero sí un poco encrespado, y produce un roleo y un cabeceo que en verdad fastidian, en especial a quien no está acostumbrado y a quien no goza del mar a semejanza de los peces, como yo. Yo estoy mejor cuando hay un poco de movimiento y parece que la borrasca me diera un poco más de apetito. Dios sea bendito que da la lana, según la estación. Me hizo Misionera, y en la bondad de si divino Corazón, ha querido confiarme a las Misiones lejanas; y he aquí que, aunque con poca salud, me concede, empero, la gracia tan hermosa de hallarme bien en el mar.

Pero mientras tanto, yo me transporto en espíritu cerca de ustedes, alegrándome mucho al verlas recogidas en los Santos Ejercicios espirituales. "Llevaré a mi amada a la soledad, y allí le hablaré al corazón". ¡Dichosas ustedes, oh hijas muy queridas, que ahora oís la voz de vuestro Amado, quien siempre las hace apreciar más y más la sublimidad del estado religioso, al cual han sido llamadas, por pura bondad del Sagrado Corazón de Jesús! ¡Oh! Sí, la Misionera del Sagrado Corazón de Jesús lleva el sello de Dios y da a conocer a todos que su elección a este estado de perfección, viene de la gracia y no de la naturaleza. En ella resplandece con luz clara el sello sobrenatural, con el cual ha sido señalada por su Esposo muy amante. Sí, oh hijas, vuestra vocación es sobrenatural por la elección a un estado superior a la naturaleza; por el llamado a una vida de perfección, por su destino a una vida de sacrificio y al ejercicio heroico de las obras de caridad, y por su fin, que es la gloria de Dios, el solo deseo de Dios, su divina voluntad, la expansión del reino de Jesucristo; de manera que el lema luminoso y glorioso de la Misionera del Sagrado Corazón es siempre y en todas partes: "Todo a la mayor gloria del Corazón Sacratísimo de Jesús" y en las dificultades: *"Omnia possum in Eo qui me confortat"*. Aprecien, pues, cada vez más el don sublime que Dios les ha hecho llamándolas a la Religión. Él solamente, el Señor elige, llama y destina a sus criaturas al noble estado, a la alta dignidad de llegar a ser sus Esposas; sí sólo Dios por su bondad divina, elige para su gloria a una débil y frágil criatura. No, no es la naturaleza la que puede presumir dones de gracia y sobrenaturales, pero es la bondad y la benignidad del Señor la que eleva

la naturaleza a una vida celestial; no es la naturaleza la que se hace superior a sus fuerzas pero es la gracia divina que se pliega y se baja hasta las miserias humanas; y de esta manera, mientras se manifiesta la absoluta autoridad de Dios sobre nosotras, se pone de relieve más aún su infinita misericordia y bondad al elevarnos a nosotras, pobres criaturas humanas, hasta el consorcio divino. Hijas queridas, es la sola dignación de inefable de Dios la que robustece nuestro frágil barro, lo purifica y lo hace idóneo para ser precioso instrumento de la Casa religiosa y en su Iglesia, primero militante y después triunfante.

Al final del retiro tendrán la hermosa dicha de hacer la renovación de vuestros votos. Esta renovación es una nueva protesta del ofrecimiento sincero y generoso, que hemos hecho de nosotras mismas a nuestro querido y celestial Esposo divino; y es como una complacencia de habernos dedicado y consagrado a Él. Renovar los votos es como renovar la profesión, esto es ofrecer al Señor nuevos frutos de un mismo árbol, y quemar en el mismo altar de nuestros corazones, nuevos granos de incienso, en olor de suavidad a su divino Corazón. Con la renovación nos confirmamos en el bien; nos enfervorizamos en la piedad y en la devoción; nos hacemos más fáciles en el desempeño de nuestros deberes; nos estrechamos más fuertemente con al amabilísimo Corazón de Jesús; amamos con mayor ternura el Instituto, al cual hemos sido llamadas; y nos sentimos incitadas a demostrarnos sus verdaderas hijas, como aquéllas que deben honrar a la propia Madre. La renovación trae a la mente los inmensos beneficios recibidos, y nos enriquece con nuevas gracias, con nuevas bendiciones y con nuevos méritos. Con la renovación de los votos se borran en nosotras los defectos, las negligencias, las omisiones, y todas las imperfecciones cometidas, sea contra los votos o sea contra las Reglas. Antes bien, no sólo borra y destruye en nosotras las manchas, sino que da vigor en los actos de todas las virtudes. ¡Oh!, ¡cuán inmensos beneficios nos proporciona la renovación de los votos! Hagámosla, pues, con gran fervor de espíritu, porque es para nosotras como celestial lluvia que desciende a nuestros corazones, lavándolos, purificándolos, vigorizándolos, haciendo germinar en nosotras todas las virtudes. Cada vez que renuevan los votos, es como si hiciesen entonces la santa Profesión, acrecentando repetidamente la gloria de Dios y vuestro mérito. Las obras, que pertenecen inmediatamente a Dios, nunca envejecen, antes siempre revisten el carácter de la novedad; ellas son siempre nuevas, siempre verdes, siempre perfumadas, y nuestro amantísimo Señor, en su infinita

bondad, las vuelve a mirar con la misma complacencia, como la primera vez que se hicieron. En las obras Él considera nuestra voluntad, siempre firme, siempre constante, siempre perseverante en servirlo con fidelidad hasta la muerte, justamente como prometimos en el día de la Profesión. Por lo tanto, el buen Jesús, tan amante de nuestras almas, todos los actos, así externos como internos, que hacemos al confirmar nuestros votos, los valora como otras tantas nuevas Profesiones. Como Dios castiga y pena todo pensamiento o acción mala, así aprueba y premia todo acto bueno, interno o externo, que nosotras hacemos. Cuánto entonces, oh queridas hijas, nos debe animar esto para renovar con frecuencia el acto de nuestra total consagración a Dios, o por lo menos cada vez que recibimos la Santa Comunión.

¡Cuánto aprovecha recordar nuestra primera Profesión, hecha después de los años del Noviciado! ¿Se recuerdan? ¡Qué hermoso fue aquel día! Era justamente el día del Señor: *"Haec dies quam fecit Dominus; exultemus et laetemur in ea"*. Entonces hemos probado cuán bello y glorioso es consagrarse al Señor, a ese amado Jesús que nos había elegido desde tanto tiempo. Hemos gustado las dulzuras inefables de la vida religiosa; nuestra alma fue colmada de carismas y recibió como un nuevo bautismo, todo encendido en un fuego divino. El gozo del Espíritu Santo, que ya abundantemente nos había alegrado en el hermoso día de la Confirmación, copiosamente se expandió para llenar de celestial gozo nuestro corazón. En aquel día solemne e inolvidable bebimos a largos sorbos en las fuentes perennes de las Santísimas Llagas del Divino Redentor; descendieron los cielos y se acercaron a la tierra; el Cordero divino, en la extrema bondad de su Divino Corazón exultó de alegría al celebrar con nosotras las místicas bodas. Recuerden siempre, oh hijas muy queridas, que nuestro desposorio con Jesús fue obra del Espíritu Santo; Él nos estrechó con nuestro amado Jesús, en el acto de emitir nuestros votos religiosos. Entonces nos sentimos elevadas a una nueva altura de conocimiento y de amor hacia nuestro amado Jesús; los libros de la Sabiduría encarnada se abrieron para nuestros ojos intelectuales, y comprendimos entonces nuevas verdades, nuevas doctrinas acerca de nuestra vocación religiosa, nuestra misión y nuestra predestinación a la gloria, mediante la observancia de los votos religiosos. Pusimos entonces los pies en la tierra de promisión; la gracia divina nos abrió sus tesoros y hubimos de parte de nuestro amantísimo Esposo plena facultad para enriquecernos a nuestro placer. Regenerados en ese día santo y bendito para nueva vida, como por una onda celestial,

fuimos purificadas, santificadas, reformadas por la gracia divina, resultando como unas nuevas criaturas, vivientes imágenes de nuestro sumo Creador; en una palabra, en ese memorable día, fuimos como señaladas por el dedo de Dios, cual heredad y propiedad por completo y para siempre suya. ¡Oh día grande!, ¡día inefable! *¡Cantemus Domino!* ¿Pero cuáles méritos teníamos nosotras para entrar en la Casa de Dios? O más bien, ¿cuántos méritos no estaban contra nosotras, para que justamente fuéramos excluidas? Y sin embargo el buen Jesús no se fijó en nuestra indignidad, sino que atendió sólo a su infinita bondad. Él nos amaba en verdad mucho y nos hizo gran favor introduciéndonos en su santa Casa, haciéndonos participantes de todos sus tesoros.

¿Se recuerdan, hijas, de la visión de Jacob? Mientras peregrinaba vio una escala, que desde la tierra, en donde descansaba, llegaba al cielo, y los ángeles subían y bajaban por ella; y él, despertándose, exclamó: "¿No es este lugar sino la Casa de Dios y la puerta del Cielo, y yo lo ignoraba?" Y bien, con mayor razón que Jacob podremos decir: "Aquí en nuestro Instituto está la casa de Dios y la puerta del Cielo". ¡Qué alegría, qué alegría habitar en la misma casa de Dios! Ésta es para nosotras la antecámara del Paraíso. El paso de la comunidad al Cielo es brevísimo. Oh, sí, dichosas y mil veces dichosas todas las que habitan en la casa del Padre celestial, porque lo alabarán y lo glorificarán por todos los siglos. Nuestra Casa religiosa es ahora santa; santa, porque fue consagrada a Dios, como propiedad de la Iglesia; santa, porque vive y habita nuestro Dios en el Sacramento; santa por la profesión de los santos votos que hicimos; santa, porque se observan las Reglas; y santa por todo el tenor de vida perseverante, que allí se guarda.

Mas, recuerden, dilectas hijas, que no basta habitar en tierra santa, para que se las pueda llamar santas, sino que es necesario vivir como santos, según la observancia y en el actual ejercicio de las virtudes todas. Es verdad, hijas, que no se puede llamar santo, a quien pertenece a una familia de santos, sino sólo a quien camina por las huellas de los Santos. Nuestro Maestro divino y amantísimo Esposo nos lo dice: "No entrará en el reino de los cielos el que diga: Señor, Señor, sino aquél que haga la voluntad de mi Padre celestial." ¿Y cuál es la voluntad del Padre celestial con relación a nosotras? Es que se cumplan sus deseos, expresados en las santas Reglas, en los votos y en otras obligaciones propias de nuestro Instituto. Si quieren hacerse santas, oh hijas muy queridas, deben estimar mucho las santas Reglas y tener la observancia de las mismas como pre-

cio de vuestra eterna predestinación. Sean vírgenes prudentes, y tengan siempre encendida la lámpara de la fe, la correspondencia a las leyes, que han profesado. Sean fieles, observantes, así en lo mucho como en lo poco, ya que el muy amado Jesús, les tiene preparados incalculables bienes. Llegará un día, oh hijas, en que el buen Jesús se gloriará de ustedes públicamente, en la medida en que ustedes lo glorifiquen públicamente, ante la comunidad, con la exacta observancia regular. Las hará, como premio, dueñas de sus gracias, y podrán disponer a vuestro gusto, de cuáles y de cuántas quieran, y entrarán en el gozo de sus consuelos.

Tengan siempre presente, oh hijas, que las santas Reglas constituyen un precioso regalo, que el amante Jesús dona a su Esposa para que crezca de continuo en méritos y en virtudes; son una mina inagotable de gracias y bendiciones celestiales; son fuente de las cuales manan perennemente las aguas de la vida y de la salud; son místicas cadenas de oro macizo de caridad divina, que cual suaves ligaduras, nos estrechan cada vez más a nuestro muy amado Esposo. En la observancia de las santas Reglas, ustedes hallarán, oh hijas, la fuerza sobrehumana para combatir y vencer a todos sus enemigos, hallarán la paz, la alegría y las espirituales riquezas. Si llegan a ser verdaderamente observantes, podrán con toda razón decir que han hallado todo bien. No en otra cosa, que en las santas Reglas, se contiene vuestra perfección, y por lo tanto en vano buscarán su santificación fuera de este camino que les ha trazado el Espíritu Santo. Tengan presente, que cada punto de las Reglas tiene suma importancia para ustedes, y es por esto que yo siempre les recomiendo que sean muy fieles en la observancia, así de las grandes, como de las reglas pequeñas. La verdadera sierva del Señor, de la mejor manera que sabe y puede, procura cumplir cada ápice de sus Reglas. Recuerden siempre la historia de Sansón, cuya fuerza se hallaba en los cabellos; cuando se los cortó Dalila, se debilitó y cayó miserablemente en manos de sus enemigos. Este hecho les enseña claramente que toda la fuerza de la religiosa se halla justamente en la observancia de las Reglas, aun las más pequeñas, figuradas en los cabellos. Y es por esto que cuando una religiosa olvida o desprecia su observancia, llega a perder su vigor de espíritu, su fuerza, su virtud, y cae entonces en manos de sus enemigos, siempre prontos a causarle ruina.

Si las santas Reglas no obligan por sí, bajo pena de pecado, fuera del caso que se las desprecie, también es verdad que toda trasgresión voluntaria, aunque mínima, es siempre un desorden en la Casa de Dios; es una nueva herida a su observancia santa, una falta de correspondencia a la

gracia divina, una amargura para el Corazón adorabilísimo y dulcísimo de nuestro amable Jesús, y la pérdida de un grado de gracia y de gloria. Buena razón tenía Santa Teresa al recomendar e inculcar a sus hijas la exacta y minuciosa observancia de las santas Reglas y del horario; mientras la religiosa es diligente y observante en todo, no sólo camina hacia la perfección, sino que vuela por la senda del bien y en poco tiempo se enriquece de méritos y de virtud. Sirvan al buen Jesús con gran amor, oh hijas; no descuiden ninguna pequeña observancia, porque, como ya han comprendido bien, las pequeñas observancias son todas preciosas perlas del Paraíso. ¡Ea, por favor!, no pierdan ni una sola. A medida que ustedes se acerquen a Dios, Dios se acercará a ustedes, colmándolas de sus más elegidas gracias y de sus favores.

27 – Hemos llegado ya al día 27; desde esta noche comenzamos el silbido continuado, señal de tupida niebla, por la cual nos hallamos en peligro de encontrarnos con algún buque y de tener una desgracia grande. A pesar de esto, tanto las Hermanas como yo, dormimos tranquilas descansando en el Corazón santísimo de Jesús, que por medio de nuestros Superiores, nos ha ordenado viajar, asegurándonos que Él será nuestro piloto, nuestra guía y el seguro asilo. A las siete y media dejamos la cabina; y ya que, por la humedad y la gran neblina, no se podía estar en cubierta, nos fuimos al salón de música, a cumplir cada una con su deber, esto es la M. Flora a pintar una tarjeta para el Comandante, tan gentil y atento con nosotras; la M. Albertina a escribir algunos apuntes de música y a repasar algunos trozos, y yo a terminar de escribir, hablándoles a ustedes, mis amadas hijas, acerca de la santa observancia, que las hará santas y dichosas. El sol, de tanto en tanto, trata de superar la neblina, pero ésta es tan cerrada, que lo vence en verdad, como nosotras cuando, llevadas por nuestras pasiones, que son como niebla compacta, tenemos el entendimiento oscurecido, y ya no vemos el sol de justicia, que nos quiere salvar del peligro.

A las nueve fuimos a la mesa para la colación, y al Comandante, el cual siempre va cuando nosotras vamos, no se lo vio aparecer esta mañana, ya que el pobre ha de estar sobre el puente de comando para dirigir la nave personalmente, en este momento de grave peligro; y quizá no vendrá tampoco para el almuerzo, porque ya estamos hacia mediodía y la niebla, en lugar de esfumarse, parece que se torna aún más cerrada. Entre los cuatrocientos pasajeros hay cierto Valdobrandi, turista de profesión, que viaja en compañía de personas americanas, las cuales han dado la vuelta

por Europa. Es un eximio señor, y como viera que comemos poco, quiere ser nuestro intérprete, y cada día toma el menú y se acerca a traducirnos los nombres de los diversos platos apara animarnos a tomar de todo. Hay también un doctor italiano de Bolonia, un señor Cucchi; pero éste más bien que animarnos, tiene necesidad de ser animado él, porque sufre el mareo y tiene mucho miedo. Es digno de compasión porque es aún muy joven; él viaja por comisión de una sociedad boloñesa de médicos, y va a los trópicos para estudiar las enfermedades de aquellos países. El pobrecito hacía dos días que no comía, pero ahora, animado por el señor Valdobrandi y por nosotras, se ha hecho fuerte y comienza a hallarse mejor.

28 – Esta mañana hemos hallado un poco de niebla, pero no duró mucho; el sol pronto la venció y ahora gozamos de un hermosísimo día. El mar está tranquilo, parece un lago. Ayer la niebla era pertinaz; hoy pronto ha cedido, y nosotras sacamos como consecuencia para meditar cómo un alma dócil pronto se deja vencer de la gracia de Dios, del Sol de justicia, mientras un alma indócil resiste a las gracias más hermosas, se vuelve tétrica y vive en medio de grandes peligros. Dichosas ustedes, oh hijas, que están animadas por el espíritu de obediencia, porque esta preciosa virtud hace que sea seguro vuestro camino. En la obediencia no hay errores o engaños, ni ilusiones, ni tinieblas, ni niebla, no, no; en la obediencia todo es luz, esplendor, gracia, salud, paz y gozo. Amen, ¡ea!, amen, oh hijas, la obediencia y recuerden que la verdadera religiosa siempre y en todas las cosas es obediente; ella no sabe qué es una dilación, ni posterga para mañana lo que le ha sido mandado, sino que está siempre atenta a cuanto le sea ordenado. Luego la verdadera obediente ejecuta integralmente la orden recibida; no hace parte de la obra, sino entera y completamente; no ofrece la mitad o parte de la víctima a su Esposo celestial, sino por completo; y de esta manera su sacrificio sube siempre agradable al Cielo, como suave perfume. En verdad, es un espectáculo propio del Paraíso ver a la religiosa que cumple la obediencia con alegría, con pleno ánimo y con gozo; mientras por el contrario, causa pena cuando, por desgracia, se ve a alguna que obedece suspirando, profiriendo lamentos y presentando dificultades.

La buena religiosa se conforma perfectamente con su propia Superiora y con el juicio de la misma. Se conforma con su voluntad, queriendo sólo aquello que la Madre quiere; con su juicio, pensando y juzgando como la Madre piensa y juzga, de tal manera que el entendimiento y el juicio de la buena religiosa estén en todo conforme con el entendimiento y el juicio

de la Superiora, en cuanto la piadosa voluntad puede doblar al entendimiento, como observa San Ignacio, en las cosas que por sí mismas no son evidentes. Ustedes, hijas mías, todas desean llegar a ser perfectas y santas; he aquí la senda breve y segura: estén decididas a darse con prontitud al ejercicio de la obediencia. No miren jamás, ni consideren las cualidades, las dotes y los modales de la Superiora, pues entonces cambiarían la obediencia divina en humana; miren en la Superiora sólo la autoridad de Dios. Dichosas ustedes, hijas, si saben conseguir de Dios el verdadero espíritu de obediencia; y para merecer esta bella gracia, hagan de su parte todo lo que puedan. Obedezcan pronta y exactamente, no sólo a quien es mayor que ustedes, sino que voluntariamente obedezcan aun a sus iguales e inferiores. Si trabajan, si están en la mesa, si están en el recreo, hagan todo con espíritu de santa obediencia, procurando en todo buscar la abnegación de su voluntad y la conformidad a aquélla de vuestro amable Esposo, quien está continuamente mirando lo que ustedes hacen por amor a Él y la manera como todo lo llevan a cabo. Si hicieren todo con espíritu de santa obediencia, darán siempre nuevo esplendor a las obras, aun las más comunes, que hagan en la comunidad, porque la obediencia, con la cual acompañan toda obra, es siempre mejor que la misma obra.

Los grandes del siglo, oh hijas, tienen sus escudos, en los cuales se recuerda su ilustre abolengo o alguna acción gloriosa; y yo quisiera que en el escudo de la Misionera del Sagrado Corazón de Jesús estuviesen escritas con claras letras, aquellas hermosas y verdaderamente gloriosas palabras que Jesús repetía de sí mismo: *"Ego, quae placita sunt Ei, facio semper" (Yo me complazco siempre en hacer lo que Él quiere)*. ¡Obediencia!... ¡palabra revelada, rayo de viva luz, que del Padre de las luces desciende sobre nosotras, manifestación hecha a nosotras de la voluntad divina! Dios hace lo que quiere con las almas obedientes; ellas son las delicias de su adorabilísimo y dulcísimo Corazón. Dios comunica con agrado a las almas obedientes sus luces, sus dones, sus preciosísimas gracias; sobre ellas hace brillar los resplandores de su rostro y por completo las trueca en alegres y contentas con su suerte. Ustedes, carísimas hijas, como Misioneras tienen necesidad de hacerse idóneas para ganar muchas almas al Corazón de Jesús; y bien procuren adquirir el verdadero espíritu de obediencia, ya que Jesús, por medio de estas almas, realiza sobre la tierra sus planes sublimes y sus grandes obras. El buen Jesús goza en estar con ellas; y las guía con su sabiduría, las ilumina con su luz, las conforta con su gracia, y las hace dispensadoras de todo su tesoro. Sí, oh hijas, la

que es obediente a Jesús, adquiriendo el verdadero espíritu de obediencia, obtiene que todas las creaturas le sean obedientes a ella, la cual de esa manera, las puede conducir al reino de Jesucristo. Pero yo no acabaría de hablarles del tesoro sagrado del espíritu de obediencia, que las ha de hacer dichosas, mas terminaré inculcándoles que recuerden bien cuanto dice el angélico Santo Tomás: que la obediencia constituye principalmente la persona religiosa, y de los tres votos éste es el primario y principal, ya que con el voto de pobreza se ofrecen al Señor los bienes, con el voto de castidad el propio cuerpo, pero por medio del voto de obediencia se ofrece a Dios todo lo que uno es en sí mismo, lo cual es ciertamente mucho más, pues el alma con sus potencias es sin comparación más excelente y más noble que las riquezas y que el cuerpo. Logren el triunfo, oh hijas, pero ¿en qué manera? Siendo verdaderamente obedientes, porque las almas obedientes cantan siempre victoria contra todos sus enemigos.

Nos hallamos en las horas de la tarde del día 28; el mar cada vez parece más hermoso, y mis dos compañeras están encantadas. Algunos delfines siguen al buque y causan alegría. Algunas señoras pidieron a la M. Albertina que tocara algunos trozos, y como las complaciera, ellas luego vinieron a saludarnos, diciendo que habíamos hecho una hermosa y gran cosa, desmintiendo a algunos protestantes, que dicen ser los católicos sólo huraños y nada sociables. Una señora inglesa, protestante, buena escritora, según dicen, y corresponsal de la *"Tribune"* inglesa, que tiene casa en Chicago, conmovida de haber visto a la Hermana tocar para alegrar a los acompañantes, vino a hablar con nosotras, y pasando de un tema a otro, manifestó deseo secreto del catolicismo, y dijo que deseaba escribir mucho hasta que haya visto a la religión anglicana trocada en católica y a la nación inglesa en lo que fue en un tiempo, la nación que dio a la Iglesia el mayor número de reyes santos. La expresión en verdad es un poco rara, pero la señora es muy inteligente y si trabaja en buen sentido, podrá verdaderamente hacer bien. Pidió nuestra dirección en Roma y dijo, que al volver a Italia, desearía ir a visitarnos y ponerse en relación con algún eclesiástico para dar a conocer su trabajo e instruirse cada vez más en la religión católica. Si el amable Corazón de Jesús nos bendijera tanto que nos regalara semejante conversión, ciertamente habrían sido bien sobrellevados los sufrimientos de este viaje por el mar. Al Corazón Sagrado de mi dulce Jesús nada es imposible; Él es el dueño de los corazones, y los puede mudar de un momento a otro, como hizo con el gran Padre y Doctor de la Iglesia, San Agustín, a quien hoy honramos.

XV

EN LA INAUGURACIÓN DE UNA CASA DE LAS MISIONERAS DEL S. CORAZÓN EN DENVER

A. M. G. SS. C. J.

Denver, Colorado, noviembre 18 de 1902

Mi muy queridas Hijas:

Ayer, en presencia del Excmo. Obispo de Denver, de muchos Sacerdotes, de varios Padres de la Compañía de Jesús, y de mucha concurrencia entre la cual se hallaba la flor de la colonia italiana, tuvo lugar la inauguración solemne de nuestra Misión en esta capital del Colorado, y bendijo Su Excelencia la escuela fundada recientemente por nosotras para los italianos de esta ciudad.

Hace algunos meses el benemérito Obispo Monseñor Matz se encontró con algunas Hermanas nuestras y, en conocimiento, por ellas, del espíritu y del trabajo de nuestro Instituto, se sintió muy inclinado a que se hiciera una fundación nuestra en Denver; y me formuló el pedido inmediatamente, acompañando su solicitud con exhortaciones tan urgentes y exponiendo todo el bien que podría realizar el Instituto, la necesidad de nuestra obra en aquella región, el vasto campo, como él lo llamaba, que las Misioneras hallarían para ejercer su celo, y todo esto con palabras y súplicas tan fervorosas, que hubiera sido difícil rehusarse.

Conocía las condiciones de la tierra, la que en pocos años se ha desarrollado tan grandemente, y hallaba justas las afirmaciones de Su Ex-

celencia, no teniendo jamás ánimo para rehusarme cuando la labor del Instituto es solicitada a fin de procurar la mayor gloria del Corazón Sacratísimo de Jesús. Después de maduras consideraciones, me pareció bien satisfacer al Excelentísimo Prelado, y aquí vinimos, hace pocas semanas, para esta nueva fundación, la cual tuvo ayer pública y solemnemente, la sanción y la bendición del buen Pastor que la ha deseado.

Al venir a esta ciudad las Hermanas hallaron en verdad vasto campo de acción. Aun cuando nuestra obra se extienda a todos, sin distinción de nacionalidades, sin embargo el número muy grande de italianos, que aquí se encuentran, la torna aún más necesaria y amplia. Es indispensable una escuela para impedir que nuestros niños católicos frecuenten las escuelas públicas, con lo cual quedarían privados de educación cristiana, que tan sólo reciben en la escuela parroquial. Además de los niños, que crecen en este abandono, muchos adultos viven completamente dedicados a conseguir ganancias temporales, olvidándose de sus propias almas. Hay jóvenes de los dos sexos que se acercan a los treinta años, sin haber hecho la primera Comunión, matrimonios sin la bendición del Sacerdote, niños sin bautismo. Además, en las montañas se hallan centenares de trabajadores, oprimidos por la labor, que lejos de la Iglesia, donde rara vez se celebra la Santa Misa, hace años y años que no se acercan a los Sacramentos; pero se encuentran en tan buenas disposiciones, que hacen creer en la sola necesidad de ser cultivados, para que, yendo a ellos con la cariad de Cristo, que sabe darse a todos, de quien los exhorta a volver hacia Dios.

No se tardará mucho en ver preparar a las Hermanas aquellas hermosas y consoladoras funciones, de que gozan en la Luisiana y en otros Estados, después de haber catequizado a esos pobres campesinos para recibir, quizá en una pobre casita, quizá bajo un árbol, un pequeño altar, cuyo baldaquino es el cielo, los adornos las bellezas de la naturaleza; y allí, en medio de tanta pobreza, Jesús obediente a la palabra del Sacerdote, desciende a los corazones de aquella gente, tan querida por Él, que ama a los sencillos. Otras veces es el mismo Obispo quien, en este inmenso templo formado por la naturaleza, teniendo por silla el tronco de un árbol y por alfombra el musgo húmedo de la montaña o el verde prado aún mojado por el rocío, administra la Confirmación a sus hijos, a quienes sonríe desde el Cielo el buen Dios.

Para iniciar nuestra labor abrimos inmediatamente la escuela, a la cual acudieron el primer día doscientos niños; y ayer tuvimos el consuelo de

verla bendecida por el buen Pastor de Denver. Es éste un digno Prelado, según el Corazón de Dios, todo caridad, todo celo, hasta el sacrificio, por el bien de las almas a él confiadas. El Corazón Santísimo de Jesús le ha inspirado tanta confianza en la obra de las Misioneras y tanto afecto hacia ellas, que nosotras sentimos haber hallado en él a un buen Padre, que siempre nos ayudará, secundará nuestros esfuerzos y nos dará nuevos medios para hacer el bien.

Como buen padre que es, él mismo manifestó el deseo de bendecir a nuestros niños. Hubimos, pues, que preparar una recepción a Su Excelencia. Es fácil de imaginar con cuánto amor se dispusieron a rendir este tributo de gratitud al buen Obispo. Todo pareció llevadero; la brevedad del tiempo disponible, las dificultades de pulir, por así decir, estas hermosas piedras de nuestras montañas, nuestros queridos niños, en quienes ciertamente se ocultan gemas de buena calidad, pero que por ahora son aún rudos e incultos. Hemos de confesar que ellos nos sorprendieron por la viveza de sus inteligencias, la docilidad y la bondad natural junto con la más hermosa sencillez.

Trabajaron los niños con todo entusiasmo durante una semana, con creciente actividad, aguardando ese día; y era hermoso espectáculo verlos llegar, ayer por la mañana, de todas partes, no preocupados por la nieve, que cual cándido manto cubría la tierra y sobre la cual resplandecía el sol, envueltos en sus vestiditos blancos y llenar el centro de la antigua Iglesia, transformada ahora en escuela. Las dos naves laterales estaban colmadas por sus padres e invitados, mientras estaba preparando en el medio un palco, artísticamente decorado con los colores del Papa; en medio del mismo se destacaba la venerada imagen de nuestro inmortal Pontífice. ¿Cómo podría faltar en toda reunión y fiesta nuestra la figura de Aquél cuyo recuerdo está tan vivo en mi corazón y en el de todas mis hijas, de Aquél que es el protector de nuestro Instituto, nuestro buen Padre que tanto nos ama, que con su bendición fecunda nuestras fatigas, en cuyo nombre y por cuya orden me siento capaz de emprenderlo todo, con la certeza de que, apoyada en la firme roca del Vaticano, nada he de temer, antes bien con esta protección tengo una prenda del favor divino?... El nombre del Santo Padre está siempre y debe estar siempre en los labios de las Misioneras, a fin de que todos aprendan de ellas a conocerlo y a venerarlo, como lo hacen ahora, después de nuestra llegada, estos pueblos que forman parte querida de su grey.

Volviendo a nosotras, el espectáculo era nuevo para los italianos de esta ciudad y veíamos resplandecer en todos la más franca alegría; desde el Párroco que, con rostro sonriente, se movía en medio de sus parroquianos, hasta los buenos Padres Pantanella y Gubitosi, de la Compañía de Jesús, que tanto nos han ayudado en esta fundación, y a los buenos padres, quienes, con modesta sonrisa, ocultaban su orgullo de ver a sus hijos desfilar en buen orden al son de una marcha, y tomar puesto, con una disciplina capaz de competir con la de aquellas alumnas nuestras, acostumbradas desde mucho tiempo. El salón presentaba un conjunto en verdad hermoso y consolador, y me parecían ya los frutos, primicias de una misión que se desenvolverá, no tengo duda, fecundándola el Santísimo Corazón de Jesús.

Pocos minutos antes de las diez los repetidos toques de la campana anunciaban que el Obispo, desde nuestra Casa, a donde había querido bondadosamente venir a visitarnos, se acercaba a la escuela. En pocos minutos el carruaje se halló en la puerta y, acompañado de Sacerdotes, nuestro buen Pastor hizo su entrada. Con paso lento, con rostro sonriente, impregnado de la más dulce bondad, entró saludando a los niños en el idioma de sus padres, nuestra lengua italiana que habla bien, como también bien habla el inglés, el alemán, el español y el francés. Los niños que estaban preparados para inclinarse profundamente, como corresponde a su alta dignidad, comprendieron al escuchar el dulce y confidencial saludo, que era un padre el que llegaba hasta ellos y lo aclamaron con viva efusión. Como luego confesó el buen Prelado, no esperaba hallar número tan grande de niños y al verlos a todos bajo las alas protectoras de la Santa Madre Iglesia, su corazón se emocionó, lleno de regocijo; comprendió mejor, como él dijo, los sentimientos de Jesús en el día, en que rodeado de niños, pronunció aquellas palabras: "Dejad que los niños vengan a Mí, porque de ellos es el reino de los cielos".

De estas palabras tomó argumento para su discurso, que pronunció apenas terminó la breve academia, en la cual los niños se portaron muy bien, teniendo en cuenta el poco tiempo que llevaban de escuela. En este hermosísimo discurso se reveló el corazón de Su Excelencia en toda su hermosura, al mismo tiempo que daba ocasión de apreciar las dotes no comunes de su inteligencia. En especial al hablar a los italianos presentes, les hizo ver la necesidad de dar una educación católica a la juventud, y les dijo que apreciaran la ventaja que sus hijos obtendrían al ser instruidos, no sólo en el idioma del país, sino también en el de sus pa-

dres, la armoniosa y dulce lengua italiana. Habló de la importancia de saber muchos idiomas, y que un hombre en verdad es, según el decir de un Jesuita, tantas veces hombre, cuantas lenguas sabe. Se extendió en elogios hacia nuestra Italia, patria del genio, del arte y de toda cultura. Alabó mucho el trabajo de nuestros italianos en el exterior, su fuerte y vigoroso temple, la energía con que trabajan y cuanto espera el mundo de ellos. Tuvo palabras de aliento para los niños, alabó con mucha bondad el modo con que actuaron, sus cantos, sus declamaciones, los exhortó a hacer el bien, con esas enseñanzas que un buen Padre puede dar a sus queridos hijos. Tuvo palabras de encomio para el Párroco, animándolo a edificar pronto una nueva escuela, ya que se realizará su profecía de que antes de acabar el año escolástico, tendremos duplicado el número de los alumnos. Luego dirigió la palabra a las Hermanas como un tierno padre puede hacerlo a las hijas, que sabe le son devotas y agradecidas. Les aseguró que, de acuerdo con lo que dijera desde el comienzo, encontrarían inmensa labor, como lo prueban los doscientos niños presentes. Les aseguró su benevolencia, prometiéndoles que nunca amenguaría. Y yo creo firmemente que el Instituto ha hallado en Monseñor Matz no solamente un buen Padre, sino también un celoso cooperador que siempre nos ayudará, secundándolo, facilitando, multiplicando en favor nuestro las ocasiones de gastarnos en favor de nuestros prójimos. Ahora la escuela ha retomado el curso y las Hermanas han comenzado con buen entusiasmo sus misiones por los alrededores.

La diócesis de Denver comprende un territorio muy vasto, siendo la única en el Colorado. El área de este Estado es mayor que la de Italia. Un tercio del terreno es llanura; los otros dos tercios están formados por la región montañosa de las Montañas Rocosas. Ésta es una altísima cadena de montañas, cuyas cimas más altas llegan a los 14.500 pies de altura. Como bien expresa su nombre, son enormes masas de rocas, coloreadas con los más diversos colores del arco iris, que les dan una vista encantadora y las constituyen en una de las mayores bellezas naturales de los Estados Unidos. Quien la contemplase pintadas, con esas enormes masas pendientes como de un hilo, con el ferrocarril serpenteando por las faldas del monte hasta llegar a las más altas cimas, para precipitarse de allí al valle de abajo, y luego correr por muy estrechas gargantas, llamadas cañones, cuyas paredes inaccesibles parecen, por sus colores resplandecientes y sus bonitas formas, los muros de un castillo encantado, supondría que todo sería sólo creación del pincel.

Estos matices sorprendentes están formados por los diversos elementos que componen esas masas. Allí se halla toda clase de metales, entre los cuales abundan el oro, la plata, el cobre y el plomo. El trabajo de las minas constituye casi exclusivamente la industria de esta parte del Estado.

En esas cavidades profundísimas, alejadas de la luz del sol, absorbidos por la intensa labor, sumergidos a veces en el agua hirviente, que mana de las surgentes minerales que allí abundan, pasan su vida muchos millares de mineros. Mientras las compañías amontonan millones, la mayor parte de ellos trabajan con mucha fatiga, a fuerza de golpes, buscando el venero pequeño, que, una vez hallado, ha de ser la fortuna suya y de sus hijos. Con frecuencia, después de años y años de trabajo, apenas una pequeña ganancia es su compensación. Otras veces, hallado el dichoso venero (que así se presenta en verdad en la roca de granito y de cuarzo, por las grietas producidas a causa de las erupciones volcánicas, y en el cual luego el metal volátil se ha transformado y depositado, por el trabajo que ha hecho la naturaleza, en épocas incalculables muy lejanas de la nuestra), faltan los medios para trabajarlo y se vuelven a hallar como en el comienzo. Mientras tanto, todos viven absortos en su trabajo, entregados a obtener con tantas fatigas las ganancias terrenas, y olvidan del buen Dios.

Son dichosos los pueblitos a los cuales va el Sacerdote una vez al mes para celebrar la Santa Misa. Con tanta falta de ayuda espiritual, pueden imaginarse de cuánto socorro hayan menester. Nuestras Hermanas han comenzado a hacer su recorrida. Han llegado hasta la profundidad de 900 pies; fueron bajadas a la mina en un cajón, que apenas podía contenerlas, por una abertura no mayor de un metro cuadrado, hecho en forma oblicua en la roca. El aire que se introduce por una cavidad hacía posible la respiración. Otras veces han recorrido muchos kilómetros en estrechas galerías, a la misma profundidad, para llevar una buena palabra a aquellos pobrecitos y recordarles las verdades eternas. No es difícil conmoverlos con la consideración del infierno, cuando esos antros tenebrosos, en donde es difícil la respiración, la luz de pocas candelas de sebo, bien escasa, proporcionan una pálida idea en verdad, frente a la realidad, pero también muy expresiva de lo que son las tinieblas eternas.

Las Hermanas que han ido a estas Misiones, al hacer bien a los demás han encontrado provecho para sí mismas al considerar cuánto hace el mundo para obtener un pequeño lucro temporal y las incita a enfervorizar su celo a fin de obrar para gloria del Sacratísimo Corazón de Jesús

y para la difusión de nuestra Santa Religión. Al trabajar en esta obra de la extensión del Reino de Dios sobre la tierra, no hay necesidad de ir en busca de la mina de oro; toda acción, por mínima que sea, santificada por la intención, y para nosotras por la obediencia, y hecha de acuerdo con el espíritu de nuestro Instituto, es oro purísimo, que se deposita donde no lo pueden arrebatar los ladrones. ¡Oh cuán dichosas son las almas que Dios llama a la religión! Amemos, pues, de corazón nuestra vocación santa, agradezcamos de continuo al buen Jesús que nos ha favorecido con ella y seamos reconocidas a don tan grande, obrando siempre con celo en cualquier campo, al cual nos destine la obediencia, jamás midiendo la amplitud de nuestros sacrificios, antes bien, pensando siempre que hacemos muy poco, y que conoceremos en el gran día la verdad de las palabras de Jesucristo, es decir, son más prudentes los hijos de las tinieblas que los de la luz.

Volviendo a lo que antes decíamos, esta pasión del oro, que absorbe tantas existencias y arruina tantas almas, sin embargo ha venido a beneficiar indirectamente a los habitantes del limítrofe Estado de Utah. Éstos son en gran parte mormones, y, como ustedes quizá sabrán, pertenecen a una secta, que, bajo la especie de religión (creen tener visiones, ser inspirados de lo alto y se llaman a sí mismos los santos de los últimos días) ocultan vicios abominables, entre los cuales el de la poligamia. Como no son tolerados en los otros Estados de la Unión, por sí mismos se han apartado en el de Utah. Mas la Providencia, que nunca deja de beneficiar a sus hijos, y movida por las plegarias que en su favor hacen las almas buenas, ha hecho que, atraídos por las esperanzas de ganancias en las vecinas minas del Colorado, conceptuadas ahora más ricas que las de California, ellos se han decidido a lograr los medios para salir del Estado, abandonando su secta. La Ley de los Estados Unidos, lejos de animarlos, condena a los mormones, y les cierra el camino para los altos cargos del Estado. Y cuando hubo quien con engaño pudo abrirse paso hacia una de las sillas de la más alta Asamblea de la nación, se levantó un grito general de indignación, en medio del cual la voz más alta y respetada fue la de las damas, que se rebelaron al solo pensamiento de tanta degradación, viéndose ofendidas, de esa manera, en los derechos más sagrados y celosos, que les ha asegurado el Cristianismo.

El que es fiel a Dios, es fiel a la patria y a la familia; y a medida que el santo temor de Dios anime a los ciudadanos de aquella nación, tanto será más grande y respetada. Además, como se dice que las naciones se

forman sobre las rodillas de la madre, cuanta mayor veneración se tenga a la familia, y cuanto ella se asemeje más a aquel modelo sublime, que tenemos en Aquella, la cual, al reparar los daños ocasionados por Eva, elevó los destinos de la humanidad, tanto más grandes serán las futuras generaciones y en esta manera acrecentarán la gloria y la prosperidad de la patria.

Estos principios, ustedes, oh Hijas, deben enseñarlos en vuestras escuelas, porque ustedes, como educadoras, tienen la obligación de formar no sólo buenos cristianos para Dios, sino también buenos ciudadanos para la patria, que todas deseamos grande y respetada. Y en esto, además de ustedes, me apoyo en nuestras buenas niñas de Roma, que acuden a la escuela del magisterio y las cuales en breve serán llamadas a instruir a aquéllas que, a su vez, deberán luego educar a otras. Háganles comprender cuán grande sea su misión y cuánto de ellas esperan la Iglesia y la sociedad.

Embebido el mundo en doctrinas erróneas, tiene necesidad de que se le enseñe la sana doctrina; pero ¡cuán arduo es enderezar lo que ha tomado una mala inclinación! En cambio, en vuestras manos está formar una nueva generación, hacer que tome una buena dirección, infundirle aquellos principios, que son buena semilla, la cual por el momento parece estar oculta, pero que, sin duda, dará sus frutos buenos a su debido tiempo. Las impresiones recibidas en la niñez jamás se borran. A ustedes será debido si la juventud, que ahora están educando, al llegar a edad madura, será el decoro de la familia, de la sociedad, del Estado y en especial el honor y el sostén de nuestra Santa Fe. Muchos consuelos ya he recibido de nuestras alumnas del magisterio, y aguardo otros más, segura de que esas buenas niñas obran y obrarán siempre bien.

La labor grande que he hallado en el oeste de los Estados Unidos alargará mi permanencia en estas regiones, más de lo que hubiera creído. Sin embargo, este tiempo no es perdido; acompáñenme ustedes con sus plegarias y sus sacrificios, con lo cual prosperen nuestras obras y nos sea concedido lograr mucha gloria para el Santísimo Corazón de Jesús. Que si todos tenemos la obligación de amar y reparar a este amante Corazón, cuyos latidos fueron tan sólo de amor hacia nosotros, ¿cuánto más obligada estará la Misionera que toma el nombre de Él mismo, y que como tal, ha sido elegida por Él, con amor de predilección, para imitarlo al promover sus intereses? Reconozcamos toda la grandeza de nuestra vocación.

Cuidemos de no hacernos indignas para lo cual no pongamos límites a nuestro amor, a nuestros sacrificios por Jesús, ya que la Misionera jamás dice basta, ni retrocede ante las dificultades; pues no pudiendo nada por sí misma, sabe que todo lo puede en Jesús y tiene como divisa: " Todo lo puedo en Aquél que me conforta". Crezcan, pues, en virtud, día a día, siempre conforme al espíritu de vuestro Instituto, y baje la bendición de Jesús sobre todas ustedes y las multiplique, ya que la necesidad es grande, la mies copiosa, y los operarios pocos en número. Pasan los días, las almas se precipitan en el infierno, la muerte se halla más cerca de lo que creemos, y con ella terminará el tiempo, en el cual nos será concedido trabajar.

Mientras haya tiempo, trabajen, pues, con energía, con entusiasmo, y especialmente con espíritu de sacrificio, pues esto es lo que hace la Misionera; esto hace violencia al Sacratísimo Corazón de Jesús, y le arranca preciosas gracias para las almas más duras y obstinadas en resistir a su amor. Trabajen con ese espíritu apostólico que ofrece todo, acciones, plegarias, sacrificios para la conversión de las almas. Y luego busquen entre las personas conocidas, sobre todo entre las que sienten el deseo de hacer algo para la gloria de Dios, almas buenas que sean colaboradoras, prestándonos socorros materiales para nuestras Misiones. San Pablo, en su carta a los filipenses, asegura su predilección hacia ellos por la generosidad con que lo socorrían con sus limosnas, y los llama sus colaboradores en la difusión del evangelio. ¡Cuántas hermosas almas hay en el mundo, cuyo corazón, todo entusiasmo, todo celo y amor de Dios, al reflexionar acerca de tantas almas que se pierden, quisieran hacer algo para salvarlas! Como no pueden, por su estado, consagrarse a esta obra grande de apostolado, con sentimientos de tristeza, repiten: ¡Oh si pudiera! Y acaso todo termina con este lamento. Enséñenles que sin dejar su patria, sin descuidar los deberes de su estado, pueden ser reales Misioneras del Sagrado Corazón, y de aquéllas que se presentarán un día en el Cielo seguidas por una multitud innumerable de almas salvadas por su intermedio. ¿Y cómo?

El primer medio es la plegaria. Así Santa Teresa ayudaba al gran Apóstol de las Indias, San Francisco Javier, orando y sacrificándose en la soledad y en el silencio de su celda. El segundo medio es ayudar con sus limosnas a las Misiones encomendadas al Instituto. Vean, Dios juzga de las cosas, muy diferente de lo que hace el mundo. El mundo ve tan sólo las apariencias, y con frecuencia prodiga honores y gloria a quienes no lo han merecido. En cambio Dios, que todo lo ve, hasta nuestros pensa-

mientos más ocultos, sabe buscar el origen de aquella pequeña moneda con la cual se ha podido hacer el bien, y por lo tanto es la verdadera y primera autora de la buena obra, que se hace por medio de la Misionera del Sagrado Corazón, en lejanas tierras. Lo que se da a la Misionera se da a Dios, porque se da por su amor en beneficio de sus hijos los más pobres y abandonados. Si es dulce privarse para hacer una donación, cuánto más consolador ha de ser donar a Dios, de quien tanto hemos recibido y que ciertamente no se dejará vencer en generosidad: ¡Él es tan bueno y munificente! Quiebran las bancas, los ladrones roban las propiedades, la carcoma y el granizo destruyen y disipan lo que se posee; pero el dinero dado a Dios se deposita en el erario divino, en donde rinde el ciento por uno.

Continúen, Hijas mías muy amadas, procurando la mayor gloria al Santísimo Corazón de Jesús, en el cual las dejo, para que a todas las encienda en su santo amor.

Aff.ma Madre en el SS.C.de J.

M. Francisca Javier Cabrini

XVI

DE RÍO DE JANEIRO A NUEVA YORK

A la vista de Bahía (San Salvador), 25 de febrero de 1909

Carísimas hijas mías, estamos a la vista de Bahía[30] y empiezo a darles algunas noticias, como es su deseo.

Bien se ve que sus oraciones fervorosas nos acompañan y nos son verdaderamente propicias, porque no podía hacer mejor tiempo.

Parece como si el mar fuera una taza de leche, donde se refleja delicadamente el azul del cielo; la temperatura es fresca como si estuviéramos en primavera, y sopla un aire algo más fuerte que el céfiro, que parece que nos purifica y nos abre el apetito. En fin, hasta ahora el viaje es tal cual ustedes me lo desean. La única nota menos grata es que el capitán nos ha sentado junto a sí en la mesa para tratarnos mejor, cuando yo en una esquina habría gozado de mayor libertad; pero él es muy campechano, también a esto nos hemos acostumbrado.

Mujeres sólo somos cinco; todos los demás hombres, *businessmen*, y, por tanto, todos serios y respetuosos.

A mediodía estaremos en Bahía; si nos paramos veinticuatro horas, entonces mañana por la mañana intentaremos ir a tomar la Sagrada Comunión; si no, ayuno perfecto, pues de sacerdotes aquí ni las trazas.

El retiro que se acostumbra hacer a principios de la cuaresma caldea el amor de Jesús en las almas religiosas, y yo soy muy feliz pensando que todas ustedes se habrán formado, de manera que a cada momento estarán

(30) Bahía: Capital del estado de Bahía, situada en la ensenada más segura de toda la costa brasileña, llamada por Américo Vespucio "Bahía de todos los Santos". Ahora se la llama más comúnmente San Salvador.

procurando agradar a su amantísimo Esposo y tratando de que, santificándose con especiales mortificaciones todos los días santos de la cuaresma, lleguen al próximo retiro de la Semana Santa para resucitar de tal modo en Cristo, que vivamos en lo sucesivo una vida verdaderamente perfecta y digna del hermoso y glorioso nombre que llevan.

Ánimo siempre, hijas mías carísimas, en vencerse a ustedes mismas, en dominar su humor e inclinaciones; piensen que el tiempo vuela, la vida es breve y la eternidad, donde se recoge cuanto se ha sembrado es eterna. Estén satisfechas el día en que se hayan vencido a ustedes mismas.

Las dejo, con un vivo sentimiento de gratitud por la solicitud con que han procurado tenerme contenta mientras estaba con ustedes. Las tengo continuamente presentes a cada una de ustedes, y la bondad de sus corazónes es para mí, hijas mías, un gran consuelo.

Jesús las bendiga y las acompañe siempre, y conceda a cada una de ustedes un gran impulso para alcanzar la santidad de su sublime estado.

Devotísima en el Corazón de Jesús,
M. FRANCISCA JAVIER CABRINI

Carísimas hijas mías[31], se ve que son constantes en sus oraciones, porque el viaje no podía ser más hermoso.

El mar está tranquilo, sereno el cielo, menos cuando algún aguacero viene a romper la monotonía. Las nubes, que juguetean suavemente en el horizonte, parece que vinieran a señalarnos a los santos a los que están rezando, y un día vimos incluso a San José que bendecía el mar para domar sus olas, y entonces casi llegamos a pensar que estaban haciendo el Via Crucis a San José.

Recibí de ustedes el telegrama en Bahía, donde paramos algunas horas, y mañana sábado, día 6, llegaremos a Barbados[32], donde esperamos

(31) La siguiente carta fue escrita durante el mismo viaje.

(32) Barbados: Isla de las Indias Occidentales, avanzada oriental de las Antillas, que ha suscitado mucho interés, puesto que el calcáreo coralino se eleva, en algunos lugares, hasta los 335 metros sobre el nivel del mar, y está rodeada en buena parte por formaciones coralinas vivas. Es un importante lugar de tránsito, centro de irradiación del tráfico entre todas las Indias Occidentales.

poder comulgar, después de tantos días de ayuno, que se nos hace tan cuesta arriba; sólo nos consuela el sentimiento de aquella augusta mujer que, tras dos años de dura prisión, se alegraba y exaltaba diciendo: "Aquí en este pecho se ha posado Jesús, y yo lo siento aún palpitar." ¡Oh cuánta fuerza da la fe viva a las almas generosas que son por ella animadas!

En Bahía subió a bordo un millonario de Nueva York muy alegre. No es católico ni nada – así por lo menos dice él – pero tiene un gran respeto para con nosotras, trata siempre de estar cerca de nosotras y nos divierte con sus relatos útiles y agradables. Yo quisiera que se convirtiera e hiciera algo por nosotras; ayúdenme a rezar por esta intención. Le di al capitán la caja al pasar por el Ecuador; la agradeció mucho y es siempre muy amable y bueno con nosotras, y a menudo se ocupa de que nos traten bien.

Llegaremos a Nueva York con un día de retraso, pero por fin llegaremos. Recomiendo a la Directora, si aún no ha hecho el seguro de la Casa Regina Coeli, que lo haga pronto y esté atenta a cuanto hay que hacer por las dos propiedades.

El buen Jesús las bendiga a todas y cada una de ustedes y les dé la gracia de ser verdaderamente santas y muy santas, que los medios para ello no les faltan.

Bendigo también igualmente a todas las hijas, y todas quiero que crezcan siendo muy buenas, con el verdadero y santo temor de Dios.

En la paz de Jesús, soy de ustedes devotísima en el Corazón Santísimo de Jesús,

M. FRANCISCA JAVIER CABRINI

Cerca de Barbados, 6 de marzo de 1909

XVII

DE NÁPOLES A NUEVA YORK

Hija mía queridísima, me hacías llegada ya desde ayer a Gibraltar, cuando en realidad no llegaremos hasta mañana por la mañana, lunes día 25.

Ayer, primera jornada en el mar, tuvimos dos misas, y hoy domingo tenemos tres, porque celebró también el así llamado Secretario del Papa.

Se celebra a las seis, por lo que tenemos que levantarnos pronto para comulgar, y así tomamos el aire bien de mañana, un aire que nos abre el apetito, y yo como bien y todo, y digiero bien, como si nunca hubiera estado enferma del estómago.

Estos son los milagros del mar, que el buen Dios había dispuesto para mí. Me encuentro verdaderamente bien, estoy completamente curada; quisiera que hubiera terminado ya el viaje para empezar a trabajar, pero hay que tener paciencia, durante ocho días aún, y mientras tanto los huesos y los nervios se robustecen, de forman que duren hasta que sea necesario, o mejor dicho, hasta que Dios quiera.

¡Es tan hermoso abandonarnos a la divina Providencia!

Se queda una tan tranquila, ¿no es verdad? Parece luego que nuestro Señor se deleite en hacer llover sus gracias sobre quienes más se abandonan a Él y parece quiera cerrar la mano sobre aquéllos que son desconfiados y están siempre temerosos.

Abandonémonos, pues, en los brazos de Jesús, que todo lo puede, y más especialmente en las pruebas y en las dificultades.

Hoy el doctor italiano de Emigración vino a conocerme y me presentó al marqués Centurione, y mañana me presentará a otro señor que va también a los Estados Unidos, encargado por Sangiuliano de visitar las obras a favor de los emigrantes; quizá me sirva mucho conocerlo; ¡ojalá!

Yo le hablaré claramente. En general hemos tenido suerte, porque todas las personas son buenas. El capitán, después del regalo de la azalea, ha bajado a ordenar que me den cuanto desee, y así todos son tan atentos que da gusto. En una palabra, es todo cuanto ustedes podían desear. Se los digo de veras; porque yo en el mar no necesito mucho; me encuentro bien, estoy fuerte y con eso me basta; por tanto, lo que pasa de esto, que les sirva de consuelo.

Acompáñenme siempre con sus oraciones, para que, tras un buen viaje, pueda llevar a cabo todo el bien que me he propuesto al iniciarlo.

Saluden de mi parte a todos. Saludo de corazón a todas las Hermanas, y sobre todas imploro la bendición de Dios para que las haga santas.

Jesús te bendiga y te ayude en todo.

Afectísima en el S. Corazón de Jesús,

FRANCISCA JAVIER CABRINI

Mediterráneo, 24 por la tarde 1912

XVIII

CARTA A LAS ALUMNAS DEL INSTITUTO SUPERIOR DEL MAGISTERIO, PUPILAS DE LAS MISIONERAS DEL S. CORAZÓN DE JESÚS, EN ROMA

A.M.G.SS.C.J.

Mis muy queridas Señoritas:

No quiero que termine el año escolar, y vuelvan ustedes a sus familias, sin decirles cuánto he agradecido sus cartas de Navidad y Pascua, y aquéllas que me enviaron después del retiro, que han hecho con tanto fervor durante el carnaval. Sepan ahora que no pueden causarme mayor placer que escribiéndome y teniéndome al tanto de sus estudios, de sus proyectos para el futuro, de sus aspiraciones; porque, si bien, de tiempo en tiempo, la Madre Directora me da a conocer vuestra buena conducta, sin embargo me es agradable leer en vuestras líneas, y aún, dejen que lo diga, entre líneas, el trabajo de la gracias en sus almas; me place contemplar el desarrollo de esos preciosísimos gérmenes de virtud, que, arrojados en vuestras almas, van creciendo en graciosas plantitas, completamente verdes de esperanzas, las cuales un día subirán a perfecta altura y doblarán sus ramos cargados de preciosos frutos. Este interés es consecuencia natural del particular afecto, que les profeso como a hijas predilectas de la gran familia, que el Sacratísimo Corazón de Jesús ha confiado a mis cuidados. Más que terreno, al cual he sido llamada, a una con mis hijas, para arrojar el buen grano de una sólida educación cristiana, yo las considero como cooperadoras nuestras, destinadas a estar asociadas a nosotras en la gran empresa de salvar las almas.

¡Oh, cuán grande, cuán noble, cuán elevada es la misión, que están llamadas a cumplir en el mundo! Nuestro divino Salvador les dirige a uste-

des aquellas palabras que un día dijo a los Apóstoles: "¡Yo os he elegido, no me habéis elegido vosotros!" Consideren un poco conmigo cuánta predilección hay en este llamado: Yo las he elegido, no ustedes me han elegido a Mí. Y en efecto no quiso Él que, durante sus estudios permanecieran expuestas, en la atmósfera envenenada y corrupta del mundo; sino que las ha traído cerca de Él, a su Casa, en donde se respira aura saludable para sus almas. Aquí las prepara para la misión, a la que han sido llamadas a cumplir en la sociedad, y ahora a muchas de ustedes, aguerridas contra los peligros, fuertes y adornadas de una sólida instrucción podremos, con sentimiento sí, pero con confianza, decir al final del recorrido del año escolar: Vayan y rindan fruto. ¿Y cuál fruto? Por poca que sea la experiencia que tengan del mundo, ustedes ven que la sociedad insensiblemente va olvidándose de Dios. Pero ¡cuánto podrá hacer la sabia educadora para reparar este mal sumo entre tantos males, si a la cultura de la mente y a todos los requisitos que pueden asegurar el mejor éxito de su magisterio, ella asocia un alma sólidamente, francamente cristiana y religiosa! Ella sabe, como dijo el inmortal y llorado Pontífice nuestro León XIII, que no se puede renovar por motivo alguno el juicio de Salomón acerca del niño, cortándolo por mitad con una separación injusta y cruel de su entendimiento y de su voluntad; ella sabe que mientras se cultiva aquél, es deber de la educadora de guiar a ésta para el logro de la virtud y la consecución del último fin. Ella sabe que quienes no han recibido en los primeros años las santas enseñanzas de la religión, crecen sin noción alguna de sus altas verdades, las cuales sólo pueden hacer surgir en el hombre el amor a la virtud y reprimir las pasiones desbordantes. Ella pues, con suavidad, con dulzura, hace sentir su benéfica influencia en la escuela, ayudada por la gracia del Espíritu Santo, el cual, sin rumor de palabras, penetra en los más íntimos secretos de esos corazones juveniles, prontos como cera moldeable a recibir las impresiones. De aquí deduzcan la grave responsabilidad de cuantos descuidan este deber, ya que estas impresiones difícilmente se borran. Éste es el fruto que ustedes deben dar a la Iglesia de Dios, con la diferencia que, mientras la maestra tiene la misión de educar bien a su clase, ustedes, destinadas a instruir a las mismas maestras, tienen la ventaja de poder realizar un bien mayor, y la semilla depositada por ustedes, más rápido se desarrolla y da fruto. De esta manera ustedes están unidas a la gran obra del apostolado cristiano, y forman en las filas de aquellos generosos soldados, los cuales a las órdenes de nuestro gran Jefe y de su Vicario sobre la tierra, se proponen combatir valientemente para restaurar el mundo en Cristo. Cuán lejos aún se halla el mundo del

lado de Aquél que es camino, verdad y vida, lo entiende mejor quien debe ir, por decir así, del uno al otro polo.

Hace pocas semanas me hallaba en Seattle, capital del estado de Washington, en el extremo occidental, donde hemos abierto una Misión. Esta ciudad, levantada hace poco junto a Puget Sound y con todas las comodidades de las ciudades hermanas, está situada en un lugar encantador, de tal modo que la podría llamar el jardín de los Estados Unidos, mientras que se la designa con el nombre de " Queen City", la "ciudad Reina". Se la puede llamar también la ciudad de los veinte montes, pues tantas son las colinas por las cuales se extiende. La corona un hermosísimo panorama. Mientras las cimas siempre nevadas de las Montañas Rocosas por una parte y de los Montes Olímpicos por la otra, recuerdan el polo; las colinas verdeantes, lamidas por las olas del mar, plenas de los aromas de las flores de naranjos y de limoneros son ricas de la más espléndida vegetación. Basta decirles que en febrero se recogían las fresas. La primavera es continua, aún cuando se esté a 50 grados de latitud norte, y esto se debe a la corriente cálida que viene del Japón. Hace de fondo el tupido verde de las selvas vírgenes, que en abundancia producen buena madera de construcción.

Cuanto esta tierra recuerda a la Italia Meridional, es hermosa naturalmente y fértil, tanto este Estado presenta buen campo de trabajo a la Misionera. Hemos hallado Italianos, quienes desde hace cuarenta y cincuenta años no habían ido a la Iglesia. A esa Iglesia inglesa no quieren ir – dicen – aquélla es protestante, no se habla como en nuestras Iglesias en Italia. (Quieren decir que allí se usa la lengua inglesa). Nuestra primera solicitud fue pues levantar una iglesia, modesta sí, pero bastante capaz de reunirlos a todos. Está contigua a nuestra escuela y orfelinato, está colocada en la cima de una colina. Las casas de los italianos se hallan desparramadas por las laderas y en el valle de abajo. Al principio, cuando no teníamos campana, las Hermanas usaban campanillas, dos por una parte y por otra; también dos, iban por las colinas reuniendo a esos buenos italianos, y apuradamente, tras de ellas, los conducían a la Iglesia. Cuando se da la primera señal para las funciones, debieran verlos, con paso ligero, cómo marchan hacia la Iglesia, de modo que, en la Cuaresma, viniendo ellos para el *Vía Crucis,* noté que varios de ellos lo rezaban tres veces, antes que se iniciara la función. Aun cuando han estado lejos de Dios por muchos años, he hallado en ellos la fe arraigada hasta los huesos, aunque latente. Por esto con un poco de caridad y de buen trato no es

difícil reconducirlos a Dios. Y ¡cuán conmovedor es el ver a hombres de edad ya madura llorar de ternura al hallarse en una Iglesia italiana, donde la palabra de Dios les llega en la lengua materna, y en donde todo les trae el recuerdo de la patria desde tanto tiempo abandonada, las impresiones siempre queridas de la adolescencia, el campanario del pueblo nativo, la plaza de la iglesia, las fiestas titulares, las solemnes procesiones! Me prometo muchos frutos de esta misión.

Durante mi estada en Seattle, me han llegado pedidos para una fundación en Alaska. Ustedes conocerán esta región por las lecturas de las relaciones de viajes; pero es muy interesante escuchar la descripción hecha por aquéllos que allí han vivido. Esta península se halla en continua comunicación con el Estado de Washington. En Seattle se embarcan los italianos para ir en busca del oro, que se dice se halla allí; esperanzas que aunque han fallido en muchos casos, sin embargo continúan ilusionando a muchos. Se cree que los habitantes de Alaska sean pueblos emigrados, hace años desde Laponia. Y creo será interesante para las Hermanas que irán allá, visitar a esos pequeños Esquimales en sus *casas*, así llamadas de *hielo*. Ellos tienen un sistema muy sencillo para fabricarlas, para lo cual no son necesarios ni arquitectos, ni albañiles. Con pocas tablas de madera que las ondas del mar, guiadas por la mano providencial de Dios, llevan en cantidad a las costas de un país, en el cual no se encuentra más que nieve y hielo perpetuo, los Esquimales, construyen bien y mejor las paredes y el techo de sus casas, apoyándolas en la ladera del monte; luego echan agua sobre ellas, que inmediatamente se congela, y la operación se repite hasta que la pared de hielo ha llegado a tener un espesor suficiente para hacerlas inaccesibles también al helado viento. En aquellas casillas, extendidas sobre pieles de animales, de las cuales se revisten, todos untados con aceite de foca, que los preserva del frío, pasan sus vidas en esos cubiles, más bien que casas, en los cuales se entra a gatas por una abertura estrecha y baja. En el verano, a las diez de la noche, el sol aún resplandece, mientras en el invierno ya es de noche, a las tres de la tarde. Mas el cielo les concede algunos fenómenos meteóricos que aparecen en el polo. De cuando en cuando luego, por efecto de espejismos semejante a los que frecuentemente acaecen en los desiertos africanos, en cierta parte de Alaska se ve suspendida una ciudad entera, en la cual se cree invitadas por un jefe u otra persona de autoridad de aquella tribu, no podrían ilusionarse de comer un pedazo de salmón o de foca asada, de cuyos animales abundan esas playas, sino que delante del jefe de la casa

hallarían preparados dos platos, uno con la comida ya lista, el otro vacío. Y aquí comienza su labor, que ha de ser cansadora en verdad, ya que es su deber masticar toda la comida que ha de ser dada a los convidados, y poco a poco ponerla en los platos preparados para ese fin; terminada esta función, todos los comensales se sirven de la gustosa comida, así preparada. Me narraba estas cosas un buen Padre Jesuita, que ha pasado muchos años allí, y este excelente religioso al contármelo, añadía, con una sonrisa: "Y eso no es todo".

Mas los blancos han comenzado a fabricar casas y villorios, por lo cual si alguna de ustedes querrá acompañar a las Hermanas, que irán allí, no dormirá en casas de hielo. Durante largos meses quedan interrumpidas las comunicaciones con el resto del mundo. En todo el invierno, sólo dos veces el empleado del correo, armado de zapatos herrados, y revestido de piel, recorre con increíble trabajo, a pie esas regiones de eternos hielos; lleva las cartas cosidas en el interior del saco, porque el frío no le permitiría llevarlas en una bolsa, que dejaría las manos expuestas al hielo.

Vemos también a cuantos sacrificios expone el deseo del oro, y la esperanza de una ganancia, que frecuentemente queda fallida. ¿No es deber de la Misionera acordarse de que también en aquellos países lejanos hay almas que salvar y por las cuales debe sacrificarse con amor? ¿Y no es también deber común de todos los que aman a Dios y su gloria, rogar y ofrecer algún sacrificio por la salvación de esas almas, que han costado la sangre preciosísima de Jesús?

El viaje de Seattle a Denver es muy interesante, debido a los pueblos que se recorren, tan diversos unos de otros. En el Utah he visto lagos y montañas de sal, diáfanas y de color lechoso. Pero lo más interesante son las "*reservas*" de los Indios. Tienen este nombre los territorios particulares, en los cuales se hallan confinados los indios por las leyes del Estado, por no serles concedido habitar en las ciudades de los blancos. Sólo se les permite ir, de cuando en cuando, para vender sus trabajitos. Hace tiempo, cuando el odio entre los blancos y los indios había recrudecido, una sola india, de nombre Angelina, tenía permiso para ir a Seattle, y he aquí por qué. Entre los muchos ídolos, que adoran los Indios había algunos de apariencia en verdad repugnante. Y sucedió que los blancos robaron uno que existe aún en una plaza de Seattle, representando un gnomo grande y deforme, el cual con otros pequeños monstruos formaba una columna. Los indios, indignados grandemente por lo que juzgaban una profana-

ción, decretaron el exterminio de la ciudad para vengar el honor de su dios ultrajado. Pero Angelina, mujer de corazón dulce y bueno, no quiso que se derramase tanta sangre, y de noche, atravesando montes y valles, en medio de muchos peligros se dirigió a la ciudad. Los blancos, puestos sobre aviso, prepararon sus defensas; jamás olvidaron el favor recibido, y concedieron a Angelina el privilegio de entrar en la ciudad cuando le gustase, de hospedarse en cualquier posada, y de comprar a su gusto, remitiéndose luego la cuenta al municipio. Fue entonces llamada Reina de la ciudad Reina. Eso les parecerá cosa de poco, en cambio les pareció a los Indios gran privilegio, del cual están aún orgullosos. Yo he pasado por la reserva de los Coeur d'alène, que viene a significar corazón de lezna, tanta era la natural ferocidad de esa tribu. Aun cuando en parte se conservan fieles a las costumbres antiguas, sin embargo las han modificado mucho, debido a la religión que va progresando entre ellos, en especial por el apostolado de los PP. Jesuitas. Sin embargo queda mucho por hacer, y aun se hallan entre ellos ridículas y extrañas supersticiones. ¿Muere uno? Se llama a todos los amigos, lloran sobre el cadáver del difunto, y deben cantar sus lamentaciones con una cantinela monótona, que más o menos dice así: ¡Oh tú que eras tan buenoooooo! ¡Tenías una hermosa casaaaaaa! ¡y ahora ya no estás con nosotrosssssssssss! Pueden imaginarse lo demás, porque de esta manera cantando los fastos del difunto, continúan toda la noche. Por la mañana llega su jefe, y con instancias le suplican decirles si el difunto ha ido al Paraíso o al infierno. Entonces él ordena se traiga en un plato agua y pan. Mientras el cadáver se halla sobre la tierra, nada necesita; pro si ha de ir al infierno, entonces viene a hacer sus provisiones de agua y pan, porque allí no se hallará; si en cambio está destinado para el Paraíso, no tiene necesidad de ello y por lo tanto no vuelve a tomarlos. Y como, naturalmente, nadie vuelve, así según ellos, todos van al cielo, y los deudos, felices, celebran fiestas con un gran banquete. ¡Pobres almas! Y son las mismas por las cuales Cristo ha pagado tan gran precio en la cruz; las que especialmente han atormentado su Corazón en la agonía dolorosa que quiso sufrir, cuando presentándosele ante sí todos los horrores de la inminente pasión, vio la inutilidad de tantos tormentos para tan grande número de almas. ¡Cuán amargo fue este pensamiento para el Sacratísimo Corazón de Jesús! ¡¡Cuánto más doloroso que los flagelos, las espinas, los clavos, la cruz! Si nos fuera dado a nosotras consolarlo, confortarlo, ¡cómo nos podríamos ofrecer cual víctimas para la salvación de aquellas almas que costaron tanto a Jesús; todos podemos emplearnos en esta empresa con la plegaria. Seamos pues generosas, ofrezcamos

nuestros pequeños sacrificios al Señor, por el éxito de las Misiones católicas; y quizá un día, cuando seamos acogidas en los tabernáculos eternos, veremos llegar a nuestro encuentro a muchas almas, que se declararán nuestros deudores de su felicidad.

La mujer india, como en todas las naciones, en donde no se ha sentido el influjo benéfico del Cristianismo, está destinada a trabajar, mientras el hombre fuma tranquilamente el opio, del cual se embriaga. Y si la pobre mujer es madre y sus hijitos son demasiado pequeños para mantenerse en pie, los tiene atados encima en una especie de saco, y de esta manera continúa su cansadora labor. Si el pequeño llora, con un movimiento de espaldas lo hace saltar un poco y así lo tranquiliza. Ésta es la manera como es acunado el niño indio.

Ven, hijas mías, como deben ser agradecidas al Cristianismo, que ha elevado la suerte de la mujer, reintegrándola en sus derechos, desconocidos en las antiguas naciones. Hasta que María Inmaculada, la Mujer que por excelencia, anunciada por los Profetas, suspirada por los Patriarcas, deseada por las gentes, aurora del Sol de justicia, no apareció sobre la tierra, ¿qué cosa era la mujer? Pero nace María, esta nueva Eva, verdadera madre de los vivientes, elegida por Dios para ser corredentora del género humano, y he aquí que surge una nueva era para la mujer, ya no esclava, sino igual al hombre; ya no sierva, sino dueña de las paredes domésticas; no ya objeto de desprecio y de diversión, sino elevada a la dignidad que le corresponde, como madre y educadora, sobre cuyas rodillas se forman las generaciones

Todo esto debemos a María Santísima; y en medio de las ternuras, que despierta naturalmente en nuestro corazón Madre tan amable y piadosa, tan buena, tan condescendiente en escuchar nuestras preces, tan pronta a venir en nuestro socorro, no hemos de olvidar jamás cuánto debe la sociedad cristiana a Ella, y por consecuencia las obligaciones que esto nos impone.

María derivó toda su grandeza de Jesús. Si a ella le tocó la gloria de dar la vida a nuestro Redentor, a Ella, como muy bien dijo nuestro Santo Padre, le correspondió justamente el oficio de custodiar y preparar a la sagrada víctima del género humano para el sacrificio. María fue madre de Jesús no sólo en las alegrías de Belén, sino sobre el Calvario, donde no estuvo solamente para contemplar el cruel espectáculo, sino para gozar que su Unigénito fuera ofrecido para la salud del género humano; y allí

mereció dignísimamente ser la Corredentora. Si pues queremos hallarnos a la altura de nuestra misión, alejemos las ligerezas, las vanidades, y recordemos que seremos verdaderas mujeres tan sólo, cuando, recordando el principal deber que nos incumbe, lleguemos a ser las educadoras de la sociedad, los ángeles de la familia, las fieles imitadoras de María Inmaculada.

Mas ¿cómo harán para imitarla? Yo quisiera que, contemplando vuestra Stella Matutina, María Santísima, lleguen a ser otras tantas copias de la Inmaculada. Fijen su mirada interior en vuestra Madre, y si les parece que sus miradas no puedan sostener la vívida luz, que irradia de Ella, escuchen lo que de Ella les dice San Anselmo: "María era dócil, hablaba poco, estaba siempre muy compuesta; nunca se la vio reír, turbarse; perseveraba en la lectura de las páginas sagradas y en la mortificación y en todas las acciones virtuosas". San Ambrosio dice que "su gesto era suave, su paso no apurado, su voz jamás tuvo algo de precipitado, ni de petulante; la compostura de la persona demostraba bien la hermosura y la armonía de su interior. Era un maravilloso espectáculo ver con cuanta prontitud y diligencia desempeñaba los trabajos domésticos, a todos los cuales acudía con gran solicitud, pero siempre con tranquilidad y suave paz. Su frente estaba siempre serena, y una modestia celestial se transparentaba en cada movimiento suyo. Era parca en sus palabras, y al mismo tiempo, llena de dignidad, prudente y recatada. En María Inmaculada todo y cada cosa estaba bien ordenada". Esto en su vida privada. Luego la Santa Iglesia, en sus comienzos, parecía que toda estuviera concentrada en María, todos los corazones se hallaban dirigidos hacia Ella; todas las esperanzas, después de Jesús, estaban puestas en María. Ella era como el arca animada de Dios, en que se contenía la ley de la nueva alianza, la regla viviente de los preceptos y de los consejos de Jesucristo, el tesoro de la sabiduría y de la ciencia de Dios. Después de veinte siglos, las dificultades de la Iglesia, en aquellos primeros tiempos, son las mismas que ahora, y no ha de maravillar esto, porque Cristo ha sido siempre signo de contradicción. Así ha de ser la iglesia, su esposa, en este valle de miserias y de lágrimas. No temamos pues las dificultades; elevemos la mirada a nuestra Estrella, invoquemos a María. Ella es para nosotros lo que era para los Apóstoles y para los primeros cristianos. Honremos a esta Paloma Inmaculada y a Ella nos entreguemos con ilimitada confianza. Los ojos de la mente y del corazón de María se hallan vueltos hacia nosotras; ellos son más perspicaces y penetrantes que los de todos los profetas y

videntes de Judá, más perfectos que los del estático de Patmos. Son más elevados que las mismas jerarquías angelicales. ¡Oh cuán admirable es nuestra Inmaculada Madre! Es un océano sin fin de maravillas, de grandezas y de glorias. Abandonémonos pues, se lo repito, en nuestra Augusta Reina y Madre, y estaremos seguras a su sombra.

En Denver he hallado florecientes las escuelas que había dejado, hace poco más de un año, en sus comienzos. Los resultados han correspondido a los alegres pronósticos, que el buen Obispo formulaba en el día de la apertura de las escuelas; y ahora el celoso Pastor desea que fundemos un orfelinato para las huérfanas de nuestros italianos, que son numerosas en Colorado, a causa de las desgracias, que sufren los pobres trabajadores de las minas.

Desde la Capital de Colorado, en dos días de viaje rápido a través de este estado y del limítrofe de Texas, llegué a la Luisiana. También aquí son muchas las bellezas naturales, imagen pálida de Aquél, que es la belleza eterna, y que para darnos un testimonio de su profundo amor ha querido prodigarlas por la tierra…!

Por espacio de muchas horas el ferrocarril pasa por estrechísimas gargantas, llamadas Cañones, cuya fama ha llegado a ser mundial. Son dos paredes de altura inaccesible, que parecen tocar el cielo, mientras en el precipicio que se halla por debajo, el río, en tortuosos giros, ora impetuoso, ora calmado, refleja en sus aguas purísimas los variados colores de las rocas más maravillosas, que yo haya visto. No es posible describirlas; se creería mentirles el pincel que las pintara con fidelidad; y en cambio es justamente así, y cambian de color según las horas del día, y toman tintes y esfumados que no sabría reproducir el más hábil artista. ¡Éstas son las obras del inmortal Artífice, cuya existencia se osa negar y cubrir con el olvido, mientras potentes y maravillosas obras de su brazo hablan con tanta elocuencia!

Las inmensas llanuras de Texas, deshabitadas en su mayor parte, por la enorme extensión de este Estado, son muy fértiles, ricas de toda vegetación, aptas para todo cultivo; estas tierras vírgenes aún, de un color rojizo, llenas de vida y de promesas, parecen aguardar a nuestros inmigrantes italianos, los cuales sin embargo, se dirigen con mayor agrado a los poblados Estados del Norte, mientras aquí los aguardaría la holgura y una vida más de acuerdo con la llevada por ellos en Italia. Mas se hallan algunas colonias, y muchas más se encuentran en la Luisiana, donde se ocupan

del cultivo del algodón, del arroz, del azúcar, sin contar los contornos de Nueva Orleans, en donde viven muy bien cultivando verduras. Hay en esta ciudad más de treinta mil italianos, y pueden por lo tanto imaginarse si hay trabajo para nosotras. Nuestras escuelas tienen setecientos niños, y como no pueden ya estar en las dos casas que tenemos, el buen Arzobispo, hace pocas semanas, ha pensado en regalarnos una casa. Mas yo he de pensar en las huérfanas, las cuales también aumentan en número y tienen necesidad de una casa más amplia. Y ahora me ocupo de esto; una vez que haya terminado aquí, volveré por poco tiempo a Colorado, luego, por Chicago, volveré a Nueva York, en donde me embarcaré para Italia.

Con sentimiento mío, no las hallaré a todas a mi llegada a Roma, pues cuando reciban esta mía estarán por entrar en la época de sus exámenes, tras los cuales para muchas de ustedes vendrán las vacaciones, para otras el término del curso escolástico. Sé que este tiempo es de fatigosa agitación. Pero adelante, ánimo; han cumplido su deber; han estudiado con diligencia; estén pues tranquilas, que así les resultará mejor; y después pongan su confianza en Dios y en la Virgen Santísima, y verán que las ayudarán a rendirlos con honor. Les auguro a todas resultados óptimos, y en verdad merecen que sus deseos sean coronados con el éxito, porque son buenas hijas, de quienes puedo prometerme mucho bien. No es necesario que yo les recomiende la oración; sé que ruegan bien y de corazón. Y esto me consuela, porque la plegaria es la poderosa arma, que ha de defenderlas y socorrerlas, no sólo ahora, sino en toda vuestra vida. Es la llave de los celestiales tesoros, el canal por donde las gracias descienden hasta nosotras. Mientras oren, estarán seguras; como dice el Beato Canisio: "El que ora se halla en el camino del Cielo". No olviden jamás esta coraza, que las defenderá, esta poderosa arma que les asegura la victoria. En los éxitos rueguen, y no las ensoberbecerá la presunción, detrás de la cual viene la caída; en el desaliento rueguen, y volverá la confianza, que las hace fuertes con la fortaleza de Dios. Rueguen por ustedes mismas, por las personas encomendadas a ustedes, por las que aman, por la sociedad, por la Iglesia. Hagan un hábito de la plegaria; que si llegan a gustar la dulzura que se halla en este íntimo comercio del alma con Dios, no habrá para ustedes horas de desaliento y de desesperación; ni las nubes turbarán por mucho tiempo el horizonte sereno de sus almas. Obedezcan el precepto de Jesucristo: orad, y siempre orad! Él hará lo que le corresponda, cumpliendo en ustedes sus promesas: "Pedid y se os dará; golpead y se os abrirá". Y ahora adiós, mis buenas hijas, a algunas de ustedes, como

dije, no tendré el placer de volverlas a ver a mi llegada, mas espero que, pasando por Roma, volverán a visitar a sus Hermanas, y entonces me será grato congratularme con ellas por el diploma obtenido y por los progresos hechos, así en la ciencia, como en la virtud. A aquéllas que han de volver al colegio, les digo de corazón: "Hasta vernos". A las otras., aun cuando con melancolía las vea alejarse de nosotras, sin embargo con gran confianza de que serán dignas de su misión, les repito las palabras del Divino Salvador, que hemos hallado plenas de enseñanzas: "Id, obtened fruto y que vuestro fruto permanezca".

Las bendiga el Sagrado Corazón de Jesús, y en medio de las vicisitudes de la vida, sea siempre para ustedes el puerto de salvación, en el cual hallen refugio, socorro y consuelo. El manto de nuestra Madre Inmaculada se extienda sobre todas ustedes; Ella las vista con su virtud, las mantenga a la sombra de su protección; y yo, viéndolas confiadas a Jesús y a María, nada temo por ustedes, sino que implorando para ustedes del Cielo todas las bendiciones, gozo en repetirme.

Aff.ma Madre en el SS. C. de J.

M. FRANCISCA JAVIER CABRINI

Nueva Orleans, 31 de mayo de 1904

XIX

CARTA A LAS ALUMNAS DEL INSTITUTO DEL MAGISTERIO SUPERIOR,

EN EL CONVICTORIO DE LAS MISIONERAS DEL S. CORAZÓN, EN ROMA

A.M.G.SS.C.J.

Mis muy queridas Señoritas:

Varias veces me he acercado al escritorio para escribirles a Uds. y una de estas fue hace cerca de dos meses, cuando recibí sus cartas que me hablaron del Santo Retiro, hecho en los últimos días de carnaval. Mi intención entonces era la de congratularme con Uds. por la buena voluntad, con que, dejadas de lado las vanas, y muchas veces llenas de amargura, diversiones del mundo, se habían dedicado a templar sus almas y sus facultades en la contemplación de las cosas celestiales. Con esos días de recogimiento, se iban disponiendo a comenzar con entusiasmo y fervor la segunda parte del año escolástico, que termina con la aparición de ese feo espantajo, que se llama examen. Noten que lo llamo espantajo, porque tal es en efecto, y como tal, tomando formas colosales y espantosas, se permitirá quizá causar miedo a algunas de Uds.

Mas, en medio de tantas preocupaciones, con que me he visto sobrecargada en estos últimos meses, no hallé tiempo para dirigirme a Uds. y ahora sus cartas y sus augurios de Pascua, que retribuyo de corazón, vienen a avisarme que mis deseos de escribirles, ha quedado en estado de buena intención. Por lo tanto, para no ser como aquella hermosa estatua

de San Felipe, que siempre pensaba y nunca se resolvía, heme aquí con Uds.

Quisiera tener las hermosas plumas de Uds. para retribuirles las gentiles y elegantes frases que han querido dirigirme. Mas como sé que el corazón las ha dictado, así de corazón envío un gracias y todas aquellas bendiciones que el corazón de madre puede decir a las amadas hijas. Ellas saben perfectamente que forman la porción más querida de la gran familia, que el Sagrado Corazón me ha dado, y que por ellas tengo especial interés, especiales plegarias y votos. Me piden que ruegue por sus exámenes y lo haré bien complacida, segura de que el Corazón Sagrado de Jesús y la Virgen les darán su gracia para rendirlos con honor.

Pero yo deseo dos cosas de Uds.: una, que rueguen siempre con el fervor que han tenido hasta ahora. Solamente Dios ha puesto en la mente del hombre esa centella divina, que se llama inteligencia; el poeta, el artista, el hombre de ciencia a Él le deben el genio que los hizo aparecer grandes, y la Iglesia, entre los títulos gloriosos que da al Espíritu Santo, lo llama Espíritu de ciencia y de entendimiento. Conviene entonces buscar el agua en la fuente; y, después de haber trabajado con diligencia de parte nuestra con aplicado y asiduo estudio, recurrir al Señor y esperar de El memoria, inteligencia, éxito. De esta manera obraba el Cardenal Ximénez, a quien muchas veces se lo encontraba a los pies del Crucifijo, mientras se agitaban importantes cuestiones de Estado; y preguntado por los ministros, por qué obraba de ese modo, respondió: "¡Rogar es gobernar!". Rueguen, pues, no largamente, porque no pueden; pero sí con fervor. El mundo de hoy, que aparece retroceder a grandes pasos hacia el paganismo, a pesar de sus gigantescos progresos en la ciencia y en el comercio, ha olvidado el valor de la plegaria, y ¡casi ya no la conoce más! Y esto acaece porque el hombre, con sentido pagano, se ha hecho un dios de sí mismo y de las creaturas, y ha perdido la noción de las relaciones y de las comunicaciones, que deben existir entre él y Dios. Nuestro buen Dios que, como dice el niñito que balbuceando recita el Catecismo, creó el cielo y la tierra, es casi arrojado de la creación; no hay puesto para Él. El hombre ha hecho de sí mismo su ídolo, lo adora y no piensa en orar y adorar al verdadero y único Dios. ¿Cómo ha de maravillar que, después de esfuerzos sobrehumanos, la naturaleza débil y limitada, impotente para luchar mucho más y obtener lo que se desea, se abandone a la desesperación, al suicidio, al delito? La oración habría evitado todo eso; la plegaria sería como incienso que sube al cielo, y que habría hecho bajar delicioso rocío de gracias, que

habrían dado nueva vida al alma perdida, volviendo a darle la esperanza y la calma.

He aquí la segunda cosa que deseo de Uds.: ¡Estén tranquilas! Apoyada en Dios su confianza, la cual no es presunción, porque durante el año, como buenas hijas, han estudiado, aguarden tranquilas los exámenes, sin alarmarse, sin agitarse. Estudien con tranquilidad, rueguen, confíen en su Madre, María Inmaculada, y todo resultará bien. ¡Quien espera en Ella, jamás será confundido!

Tenemos nosotras, en la fundación del hospital de Chicago, prueba visible de cuán poderoso sea el auxilio celestial para aquéllos que lo invocan con confianza. Fui allá el 10 de febrero, saliendo de Nueva Orleans, en donde compré los últimos lotes de terreno para nuestro orfelinato, el cual posee ahora una Villa, cuyo frente da a una de las principales calles de la ciudad, y se extiende entre amenos parques hasta ser lamida por las aguas claras del Río Bayou San Juan. Cuando llegué a Chicago para ultimar los preparativos de la apertura, a realizarse el 26 de febrero, hallé que aún había trabajo para dos meses más. Se había fijado la fecha y no se podía cambiar. El presidente del hospital, el célebre doctor Murphy, cuya fama es mundial, como cirujano e inventor de aparatos quirúrgicos, cuyo nombre llevan, había expresado el deseo de hallarse presente en la inauguración; pero, obligado por razones de salud a ir a Florida, si hubiéramos aplazado la fecha, se hubiera visto en la necesidad de renunciar a ese placer, lo que nunca habría podido permitir.

¡Cuánto trabajo! Imagínense un inmenso edificio de seis pisos, que aunque construido muy sólidamente con enormes y macizas piedras, ha sido adaptado por completo en su interior para que en todo responda a las exigencias de la ciencia médico-quirúrgica moderna. Por lo tanto albañiles, carpinteros, plomeros, electricistas, decoradores, en fin una falange de trabajadores. Pero esto era lo de menos; lo más importante era organizar el servicio del hospital, que debía abrirse para recibir enfermos al día siguiente de la inauguración; y cuál sea esta labor, sólo puede valorarla quien haya tenido esa experiencia.

Nuestras Hermanas trabajaban de día y de noche, y el trabajo parecía crecer, en lugar de disminuir. No faltaban personas que me repetían: Madre, no se logra terminar; hay mucho qué hacer, son muchas las dificultades. Pero la confianza segura en el Corazón de Jesús mantenía la

tranquilidad; y con la tranquilidad todo se pudo hacer pronto y bien; de modo que, cuando despuntó la mañana del 26, se abrieron las puertas, y nosotras estábamos seguras de que la mirada crítica del público no habría hallado nada, que comentar negativamente.

Aquél fue un gran día para el nuevo Comumbus Hospital. Nosotras lo hemos denominado el día del Señor, porque todo era obra suya. Hasta el cielo purísimo, con un sol que parecía resplandecer las azuladas aguas del inmenso lago Michigan, parecía tomar parte en la fiesta.

La apertura de un hospital, aunque es suceso de importancia para la medicina, generalmente no suele levantar simpatías en el público, que rehúye de tales asilos del dolor. En cambio, ¡cuál no fue la sorpresa que su Excelencia Mons. Quigley, digno Arzobispo de Chicago, cuando se vio rodeado de una multitud de más de cuatro mil personas, que se agolpaban junto a la capilla y a las salas de recibo para escuchar su palabra! Más de mil personas debieron quedar excluidas por falta de lugar, sin esperanza, de que pudieran entrar. Todos estaban acordes con que nunca, en los Estados Unidos, como en esta ocasión se había expresado tal entusiasmo en la inauguración de un hospital. Era éste el día del Señor, la obra del Señor.

La ceremonia de la mañana fue estrictamente religiosa, y consistió en la bendición de la casa, que la hizo el Arzobispo procesionalmente; en la Misa cantada *coram Episcopo*, y en el sermón de nuestro amadísimo Arzobispo. Una grata sorpresa aguardaba a los allí reunidos, al terminar el elocuente discurso, pleno de paternal afecto, que pronunció este grande y celoso Prelado. Y fue cuando leyó él mismo un telegrama de Roma, que anunciaba la bendición del Santo Padre. Uds., queridas señoritas, tan privilegiadas, a quienes les está concedido ver con frecuencia al Santo Padre y recibir su bendición, experimentando las santas emociones, que su presencia motiva en sus espíritus, podrán comprender el entusiasmo con que fue recibida esta bendición por los Doctores y por cuantos colaboraron en la fundación del hospital. La recibieron como mensaje celestial, tanto más precioso, cuanto más lejanas se hallan estas tierras del solio, en el cual se asienta gloriosamente el Vicario de Cristo; la recibieron con los corazones llenos de gratitud por el pensamiento de que el Santo Padre se había acordado de estos sus hijos lejanos, cuyos corazones estaban plenos de veneración y afecto hacia su Santidad.

No sabiendo cómo expresar mejor su reconocimiento, me pidieron que enviara prontamente, en nombre de ellos, un telegrama de agradecimien-

to a su Santidad, lo que hice muy de corazón, alegre de ver cómo había sido tan bien recibida la tan preciosa bendición del Vicario de Cristo. Para mí, la bendición de Su Santidad siempre es prenda de celestiales favores, y como tengo experiencia, es también de buen éxito para las obras, en las cuales Él pone su sello. La santa mano del Vicario de Cristo jamás se alza a bendecir en vano. ¡Dichosas Uds. que tienen la suerte, que les envidio, de postrarse a los pies de nuestro Santo Padre y recibir personalmente su bendición! Fortalecidas por protección tan prodigiosa, estén tranquilas; ella dará a sus almas preciosas gracias, y se extenderá a sus estudios, a sus exámenes, a sus familias, a sus intereses.

Después del almuerzo, la ceremonia oficial de inauguración consistió en un programa elegido de música, mezclado con elocuentes discursos de eminentes personas, entre las cuales el Dr. Murphy, el juez Brentano de la Suprema Corte, y otros muy distinguidos personajes y oradores.

La facultad médica de la ciudad clasifica nuestro hospital, como uno de los de primera clase. Mas todos están de acuerdo en decir, que su posición es encantadora, y que la belleza de la estructura lo hacen el mejor hospital de Chicago. En cuanto a las exigencias de la ciencia moderna, se han tenido en cuenta todas las últimas innovaciones, y cada sala se halla regida según las normas de la higiene y de la cirugía moderna. Hay salas para operaciones, otras para bacteriología, la electricidad, los rayos X, el instituto patológico, etc. Anexa al hospital hay una escuela de enfermeras, las cuales después de un curso de tres años, dedicados a un serio estudio y a la necesaria práctica, obtienen su diploma.

En cuanto a la posición del hospital, situado en el centro de un parque de hermosura mundial, con una espléndida vista del lago Michigan, se puede decir que la naturaleza con sus auras vigorizadoras y oxigenadas, y la ciencia de célebres doctores, que forman el cuerpo médico, se dan las manos para procurar el bienestar del enfermo, que, en un lugar de reposo y de tranquilidad, ha venido a buscar la salud, y muchas veces la vida, que se le escapaba.

Creo darles gusto haciéndoles conocer algunos datos, que el Dr. Murphy nos manifestó en su discurso, los cuales son de gloria para la Iglesia y para nuestra hermosa patria.

Como siempre, primera y maestra en las ciencias y en las artes, nuestra querida patria tiene este honor también, en el campo de la caridad.

Antes de la venida del Cristianismo, la historia no registra la existencia de instituciones, expresión del más alto sentimiento de caridad fraternal, como los modernos hospitales. Hasta la antigua Grecia, con toda su cultura y civilización, ignoró este sentimiento nobilísimo, y sólo se tomaron pocas providencias en el cuidado de los soldados enfermos. Pero vino Jesucristo al mundo y encendió el fuego de la caridad, e Italia tuvo la gloria de haber abierto el primer hospital en Roma, al cual poco después le siguió otro en la Campaña Romana. Pasaron varios siglos antes de que otras naciones, entre las cuales Inglaterra, siguieran el ejemplo de Italia, al instituir tales obras de caridad. Mas, la Iglesia que había sido la inspiradora, siguió estableciendo y conservándolos durante la Edad Media, y no hubo convento, al cual ano hubiese anexa una enfermería, en donde el pobre y el enfermo eran hospedados y socorridos en sus necesidades y enfermedades.

Ahora el *Columbus Hospital* de Chicago comenzó su obra benéfica para la sociedad; llega gran número de enfermos, y allí quedan con agrado. Hay algunos que han llegado del Colorado y de la California. He dirigido mis pasos a estos dos Estados del Oeste, apenas vi que la labor del hospital se hallaba bien encaminada. Una vez más pues, me hallo en las montañas del Colorado, y mientras les escribo, el Presidente de esta gran nación, en medio de exclamaciones, entra en Denver, después de haber estado durante tres semanas, en medio de estos picos. Yo no he podido seguirlo entre esas rocas casi inaccesibles, a donde él ha ido en persecución de osos, diez de los cuales han caído víctimas de su fusil, , y que serán enviados a Washington, como regalo para su hija Alicia, que los ha deseado; no he podido admirar con él la belleza de los maravillosos pájaros, a los que conoce todos por su nombre, y que construyen su nido sólo sobre las más altas cimas de las Montañas Rocosas. Ni mi misión, ni mis fuerzas quizá lo hubieran permitido, pero en este espléndido Estado, cuyo nombre habla de sus montañas de distintos colores, desde su cielo de cobalto, de variados pájaros, de flores muy diversas en sus espléndidos matices, queda mucho aún por admirar, mucho para agradecer a Dios, que ha hecho caer sobre la tierra tales destellos de infinita belleza y poder.

Los ciudadanos de Denver deseaban nombrar al Presidente Roosevelt, miembro honorario de la Asociación de la Prensa de Denver. ¿Y saben cuál fue el diploma que le ofrecieron? Extrajeron oro de las minas vecinas; lo fundieron en sus grandes *smelters* o fundiciones, e hicieron una

hoja esplendorosa de oro purísimo y macizo, en la cual la plata, también del Colorado, puso en relieve la fórmula de la admisión, y las piedras preciosas, que allí se hallan, la esmaltaron. Qué hermoso obsequio, ¿no es cierto? Otras maravillas de distinta clase se hallan en California, a donde iré pronto, apenas haya comprado aquí el terreno para el orfelinato. Aquí, es el reino mineral que hace alarde de sus maravillas; allá el reino vegetal que abre otra página en el libro de las bellezas del universo, pálida imagen de la belleza de nuestro Sumo Dios.

Volvamos, pues, nuestras almas hacia Él, creadas por Él y para Él; esas almas en las cuales Él infundió una fuerte atracción hacia todo lo que es bello y grande, como prueba de nuestro alto origen del fin para el cual hemos sido creados. Elevémonos sobre las cosas de la tierra, y ya que no podemos volar, sobrevolemos sobre ellas. El recto fin de nuestro obrar es la mágica varita que convierte en oro todo cuanto tocamos; las virtudes cristianas que practicamos hacen despuntar flores perfumadas, por donde quiera que pasamos. Y mientras, fieles a los mandatos divinos y a las enseñanzas de la Santa Iglesia, nosotras vamos cumpliendo nuestra misión, por modesta que sea, pero que nos ha sido señalada, los santos Ángeles alejan de nuestro camino los peligros, anotan con fidelidad nuestras buenas obras y nos acompañan hasta la morada de nuestro buen Dios, donde nuestro gozo será completo y el gozo eterno.

Mis muy queridas señoritas, no les daré un sermón, porque muchos habrán oído en los años pasados en el colegio. El camino lo conocen; les fueron dadas las armas para combatir cuando sea necesario. En cambio expresaré la firme confianza encerrada en mi corazón, de que, aun después de dejado el Instituto que las acogió, instruyó y amó, se manifestarán siempre y en todo dignas de la misión, para la cual Dios las llama; que darán a otros cuanto han recibido, recordando siempre que la vida es breve, y pasa como la sombra; que el cuerpo muere, pero el alma es una sola y destinada a vivir eternamente en esa morada de gloria o de penas, que se habrá preparado durante la vida. El pensamiento de los Novísimos produjo una Santa Teresa. Las santas y tremendas verdades de nuestra Santa Fe las fortifique, no sólo en las pruebas de la vida y contra los falsos espejismos, que tratarán de halagarlas, sino que sean también de estímulo para obrar en todo lo que fuere posible, a fin de que las alumnas de las Escuelas Normales, que les sean encomendadas, sean no solamente cultivadas, sino fundamentadas en las máximas de esa santa Fe, que es el

Arca fuera de la cual no hay salvación.

Jesús las bendiga; las bendiga ahora, en sus exámenes; las bendiga en su carrera escolar; las bendiga en su misión, la que sea fructuosa para la Iglesia, para la Patria, para la sociedad.

Denver, Colorado, 9 de mayo de 1905

M. FRANCISCA JAVIER CABRINI

Aff.ma Madre en el SS. C. de J. **XX**

CARTA A LAS ALUMNAS DEL INSTITUTO SUPERIOR DEL MAGISTERIO, EN EL CONVICTORIO DE LAS MISIONERAS DEL S. CORAZÓN DE JESÚS, EN ROMA

A. M. G. SS. C. J.

Chicago, febrero de 1906

Mis muy queridas hijas:

Muy agradables me llegaron sus cartas, y los augurios de feliz Navidad, aun cuando esperaba que, por lo menos en este año, me hubiera hallado en la Ciudad Eterna, para pasar las Fiestas junto con ustedes, y entonces habría podido retribuir de palabras sus votos de felicidad; en cambio conviene los devuelva a ustedes centuplicados, pero sólo por escrito. Confieso que las expresiones gentiles de tan nobles sentimientos de parte de ustedes, me han consolado no poco de la molestia profunda que siento, al hallarme aún lejos de Roma. Sólo el deber que la Misionera ha de anteponer siempre al placer, ha podido mantenerme, por tanto tiempo, lejos de Italia; pero crean que apenas haya terminado los pocos asuntos que me quedan, no tardaré ni siquiera un día para partir.

¡Cuántas veces he creído hallarme casi al término de mi misión presente en los Estados Unidos y luego en cambio me he encontrado que se me presentaba nuevo trabajo, que no hubiera podido dejar sin descuidar los sagrados intereses de la gloria de Dios y de la salud de las almas!, pero, ahora estoy en situación de asegurarles que, dentro de pocas semanas, estaré con ustedes para alegrarme con sus virtudes, con sus progresos, y con su amable compañía.

Desde la cima de las Montañas Rocosas les he enviado mis noticias, prometiendo que les diría algo de mi viaje a California, y no creo que estarían bien dispuestas a que yo tratara de olvidar mi promesa. Por lo cual, poco a poco, robo un poco de tiempo, ora a mis hijas, ora a mis asuntos, para entretenerme con ustedes.

Creo haberles escrito de mi labor en Denver para la ampliación del orfelinato que, en aquella nación, tenemos para las hijas de nuestros emigrados. Básteles saber que, con la ayuda del Sagrado Corazón, siempre dispuesto a favorecernos, he podido obtener una hermosa propiedad a los pies de las Montañas Rocosas, sobre una bella colina, que con suave pendiente baja hasta las riberas del Rocky Mountain Lake. La casa, a la cual se le está añadiendo un ala, porque ya resultaba estrecha para las treinta huerfanitas que fueron recogidas allí en este año, está rodeada de árboles cargados de frutas y se retrata en las tersas aguas del lago; hacia el Oeste se extiende la imponente cadena Rocosa con sus cimas cubiertas de nieve; hacia el Este se halla la hermosa ciudad de Denver, y hacia el Sud y el Norte grandes llanuras que, en tres cuartas partes, forman el área del Colorado. Mientras, sentada en el cómodo vagón del Ferrocarril Santa Fe, que debía llevarme a Los Ángeles, mi mirada se paseaba por esas inmensas llanuras pobladas, alrededor de Denver, por las casas de nuestros agricultores italianos, y más allá, desiertas con inmensos espacios vírgenes aún, mi pensamiento corría hacia nuestros emigrados que, en falanges tan numerosas, desembarcan anualmente en las riberas del Atlántico, aglomerándose cada vez más en las populosas ciudades del Este, y encontrando allí muchos padecimientos y poco provecho; mientras aquí, en el Oeste y en el Sud, hay todavía sitio para millones y millones; y el suelo muy fértil ofrecería ocupación más de acuerdo con sus costumbres; campo donde desarrollar sus actividades y sus conocimientos agrarios, coronando sus esfuerzos y fatigas con abundantes frutos.

Pero este río humano tiene necesidad de que su curso sea dirigido con inteligencia. Sé que la Comisaría de Emigración se está ocupando de este problema, que es muy importante para el bienestar de nuestros emigrados en los Estados Unidos. La solución sin embargo presenta aún muchas dificultades, no sólo por las cuatro mil millas que separan el Atlántico del Pacífico, sino especialmente en encontrar personas de corazón que se ocupen, pero no hagan una especulación de los intereses sagrados del pobre.

¡Pobres emigrados! ¡Explotados muchas veces por aquéllos que aparentan ser sus protectores, y tanto más víctimas del engaño, cuanto éstos mejor cubren sus privados intereses con el manto de la caridad y del amor patrio! En mi viaje veía a nuestros queridos compatriotas, dedicados a la construcción de ferrocarriles en las más intrincadas gargantas de los montes, millas y millas distantes del poblado, por lo tanto separados durante años , de sus propias familias; lejos de la Iglesia, privados de las santas alegrías, que nuestro campesino tiene por lo menos el domingo, cuando dejado el azadón, con sus vestidos de fiesta, después de haber consagrado la mañana al servicio divino y escuchado la palabra del Sacerdote, que le recuerda la nobleza de su origen y de sus destinos, y el valor del trabajo consagrado a Dios, tiene un día para dedicar a la familia y a las diversiones honestas, y puede volver a tomar el trabajo, en la mañana siguiente, con el espíritu rejuvenecido.

Aquí los trabajos más pesados son reservados al trabajador italiano; pocos hay que lo miren con simpatía y se preocupen de él, y le recuerden que también él tiene corazón y con sus exigencias, los cuales quieren defender; y no los vean más bien como una máquina de ingenio en el cumplimiento del propio deber. Es verdad que aquí también el italiano se hace estimar porque es sobrio, honesto, fiel, trabajador, pero de cuántos puros goces se ve privado quien abandona nuestra patria para venir a estas extrañas tierras, sin nadie que lo guíe por el camino del verdadero bienestar, el cual no consiste en amontonar bienes, que muchas veces ni aun se gozan a causa de desgracias sobrevenidas. ¡Cuánto mejor sería para él su campito en el suelo nativo y cuán grande sería la obra social y filantrópica que realizaría quien supiera sacar provecho para nuestra hermosa nación, esos brazos que gastan sus actividades a favor de un país extranjero!

No quiero negar que haya ventajas para nuestro agricultor en estas tierras inmensas, vírgenes, muy fértiles; ofrecen ciertamente al emigrante trabajo y holgura, pero formulo votos de que surjan almas verdaderamente generosas, que tomen a pecho los intereses del pobre y, cuando él arribe a estas playas, lo dirijan bien. Mientras tanto les aseguro que es de sumo placer para mí constatar, en mi gira por nuestras misiones, el bien que en favor de los emigrados, realizan nuestras instituciones. Aquello que, por ser mujeres, no nos es lícito llevar a cabo en gran escala, ayudando a resolver importantes problemas sociales, en nuestra pequeña esfera se hace en todo Estado, en toda ciudad, en donde existan nuestras casas. En ellas se recogen los enfermos, los huérfanos, los pobres; no sólo se instruyen

millares de niños, sino que es inmenso el bien que se realiza, mediante el contacto con el pueblo, con las facilidades que las instituciones de caridad proporcionan a las Hermanas de la Colonia.

Las relaciones entre el pueblo y las Hermanas son cordialísimas; las llaman Madres y Hermanas, y comprenden que tales palabras no son vacías de sentido, pues saben que a los títulos corresponden corazones de verdaderas madres, las cuales palpitan al unísono con ellos, y que, dejando de lado todo pensamiento para sí mismas, hacen propios sus intereses, sus penas, sus alegrías. Mas, todo esto no es mérito nuestro, sino fruto de la caridad de Cristo y de la prodigiosa fecundidad de nuestra Santa Religión, verdadera amiga de los pueblos, haz de luz que los guía en las tinieblas, casa de refugio, torre de salvación, puerto de salud.

Mientras me estoy entreteniendo con ustedes, he aquí que hemos llegado a Colorado Springs, la aristocrática ciudad del Colorado, que a la sombra del monte Pike´s Peak, una de las más altas cimas de estas montañas. Las personas débiles y extenuadas son atraídas por la suavidad del clima, por la salubridad de las montañas circundantes, por las muy variadas aguas minerales, que a cada instante brotan frescas, espumantes, verdaderas aguas gaseosas. Los Indios, maravillados de tanta riqueza de aguas minerales pensaron en su dios Manitou, palabra india que significa Gran Espíritu, habita en estos montes, y especialmente en el así denominado "Jardín de los Dioses". A mi vuelta podrán admirar las vistas de este hermosísimo parque natural, con extensión de bastantes centenares de hectáreas, en donde las rocas coloreadas con vívidas tintas, se hallan esparcidas a miríadas y esculpidas por la naturaleza con las más extrañas formas, ora imponentes, ora grotescas, a veces austeras, otras veces frívolas, de tal manera que recuerdan las semejanzas más extrañas. Cerca de aquí el general Palmer, un buen bienhechor nuestro, tiene la propiedad con un privado jardín de los Dioses, una verdadera joya de arte, sea en el palacio construido por él, como en las bellezas naturales de las rocas, son altísimas agujas, reflejando los colores más diversos. Aun se ve entre las rocas el nido de águila, que desde hace años vivía como reina esos montes. Mas, hace poco tiempo, fue muerto el aguilucho, y desde ese día la noble ave desertó del nido, con sentimiento grande, como se puede imaginar, del General, que estaba orgulloso de tenerla.

Desde Colorado Springs, en pocas horas, se llega a Trinidad, campo importante por las diversas minas, especialmente de carbón, en las cuales

se hallan ocupados muchos italianos. Nuestras Hermanas los visitan con regularidad y, para estos pobrecitos, la visita es como un rayo de sol en aquellas tinieblas. Les hablan de sus hijos que cuidan junto a ellas; de sus familias, que han visitado; los llaman al cumplimiento de sus deberes de religión; los consuelan en las tristezas de su miserable condición, y siempre los dejan más contentos, por lo menos resignados en su pobreza. Las fatigas de las Hermanas para subir hasta las más altas montañas son pagadas con la sonrisa, que ilumina sus rostros tan sólo al escuchar resonar, en aquellas oscuras bóvedas, la lengua materna. ¡Pobres mineros! ¿Quieren saber cuál es su vida? Aquéllos que tienen el turno a las seis entran en las minas y quedan sepultados hasta mediodía, salen a las doce para una breve comida, y vuelven a entrar a la media hora y salen a las cinco. Media hora se dedica para lavarse y prepararse para la cena, y una vez acabada, cansados hasta no poder más, se echan sobre el lecho, para levantarse al día siguiente, cuando el pito los llama al trabajo. Los domingos... fuman y duermen... Y este trabajo, lejos de las familias, separados de la relación con otras personas, continúa interrumpido por años y años, hasta que llega la vejez, la impotencia o también hasta que un día un desmoronamiento, una explosión, un accidente cualquiera trunca la vida del pobre trabajador, que no tiene ni necesidad de un sepulcro, sepultado en la tumba, en la cual ha vivido toda su vida.

¡Oh si por lo menos la voz de la Religión pudiere llegar a todos estos pobrecitos, y les enseñase a santificar y ennoblecer tan fatigosa labor y hacerla fructuosa para la eternidad! De aquí comprenderán la tremenda responsabilidad de quien pretende arrancar el don de la fe a las clases trabajadoras, quitándoles toda esperanza de vida futura, extinguiendo en sus corazones el amor hacia Dios! Quitados los principios sobrenaturales y los dictados de nuestra santa fe, ¿qué queda sino el embrutecimiento, y el desahogo de las más innobles pasiones? Rueguen, mis buenas hijas, rueguen para que se aumente el número de obreros evangélicos y éstos sean celosos y de buen espíritu, a fin de que sus esfuerzos sean capaces de detener el materialismo, la incredulidad, que como sutilísimo éter se infiltra por todas partes, causando daños grandes, inmensos, irreparables.

Rueguen para que todos los fieles escuchen dócilmente la voz del Vicario de Jesucristo, Pío X, quien consciente de estos grandes males, que tratan de sacudir la sociedad en sus fundamentos, se ha propuesto restaurar todas las cosas en Cristo. Fuerte con la fortaleza de Dios, asistido como lo es, por el Espíritu Santo, Él no dejará de cumplir en la Iglesia

la alta misión, para la cual Dios lo ha elegido; pero al mismo tiempo ¡cuántas fatigas ha de soportar; cuántas preocupaciones; cuántas penas angustian su corazón, preocupan su mente en el difícil cumplimiento! Por lo menos que Él se vea consolado por el amor y la obediencia de sus hijos, y en todos halle la cooperación, que es necesario le sea prestada por cada uno; esta cooperación hará posible, que se realicen los santos proyectos del Papa, y que se detengan estas inundaciones de males, que amenazan cubrir el mundo. Al dejar la ciudad manufacturera de Trinidad, el tren se interna en el corazón de la región montañosa. Mas, como las locomotoras suben despacio, podemos mirar las bellezas a nuestro agrado. A cada instante cambia el paisaje. Montañas austeras, cuyas cimas están emblanquecidas por cándida nieve y colinas verdeantes de pinos y rosadas por el color de las rocas y el suelo. Puntas agudas que parecen tocar el cielo y en las cuales sólo se posan las águilas; y altiplanos, en donde, el audaz cabrito, de vuelta de sus excursiones por las montañas, viene a apacentarse en las hierbas aromáticas, que abundan; y en donde el lento buey y el fiero búfalo pacen juntos, ignorando que en las gargantas vecinas resuena el rugido del oso blanco. Por aquí y por allá plateadas cintas bajan por entre las rocas, y pronto se convierten en torrentes amenazadores que, a saltos y cascadas, corren por sus lechos de rocas de diversos colores. El nombre del Colorado nunca fue mejor aplicado, que a este país encantador, a estos hermosísimos parques naturales, donde la mano del hombre no podía añadir mayor belleza, de aquélla con que los enriqueció la naturaleza. En verdad que viene espontánea a los labios la exclamación: ¡Cuán admirable es Dios en sus obras!

Mientras tanto hemos comenzado a bajar la vertiente occidental y nos dirigimos en rápida carrera hacia el Pacífico, habiendo pasado la frontera del Nuevo Méjico. Muy interesante es este país. Aquí los indios viven aún en buen número en sus Pueblos, pequeños caseríos fabricados, a modo de fortalezas, sobre montañas erguidas e inaccesibles. Se puede decir que la misma roca forma tres lados de la habitación; el frente también está herméticamente cerrado, sin puertas ni ventanas, de manera que sólo por medio de una escalera de mano y una abertura en el techo, se puede entrar en sus casitas.

Parece que estos Indios de Nuevo Méjico, al contrario de otras tribus más salvajes y dadas a la caza, han sido un pueblo moderado, frugal, industrioso, dado a la agricultura; y justamente para poner sus provisiones y los frutos de su trabajo, a cubierto de la rapacidad de sus vecinos, es

que los pueblos se han edificado a modo de fortalezas. Desde el vagón del tren veía a estos pobres indios, sentados delante de sus casas, con sus pintorescas vestiduras, sea tejiendo cestos, en cuya industria son muy ingeniosos, o curiosamente observando el paso del tren, este gran factor de civilización y comercio, el cual sin embargo no ha logrado arrancar a estos pueblos de su primitiva simplicidad.

Al llegar a Albuquerque, la metrópoli del valle de Río Grande, pude acercarme a ellos, pues, desplegados en dos filas, junto a los pórticos de la estación, hallé que ofrecían a los viajeros los productos de sus industrias. Algunos vendían vasos de terracota, trabajos de margaritas, cestitas ingeniosamente hechas, mientras otros se contentaban con ofrecer granadas, topacios ahumados y otras piedras halladas en los desiertos del Méjico. En el interior de la estación, en donde hay una hermosísima colección de trabajos indios, los más diestros tejen las famosas mantas *Navajo*.

Las razas indias son numerosas y variadas. En algunas de frente erguida, de nariz aguileña, brilla una inteligencia brava, mientras la mirada penetrante revela la audacia propia de su raza y al mismo tiempo la nobleza y bondad de su alma. Otros pueblos indios son inferiores a ellos, y sus rostros expresan una inercia casi estúpida; las mujeres en especial parecen muy amigas de pintarse la cara con varios colores, que se asemeja a un tatuaje.

Sus costumbres son curiosísimas, que no describo, porque las ilustraciones que llevo, darán a ustedes mejor idea de lo que podría proporcionarla mi descripción. Apenas subimos al tren, algunos mejicanos, mezclados con los Indios, nos rodearon, contentos de ver Hermanas, y los Indios, más tímidos, se adelantaron poco a poco, ofreciéndome sus trabajitos, y atraídos por la cruz que brillaba, pedían besarla. Y yo, mientras satisfacía este deseo inocente, pensaba: ¡Cuántas almas, en estos pueblos civilizados, aún no conocen a Dios, sumergidos en la más negra idolatría, superstición e ignorancia, sin que se llegue nadie a realizar entre ellos un poco de bien, por falta de obreros evangélicos! ¡Oh, cómo sufre el corazón de la Misionera, que encendida por la gloria de Dios y la salvación de las almas, siente sus propias fuerzas paralizadas por la imposibilidad de llegar a todas partes, en donde la llaman los intereses de Dios! Estas pobres almas, mientras fijan sus curiosos ojos sobre ustedes, parece que en mudo lenguaje les dicen: ¿Por qué no venís a traer la luz de la fe a nosotros? Oh almas cristianas y generosas, ¿por qué no escuchan el llamado

de estos sus lejanos hermanos? A ustedes no faltan entusiasmo, energía, inteligencia, corazón. ¿Por qué dejar sepultadas y latentes tantas hermosas condiciones vuestras con que el Señor las ha adornado, y más bien no las emplean a favor de quienes no conocen al verdadero Dios? ¿Por qué no reflexionan que estos talentos empleados por ustedes en el servicio del Señor les rendirán inmenso mérito en la tierra y gloria en el cielo? Así me hablaban al corazón los pobres Indios de Albuquerque, los que para mí representaban las tribus numerosas esparcidas por el Oeste de los Estados Unidos, entre los cuales, por más que se haya trabajado, poco se ha hecho hasta ahora. Y un sentimiento íntimo de tristeza me apretaba el corazón, al no poder quedarme, por el momento, entre ellos y dedicarme a su cultura espiritual e intelectual por falta de sujetos. Son ahora más de cuatrocientas las Misioneras del Sagrado Corazón, que de día y de noche trabajan en los Estados Unidos, y sin embargo son como un pequeño haz de espigas en un campo inconmensurable. ¡Oh! Nos conceda el Sagrado Corazón que, para mayor gloria suya y para la salud de las almas redimidas por Él, muchas almas generosas vengan a enrolarse en nuestras filas, bajo el estandarte del Sagrado Corazón. Hay campo para todas, para toda actividad, para todos los talentos, para todas las inclinaciones. Quien se consagra a Jesús como su Misionera, dispuesta a ir hasta los últimos confines de la tierra para anunciar su Nombre, aun con el sacrificio de los más caros afectos y de la misma vida, es una verdadera heroína, en cuyo corazón está viva la llama de la caridad. Ella no atrofia su corazón, ni pone bajo las cenizas la viva centella de su inteligencia, de que Dios la ha dotado; antes bien la llama encendida en el corazón se convierte en volcán de caridad, que todo lo embiste; esa centella se torna en resplandeciente tea, ante cuya luz huyen las tinieblas, y las almas errantes descubren el camino de la vida. Dichosa quien podrá presentarse ante el tribunal de Dios seguida por muchas almas, salvadas por su intermedio. La voz de Dios llama a muchas, pero no todas la escuchan, por esto es que, con frecuencia, se tiene el dolor de ver grandes mieses, que se pierden por falta de segadores.

Ustedes, mis buenas hijas, en su misión grande de educadoras, sean las primeras colaboradoras de las Misioneras del Sagrado Corazón, y es por esto que forman parte tan dilecta de mi corazón, en la gran familia que Jesucristo me ha dado. Mucho espero de ustedes; esperan de ustedes, no sólo la patria y la religión, sino también el mundo entero. Ahora ya no es necesario ser Misionera para dar vueltas por el mundo. La facilidad de los

transportes, la emigración, favorecen a que los hombres muden de país, con la misma facilidad, con que antes se hubiera ido de la casa al huerto. Vemos llegar aquí cada año a millares y millares de nuestros connacionales, los vemos en constante contacto con pueblos herejes, incivilizados, idólatras. Si a cada niño que se nos encomienda en nuestras escuelas, lo hacemos crecer en el santo temor de Dios; y si además de instruir su mente, le educamos el corazón, le infundimos los principios de religión, de honestidad, de manera que crezca buen cristiano y buen ciudadano, ¿no es verdad que este alumno nuestro será a su vez maestro, y maestro tanto más eficaz en su enseñanza, cuanto más familiares sean las exhortaciones y los ejemplos que valen más en comparación con las estériles y catedráticas instrucciones? La maestra que de esta manera educa a sus alumnos, arroja numerosos granos de mostaza, los cuales según la palabra del Maestro Divino, crecerán muy en alto, y ni a ella le será dado nunca a conocer cuántos frutos de salud ellos han engendrado. Mis buenas hijas, hagan que la de ustedes no sea sólo una escuela de literatura, de ciencias, de matemáticas, de historia, , sino de costumbres, de sólida moral cristiana, así habrán hecho un gran servicio no sólo a la religión, sino también a vuestra patria, y habrán contribuido grandemente a la realidad del voto, que es de todos, en estos días, en que tantos hijos de Italia emigran al exterior, esto es, hacer que nuestra patria sea honrada y respetada en todos los demás países.

Ya hemos dejado Nueva Méjico y entrado en Arizona, mejor diré en el desierto. En verdad los desiertos de Arizona, no son como se podría imaginar por su nombre, ni monótonos, ni sin vida. Son tierras inmensas, interrumpidas por cadenas montañosas, por abismos profundos, por volcanes apagados, por rocas de diversos colores, por montes de imponentes y diversas formas, de manera que, con un poco de imaginación, ora parecen castillos con baluartes y torres de defensa, otras veces monumentos colosales, adornados por una cantidad de cariátides (estatuas, en general de mujeres, que sostienen una cornisa), de columnas, de esculturas maravillosas. Las arenas del desierto ya han probado que son fértiles y productoras de todo bien para el cultivador que ha tenido la valentía de excavar pozos, sembrar legumbres y plantar frutas, con la ventaja que, por el fuerte calor de la región, los puede recoger en el invierno, cuando valen mucho. Como nos acercamos a la California, el país de los gigantes del reino vegetal, aquí los arbustos, las hierbas asumen proporciones colosales. El *cactus*, al que se le llama *cereus giganteus*, llega a alturas de

sesenta pies. Pero el mayor atractivo de este desierto lo forma la Floresta Petrificada y el llamado Gran Cañón de Arizona.

La floresta petrificada es una extensión de cerca de mil hectáreas, la cual se halla probablemente sobre la ribera de un mar interior, y en la evolución de los tiempos se halló sumergida en las aguas y ahora está cubierta por las arenas del desierto. Allí, se encuentran extendidos por tierra o despuntando entre las arenas, innumerables troncos de árboles petrificados; de diversas dimensiones, algunos llegan hasta los diez pies de diámetro. Parecen pinos o cedros; las aguas llenando sus células de sílice, de manganeso y de óxido de hierro mezclados con otras sustancias, les han dado esos hermosísimos colores, que causan la admiración de los viajeros. Por la acción del frío o del calor, estos troncos se hallan tan divididos, que parecen más bien cortados por la mano del hombre en enormes discos. En su estado natural estas masas de piedra no poseen colores muy resplandecientes, pero una vez trabajadas, justifican el nombre de "Floresta joya" dado a este bosque, ya que cada partecita de esas plantas se ha trocado en calcedonio, cornelio, ágata, crisoprasio, amatista, topacio, etc. Uno de estos árboles, con el tronco intacto, ha caído a través de un precipicio de 45 pies, en manera de formar un puente, y su cima y su raíz están sepultadas en la arena, lo que les da una idea de su altura. Tendrán en verdad curiosidad de ver este gran leño petrificado, y yo para satisfacerla, les llevaré un trozo a mi vuelta.

Pero, de esta maravilla pasemos a otra aún mayor, que ninguna pluma hasta aquí ha logrado describirla, el gran cañón de Arizona. Tampoco yo intentaré hacerles comprender las bellezas, cuando escritores de nota hallaron la tarea superior a sus fuerzas. La palabra *cañón*, española, se aplica aquí frecuentemente a esas gargantas gigantescas de montes y precipicios, que los grandes ríos de estos países, en el curso de los siglos, han excavado en estas regiones titánicas. El gran cañón es un intrincado sistema de cañones, con profundidad de más de 600 pies, teniendo 125 millas de ancho y 180 millas de largo. El que se asoma a la orilla del cañón, creería encontrarse en la cima de una altísima montaña, en lugar de la orilla de un abismo profundo, al ver el panorama estupendo que se presenta ante sus miradas. Un laberinto de inmensas formas arquitectónicas, diversas hasta el infinito en su figura, que nada han de envidiar a las pirámides de Egipto o a los majestuosos mausoleos de los faraones, decorados con los más curiosos adornos que la naturaleza haya podido producir, semejantes a veces a festones de encajes o de gasas que penden de las rocas, pintados

con la mayor variedad de colores, que la paleta pueda producir, y con diáfanas tintas, de maravillosa delicadeza. Las altísimas montañas, que dominan este abismo, tienen esto de particular, que, según las horas del día, cambian de color, de modo que ora las ven de rubíes, que más tarde se mudan en esmeraldas, para luego aparecer resplandecientes como diamantes bajo el potente rayo de sol, y zafiro en la luz más pálida de la tarde. El hombre se siente pequeño ante este imponente espectáculo. ¡A los ojos del buen cristiano es ésta, aunque pálida, una imagen de la grandeza de nuestro buen Dios!

Desde el gran cañón, cuyos bordes se hallan a la altura de cerca de seis mil pies, el tren baja, en vertiginoso curso, hasta las laderas de las montañas, costeando precipicios, hasta la ciudad de Needles, que se halla a pocos pies de altura sobre el nivel del mar, para luego volver a subir inmediatamente, hasta cerca de tres mil pies. Esta posición de la ciudad, sepultada casi entre dos altísimos altiplanos, junto con la naturaleza del suelo todo cubierto de lava, por erupción, de hace siglos, de los cercanos volcanes, hace de Needles uno de los pueblos más calurosos del mundo o por lo menos de los Estados Unidos. En verdad, el calor era sofocante. No pudiendo resistir al fuego, que entraba por las ventanitas, y aun por las fisuras del tren, trataba de defenderme con almohadas, mas en breves minutos estaban tan calientes, que parecían abrasadas.

Needles se halla en los confines de Arizona y es, por lo tanto, la puerta de la California. Si hubiera juzgado la California por esta ciudad, me habría formado mala impresión; pero fue bueno para nosotras que las tinieblas de la noche vinieran a cubrir este poco atrayente paisaje, y al día siguiente, cuando salió el sol, el tren corría por entre villas con naranjos, entre filas de eucaliptus y muy hermosa verdura, entre prados verdeantes y montes de flores. Estábamos en California.

Con razón se compara con frecuencia este Estado con Italia y muy particularmente a nuestra llamada Riviera; pero no se equivocan quienes afirman que debería compararse más bien a la tierra prometida, de la que se dice que por ella corrían leche y miel. Uno de los principales atractivos de la California, rica en oro, en plata y toda cosa preciosa, entre las cuales las famosas minas de *tourinaline*, piedra que se va poniendo en boga, es el incomparable clima. Aquí la primavera es constante; el cielo da envidia al de Italia; no llueve casi nunca y sólo un par de meses en el año; si hay días calurosos en el estío, el calor es templado por las brisas del mar, y

las noches son fresquísimas. Cuando salí de allí en el mes de diciembre, las colinas comenzaban a revestirse de frescas hierbas que despuntaban bajo las anteriores, siempre verdes también éstas, y los árboles producían nuevos brotes. Una benéfica niebla, cargada de humo y de miasmas de la ciudad, se levanta cada tarde y durante la noche es empujada lentamente hacia el mar por una corriente de aire fresco, que viene de las montañas. Por la mañana otra niebla envuelve las colinas, sobre las cuales se halla asentada la ciudad de Los Ángeles, y el sol con dificultad llega a disiparla, de manera que sucede muchas veces que, perezoso, aparece solamente hacia las diez. Pero esta niebla que viene del mar es de un diáfano color celeste, y empujada en sentido inverso a aquella de la tarde por los vientos marinos, purifica la atmósfera y la deja limpia y serena para todo el día.

Esto en cuanto al clima. Ustedes saben mejor que yo cuáles son los productos de la California. Cada fruto, cada hierba, cada árbol, crece en proporciones desmesuradas. Ora son árboles gigantescos, en cuyo tronco se edifican capillas, se abren galerías, por las cuales van y vienen automóviles; ora se admira la célebre nínfea *Victoria Regia*, que ustedes conocen por las descripciones de los naturalistas. Ora un tronco secular de *Washingtonia Regia*, el gigante de los bosques, abatido por no se sabe cuál accidente, permite a un escuadrón de caballería ponerse en fila sobre el mismo, cual si fuera una calle principal o mejor una plaza de armas. Ora los geranios crecen tan altos que hacen de valla de división entre varias propiedades, o a veces se trepan hasta 30 pies para adornar con gracia los troncos de las palmeras, que flanquean los caminos y hermosean los jardines. Las frutas tienen una fragancia y un sabor completamente especial, y aquí junto a Los Ángeles vive el célebre naturalista Burbank, que va añadiendo nuevas maravillas a las maravillas naturales, y con ingeniosos experimentos e injertos ha obtenido nuevas especies de flores y de frutas, albaricoques y ciruelas sin carozo (o pepita), uvas sin semillas.

Para gloria de la Iglesia debo decirles que quien señaló el camino al Sr. Burbank, fue el abate Gregorio Mendel, quien hace ya medio siglo, en su convento de Austria, comenzó los experimentos que han hecho célebre el nombre del naturalista de California. Lo que él hace ahora se debe al trabajo de un inteligente monje Agustino. Por esto ven cómo se debe respetar a la Iglesia, aun como cultora de las ciencias y de las artes.

Pueden imaginarse que apenas llegué no perdí tiempo, antes inmediatamente comencé a dar vueltas por la ciudad y los alrededores para tener

una cabal idea antes de elegir el lugar para nuestra escuela y para nuestro orfelinato. Puedo decir que no hay valle, ni colina, que no haya visitado, con admiración siempre creciente de la bondad del Señor, que tanto se manifiesta en este bendito país. Cada valle es un natural *Sanitarium*, donde con sólo permanecer al abierto de día y de noche, se cura una enfermedad especial; y en verdad hay para cada caso de males. Los enfermos con agotamiento de salud, a los pies de la colina, fabrican pequeñas carpas en las cuales viven, en las cuales duermen, y después de algunos años se hallan más fuertes y vigorosos que antes. En otros lugares los asmáticos recuperan la salud; aquí los nerviosos, allí los anémicos; en una palabra, el aire es médico y medicina para todos.

La ciudad de Los Ángeles que en 1880 tenía sólo 11.000 habitantes, cuenta ahora con cerca de 150.000, y en la estación de los fríos se añaden los turistas, que vienen a veranear. Durante mi estada, en una semana llegaron más de 30.000. Se halla alejada del mar sólo 16 millas, pero está unida por medio de un sistema de carros eléctricos sin par; sus hermosas calles se hallan adornadas de palacios muy elegantes, que no se hallan quizá en otras partes de los Estados Unidos; sus villas, sus parques se extienden desde lo alto de las colinas suavemente hasta el llano. No hay casa, por pequeña que sea, que no tenga un jardincito de flores; las palmeras dan a toda la ciudad un aspecto de elegancia. Justo sobre una de las colinas he hallado la situación apropiada para nosotras y puedo decir en verdad que el Sagrado Corazón se la había preparado, ya que el amplio jardín lleno de palmeras, que se halla frente a la casa, la oculta, y casi encierra, como si fuera un verdadero convento; al mismo tiempo nos hallamos a breve distancia de la ciudad y a los pies de la colina, sobre la cual se halla edificada nuestra casa, se encuentran las viviendas de nuestros italianos, de manera que las Hermanas, en pocos minutos pueden hallarse en el campo de su misión y dirigirse a la escuela, que el Obispo Monseñor Conaty, está levantando para nosotras.

Mientras se estaban efectuando los trámites para la compra de la propiedad, tuve ocasión de llegar a la llamada Venecia de América. Situada en posición encantadora sobre las riberas del Pacífico, esta pequeña ciudad está construida al estilo de Venecia. Se han hecho canales artificiales, con puentes que copian, en pequeño, los de la Reina del Adriático, y son recorridos por gondolitas. En verdad, los palacios de piedra aún son pocos, como son pocas las casas de Los Ángeles edificadas con muros, usándose casi exclusivamente la madera, pero con exquisito gusto. Por lo

cual, fuera de las pocas calles principales que les hacen revivir a Italia, la ciudad está compuesta de tiendas. Hay millares de éstas bien alineadas de manera de formar calles, de la amplitud de una habitación regular, bien amuebladas, iluminadas con luz eléctrica, y aun la gente más rica, en verano, gusta dejar las comodidades de sus palacios propios para gozar por lo menos durante un mes, de libertad en las playas del Pacífico.

Un paseo de verdadero placer me lo proporcionó el señor Banning, propietario de una isla ya célebre en el Pacífico, favoreciéndome billetes para un vaporcito suyo. Había oído ensalzar mucho las maravillas de la Isla de Santa Catalina, que no habría deseado partir de la California sin poder decirles alguna cosa acerca de ella. Me fui pues un día hermoso en que el cielo era de cobalto y el mar justificaba su nombre.

En la contemplación del inmenso océano, no viéndose más que cielo y mar, pasaron pronto las tres horas de travesía. Cuando nos acercábamos a la principal ensenada de la isla que forma un pequeño puerto, una diáfana niebla se extendía como un velo ante este inmenso block de roca de 30 millas de largo, que forma la isla, dejándonos ver tan sólo delineadas sus formas. Cuando estuvimos más cerca, suavemente se levantó este telón como un magnífico teatro preparado por la naturaleza, y les aseguro que me pareció estar soñando. Me parecía que era transportada a un paraíso terrenal. Por fondo un cielo zafiro, en el cual se destacaban las imponentes montañas, y en medio de aquellos escollos casitas graciosas, sobre un oscuro fondo de pinos y de palmas alrededor. El aire es tan sutil que la vista no puede estimar las distancias y la capacidad de visión parece aumentada. Las aguas del mar de un hermoso azul tan transparente, que el fondo se distingue con claridad con sus miríadas de pescados, entre los cuales el pez volador que a cada momento se lo ve lanzarse como dardo hacia los aires y volver a sumergirse en las ondas. Bastantes focas, importadas de los bancos de Terranova, en donde son numerosísimas y sirven para el gran tráfico de los ingleses, se mueven lentamente en las aguas, sin espantar a los peces habituados a su compañía. Más bien parece que ni aun del hombre tengan miedo los pescados; tanta es la armonía que aquí reina en la naturaleza. Menos aún los pájaros acuáticos, que son los compañeros de los pescadores. Éstos pueblan a millares la hermosa bahía de Avalon, y ora se sumergen para tomar su baño matutino, ora se posan sobre las aguas, haciéndose acunar por las ondas. Se los ve posados en los palos de las barcas pesqueras, en las bordas de las naves, en las rocas;

en una palabra, no hay prominencia que emerja de las aguas, que ellos no adornen con su elegante forma y con su cándida blancura.

Pero el espectáculo más maravilloso es el que se goza en los barcos con fondo de vidrio. Me habían hablado de los jardines acuáticos desde el océano hasta Santa Catalina, y yo me había imaginado alguna combinación ingeniosa de lentes, destinada a dar la ilusión de un jardín en las aguas del mar. Ni hubiera ido a verlo, si no hubiese sido invitada a hacer un paseo en uno de esos barcos. En verdad no me he arrepentido, ya que cuanto admiré allí sobrepasó toda expectación e imaginación mía.

En el fondo del barco se ha practicado una abertura cerrada con cristal, por medio de la cual se ve todo lo que pasa en el mar. Poco nos habíamos alejado de la tierra, cuando el fondo primero liso y arenoso comenzó a poblarse de rocas, luego de verdaderas montañas y en medio de ellas, planicies y valles, todos verdeantes de algas marinas, que en algunos lugares llegan a la altura de 100 pies, ondulándose con el movimiento de las aguas, una variedad casi infinita de plantas acuáticas, de las cuales algunas ostentaban flores de penachos color violeta y frutos diversos, todos de tintes delicados y frescos como los pimpollos que apenas despuntan en primavera, y siempre movidos por las aguas, como si un céfiro fresco los agitase. Si es hermosa la vista de un parque, les aseguro que la de un parque submarino la supera en mucho, cuanto más si lo ven poblado de toda clase de pescados, entre los cuales el pez dorado y las rocas adornadas de conchillas de los más vistosos colores. Después de un par de horas de tan admirable espectáculo, desembarcamos en la playa de Moonstones o piedras de luna; allí se hallan esas piedras toscas, pero luego trabajadas, sirven para hacer pendientes y otras clases de adornos. El calcedonio, del cual se hallan formadas, caído de una alta y quien sabe cuán lejana montaña, es sacudido por las ondas en aquella playa, y los forasteros al hallarla, tienen una manera de llevarse un recuerdo interesante de Santa Catalina, que en el invierno es toda una flor. Pertenece a un señor rico, el cual ha rehusado venderla por cinco millones de dólares. Ha hecho un lugar de visita y un verdadero paraíso terrestre para los turistas.

La perfecta red ferroviaria que une a Los Ángeles con sus alrededores ofrece a los forasteros un paseo muy ameno, que me fue concedido por la cortesía de unos amigos. En menos de cuatro horas nos hallamos en la playa del Pacífico sobre la cima del monte Lowe, a 6.000 pies de altura. Al dejar las playas del mar, se va por entre hermosos viñedos y campos,

que revelan la prodigiosa fecundidad del suelo. Basta echar la semilla y dejar al sol y a las lluvias el cuidado, esperando el otoño para una abundante cosecha. Después de un poco más de media hora, aparece la ciudad de Los Ángeles como una reina majestuosa con sus blancos palacios, que se destacan sobre el verde perenne de las colinas que la coronan. De allí, siempre entre nuevas colinas, se llega a la aristocrática ciudad de Passadena, en donde los millonarios de los Estados Unidos veranean. Allí, en medio de verdes alfombras cubiertas de flores y entre el aroma de los naranjos, se llega al pie de la Sierra Madre. Para los habitantes de California la palabra "foot hill" sugiere a la mente cuanto de más hermoso, de más bueno, de más salubre se pueda imaginar. Aquí los naranjos y los limoneros florecen y maduran sin temor a las heladas; aquí se recogen en el invierno las verduras más delicadas. Aquí el enfermo recupera la salud perdida. Desde Altalena, que se halla al pie de la montaña, se asciende por medio de un funicular hasta los 5.000 pies, y ahí comienza la parte más atrayente del paisaje, ya que llegados a esa altura, donde se goza del espléndido panorama del abierto valle y de la llanura de abajo, un ferrocarril eléctrico, construido con toda la audacia propia de los americanos, mueve sus ruedas de pico a pico, suspendido sobre vertiginosos abismos y trepa por rocas de granito, que parecerían ser inaccesibles, hasta llegar a la cima de 6.000 pies de altura. De este modo se goza de la montaña en toda su belleza, aun sin ser alpinista. Yo pasé varias horas en la contemplación de la espléndida vista, que se gozaba allá arriba, extendiendo mi mirada hasta el océano, que se puede ver en los días claros.

Pero es tiempo de que vuelva a Los Ángeles; ahora nuestras Hermanas se han acomodado bien y han comenzado la misión, no sólo para los italianos, sino también para los pobres mejicanos, que en gran número están allí y con gran necesidad de ayuda. Si hasta ahora los operarios evangélicos han sido pocos, el enemigo ha sembrado mucha cizaña en este hermoso país por medio de los protestantes. Jamás he visto una ciudad en la que haya mayor número de sectas y de las más ridículas. Volvía una tarde hacia las seis a casa, y al pasar por una de las calles principales, atrajo mi atención un grupo de mujeres y de hombres que postrados en tierra sobre la vereda, en la esquina de la calle, lloraban, se golpeaban el pecho, mientras uno predicaba y en alta voz les decía de tener contrición de sus pecados. Se me sugirió que me detuviera pocos instantes más para ver un curioso espectáculo.

En efecto, he aquí que en un instante todos se ponen de pie, y batiendo las manos y gritando, saltan y bailan alegres. El predicador les ha asegurado que los pecados que lloraban, han sido perdonados y por esto, llenos de alegría, saltan. Esta costumbre ha originado el nombre "Santos Saltadores". ¿Qué les parece? Llegan hasta el lecho de los moribundos y allí cantan y bailan para confortarlos a morir alegremente. Están luego los Nazarenos, que profesan vivir sin comer ni beber, pero no hallando hombres tan tontos, se conforman con tener mujeres por ministras. La "Christian Science" domina en toda la extensión de la jurisdicción. Justo en el centro de la ciudad, bajo una gran carpa sobre la cual se destacan con grandes caracteres frases escriturísticas, refiriéndose al milagro hecho por San Pedro en la puerta del templo, ellos hacen sus milagros – se entiende – ya preparados. Allí los estropeados caminan, los ciegos ven en presencia de los tontos, que se dejan engañar. Le fue mal a un pobre verdadero lisiado que fue de buena fe creyendo ser curado. El espíritu invocado naturalmente no quiso hacer el milagro. Y era fuerte el gritar del ministro: "Señor, escúchanos, porque nosotros somos santos, inocentes y venimos pronto detrás de Vos". No hubo manera de hacer caminar al pobrecito y tanta fue la furia que se apoderó del ministro contra ese pobre estropeado, que si no se apuraba a salir rengueando de la tienda, hubiera recibido algún grave daño.

Algunos de nuestros pobres italianos caen en las redes que éstos les tienden. Si en todas partes es necesario un serio conocimiento de nuestra santa fe, especialmente lo es en estos pueblos protestantes. Y esto nos enseña cuán necesario es un buen estudio del Catecismo. ¿Cómo puede el pobre inmigrante ser fiel a una verdad, a principios, que apenas conoce? ¿Cómo practicará cosas de las cuales ni nociones se tienen? El Catecismo, en su forma breve, contiene las más elevadas doctrinas de nuestra santa fe y en él hallan conocimientos así el docto, que como águila penetra en los misterios divinos, como el simple, que sin ansias de pensar se conforma con conocer el camino que debe seguir para vivir la vida cristiana y llegar a la eterna recompensa. Quitemos la religión al hombre, ¿qué le queda en esta vida de desilusiones, de pruebas, de aflicciones sin cuento? ¿Dónde hallará la fortaleza para resignarse en los tristes sucesos, sino en los pensamientos que la religión le sugiere? ¿Y de dónde nacen las rebeliones, los levantamientos sino de la falta de religión? Nos equivocamos mucho si cada uno de nosotros en su propia esfera, quiere contribuir

a la grandeza de nuestra patria y no basa el edificio sobre aquella piedra angular que es Cristo y su Iglesia.

Dichosas ustedes, mis queridas hijas, que mientras se dedican a conseguir la cultura, que les es tan necesaria, no olvidan el estudio de la más alta de todas las ciencias. Más dichosas aún porque obtienen de su estudio tanto fruto, por lo cual la suya no es vana ciencia que hincha solamente, sino es la que reforma las costumbres, educa el corazón, forma el verdadero carácter. Dichosas ustedes que de esta manera se hacen instrumentos dignos en las manos de Dios; la Iglesia y la sociedad podrán esperar mucho de ustedes, ya que su sola presencia, su virtud y su enseñanza crearán en las aulas, en donde enseñen, saludable ambiente y de ustedes emanará influencia benéfica, educativa en el verdadero sentido de la palabra, y será inmenso su fruto.

Puesta en orden la misión de Los Ángeles volví a Chicago, donde hallé nuestro Hospital Columbus, apenas abierto en febrero pasado, muy adelantado. En estos doce meses se han curado cerca de 900 enfermos y se han hecho más de 350 operaciones con espléndidos resultados. Cuando llegué, el presidente del Hospital, profesor Murphy, me preguntó cómo había encontrado a mis niños. Y con estas palabras deseaba aludir a los muchos doctores que allí trabajaban de día y de noche. Con satisfacción mía y suya, pude contestar que me hallaba contenta. Y en verdad, aquí no se trata de niños sino de médicos y cirujanos de toda edad, algunos de los cuales son celebridades mundiales. Sin embargo, es un encanto ver cómo todos se someten al reglamento que yo, después de haber estudiado bien las condiciones del país, les he impuesto, y que exijo observen estrictamente. Si es necesaria la disciplina en una escuela, mucho más lo es una institución de este género, en donde son inmensos los peligros de abusos. Si puedo alejarme tranquila de Chicago, es tan sólo porque veo que mis instrucciones son observadas exactamente.

Un reglamento es bueno no sólo para los religiosos, sino para todos, ya que como es propio de la naturaleza humana relajarse, cansarse y mudar de opinión según los acontecimientos, así ser firme y constante en seguir el camino que cada uno se ha propuesto, a pesar de las contrariedades, las repugnancias que pueden surgir, forma el carácter y es una salvaguardia y prenda de feliz suceso, así para una persona privada como para una institución.

Y ahora, dejen que después de haber abusado de su paciencia, yo las salude cariñosamente, mis buenas hijas, y me consuele con el pensamiento de que pronto podré volverlas a ver, consolarme con ustedes, con cuya esperanza, e implorando sobre ustedes las más selectas bendiciones del C. S. de Jesús, soy

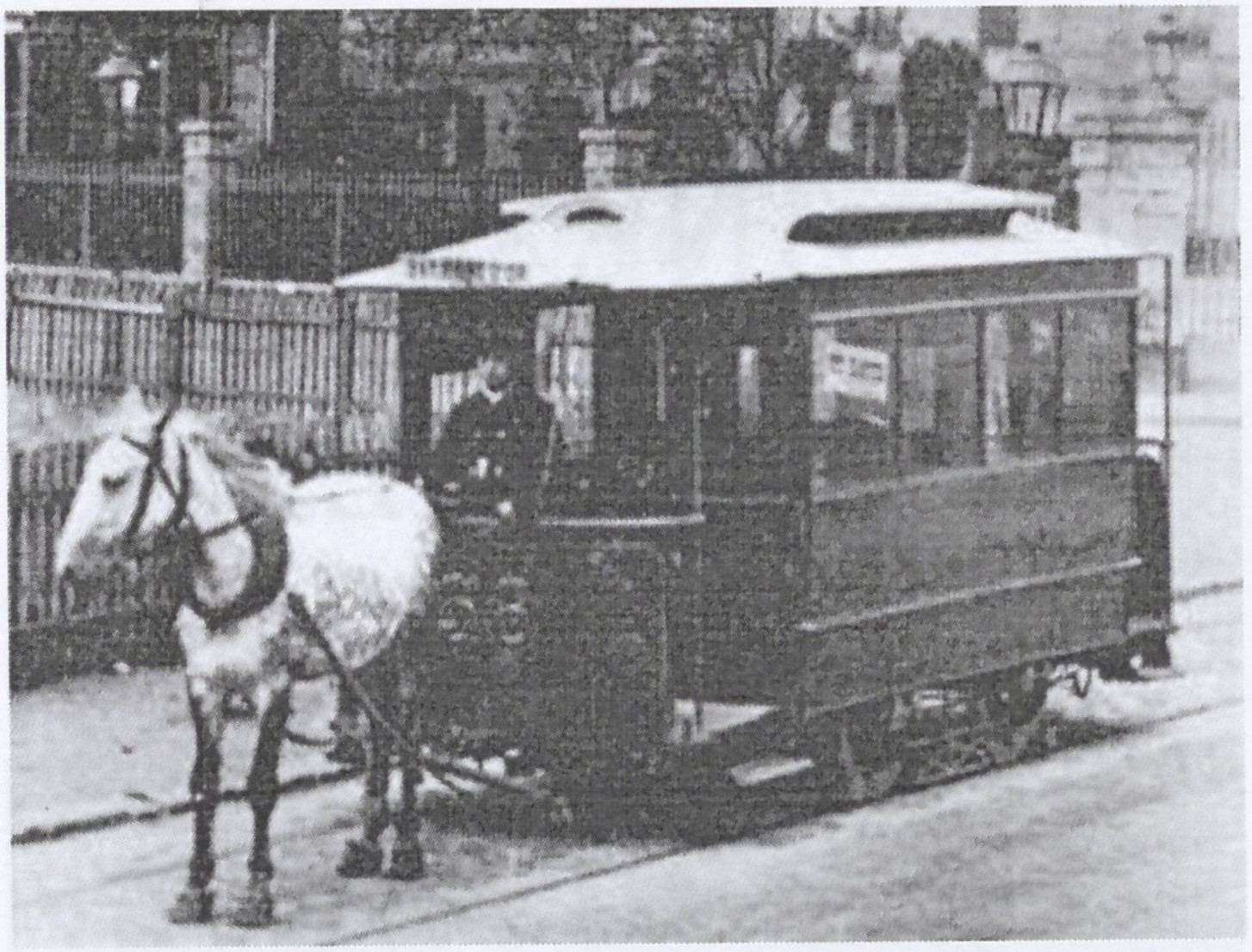
Aff.ma Madre en el SS. C. de J.

M. FRANCISCA JAVIER CABRINI

ANEXO
IMÁGENES



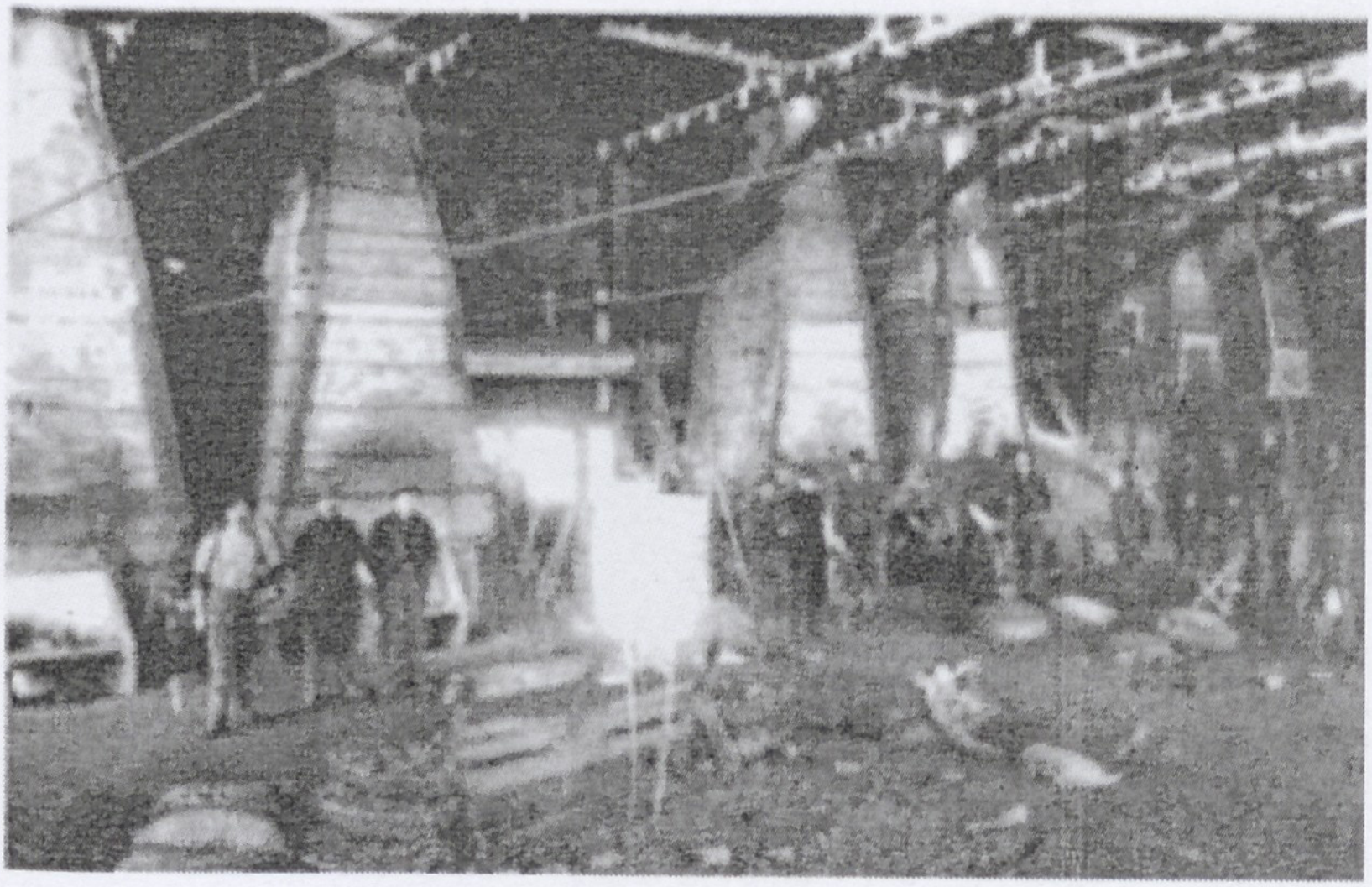
Madre Cabrini-Fundadora de las Misioneras del sagrado Corazón de Jesús



New York



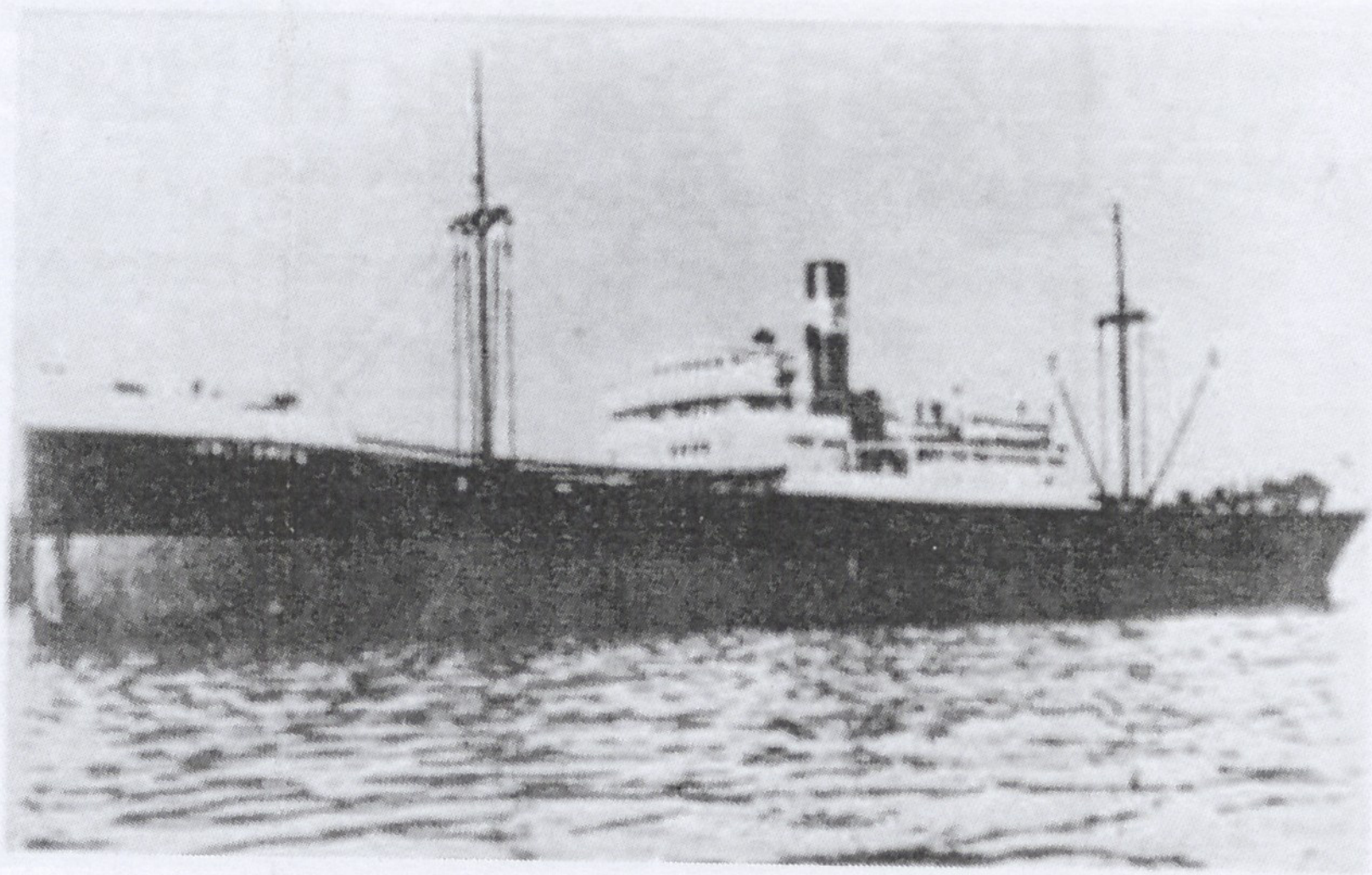
Mar en tormenta



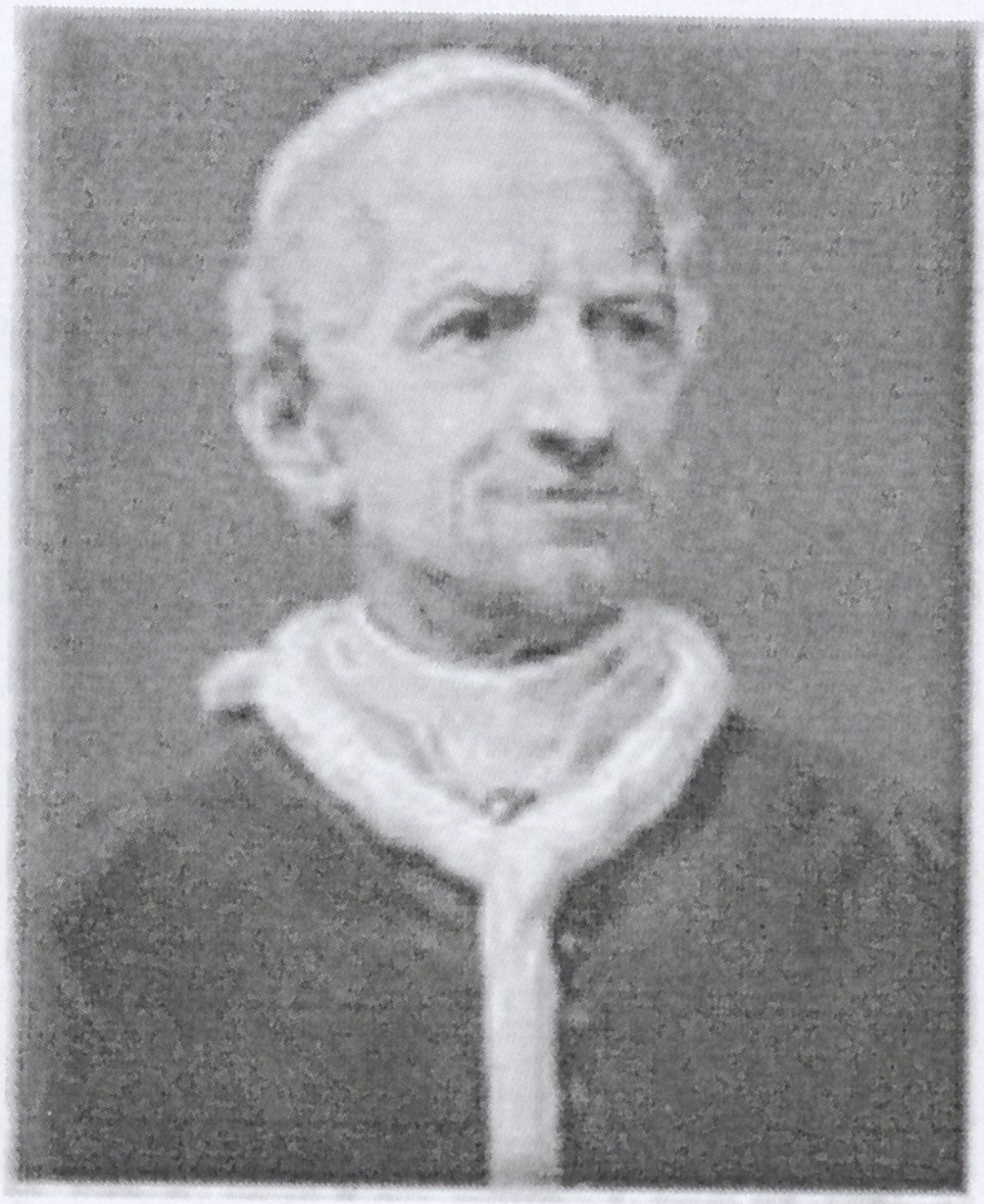
Mineros en USA.



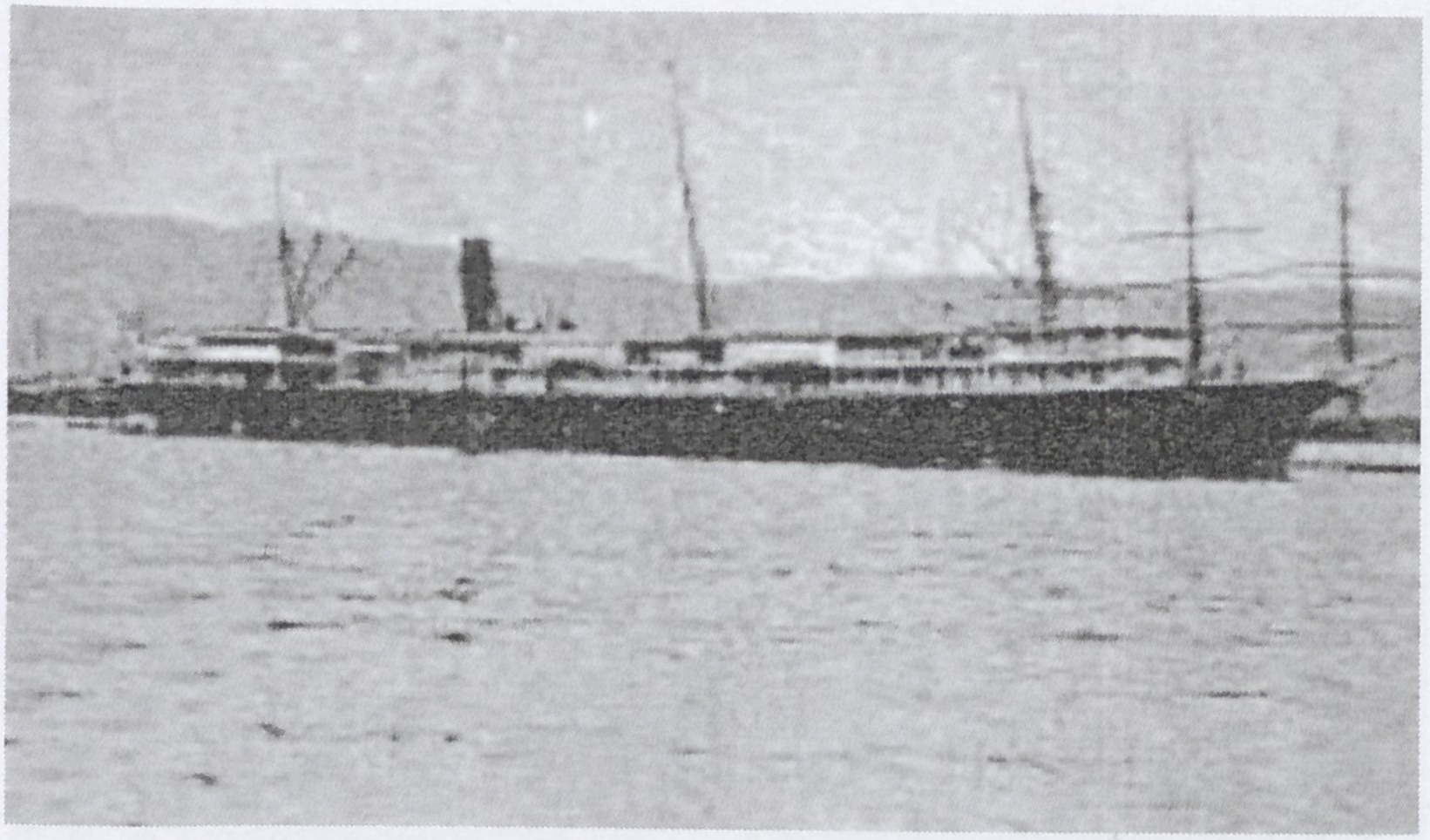
Ciudad de New York



El Mapocho



Papa Leon XIII



Vapor el Fulda



Templo Santa Rosa de Lima



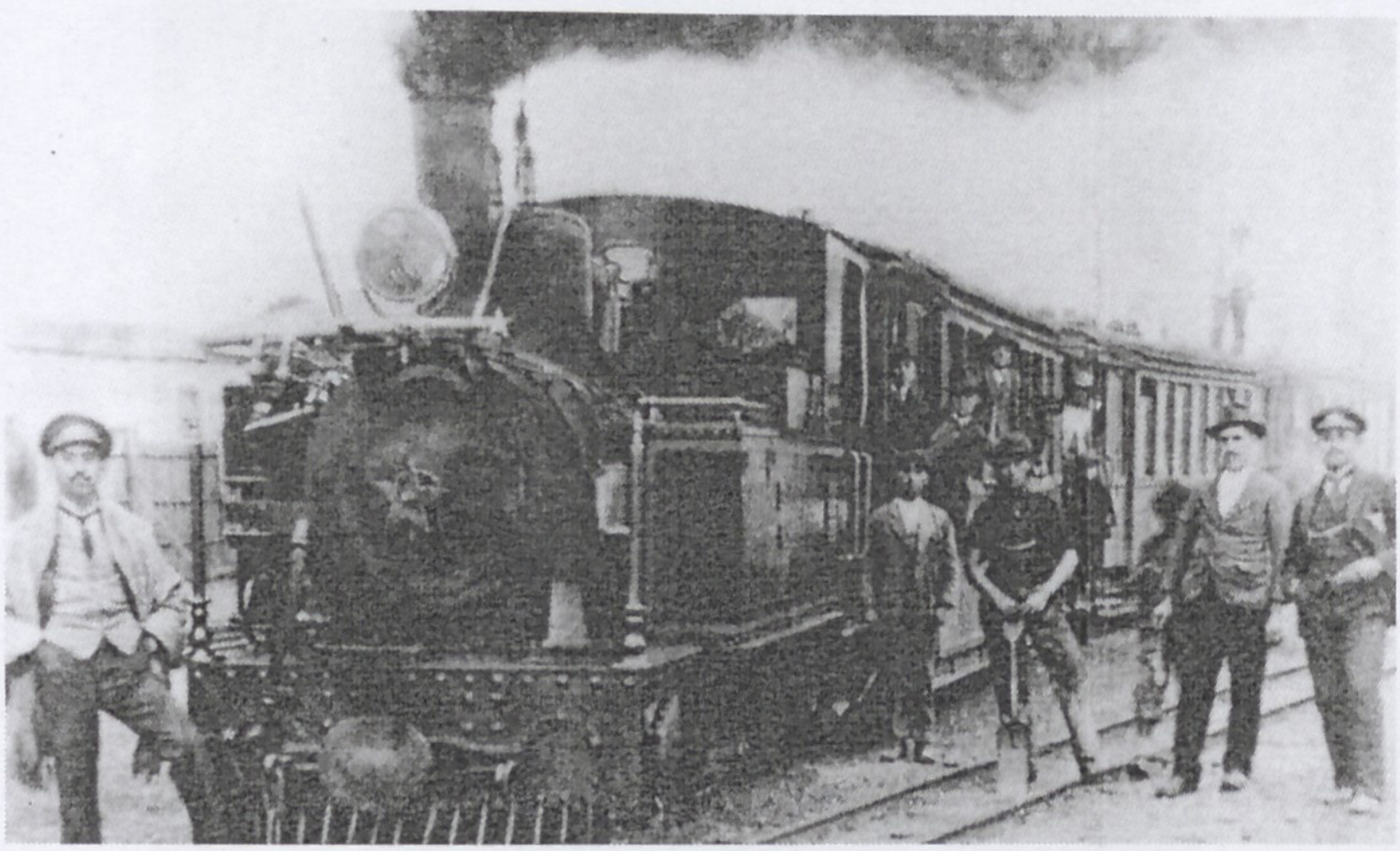
Foto n°12– Cordillera de los Andes (Pàg.122)



Foto n° 13-mar en calma(Pág.29)



Puerto de Valparaíso - Chile



Tren transandino 1895 – tramo de Mendoza a Bs. As.



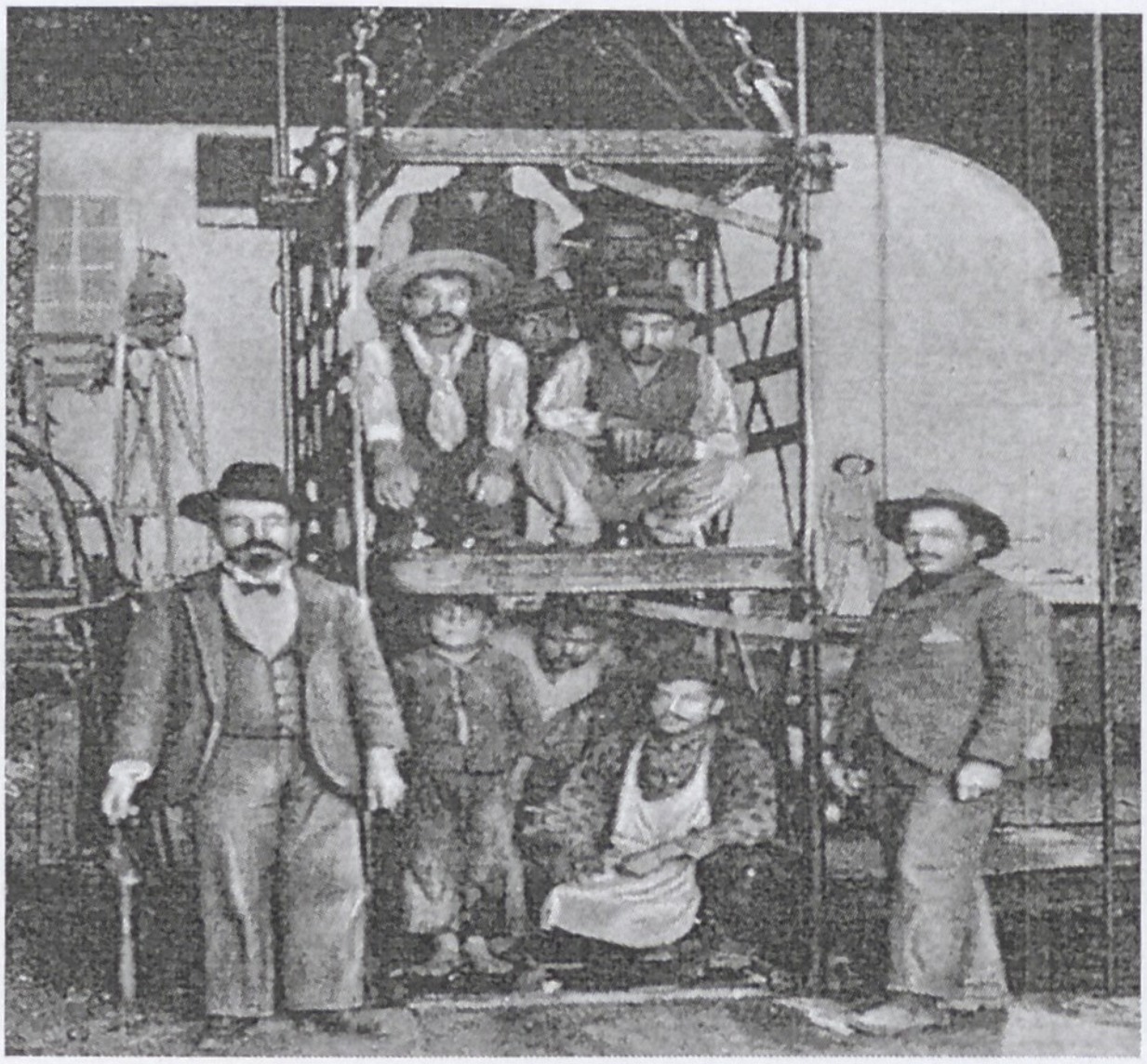
Desembarco de emigrantes en Bs. As.



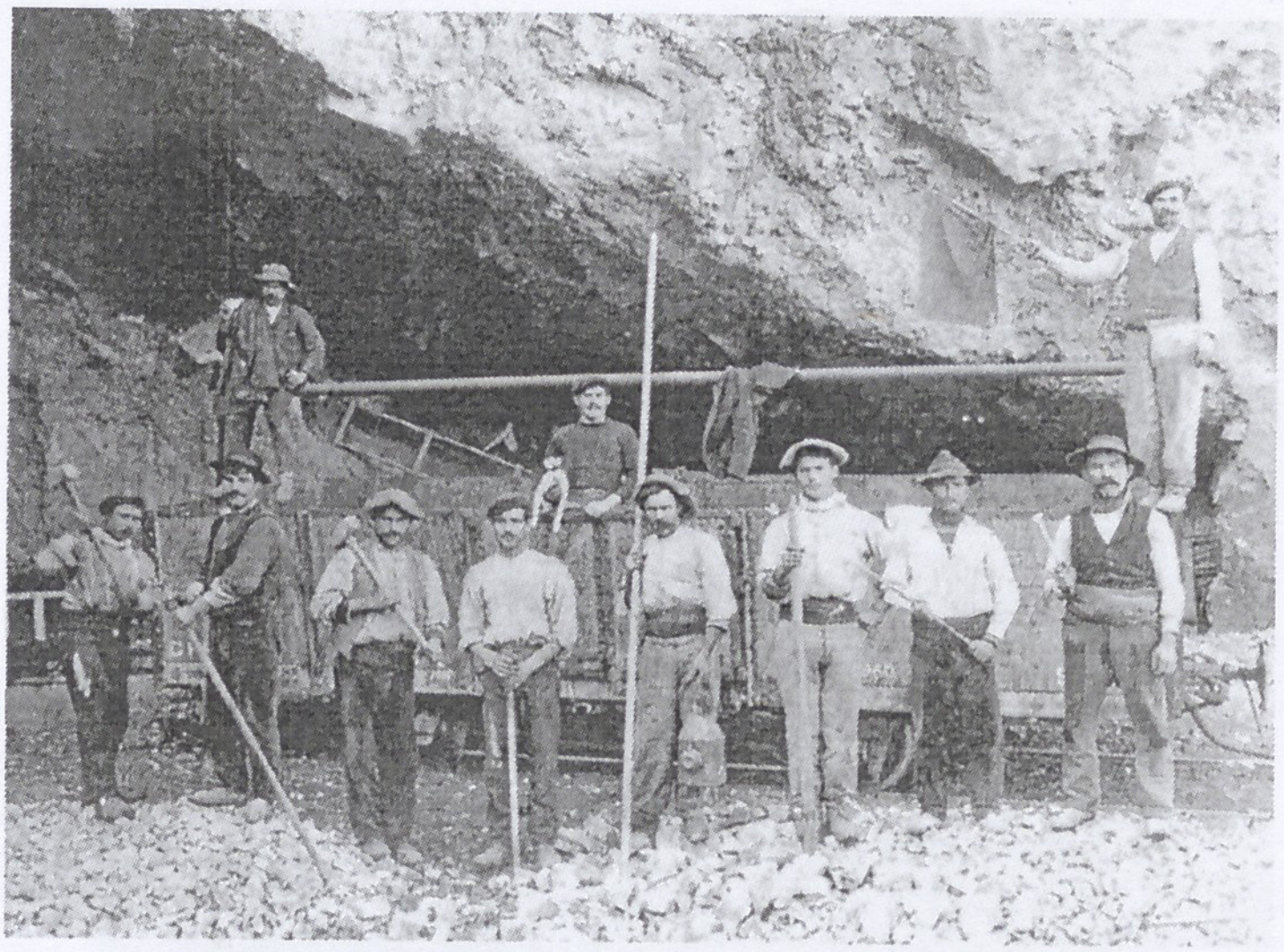
Emigrantes en puerto de New York - año 1882



Emigrantes en cubierta del Boulogne



Mineros descendiendo en una mina del Colorado en New York.



Excavando una mina en USA



Nativos de 1900-Estados Unidos



Buenos Aires 1896



Parque Palermo 1896



Columbus hospital-Chicago1909



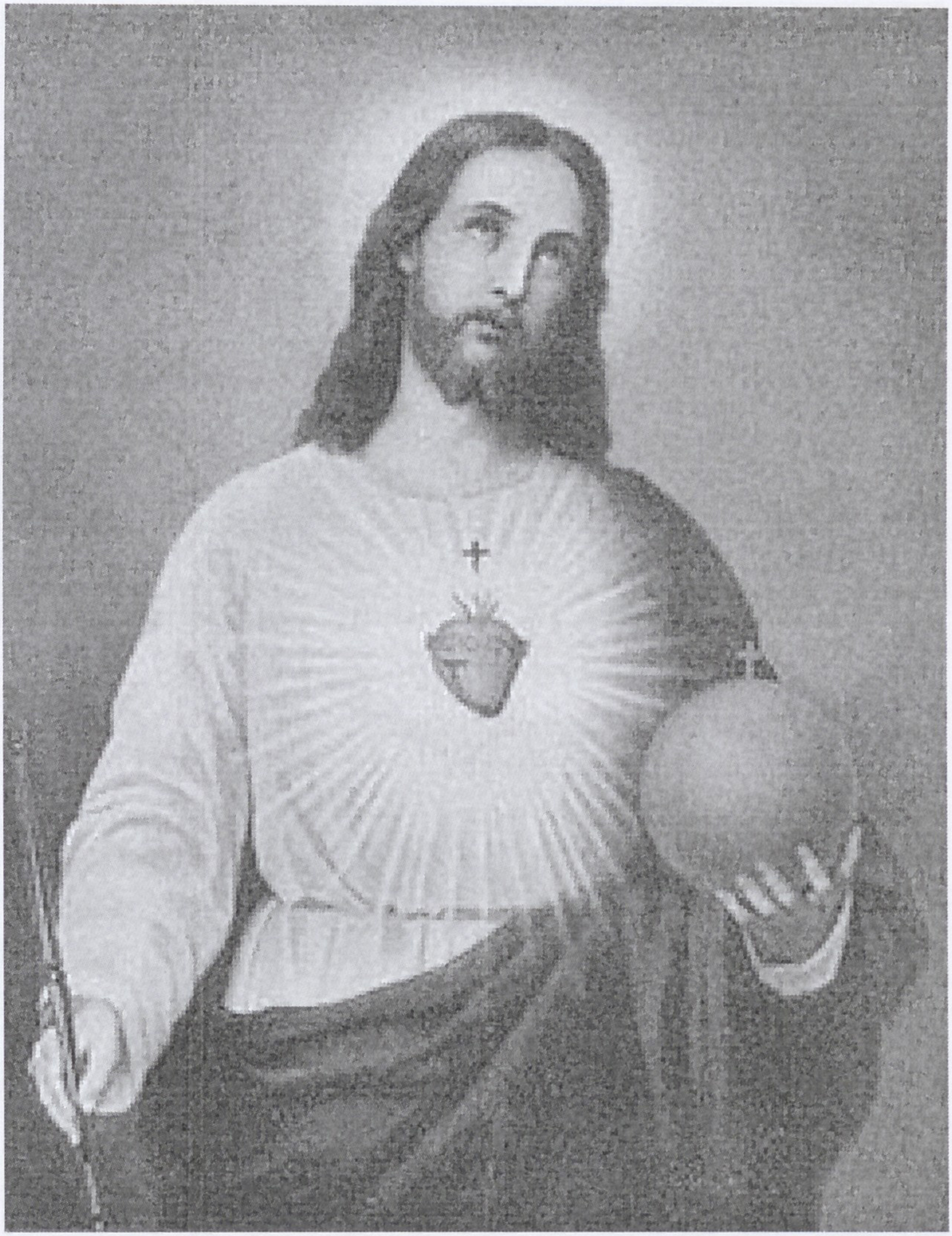
VIRGEN MARIA



Volcán en erupción Nicaragua



Ciudad de Granada Nicaragua (1893)



El Corazón amoroso de JESUS

SANTA FRANCISCA JAVIER CABRINI.

Patrona de los Emigrantes.

SU VIDA

Santa Francisca Javier Cabrini nace en Sant´Angelo Lodigiano el 15 de julio de 1850.

En 1868 recibe el diploma de maestra y comienza su trabajo de educadora. El Obispo la envía al orfanato la Casa Providencia: allí concreta el inicio de su vida misionera, haciendo su consagración religiosa a los 27 años, junto con cinco jóvenes de dicho orfanato.

En 1880, en Codogno, funda el Instituto de las Misioneras del Sagrado Corazón. Si bien su deseo profundo es llevar el anuncio de Jesús a Oriente, acepta el pedido del Papa León XIII y viaja a los Estados Unidos para ocuparse de los inmigrantes italianos. De ahí en adelante no cesa en su tarea apostólica. Entre sus múltiples viajes, llega en 1895 a Argentina, después de cruzar la Cordillera a lomo de mula, para fundar el Colegio Santa Rosa, primera obra en nuestro suelo. Visita que reitera en 1901 Y en 1907, para otras cuatro fundaciones en nuestro país.

El 22 de diciembre de 1917 muere en Chicago. Beatificada el 13 de noviembre de 1938, es canonizada el 7 de julio de 1946 por el Papa Pío XII y, posteriormente, proclamada Patrona de los emigrantes.

Su Santidad, Juan Pablo II, la declara "misionera de la nueva evangelización" en julio de 1996, profetizando la vigencia y necesidad de su obra y su carisma en el tercer milenio.

SU OBRA

En menos de un siglo pasa de un pequeño pueblo a la gloria.

Madre Cabrini es una figura excepcional que pone de manifiesto cuánto es capaz de hacer quien se abandona en los brazos de Jesús y deposita toda su confianza en Él.

A partir de su llegada a América del Norte en 1889 cruza 24 veces el Océano y disemina fundaciones de escuelas, hospitales y orfanatos en los dos continentes:

Estados Unidos, Nicaragua, Argentina y Brasil, en América; Francia, España, Inglaterra e Italia, en Europa.

Con el tiempo Madre Cabrini ha entrado hasta en la leyenda. En la crisis de "Watergate", EE.UU., varios americanos publicaron: "para gobernar América es necesaria la Madre Cabrini". Muestra indicadora de una popularidad fuera de todo parámetro humano.

A tal punto se destaca su figura, que es elegida como una de las diez mujeres más famosas del siglo XX. Ciertamente, si sorprenden su trayectoria y su servicio, es indiscutible su esfuerzo en defensa de la mujer, postergada, no escuchada, ni atendida en su dignidad, realidad cruelmente experimentada en el contexto de su época.

SU ESTILO

* Luchó contra la segregación racial.

* Dignificó la vida de los inmigrantes italianos.

* A pesar de su debilidad física, cruzó los Andes en mula para expandir su Instituto.

* Su accionar se asemejó a los estratégicos movimientos de una partida de ajedrez. Ubicaba sus misiones como almácigos, para cosechar maestras para sus obras.

* Vivió el dolor de las cárceles, de las minas, de los miserables barrios de inmigrantes, de los pueblos indígenas.

* Inauguró e impulsó todas sus obras.

* El tiempo era poco y el mundo pequeño para ella; quería derramar sobre él, todo el amor de Jesús y de su Madre.

* Nunca hizo alarde de su piedad. Su mundo interior fue un misterio del cual sus discípulos sólo percibían chispazos a través de sus obras.

* Su vida ardió en la contemplación del Sagrado Corazón. En Él se confortó e hizo suya su fuerza.

" Si bien se conoce a Madre Cabrini como aquélla para la cual " el mundo era demasiado pequeño", pocos saben que la aplastante actividad se afianza en un continuo esfuerzo de educadora. Madre Cabrini tiene la convicción de que la educación intelectual no puede disociarse de la moral y de los sentimientos. Ella sabe que no se puede hacer en el educando una "injusta y cruel separación entre el intelecto y la voluntad"…

L´Osservatore Romano, 8 de mayo de 1980

ALGUNAS DE SUS PALABRAS Y MENSAJES

"Procuren multiplicar las misiones. Transmítanselo a tantos jóvenes, a los cuales Dios les ha concedido la ciencia y las buenas cualidades. Díganles que no mantengan sepultado el talento recibido. Animen a todos nuestros amigos para que no se cansen de ayudar. Bienaventurados aquéllos que hayan colocado su caridad en el bien."

"Es ciertamente verdadero que si las gracias no llegan a nosotros es porque nosotros mismos las alejamos con nuestro poco amor."

Cartas, 18 de mayo de 1890

"Sigamos las pisadas de María, venzámonos a nosotros mismos, cueste lo que costare y tendremos paz en nuestras almas y alegría en nuestros corazones".

Cartas, 8 de septiembre de 1891

"El rostro alegre lleva también el gozo a todos los que lo rodean."

Cartas, 9 de septiembre de 1891

"¿Para qué perder la paz y llevar la tristeza a todas partes, por algunas ideas o caprichos?"

Cartas, 9 de septiembre de 1891

"El amor de Dios, cuando penetra en un alma, no solamente aligera toda pena, sino que hace llover en ella tanto rocío de paraíso que la alegra y la embriaga."

Cartas, 15 de octubre de 1891

"La fe y la oración unidas constituyen una potencia superior a todo pensamiento."

Cartas, 19 de septiembre de 1894

"... ES TIEMPO YA DE QUE EL AMOR NO ESTÉ ESCONDIDO, SINO QUE SE VUELVA VIVO Y OPERANTE..."

(Sta. Francisca J. Cabrini)

ORACIÓN A STA. FRANCISCA JAVIER CABRINI

¡Oh Santa Francisca Javier! Oh tú, que en el corazón de Jesús colocaste toda tu confianza y en El hallaste el secreto de toda perfección y la fuerza para ser Apóstol del Evangelio en el mundo, desde la gloria del cielo, mírame benignamente pues acudo confiadamente a tu intercesión.

Oh Tú, que con maternal corazón aliviaste las tribulaciones espirituales y temporales de tantos hermanos nuestros desterrados por el mundo, muéstrate también propicia para conmigo, peregrino en los senderos de la vida.

Alcánzame, del dulcísimo Corazón de Jesús, todas las gracias espirituales necesarias para llegar a la patria feliz del cielo.

Escucha, ¡oh Santa Francisca Javier mi confiada plegaria!, alcánzame la gracia que solicito... (en silencio se hace la petición), y haz que también yo me una al sinnúmero de almas que por tu intercesión alaban agradecidas a Dios. Así sea.

¡Oh, Santa Francisca Javier!, esposa predilecta de Jesús, ruega por nosotros.

ÍNDICE

SOBRE ESTA EDICIÓN 7

INTROITO 9

INTRODUCCIÓN 13

I - MI VIAJE A AMÉRICA, NARRADO A MIS AMADAS HIJAS 25

II - DE NUEVA YORK A EL HAVRE 39

III - DE EL HAVRE A NUEVA YOR 45

IV - DESDE NUEVA YORK A NICARAGUA 61

V - DE NICARAGUA A NUEVA ORLEANS 83

VI - DE GÉNOVA A NUEVA YORK 91

VII - DE NUEVA ORLEANS A PANAMÁ 115

VIII - DESDE PANAMÁ, POR EL PACÍFICO Y A TRAVÉS DE LA CORDILLERA HACIA BUENOS AIRES 153

IX - DE BUENOS AIRES A BARCELONA 195

X - DE LIVERPOOL A NUEVA YORK 211

XI - DE NUEVA YORK AL HAVRE 235

XII - DE GÉNOVA A BUENOS AIRES 247

XIII - DE BUENOS AIRES A GÉNOVA 265

XIV - DE LONDRES A NUEVA YORK 271

XV - EN LA INAUGURACIÓN DE UNA CASA DE LAS MISIONERAS DEL S. CORAZÓN EN DENVER 283

XVI - DE RÍO DE JANEIRO A NUEVA YORK 293

XVII - DE NÁPOLES A NUEVA YORK 297

XVIII - CARTA A LAS ALUMNAS DEL INSTITUTO SUPERIOR DEL MAGISTERIO, PUPILAS DE LAS MISIONERAS DEL S. CORAZÓN DE JESÚS, EN ROMA 299

XIX - CARTA A LAS ALUMNAS DEL INSTITUTO DEL MAGISTERIO SUPERIOR, EN EL CONVICTORIO DE LAS MISIONERAS DEL S. CORAZÓN, EN ROMA 311

CARTA A LAS ALUMNAS DEL INSTITUTO SUPERIOR DEL MAGISTERIO, EN EL CONVICTORIO DE LAS MISIONERAS DEL S. CORAZÓN DE JESÚS, EN ROMA 319

ANEXO IMÁGENES 339

BIOGRAFÍA 353

PUBLICACIONES DEL SESQUICENTENARIO

EL BRAMIDO DEL PUMA - Héctor Pablo Ossola

CALLE ANGOSTA. UNA CALLE, UNA HISTORIA, UNA FIESTA - Alfonso Marcelo Ciaglia

ARENAS DE CALENDARIO - Teresita Morán De Valcheff

VILLA MERCEDES EN SUS 150 AÑOS (EPISODIOS DE SU HISTORIA) - Walter Medaglia

VOCES DE CALLE Y RÍO - Silvina Avalle, Luis Carlos Garro, Teresita Morán De Valcheff, Darío Oliva

DESPERTANDO A LA MEMORIA - Willie García

CONSEJO MUNICIPAL DE ADULTOS MAYORES - Varios Autores

PASTORA: EL ENIGMA DE MONTE ALBORNOZ - Alfredo Salinas

AL SUR DEL NORTE DEL SUR - Julio Cejas

BOLETÍN Nº 5 - Junta De Estudios Históricos De Villa Mercedes

CAMINO AL CENTENARIO (Hist. y recuerdos del Hogar Sta. Teresita) - Nilda Del Cármen Guiñazú

DESDE LA LLANURA - Roque Víctor Gonzáles y Jorge Enrique Hadandoniou

EL DOCTOR JUAN LLERENA - Edmundo Tello Cornejo

FUGAS DEL MURO - Luis Carlos Garro

GUÍA REGIONAL - Martín Garro

LA CALLE ANGOSTA DE AQUEL TIEMPO Y AQUELLAS COSAS - Ulise Miranda

LA CASA DE LOS SUEÑOS GIGANTES - Norma Videla Tello

LA TRADICIÓN Y EL FOLKLORE EN MI PEQUEÑO PAÍS: SAN LUIS – Edmundo Tello Cornejo

LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE SAN LUIS: UNA VISIÓN DESDE LOS SUEÑOS Y UTOPÍAS DE UN PUEBLO - Ricardo Ulises Miranda

MI CIUDAD, LOS POBRES PÁJAROS Y ALGUNAS CANCIONES - Oscar Sosa Rios

MUJERES ENAMORADAS Y HOMBRES EN SOLEDAD- Norma Videla Tello

NARRACIONES DE VIDA Y EXPERIENCIAS DOCENTES EN VILLA MERCEDES - Susana Pérez Gutiérrez De Sánches Vacca

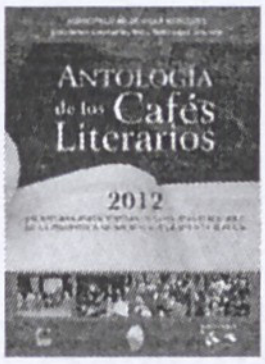
PERSONAJES TRASCENDENTES DE LA RICA HISTORIA VILLAMERCEDINA - Humberto Vega

RECUERDOS DE AQUEL BOLICHE - Felix Máximo María

VILLA MERCEDES, TU CASA, TU TIERRA - Libro Del Sesquicentenario

ESA INTENSA BÚSQUEDA - Rosa Elvira Soda

edicionesliterarias
villamercedesGRANDE



ANTOLOGÍA DE LOS CAFÉS LITERARIOS

ESCRITORES PARTICIPANTES DE LA
BIBLIOTECA MUNICIPAL JUAN BAUTISTA ALBERDI



POEMAS... PARA NO GUARDAR -

JULIO CEJAS



BOCA DE ORO:
HOMENAJE A J.C. LAFINUR

GRUPO LITERARIO ARCADIA



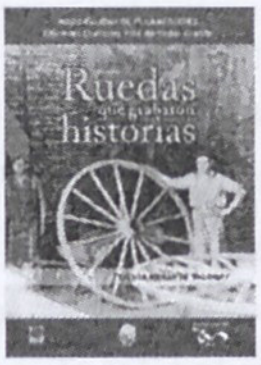
MIRADAS ENTRE EL AYER Y EL HOY

LIC. MIRTA CARPINELLO DE CURCHOD



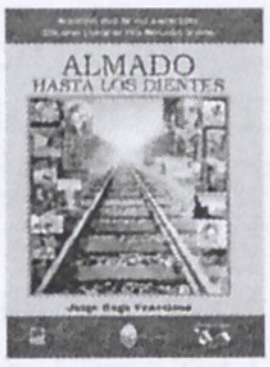
HISTORIAS DE UN
RADIOAFICIONADO

JORGE A. GOLDSCHMIDT



RUEDAS QUE GRABARON HISTORIAS

TERESITA MORÁN DE VALCHEFF



ALMADO HASTA LOS DIENTES

JORGE HUGO VENECIANO



RECUERDOS DE AQUEL BOLICHE

FÉLIX MÁXIMO MARÍA



LA JUSTA PALABRA

TALLER LITERARIO INTI YACU



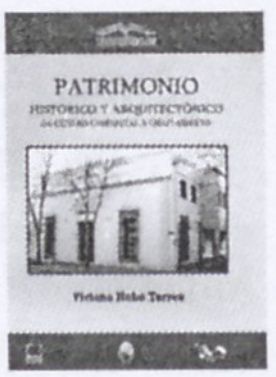
DIGESTO SOBRE EL ADULTO MAYOR

HONORABLE CONCEJO DELIBERANTE



SINE FINE - OBRA INCOMPLETA

LUIS O. RESSIA - RICARDO ULISES MIRANDA



PATRIMONIO HISTÓRICO Y
ARQUITECTÓNICO del C. C. C. A.

VIVIANA HEBE TORRES



ECOS DEL SILENCIO

SILVINA NÉLIDA AVALLE



MEMORIAS DEL PUEBLO
VILLAMERCEDINO

EDMUNDO TELLO CORNEJO



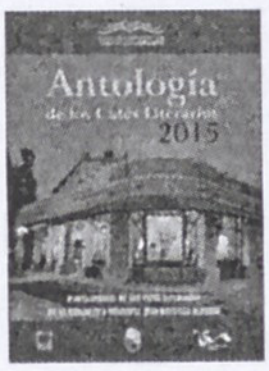
BOLETÍN DE LA J. E. H. DE V. M. ~ 2014

MIEMBROS DE LA JUNTA DE ESTUDIOS HISTÓRICOS
DE VILLA MERCEDES



TIEMPOS

OSCAR SOSA RÍOS



CAFÉS LITERARIOS 2015

Escritores de los Cafés Literarios

Biblioteca Municipal J. B. Alberdi



RÉQUIEM DE POESÍAS SENTIDAS

Juan Carlos Gurmendez



POEMAS DE UN POETA
OBRERO

Hugo Mavit



ACUARELAS GRISES

Jorge H. Veneciano

edicionesliterarias
villamercedesGRANDE



LA CASA DE LOS SUEÑOS GIGANTES
Edición Homenaje
Norma Videla Tello

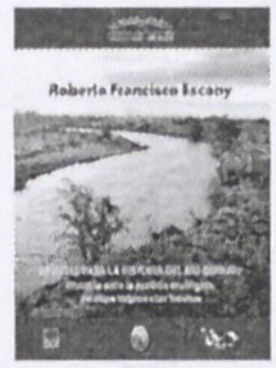


DESAFÍE SU MENTE,
POTENCIE SU MEMORIA
Yerusalimski - María



PASAJEROS DEL OLVIDO

Elia Marcoletta



APUNTES PARA LA HISTORIA
DEL RÍO QUINTO

Roberto Francisco Escany



AL CORRER DE LA PLUMA

Víctor Hugo Godoy



MEDIADOR ENTRE DIOS Y LOS
HOMBRES

Jorge Omar Sacchi



CRUCE DE CAMINOS

Juan Moisés Luna



GABBA Y LA ACTUALIDAD

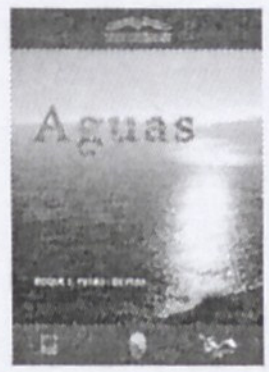
Flor Castro Muñoz



HISTORIA DE RANKELES
Y DE LA VILLA
Héctor Pablo Ossola



BAGAJES DE UN ANDAR
Osvaldo C. Gómez Nast



AGUAS

Roque Ivars i Devesa



DIOS MÍO CON ESTE CHICO

Giorgio Alanis



HÉCTOR MONTENEGRO
Hebe Almeida de Gargiulo



HISTORIA DE VILLA MERCEDES

Edmundo Tello Cornejo



HISTORIA DEL DEPÓSITO
DE LOCOMOTORAS - V.M.
Luis Ardizzi



LA INMIGRACIÓN EN LA
ARGENTINA
Jorge Escudero Guillaumet

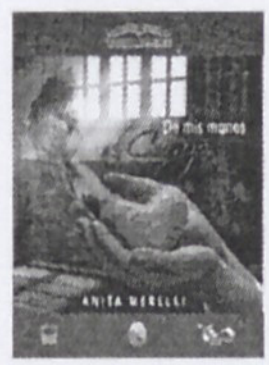


HOMENAJE A SAN LUIS

Alquimia Poética



DESCUBRIENDO NUESTRO PATRIMONIO
Preservar
Torres - Cavallera - Requena - Gomluch



DE MIS MANOS AL CORAZÓN

Anita Merelli



CON MEMORIA Y CORAZÓN

Teresita Escudero

Este libro se terminó de imprimir
en Julio de 2016



Editorial El Tabaquillo
Avenida Mitre 1696
www.eltabaquillo.com.ar
Editorial El Tabaquillo
editorialeltabaquillo@yahoo.com.ar
Villa Mercedes | San Luis | Argentina



"No a Oriente, sino a Occidente" Con estas palabras Dios por boca de su Vicario León XII, quebraba el sueño de Madre Cabrini había tan ardientemente acariciado en su corazón desde la más tierna edad, y abría su celo apostólico otro horizonte, amplio, inmenso, donde la Santa podrá moverse enteramente a gusto, para encender en el corazón de los emigrantes italianos, y no solo en el de ellos, si no en el de todos cuantos entren en contacto con ella, la llama del amor divino.

Recibido el mandato del Papa, se iniciaba la vida errabunda de esta Misionera, que será proclamada por la Iglesia "la Santa de los emigrantes" y que fue llamada por uno de sus biógrafos "la vagabunda de Jesús"

Nace en San't Angelo Lodigiano el 15 de julio de 1850, su infancia transcurre en el tranquilo pueblo lombardo, rodeada por los afectuosos cuidados de los familiares, que en más de una ocasión habían temido a perderla, guiada por su hermana Rosa, que corrige, con su firmeza espartana, el influjo de la educación maternal, a veces excesivamente dulce a la frágil niña, última de las numerosa descendencia de la casa Cabrini: Siguiendo los pasos de su hermana Rosa, inicia los estudios y obtiene en 1868, el diploma que la habilita para la enseñanza elemental.

Se inicia así en su vida de apostolado cristiano, vida de sorprendente actividad, que no se detendrá sino cuando el ángel del Señor la recoja en su brazos el 22 de diciembre de 1917.

Sigámosla en una rapidísima ojeada panorámica: en el año 1880 funda el Instituto de las Misioneras del Sagrado Corazón, que empieza en seguida a difundirse por varias localidades de la llanura lombarda; en 1888, el Instituto obtiene una primera aprobación de la Sede Apostólica; en 1889, las Misioneras del Sagrado Corazón, guiadas por la Madre Cabrini, surcan el Atlántico en su primera travesía, que se repetirá muchas veces, como si se tratara del camino "de la casa al jardín".

Durante estos viajes, la Madre conversa por escrito con sus hijas y a través de estas páginas pergeñadas "entre una y otra ola" se transparenta su hermosa alma, enamorada de Dios y de todo lo creado.

No por nada Santa Francisca Javier Cabrini ha sido al Santo de Asis, que hablaba con los pájaros y los peces ...

Son descripciones de bellezas naturales, a veces animadas por un hálito poético; reflexiones profundas que pueden dar pie para una fervorosa meditación personal, agudas observaciones y ocurrencias que revelan un espíritu despierto y vivaz.

Todo ello con un estilo sencillo, limpios sin vanos rebuscamientos, en los que la atención de quien escribe está puesta mas en las cosas que dice que en el modo de decirlas.

ISBN 978-987-1834-79-2